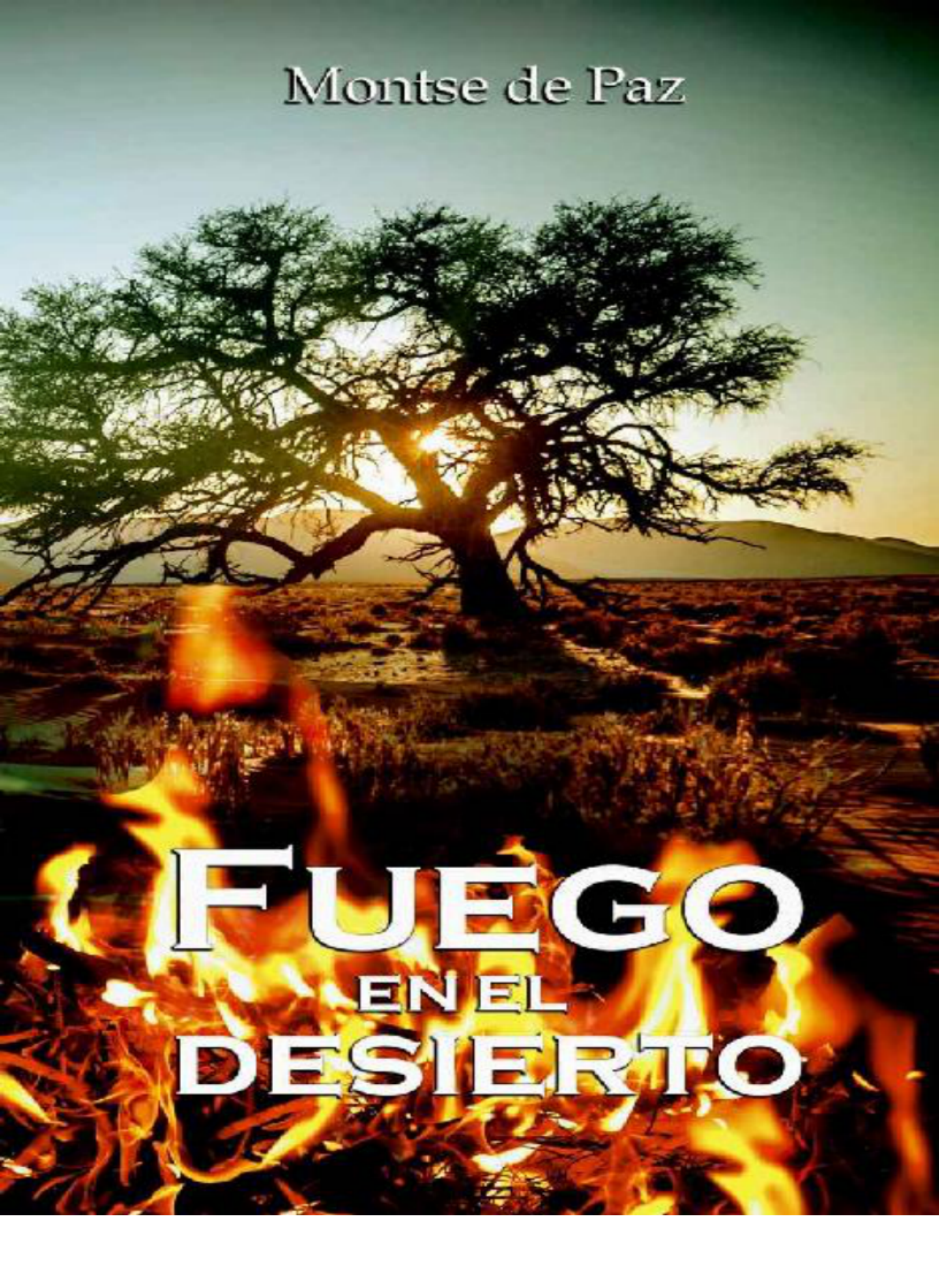

Montse de Paz
FUEGO
EN EL
DESIERTO

Fuego en el Desierto

Montse de Paz

Diseño de la cubierta: Manuel Miranda

Publicado en Kindle Direct Publishing
ISBN: 9781717887054

Agradecimientos

A *Esther* y a Federico Axat, primeros lectores del manuscrito de esta novela, por sus ánimos, ideas y sugerencias de mejora.

A Juan Eslava Galán, escritor que respeto y admiro, por el tiempo que dedicó a leer la novela y por sus palabras de aliento.

A Javier Velasco, profesor y experto en estudios bíblicos, por su lectura, consejos y comentarios del texto original.

A mi madre, Montserrat Toldrà, por prestarme todos sus libros sobre historia y arte del antiguo Egipto y el antiguo Israel.

A los agentes y editores que han leído la novela y, pese a decidir no publicarla, le han dedicado un tiempo.

Y a Joaquín, por creer en mí y animarme a publicar, por fin, este libro. Gracias a él sale a la luz.

En el momento preciso te escuché,
y en el día de la victoria te asistí.
Yo te formé y te he destinado
a ser alianza del pueblo,
para restablecer el país,
para repartir las heredades desoladas,
para decir a los presos:
«Salid a fuera»,
y a los que están en tinieblas:
«Dejaos ver».

Isaías 49, 8-9.

Índice

Las mujeres rebeldes

Y vio que era hermoso.
Éxodo 2, 2.

Jokéved

Un beso fugaz, la claridad del primer sol atravesando las rendijas de la techumbre y el vacío en el jergón, con el calor del hombre aún a su lado. Crujido de lino y pisadas. El goteo del agua.

—Adiós, papá.

Jokéved abrió los ojos a tiempo para ver la silueta de la niña, asomada a la puerta y agitando la mano. El hombre se alejaba en la luz del amanecer.

Siempre había sido ella la primera en levantarse, antes que su esposo, antes que los niños. Tenía, entre sus vecinas y parientes, fama de madrugadora. Pero en las últimas semanas de su embarazo una fatiga, no sólo de cuerpo, la aquejaba y le hacía penosas las tareas que antes emprendía con brío. Era su pequeña quien madrugaba, llenaba la jofaina de agua, avivaba el fuego con la candelilla que ardía toda la noche y preparaba un puñado de higos, con pan del día anterior, para su padre. Miriam no era remolona y se acrecía ejerciendo de ama de aquel hogar con sus nueve años de infancia florecida.

Ahora la niña se inclinaba sobre la lumbre, prendida en el hornillo de adobe. Jokéved la oía afanándose por avivar las llamas. Se llevó una mano al vientre y suspiró. Creía sentir, muchos días, el latido de aquel otro corazón que palpitaba junto al suyo. El bebé dio unas patadas.

«Mi pequeño, eres tú quien me levanta cada día.» Se incorporó y respiró hondo, apartando la frazada de lino.

—Miriam.

La niña se volvió.

—Hola, mamá.

—Ven. ¿Me ayudas?

Miriam le trajo las sandalias. No es que ella no pudiera atárselas. Pese a su vientre abultado, aún estaba ágil. Y una mujer habiru nunca comía lo bastante como para engordar. Pero le gustaba sentir el tacto de las manos pequeñas y delgadas de la niña, y sus dedos finos atándole los cordeles.

—Lo haces mejor que yo.

Miriam sonrió sin alzar la mirada.

—¿Te lo aprieto más?

—Sí... ¡Pero no tanto!

Las dos rieron. Jokéved se levantó con esfuerzo, buscó su túnica y

se vistió, pasando la tela por encima de su hombro izquierdo y ciñéndosela a la cintura, bajo la axila derecha, dejando el otro hombro desnudo y libre para trabajar. Miriam la observaba.

—¿Quieres que también te peine?

—No. Despierta a tu hermano.

Miriam saltó sobre el jergón que compartía con el chico. Cabalgó sobre un bulto de lino arrugado y tiró de un mechón de pelo.

Un brazo asomó bajo el lienzo y le dio un manotazo. Se oyó un gruñido.

—¡Lárgate!

Miriam se puso en pie, riendo.

—Perro piojoso.

—Y tú, canija, rana... ¡Aún no te has vestido!

Miriam se cruzó de brazos. Iba descalza y llevaba el faldellín que niños y niñas solían ceñirse en la cintura durante los meses de más calor.

—Yo ya he encendido el fuego, y he preparado el desayuno a papá, y... ¡he hecho mil cosas!

Jokéved no se molestó en reprender a los niños. Estaba acostumbrada a sus peleas. Cogió una escudilla, la llenó con algunas almendras y pan y vertió un poco de miel. Poca, se les estaba acabando, pensó con desazón, y caviló a qué vecina le podría pedir una jarrita prestada antes de que su esposo llegara con la paga.

—Venid a comer.

Aarón, ya vestido, con el pelo goteando tras su somero remojón en agua, fue el primero en sentarse junto a su madre.

—¿Iremos a las obras hoy?

—Sí. Tengo los paños y un cesto de higos preparado. Pero antes tú y Miriam iréis a buscar agua.

El niño frunció el ceño.

—Espero que no nos pillen.

Jokéved suspiró. Esa era la frase que repetían chiquillos, mozas y mujeres, cada día.

—Meketre nos encubrirá —dijo ella.

La Ciudad de las Cañas se extendía en el margen derecho de uno de los ramales del río, el canal de Avaris, que fluía hacia el norte buscando el mar. Cercado con vallas de barro y espinos, el amasijo de chozas y sus minúsculos huertos quedaban aislados de la ruta principal que comunicaban la capital con el Delta. Dos caminos partían desde sus lindes: uno conducía a la Ciudad Nueva y el otro se adentraba en el desierto.

Ceñida entre el río y el canal, la capital del reino ocupaba una isla triangular cuyo vértice apuntaba hacia el nordeste. El Nilo fluía a occidente; el canal trazaba un meandro que se cerraba entorno a la ciudad, mirando a oriente. Junto al puerto del canal, enfrente de la isla, se extendía la Ciudad Nueva, construida sobre los restos de la antigua Avaris. Allí se desparramaban los barrios de mercaderes, artesanos y los millares de hombres que vivían a la sombra de la gran obra. Más hacia oriente, pasado el lago del palacio real, se extendían los campos de adobe, donde trabajaban los habiru.

Desde la ribera los niños contemplaban los edificios nuevos con asombro. Día a día, los muros de los templos se elevaban y semana tras semana una columna nueva se erguía contra el cielo de nítido azul. Había tres plataformas inclinadas, una por cada templo, con sus caminos de troncos rodantes por donde hombres y recuas de mulos deslizaban los bloques, desde el desembarcadero hasta su destino. Ya se habían alzado los obeliscos ante cada santuario y los escultores trabajaban en ellos, extrayendo de la piedra heroicos relatos en imágenes, loanzas a los dioses y a su rey. Pero no había edificio comparable al futuro templo de Amón, cuyo pilono inclinado se alzaba, cada día más, como una montaña. Aarón y Miriam lo llamaban «El Toro de piedra».

Los niños miraban hacia el cielo y se admiraban ante los andamiajes y los gigantes pétreos que iban brotando del pico y el cincel. Pero las mujeres miraban a tierra. Bajo los titanes de roca caliza hormigueaba el dolor.

El dolor, el sudor y la sangre.

Tras casi veinte años de campañas bélicas, las arcas del rey Ramsés se habían engrosado con los cuantiosos tributos cobrados a los reinos sometidos. El oro afluía de Nubia, las gemas, los tejidos y las maderas preciosas de los vasallos de oriente; los graneros rebosaban. El rey, libre de otras preocupaciones, se vio preso de una fiebre constructora, ansiando superar a sus antecesores y jalonar el país con la huella de sus hazañas. Fue entonces cuando decidió construir su nueva capital en el Delta. Mientras los sacerdotes de Amón financiaban la construcción y la ampliación de templos a lo largo de todo el país, el visir del norte reclutó cuantos hombres pudo para emprender las obras de la ciudad. Muchos obreros eran esclavos traídos de Nubia, Siria y las tribus cananeas. Pero se necesitaban más brazos, y a un coste bajo. Fue idea del visir Rahotep echar mano de algunos grupos de seminómadas extranjeros que medraban en la región del Delta desde hacía generaciones. Y, entre ellos, el más numeroso era el de los habiru.

Confiscar sus bienes y sus casas fue cuestión de días y aportó una nada desdeñable suma a las arcas reales. El ejército se ocupó de sofocar a los rebeldes que osaron levantar las armas. Tras ahogar en sangre las protestas, los habiru del Delta fueron trasladados a una explanada desierta junto al río, al sur de la Ciudad Nueva. Las mujeres, ayudadas por los chiquillos, se ocuparon de levantar las cabañas y roturar los pequeños huertos. Los hombres fueron enviados a trabajar a los campos de adobe. Recibían una paga en grano y cerveza cada semana, que podían consumir o intercambiar por otros productos. Pero habían sido despojados de sus armas y no tenían alternativa; aunque remunerados, eran esclavos. El palacio real y sus dependencias, como un monstruo insaciable, consumían carretadas de ladrillos. Y, aunque los hombres trabajaban de sol a sol, nunca producían suficiente.

Ante los campos de adobe Jokéved se estremecía, escrutando en la distancia a los grupos de obreros y buscando en vano la espalda robusta de su hombre. Hombres... ¡había tantos allí! Inclinados, con el torso reluciente, agitándose en su incesante cavar, apilar, alzar, pisar... Los únicos que no se inclinaban esgrimían látigos y varas flexibles. Eran, también, los únicos que iban afeitados y llevaban peluca. Sus voces restallaban en improperios, más hirientes que las fustas.

Sólo en una ocasión los obreros se habían rebelado para reclamar mejor comida y una paga más generosa. Como no tenían armas, destrozaron sus herramientas de trabajo y se negaron a acudir a los campos. Durante un día varias obras de la capital se vieron interrumpidas por la falta de ladrillos. El visir envió un batallón de soldados que obligó a los hombres a volver a su trabajo. Lo hicieron a golpe de látigo, pero no se ensañaron contra ellos, pues eran mano de obra necesaria. El visir decidió infligirles otro castigo.

El oficial Djemer leyó en voz alta el decreto ante los habiru congregados a las afueras de la aldea. Jokéved recordaba cada una de sus palabras. Como respuesta a su reivindicación, la paga de los habiru se vio reducida, así como su ración diaria de provisiones. Y como escarmiento el visir ordenó que, durante tres años seguidos, todos los recién nacidos que fueran varones debían morir.

Matar la semilla, herir su virilidad en lo más hondo, así doblegaba el señor de Kemet a aquel pueblo arrogante que veneraba la sangre de sus ancestros y celebraba con regocijo el nacimiento de cada varón. Desde aquel día, Jokéved vio algo más que amargura en los rostros de los hombres. Era la sombra, aún más oscura, de la humillación. Jokéved también la vio asomar a los ojos de Amram el día que le confesó que estaba de nuevo encinta.

El administrador del campo se llamaba Meketre. Se ocupaba de la intendencia, el suministro de herramientas y paja, la alimentación de los obreros y el reparto del agua. Sabía negociar y a él recurrían los hombres que tenían algo que ofrecer a cambio de algún favor o una dispensa. Meketre aceptaba sobornos. Y era a él, también, a quien acudían las mujeres.

Las mujeres habiru eran diestras tejedoras. Desde que fueran confinadas a la Ciudad de Barro se les había prohibido cualquier transacción con el exterior, salvo para trocar el grano que recibían sus maridos por otros bienes necesarios. Pero en la Ciudad Nueva el tupido lino, la estameña y la lana tejida por manos habiru eran apreciados. Y Meketre, hombre dado a cambalaches y siempre ávido de ganancias, supo aprovechar su posición. Sorprendió a algunas mujeres que se acercaban a los campos de adobe para llevar cerveza, pan y tortas a sus hombres, a escondidas, y decidió ofrecerles un trato a cambio de librarlas de una tunda de azotes.

Ellas le traían tejidos, cestos y calzado que confeccionaban en sus casas, frutos de sus huertos, pan de higos y cerveza recién fermentada. Era esfuerzo mal pagado y sabían que el administrador y los hombres del látigo darían buena cuenta de la mayor parte de los frutos y la cerveza. También sabían que los agentes de Meketre venderían sus telas en el mercado de la Ciudad Nueva por el doble o el triple del valor que ellas obtenían. Pero el fruto de estas ventas siempre suponía un añadido a la exigua paga de sus maridos.

Jokéved llevaba una cesta de higos, Aarón cargaba con el alijo de los paños a su espalda y Miriam llevaba un ánfora de agua para el camino de ida y vuelta. Varias mujeres se les unieron por el camino.

—¡No deberías acercarte a las obras, en tu estado!—dijeron a Jokéved.

—Deja que vayan los niños. O pídenos ayuda.

—Nosotras podemos vender tus tejidos.

Jokéved sonrió preguntándose, para sus adentros, quién vendería sus lienzos y sus frutas si ella no acudía a los campos, y cuánto le darían al regreso. Miriam era demasiado pequeña. Sus vecinas y parientas se mostraban amistosas pero ella sabía bien que, cuando la pobreza aprieta, hay poco lugar para la confianza.

—Quiero ir. Mientras pueda.

—Eres una mula brava —dijo Tamar, tomándola de un brazo.

—Así nos llaman las parteras —Jokéved le devolvió otra sonrisa.

Los niños ya iban un trecho por delante de ellas y se unieron a otro grupo de chiquillos.

—¡Mirad, el *Toro* crece! —gritó uno de ellos, señalando hacia las obras, al otro lado del canal.

La fachada del futuro templo contaba con otra ristra de bloques. El plano inclinado ascendía hacia el cielo, cada día más.

—¿Por qué lo hacen tan grande? —preguntó Miriam.

—Porque allí tiene que habitar su dios —respondió Jokéved, contemplando el edificio. Tampoco ella podía sustraerse al hechizo de aquella gigantesca ladera de bloques, elevándose como una monstruosa testuz.

—Su dios debe ser muy grande —dijo la niña.

Jokéved movió la cabeza.

—El nuestro lo es más.

—¿Más que Amón? ¿Más que Ra? ¿Más que Isis y Osiris? ¿Más que...?

—Calla, niña —la atajó una mujer mayor, con voz agria.

Jokéved hizo un gesto a su hija. A Miriam le gustaba alardear de sus conocimientos. Era la niña que más nombres de dioses podía recitar de corrido. Los otros chiquillos la provocaban por ello.

—Son dioses malditos —dijo otra mujer—. Ni los mientes.

—Sólo decía sus nombres —dijo Miriam, bajando la voz.

—Los nombres tienen poder —replicó la primera.

Jokéved intervino, acariciando los bucles negros de Miriam.

—Nuestro dios no cabe en su templo, por más grande que lo hagan.

Miriam miró hacia arriba, hacia el azul intenso que todo lo cubría, desde los cañaverales del río hasta las lejanas colinas de poniente, con el sol fulgurante prendido en su seno.

—Nuestro dios es tan inmenso que necesita todo el cielo para vivir. Es mucho mayor que los suyos.

—¿Cómo se llama? —preguntó la niña.

Jokéved sonrió.

—Te lo he dicho, tantas veces... El Altísimo, El Poderoso, El Eterno, El...

—¿Por qué no tiene un nombre, como los otros?

—Porque... —Jokéved meditó unos instantes—, porque tampoco hay un nombre lo bastante grande para él.

Detrás de los barracones, avisado por su centinela, aguardaba el administrador. Tripudo y de baja estatura, observó con avidez al grupo variopinto de mujeres habiru, envueltas en sus vestidos ceñidos de colores, y la chiquillada harapienta, siempre numerosa, revoloteando a su alrededor.

Meketre dio una voz, batió palmas y las mujeres se alinearon ante él.

—A ver, a ver qué traéis.

Tres sirvientes se acercaron a otra voz del intendente. Uno de ellos lo cubrió con un parasol.

—Por favor —pidió Tamar—, estas jarras llevadlas a los paleadores. Al grupo de Falú y Abidán...

—Ya lo sé, ya lo sé —la interrumpió Meketre, impaciente—. Veamos.

Las mujeres formaron una fila. Algunas pelearon por situarse delante y los sirvientes de Meketre tuvieron que separarlas. Sobre el suelo de tierra batida se amontonaron los rollos de lino, mantos de lana ligera, sandalias de esparto, cestas de higos y almendras y una treintena de ánforas de cerveza. Él sacaba pequeños puñados de cobre y daba a cada mujer varias piezas, a su criterio.

Cuando llegó el turno de Jokéved, el administrador observó durante unos instantes su vientre; ella bajó la mirada.

Tomó la cesta de higos y se metió uno en la boca, masticándolo con fruición. Aarón hizo una mueca y dejó en el suelo su paquete de tejidos; Miriam giró bruscamente la cara.

—Eh —Meketre se inclinó hacia ella, sonriendo y enseñando los dientes—. ¿No tienes nada más para mí?

Miriam frunció el ceño y se mordió los labios. La mayoría de niñas se mostraban sumisas, hacían una reverencia y besaban la mano o la cara del hombre, sebosa y mojada de sudor. Él les cogía el rostro y a veces terminaba besándoles la boca. Miriam no se movió y el intendente le pellizcó la mejilla. Jokéved contuvo el aliento.

—Bien, bien... Otro día serás más amable, ¿verdad? Hay que tratar bien a los que te ayudan, ¿no te ha enseñado eso tu madre?

La niña dio un salto hacia atrás y Jokéved la protegió alargando una mano hacia su hombro. Meketre hizo un mohín desdeñoso, depositó unas piezas de cobre en la palma de Jokéved y llamó a la siguiente mujer.

Se alejaron cargando balas de lana virgen y arrastrando dos carretillas de lino para hilar que los hombres del intendente les habían procurado, sisándolo de los almacenes reales. Aarón se había reunido con sus primos y varios amigos y jugaban, correteando y pasándose con el pie una rótula de hueso, enorme y gastada. Rubén, el hijo de Tamar, había encontrado el esqueleto de un asno junto al río, días atrás. El animal había sido devorado por los cocodrilos y sólo se conservaba una parte de la osamenta. Los niños habían cogido los

huesos apropiados para sus juegos; las vértebras, las costillas y las rótulas eran los más preciados. Aquella, incluso la habían pintado de rojo para que se viera mejor. Y surgían peleas por tenerla o por dirigir el juego con ella.

Miriam, cargada con un alijo de lana, caminaba junto a su madre y las otras mujeres.

—Meketre es malo.

Jokéved no dijo nada. Tamar rió y contestó.

—Sí, es malo como la hiel. ¡Cómo se enriquece a nuestra costa! ¿Habéis visto la tripa que está echando?

—Se aprovecha de nosotras. Debería pagarnos por lo menos el doble.

Algunas jóvenes musitaron con amargura entre sí.

—No tenemos opción. O eso, o morirnos de asco y de hambre.

Las mujeres suspiraban y se resignaban. Hablaban siempre de los mismos temas. Del mismo pasado que fue mejor, del mismo presente sin futuro, de los mismos dolores.

—Es malo —insistió Miriam con firmeza.

Su madre la miró y leyó en sus ojos negros, en el trazo de sus cejas, en sus pequeños labios apretados. Con un hombre malo, en la mente limpia e inflexible de su pequeña, no debían mantenerse tratos. De ninguna clase.

—Nuestro Dios es bueno —murmuró Jokéved—, y un día hará justicia.

Tamar se acercó a ella y le rodeó la cintura.

—¿Cómo te encuentras?

Jokéved suspiró.

—Pronto llegará.

Y el temor, el temor acechante, creció hasta anegarla con su sombra. Las mujeres callaron. Las palabras, aún no pronunciadas, latían en el aire. «Si es niña, se salvará. Pero si es niño...». Las parteras eran comprensivas, los soldados no. Un batallón de soldados se había instalado junto a las obras y sus incursiones a la Ciudad de las Cañas eran cada vez más frecuentes. Los bebés eran escondidos, pero no siempre podían escapar a los escrutinios. Había quienes, como Meketre, aceptaban sobornos. Pero también había familias que no tenían nada que ofrecer a cambio de una vida proscrita antes de nacer.

Jokéved temía. Jamás la cercanía del parto le había resultado tan dolorosa. Porque ella sabía bien, como lo sabían las matronas de su pueblo, que lo que llevaba en sus entrañas era un varón. Aquel vientre apuntado y firme, proyectado hacia afuera, hablaba por sí solo. Cuando concibió a Miriam, su cintura se redondeó y su abdomen

creció hacia los lados, como sucedía cuando el bebé era una niña. Ahora, vista desde atrás, Jokéved era tan esbelta como en su doncellez.

Sí, sería un niño. Un niño que ya pugnaba, con sus frecuentes pataleos, por salir.

Aarón y los chicos se fueron corriendo al río. Miriam se dirigió a su madre, suplicante.

—Mamá, ¿puedo ir con ellos?

—No, Miriam. Necesito que me ayudes.

Ella no rechistó, pero frunció el ceño. Allá lejos trotaban los muchachos, saltando como gacelas, hacia el bosque de tamarindos. Todos iban armados, esgrimiendo varas, hondas o costillas de burro a modo de hoces y espadas. Reían y gritaban.

—¿Puedo ayudarte *luego?* Y, ¿por qué Aarón no te ayuda? Es más fuerte.

Jokéved suspiró. ¿Cómo contarle que cada grito de su hijo, cada risa, cada bravata infantil era otro don carísimo para ella, sabiendo que pronto lo perdería? Aarón, con sus ocho años cumplidos, era espigado y ágil. Y los niños habiru eran observados con atención. Antes de la crecida del río un soldado de la guardia vendría a su casa a buscarlo para incorporarlo a las obras.

—A tu hermano no le queda mucho tiempo para jugar —dijo Jokéved, sin apartar la vista de los niños que se alejaban—. Déjale que se divierta.

Al atardecer, Jokéved se sentó a la puerta de su choza con su pequeño telar de mano. No le apetecía ir al patio de Dinah, donde las mujeres habían instalado dos grandes telares y solían reunirse a trabajar cada tarde. El abdomen le pesaba y se recostó en la pared. Vio el sol descender tras el muro de la Ciudad de las Cañas mientras el cielo oscurecía. El primer lucero se elevó sobre los campos. El río, caudaloso y manso, fluía allá lejos, en occidente, empapando con su aliento húmedo la tarde. Aunque no lo viera, siempre estaba allí, pensó Jokéved, pasando las fibras de lino entre sus dedos. Presente como un dios silencioso.

Los niños regresaban del cañaveral riendo y peleándose. Se pasaban la rótula colorada y algunos aún entrechocaban sus varas y sus costillares. Uno de ellos entonaba con voz atiplada un himno guerrero... de los otros. Ah, si su padre lo oyera. Se sonrió para sí. ¿Qué sabían los niños, de las guerras de sus padres?

Sacó la pieza de lino del telar y la tensó. Había añadido dos

hebras rojas para adornar el borde. Sería un pañal. Luego, una pequeña túnica. Y por último, un faldón. La primera prenda de su pequeño… De su tercer pequeño.

Si es que llegaba a vivir.

—¿Te gusta? —susurró, extendiendo el paño ante sí. Su vientre se estremeció. El retoño lanzaba puntapiés contra el muro de piel que lo separaba de la tierra.

Aarón y Miriam llegaron dando gritos y empujándose.

—¡Dámelo! ¡Es mío!

—Ahora es mío. —Aarón levantaba en su mano un objeto redondeado y reía. Miriam saltaba parar llegar hasta él.

—¡Era mío! Me lo quitaron.

—Y yo te defendí y lo recuperé, así que ahora es mío.

—¡Pero yo lo encontré!

Jokéved se puso en pie, dispuesta a forzar la paz.

—¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esos gritos?

—¡Encontré el nido! —gritó Miriam—. ¡Es mío!

Aarón mostró su presa: un nido de mirlo vacío, redondo y perfecto como un pequeño capazo.

—¡Es mío! —insistió Miriam.

—Pero ellos te lo quitaron. ¿Para qué quieres tú un nido?

Miriam pataleó en el suelo.

—¡Nunca me defiendes!

—Hoy lo he hecho.

—No, no lo has hecho. ¡Le cambiaste a Eliab dos tabas a cambio del nido!

Aarón seguía sonriendo.

—Porque soy más inteligente que tú. Las cosas no se arreglan siempre a puños.

Jokéved intervino.

—Si Miriam lo encontró, pero tú lo ganaste… ¿por qué no podéis compartirlo?

Los dos hermanos se miraron enfurruñados.

—No es justo —protestó Miriam—. Es mío porque yo lo encontré. Y lo quiero para mis cosas.

—¡Sus cosas de chica! —bufó Aarón—. No, yo no lo quiero compartir con ella. Ahora es mío porque ella lo dejó escapar.

—¡Me lo quitaron! Eran varios, y más fuertes, y se aprovecharon. ¡Eso no es justo!

Aarón se empecinó.

—Gana el más listo. Eso también es justo.

Jokéved lo miró con lástima. «Ah, mi pequeño sabio… Siempre

regateando. ¿A quién te parecerás?» Miriam apretaba los puños. Ella era la justiciera.

—¡Basta! Aarón, dame el nido —ordenó su madre.

Él se resistió.

—No quiero.

—Dámelo.

Miriam se abalanzó sobre Aarón para arrebatarle el nido. Los dos forcejearon y, de pronto, el nido se deshizo entre sus manos. Un montón de barro seco y ramitas cayó al suelo, a sus pies. Durante unos instantes los hermanos enmudecieron.

—¡Lo has destrozado! —gritó la niña.

—¡Tú lo has roto! Por estirar tanto —protestó Aarón, con una mueca de desdén.

Miriam estalló en sollozos y corrió a refugiarse en la casa.

Amram llegó cuando ya las estrellas brillaban en el cielo y la noche era negra. Cada día regresaba más tarde y salía apenas despuntaba el sol. Pero los hombres agradecían trabajar en las últimas horas del día, con el fresco, aunque llevaran sobre las espaldas el agotamiento de toda la jornada.

Jokéved lo abrazó. Cubierto de polvo, sudoroso, desprendía olor de animal, fusta de cuero y arena. La arena también se deslizaba por todas partes, como el aire, como el aliento del río. Cató su aspereza en la lengua, mientras le buscaba los labios.

—Isaar me dijo que vinisteis a la obra.

—Sí.

Amram movió la cabeza.

—No deberíais ir. Ni tú ni ninguna mujer. Es humillante.

—Algo tenemos que hacer.

—Malgastáis vuestro tiempo y no nos ayudáis. Es mejor que os quedéis aquí.

—Pero lo necesitamos. Lo que os dan es muy poco…

—Mujer, hay algo que nos da más fuerza que el pan, la cerveza y las lentejas. —Amram la estrechó entre los brazos, mirándola a los ojos—. Y eso no necesitamos comprarlo.

—Oh, Dios.

—Algún día tomaremos nuestra revancha.

Jokéved no pudo contenerse.

—¿Otra rebelión? ¿Otro castigo?

—¡Basta, mujer!

Ella se apartó, abrazándose el vientre. Amram se sentó junto a la lumbre que Miriam se apresuró a avivar, sin dejar de observar a sus

padres.

—Nuestro pueblo no nació para vivir encadenado. Algún día saldremos de aquí.

Jokéved no respondió y se enjugó furtivamente las lágrimas. «Para ir... ¿a dónde?» Y, ¿cómo salir de una ciudad cercada, de un país amurallado por el desierto y el mar, de un reino defendido por un ejército poderoso, con miles de carros y caballos?

Amram interrumpió los pensamientos atormentados de su esposa y se volvió hacia Aarón, que los escuchaba.

—No quiero que mis hijos mueran en la esclavitud. Yo conocí otros tiempos, cuando era como tú —Posó su mano callosa sobre el hombro del chiquillo—. Y mis padres, mis abuelos, nuestros antepasados, todos vivieron en libertad. Eran respetados, en esta tierra y allí a donde fueran. Ningún rey nos poseía como este, que nos utiliza y nos azota como a perros. ¡Nadie poseía a los hijos de Israel!

Aarón callaba y miraba a su padre. Jokéved se alzó, hizo un gesto a Miriam y entre las dos llenaron una escudilla con lentejas cocidas que se calentaba al fuego. Sirvió un cuenco a su esposo.

Él comió en silencio. Su familia había comido ya, una ración menos generosa, aunque la suya tampoco era abundante. La casa olía a legumbre y cebolla, el olor de cada noche. Hacía mucho que no saboreaban carne asada. Tampoco había vino y la cerveza escaseaba. Jokéved observó el cuerpo nervudo de su esposo. Duro como una raíz, cada día más delgado. Sentía los huesos oprimirle el cuerpo blando, cuando la abrazaba. Pero aún era fuerte. Aún.

Aquella noche, acostada, mientras la luz de la candela temblaba en su taza de barro, Jokéved atisbó una estrella entre el cañizar de la techumbre.

—Habrá que tapar esa grieta —murmuró.

Amram miró hacia arriba.

—Mientras no llueva, nos dejará ver el cielo.

Ella sonrió.

—Eres un hombre duro.

—Los hijos de Leví nunca nos rendimos.

—Nunca...

Y aquella noche, mientras las manos de Amram oprimían suavemente su cintura, Jokéved sintió que había llegado el momento. El dolor sacudió su cuerpo y la humedad cubrió el lecho.

—Amram.

Rara vez lo llamaba por su nombre. Él se incorporó, sintiendo también el líquido caliente junto a sí.

—Llamaré a la partera.

—No... No lo hagas.

Pero Amram ya estaba en pie. Se echó el manto al hombro y salió de la casa. Jokéved contuvo un grito, encorvándose sobre el jergón. En la penumbra, oyó otra voz tenue.

—Mamá.

Ella no respondió.

—¿Llega el niño?

—Sí... Ya llega.

Y, esta vez, no reprimió el gemido.

Un parto era asunto de mujeres. A la puerta de la choza, bajo el cielo parpadeante de estrellas, Amram, sus hermanos y sus vecinos aguardaban, impacientes y murmurando en voz baja. Habían acudido las parientas de Jokéved, su amiga Tamar y, por último, llegó Fuá, una de las dos parteras. Fuá era una mujer robusta de zancada rápida y gestos enérgicos. Pasó junto al grupo de los hombres sin decir una palabra y entró en la casa. Las mujeres habiru rompieron en bendiciones al verla. Aunque no pertenecía a su pueblo, confiaban en ella.

Poco después se oyó el llanto de un bebé. Fue un llanto rotundo y nítido. Al poco tiempo, se convirtió en gorjeos y luego cesó. Amram, seguido de su hijo Aarón, entró en la casa.

Rodeada de las mujeres, Jokéved sostenía al bebé en brazos. Lo miraba, con esa claridad en los ojos que sólo podía verse en el rostro de una mujer recién parida, y lo estrechaba contra su seno.

Amram se agachó a su lado. Era un varón.

—Es hermoso —dijo ella, alzando la vista hacia su esposo.

Él asintió, con un nudo en la garganta.

—Es hermoso. Y vivirá.

El que teme a Dios no debe temer a los hombres.

Las comadronas

Shefirá alzó en brazos al bebé, goteando agua tibia sobre la jofaina. Era una niña y rompió en llanto. La madre, rodeada por otras mujeres, la llamó desde el lecho.

—Dámelo... ¡Dámelo! Quiero verlo.

Shefirá enjugó la piel mojada de la recién nacida con habilidad, sosteniéndola en un brazo y envolviéndola en el pañal con otro. Luego, la entregó a su madre.

—Oh, Dios Altísimo... ¡Es una niña!

Y vertió lágrimas de alivio. El mismo alivio que Shefirá veía en los rostros de las otras mujeres.

La madre estrujaba a la pequeña contra su seno; Shefirá se inclinó sobre ella.

—Es una niña hermosa y vivirá muchos años, fuerte y sana.

—Ojalá vea otros días y pueda parir a sus hijos en otra casa, en otro lecho, sin miedo y sin esclavitud.

—No temas. Si hubiera sido un niño también lo habríamos salvado.

Con el bebé ya mamando de su seno, la madre lloró en silencio. Una anciana gimió.

—Ya no. Desde que vienen los soldados.

—¡Los soldados nunca llegan a tiempo a un parto! —replicó Shefirá.

La choza quedó en silencio. Sólo se oían los balbuceos del bebé y los suspiros ahogados de la madre. Y el viento, que se colaba entre el cañizar de la techumbre.

El viento les trajo el resonar de las pisadas. Y las voces, y un lejano grito de aviso. Las mujeres se agruparon alarmadas. Un niño entró precipitadamente por la puerta.

—Los soldados del visir —gritó el niño—. ¡Vienen hacia aquí!

—Dios maldiga los huesos del espía que nos traiciona —masculló una de las mujeres—. ¡Cierra la puerta!

Shefirá se puso en pie, salió resueltamente al camino y cerró la puerta de la casa tras de sí.

Eran una docena, armados con lanzas y dagas cortas. El sol relucía sobre los cascos de cuero y los torsos aceitados. Shefirá se mordió la lengua. «Armados para el combate... ¡para venir ante cuatro mujeres indefensas y una parturienta!»

La calle del poblado estaba desierta. Tras las puertas y las tapias de los huertos, sin embargo, asomaban rostros medrosos. Algunos niños se arrinconaban en una esquina, observando.

El oficial que marchaba al frente señaló a la partera con su lanza.

—¡Abre la puerta!

—Mi señor, ¿es a mí a quien buscáis?

—¡Abre la puerta, repito! Obedece.

Shefirá posó la mano sobre el vano de madera, pero no abrió.

—En esta casa acaba de parir una mujer, ¡no lo ocultes porque lo sabemos! —bramó el hombre, y la partera distinguió un deje falso, una agresividad impostada en la voz estridente del soldado—. Escucha el llanto.

Shefirá se encogió de hombros.

—Así es —dijo—, y yo acabo de terminar mi trabajo. El bebé es una niña.

—Vamos a comprobarlo.

Tres hombres avanzaron empuñando sus lanzas. Shefirá se plantó ante la puerta.

—¿Vais a perseguir a unas mujeres indefensas? ¿A eso se dedican los soldados del rey?

—Aparta, zorra.

La empujaron y ella forcejeó ante la puerta cerrada.

—¡Aguardad y os traeré al bebé!

Abrió la puerta y entró. Los soldados se precipitaron tras ella. Las mujeres gritaron y gimieron, agrupándose en torno a la madre. Shefirá cogió a la recién nacida y la sostuvo firmemente en sus brazos.

—Quítale el pañal —ordenó el oficial, mirando con recelo el rostro arrugado y enrojecido del bebé. Berreaba y comenzó a agitar sus manitas desesperadamente. Shefirá deslió el pañal.

El oficial miró en silencio y frunció el ceño.

—¿Acaso miento? Soy una fiel servidora del rey. Cumplo con mi deber. ¡Como vosotros el vuestro!

A una orden del oficial, los soldados salieron de la choza y se alejaron. El arrabal quedó de nuevo sumido en el silencio; el polvo y el miedo flotaban entre las casas cerradas.

Shefirá envolvió a la recién nacida y la besó.

—Los dioses han bendecido a tu madre contigo, pequeña. Ah, ¡qué tiempos son estos, en que un habiru debe alabar a su Dios por engendrar a una mujer!

Llegó a la Ciudad Nueva al atardecer. El sol declinaba y el frescor húmedo del río se deslizaba entre los juncales y los huertos hasta las

casas, las placetas y los muelles. Allí, en el animado mercado, se encontró con su tía y maestra, Fuá, que la esperaba envuelta en un manto ligero de lino. Ambas eran viudas, no tenían hijos y vivían juntas. Apenas la vio, la matrona se dirigió hacia ella.

—Muchacha, hemos sido llamadas. Te esperaba.

Shefirá enarcó las cejas.

—¿Llamadas? ¿A dónde?

—A palacio. ¿Qué has hecho hoy?

—He sacado a la luz a tres criaturas —repuso ella—. Dos habiru, una de la esposa de un barquero. Quizás la conoces...

—¿Y los habiru?

—Un niño y una niña.

—¿Qué habéis hecho con el niño?

—Lo de siempre. Mientras puedan, lo esconderán.

—Mientras no lo descubran esos matarifes del visir.

Shefirá asintió en silencio. En la memoria de ambas aún sangraba la herida. Cada niño parido a través de sus manos era, en cierto modo, suyo. Y les dolía. Les dolía, casi tanto como a las madres, aquella incursión inesperada en la Ciudad de Barro, días atrás, el escrutinio de los soldados derribando puertas, los niños arrancados de los brazos maternos, los cuerpecillos ensangrentados y rotos. Aún y así, lograron salvar a algunos. Fuá había ideado un escondrijo para los bebés varones, que siempre funcionaba si la madre lograba actuar a tiempo y el bebé permanecía callado. Una canastilla impermeable, cerrada y metida en un pozo o en un aljibe, podía ocultar al niño durante el registro de los soldados.

—Los soldados han vuelto hoy —dijo Shefirá—. Me interrogaron y les tuve que mostrar al bebé. Era la niña, gracias a la Divina Madre.

—Has tenido suerte.

Shefirá sacudió la cabeza.

—Vamos a palacio. ¿Cómo nos llaman a esta hora?

—Ha llegado el gran visir desde Menfis. Según dicen, el rey visitará muy pronto la ciudad. Quiere instalarse en su nuevo palacio cuanto antes y el visir está preparando su venida. El gran Rahotep no pierde el tiempo.

Se embarcaron en una balsa que cruzaba el canal, con un grupo de soldados que regresaban a su cuartel. La brisa vespertina rizaba las aguas y agitaba sus faldas y sus mantos de lino. Shefirá contempló las aguas, plata y violeta, brillando con la luz del atardecer entre los juncos. Atrás, en la Ciudad Nueva, se encendían las primeras antorchas.

—¿Tienes miedo, muchacha? —preguntó Fuá. Aunque Shefirá no

era una jovencita, la mayor edad de su tía la impulsaba a tratarla como a una doncella.

Ella sonrió.

—No. No lo tengo.

Desembarcaron en la zona de los almacenes. Un grupo de guardianes esperaba la barca y el oficial se informó de todos cuantos llegaban. Al escuchar el nombre de las comadronas, ordenó a dos de sus hombres que las acompañaran.

Caminaron entre los barracones de los operarios, desiertos y solitarios. A su derecha se alzaban los silos donde se almacenaban el grano y los víveres para alimentar la ciudad y a los trabajadores de las obras. Cuando abandonaron la sombra de los grandes muros de adobe se encontraron en una plaza de tierra, ante un edificio inmenso como una montaña cuadrangular, aún sin terminar. Lo rodearon hasta llegar a la fachada norte, la que se abría frente a la avenida de los templos. Sobre la gradería, que recorría toda la fachada, se alzaban dos columnatas flanqueando la entrada. Sus fustes, bajo los capiteles palmiformes, exhibían coloridos frisos de escenas grabadas en bajo relieve y recién pintadas. Dioses y hazañas de su glorioso rey guerrero animaban también los muros de piedra caliza.

La entrada era monumental. Bajo el dintel aún sin pintar, Shefirá atisbó la penumbra de un largo pasillo y el temblor luminoso de las teas encendidas, alumbrando el interior.

Una doble hilera de guardianes armados formaba en la portalada de acceso y se adentraba en el corredor. Tía y sobrina miraron sin disimulo la grandeza que las rodeaba y entraron, precedidas por los dos soldados.

Se acercaron la una a la otra hasta que sus cuerpos se rozaron. La mano de Shefirá tocó el brazo enjuto de Fuá, que apretaba el chal de lino.

—La casa de nuestro rey es grande —susurró.

—Porque grande es quien la ha de ocupar —sentenció Fuá, irguiéndose—, hijo de los dioses, justicia poderosa y predilecto de Amón.

Shefirá contuvo un estremecimiento. Tras el corredor iluminado salieron a un extenso jardín porticado donde crecían las palmeras y un bosquecillo de granados. Lo atravesaron, recorrieron otro pasadizo con columnas a ambos lados y se encontraron ante una puerta colosal de madera de cedro con remaches de oro. Estaba entreabierta y un haz de claridad salía de ella, con el rumor de voces y el aroma entremezclado de incienso y comida. Ocho guardianes la custodiaban. Al ver a los

recién llegados y escuchar el saludo de los soldados, dos de ellos empujaron las hojas de la puerta.

El salón de trono se desplegó ante ellas como un inmenso cofre policromado, centelleante de luz, oro y el colorido de los frescos que cubrían techo y paredes. El esplendor de la creación parecía encerrado en aquella sala.

Fuá apretó el brazo de su compañera y susurró:

—No te amilanes, mi muchacha. Porque el menor de los bebés que pasan por tus manos es más grande que toda esta maravilla muerta.

De inmediato fueron conducidas ante un sitial de madera dorada, instalado bajo el trono vacío. Allí las dos se arrodillaron.

El visir Rahotep, mano derecha del rey en la región del Delta, era un hombre maduro y enérgico. La adiposidad de su cuerpo no llegaba a encubrir su constitución robusta y todavía ágil. Su rostro afeitado exhibía una mandíbula severa y una ancha frente con una arruga vertical que nacía entre ambas cejas. Lucía un tocado de lino rojo y oro, propio de príncipes, faldellín plisado con cinturón de oro y gemas, y sostenía en su mano el bastón de mando con la cobra labrada en su puño.

Rahotep, sin embargo, había renunciado al maquillaje. No necesitaba ensombrecer sus ojos para intimidar con la mirada.

Postradas, con el rostro vuelto a tierra y conteniendo el aliento, Shefirá y Fuá aguardaron largos, interminables minutos, hasta que el visir les dirigió la palabra.

—Levantaos.

—Mi señor.

—De modo que vosotras sois las parteras de la Ciudad Nueva. Y también las que asistís a las mujeres habiru, ¿es así?

—Así es, mi señor.

El visir las miró fijamente, a una y a otra. Ambas bajaron la vista e inclinaron la cabeza.

—El rey, nuestro señor, dictó una orden con instrucciones para las comadronas de la Ciudad de las Cañas. ¿Estáis al corriente?

Fuá respondió.

—Lo estamos, señor.

—Y bien, ¿qué dice esa orden?

Fuá alzó los ojos con osadía y sostuvo la mirada del visir.

—Mi señor, esta fue la orden: que durante tres riadas todo recién nacido habiru, si es niña, puede vivir. Pero si es varón, debe ser sacrificado.

Rahotep asintió, ceñudo, y Fuá inclinó la cabeza ante él.

—Según los informes que me han llegado, la orden no ha sido

cumplida. Algunos niños han escapado.

Fuá alzó el rostro, pero ya no miró al visir a los ojos. Se detuvo para observar su pectoral de oro y esmalte azul, con un Horus extendiendo las alas.

—Mi señor, nosotras cumplimos nuestro deber. Somos fieles servidoras de la divina Isis, dadora de vida, y de nuestro rey, hijo de los dioses y favorito de Amón. Pero obedecer este mandato no es tan sencillo.

—¿Por qué motivo? ¿Tan difícil es deshacerse de un recién nacido? ¡Tenéis a mis soldados a vuestra disposición! ¿Quién os impide obedecer las órdenes?

—Oh, mi señor. —Fuá ganaba aplomo y Shefirá la miró con admiración—. Las mujeres habiru son el origen del problema. Permitidme que os lo explique…

Ante el silencio del visir, la partera continuó.

—Cuando una mujer egipcia está a punto de parir, enseguida nos llama para que vayamos a atenderla. Si no es ella, son sus hijas, parientes o vecinas quienes lo hacen. Y acudimos con nuestros lienzos y sahumerios, con los amuletos y la silla de partos. Pero las mujeres habiru, mi señor… ¡son yeguas salvajes! Paren solas, en cualquier lugar, allí donde les viene la hora. No se molestan en llamar a las comadronas. Y, cuando alguna de sus vecinas lo hace, la mayoría de las veces llegamos tarde. Para entonces, si la criatura es niño, ya se han ocupado de hacerlo desaparecer.

El visir rumió un tiempo. A su derecha, Shefirá observó a dos escribas sentados en sendos taburetes, con sus tablillas sobre el regazo y sus cálamos. A la izquierda del dignatario se sentaban varios hombres que, a juzgar por sus atuendos, sus joyas y su maquillaje, debían ocupar importantes cargos en la ciudad. Pero una comadrona de las mujeres pobres, como Shefirá, no los conocía. Los miró con disimulo e inclinó el rostro a tierra, contemplando el mármol rosa veteado que se extendía bajo sus pies.

—Tienes la lengua larga para ser una simple mujer de pueblo —dijo el visir, por fin—. También tienes larga la mirada, y osada.

—Mi señor, no tengo nada que ocultar —replicó Fuá, en tono humilde, pero sin vacilar—. Soy una pobre sierva de mi señor e intento cumplir con mi deber. Igual que mi compañera.

—¿Trabajáis juntas?

—Sí, siempre que nos es posible —respondió Fuá, mirando a Shefirá. Esta asintió con la cabeza.

—Pues, a partir de este momento, vais a contar con otros colaboradores —dijo el visir; e hizo un gesto ante sí, batió palmas y

aguardó unos instantes. Shefirá y Fuá oyeron pasos marciales sobre el pavimento.

—El oficial Djemer y sus hombres os acompañarán, a partir de este día, en todo parto que debáis atender entre las mujeres habiru. Y no temáis que las mujeres se oculten o den a luz donde no deben. Mis informadores os comunicarán, en cada momento, cuándo y a dónde debéis acudir.

Fuá se inclinó ante el visir y Shefirá la imitó, conteniendo la zozobra que, fría como el agua de invierno, invadía su ánimo.

Salieron custodiadas por los guardianes de Djemer. Shefirá mordió la rabia al reconocerlo, a él y a varios de sus soldados. El soldado la miró con sorna, pero no pronunció palabra.

Cruzaron el canal en una almadía conducida por los guardianes. Era ya noche cerrada, en lo alto lucían las estrellas y en la Ciudad Nueva, iluminando las casas de adobe, las lucernas parpadeaban sobre las aguas.

El río era negro como una sima misteriosa. Y el viento soplaba entre los juncos, como un aliento invisible.

—¿Obedecerás la orden? —preguntó Shefirá aquella noche, mientras las dos cenaban sin hambre pan tostado y aceitunas, sentadas en la esterilla de su vivienda de mujeres sin varón.

Fuá la miró a los ojos.

—Los dioses son señores de la vida y de la muerte —repuso—. Y nosotras recibimos la vida en nuestras manos. Mi alma está en paz. Prefiero desobedecer a un hombre que profanar el don sagrado de los dioses.

Su hermana, desde lejos, vigilaba.
Éxodo 2, 4.

Miriam

Una bandada de ánades alzó el vuelo. El cañaveral entero se estremeció: crujieron las hojas de carrizo, azotándose unas a otras, y las espigas sacudieron sus penachos cargados de semillas doradas.

Oculta entre el verde, Miriam aguardó. Cuando el batir de alas se alejó y volvió el silencio, oyó las voces. Las dos barcas doradas, con sus doseles de lino blanco, se deslizaban sobre las aguas. El sol estaba alto y el lago resplandecía como si hubieran caído en él miríadas de estrellas temblorosas.

Cuatro hombres impulsaban los remos, tocados con cascos y armados con espada corta. Eran soldados del rey. Sus lanzas reposaban sobre las bordas. Ajenas a sus semblantes graves y alerta, las jovencitas que ocupaban las embarcaciones reían y bromeaban.

Miriam aguzó la vista y distinguió a la princesa. Sentada en medio de la barca más grande, el sol arrancaba destellos de su diadema y brazaletes. Un velo transparente la cubría, atrapando la luz sobre su cuerpo. Y el cabello, negro y espeso, caía en una cascada de bucles sobre su espalda.

Era bella. Y eran bellas, también, todas sus compañeras. Miriam pensó en su propia piel, curtida por el sol, en sus trenzas atadas con cordel y en su túnica de lino basto. En su collar de conchas, que lucía en contadas ocasiones al año. Algún día, soñaba, sería hermosa como ellas y se envolvería en un velo transparente, cubierto de perlas y gotitas de oro. Y —¡que su madre jamás lo sospechara, ni ella ni las matronas habiru!— algún día pintaría sus párpados con kohl y trazaría una línea de verde malaquita sobre sus ojos, para embellecerlos y agrandarlos. Y también pintaría sus labios. Se perfumaría con fragancias de loto e incienso, y alejaría para siempre el olor de barro y estiércol de su aldea junto a la ribera.

Apartó súbitamente los pensamientos de su mente y avanzó por el cañaveral, hundiendo los pies en el limo, hasta divisar la pequeña cesta que, poco a poco, descendía llevada por la corriente.

Olvidó la belleza, los brazaletes, los ojos pintados y el oro porque, en aquel momento, todo su corazón latía apretado y chico, metido, como en un puño, dentro de aquella canastilla tapada.

Shefirá había acudido con premura hasta la Ciudad de Barro, a medianoche. Las familias se sacudieron el sueño de encima y el miedo

volvió a sobrevolar las casas.

—Será mañana —anunció Shefirá en casa de Urí, el herrero—. El visir enviará a Djemer con sus hombres y no van a dejar una sola casa sin registrar. También buscarán en los aljibes, en los pajares, en los hornos… Alguien debe haberles avisado.

La voz corrió. Urí, antiguo forjador y orfebre, que poseía prole numerosa y una de las viviendas más grandes, había congregado en su patio a una cincuentena de vecinos. Allí acudieron Amram y su familia. Los hombres discutían; las mujeres se miraban consternadas.

—Ah, si tuviéramos armas —masculló el herrero, mirando la forja ennegrecida y fría, apagada desde hacía largo tiempo.

Su esposa le replicó.

—Pero no las tenemos. ¿Qué podemos hacer nosotros ante los soldados del rey?

—¡No queremos más represalias! —gimió otra mujer.

Jokéved apretó contra su pecho al pequeño que, ajeno al revuelo, dormía plácidamente.

—No, no pueden encontrarlo, no pueden…

Amram se enfureció.

—Llévatelo, mujer. Ve al desierto, ¡huye!

—No habrá un solo rincón donde puedas esconderlo —sentenció Urí.

—Y si lo encuentran todos correremos peligro por ocultarlo —añadió otro vecino—. Más valdría que lo entregaras.

—¡No! —gritó Jokéved. En aquel momento el bebé despertó y comenzó a llorar.

—¡Haz que calle! —ordenó Amram.

Jokéved le dio el pecho y se sentó en el poyo del patio, derramando lágrimas silenciosas. Aarón y Miriam la observaban.

—Dios todopoderoso —se lamentaba una mujer—, socórrenos. Socorre a nuestros hijos.

—Nuestro Dios está lejos y nos ha abandonado —repuso Urí—. ¿Qué pueden tus plegarias contra las armas? Nada ganas lloriqueando de esa manera.

La mujer se enjugó las narices y siguió llorando. Amram miró a su esposa.

—Hazlo tú, antes de que lleguen ellos.

Un silencio siguió a sus palabras. Y, de pronto, se oyó la voz fina y aguda de Miriam.

—Hacer, ¿qué?

Amram la hizo callar con una mirada. Pero Miriam se acercó a su madre.

—¿Qué tienes que hacer, mamá?

Ella cerró los ojos y estrechó al pequeño.

—Nada… Nada, hija, nada.

Miriam se volvió hacia su padre, vencido por el dolor airado; hacia su hermano, perplejo e impotente; hacia el herrero sin martillo, el vecino cauto, las mujeres quejumbrosas… Miedo. El miedo gritaba en sus rostros, en sus cuerpos tensos y encorvados, en sus labios ahítos de maldiciones y en los ojos oscuros y vacíos.

Y su Dios, el Altísimo, para el que no había nombre lo bastante grande, también callaba.

Miró a su pequeño hermano. Él tampoco tenía nombre. Jokéved se resistía a nombrar al bebé que quizás nunca vería crecer. El *niño*, lo llamaban sus parientes, e incluso en la vecindad. *El niño de Jokéved*. Y lo decían con un deje de lástima, como si pronunciaran un nombre condenado. Porque aquel niño, ante el rey y los dioses que sí tenían poder, no debía vivir.

«Dios, tienes que ayudarme.»

—Mamá.

—Qué, preciosa.

—Podemos salvar al niño. Antes de que vengan los soldados.

—¿Qué dices?

—Yo te ayudaré.

Amram y su hijo las observaron en silencio, sin interrumpirlas. La claridad del alba comenzaba a colarse por la techumbre. En la repisa del horno de pan la candelilla parpadeaba, consumiendo el último poso de aceite.

La choza olía a brea. Jokéved terminó de untar la cesta de papiro, se limpió las manos y tapó el recipiente de resina que guardaba su marido para reparar los muebles y las nasas de pesca. Forró la canasta por dentro con lienzo de lino y tomó al niño. Entonces lo miró.

—Oh, Dios Altísimo… Es tan hermoso. ¿Cómo podré vivir sin él?

Lo amamantó una última vez. Cantó, meciéndolo en sus brazos, hasta que se durmió y lo besó suavemente, acariciando sus mejillas, sus ojos, su pequeña cabeza cubierta de suave vello negro. Tomó el pañal y lo envolvió despacio, con gestos delicados, como queriendo detener el tiempo, y lo metió en la cesta.

Salieron ella y Miriam hacia el río. Al cabo de un instante, Aarón las siguió corriendo.

Los niños, también los chiquillos habiru, y más si podían pasar desapercibidos, gozaban de una libertad que no conocían los adultos.

Exploraban los sotos de la ribera, recorrían los sembrados, jugaban en las calles de la Ciudad Nueva y seguían los cortejos de bodas, procesiones y funerales. La llegada del rey y su corte añadió un aliciente más a sus días de juegos y olvido. Para Aarón y sus amigos, seguir los desplazamientos del rey con su flamante escolta de carros, cuando cruzaba el canal para dirigirse a la Ciudad Nueva o al desierto para cazar leones, se convirtió en el desafío favorito.

Miriam recordaba bien el día de la llegada del rey. Los dos barcos reales y una flota de más de cuarenta naves remontaron el río y llenaron el canal. Sus velas blancas se desplegaban en el puerto como una bandada de gigantescos ibis. Jamás, en sus ojos de pequeña habiru, hija del desierto afincada en una ciudad extraña, había contemplado tal magnificencia. Más aún que los barcos, con sus proas relucientes de oro y los inmensos ojos del dios Horus oteando las aguas, más aún que el despliegue de soldados, damas y cortesanos, a Miriam le impresionaron el rey y las reinas.

«Parecen dioses», murmuró, y Tamar, a su lado, en la multitud apretujada, asintió, fascinada. Una mujer de la Ciudad Nueva exclamó con entusiasmo:

—¡Son dioses! Nuestros dioses protectores, el Defensor de la tierra, el Elegido de Ra, Amado de Isis, Toro Poderoso… ¡Y las esposas reales son nuestras diosas!

Miriam las observó tanto como pudo. En la lejanía distinguió sus vistosos tocados, el centelleo de sus joyas y sus túnicas blanquísimas y plisadas. Una de las reinas acompañaba al rey y no se apartaba de su lado. La otra viajaba en el segundo barco, con sus respectivos hijos e hijas, y a Miriam le pareció la más hermosa, aunque se mantuvo discretamente en un segundo plano. Los príncipes eran más de diez, varones y doncellas, algunos aún menores, luciendo sus cráneos rapados con el bucle sobre la oreja. Miriam se fijó sobre todo en las princesas.

Amanecía y la claridad rosada del alba se cernía sobre los campos. Pronto llegaría el mes de la siega y la cosecha. Después, los días más cálidos, largos e interminables, de sol inclemente. Los días más duros para los obreros de los campos de adobe. Dos lunas más tarde, el río volvería a crecer.

Apresuraron el paso. Era el niño quien ahora las guiaba por el camino, aún desierto.

—Yo sé el mejor lugar —aseguró, mirando a su madre—. Es donde no hay mucha corriente.

—¿Y… —Jokéved no se atrevía a preguntar—… los cocodrilos?

Aarón rió.

—En el canal no hay cocodrilos. Nos hemos bañado muchas veces allí.

—En el lago tampoco —dijo Miriam—. Y allí es donde va a bañarse la princesa.

Jokéved guardó silencio. A su izquierda dejaban la Ciudad Nueva, con sus casas de adobe dormidas bajo la luz de la aurora. Más allá, hacia el norte, estaba el puerto, donde ya se vislumbraba actividad. Varias velas se deslizaban sobre el río. Aarón tomó un desvío del camino hacia oriente.

—Por aquí.

—¿Hasta dónde llegáis en vuestras correrías, hijo? —preguntó Jokéved, tomando aliento.

—Mucho más lejos. Hasta los campos de entrenamiento, allá.

Señaló hacia levante; en aquel momento un rayo luminoso rasgó el horizonte y se alargó sobre los campos.

—Ya sale el sol —dijo Miriam—. ¡Hemos de darnos prisa!

Apenas terminó de hablar escucharon el retumbar en la tierra y las voces. Pasos regulares y marciales que conocían demasiado bien.

—Los soldados.

Aarón tiró de la mano a su madre y corrió hacia un matorral de sicómoros.

—¡Hija! —susurró Jokéved. Miriam dio un salto y se escondió con ellos.

Ocultos tras las hojas frondosas contemplaron la columna de soldados que marchaba hacia la Ciudad de Barro. El miedo retuvo a Jokéved y a sus hijos escondidos largo tiempo, hasta mucho después de que el último soldado desapareciera por la bifurcación. Jokéved cubría la cesta, alzando la tapa de cuando en cuando, pero el niño dormía. El polvo del camino se posó y el aire recuperó su calma. Vieron pasar a dos aguadores con sus burros, a varias campesinas que iban al mercado, a un grupo de segadores. Y aún aguardaron. Cuando, por fin, decidieron salir de su escondrijo y continuar caminando, el sol ya estaba alto.

Llegaron a orillas del canal. Esta vez los guió Miriam. Allí donde ella jugaba sola, mientras Aarón y sus amigos se enzarzaban en sus peleas, y soñaba con ser princesa del Nilo alguna vez. Entre los juncos había florecido una docena de lirios de agua.

Jokéved avanzó entre los carrizos y alzó la tapa de la cesta. El niño se había despertado y la miraba con sus ojos grandes y oscuros.

—Sssssst. Duerme, mi perla. Duerme. Que el Dios Altísimo te

proteja y te ofrezca otros brazos, y un pecho generoso cuando despiertes. Duerme…

Una lágrima cayó sobre el rostro del pequeño. Lo besó. El niño gorjeó y movió una mano pero no lloró. Jokéved bajó la tapa del cesto y caminó bajo el sol, adentrándose en el agua, rodeada de algas y de lirios.

Su falda se hinchó como una vela alrededor de la cintura. Aarón y Miriam la observaban, unos pasos más atrás.

—Llévalo, río generoso. Llévalo, señor de la vida. Llévalo a otros brazos, a otro seno. Mécelo en tus aguas y déjalo vivir.

Soltó la canasta y la dejó flotar. Miriam se acercó con una caña larga en la mano. Aunque el agua la cubría hasta el pecho, avanzó hasta llegar junto a su madre y le cogió una mano.

—Mamá, quédate aquí. Yo vigilaré.

La princesa y sus compañeras reían, chapoteaban en la orilla y las más osadas nadaban aguas adentro. Algunas descansaban en la playa herbosa donde habían atracado las barcas, a la sombra de un frondoso palmeral. Iban desnudas y los collares y las pulseras brillaban como las gotas de luz resbalando por su piel. Los soldados se habían apostado a cierta distancia, en los cañaverales. Miriam esperaba que no la descubrieran. Enarbolando su caña, avanzaba por la orilla cenagosa sin perder de vista la cesta.

Una ráfaga de viento, o quizás una corriente rápida, llevó la canasta hacia los juncales. Miriam se acercó, empuñó su pértiga y la impulsó hacia el lago de nuevo. Si el agua la llevaba un poco más abajo, terminaría flotando ante el prado de las palmeras.

Aguardó, con el alma en vilo. La cesta fue deslizándose por las aguas. Y, de pronto, el corazón de Miriam se detuvo al oír un llanto.

El niño lloraba. Ella se mordió el puño y se dispuso a avanzar. Entonces escuchó otro grito.

Las muchachas también habían oído el llanto y no tardaron en divisar el cofre de mimbre que flotaba entre los lotos. Una de ellas se adentró en el lago y nadó, ágil como un pez, hasta alcanzarla.

Regresó impulsando el cesto con los brazos. Cuando estuvo cerca de la orilla se puso en pie, lo tomó en sus manos y se lo tendió a su señora.

La princesa abrió la tapa de aquel capazo que chorreaba y se agitaba. Los berridos del bebé no habían cesado.

Miriam aguzó el oído.

—¡Oh, dioses! ¡Un niño!

Las doncellas la rodeaban. La princesa lo sacó de la cesta y lo

sostuvo en alto. El pañal de lino se deslió y cayó al suelo. Miriam contuvo el aliento, viendo a su pequeño hermano desnudo en brazos de la dama desconocida.

—Es un niño habiru.

Algunas jóvenes murmuraban.

—Su madre lo ha debido abandonar… ¡para no matarlo!

El bullicio cesó. También el niño había dejado de berrear, y la princesa lo acunó contra sus senos vírgenes.

—Es hermoso.

—Es un proscrito —dijo una de las doncellas.

La princesa lanzó una alegre carcajada.

—¡Me lo quedaré! Es un hijo del río, un regalo de los dioses. ¡Seré madre antes de ser esposa!

Reía, y sus compañeras se unieron a su regocijo. Miriam salió de su escondite y corrió hacia ellas sin pensar.

Una voz recia, masculina, gritó. Miriam sintió una mano firme que la sujetaba por el tirante de la túnica y vio a la princesa y a sus doncellas volverse a mirarla con perplejidad.

—¿Qué ocurre?

—¿Quién es?

Un soldado la agarraba con fuerza. Miriam pataleó e intentó soltarse, pero no pudo. Otro soldado le arrebató la caña de las manos y la detuvo con una bofetada. La princesa aún sostenía al bebé en brazos y los miró, interrogante.

—Mi señora, es un crío, posiblemente un mendigo… ¡Seguro que venía a robar!

Miriam se revolvió.

—No soy un crío. ¡Soy una niña!

La princesa hizo un gesto a los soldados y ellos la soltaron. Miriam corrió hacia ella y se arrodilló, postrándose hasta tocar con la frente en el suelo, como había visto que hacían los vasallos del rey ante su señor.

—Una niña… ¿habiru? —La voz de la princesa era dura.

Miriam se incorporó sin alzar la mirada.

—Mi señora. ¡Perdonadme! Quería ofreceros… Si necesitáis una nodriza para el niño…

Calló. Nadie respondió. Despacio, Miriam osó levantar los ojos y se encontró con el rostro delicado de la princesa.

Era hermosa, pensó la niña, mucho más que vista de lejos, envuelta en tules y joyas. Con las trenzas mojadas, desnuda y apenas una sombra de maquillaje en los ojos, era bella como una diosa. Y su hermano, el pequeño de Jokéved, descansaba sobre su seno.

—¿Conoces a alguna nodriza? —Ahora la voz sonó con grave dulzura.

—Sí, mi señora. Es muy buena. ¡La mejor! Puedo ir a buscarla y dará el pecho al niño todo el tiempo que queráis.

La princesa asintió.

—Ve y tráela aquí. Quiero verla. Esperaremos hasta que regreséis.

Uno de los soldados avanzó un paso.

—Mi señora, no os fiéis de esta arrapieza. La acompañaré.

—No, dejadla ir. Volverá.

El soldado quiso protestar, pero la princesa lo hizo callar con un gesto. Miriam asintió y sonrió a la princesa.

—Mi señora, ¡la traeré en seguida!

Dio media vuelta y echó a correr.

Corría, con el corazón alado. «Lo hemos salvado.» Y Dios, el Todopoderoso, el Fiel, volvió a soplar en su interior como el viento que, tras la calma, hincha las velas dormidas. Sí, Dios estaba ahí, Dios era grande… La había escuchado. Miriam corrió, con la sonrisa en los labios; corrió hasta el camino atravesando los campos, hasta la bifurcación donde Aarón y su madre aguardaban, acurrucados a la sombra de una higuera. Corrió como nunca lo hiciera y se sintió ligera e inmensa.

¡Los dioses son veleidosos!
Sólo ellos saben por qué las cosas suceden.

Bint-Anat

Merit era la favorita de su padre. Pero, esta vez, ella volvería a ser la primera. Era la primera hija, la primera nacida de su sangre. Y sería la primera en disfrutar de la maternidad, aunque fuera robada. El niño nacido de las aguas era suyo. Suyo y del dios del río, suyo y de la diosa de quien llevaba el nombre. Suyo.

Por eso, cuando la harapienta chiquilla habiru regresó con la nodriza y Bint-Anat vio el brillo en los ojos de la mujer mientras tomaba al niño sintió un latigazo de celos.

—Vendrás a palacio conmigo —decidió la princesa—. Te alojarás con mis sirvientas hasta que destetes al niño. No sufras por tu familia, te pagaré con creces.

La mujer habiru no rechistó. Se inclinó con respeto y sus trenzas oscuras rozaron la tierra. Bint-Anat observó su espalda y su hombro huesudo. Observó el rostro de la chiquilla y sonrió para sí.

Luego pensó en su padre y, esta vez, rió alegremente.

—Volvemos a palacio —ordenó a los soldados. Poco después las dos barcas se deslizaban por el lago hasta la otra orilla.

El rey la mandó llamar. No se hallaba en el salón del trono sino en la estancia sobria e iluminada, abierta a su jardín privado, donde despachaba con el visir, el tesorero y el arquitecto. Sabiendo que a su padre le complacía verla hermosa, Bint-Anat acudió peinada y maquillada, con una falda ceñida a la cintura y un collar de jade y pepitas de oro que centelleaban entre los senos.

Caminó ligera, haciendo tintinear los aretes de sus tobillos, y notó las miradas de los prohombres sobre ella. Trabajaban y discutían ante una mesa baja llena de papiros. Todos se sentaban en el suelo salvo el rey, que ocupaba un sillón de ébano y marfil. La reina Nefertari no estaba allí y Bint-Anat sintió una íntima alegría. Se arrodilló con gesto grácil ante el soberano, que la observó atentamente. Por fin, la tomó de una mano y ella se incorporó.

—Mi rey y mi señor.

El rey frunció el ceño. Poco le costaba expresar la cólera a aquel rostro anguloso, de mandíbula prominente y nariz aguileña. Aún sin la doble corona y sus atributos reales no dejaba de imponer autoridad con su presencia. Pero Bint-Anat conocía sus ojos. Había más curiosidad que enojo en la mirada penetrante del señor de Kemet.

—¿Qué nuevo capricho es ese que me han contado?

Bint-Anat besó suavemente la mano que la sujetaba y se atrevió a esbozar una leve sonrisa.

—Padre, ¿qué os han contado?

El rey le soltó la mano con brusquedad.

—Ese crío. Todo el palacio es un rumor. Y hasta has traído a una nodriza extranjera para cuidarlo.

Bint-Anat inclinó con gracia la cabeza.

—Mi señor y mi rey, el dios de las aguas lo trajo hasta mí. ¡Y es tan hermoso! No podía rechazarlo.

—¡Ni siquiera sabes quiénes son sus padres, ni de dónde viene!

—¿Qué importa? Es un regalo del Nilo.

—Un niño abandonado, posiblemente un extranjero, hijo de miserables esclavos.

—Es tan hermoso, padre.

El rey guardó silencio unos instantes y Bint-Anat bajó el rostro, sintiendo el peso de la mirada regia.

—¿Qué pretendes hacer con él?

—Adoptarlo y criarlo. Educarlo en palacio. Enseñarle a servir a su señor. Es un niño sano y fuerte. El día de mañana será un magnífico comandante del ejército de su rey.

Los dignatarios murmuraron entre sí y el monarca, esta vez, dibujó una sonrisa mordaz entre sus labios.

—Tengo cuantos comandantes quiero. ¿Acaso no bastan mis ocho hijos? (1)

Cinco de Nefertari y tres de Isis la Bella. Los cuatro mayores eran aguerridos y estaban ya curtidos tras decenas de batallas. Bint-Anat sonrió, recordando la primera vez que sus hermanos, aún niños, habían acompañado a las tropas de su padre. Se habían criado como soldados y, ahora, casi todo el ejército estaba en sus manos.

—Mi señor, las huestes del rey son muy numerosas.

—¿Qué sabes tú de la tropa y su mando?

Bint-Anat se volvió a inclinar con modestia. Las trenzas de su tocado, relucientes de aceite perfumado, cayeron sobre sus hombros.

Se oyó un delicado tintineo. Los hombres alzaron la vista y divisaron una figura esbelta y blanca cruzando el jardín. Todos se pusieron en pie e hicieron una reverencia. Bint-Anat también se levantó, con el cuerpo súbitamente rígido, y reprimió su contrariedad.

El rey alargó una mano hacia la dama que acababa de entrar. Era Nefertari.

—¿Te encuentras mejor? —La voz autoritaria de pronto se volvió ronca y afable.

La reina asintió, recogió el borde de su túnica de seda y ocupó un

sitio entre su esposo y el visir Rahotep. Un esclavo se apresuró a traerle cojines. Bint-Anat se inclinó ante ella.

—Mi reina y señora.

Nefertari la miró con fría amabilidad. Se esforzaba por ser cortés con su hijastra, pero Bint-Anat odiaba su condescendencia. Tanto como envidiaba aquel fuego que se encendía cada vez que ella y su padre cruzaban las miradas. Tanto como admiraba la naturalidad y el respeto con que la trataban los hombres de confianza del soberano.

—Estamos revisando los planos de los templos. Tengo algunas ideas para el de Ptah… —explicó el rey a su esposa—. Pero nuestra hija ha traído nuevas y debemos tomar una decisión. ¿Estás al corriente?

Nefertari asintió. Cómo no, pensó Bint-Anat. Los ojos y los oídos de la reina se multiplicaban por todos los rincones de los palacios y del reino.

—Ha recogido a un niño habiru y quiere adoptarlo. Ese niño debería morir.

Nefertari miró a su esposo. Era la única mujer a quien el rey consultaba su parecer. Y rara vez desoía su consejo.

—¿Qué edad tiene?

—Es un crío de teta. Tendrá meses.

—Apenas semanas —intervino Bint-Anat, inclinándose ante la reina—. Oh, mi señora, si lo educo entre mis hermanos, con mis ayas y mis siervos, no quedará en él huella de su origen. Soy ya una mujer y mi seno arde por amar a una criatura… ¡Permitid que me lo quede!

Nefertari meditó unos instantes y luego volvió a mirar al rey.

—Déjalo vivir —dijo, con voz suave.

El monarca refunfuñó, movió la cabeza e hizo alzar el rostro a su hija mayor. Bint-Anat vio su expresión severa y la indulgencia en el gesto de Nefertari. «Quiere que sepa que se lo debo a ella», pensó con rencor. Pero, en aquel instante, su gratitud era mayor que su odio.

—Quédatelo y haz con él lo que te plazca —dijo el rey—. No quiero que cause problemas. Si cuando crece se vuelve díscolo, y si levanta su mano contra alguno de mis hijos, lo enviaré con los esclavos a los campos de adobe.

Isis la Bella, la otra gran esposa real, recibió a su hija mayor en sus aposentos, rodeada de tres esclavas de confianza. En el jardín de su salón, Sabu, el arpista ciego, desgranaba una melodía nostálgica acompañado de una joven flautista.

—¡Madre!

Bint-Anat se echó a su lado, entre los almohadones de pluma y

seda, y se arrebujó con mimo contra su seno. Isis le acarició el cabello.

—Hija, ¿qué es esa historia que me cuentan del bebé?

—Ah, ¡cómo corren las nuevas!

—¿Qué esperabas? Los muros de los palacios son gruesos pero tienen ojos y oídos. Una princesa que regresa de su baño con un niño desconocido en brazos no es noticia que se oiga cada día.

Bint-Anat dejó escapar una risita alborozada.

—¿Por qué no has venido a mostrármelo de inmediato?

—Pensaba hacerlo… pronto.

—Hija, temo que no has hecho lo correcto.

—¿Por qué?

—Ha sido un acto de rebeldía contra tu padre. Adoptar a un niño significa hacerte madre. Y a ese niño, príncipe. Y tú aún no has sido desposada.

Bint-Anat suspiró y calló.

—Lo sé, hija. Sé que esperas desposarte hace tiempo.

Sí, Bint-Anat soñaba ser la esposa de un príncipe hitita y convertirse en la reina del gran pacto, el sello de paz con el atávico enemigo, el reino de Hatti. Pero su padre era hombre de apetitos poderosos y prefirió ser él quien se casara con una hija del rey Hattusili. La princesa en cuestión todavía era una niña y el monarca hitita postergaba su matrimonio aduciendo su corta edad.

—Dicen que la princesa hitita ni siquiera es hermosa —murmuró—. Padre no la querrá. Se acostará con ella lo justo para dejarla preñada.

Isis se incorporó y acarició la mejilla de su hija.

—Tu padre te procurará el mejor matrimonio. Confía.

Bint-Anat rió con desdén.

—¡Con mi hermano Ramsés! Y él, madre, está loco por acostarse conmigo… Menos mal que padre le abre de par en par las puertas de su harén.

Isis suspiró.

—Hija, que tu hermano mayor aún no se haya casado, y que tú permanezcas doncella, es nuestra mejor promesa de futuro.

Bint-Anat calló unos instantes. Su madre había sido la primera esposa. Apenas tenía doce años cuando el rey la desposó. Tres menos que ella, aún virgen y esperando conocer los placeres conyugales que quizás tardaría mucho en degustar. Y Amenhir, el príncipe primogénito, hijo de Nefertari, ya se había casado y tenía dos hijos con una mujer que no era de sangre real. Sí, su madre estaba en lo cierto. Preservar a los dos vástagos mayores de Isis la Bella sólo podía ser una promesa. A la muerte del rey, sería su linaje el que ocupara el

trono.

Pero Nefertari brillaba demasiado y su poder era inmenso. Más que su poder, Bint-Anat sabía que era el amor lo que la hacía fuerte. Isis la Bella, relegada a un segundo lugar, no había querido entrar en aquella batalla. Al menos no abiertamente.

—¿Y tú, madre, cuándo fue la última vez que estuviste con él?

—Anoche.

—¡No es cierto!

—Sí, lo es. ¿Por qué crees que hoy ha sido indulgente contigo? Aún le duran las mieles de nuestro encuentro.

Y Nefertari había pasado la noche recluida en sus aposentos, enferma o indispuesta. Por eso no había acudido hasta más tarde junto a su esposo, pensó Bint-Anat, y recordó la palidez de la reina y las palabras del rey, atentas y preocupadas, hacia ella.

—Así, puedo conservar al niño gracias a ti.

—En cierto modo, sí.

—Madre, ¡eres grande! Grande y hermosa. Y tú eres la primera esposa real, por mucho que la otra se haya empeñado en ocupar tu lugar.

Isis volvió el rostro con tristeza y miró hacia el jardín. El agua del estanque centelleaba entre los lotos. La flauta sonaba, dulce y profunda como un largo lamento.

—Hija, no podemos contradecir la voluntad de los dioses y sus elegidos. Pero sí podemos aprender a fluir, como el agua mansa que cubre las piedras y doblega los juncos. En silencio, con inteligencia.

Bint-Anat contempló a su madre.

—Si conservo la vida y mi posición es porque he sabido agachar la cabeza, hija. He aceptado cuanto él quería, no me he mostrado rebelde y, siempre que me ha requerido, he estado junto a él, tierna y complaciente. Aprende de mí y vivirás largo tiempo.

—Pero yo no soy así, madre. ¡Soy la hija de Anat! Hermosa y salvaje, como la diosa que me dio su nombre.

Isis sonrió.

—Una diosa cananea…

—Extranjera, como los habiru.

—Cananea, como el pueblo que tu padre sometió en sus campañas de juventud.

—Los hombres pueden someter a otros hombres, pero no a los dioses.

—Pero tú, mi hermosa y rebelde hija, aún no eres una diosa.

—¡Soy hija de una diosa! Y mi padre es un dios… ¿Qué debo temer?

Isis atrajo a la jovencita hacia sí.

—A veces, mi hermosa rebelde, nuestro único poder está en el saber ceder.

De regreso a sus aposentos, tras cruzar el jardín que separaba el palacio del rey de la mansión de los príncipes, Bint-Anat se encontró con un tropel ruidoso a la puerta. Sus hermanos menores y no menos de una veintena de sirvientes y ayas se agolpaban para ver al niño del río. [2]

Bint-Anat sonrió con suficiencia. Allí, ante todos, erguida como una vara de junco, estaba Merit. Y, a su lado, el adolescente Jaemuaset. Su media hermana la miró con severidad, alzando el mentón afilado y su nariz fina y curva. Aunque era más joven que ella, vestía una túnica de cuerpo entero, como las mujeres adultas y, al igual que su madre Nefertari, jamás se cortaba el cabello. La melena caía a su espalda en decenas de trenzas menudas.

Bint-Anat ignoró a Merit y se volvió hacia los más pequeños. Las niñas, Henuttauy, Nefertari e Isis-Nefer, la rodearon.

—¡Queremos ver al niño! —exclamó su hermano Merenptah. Era un niño inquieto de ocho años, agraciado como su madre Isis y colérico como su padre.

—Entrad conmigo y lo veréis.

Merit guardaba un hosco silencio y pasó tras Bint-Anat y los niños. Jaemuaset entró el último, cediéndole el paso.

Las esclavas de Bint-Anat se apiñaban en torno a un diván. Allí, sentada y amamantando al bebé, estaba la mujer extranjera, morena y andrajosa en medio del lujo palaciego. Detrás del diván, en pie y vigilante, los príncipes divisaron a la chiquilla habiru.

Bint-Anat tomó al niño en brazos y lo mostró a sus hermanos. El pequeño no protestó, abrió los ojos y manoteó ante los rostros infantiles que lo observaban.

—¿Verdad que es precioso?

—Sí —dijo Henuttauy, y le acarició la cabecita—. Cuánto pelo tiene.

Nefertari le tocó los pies.

—¿Es tu hijo?

Bint-Anat rió.

—¡Sí!

—¿Y su padre? —preguntó Henuttauy.

—Su padre es el dios de las aguas. Flotaba en una canastilla… Mirad, ahí está. —Los niños se volvieron a mirar la cesta, abandonada junto al diván—. La encontramos en el lago mientras nos bañábamos. ¡Es un regalo del Nilo!

Merit se acercó y sus hermanos se apartaron. Miró al niño.

—¿Qué te parece? —Bint-Anat se lo mostró con gesto de madre ufana.

Su hermana tardó en responder.

—¿Qué ha dicho padre?

—Que puedo quedármelo y criarlo en palacio. Será como uno más de mis hermanos. ¡Y Merenptah no crecerá rodeado sólo de niñas!

Las pequeñas protestaron y rieron. Merit arrugó su frente tersa y nada dijo.

—Merit, Merit, ¡tenemos otro hermanito! —las hijas menores de Nefertari adoraban a su hermana mayor y esperaban su aprobación—. Podremos jugar con él, ¿verdad?

Merit asintió con gravedad.

—Cuando lo desteten. Ahora es sólo un bebé.

—¡Es muy guapo! —exclamó la pequeña Isis-Nefer.

Merenptah, mientras tanto, se había acercado a la chiquilla harapienta de espesa cabellera rizada. La mujer habiru callaba, sumisa y cohibida, pero la niña observaba la escena con cierto aire desafiante.

—¿Quién eres tú? —preguntó el príncipe.

La niña lo miró a los ojos sin amilanarse.

—Soy Miriam.

—Una habiru… Hueles mal.

Miriam se encogió de hombros.

—Soy un príncipe. Deberías arrodillarte.

—Ah.

Pero no se movió.

—¿Qué haces aquí?

—La princesa me mandó venir.

Los dos chicos, Meriatum y Merira, se acercaron. Eran delgados y aguileños como Merit e hijos, al igual que ella, de Nefertari. Llevaban los ojos maquillados con trazos azules, el cráneo afeitado y sus bucles pulcramente enroscados sobre la oreja izquierda.

—Déjala, Merenptah. No es digna de que le dirijas la palabra.

—No se ha arrodillado.

—Es una salvaje habiru —dijo Meriatum—. Los habiru no respetan más que al látigo.

Merenptah señaló a la mujer sentada, con su seno descubierto, presta a acoger de nuevo al bebé.

—¿Es tu madre?

Miriam negó con la cabeza.

—Pues te pareces. Dos apestosas habiru.

La niña no respondió y apartó la mirada. Meriatum empujó a su

hermano menor.

—Vámonos.

Antes de alejarse, Merenptah se volvió hacia ella.

—Cuando sea mayor mandaré el ejército, pelearé en un carro de guerra y os aplastaré a todos, ¡extranjeros!

Las mujeres y los niños hablaban a la vez, el bebé lloraba, la nodriza no podía consolarlo y, harta del revuelo, Bint-Anat alzó la voz.

—¡Basta ya! Largaos todos. ¡Fuera!

Sus hermanos y hermanastros obedecieron. Siguieron a Merit y salieron en tropel. Las niñas remolonearon un poco hasta que su hermana mayor las llamó.

—¡Tú no! —exclamó Bint-Anat, y retuvo por un brazo a Jaemuaset.

El muchacho se volvió.

—Padre dijo que fuera a verle esta tarde.

—Quédate un poco conmigo. Ven, siéntate a mi lado.

Ocuparon dos almohadones, mirando al jardín de bambúes y palmeras, cerca del diván. El niño se apaciguaba en brazos de la mujer extranjera y la niña habiru se acurrucó a su lado.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Bint-Anat—. Quiero tu consejo.

El joven calló unos instantes. Tenía catorce años y ya se había cortado la coleta infantil, pero su cuerpo apenas había comenzado a desarrollarse como el de un hombre. Era alto y grácil, de hombros estrechos y rostro sosegado. Llevaba faldón plisado como los adultos y tenía la piel completamente afeitada.

—¿De verdad quieres adoptarlo?

—Sí, ¿por qué no? Padre ha accedido.

—Pero cuando te cases…

—Tendré hijos, y ellos serán príncipes. Mi pequeño se convertirá en un noble guerrero; puede ser un buen comandante de las tropas.

—O tal vez un sacerdote —sonrió Jaemuaset.

Bint-Anat le devolvió la sonrisa y acarició su torso, blanco y delicado. Jaemuaset se exponía poco a la intemperie, a diferencia de sus hermanos, y era más amigo de los papiros que de los juegos de combate.

—Tal vez. Y tú le enseñarás.

—Ese niño traerá problemas.

—¿Por qué? ¿Acaso ves su futuro?

—No lo sé… Lo intuyo. Es un niño habiru.

—¿Qué importa eso? Es un recién nacido, lo he adoptado y

crecerá como un hijo de Kemet, en palacio. ¡Jamás conocerá su origen! Yo seré su madre y él será un defensor del reino, como tú, como todos nuestros hermanos.

—Quizás sí.

Bint-Anat tomó de la mano al joven.

—Jaemuaset, tú me ayudarás. Podríamos casarnos, tú y yo, educar al niño y…

Él rió.

—¡No podemos casarnos! Tú aún no has sido nombrada princesa heredera y yo seré sacerdote de Ptah muy pronto. Padre jamás permitirá algo así.

—Soy la primogénita.

—Ramsés se enfurecería si te oyera.

Bint-Anat sonrió, recordando la conversación con su madre.

—¡Oh! Arde en deseos de casarse.

—Pero es pronto. Padre aún está muy firme en el trono.

—Envejeceré esperando el día de mi boda. Y Ramsés será un viejo decrépito cuando llegue el momento. ¡Yo te quiero a ti!

—No seas loca.

Ella suspiró. Le acarició el hombro, mirándolo a los ojos.

—Eres el único que me comprende. Mi hermano del corazón.

—¿Quieres mi consejo?

—Oh, ahora no estoy tan segura…

—Quédate al niño. Y edúcalo bien. Yo te ayudaré, sí. Pero ten cuidado.

—¿Por qué?

Jaemuaset miró a la nodriza y a la niña habiru. La mujer acunaba al bebé, musitando en voz tenue una canción en lengua extraña.

—Cuando destete al niño, dile que no vuelva jamás a palacio.

—Lo haré. Eso no es un problema.

—Quizás deberías buscar otra nodriza.

—Al niño le gusta esa. Y tiene buena leche, por lo que parece.

—Está claro.

—Claro… ¿qué?

—Es su madre, Bint-Anat. ¿No lo ves?

La princesa contempló al grupo, madre, niña y bebé. Sangre habiru, de los desiertos salvajes, encerrada entre los muros de mármol y oro del palacio del rey opresor. De pronto, se echó a reír.

—¡Los dioses son veleidosos! Sólo ellos saben por qué las cosas suceden… No, no echaré a la nodriza. Ni a la niña.

Notas

(1) *Los hijos varones de Ramsés en este punto del relato son: Amenhir, Paraheru, Mentuher, Meriatum y Merira, de Nefertari, y Ramsés, Jaemuaset y Merenptah, de Isis la Bella.*

(2)*Los hermanos menores de Bint-Anat que aparecen en este episodio son: Merit (12 años), Meriatum (10), Merira (8), Henuttauy y Nefertari (7 y 6), de Nefertari; Jaemuaset (14), Merenptah (8), e Isis-Nefer (5), de Isis la Bella.*

Los dioses

Seti y yo jugábamos a ser dioses.

El panteón glorioso

—¡Soy Ra, el sol poderoso, y te venceré!

—¡Pero yo soy Amón, el alma del viento, y no podrás atraparme!

Seti se abalanzó sobre su hermano, golpeando con el sable de madera dorada. Pero Moisés lo esquivó, riendo, se volvió y contraatacó. Las dos espadas toparon y se detuvieron, con un chasquido seco. Y los niños se tambalearon. Pero se mantuvieron en pie, forcejeando.

—Yo soy el primero de los dioses, ¡te mataré!

—Pero yo soy más fuerte… ¡Ahora verás!

Las ayas llegaron corriendo, presurosas, y detuvieron a los niños que luchaban en el jardín porticado.

—¡Vais a echar a perder vuestro maquillaje! Y los faldellines… ¡Mirad qué desastre!

Los faldones de lino estaban arrugados, los pliegues torcidos y, en el de Moisés, la clara huella del pisotón de una sandalia había quedado impresa.

Los niños protestaron.

—¡Estábamos jugando! —chilló Seti.

Las ayas callaron, pero no dejaron de sujetarlos, atusándoles el mechón de pelo ondulado con aceite. El de Moisés se encrespaba y su aya lo retorció meticulosamente, aplastándolo contra su cráneo.

—Este cabello siempre tan rebelde… ¡Como su dueño! ¿No veis que la guardia está a punto de venir a buscarnos? Y vosotros peleando y ensuciándoos como dos pilletes.

—¡Somos dioses! —protestó Seti—. Y estábamos en una batalla.

Sus hermanas, las princesas más jóvenes, se acercaron. (1)

—¿Verdad que Ra es el más poderoso de los dioses? —preguntó Seti.

Isis-Nefer asintió sonriendo. Ella siempre defendía a su hermano de sangre.

—Sí, es el más poderoso. Cada noche vence a la gran serpiente mala y cada mañana vuelve a nacer, y crea el día.

—¡Eso es mentira! Si se muere de verdad, no puede volver a nacer —dijo Moisés.

—Sí puede —replicó Seti—. Porque es un dios. Y yo soy el rey de los dioses. Aya, ¿verdad que el Sol es más fuerte que todos?

—Así es, mi pequeño príncipe. Es el señor de la vida y de la

muerte. Sin él, nada estaría animado y el mundo viviría a oscuras.

—Pero el viento puede más que el Sol —contestó Moisés—. Cuando es de noche, el Sol no está. Si viene una nube, lo tapa. El viento está en todas partes, ¡y todo lo ve!

Henuttauy intervino. Ella, aunque fuera sólo por llevar la contraria a su hermanastra, defendía a Moisés.

—Amón es el dios más importante. Es el que tiene más templos, y más sacerdotes, y más poder.

Seti frunció el ceño y pensó, haciendo acopio de toda la dignidad que le permitían sus cuatro años de crianza como el menor de los varones nacido de sangre real.

—Pero Ra es más fuerte —insistió—. El Sol siempre está más alto que el viento.

Moisés no respondió y apretó los labios. El aya le ajustó el cinturón de plata esmaltada y lo ciñó.

—¡Me aprietas!

—Tiene que estar apretado. Y ponte bien derecho, así. Un príncipe debe aprender a mostrarse digno y erguido, desde la misma cuna.

Seti miró con desdén a su hermano. Él no necesitaba lecciones de altivez.

Llegaron los guardias, precedidos por la princesa Bint-Anat y sus doncellas. Los niños formaron una hilera, por orden de edad, y siguieron a su hermana mayor a través de los pasillos del palacio. Merit no iba con ellos, como tampoco los príncipes Meriatum, Merira y Merenptah. Ellos viajarían en la barca del rey, con la segunda esposa Nefertari y sus hijos mayores.

—¿No vendrá Jokéved? —preguntó Moisés.

Henuttauy, que marchaba delante de él, se volvió.

—No, ella no tiene que venir.

—Es sólo una nodriza —dijo Isis-Nefer con voz ligeramente impostada.

—¿Miriam tampoco?

—¿Cómo va a venir ella? ¡Es una habiru!

Moisés se había acostumbrado a jugar con la chiquilla de oscuros cabellos cuando venía a palacio acompañando a la nodriza. Aunque él y Seti, el último hijo de la reina Isis, habían sido destetados a los tres años, las nodrizas aún acudían a verlos y a menudo se ocupaban de cuidarlos y alimentarlos. Bint-Anat permitió a la mujer habiru y a su hija venir a palacio cada luna, para ver al pequeño Moisés y estar con los niños.

Moisés calló. Recordó algunas conversaciones, o más bien,

palabras de la niña habiru. A veces se quedaban solos, pues los otros niños no siempre querían estar con ella. Olía mal, decían, aunque Jokéved y su hija se aseaban y peinaban cuidadosamente antes de entrar en los aposentos de los príncipes. Pero era cierto, olían diferente. Y hablaban diferente. Miriam había enseñado a Moisés muchas palabras de aquella lengua extraña que compartían ella y su madre. Incluso le había hablado de sus dioses. Miriam era cariñosa, al igual que Jokéved. Cuando nadie los veía, la nodriza lo tomaba en brazos, lo besaba y le cantaba canciones con voz grave y dulce. Aquellas canciones le evocaban algo profundo y misterioso, y nunca sabía decir si eran alegres o tristes. Eran canciones para escuchar con la cabeza reclinada en otro pecho.

Bint-Anat decía que aquella era la lengua de su diosa protectora, de la que llevaba el nombre. Pero no le gustaba que Jokéved y Miriam estuvieran mucho tiempo en palacio. Cuando se iban, era ella quien tomaba a su pequeño y lo arrullaba en su seno. Los pechos de Bint-Anat eran redondos y sedosos. A Moisés le gustaban. Y olían bien. Pero nunca daban leche.

Una larga procesión salió del palacio, entre toques de flautas y tambores. Los habitantes de Pi-Ramsés, en su mayoría soldados y funcionarios, algunos mercaderes y artesanos, con sus familias, se agolparon para ver cómo zarpaba el monarca. Las barcas reales aguardaban junto a los muelles.

El rey y su esposa Nefertari, seguidos de los hijos varones mayores, la reina madre, Tuya, la princesa Merit y la numerosa servidumbre subieron a la primera barca, llamada *Hathor*. Isis la Bella y el resto de sus hijos lo harían en la segunda, la *Neith*. Veinticuatro barcos más los seguirían con el visir, los notables, sus esposas, los capitanes del ejército que se acantonaba en la ciudad y la guardia.

Esta vez, las velas de las naves estaban arriadas y sendas hileras de remeros ocuparon sus puestos a lo largo de las bordas. Ascenderían por el Nilo, aguas arriba, hasta la antigua capital, Menfis.

Bint-Anat les había explicado que pasarían tres días navegando.

—¿Y veremos a Jaemuaset? —Era la enésima vez que Moisés preguntaba.

Bint-Anat, sentada en su silla plegable bajo el palio de la reina asintió, sonriente.

—Sí, allí nos espera. Pronto será el hombre más importante de Menfis, después de padre.

También Isis la Bella sonreía pensando en su hijo sacerdote. A pesar de la humillación sufrida.

—Qué vergüenza. —Bint-Anat no callaba y miró indignada cómo zarpaba la primera nave, entre los vítores del pueblo. Los sacerdotes quemaban incienso y las sacerdotisas, cantando, invocaban la protección divina para el señor de Kemet y su gran esposa real.

—Deberías ser tú la que ocuparas el lugar a su lado, en la primera barca. ¡Jaemuaset es *tu* hijo!

Isis la Bella no respondió. Dejó de sonreír y su rostro se endureció.

—Padre te ha ofendido.

—Calla, hija.

Moisés, sentado a los pies de Bint-Anat, escuchaba.

—En Menfis ocuparé el lugar que me corresponde —dijo la reina, con voz suave y fría—. Todo llegará en su momento.

—Y la idiota de Merit… Mírala, qué orgullosa. Es más arrogante que su propia madre.

—Se parecen mucho —comentó Isis.

—Como dos gotas de agua. Pero Merit es estúpida. Sólo le faltaba la promesa de padre… ¡Nombrarla gran sacerdotisa de Mut, en Tebas! Dioses, sólo me alegro porque eso la alejará de nosotros.

—Ah, hija.

Moisés aguzó la vista. Su nave zarpaba ahora y el pueblo también vitoreó a la primera esposa real, Isis la Bella. El aroma del incienso que flotaba en la orilla llegó hasta ellos. Los remeros empuñaron las palas y comenzaron a remar. Un tambor marcaba el ritmo de su movimiento. Moisés los observó, fascinado. Como un solo enorme animal, de cien brazos y cien torsos, alzaban el remo, se inclinaban hacia delante, empujaban, volvían atrás. Eran hombres fornidos, de músculos esculpidos. Había belleza en sus cuerpos y Moisés deseó parecerse a ellos, algún día, cuando fuera un gran guerrero y comandara los ejércitos de su padre, el rey.

Menfis apareció ante sus ojos tras la selva que festoneaba la ribera: dorados muros de templos y palacios bajo el sol de principios de estío. Más allá, en la bruma azulada del horizonte, hacia poniente, podían divisarse las siluetas pálidas de las pirámides, tumbas de los primeros grandes reyes.

Moisés y Seti, que no soportaban el encierro del barco, pasaban el día correteando por la cubierta para desesperación de sus ayas y regocijo de sus hermanas, que los seguían, más prudentes pero no menos curiosas. Exploraron hasta el último rincón de la barca real, hablaron con los remeros y los marineros, con los guardias y con el grueso cocinero de tripa reluciente, que los obsequiaba con dulces de almendra y dátiles cada vez que se acercaban a su garito, en la

cubierta de popa. Pero la mayor parte del tiempo, cuando no se enzarzaban en peleas de dioses, la pasaban asomados a la borda mirando las aguas que se deslizaban, atisbando los lomos de los hipopótamos o algún cocodrilo deslizándose entre los cañaverales, los ibis sobrevolando el río, la orilla siempre verde, las aldeas y los palmerales.

—Nuestro país es un don del río —les explicaba Bint-Anat—. El Nilo es como la vena que recorre su cuerpo. Sin él, nada tendría vida.

—Entonces —preguntaba Seti—, ¿es más fuerte que el Sol?

—No. Porque el río crece cuando la estrella Sotis se alza en el horizonte. Y las estrellas obedecen al Sol.

Seti sonreía satisfecho. Moisés cavilaba. El río era el que daba la vida. Aunque el Sol fuera más fuerte, la vida era del río.

—Y yo soy hijo del río —decía.

Bint-Anat no se cansaba de responderle.

—Sí, lo eres. Por eso te llamas así. Eres un hijo de las aguas.

—Entonces, viviré para siempre.

La princesa suspiró.

—El alma de los príncipes vive para siempre… si supera las pruebas del Duat.

Esa era otra historia que, a los pequeños, les fascinaba y sobrecogía a la vez. El Duat, oscuro y plagado de peligros, se cernía como una sombra en su visión infantil de un futuro que imaginaban glorioso.

—Yo seré un gran guerrero y superaré todas las pruebas —afirmaba Moisés.

—Y yo seré el rey que manda a los guerreros —replicaba Seti.

Bint-Anat reía.

—Serás capitán del ejército de padre, mocoso. El rey será tu hermano mayor.

Seti se enfurruñaba. Y Moisés se reafirmaba, al calor de Bint-Anat. Ella siempre lo defendía.

—¿No te gustaría ser sacerdote, como Jaemuaset? —preguntaba la princesa.

Moisés adoraba a Jaemuaset. Lo amaba como un niño podía amar a un padre. Él le había contado las historias sobre el origen de Kemet, sus reyes y sus dioses. Le había enseñado unos cuantos versos del poema de Pentaur, que relataba las hazañas bélicas del rey contra sus enemigos, los hititas, ante los muros de Kadesh. Y, si hubiera seguido viviendo con ellos, le habría iniciado en la escritura. Pero el rey tenía planes para el más inteligente de sus hijos, el que discutía con arquitectos, médicos y escribas, el que conocía tantos versos y

ensalmos como cualquier sacerdote anciano. Moisés había llorado, berreado y pataleado el día que el príncipe Jaemuaset partió para ocupar su lugar como sacerdote del templo de Menfis. Aquel día también había visto llorar, por primera vez, a Bint-Anat.

Pero ni Moisés ni Seti querían ser sacerdotes.

—Yo quiero ser un guerrero.

La ceremonia fue interminable. El fasto, la música, las procesiones de sacerdotes y sacerdotisas, de príncipes y nobles, el desfile de la estatua del dios, portada a hombros de fornidos novicios, todo alimentaba la imaginación de dos pequeños perdidos entre el bosque de túnicas, abrumados por el aire cargado de incienso y mirra, con el cuello dolorido de tanto mirar hacia arriba, hacia aquellos templos, columnatas y esfinges de proporciones desmesuradas.

Todo era grande en Menfis, pero el polvo de la tierra era el mismo, seco y rojizo bajo el sol. Y los niños terminaron dibujando signos con sus pies, manchando sus sandalias de hilo de oro y suspirando por volver a sus peleas, a sus espadas de madera y a las correrías por los jardines del palacio.

Isis la Bella les había explicado que la mansión real de Menfis era aún mayor que la del Delta, y que no debían separarse de las ayas si no querían perderse. Pero hacía horas que estaban allí, en la avenida, esperando que la ceremonia ante el templo de Ptah se terminara y pudieran descansar en aquel palacio que ya deseaban explorar.

—¡Ahí está madre! —exclamó Bint-Anat. Se inclinó, tomó a Moisés en brazos e, ignorando el gesto reprobador de la aya, señaló hacia el pilono del templo.

Encabezando la procesión, el rey caminaba, erguido bajo su doble tiara, el sol reluciendo sobre su túnica y sus joyas. Junto a él, esta vez, avanzaba la primera gran esposa, Isis la Bella.

Y ante los obeliscos del templo, en medio de dos hileras de sacerdotes, un joven de rostro oval y agraciado caminó hacia los reyes. Iba sencillamente vestido con un faldellín, el torso desnudo y una peluca de elaboradas trenzas.

Era Jaemuaset. Moisés no apartaba los ojos de él. Tampoco Bint-Anat. Moisés la miró un instante, señalando al hermano preferido, y vio que una lágrima temblaba entre sus pestañas, negras y larguísimas, cubiertas de kohl.

Los sacerdotes elevaron un canto. Un canto muy diferente a las canciones ni tristes ni alegres de Jokéved. Un canto que erizaba la piel. Las sacerdotisas alzaron los brazos y agitaron los sistros, que sonaron como brisa azotando los palmerales. Dos sacerdotes siguieron

a Jaemuaset hasta que llegó ante los reyes y se inclinó.

—Ahora es el momento —susurró Bint-Anat.

Moisés percibió la tensión en el cuerpo de su madre y miró. Los sacerdotes alzaron las manos con dos cuernos de oro, vertieron perfume sobre la cabeza de Jaemuaset y pronunciaron una plegaria.

El rey habló con voz áspera y potente.

—Sangre de mi sangre, hijo de dioses, escucha. Yo, el Señor de Kemet, Defensor de las Dos Tierras, Casa Grande, Toro Potente y Predilecto de Amón, te consagro como Maestro Constructor, Servidor del Señor de la Magia, Señor de la Oscuridad y Señor de la Verdad, y el primero entre tus hermanos que también sirven al dios.

Todos los sacerdotes hincaron la rodilla y el silencio cundió en la avenida del templo. Moisés contuvo el aliento.

Jaemuaset se levantó y el rey le entregó sus atributos sacerdotales: el cetro de mando, el pilar de la estabilidad y la llave de la vida, el Ankh. El joven los tomó y los empuñó con firmeza ante el pecho. Tal como podía verse en todas las estatuas del dios Ptah.

Y entonces sonó una trompeta, solitaria como un aullido en el desierto. Y, como el fragor de una tempestad que se despierta, las voces de los sacerdotes se alzaron al unísono en otro himno. El templo de Ptah tenía un nuevo sumo sacerdote.

Las ayas y un batallón de sirvientas azoradas tardaron horas en recuperar a los dos pequeños. Sí, el palacio de Menfis era más grande que el de Pi-Ramsés, y más tortuoso, pues se habían ido edificando nuevas alas, patios y dependencias con el transcurso de los años. Entre unas y otras se alargaban los pasillos, no siempre rectos, y no pocas veces oscuros. Fueron dos guardianes del visir quienes encontraron a los niños persiguiendo patos junto a un estanque, en el jardín de las estancias del rey.

Volvieron a bañarlos, a peinar sus bucles, enroscándolos con abundante aceite aromático, y ciñeron sus cinturas con nuevos faldellines plisados. Las princesas habían desaparecido y los niños apenas pudieron atisbarlas desde la puerta de una sala inmensa, entre cortinajes de seda y vapores de baño. Se oían risas de mujer y el aire estaba saturado de perfumes.

Cuando por fin llegó Bint-Anat, Moisés pensó que jamás la había visto tan bella, ni tan resplandeciente. Llevaba una túnica drapeada y ceñida, de color púrpura. Su piel brillaba como si estuviera mojada, pero no era agua, sino aceite con polvo de oro lo que relucía en su tez.

—Ven conmigo y no te separes de mí.

El niño le dio una mano. Con el estrecho vestido y una voluminosa

diadema de perlas en equilibrio sobre sus trenzas, Bint-Anat solo podía doblar muy ligeramente la cintura. Caminaba muy tiesa y a pasos cortos, haciendo tintinear los aretes de sus tobillos.

—¿Cuándo podremos ver a Jaemuaset?

—¡Si ya lo hemos visto!

Moisés hizo una mueca. Verlo allá, con aquella gruesa peluca, en medio de los sacerdotes, del incienso, de los cánticos, envuelto en la gloria y la desmesura del templo de Ptah, no era verlo en realidad.

Bint-Anat rió alegremente.

—Ya te entiendo, mi tesoro. ¡Pronto estaremos con él! *De verdad*.

En la sala del banquete, bajo el resplandor de decenas de candelabros y hachones, el rey presidía la mesa central rodeado de sus hijos mayores, Amenhir, Ramsés, Paraheru y Mentuher. A su alrededor se sentaban los dos visires del reino, los sumos sacerdotes y el flamante y joven recién nombrado, su hijo Jaemuaset. La única mujer de aquella mesa, que ocupaba un pequeño trono a su lado, era la anciana reina madre, Tuya, que era servida por una esclava particular.

Para evitar enfrentamientos familiares, el mayordomo de palacio había dispuesto dos mesas a ambos lados de la del rey, convenientemente separadas. Ambas eran igual de largas y competían en fasto y opulencia. La de la reina Nefertari estaba decorada con ramos de papiros, la flor de la Tierra Alta; la de Isis la Bella con lotos, símbolo de la Tierra Baja y el Delta. Los vasos y las copas de la mesa de Nefertari estaban esmaltados de azul; el rojo centelleaba entre las bandejas de viandas y frutas de la mesa de Isis. Pero más que la rica vajilla, las flores y los manjares, las dos reinas y las princesas capturaban la mirada de los presentes. El resto de la sala lo ocupaban los capitanes del ejército, numerosos miembros de las castas sacerdotales de los templos y la nobleza de Menfis, los nomarcas de la región, sus esposas y parentela.

Moisés y Seti, juntos, observaban, picoteaban bocados de carne, frutas confitadas o tortas dulces empapadas de miel que las ayas les llevaban a la boca. Pero no tenían mucho apetito. El vocerío, las arpas de los músicos que tocaban en el jardín y el pesado aroma de incienso, vino y carne asada, los abrumaban. Se distraían observando a los dignatarios, a los capitanes y a sus propios hermanos, espléndidos y ufanos. También observaban a las mujeres. Sus hermanas agitaban manos y brazos, haciendo sonar las cuentas de sus brazaletes y ajorcas. Las dos reinas conservaban una grave dignidad. Sonreían poco. Nefertari, de hecho, no sonreía. El espeso maquillaje la hacía hermosa, pero su mirada estaba apagada. Desprendía una melancolía

extraña, un cansancio triste. ¿Por qué, si era la favorita? Moisés había oído lo suficiente como para comprender qué significaba ser la más amada. Pero Nefertari, vivaz y ágil en las jornadas cotidianas, languidecía en las fiestas prolongadas, como si un peso invisible cayera sobre ella. En cambio, los ojos negros de Merit, su hija mayor, centelleaban. La joven coqueteaba con los capitanes y oficiales que desfilaban ante su mesa para rendir honores al rey o a la gran esposa real. Con sus cinco años, Moisés intuía qué significaban las risas contenidas, las miradas de soslayo y las gráciles caídas de brazos.

Y por fin, cuando la cena parecía alargarse más allá de lo que él y Seti consideraban divertido, y cuando ya Seti había bostezado en más de una ocasión, buscando el regazo protector de su madre, el joven sumo sacerdote se levantó. Se inclinó ante el rey y, a un gesto de este, abandonó la mesa central para dirigirse a la de su madre.

Isis la Bella le hizo lugar a su lado, en el diván cubierto de almohadas de pluma y seda. Bint-Anat y sus hermanos se agruparon en torno a ellos.

—Madre, con la venia de padre he venido a acompañaros durante el resto de la velada.

Isis la Bella le acarició la mejilla suave y afeitada, sin decir palabra. Jaemuaset la miró unos instantes. ¿Por qué no se abrazaban? Tal vez, pensó Moisés, no era aquel el gesto que se esperaba de un gran sacerdote de Ptah… ni de una reina.

Bint-Anat lo llamó, él se volvió y, tomándola de una mano, se la besó.

—Hermano, bebe con nosotras.

Le ofreció vino. Él se mojó los labios y posó la copa en la mesa.

—Todos están ebrios y gritan. Tú, en cambio, apenas has comido y no bebes.

Jaemuaset sonrió a su hermana.

—Un sacerdote no puede dejar que el vientre gobierne su cabeza, ni que el vino nuble su visión.

—¡Oh! ¡Deja ya de hablar como si estuvieras quemando incienso ante el dios! Somos tu familia, ¡somos nosotros! Olvida por un momento tus obligaciones.

—Hermana, soy lo que soy. Cuando estoy despierto, cuando duermo, toda mi vida está dedicada a un dios sabio y mi deber es imitarlo y ser su imagen sobre la tierra.

Bint-Anat rió. Su madre volvió a acariciarle el brazo.

—Hijo, ¿eres feliz aquí?

—Lo soy. —Moisés aguzó el oído y pudo percibir el brillo en la mirada del joven—. Mis días se suceden marcados por estrictos

rituales, es cierto. Pero paso largas horas estudiando, leyendo nuestra historia y la de nuestros dioses. Aprendo también el arte de la curación con plantas, con piedras, con minerales. Y disfruto, madre. También salgo a menudo. He contemplado la gloria de nuestros antepasados en las pirámides. He visto salir y ponerse el sol tras ellas. Además, padre me ha pedido que visite todos los templos del Alto Nilo y le haga un informe completo. No quiere dejar ni uno solo sin embellecerlo ni rescatarlo de las ruinas. Vamos a emprender obras, madre, y voy a dirigir muchas de ellas. Estoy aprendiendo como nunca, hablando con los arquitectos y con los maestros canteros.

—Jaemuaset, el constructor —murmuró Isis la Bella—. ¿Y los demás sacerdotes? ¿Te han acogido bien?

—Soy el hijo del rey, madre. No tienen otra opción.

—Pero te respetan.

—Sí, madre. Sé que soy el más joven y, aunque ocupo el cargo más alto, debo aprender. Ser humilde es la forma más rápida de ganarte su respeto.

—¡Eres sabio! —exclamó Bint-Anat, risueña. Ella sí bebía, observó Moisés, y el rubor asomaba bajo el polvo de oro de sus mejillas.

—Intento hacer honor al dios al que sirvo.

Moisés se acercó a él y le tiró del faldellín.

—¿Tu dios es el más sabio?

Jaemuaset lo sentó en su regazo.

—Sí, lo es. Y el más antiguo de todos. Es el Señor de la Magia. Él creó a los otros dioses.

—Seti y yo jugamos a ser dioses. Él dice que Ra es más fuerte, porque es el Sol. Pero yo prefiero a Amón. ¿Verdad que Amón es más fuerte?

—Amón… El que habita en todas las cosas, el alma del viento. Sí, Amón es un dios poderoso. Pero no subestimes al Sol. Él es la luz, el que da la vida y el que gobierna la muerte. El Sol invicto.

—Cuando peleamos, casi siempre gano yo —dijo Moisés. Seti frunció el ceño, pero estaba adormilado entre dos cojines, al calor de su madre, y no rechistó.

—No confundas tu fortaleza con la de tu dios —respondió Jaemuaset—. Nuestras batallas son humanas, pero los dioses libran otras batallas muy diferentes.

—Tu dios no es un guerrero —observó el niño.

—No, no lo es. Mi dios es un arquitecto. Y, ¿sabes? Por eso lo adoro y lo venero más que a ningún otro. Porque construir es mejor que hacer la guerra.

—Pero yo quiero ser un guerrero. Como padre, como Amenhir y

Ramsés.

—Tú serás un gran guerrero cuando crezcas. Pero no ansíes la guerra.

—Quiero pelear como padre, cuando se quedó solo en su carro, solo e intrépido como un león en medio de los chacales…

—…y, rugiendo, como un león, vestido en la fiera armadura de combate, tensó las riendas de su carro, enarboló su lanza y se lanzó en lo más recio de la contienda —continuó recitando Jaemuaset—. Solo estaba, solo en medio de sus enemigos, dos mil carros de combate con tres guerreros cada uno, acosándole para cerrarle el paso…

—Y atacó, él solo, ¡mientras sus hombres miraban de lejos!

—Aún te acuerdas del poema de Pentaur.

—¿Me lo volverás a recitar todo? ¿Entero?

Jaemuaset le acarició la cabeza.

—Cuando tenía tu edad, Moisés, fui con padre a la guerra. ¿Lo sabías?

Moisés miró con atención a su hermano.

—¿Cuando eras como yo?

—Tenía cuatro años y mi cabeza apenas sobresalía del carro. Padre me llevó a Nubia y allí, subido al carro del capitán de los arqueros, con un casco pequeño que ordenó forjar para mí, presencié toda la batalla.

—¿No tuviste miedo?

—Padre me llevó para que no tuviera miedo jamás.

—¿Aún tienes el casco?

Jaemuaset movió la cabeza.

—Cuando crecí lo mandé fundir y me hicieron otro. Fue para la campaña de Retenu. Allí monté en el carro de Ramsés y en el ataque a Tunip me dieron seis jabalinas. No perdí un solo blanco.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce.

Moisés se mordió los labios. A la admiración se sumó una inconfesada envidia.

—¿Por qué no quieres ser guerrero?

—Ya he visto suficientes guerras, Moisés. No son como cuentan los poemas.

—¿Cómo son?

Isis la Bella intervino.

—Basta, Moisés. Es hora de ir a descansar. Y tú también, mi pequeño.

Sacudió con suavidad a Seti e hizo un gesto a la aya, pero los dos niños comenzaron a protestar. Bint-Anat los acogió y los dos niños se

arrebujaron a su lado.

—Hijo, cuéntame más. ¿Cómo están las cosas en el Alto Nilo?

—Calmadas, pero corren muchos rumores. Madre, los sacerdotes de Amón están insatisfechos. No les gusta el protagonismo del norte, ni la reforma del ejército, ni el templo colosal de Ptah que se está construyendo en la nueva capital. Tampoco les ha gustado mi nombramiento… Padre hará bien en viajar a Tebas cuanto antes y pasar allá una temporada. Quizás todo el verano y el otoño, hasta después de la riada.

Isis suspiró.

—Nefertari tiene poder en Tebas. Y el visir del sur es su mano derecha. Si ella lo acompaña, calmará los ánimos.

Jaemuaset asintió y Bint-Anat intervino, briosa.

—Su familia conspira a nuestras espaldas. Sí, padre debería ir a Tebas, pero no en barca, desfilando con su segunda esposa y su cortejo… ¡sino con su ejército!

—Hija —la reprendió Isis. Pero la joven prosiguió.

—Los sacerdotes tienen un arma poderosa, ¡su oro! Y saben bien cómo utilizarla. Pero la espada siempre es la que dice la última palabra, y padre también sabe cómo blandirla.

Algo se encendió en Moisés escuchándola. Se incorporó de repente, sin sueño.

Jaemuaset replicó bajando la voz.

—Padre debe mantener la paz dentro del reino. Es afuera a donde hemos de enviar tropas. Los hititas tienen un nuevo rey y nuestra tregua con ellos peligra. Canaán sigue siendo un hervidero…

Los hititas, Canaán. Para Moisés eran nombres amenazadores, los nombres que evocaban al enemigo, lejano y a la vez extrañamente familiar. Solía imaginarlos. A los hititas fornidos, monstruosos y barbudos, como los describían los soldados. Cubiertos con gruesas corazas y botas, montados en caballos tan hirsutos como sus jinetes. Sólo el rey había tenido el coraje de plantarles cara. Y Canaán, la tierra de la que procedía la diosa de su madre, se le antojaba un lugar erizado de fortalezas, valles tenebrosos y peligros. Sus hermanos mayores decían que era un país de serpientes y trampas, y un poeta, una vez, había cantado el alma fragosa y oscura de aquella tierra, siempre agitada, siempre en guerra. Se había convertido en la guarida de muchos pueblos nómadas. También de los habiru.

Sin querer, se encontró pensando en Jokéved y en Miriam. Cerró los ojos. Jaemuaset seguía hablando.

—Padre quiere subir hasta las cataratas para supervisar las obras del templo rupestre.

Era aquel un templo excavado en la roca donde el rey había ordenado esculpir su efigie, codo a codo con las de los dioses.

—Dicen que también ha mandado tallar la imagen de Nefertari —comentó Isis la Bella, con velada amargura—. ¿Es cierto?

—Lo es —repuso el joven—. Va a dedicar otro templo solo para ella.

Bint-Anat dejó ir un juramento impropio de una princesa. Moisés soltó una risita, pero la mirada severa de Isis los acalló a ambos.

Jaemuaset tomó de una mano a la reina.

—Madre, ahora seré jefe de obras, y te prometo que no me olvidaré de ti. En cada templo por el que pasen mis manos, allá dejaré esculpido tu nombre.

Era tarde, muy tarde, y en el horizonte clareaba el alba. Los niños habían caído dormidos y fue entre sueños cuando Moisés oyó la voz de Bint-Anat y la de su hermano. Se volvió entre las sábanas de seda, topó con el cuerpo cálido de la princesa y entreabrió los ojos.

La cámara estaba en media penumbra. Una sola candela ardía, con luz vacilante, arrancando destellos de los muros tachonados con pepitas de oro. El velo que cubría el lecho se abrió y Moisés vio a Jaemuaset acercarse. Bint-Anat lo abrazó y él se tendió junto a ella.

—Por fin has venido.

—No quería abandonar la sala antes que el rey.

Se había despojado de la peluca y parecía más cansado, más adulto y a la vez más vulnerable. Bint-Anat le acarició el torso.

—¿Ha ido con Nefertari?

Jaemuaset sonrió.

—¡No! Para evitar disputas, siete bailarinas, a cuál más hermosa, le han acompañado al lecho. No echará de menos a una esposa, ni a la otra.

Bint-Anat rió con malicia.

—¡Siete bailarinas! ¿De quién ha sido la brillante idea?

—Yo las he elegido para él —repuso el joven. Su hermana lo observó con admiración.

—Eres tan sagaz… A veces asustas.

Él cerró los ojos, se recostó en el lecho y suspiró. Moisés aprovechó para incorporarse y acercarse más a ellos. Bint-Anat le acarició el bucle de pelo despeinado, distraídamente. Pero su atención estaba fija en Jaemuaset.

Lo rodeó con un brazo y lo atrajo hacia sí.

—Y tú, hermano, tan joven todavía… ¿No echas en falta a una mujer?

Él abrió los ojos y la miró.

—Te he echado de menos a ti.

De nuevo el rubor. Moisés lo percibió claramente, pese a la penumbra, el velo y el resto de polvo dorado en sus pómulos. Bint-Anat reclinó su cabeza sobre el pecho desnudo, tan lampiño como su rostro, de Jaemuaset.

—Tengo miedo por ti, hermano.

—¿Por los conspiradores? ¿Por Nefertari?

—Esa mujer tiene espías por todas partes. A sus partidarios no les gusta que tú seas el gran sacerdote de Ptah en Menfis.

—Lo sé. Soy incómodo. Soy la voz y los oídos del rey en el Medio Nilo. Pero ellos saben, también, que el rey es el mejor garante de su poder. Les interesa estar bien conmigo.

—Pero la reina…

—Olvidas que también nuestra madre tiene sus influencias. Menfis todavía pertenece al norte. Y, en el norte, la reina es Isis la Bella.

Moisés se había sentado y escuchaba. No siempre comprendía las conversaciones de los adultos, pero sí captaba cuándo trataban de asuntos graves.

Jaemuaset lo miró.

—¿Aún duermes con él?

—Siempre —Bint-Anat atrajo al niño hacia sí y Moisés se ovilló entre el seno de la princesa y el torso desnudo de su hermano mayor—. Y lo haré hasta que lo arranquen de mis brazos… o él prefiera irse a dormir con los soldados, en el campamento militar. ¡Crece tan rápido!

—¿Sigue viendo a su nodriza?

Moisés prestó atención, sin moverse.

—Viene algunas veces a verlo, con la niña. Me cuesta decirles que no.

—Tendrás que hacerlo algún día.

—Lo sé. De hecho, ya tomé una decisión. —Su voz se ahogó en un bostezo.

—¿Y?

—He aprovechado este viaje. Los niños se distraerán, él podrá olvidar… A su regreso, no volverá a verlas jamás.

NOTA:

Los hijos menores de Ramsés que aparecen en este episodio y sus edades son: Merit (16), Meriatum (14), Merira (12), Henuttauy y Nefertari (11 y 10), de Nefertari.

Y Bint-Anat (19), Merenptah (12), Isis-Nefer (9), Seti (4) y Nebettauy (2), de Isis la Bella. Moisés tiene 5 años. Su hermano mayor y mentor, Jaemuaset (18), de Isis la Bella.

El Sol es la luz, el que da la vida y gobierna la muerte.

El alma de las piedras

El carro del rey se acercó rodando a toda velocidad. Dos carros más lo seguían, levantando una nube de polvo. Los soldados se apartaron y dieron voces al instructor que entrenaba a los muchachos.

—El rey todopoderoso, Señor de las Dos Tierras, está aquí —anunció el instructor alzando un brazo.

Los dos niños cesaron en la lucha, espada en mano. Cubiertos de sudor y polvo, tomaron aliento sin dejar de acecharse.

Los carros se detuvieron y descendió el rey, vestido con un faldón de cuero y tocado con peluca corta. Lo flanqueaba Yuni, *la Voz del rey*, su compañero de armas desde la infancia. De los otros carros descendieron los príncipes Paraheru y Merenptah.

Se hizo un silencio en la arena mientras el rey avanzaba hacia los chiquillos. Moisés inclinó la cabeza y bajó la espada. Seti aprovechó para abalanzarse contra él.

—¡Eres mío!

Moisés se volvió de inmediato y paró la espada de su hermano con la suya. Las hojas de madera crujieron y los dos volvieron a enzarzarse en la pelea.

El instructor y los soldados miraron a los niños con perplejidad, después volvieron la vista al rey, temiendo su estallido de ira. Pero él se echó a reír.

—Por los dioses, que tu pequeño no tiene escrúpulos a la hora de ganar un combate —exclamó Yuni, riendo también—. Pero mira cómo ha respondido el otro... ¡A eso se le llama tener reflejos!

Rodearon a los niños, que continuaban su combate con ahínco. Merenptah animaba a su hermano menor:

—¡Dale fuerte, Seti! ¡Así se hace!

Paraheru, poco amigo de las añagazas, alentó a Moisés:

—¡Sigue, sigue firme! Vamos, ¡derríbalo!

El rey continuaba sonriendo. Yuni bromeaba.

—¡Traidor! ¡Traidor! —masculló Moisés, contraatacando con furia. Seti comenzó a retroceder ante su ímpetu.

Por fin el monarca alzó una mano, el instructor reprendió a sus dos alumnos y los llamó al orden.

—El rey está ante vosotros, ¡mostradle respeto!

Ellos se detuvieron y, esta vez a una, hicieron una reverencia ante el soberano.

Moisés lo miró con el rabillo del ojo. Rara vez sonreía pero aquel día, entre amigos y soldados, el rey parecía de buen humor y no ocultó la satisfacción.

—Me place que mis hijos sean duros entrenando. Sus hermanos mayores ya habían catado la guerra, a su edad. —Señaló al príncipe Paraheru—. Quiero ver cómo acaba esta pelea.

A un gesto del entrenador, los niños volvieron a ponerse en guardia. Pelear ante su padre y sus hermanos los tensó. Ansiando mostrarles sus progresos, gritaron y se acometieron con ganas. Pero el combate duró pocos minutos; Moisés, mayor y más robusto, derribó en tierra a su hermano sin dificultades.

—Mi señor, el príncipe está cansado. Llevan horas entrenando —dijo el instructor, como queriendo disculpar al pequeño. Pero el rey negó con la cabeza.

—Una guerra no da descanso, los muchachos tienen que acostumbrarse.

—Mi príncipe se ha defendido bien —añadió el instructor.

El rey observaba con atención a los dos. Seti se lamía un arañazo y lanzó una mirada rencorosa a su adversario. Moisés aguardaba, vacilante, ante el soberano.

—Peleas bien —dijo, por fin. Y lo miró a los ojos. Pocas personas resistían la agudeza de aquellas pupilas iracundas y oscuras. El rey hería con la mirada y no guardaba sus sentimientos para sí. Podía permitirse expresar su enojo o su complacencia, su alegría o su furor, porque su voluntad era divina y no estaba sujeta a nadie.

Moisés apretó los labios y no respondió. Rara vez recibía elogios y nunca los había oído de boca del rey. A sus ojos era el hijo espurio, el chico del río, el niño de Bint-Anat, y estos apelativos, con el paso de los años, le resultaban cada vez más humillantes. A sus hermanos les llamaba por el nombre, sin motes ni apodos. Un día, sus efigies serían esculpidas y ocuparían un lugar entre los dioses. Él, si llegaba a ser representado en algún relieve o en las pinturas de su tumba, siempre sería el hijo que no era hijo, el hallado en las aguas, el que no tenía nombre memorable porque tampoco tenía padre. Aunque Bint-Anat aún le contaba historias, Moisés había dejado de creer que su padre era el Nilo.

—Serás un buen guerrero en mi ejército —dijo el rey, sin dejar de mirarle—. Tal vez un buen capitán de carros, como tus hermanos.

Moisés se sintió audaz. Llevar un carro, como los príncipes Mentuher y Paraheru, estaba bien. Pero él aspiraba a otra cosa.

—Quiero luchar con los Bravos del Rey —dijo, alzando la voz.

El rey volvió a reír, y con él Yuni, los príncipes y los conductores

de los carros.

—¡No le faltan agallas! —exclamó Yuni—. Muchacho, quizás deberías comenzar a pelear con otras armas y dejar los juguetes a un lado.

Seti, que escuchaba cada vez más irritado, dio un paso y arrojó su espada al suelo. Su padre lo miró y caminó hacia él, posándole una mano en la cabeza. Seti se achicó de inmediato.

—Tú serás otro capitán de carros —dijo el rey, con voz ronca—. Cuando Menna sea más viejo y no pueda llevar las riendas del mío, tú le sustituirás. Pero antes, debes contener tu genio. Y aprender a vencer sin trampas.

Seti asintió, sin osar mirar a su padre. El veterano conductor del carro real intercambió una mirada burlona con Yuni.

—Y ahora quiero que os bañéis, os vistáis como dos príncipes y vengáis de inmediato a mi tienda.

El campamento del rey se extendía como una ordenada ciudad de pabellones entoldados junto al palmeral, en la linde del desierto. Se hallaban en la Tierra del Arquero, el nomo más meridional del reino, que hacía frontera con el reino de Kush. El rey se había desplazado allí con su séquito para supervisar las obras de dos grandes templos, centinelas de su frontera e hitos conmemorativos de su victoria sobre el gran enemigo, el reino de Hatti, en la batalla de Kadesh. Era la primera vez que Moisés y Seti navegaban por el Nilo de un extremo al otro del país.

Los príncipes compartían la tienda con sus hermanos mayores y gozaban de casi todas las comodidades de un palacio: tapices y esteras cubrían el suelo, dormían en camas y de noche pasaban veladas enteras jugando con sus tableros y figurillas de marfil, a la luz de los candelabros de oro. También podían relajarse en grandes bañeras de bronce. Pero echaban de menos las manos suaves y habilidosas del aya y las mujeres de la corte. Los criados que se ocupaban del baño eran toscos y de manos ásperas. Les echaban el agua por encima sin contemplaciones, los frotaban con esponjas de esparto empapadas en aceite y los secaban con rapidez. Moisés y Seti eran exigentes y solían protestar, sin que su mal humor cambiara la actitud de los sirvientes. Rápidos y eficaces, se mostraban indiferentes a las broncas. Y, a veces, les parecía, se burlaban de sus caprichos. Los niños añoraban el lujo femenino del gineceo, pero el rey no quería niñeras en el campamento. «Los muchachos deben acostumbrarse a dejar las caricias a un lado», decía. Ya tenían nueve años y estaban hartos de escuchar las hazañas bélicas de sus hermanos mayores, que

envidiaban y admiraban a la vez. En cambio, se estaban aficionando cada vez más al ejercicio físico y al combate.

—¿Para qué nos ha llamado padre? —preguntó Moisés, mientras el sirviente restregaba su cabeza con la toalla.

Seti se encogió de hombros. El enojo por el combate perdido se había diluido tras el baño. Volvían a ser amigos.

—Quiere que todos los príncipes vayamos con él —respondió—. Me lo ha dicho Merenptah. Hoy es un día importante.

—¿Sabes por qué?

—Dice que ha llegado un mensaje de nuestro hermano Ramsés, desde el Delta. Algo sobre el rey de Hatti.

—¡La guerra, otra vez!

Seti hizo una mueca de suficiencia. Cuando sabía más cosas que su hermanastro le gustaba mostrarse superior.

—Creo que es más bien la paz.

Los hijos mayores del rey estaban en el norte. Amenhir, el heredero, había sido enviado a Siria y Ramsés se había quedado en la capital, con el visir Rahotep, esperando noticias del monarca hitita.

—¿No te gustaría ir a Hatti? —preguntó Moisés.

Seti sonrió.

—Algún día iremos y ganaremos batallas, como padre y nuestros hermanos.

—Si no hay guerra, no sé cómo vamos a ganar una batalla —murmuró Moisés.

—Podemos empezar una nueva —dijo Seti—. Padre ha hecho la paz con los hititas. Pero si llegamos a ser más fuertes que ellos, podremos derrotarlos. Y entonces nuestro reino llegará hasta su país, y más lejos.

Moisés soñaba en las remotas tierras norteñas. Algún día, él y Seti compartirían la gloria con su padre y con los veteranos que alimentaban sus sueños de adolescente belicoso. Sus hazañas serían grabadas en los muros de los templos y ambos quedarían inmortalizados conduciendo sus carros sobre una miríada de enemigos con la rodilla hincada en tierra, abatidos por el furor de sus lanzas.

Los príncipes salieron de la tienda y desfilaron flanqueados por sus portaabanicos y varios oficiales del ejército. El rey ya estaba en la plaza central del campamento, ocupando su trono portátil bajo un gran palio de lino, con flecos de oro. Lucía la doble corona en la cabeza y una túnica larga recamada de oro y pedrería. A su lado se erguía la reina Nefertari, ataviada como él y con la corona astada de la diosa Hathor. Junto a ellos, Moisés vio al virrey de Nubia, a Yuni, al

escriba real y a los comandantes de la tropa. También habían acudido una treintena de sacerdotes de los tres grandes dioses: Amón, Ra y Ptah. Cuando los príncipes llegaron a su lado y rodearon el trono, el rey proclamó con voz potente:

—El hitita ha enviado su respuesta. Ha llegado el tratado de paz.

Hizo una señal al escriba, Amenemhotep, que procedió a desenrollar un papiro. Escuchando los murmullos Moisés supo que era una copia que había enviado Ramsés, con su mensajero, desde la capital del Delta. El original estaba grabado en tablas de plata.

—El hitita ha reconocido nuestro poder y nosotros hemos aceptado su petición de paz —continuó el rey, y se volvió al escriba—. Lee.

Con voz pausada y sonora, Amenemhotep fue recitando el preámbulo y las condiciones del tratado. Moisés escuchó atentamente. Escrito con lenguaje pomposo, se refería a ambos reyes como amigos leales. Ambos estaban obligados, ninguno prevalecía sobre el otro.

—... *He aquí que yo, el gran jefe de Hatti, estoy en buena paz y en buena fraternidad con Ramsés-Meriamón, el gran soberano de Egipto. Y los hijos de los hijos del gran jefe de Hatti estarán en fraternidad y en paz con los hijos de los hijos de Ramsés-Meriamón, el gran soberano de Egipto, manteniendo la fraternidad y la paz. Y el país de Hatti está en paz y fraternidad con el país de Egipto para siempre, como nosotros; y nunca jamás existirán hostilidades entre ellos*...

Qué lejos de sus fantasías beligerantes quedaban aquellas frases. Moisés miró al rey, que escuchaba absorto, con los brazos cruzados. El escriba continuó.

—... *Si Ramsés-Meriamón, el gran soberano de Egipto, se irrita contra sus propios súbditos y ellos le ofenden, y si él marcha para abatir a su enemigo, el gran jefe de Hatti colaborará con él para destruir a cualquiera contra los que deban irritarse*...

Seguía un listado interminable de dioses hititas, todos ellos dioses de la tormenta de ciudades con nombres extraños, a quienes el rey Hattusili invocaba como testigos de su juramento. Y las cláusulas sobre los fugitivos y repatriados, que ambos monarcas debían devolver a sus respectivos países.

Cuando terminó la lectura, el rey alzó la voz de nuevo.

—Este tratado inaugura una nueva era. La batalla de Kadesh ha dado sus frutos. Sus palabras serán inscritas en los muros del templo de los cuatro dioses y en el gran templo de Karnak. Y la sangre de Hatti se unirá con la estirpe del rey de las Dos Tierras. ¡Así será! Los dioses son testigos.

—¡Los dioses son testigos! —corearon los príncipes, los sacerdotes

y los nobles que rodeaban al rey. Él se volvió hacia su esposa favorita y, en un gesto que rara vez se permitía en público, la tomó de la mano y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Muchos fueron quienes contemplaron aquella larga mirada entre sus soberanos. Muchos sabían, también, que en aquel tratado había intervenido tanto la mano hábil de Nefertari, con sus cartas a la reina hitita, como la diplomacia real.

Moisés recordó el poema de Pentaur, que casi podía recitar de memoria. Muwatalli, antecesor del actual rey hitita, había rodeado con sus carros la tropa de Ramsés, atacándolo a traición y acorralándolo cuando se disponía a sitiar la ciudad de Kadesh. Toda una división del ejército egipcio fue destruida y el rey quedó aislado en su campamento, esperando refuerzos. El combate fue sangriento y en el ejército se recordaban a menudo sus pormenores. Ahora, décadas más tarde todo concluía con un tratado de paz y hermandad. Una nieta del odiado enemigo se desposaría con el rey. ¿Era este el fruto de aquella esforzada victoria? Recordó también cierta conversación con Paraheru. Él había estado en Kadesh. Una noche, borracho, confesó a sus hermanos pequeños que la guardia shardana del rey había recluido en una tienda a los cinco príncipes, apenas adolescentes. Habían pasado allí toda la refriega, custodiados por los aguerridos mercenarios, con el estómago encogido mientras a su alrededor, en el campamento, miles de hombres morían en combate cuerpo a cuerpo. «Cuando salimos de la tienda, no podíamos pisar un palmo de tierra limpio», explicaba Paraheru. «Todo estaba sembrado de cadáveres, la sangre formaba barro. Y el olor… era insoportable.»

El poema de Pentaur cantaba el heroísmo del rey, atacando en solitario a sus enemigos. También hablaba del fango sangriento, pero no del miedo. Moisés se preguntó si los veteranos supervivientes de Kadesh estarían satisfechos con el tratado de paz. Miró con suspicacia a Yuni, el fiel camarada que había acompañado al rey en todas las batallas. Yuni sonreía. Y la tropa vitoreó a su soberano tras la lectura del escriba. Quizás sí se alegraban.

Al amanecer siguiente, los criados despertaron a los niños. Comenzaba a clarear y todavía hacía frío cuando salieron de la tienda con sus faldellines limpios y plisados, las coletas onduladas y bien untadas en aceite. Yuni vino a buscarlos y los montó en su carro mientras los demás príncipes subían a los suyos. En el frescor azul de la madrugada galoparon hasta la montaña del templo.

Allí los esperaban Jaemuaset, el arquitecto real, May, y el jefe de constructores. Moisés contuvo el deseo de correr hacia su hermano

predilecto. Habían pasado los años de aprendizaje para el joven sacerdote de Ptah. Ahora, viéndolo departir entre escribas y consejeros, Moisés lo encontraba tan solemne y distante como al propio rey.

Pero Jaemuaset volvió el rostro hacia sus hermanos menores cuando estos llegaron en su carro. Y en su mirada los niños percibieron calidez.

La comitiva avanzó hasta el pie de la montaña. De la pared de roca, iluminada por la claridad del alba, brotaban cuatro estatuas colosales. Dos estaban terminadas, las que representaban al rey encarnado en los dioses Amón y Ra; la tercera, que figuraba al mismo rey deificado, estaba cubierta de andamios hasta media altura y comenzaba a tomar forma. La cuarta, la del dios Ptah, aún era un esbozo de piedra a cuyos pies los obreros levantaban otro andamiaje.

Entre las cuatro estatuas se abría la puerta hacia el interior de la montaña. Moisés y Seti contemplaron el templo rupestre y los colosos de sonrisa serena que hacían sagrado aquel monte. Era el monte de un dios, Señor de las Dos Tierras, Toro Poderoso, Predilecto de Amón y Resplandor de Ra. El monte de su padre.

Caminaban al lado de Jaemuaset, que les habló en voz baja y grave.

—Hoy es el día veinte del segundo mes de la riada. Cuando salga el sol, la gloria de Ra inundará el templo.

—¿Veremos al dios? —preguntó Moisés.

Seti contuvo una risita.

—Veremos su gloria —respondió Jaemuaset.

—Los dioses de verdad nunca se ven —añadió Seti, dando un codazo a Moisés.

—Eso no es cierto —replicó Jaemuaset. Su hermano menor se detuvo.

—Hay un dios al que todos podemos contemplar cada día. ¿No lo veis, coronado ante sus hijos, ante sus guerreros, ante el pueblo entero?

Seti enrojeció y Moisés apretó los labios. Su padre, sí. Su padre era un dios. ¿Acaso sus efigies no guardaban la entrada de aquel monte sagrado, inmensas como las estatuas de Amón en Tebas?

A las puertas del templo dos hileras de sacerdotes aguardaban al rey y a su esposa. Doce eran de Amón, doce de Ra. Jaemuaset abandonó a sus hermanos y avanzó hasta situarse junto a su padre. Él era el representante de Ptah. El rey, dios y sacerdote de sí mismo, se bastaba. Su criado personal le alargó el cetro y el látigo, y su portaabanico subió a un escabel y le ciñó la doble tiara en la cabeza.

Un dios jamás debía agachar la frente, ni siquiera para ser coronado.

Los cánticos de los sacerdotes resonaron en el túnel excavado en la roca. Moisés y Seti se acercaron hasta rozarse, estremecidos por el eco y el súbito frío que emanaba de las entrañas de la tierra. Se adentraron en la sala porticada, bajo los rostros de las columnas esculpidas. Siempre era el rostro del rey, aquel rostro eternamente joven que no se parecía al hombre, pero que multiplicaba su divinidad en la piedra con los atributos de Amón, Osiris y Ra. Moisés miró alrededor. Su vista no alcanzaba a abarcar todas las escenas de batallas y victorias, de ceremonias y ofrendas a los dioses que poblaban los muros del templo.

A medida que cruzaban el vestíbulo, la luz disminuía. No había teas ni lampadarios, tan solo la tenue claridad del exterior. Llegaron a la cámara de las ofrendas; los muros estrechaban el espacio. Y aún quedaba la última sala, el lugar sagrado habitado por los cuatro dioses, al que sólo el rey podía acceder.

Ocuparon la penúltima estancia alrededor del altar de piedra. El rey depositó allí su cetro y su látigo, tomó un cazo de plata y quemó incienso. Las brasas del perfume ardieron y una columna de humo fragante se elevó hacia el techo, donde los buitres sagrados desplegaban sus alas sobre un firmamento de lapislázuli. Las pisadas resonaban en la roca. Al fondo, tras el umbral de la cámara santa, se atisbaban las formas de las cuatro estatuas sedentes.

Un sacerdote de Ra entonó un nuevo cántico, solo. Su voz era varonil y potente e hizo vibrar la piedra. Cuando terminó, se hizo el silencio. Moisés contuvo el aliento y se apretó contra su hermano.

Observó al rey. Inmóvil junto al umbral, tenso como un cazador a punto de saltar sobre su presa, sostenía de nuevo, con puño firme, el báculo y la fusta. Pétreo como las estatuas que llevaban su nombre.

Y, poco a poco, una lengua de luz se fue deslizando por el suelo de tierra batida. Avanzó, como un agua etérea y luminosa, reptando entre los pies inmóviles; pies ungidos de sacerdotes, pies callosos de curtidos veteranos, pies de jóvenes príncipes con sandalias de hilo de oro, pies descalzos de los sirvientes.

La luz se alargó hasta los pies del monarca. Y ascendió, lenta e inexorable, lamiendo la piedra hasta el pedestal de las estatuas ocultas, bañando los muslos sedentes, los regazos, los torsos. El haz se convirtió en un filo hiriente de sol que alumbró entera la estatua central. El rey dio un paso y se situó ante ella, en medio del umbral del santuario. El rayo de sol dio de lleno en su doble corona. Todos cayeron de rodillas y se postraron.

—¡La gloria de Ra llena su casa! —exclamó el joven sacerdote

cantor.

—¡La gloria de Ra! —gritaron todos, en respuesta.

Y de nuevo cundió el silencio en la cámara, aún más sobrecogedor que el grito a una sola voz de aquellos hombres de carne y hueso ante el rey humano que se convertía en dios.

Moisés alzó el rostro. Entre los torsos de sus hermanos mayores, que se erguían ante él, contempló al monarca mientras el rayo luminoso de sol volvía a descender. El rey había inclinado la cabeza y veía la luz ante sí, huyendo con presteza hacia la salida del templo.

En el campamento no había ayas, pero sí había otras mujeres. Además de la reina, sus sirvientas y una dama que la acompañaba, los amigos del rey, los comandantes y los príncipes disfrutaban de los placeres de un harén de esclavas escogidas. Fue la primera vez que Moisés vio la belleza de las mujeres negras. Más de la mitad del harén estaba formado por nubias cautivas.

Aquella noche el rey celebró su aniversario. Cuarenta y seis riadas había contemplado durante su vida, pródiga en batallas y triunfos. Tras las ceremonias, los cánticos y la entrega de regalos por parte de los nomarcas de la región, el rey se puso en pie ante su trono y dio comienzo al banquete. Llegaron los sirvientes con bandejas de viandas y los coperos escanciaron vino dulce y cerveza a los comensales. Vinieron las bailarinas, que danzaban desnudas agitando velos y brazaletes tintineantes. En los corros más alejados del rey la solemnidad dio paso a los escarceos y a las bravatas de soldados, entre música y risotadas. El rey bebía y conversaba, rodeado por sus amigos. Su auténtico hogar era el campamento y se decía que jamás se sentía tan a gusto en sus palacios como entre las arenas del desierto, bajo un toldo de lino basto. Sólo descansaba si su esposa Nefertari estaba cerca, pero esta vez la reina se había retirado a su pabellón, indispuesta, y no lo acompañaba. Su ausencia había suscitado no pocos comentarios y también la inquietud del rey, que podía leerse en su entrecejo fruncido pese a la distensión del banquete.

Moisés y Seti fueron a ocupar un lugar en la mesa de Jaemuaset. El joven sacerdote era conocido por su sobriedad y siempre enviaban a los niños con él. Seti protestó, pero Moisés ansiaba estar a su lado.

Jaemuaset se había casado y su esposa Neith, una sacerdotisa silenciosa y discreta, le recordaba a Moisés la belleza inexpresiva de una estatua. Ella era la otra dama que vivía en el campamento, compartiendo el pabellón de la reina. Apenas hablaba y se movía como si temiera hacer ruido. Su maquillaje se mantenía intacto en el rostro aniñado y el contorno de los labios, con las comisuras pintadas

y curvadas hacia arriba, simulaba una media sonrisa hierática. Lucía unas bonitas trenzas de cabello natural, como Nefertari y su hija. Bint-Anat la odiaba.

Neith se mostró amable con los niños y les ofreció almendras rebozadas en miel.

—Explícanos qué ha ocurrido en el templo —pidió Moisés a Jaemuaset. Seti asintió con vehemencia.

—¡Ya lo sabéis! Nuestro padre ha recibido la bendición de Ra y el templo ha quedado consagrado.

—Pero... ese rayo, ¿entrará cada día en el santuario?

—Sólo hoy y otro día, el día veinte del segundo mes de la siembra. Sesenta días después del día más corto.

—¿Sólo estos dos días?

—¿Cómo sabes que es verdad? —añadió Seti.

—Pronto lo estudiaréis —explicó Jaemuaset—. Los astrólogos y los arquitectos calculan los movimientos del Sol. Esto sí lo habéis aprendido, ¿verdad?

—Claro —exclamó Moisés—. Durante el año su sombra va dibujando una curva, que se alarga y se acorta.

—Con algunas operaciones es posible saber exactamente qué día su rayo llegará hasta un lugar. Y así es como se ha construido el santuario del templo.

Los dos niños se miraron.

—Los arquitectos son sabios —dijo Jaemuaset—. Han adquirido el don de Ptah.

—¿Tú también podrías hacerlo? —preguntó Seti.

El joven sacerdote asintió.

—Todos los templos de nuestro país están construidos para albergar a un dios, ninguno se construye sin consultar la trayectoria del Sol y la de los astros.

—Si no fuera así, ¿no servirían?

—Si el dios deja de habitar un templo, será pasto de la ruina.

—¿Igual que los templos abandonados? —preguntó Moisés.

Durante su largo periplo, remontando el Nilo, habían visitado varios templos antiguos, algunos en estado ruinoso, que Jaemuaset había comenzado a reconstruir bajo las órdenes del rey. Los relieves gastados y las columnas derribadas yacían bajo el sol como viejos huesos calcinados. Pero en medio de las ruinas Moisés había creído percibir una vida latente y secreta, una vida que esperaba el momento, como los campos anegados por la riada, para volver a brotar.

Jaemuaset respondió.

—Cuando los sacerdotes abandonan el culto, el dios deja de proteger el templo y se va. Por eso caen en la ruina.

—Hay algo que no entiendo —dijo Moisés—. Si los dioses pueden estar en todas partes, ¿por qué solamente viven en algunos templos?

El joven sacerdote sonrió y meditó su respuesta. Neith cruzó una mirada con él.

—Los dioses son como el fuego. —Jaemuaset bajó la voz, y los dos niños tuvieron que acercarse y aguzar el oído para escucharlo—. El fuego siempre está ahí, presto a encenderse, pero necesita alimentarse. Si lo prendes pero no le echas leña, termina apagándose. Si a la leña no le acercas una chispa, tampoco arderá. Eso es lo que sucede con un templo donde se abandona el culto.

Moisés asintió pensativo. Jaemuaset continuó:

—Nuestro padre, el rey, es la antorcha que mantiene el fuego ardiendo en las Dos Tierras. Por eso es un dios. Y por eso, con él, todo el templo se llena de la divinidad.

—Pero si el arquitecto no hubiera calculado bien y el rayo de sol no hubiera entrado...

Jaemuaset se echó a reír. También su esposa esbozó una sonrisa.

—Esa es la razón por la que los arquitectos son tan venerados —replicó el sacerdote—. Poseen un arte sagrado. El primer arquitecto fue un dios.

—Tu dios.

—Sí, mi dios.

Al día siguiente, preocupado por la frágil salud de su esposa, el rey decidió regresar a la capital. Mientras el ejército comenzaba a desmantelar el campamento visitó por última vez las obras del templo. Jaemuaset fue a buscar a sus hermanos menores al campo de entrenamientos y los llevó consigo.

En la fachada, los escultores habían tomado al asalto la tercera estatua, como hormigas sobre la piel de un inmenso animal, y perfilaban con sus cinceles la barbilla del rostro regio. El rey dio una orden y su comitiva se detuvo. Los capataces también ordenaron a los obreros que abandonaran su quehacer. El repicar de los picos y los martillos cesó, y también el chirriar de las poleas y el vocerío de los que hacían descender capazos repletos de piedra desmenuzada. Los trabajadores se agruparon junto a la rampa que ascendía hasta la puerta del templo y se arrodillaron al paso del soberano.

Todos a una, como una legión de insectos. Moisés contempló sus lomos sudorosos, sus cabezas rapadas. Todos a una, como un único ser monstruoso que se desplegaba sobre las arenas. En el silencio pétreo

sólo se escuchaba el chillar de un buitre sobrevolando la cima del monte.

Moisés y Seti observaron las estatuas más pequeñas que asomaban entre las piernas poderosas de los dioses-reyes de piedra.

—¿Quiénes son?

—Ahí está Amenhir, y allí Ramsés —iba señalando Jaemuaset—. Ese es Paraheru, y allí está Bint-Anat.

—¿Dónde? —preguntó Moisés.

—Aquella, en la estatua de la derecha.

Era diminuta, pero grácil y sinuosa, aunque no se parecía en nada a su madre, pensó Moisés.

—¿Y la otra?

—Es Merit —repuso Jaemuaset.

—¿Y quién es aquella? —inquirió Seti, señalando la estatua femenina más grande.

Jaemuaset frunció el ceño antes de responder.

—La reina Nefertari.

—¿Madre no está?

El sacerdote miró a su hermano menor.

—No. Ya sabes que, donde está una reina, nunca está la otra.

—Pero Nefertari ya tiene un templo sólo para ella —protestó Seti.

Lo habían visitado, días atrás. Más pequeño que el del rey, pero igual de rico en pinturas y relieves, la reina aparecía esculpida en la pared de la montaña con la corona y los atributos de la diosa Hathor. Sus dos estatuas quedaban flanqueadas por cuatro que representaban a su esposo, de idéntica altura. Nunca un rey había retratado a su esposa igual a él, y por todo el país se comentaba aquel gesto del soberano y su gran amor hacia la reina.

Jaemuaset tardó en responder, sin dejar de observar a los escultores que cincelaban la roca.

—Es la favorita. Todo rey tiene una preferida, y es ella.

—Nosotros tampoco estamos ahí —dijo Moisés—. ¿Nos harán alguna escultura?

Jaemuaset rió.

—¡Si ya no queda espacio! Ahí no cabemos todos los hijos del rey. ¿Queréis que os metan, apretujados, entre los pies de Amón?

—¿Y tú? —insistió Seti—. ¿Tú tampoco estás?

—Padre dice que me colocará allí, a la izquierda de Ptah.

—En un rincón. —Moisés a veces se complacía en ser ácido—. ¿No te da rabia?

Su hermano negó con la cabeza.

—Ser esculpido junto a los dioses ya es un regalo inmenso.

Callaron unos instantes. Moisés habló de nuevo.

—No se parecen a padre.

—No importa el parecido. Lo que importa es el nombre... y el alma.

—¿La piedra tiene alma?

Jaemuaset asintió.

—Cuando un hombre muere, su cuerpo queda inerte. Es momificado y preservado, su alma huye y su espíritu va a habitar el mundo invisible de los dioses. Pero la piedra esculpida habla y resiste el paso de los siglos. Por eso el alma de los reyes que vivieron desde los principios del reino sigue viva. Cuando padre ya no esté, las piedras perpetuarán su memoria.

Se acercaron a los pies de la tercera estatua, que los escultores estaban tallando. La piedra tenía alma, pensó Moisés. Y la de aquella montaña llevaba el nombre de Ramsés.

De pronto, oyeron un chirrido, seguido de gritos y un estrepitoso crujir de maderas. Jaemuaset apartó a sus hermanos y los empujó, abrazándolos contra su regazo, mientras un fragor ensordecedor se alzaba alrededor y sentían la tierra temblar a sus espaldas. Una nube de polvo y arena los cubrió. Cuando Moisés se giró a mirar vio que parte del andamiaje había desaparecido. Un enorme bloque de caliza se había desprendido, quebrando las plataformas del andamio y abriendo un hueco en la tramoya. La roca se había desplomado en tierra, aplastando a algunos operarios que no habían podido escapar. Moisés tragó saliva y se obligó a no cerrar los ojos. Se oían alaridos y lamentos, y varios pies y brazos asomaban bajo la piedra, salpicados de sangre.

Fango de sangre. El capataz puso orden a gritos, ordenó traer un par de carros y maromas para retirar el bloque y de inmediato dos auxiliares hicieron restallar sus látigos sobre los obreros que gritaban alrededor de sus compañeros heridos. Algunos agonizaban, con el tronco o las piernas sepultados bajo el bloque, profiriendo aullidos desesperados. El capataz alejó a los supervivientes y ordenó a dos soldados, hacha en mano, que terminaran con la vida de los que gritaban. Moisés vio rodar cabezas y miembros amputados. Fango de sangre... ¿Era así un campo de batalla, tras la refriega?

Seti contenía las náuseas. Había perdido el color y temblaba, agarrándose a la mano de Jaemuaset.

—Vámonos de aquí —dijo él.

Moisés no podía apartar los ojos de los obreros. Dos nubios fornidos de músculos poderosos se habían dejado caer sobre un poyo, soltando sus picos, y sollozaban como niños.

—¡Orden! ¡Orden! —vociferaba el capataz—. Retiraos y dejad paso a los carros. ¡Orden!

El rey salía del templo en aquel momento. El jefe de constructores se apresuró a ir a su encuentro, se postró ante él y le explicó lo sucedido. Moisés vio el gesto del monarca, dando órdenes y señalando la estatua inacabada y el andamio roto. Después, lo vio alejarse seguido de sus compañeros, los príncipes y los sacerdotes.

—Vamos—los apremió Jaemuaset. Moisés se volvió atrás a mirar, mientras se alejaban hacia el cortejo real.

—¿Qué harán con ellos?

—¿Con quiénes?

—Con los hombres aplastados.

—Han muerto sirviendo a su rey. Ya han recibido su recompensa.

«Él levantó su monumento en honor de la Gran Esposa Real Nefertari, Amada de Mut, un templo excavado en la montaña pura de Nubia, en bella piedra blanca, una obra que pertenece a la eternidad.»

Inscripción en la tumba de Nefertari.

Aquella por la que brilla el Sol

Había visto llorar al rey en dos ocasiones: cuando murió la reina madre, Tuya, dos años atrás, y siete lunas después, cuando la guardia shardana le llevó el cadáver de su primogénito, Amenhir, envuelto en una sábana de lino, con el rostro cubierto de arena y el cuello roto. Pero fueron lágrimas contenidas, dolor aprisionado en la ira del dios que se sabe mortal.

Aquel tercer mes de la siembra, cuando los campos reverdecían sobre la tierra negra, empapada por la crecida, fue distinto. El palacio entero tembló y el eco de los pasadizos multiplicó los aullidos, el bramido de dolor y los pasos errantes del soberano en duelo.

Nefertari, la gran esposa, la favorita, la amada del rey, había muerto.

Nadie osaba levantar la voz. El aire en los salones pesaba; el sol caía implacable sobre patios y jardines. El agua de los estanques no se agitaba con los baños de las princesas y los nenúfares languidecían bajo la sombra de las palmeras. La música había cesado.

Sólo resonaba aquel lamento lúgubre y sostenido.

Sentado en el salón del trono junto a sus hermanos, mudo y taciturno como ellos, Moisés contempló al todopoderoso Señor de las Dos Tierras arañándose el rostro, golpeándose el pecho, sollozando y maldiciendo a los cielos sin pudor. Vestía un raído faldellín manchado de cenizas y se estaba dejando crecer la barba. Una barba hirsuta e irregular, salpicada de blanco. Por primera vez Moisés se dio cuenta de que el rey comenzaba a envejecer.

Ramsés, el segundo hijo, ahora príncipe de la corona, observaba a su padre con frialdad. Los otros hermanos tenían la vista fija en el suelo. Los hijos de Nefertari no ocultaban su dolor. Uno de ellos, el joven Merira, lloraba en silencio.

Los amigos del rey, Ameneminet y Yuni, no se alejaban de él. Y el mayordomo iba y venía, a pasos rápidos y sigilosos, dando órdenes a los sirvientes en voz baja. Aunque estuviera de duelo, el palacio debía seguir funcionando.

Recluida en los aposentos de su madre, Bint-Anat se mordió los puños.

—No lo soporto más. Lleva así tres días.

La otra reina, la Bella a la sombra, todavía hermosa en su lánguida

madurez, le tapó los labios con una mano.

—Era la hermana de su corazón.

La princesa le dirigió una mirada de rencor dolorido.

—Es indigno de un gran rey comportarse así.

Isis la Bella suspiró.

—El dolor de los dioses no conoce límites, como tampoco su ira, o su gozo.

—Al menos ahora queda una sola gran esposa.

La reina no contestó.

—Y el heredero de la corona es hijo tuyo —añadió Bint-Anat—. Declinó la estrella de Tebas, madre. Ahora asciende la nuestra.

Isis la Bella asintió en silencio, pensativa. Bint-Anat se levantó, abandonando el diván, y caminó hacia el jardín.

—¿Dónde están los muchachos? —preguntó.

Nofret, la sirvienta, respondió a media voz.

—Con sus hermanos mayores. No se alejan del salón del trono.

—Quiero verlos.

—Hija, sabes que no es conveniente abandonar nuestros aposentos.

Bint-Anat se volvió.

—Entonces los mandaré llamar. Esta noche quiero cenar con mis hermanos. Y con mi hijo.

Seti lo llamó con un siseo.

—¿Quieres verla otra vez?

Moisés asintió.

—¿Podemos?

—Merenptah nos llevará.

El mayordomo vigilaba a la puerta de la estancia donde yacía la difunta reina. Desde afuera olía a ácido, entremezclado con espesa mirra e incienso.

Los tres príncipes entraron y se detuvieron. Sobre un podio yacía el cadáver, cubierto de sal. La nariz y la barbilla apuntaban; apenas se distinguían los senos y las rodillas. Nefertari había adelgazado mucho antes de morir.

Moisés contuvo el aliento.

Y luego avanzó despacio. Nadie se lo impidió. Caminó hasta llegar junto al cadáver y se inclinó sobre él. La sal cubría el rostro de la reina amada, por la que latía el corazón del rey, por la que florecían las riberas del Nilo, por la que nacía, cada mañana, el Sol.

Recordó el primer día, cuando los embalsamadores vaciaron el cadáver y lo cosieron después, tras rellenar la cavidad abdominal con

sales, ámbar y esencias. Quiso observarlo todo. Desde aquella tarde no había probado bocado y sentía el sabor de la sal, con la náusea, en la boca.

El rey había abrazado el cadáver, frío y amarillento, vacío, y lo había besado en los labios.

—¿Es eso todo cuanto quedará de ella? —preguntó Moisés, cuando se reunió con sus hermanos.

Merenptah había respondido:

—Su alma ha volado a la otra orilla. Algún día resucitará. Pero antes debe pasar por la prueba del Duat.

Moisés observó a Meriatum y a Merira. A diferencia de los hijos de Isis la Bella, que permanecían tranquilos, los vástagos de Nefertari apenas contenían el llanto. Las princesas Henuttauy y Nefertari la joven lanzaban agudos gemidos y agitaban los brazos. Las sirvientas que las seguían coreaban sus lamentos.

Merit mantenía la calma, aunque todos vieron las lágrimas que empañaban su rostro, dejando dos trazos de maquillaje oscuro en sus pómulos. Muchos murmuraban: «Es el vivo retrato de su madre cuando era joven». Pese al duelo, la primogénita de la difunta reina conservó su dignidad y no dejó de peinarse y ataviarse con esmero un solo día.

Ahora reinaba el silencio en la sala. Dos sacerdotes velaban cerca del cuerpo, sentados con las piernas cruzadas, recitando en voz baja largas salmodias y bendiciones. Las cabezas de Anubis que tapaban los vasos canopes parecían observarlo con sus pupilas de azabache.

Tocó con la punta de los dedos la sal que cubría el cadáver. Un cuerpo macilento de rostro aguileño con las trenzas apelmazadas y grises, adheridas al cráneo. Los sacerdotes enseñaban que el cuerpo debía preservarse para volver a ser animado en la otra vida. Moisés se preguntó si sería posible animar alguna vez aquel despojo repleto de resina perfumada y corroído por la sal. Se preguntó si volvería a ser hermosa y esbelta, capaz de respirar, de hablar, de alimentarse. ¿Volverían a crecerle vísceras adentro? ¿Podía un cuerpo vivir sin su corazón, sin sus pulmones, sin sus entrañas? ¿Querría su espíritu volver a habitar aquella carne muerta? ¿Sería capaz de prender en ella, de nuevo, la llama vibrante de la vida?

Y dudó.

Paraheru los llevó al patio donde se entrenaba la guardia shardana. Los mercenarios guardaespaldas del rey jamás descuidaban su forma física y se complacían enseñando a los jóvenes príncipes. Con

catorce y quince años, el ejercicio los había fortalecido. Eran delgados y ágiles, y competían por ver quién desarrollaba más músculo aunque sabían que la rivalidad era desigual. Moisés era más robusto, ancho de hombros y de torso firme, pero Seti tenía largas piernas, como su padre y sus hermanos, y era ágil como un gamo. En las carreras, era él quien vencía. En combate, cuerpo a cuerpo y con armas, Moisés siempre lograba superarlo.

Con los shardana estaban Ameneminet, amigo íntimo del rey, su conductor del carro, Menna, y el comandante Panesettaui. Durante unas horas, los muchachos olvidaron el duelo y se batieron con los guerreros. Moisés echó de menos poder abandonar el recinto. Allí no podían entrenar con el arco.

—Setenta días pasan pronto, habiru —dijo Ameneminet, palmeándole la espalda sudorosa—. En cuanto termine el duelo y marchemos a Tebas, pediremos unos buenos caballos y os hartaréis de recorrer campo.

Moisés frunció el ceño, sacudiendo los hombros. Entre los soldados solían darse motes y desde hacía un par de años el suyo era *habiru*. Lo odiaba.

—Tengo un nombre —masculló.

Ameneminet echó a reír.

—¡Nadie se ofende por un mote! En eso eres orgulloso como el rey, no tienes sentido del humor.

Seti sonreía entre dientes. Ver a Moisés perder los estribos era una victoria para él.

—No me gusta ese mote.

—Es como cualquier otro, *habiru*. ¿Qué tiene de malo? Te pareces a ellos.

Lo había oído una y otra vez. Su piel era más clara y sus rasgos no se parecían a los de sus hermanos, ni siquiera a los de la mayoría de cortesanos.

—Es un mote de esclavos.

—Escucha —Ameneminet se acercó a él y le puso una mano en el hombro—, yo tampoco tengo un mote honorable. Me llaman el Niño del Harén porque mi madre era una concubina y nadie sabe a ciencia cierta quién fue mi padre. Eso no me ha impedido ocupar un lugar privilegiado al lado del rey. Nos criamos con los mismos pechos, crecimos juntos y juntos fuimos a la guerra. Y el rey nunca olvida a sus amigos. ¿Crees que me importa, ahora, que me llamen bastardo o hijo de bastardo?

Moisés calló y apretó los puños.

—Tú eres hijo del Nilo. Tu nodriza fue una habiru, y por su leche

te debes parecer a ellos. Pero tu padre adoptivo es el rey, y tu madre una princesa de sangre real. ¡Tienes motivos para sentirte orgulloso!

—Eh, habiru, escucha esto —intervino uno de los guardias shardana—. Lo que te hará honorable no será tu sangre, sino lo que hagas con las manos. ¡Sostén firme una espada y nadie se reirá en tus narices!

—Nosotros somos mercenarios, ¡piratas! —exclamó otro—. Pero hoy nadie nos llama ladrones. Y el rey sólo confía en nosotros para guardarle las espaldas.

Moisés los miró en silencio. Los shardana también eran diferentes, de rasgos angulosos y piel y cabello claros, aunque el sol y la intemperie los habían curtido como a los nómadas del desierto. Procedían de una isla lejana en el medio del mar, otro lugar a donde él y Seti soñaban viajar.

—No te molestes, muchacho —dijo Ameneminet—. En la tropa del rey todos somos iguales. Y un mote no significa nada más que familiaridad. Alégrate por ello.

Seti lo miró de reojo y Moisés sintió la ira encenderse dentro de él.

Terminaban su baño, en la alberca fría y terrosa donde se zambullían los guardianes, cuando llegó un eunuco del harén de Isis la Bella a darles aviso.

—Mi señora os requiere para cenar en sus aposentos.

Los dos se miraron y sonrieron.

—Nos libramos de otra noche en el salón —dijo Seti.

Otra noche que volvería a ser de duelo, silencios interminables y cruce de miradas tensas entre príncipes, escribas y mandatarios. Moisés asintió con alivio. Y ambos se dirigieron a sus habitaciones, donde los criados los ungieron con aceite.

—Madre nos preparará un banquete —dijo Seti, mientras su esclavo le masajeaba la espalda—. Me muero de hambre, ¿tú no?

Moisés lo observaba, sentado junto al lecho.

—No tengo apetito.

—Eso es por haber estado allí, oliendo el cadáver. No es agradable.

—Es sagrado —replicó Moisés—. Porque todo lo que le hacen es para que vuelva a vivir un día, ¿no es así?

Seti cerró los ojos. El criado presionó las palmas sobre sus hombros.

—Todos acabaremos en manos de los embalsamadores algún día.

—Y nuestro espíritu revivirá en la morada de los dioses —añadió

Moisés—. O acaso no muera nunca.

El joven príncipe no respondió.

—Si está viva, si está con los dioses, ¿por qué padre se desespera tanto? ¡Es un dios! ¡Un día se reunirá con ella!

—Es el dolor de la separación —dijo Seti, incorporándose; el criado se apartó.

Moisés movió la cabeza.

—Grita como si jamás fuera a verla, como si la hubiera perdido para siempre.

—Oye. ¿Llorarías tú si se muriera Bint-Anat?

—Supongo… supongo que sí.

—¡Claro que llorarías! Como lloraría yo si muriera mi madre. Aunque supiera que volvería a encontrarla en la otra vida. En el momento de la muerte no piensas en eso. Pero el tiempo pasa, te tranquilizas y recuerdas que su espíritu está en otro lugar, feliz y eterno. Y poco a poco el dolor se va.

Moisés meditó unos instantes. Extendió las manos ante sí y las observó. El arco había encallecido sus palmas; tenía los dedos fuertes. Recordó la mano huesuda y seca de la reina con las uñas oscurecidas, llenas de sal.

—Pero su cuerpo jamás volverá a ser lo que fue —dijo—. Por eso llora el rey, el todopoderoso. Porque no puede retener la vida en la carne… Porque todo lo que amó es eso: una ruina, un cadáver.

—Ah, olvídalo. Piensas demasiado.

—Todos decían que era una diosa. Padre le construyó un templo. ¿Se pueden morir los dioses?

—Los dioses eternos no.

—Pero hay dioses que sí mueren. Ahora entiendo a Jaemuaset cuando nos hablaba del alma de la piedra. Todos los reyes mueren. Y no se pudren porque les secan la carne. ¡Pero están muertos! ¡Muertos! Lo único que sobrevive es la piedra.

El silencio los envolvió, pesado como un sudario.

Poco después el criado les trajo sus prendas y los muchachos se pusieron en pie. Se ciñeron los faldellines limpios y bien plisados y se atusaron los mechones de cabello, enroscados tras la oreja.

Seti tomó del brazo a Moisés antes de salir de la habitación.

—Quizás deberías hablar con los sacerdotes.

—Si Jaemuaset estuviera aquí…

—Lo veremos en Tebas, cuando entierren a la reina.

Bint-Anat los esperaba a la puerta de las estancias de la reina, maquillada y cubierta con un delicado velo. Irradiaba belleza y sus

ojos brillaban a la luz de las candelas.

—Pasa, hermano. Mi hermoso. —Tomó el rostro de Moisés entre las manos y lo besó.

Se sentaron junto a la reina Isis. También estaban allí Merenptah y las dos jóvenes princesas, Isis-Nefer y Nebettauy, la menor, de tan sólo nueve años.

Las sirvientas habían dispuesto los divanes alrededor de una mesa baja, repleta de viandas. Durante el duelo las cocinas de palacio reducían su actividad, no se mataban animales y los ágapes eran sobrios, pero la reina había ordenado traer dátiles, almendras y uvas en abundancia, miel y tortas. También había vino y cerveza.

—Estáis hambrientos —observó Bint-Anat, tomando un racimo con delicadeza.

—Hemos entrenado toda la tarde —dijo Seti, masticando con fruición—. Y hace tres días que apenas comemos. Moisés no ha probado bocado.

—¿Es cierto? —preguntó Isis-Nefer. Sin quitarle los ojos de encima al muchacho le acercó un platillo con almendras.

Él movió la cabeza.

—No tenía hambre.

Merenptah intervino.

—Tampoco padre ha comido nada. Ni siquiera ha querido beber. Los médicos están preocupados.

Isis la Bella suspiró.

—Se le pasará. Antes de los setenta días volverá a ser él de nuevo.

Bint-Anat se acercó a su madre, llenándole la copa.

—Madre, ahora es un momento importante para nuestra familia. ¿Has hablado con los sacerdotes? ¿Tienes noticias de nuestro hermano?

—Jaemuaset nos espera en Menfis. Y navegará con nosotros hasta Tebas. El visir Paher está preparando una gran recepción del féretro con los sacerdotes de Amón. La familia de Nefertari tampoco está ociosa, por lo que he podido saber. No quieren perder terreno.

—Ahora tú eres la primera gran esposa, madre —dijo Merenptah—, y Ramsés el príncipe de la corona.

—Pero no soy la única —replicó Isis.

—¿Crees que nombrará gran esposa a la hitita? —preguntó Bint-Anat.

La hija del rey Hattusili, una tímida adolescente, había sido acogida con gran afecto por la reina difunta, dos años atrás, y se había convertido en su protegida. El rey la había proclamado esposa real con todos los honores en unos festejos que todos recordaban aún en la

capital del Delta. Después, el rey había emprendido una travesía por el Nilo y había exhibido a su nueva esposa ante la nobleza y los sacerdotes de todas las ciudades, queriendo borrar cualquier duda sobre su incierta victoria en Kadesh. Pero tras su recorrido triunfal la princesa hitita se había recluido en el harén de Nefertari y llevaba una vida discreta y anodina. Cuando el rey la dejó embarazada, se olvidó de la flamante prenda de su alianza con Hatti.

—La princesa hitita ya es gran esposa —le recordó su madre.

Bint-Anat rió con desdén.

—Radiante gran esposa… El perro faldero de Merit, siempre copiando sus peinados y siguiéndola como una sombra.

—Hija.

Merenptah sonrió con una mueca.

—Nuestra hermana siempre será la princesa indómita.

—¡Indómita! —exclamó ella—. ¡Ojala fuera cierto! Aquí me tienes, sometida, dócil y marchitándome en mis aposentos, sin ver la luz del día y sin levantar la voz. Soltera y triste, a una edad en la que todas las mujeres ya se han desposado y han parido hijos. Si no fuera por él…

Miró a Moisés; el muchacho bajó el rostro, incómodo.

—¿Para qué príncipe, o para qué rey extranjero me reserva padre? Y aunque me buscara un buen partido, el mejor siempre será para Merit, ¡estoy segura!

Isis la Bella alzó una mano y la hizo callar.

—Ten paciencia. Tu padre sabe lo que hace. Aprende a esperar.

—Madre tiene razón. —Merenptah se sirvió vino y bebió un largo trago—. Escucha, hace apenas dos riadas todos creíamos que Amenhir sucedería a padre. Ahora es nuestro hermano Ramsés el heredero.

—Los dioses hacen girar la rueda del destino —dijo Isis, mirando a sus hijas menores—. Aprended esto, niñas. No os interpongáis ante el camino de los poderosos. Observad y esperad. Y llegará vuestro momento para florecer.

Isis-Nefer asintió. Nebettauy preguntó, con voz argentina:

—¿Te volverá a querer padre?

La reina sonrió con tristeza.

—Me temo que nadie podrá reemplazar a la amada de los dioses… Pero, ahora, ella no está aquí.

Bint-Anat sonrió.

—El Sol tendrá que brillar por otra reina.

Aquella noche, Moisés fue a las estancias de las princesas. Bint-Anat lo recibió en su lecho. Hacía mucho tiempo que no dormían

juntos, desde que él y Seti se trasladaran a la ciudad castrense, y la encontró más pequeña y frágil. Quiso guarecerse en su seno y fue ella quien quedó envuelta en su abrazo.

Rió levemente.

—Hijo, has crecido.

Él se recogió y apretó la mejilla contra sus pechos. Bint-Anat le acariciaba la cabeza y enroscó su mechón entre los dedos.

—Pronto habrá que cortarte el bucle.

—Madre, hoy estaba pensando… ¿Cómo se llamaba mi nodriza?

Bint-Anat detuvo sus caricias.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. ¿Cuál era su nombre?

—No lo recuerdo. ¿Es importante?

—No. Era una habiru, ¿verdad?

La princesa suspiró.

—Sí, eso dicen.

—No, no lo dicen. Lo era. Ella y la niña.

—¿Por qué te viene esto a la mente, ahora?

—Por nada.

—Es por el mote. Lo sé. Los guerreros del rey te llaman habiru, y te molesta.

Moisés se incorporó y apartó a un lado el lienzo que los cubría.

—Odio que me llamen así. Es vergonzoso.

Ella se sentó a su lado y le acarició el rostro.

—No te avergüences nunca de ser quien eres.

—Ni siquiera sé quién era mi padre.

—Tu padre…

—No me digas que fue el río, madre, porque eso ya no me lo creo.

Bint-Anat sonrió.

—No eres un niño.

—Hace años que no lo soy. ¿Por qué nunca me explicas cómo nací?

Ella sacudió la cabeza.

—Porque no lo sé, Moisés. No te miento.

—Esa historia de la cesta en las aguas… Ese hallazgo en el río, ¡no me lo creo! ¿Soy hijo de una concubina? ¿Soy hijo de un habiru? ¿Soy hijo tuyo? ¿Por qué me lo ocultas?

Bint-Anat calló. Moisés la miró, a la luz de la luna que entraba por el pórtico del jardín. Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Has visto la canastilla… Siempre la he conservado, sabes que es cierto. Te encontramos en el río, yo te adopté y padre te ha hecho su hijo. El resto, ¿qué importa? Ni lo sabemos ni debe preocuparte.

—Me preocupa. Porque oigo rumores, ¡no soy estúpido! Y padre jamás me ha mirado como a los demás hijos... ¡No lo niegues!

Bint-Anat alargó las manos, queriendo abrazarle. Pero él se mantuvo distante y rígido.

—Quiero saber la verdad. Quiero saber quién fue mi padre. Y quién fue mi madre.

—¿Y si la verdad fuera tan dolorosa que...?

—No me importa. No quiero mentiras.

—No hay mentiras. Sólo silencio... y secretos que quizás nunca conoceremos.

Pasados los setenta días de duelo y embalsamamiento, el féretro de la reina salió del palacio flanqueado por decenas de sacerdotes y cortesanos. El rey, de nuevo afeitado, coronado y empuñando el cetro y la fusta, encabezó el cortejo hasta la dársena, donde la flota real aguardaba para conducir a la difunta hasta el Valle de las Reinas, en Tebas. Los príncipes y las princesas seguían al monarca, ataviados y cubiertos de joyas. Solo la reina Isis estaba ausente. Bint-Anat, con la cara alta y el ánimo devastado, contempló su humillación y la de su linaje, una vez más.

—¡La reina revivida! —Se oyó, entre la multitud—. ¡La divina Nefertari! ¡Los dioses la guarden!

Junto al soberano de las Dos Tierras avanzaba la nueva esposa real, levantando murmullos de admiración entre el pueblo. Como una visión rejuvenecida de la difunta reina, Merit caminaba erguida y grácil, la hermosa cabellera trenzada sobre su espalda, siguiendo los pasos de su padre.

Aunque estás lejos, tu haz de rayos cubre la Tierra y tu resplandor baña los rostros, tenue morada en tu camino. Mas cuando descansas en paz en el horizonte de occidente la Tierra está oscura,

bajo el gobierno de la muerte.

Himno de Atón.

El espectro del Sol

Amanecía sobre el Nilo. El Sol ascendió sobre los palmerales de la ribera oriental, incendiando el cielo y bañando de luz las aguas. Una bandada de ibis alzó el vuelo. El campamento despertaba y los tripulantes de la flota real tendieron las pasarelas hacia los barcos. El barquero del rey dio órdenes y los hombres se dispusieron a izar las velas.

Alejándose de su tienda, Moisés hizo visera con una mano y contempló el río que se deslizaba tras los juncales. Su mirada se desplazó hacia el norte, donde se avistaba una isla en medio de la corriente. Allí el río se bifurcaba en dos brazos. El oriental los llevaría de regreso a Menfis; el occidental moría en el oasis de Shedet.

Seti se acercó a él.

—Llegamos al tramo despoblado —dijo el joven príncipe—. Tierra de víboras. Padre no quiere perder más tiempo acampando. Pasaremos tres días sin abandonar los barcos.

Moisés estiró los brazos y cerró los puños.

—¿No te apetecería recorrer la otra orilla por tierra?

—¿Aquí? No, gracias. Hay cuatro palmeras y sólo desierto. Ni una miserable aldea.

—¡Mejor aún para una buena cabalgata!

—¿Tienes ganas de cabalgar?

—Estoy harto de navegar. He leído ya todos los papiros de Amenemhopet y me cansan las canciones de los músicos. ¡Siempre las mismas! Me come el aburrimiento.

Seti se echó a reír.

—Si lo que quieres es tragar arena, la solución es fácil.

—¿Quieres venir conmigo?

—¿Crees que te dejaría ir solo?

Entrechocaron las manos, riendo. Y fueron en busca del comandante del ejército. No tardaron en encontrarlo conversando con el rey y sus dos íntimos, Yuni y Ameneminet.

Cuando viajaba con su ejército y sus camaradas, el rey abandonaba el fasto de la corte y los templos y aquel halo de poderío inaccesible que lo rodeaba. Vestido con un sencillo faldellín y peluca corta, sólo su porte altivo lo distinguía de los demás hombres. Aún y así, los jóvenes príncipes se sentían intimidados ante su presencia. Seti

hizo una reverencia ante su padre y habló.

—Padre, Moisés y yo queremos hacer una incursión a la otra orilla. Solicitamos tu permiso para llevarnos dos caballos.

El rey frunció el ceño durante unos instantes. Después su rostro cambió.

—De acuerdo —Se volvió hacia su comandante—. Panesettauy, prepárales dos animales rápidos. Y no les dés nada más.

Yuni intervino.

—Deberían llevar al menos agua. En esa zona no hay fuentes. Y no estaría de más prepararles víveres. Los jóvenes siempre están hambrientos.

El rey negó con la cabeza.

—Si quieren enfrentarse al desierto, que aprendan.

—Eres duro con tus muchachos, ¿eh? —bromeó Ameneminet.

—Son comandantes de mi ejército. Lo que yo he soportado también deben aprender a soportarlo ellos.

Seti observaba a su padre con el rostro y el cuerpo tenso. Ni entre sus amigos, ni ante su hijo menor, el soberano perdía su severidad. Y desde la muerte de su esposa más amada su carácter se había agriado.

El comandante sonrió mirando a los muchachos.

—Están bien curtidos y son buenos jinetes. Nos adelantarán por tierra.

El rey posó una mano férrea sobre el hombro de su hijo.

—Mañana por la noche os quiero a bordo del *Nefertari*. ¿Entendido?

—Sí, mi señor.

Poco después, mientras los criados enrollaban las tiendas y transportaban los bultos de la expedición a las naves de carga, el rey y su séquito subieron a bordo de la barca real. La flota se preparó para zarpar. De un carguero salió una pequeña balsa, guiada por un veterano soldado nubio, que cruzó el Nilo transportando dos caballos y dos jóvenes guerreros.

—Caballos libios —Seti acarició su corcel, de piel negra y brillante—. Volaremos con ellos.

Moisés ya atisbaba la otra orilla.

—¿Por qué esta zona está despoblada?

—Es una región de muerte —dijo Seti.

—Es la orilla por donde sale el Sol. Debería ser de vida.

Seti rió.

—Los poemas explican una historia, pero el mundo nos cuenta otra.

—Como en la guerra, ¿verdad?

—Como en la guerra. Aunque tú y yo no la conocemos, por ahora.

No, no conocían la guerra, aunque sí sabían de la dureza del combate y las privaciones. Tras el entierro de la reina Nefertari en el Valle de las Reinas, el rey envió a sus esposas e hijas de regreso al norte, pero él quiso pasar un tiempo en la antigua capital, donde presidió los festejos de Amón y la ceremonia de la crecida del Nilo. Seti y su hermano fueron enviados a la ciudadela castrense de Tebas. Allí pasaron los meses de la cosecha y la siembra conviviendo con guerreros nubios y del Alto Egipto, sometidos a entrenamientos mucho más duros que en la nueva capital. Estaban delgados y sus cuerpos esculpidos mostraban ya varias cicatrices. Los príncipes carecían de privilegios en medio de la tropa y recibieron golpes, castigos y sablazos como cualquier otro soldado. Cuando el rey fue a buscarlos para regresar, después de la siguiente riada, les asignó dos cargos. Para ellos fueron el primer signo de que su estrella estaba ascendiendo.

Con tan sólo quince años, Seti se convirtió en comandante de carros de la columna de Amón, la unidad que comandaba el rey. Moisés fue nombrado capitán de una unidad de arqueros. Aunque prefería luchar con la espada, su puntería y su firmeza sobre el carro en movimiento lo hicieron apto para tal puesto.

Pero lo que realmente le agradaba, más que conducir un carro, era cabalgar. Él y Seti habían diseñado un entrenamiento peculiar. Montaban en sendos caballos y partían al galope, lanza en ristre, acometiéndose sin descabalgar. Esgrimían la jabalina y se defendían con el escudo, entablando combate. Abatirse el uno al otro sin caer de la montura se convirtió en su reto favorito durante las escasas horas libres que les permitía la disciplina militar.

Su otro recreo preferido era muy diferente. En Tebas, Seti había llevado a Moisés al templo de Mut durante los festejos de la diosa Sejmet. Allí conoció a las sacerdotisas, no hieráticas y solemnes, sino arrebatadas por la embriaguez y el frenesí de la danza. En medio de una bruma de vino y deseo, contra la dureza de una columna y abrazado por un cuerpo apremiante y blando que lo envolvía, Moisés penetró por primera vez el umbral del santuario femenino. Y, pasada la fiesta, él y Seti continuaron frecuentando el templo de Mut. En sus celdas de adobe, frescas y oscuras, sobre esterillas de junco y entre velos de lino, los dos príncipes cataron el deleite que ocultaba el cuerpo de una mujer. Ahora hacía media luna que habían abandonado Tebas y añoraban a las sacerdotisas. Su padre, que jamás viajaba sin una esposa o media docena de concubinas, había ignorado las ansias

viriles de sus hijos menores y no les había procurado ni una triste esclava para su placer.

Llegados a la otra orilla, el soldado atracó la balsa entre los cañaverales. Saltaron a tierra y tomaron las riendas de los corceles.

El nubio les tendió un macuto.

—Agua —les dijo—. Y algo de pan y dátiles.

Seti tomó el morral.

—¿Quién te lo ha dado?

El hombre desvió la mirada y Seti sonrió. Tal vez era obra de Yuni, o del Niño del Harén. Los únicos que podían desobedecer al rey sin temer su ira.

—Dile a nuestro señor que nos veremos en dos noches.

—Haced una señal desde la orilla —dijo el nubio—, y os vendré a recoger en la balsa.

Apenas se alejaron de los juncales y los tamarindos que crecían en el ribazo, Moisés montó de un salto, clavó los talones en los flancos de su corcel y se lanzó al galope, levantando un rastro de arena tras de sí. Seti azuzó a su caballo y lo siguió.

Compitieron. El sol los abrasaba y el sudor bañaba sus cuerpos, pero una energía fresca y vital fluía por sus venas y los empujaba. Seguían una trayectoria paralela al río y se adelantaban el uno al otro; Seti montaba un caballo muy bravo pero Moisés dominaba mejor a su corcel. Dosificaba sus fuerzas. A mediodía divisaron unas colinas en el horizonte. Viendo a Seti jadeante y maldiciendo el calor, Moisés espoleó su caballo de nuevo y emprendió un raudo galope.

Cuando Seti le dio alcance, Moisés enarboló su jabalina y, tirando de las riendas, hizo girar a su montura y trotó hacia él.

El joven príncipe frenó su corcel y alzó un brazo.

—¡No! Ahora no vamos a combatir. —Reía, era su táctica para desarmar a su hermano, siempre incansable, siempre dispuesto a pelear—. Me rindo, capitán de arqueros. ¡Baja tu lanza!

Moisés sonrió pero no bajó el arma.

—Un hijo del Señor de las Dos Tierras jamás se rinde. ¡Recuerda Kadesh! ¡Recuerda Nubia, Canaán, Mittanni! ¡Nada detiene a los hijos del dios invicto!

Seti empuñó su lanza de mala gana.

—¡Sea! ¡Muerde el polvo, habiru!

Moisés lanzó un grito de rabia. Aunque en labios de Seti aquel mote ya había dejado de ser ofensivo.

Chocaron los escudos de bronce y las lanzas se buscaron. El sol arrancaba llamaradas del metal bajo el calor intenso. Abandonaron pronto.

—El Sol nos ha vencido —dijo Seti, descabalgando—. Ven, hermano, ¿no tienes sed?

Sacó el odre del saco y bebió un largo trago. Moisés lo contempló mojándose el rostro y el cráneo afeitado, con la mejilla surcada por una fina cicatriz.

No lo apremió. Cuando Seti hubo vaciado casi medio odre, lo tomó y bebió un sorbo. Paladeó el agua lentamente y bebió de nuevo, con calma.

—Hasta en esto eres duro, hermano.

—Tenemos poca agua —dijo Moisés—. Y aún hemos de pasar un día y medio en el desierto.

—¿No era esto lo que querías?

Él no respondió y alzó el rostro hacia el sol. La luz cegadora le obligó a cerrar los ojos.

—Eh, mira ahí. —Seti señaló algo en la distancia. Moisés se volvió. Las lomas que habían divisado de lejos estaban mucho más próximas. Pero, más que colinas, parecían muros. Las formas regulares y rectas se extendían más de una milla, desde la ribera del río hacia el desierto.

—Es… Diría que son ruinas.

—¡Vayamos a ver!

Montaron de nuevo y se acercaron al trote. Desde una suave elevación contemplaron ante sí un extenso espacio donde se cruzaban restos de muros, calles y avenidas, y los fustes de enormes pilares.

—Es inmenso —exclamó Seti.

—Una ciudad —murmuró Moisés—. Muerta.

—Y aquello parece un templo —dijo Seti—. ¡Debía ser enorme! Más que los de Karnak, más que Luxor… Fíjate allá, al fondo, en aquellas hileras de columnas.

—Es una ciudad —repitió Moisés—. Con más de un templo. Y con palacios.

Sus ojos escrutaron el laberinto de adobe y piedra semienterrado en la arena. El cielo los cubría, limpísimo y de un azul casi oscuro sobre el oro polvoriento de la tierra.

—¡Entremos! —propuso Seti, sacudiendo las bridas de su corcel. Moisés asintió pensativo.

—¿Por qué nadie nos ha hablado de esta ciudad?

Un silencio ominoso pesaba sobre las calles y los muros. Las breves sombras del mediodía huían hacia las esquinas donde se apilaba la arena de siglos. Ni las aves del desierto sobrevolaban el lugar.

—Es como una inmensa tumba a cielo abierto —dijo Moisés.

—Bajo la luz de Ra, el Señor de la Vida —añadió Seti.

Pero la vida de Ra, quemante, violenta, bañaba de muerte aquella ciudad espectral.

—¿Quién vivió aquí? ¿Por qué se abandonó esta ciudad?

—Tal vez nadie sabe que existe.

Moisés movió la cabeza.

—Las tropas de padre han recorrido hasta el último palmo de las Dos Tierras.

—Entonces, es una ciudad maldita. Condenada al olvido.

Llegaron ante un muro elevado de piedra. Lo rodearon hacia oriente y se encontraron ante un inmenso recinto cuadrangular. Reconocieron la disposición de un templo con sus pilonos, sus columnatas y sus patios. Los pilares lotiformes, que un día debieron sostener largos dinteles, ahora apuntaban al cielo como centinelas mudos. Cientos de pequeños montículos, altares sepultados en la arena, se alineaban en los patios.

Los relieves del pilono aún podían leerse. Moisés vio grabada la figura de un extraño rey de cabeza alargada, miembros delgados y cuerpo panzudo. La reina y los príncipes poseían también aquella anatomía grotesca.

—El templo del Sol, el único dios, el único creador de todos los hombres, de todos los animales, de todo cuanto corre por la tierra y vuela por el cielo. El hermoso, el señor de la vida —leyó Moisés, protegiéndose la vista—. *Tú surges hermoso en el horizonte. Cuando te elevas, llenas toda la tierra de tus maravillas...*

Seti lo interrumpió.

—Es un templo de Ra.

—No. Lee bien. —Señaló con una mano—. Atón diurno, el Sol, que escapa a la oscuridad...

El joven príncipe frunció el ceño.

—Amenemhopet nos habló de esto una vez, ¿no recuerdas?

Moisés descabalgó y caminó en silencio hacia el interior del templo inundado de luz, sin otro techo que el despiadado azul del firmamento.

Recordó cierta tarde, durante sus lecciones con el escriba. Les habló de la dinastía que había precedido a la suya. Una estirpe de reyes audaces, iniciada con el gran Ahmosis, que había expulsado a los reyes extranjeros de las Dos Tierras y había fundado un imperio. Tutmosis el Tercero había llevado aquel sueño a su cumbre, extendiendo el poder de Kemet muy lejos de sus confines. Pero el escriba les habló también del fin de la dinastía: los últimos reyes habían descuidado el culto a los dioses, abandonando el ardor del

combate por los placeres del palacio, y se habían entregado a una vida de molicie y de cultos desviados y extraños. Enfermizos y débiles de carácter, vieron cómo los enemigos extranjeros se alzaban contra ellos y atacaban las fronteras del reino. Entonces llegaron los monarcas guerreros y con ellos resurgió el poder y la gloria de las Dos Tierras. El primero fue Horemheb, después Ramsés el Primero. Lo sucedió Seti, su abuelo y padre del rey y, por fin, su padre, el segundo Ramsés, Toro Poderoso, Amado de Ra y Favorito de Amón, que había doblegado a los enemigos y restituido la grandeza a su pueblo.

—Vayámonos de aquí —dijo Seti—. Este lugar está maldito.

Moisés se resistía. Había algo en aquel silencio, pétreo y eterno como el del templo rupestre de Nubia, inmenso como la infinitud del desierto, que lo llamaba y lo atraía.

—Jaemuaset dijo que, cuando los hombres abandonan el culto a un dios, su templo queda desierto y el espíritu del dios se apaga, como el fuego sin llama.

Seti lo miró sin decir palabra.

—Pero aquí —continuó Moisés— el Sol sigue habitando las ruinas.

Seti lo tomó de un brazo.

—Este lugar está muerto. Y resulta siniestro. Larguémonos, Moisés.

—Déjame estar un rato.

—Estás loco.

Seti buscó una sombra, al pie de un pilar, y aguardó. Los corceles también habían buscado un lugar abrigado del sol en la columnata.

Moisés avanzó varios centenares de pasos, dejando atrás patios y otra hilera de columnas, y llegó ante una gran explanada oblonga. En su centro se alzaba un altar mucho mayor que los cientos que llenaban los anteriores recintos. Posó su mano en la piedra. Sus dedos recorrieron los símbolos grabados.

Cuán numerosas son tus creaciones. Son cual misterios en la faz del Dios Único, sin igual. Tú has creado la Tierra según tu Voluntad. Tú eres el Único creador de todos los hombres, el ganado y todo animal que está sobre la Tierra yendo sobre sus pies o que se levanta en el Cielo volando con sus alas.

Y, ¿quién había creado a los dioses? ¿Había sido Ptah o aquel otro dios de nombre solar, a quien sus adoradores se atrevían a llamar el único?

Algún día su padre, que también era llamado dios todopoderoso, y sus reinas, y sus hijas, sus orgullosos vástagos, sus visires y sus capitanes yacerían sepultados bajo la roca cubierta de arena. Su llama en la tierra se apagaría. Pasados cientos, miles de años, los templos,

palacios y ciudades quizás también serían olvidados. Jaemuaset le había hablado de las momias de decenas de reyes, envueltas en harapos y despojadas de sus máscaras de oro, arrinconadas en las tumbas saqueadas. Cuando emprendió la construcción de su propia tumba el rey había ordenado limpiar los sepulcros profanados y colocar las momias en otra tumba sin nombre, piadosamente envueltas en paños de lino nuevo y en sus sarcófagos, si se habían conservado enteros. Jaemuaset había supervisado aquellos trabajos. Él, que hablaba con las divinidades del cielo, había visto cómo terminaban muchos dioses de la tierra. Los saqueadores de tumbas no temían las maldiciones divinas. Y el tiempo era el más voraz saqueador. Nada duraba mil años con vida. Nada, ni siquiera los dioses.

Decidieron pernoctar en el monte. Al este de la ciudad espectral se elevaba una pendiente de quebradas y colinas y se dirigieron hacia allí, esperando encontrar vegetación y algún manantial. Pero las lomas estaban desnudas y la tierra era seca y pedregosa. Sólo crecían arbustos espinosos y no vieron rastro de fuentes. Uno de sus odres estaba vacío y el otro conservaba la mitad del agua, caliente y con sabor a cuero rancio.

—Podremos resistir una noche —dijo Moisés. Seti sonrió con una mueca.

—Me muero de hambre. Pero no sé si podré tragar ese pan seco sin algo de cerveza.

—El día que entremos en combate añoraremos la paz del desierto y este sorbo de agua mala.

Panesettauy les decía a menudo, cuando emprendían largas marchas, que el desierto, la sed y el hambre eran enemigos poderosos que también debían vencer. Los soldados aprendían a racionar su agua y sus provisiones, a contener el hambre y a sacar fuerzas de flaqueza. Con hombres así, probados al filo de la sed y del calor, habían forjado su imperio los monarcas guerreros.

Vieron ponerse el sol sentados en una roca. Una brisa húmeda ascendía desde el valle del río. La luz del crepúsculo resplandecía sobre la piel acuática de aquella larga serpiente de plata, la vena de las Dos Tierras, que se deslizaba hacia el norte festoneada por el verdor de la ribera.

—Dicen que Ra es el Señor de la Vida. Pero yo creo que la vida, más que en el Sol, está en el agua —dijo Seti, mordiendo un dátil—. Allá abajo, entre palmeras y lotos. Húmeda, fresca, deliciosa... como el cuerpo de una mujer.

Moisés se volvió hacia él y sonrió.

—No olvides que sin el Sol y sin la estrella Sotis el agua no brota, ni inunda los campos.

—Ah, ¡hombre sabio! Deberías ser un sacerdote.

—No, no debería. Y jamás querría ser un sacerdote. No entiendo los misterios de los dioses.

—Pues Jaemuaset dice que los entiendes mejor que la mayoría de los mortales. Y él te conoce como nadie.

Moisés movió la cabeza.

—Soy un guerrero y nací para luchar. Ese es mi destino.

—En la próxima siembra padre nos enviará al Sinaí, por fin. Entonces conoceremos la guerra.

—Escaramuzas por el monte contra bandas de nómadas rebeldes. ¡Eso no es la guerra!

—Esa es la peor guerra, hermano. Sin espacio para maniobrar con los carros, sin ventajas sobre el enemigo. Para esa nadie está lo bastante preparado.

—Yo quiero ir al norte. Quiero ver Kadesh, y llegar hasta el Éufrates. Quiero cruzar Canaán y entrar en los templos de la diosa de mi madre.

—De allí, dicen, vinieron los habiru —comentó Seti, con mueca malévola—. No me extraña que te atraiga esa tierra.

Moisés le golpeó el brazo con el puño. Seti lanzó un gemido y fingió dolor.

—¡Es cierto! Aunque otros dicen que los habiru vinieron del desierto, como esos bandidos del Sinaí… Ah, ¡por eso te gusta perderte por estos andurriales!

Moisés no respondió. El sol se había ocultado y el cielo era una inmensa perla malva y azul. Así era Mut, la matriz del mundo, bella y tersa. Pensó en la joven sacerdotisa de Karnak que le había abierto su cuerpo. Y después otra imagen vino a su mente.

—Madre no quiere hablarme de ella —susurró, al cabo de un tiempo. Seti lo miró con atención—. Pero la recuerdo bien. También recuerdo su nombre.

—¿De quién hablas?

—De ella… De mi nodriza. La mujer que me crió. Se llamaba Jokéved.

En medio de esta red hay arañas y mariposas incautas… Es preferible, antes de morir atrapado, ser una pequeña, sutil araña.

La red de oro

Los lotos florecían en la ribera y los trigales granaban cuando la flota real llegó a Pi-Ramsés. Se acercaba la estación de la cosecha y las aguas de los canales fluían silenciosas entre los altos papiros.

La presencia del rey agitaba como un remolino cuanto se hallaba a su alrededor. Caravanas de carros cargados de grano y rebaños enteros llenaban los caminos desde las granjas del campo hasta la ciudad, para abastecer el palacio. La guardia shardana ocupó las inmediaciones de la mansión real y en la ciudadela castrense los soldados formaron en unidades, armas en ristre, para desfilar ante el soberano de las Dos Tierras.

Ramsés, el heredero de la corona, recibió al cortejo real flanqueado por Rahotep, el visir del norte, los sumos sacerdotes y el mayordomo del palacio. Tras ellos, una hilera de reinas y princesas, ataviadas con sus túnicas y diademas, aguardaba a su señor. En medio de todas ellas se erguía Merit, la más alta y esbelta, tocada con el disco solar y los cuernos de la diosa Hathor. Isis la Bella estaba a su derecha, ceñida en una túnica blanca y con la tiara de la diosa que llevaba su nombre, en forma de buitre de oro desplegando sus alas. A su izquierda se erguía la princesa hitita, luciendo sobre su diadema una gran pluma de oro, emblema de la diosa Maat. Junto a su madre, cubierta de seda azul y oro, la princesa Bint-Anat resplandecía por su belleza.

El dios poderoso regresaba a su sede. Y aquel mundo espléndido, obra de su voluntad y de miles de brazos obedientes, se inclinaba ante él.

Tras siete lunas de duro entrenamiento, cabalgatas por el desierto y jornadas de navegación deslizándose entre el agua y el cielo, Moisés y Seti volvían a sumergirse en la vida cortesana. Atrás quedaban las madrugadas frías, la comida frugal y el áspero tacto del cuero y la espada. Atrás la lucha, la camaradería entre soldados, la sed bajo el sol y el vocerío de los conductores de carros entre el relinchar de la caballería. Pero el rey los avisó antes de permitirles ir a ver a sus madres.

—No os habituéis a los placeres. Mañana por la mañana os trasladaréis al campamento militar, con Paraheru y Merenptah. Esa será vuestra casa hasta que partáis al Sinaí.

Los dos muchachos asintieron con una reverencia. Cuando

estuvieron solos, se miraron.

—Tenemos sólo una noche —susurró Seti—. Aprovechémosla.

Después de un largo baño perfumado, seguido de un masaje, Seti consiguió que su madre les reservara dos esclavas para él y Moisés. Pidió a las dos jóvenes de manos experimentadas que les habían ungido tras el baño y la reina accedió.

Moisés fue a ver a Bint-Anat antes de la cena.

—Abrázame, hijo.

De cerca, la diosa envuelta en oro y azul parecía más pequeña. Su rostro estaba cubierto de espeso maquillaje y la peluca desprendía un intenso aroma de canela y mirra.

—¿Por qué me miras así?

Moisés no respondió.

—Me ves más vieja, lo sé. El tiempo no pasa en balde. He cumplido treinta y dos primaveras.

—No es eso... Me gustaría verte sin tanto maquillaje.

Ella rió.

—¡Siempre me he pintado! Oh, no. Me verías las arrugas.

Moisés le acarició la mejilla.

—Sólo quiero verte como antes.

Bint-Anat suspiró.

—Si quieres verme sin afeites, sin peluca, sin joyas... Entonces tendrás que venir después de la cena, cuando me hayan bañado. Será tarde, estarás cansado y bebido y preferirás ir con tu preciosa esclava.

—No. Vendré a verte.

El lujo palaciego los envolvía, como un estanque de lotos, meciéndolos en agua de oro y vino especiado. Moisés descubrió que era fácil deslizarse hasta el fondo y nadar en aquellas aguas densas y fragantes. Era tentador hundirse en el cieno espléndido. Pero se encontró añorando las austeras tiendas de campaña, la dureza de la tierra bajo sus pies y la dulce penumbra del cielo al atardecer. En palacio jamás oscurecía. Las mil lámparas encendidas, multiplicadas en paneles de oro y en estanques cristalinos, ahuyentaban las sombras y la noche.

Él y Seti fueron junto a sus hermanos mayores. Los príncipes se sentaban en un círculo de divanes a la derecha del trono real. No había mujeres a su lado, pero las bailarinas pronto los rodearon, dispuestas a deleitar a los hijos de los dioses. Enfrente se agrupaban las reinas y las princesas alrededor de dos mesas, presididas por Merit

y por Isis la Bella. El rey elegía invariablemente a sus amigos de armas, sus capitanes y al visir como compañeros. Sólo Ramsés, entre sus hijos, ocupaba un lugar junto a su estrado. El escriba real y los sumos sacerdotes eran invitados obligados y el mayordomo siempre destinaba otra mesa para ellos.

Una cena en el salón del trono se iniciaba como la solemne ceremonia en un templo. Presidida por el rey, recordaba a todos los comensales su grandeza y la divinidad de su presencia. Pero, tras las invocaciones a los dioses y las reverencias, y cuando el rey tomaba asiento y bebía su primera copa, el banquete comenzaba y el jolgorio iba adueñándose de la sala. Los príncipes traían consigo la algazara del soldado que regresa tras una campaña y se abalanza sobre una buena mesa. Durante las primeras horas del banquete, Moisés y Seti rieron, comieron y bebieron con sus hermanos, escuchando sus proezas. Cuando la bebida comenzó a excitar sus ánimos, se recostaron y contemplaron a las danzarinas. Los pies ágiles de las muchachas se deslizaban sobre el suelo de mármol y oro, sus brazos volaban y sus cuerpos se ondulaban como el agua, agitando las cuentas de sus collares y brazaletes. Eran bellas, pensó Moisés. Bellas como las palmeras frondosas, cantaba Sabu, el músico ciego, al son del arpa; como el Nilo sembrado de lotos floridos, como los atardeceres en el desierto. Bellas como la vida misma que él anhelaba abrazar de nuevo, encarnada en mujer, tierna y húmeda, para sepultar en ella la violencia vital que agitaba sus entrañas.

Soñaba despierto con la sacerdotisa de Mut que lo había desnudado, por primera vez, en la columnata del templo en Tebas, cuando vio a Bint-Anat levantarse. Seguida de su esclava, la princesa se inclinó ante el rey, pidiendo su permiso para retirarse, y abandonó la sala.

—¿A dónde vas? —le preguntó Seti, más tarde.

De mala gana, Moisés se había puesto en pie. No quería responder.

—Nos veremos luego.

—Alguien te está esperando —rió el joven príncipe.

—Lo sé.

Bint-Anat se cubrió con un largo velo, abrochado en el pecho con un escarabajo de oro, y salió a recibir a su hijo. Él la contempló unos instantes, sin peluca, sin pintura en el rostro. Su cráneo se perfilaba delicadamente sobre el cuello, donde se podían ver leves surcos. También había dos líneas bajo sus ojos. Pero su mirada oscura brillaba bajo las gruesas pestañas. Y sus labios relucían, untados con bálsamo. Su cuerpo aún estaba húmedo y desprendía un aroma dulce.

—Ven, siéntate a mi lado.

Se recostó en el lecho y él se sentó enfrente, descansando en el reposabrazos de oro a los pies de la cama.

Ella le acarició los pies.

—En apenas unas lunas te has hecho un hombre recio. ¡Un valiente del rey!

Moisés sonrió.

—Así me gustas más.

—¿Sin peluca? ¿Sin adornos, sin color?

—Sigues siendo muy hermosa.

Bint-Anat rió con voz tenue.

—Sigo siendo la más hermosa de las princesas. ¡Pese a todo! Pretendientes no me faltan, puedo elegir.

Moisés enarcó las cejas.

—No me mires así, hijo. Lo sabes desde hace tiempo. Padre no ha querido darme esposo, así que he tenido que buscarme amantes.

—¿Quién es, ahora?

Ella movió la cabeza.

—¿Te interesa saberlo?

—No. Perdona.

Bint-Anat elegía cuidadosamente a sus amantes. En su primera juventud había sido voraz y promiscua, hasta que el rey la llamó a su presencia tras averiguar que la mayoría de sus capitanes y el mismo comandante del ejército, Panesettauy, habían pasado por su lecho. Después de un tiempo de forzada abstinencia y una larga conversación con su madre, Bint-Anat se volvió cautelosa y discreta. Aprendió el arte del disimulo y cómo sobornar hábilmente a criadas y eunucos. Y decidió escoger amantes aún más selectos que le permitieran saber aquello que deseaba. No contenta con el comandante de la tropa, aspiró a seducir al general Suti, que no opuso gran resistencia ante sus encantos. El tesorero de la corte, el arquitecto May, el escriba real y hasta el gran sacerdote de Amón habían caído en su hechizo.

Por ellos, por los amantes presentes y los venideros, se ataviaba, cuidaba su cuerpo y embellecía sus rasgos, luchando a brazo partido contra la edad. Aunque sus curvas eran ampulosas, mantenía la cintura fina, los brazos esbeltos y el rostro terso. Cada día se bañaba dos veces y se hacía dar vigorosos masajes con óleos y ungüentos. Su esclava preferida, una ágil bailarina nubia, la adiestraba en la danza y la ayudaba a mantenerse ágil y flexible como una pantera. A solas con sus amigas íntimas y sus criadas, llamaba a los músicos y todas bailaban en su jardín privado. Cuando el calor las agobiaba abandonaban el palacio, custodiadas por la guardia de la reina Isis, e

iban al lago a nadar, como aquel lejano día en que una canastilla apareció flotando en las aguas.

Moisés, por rumores y por su hermano Seti, sabía de la intimidad de su madre. Le indignaba y desconcertaba. Por ello se alegró de no regresar a la corte durante un tiempo. La vida en la ciudad militar era brutal, pero transparente.

—Háblame de Tebas —pidió Bint-Anat—. Cuéntame lo que has hecho allá.

Moisés se acercó; ella lo abrazó y lo acogió en su regazo. Tendido a su lado, él le contó sobre la vida de un soldado en tiempos de paz. Le habló de la destreza que requerían las armas, del placer de cabalgar y de la belleza del desierto. No mencionó la sed, ni las humillaciones, ni el dolor. Tampoco nombró a las sacerdotisas de Mut.

—Mañana nos iremos al campamento castrense —dijo, al final—. Padre no quiere que nos reblandezcamos en palacio.

Bint-Anat sonrió.

—Hace bien. Aunque todo guerrero merece su descanso.

Una sombra se agitó tras las cortinas de seda que rodeaban el lecho. Bint-Anat se incorporó de golpe y las apartó.

—¡Nit!

Una joven esclava, de cuerpo grácil y rostro pálido, miró a su señora parpadeando.

—Oh, ¿ya ha llegado?

La muchacha hizo un signo con las manos.

—Bien... Hazle sentarse en el diván, úngele los pies y sírvele vino con miel. Saldré a recibirle en seguida.

La esclava asintió y se alejó en silencio.

—¿No habla? —preguntó Moisés.

—Es muda.

Ante la mirada interrogante del joven, la princesa continuó.

—Se fue de la lengua en una ocasión. —El rostro de Bint-Anat se endureció—. Y tuve que cortársela. Desde entonces, me es fiel y dócil como ninguna.

Moisés no pudo evitar un gesto de perplejidad.

—¿Te parece cruel? Le perdoné la vida y ella sabe que me la debe. Podía haber ordenado su muerte. ¿Qué es preferible?

—Vivir... aunque sea sin voz.

—Se vendió a Merit. Ahora, todas mis esclavas saben que no pueden traicionarme ni revelar impunemente quién ocupa mi lecho.

Moisés calló unos instantes. Oyó una voz apagada cerca, rumor de pasos y el burbujeo del vino vertido en una copa. La voz masculina le resultó familiar.

—¿Quién es?

Bint-Anat sonrió y lo atrajo de nuevo hacia sí.

—¿No lo dirás?

—¿Cómo puedo traicionar a mi madre?

Ella le acarició la cabeza. Moisés no había querido raparse y se había dejado crecer una melena corta que llevaba trenzada, como la mayoría de soldados. Dos rizos se escapaban de las trenzas y saltaban sobre su sien morena.

—Es Paraheru —susurró la princesa.

Moisés se irguió de golpe.

—¿Él?

—¿Por qué te sorprende? No somos como el resto de los mortales: Merit es la gran esposa real y se acuesta con padre. Escucha, Moisés. No digas nada a nadie. Pero me interesa tener a Paraheru de mi parte.

Él asintió despacio.

—Si a nuestro hermano Ramsés le ocurriera algo..., que los dioses no lo quieran, pero podría suceder, el inmediato sucesor a la corona es Paraheru.

—¿Por qué le tendría que ocurrir algo a Ramsés?

—Nunca se sabe. Amenhir, ya lo ves, era un guerrero lleno de fuerza y murió de la manera más estúpida, desnucándose al caer de un caballo cuando volvía de una exploración. Ramsés ha sufrido ya varios accidentes parecidos. Y al menos un intento de envenenamiento, ¿no lo sabías?

El joven negó con la cabeza.

—Ah, Moisés. Siempre has sido más amigo de los patios de armas que de los pasillos oscuros, donde corren los rumores. No puedes seguir ignorándolos. En el harén de Nefertari, cada vez que una concubina se extralimita y toma un amante que no sea padre, enferma y muere misteriosamente al cabo de unos días. Padre ha tenido tres coperos en poco tiempo. Todos ellos murieron aquejados de cólicos, ¿no resulta curioso? Observa cada relevo de un cargo y verás que casi siempre hay una muerte extraña detrás.

Moisés no respondió.

—Tú eres joven y tienes alma de soldado. Es hora de que vayas conociendo mejor la intrincada telaraña que se teje en un palacio. En medio de esta red hay arañas, moscas y mariposas incautas... Es preferible, antes de morir atrapado, ser una pequeña, una sutil araña.

—Y Paraheru ha caído en tu red —dijo él, mordaz.

—¿No lo entiendes? Es la manera de evitar, de una vez por todas, la hostilidad del clan de Nefertari. Si Ramsés llega a ser rey no tendremos problemas. Pero si muriera antes y le sucediera Paraheru,

nuestra familia correría peligro. Y ya no será así. No mientras él encuentre solaz entre mis brazos.

—Puede cansarse.

—No se cansará, me ocuparé de eso. Los hombres usáis armas y ejércitos para dominar las voluntades ajenas. Las mujeres no tenemos otra arma que el lecho… nuestra inteligencia y nuestro cuerpo.

Moisés frunció el ceño.

—Te acuestas con él. Pero no le amas.

—¿Qué importa eso? ¿Amaste tú a la sacerdotisa que te inició, en Tebas?

Moisés dio un respingo; de manera que su madre también sabía aquello. Bint-Anat rio al ver su gesto y continuó.

—¿Amas a la esclava que te está esperando esta noche?

—Es diferente…

—No, no lo es. Las usas, como yo uso a mis amantes, y ellos me usan a mí.

Moisés la miró con un doloroso reproche en el gesto.

—Entonces, ¿a quién amas?

Bint-Anat suspiró y miró a su hijo con tristeza.

—Te amo a ti.

Le tomó la mano.

—Y amo a padre. Sí, es cierto. Lo amo y lo admiro profundamente. Es un gran hombre. ¡Es un dios! También amo a madre. Es la mujer más sabia que he conocido. A ella le debo, tal vez, continuar con vida en esta inmensa telaraña de oro.

Sonrió de nuevo y le apretó la mano.

—Como ves, mi corazón no está vacío.

—Y Jaemuaset —dijo Moisés.

—Ah, Jaemuaset…

Bint-Anat volvió el rostro a un lado. Moisés vio una lágrima resbalando por su mejilla.

—Vete, hijo —dijo, tras un largo silencio—. Te esperan.

—Madre.

—Sí.

—Mírame, por favor.

Ella se volvió, enjugándose la lágrima con los dedos.

—Siento haberte hecho llorar.

—Me has hecho feliz durante unos instantes, dejándome estrecharte de nuevo en mi regazo.

Al día siguiente, los príncipes se trasladaron al campamento militar con el comandante Panesettauy y una escuadra de carros y

soldados venidos del sur. Los habitantes de la ciudad salieron a verlos pasar y una multitud se agolpó en la ribera para saludar a los hijos del soberano antes de que embarcaran.

Ya en la ribera oriental, la tropa se alineó en el camino que se abría entre los trigales ondulantes. Ramsés conducía su carro y, tras él, los príncipes ocuparon sendos vehículos. Moisés subió al carro de Yuni, el amigo del rey. La columna emprendió la marcha hacia el este.

Se cruzaron con un batallón de guardias armados que venían de un camino secundario desde el sur. Tras ellos avanzaba una cincuentena de hombres desnudos, custodiados y maniatados con sogas. El jefe se detuvo a saludar a los príncipes y al comandante.

—Esta mañana ha habido un altercado entre los habiru —oyó Moisés decir al hombre—. Esos desgraciados se negaron a acudir a los campos de adobe. ¡Reclamaban una paga atrasada! Les hemos dado su merecido y los llevamos de regreso a la tarea.

El príncipe Ramsés asintió.

—¿Lo sabe el visir?

—Lo sabe, señor. Él nos ordenó acudir y aplicarles el castigo.

Moisés observó, aguzando la vista. La mayoría de los hombres atados tenían la espalda cruzada a latigazos.

—Sé generoso con el látigo, Djemer, pero no olvides que son obreros —dijo Ramsés—. Necesitan conservar sus fuerzas.

—Mi señor, pierden su fuerza por la lengua, intrigando y soliviantando a sus congéneres. Son un hatajo de haraganes.

—¿Es cierto que se les debe una paga? —inquirió el príncipe.

—Es falso, señor. Pero la cambian por bebida en la Ciudad Nueva, antes de regresar a sus casas, y llegan con las manos vacías. Sus mujeres, que son perras rabiosas, se enfurecen y levantan los ánimos del poblado. ¡Mala raza, señor!

Yuni intervino.

—Entonces, ¿quiénes son los que se han amotinado, ellos o las matronas?

Varios guerreros se echaron a reír con él. Pero a un gesto del príncipe callaron de inmediato.

—No dejéis que os falten al respeto —dijo Ramsés, y sacudió las riendas de su carro para continuar. El pelotón que custodiaba a los esclavos se detuvo mientras los guerreros del rey pasaban.

Moisés miró a los habiru. Bajo el sol inclemente, con sus oscuros cabellos y la barba mal rapada, erguían sus espaldas musculosas. Hilos de sangre y sudor corrían por su piel. Miraban al frente con decisión y ninguno de ellos inclinó la cabeza.

Llegaban como una plaga de langosta... Entre ellos y sus camellos eran tantos que no se podían contar, y venían a devastar el país.

Jueces 6, 5.

Los señores del desierto

Fue el príncipe Paraheru quien dirigió la expedición al Sinaí, pues el soberano reclamaba junto a sí al heredero del trono. Los rumores corrían en palacio. Para unos, el rey quería proteger a su sucesor; para otros, quería vigilar de cerca al hijo ambicioso que llevaba su mismo nombre. En el día primero del mes de la cosecha, cuando las aguas del Nilo fluían remansadas y transparentes, cinco compañías de la división Ra, más cuatro escuadrones de carros, emprendieron el camino hacia el sur bajo el mando del hijo mayor de Nefertari.

Moisés y Seti comandaban un escuadrón cada uno. Eran los oficiales más jóvenes y sus compañeros, veteranos curtidos, les doblaban e incluso triplicaban en edad. Pero los príncipes recibían igual tratamiento que sus mayores y los soldados los respetaban conforme a su rango. Paraheru les recordaba a menudo que él había sido ascendido a capitán de compañía con apenas catorce años. «Ese mismo día padre ordenó que me raparan el bucle», bromeaba. «Aún no me había crecido la barba ni tenía voz de hombre. Pero llamé a mi lado a un libio que tocaba un cuerno enorme, tan ronco y potente que te erizaba la piel de oírlo. ¡Mis hombres pronto conocieron la llamada de Paraheru!».

Reía, con aquel gesto tan suyo de feliz arrogancia, los ojos negros chispeantes sobre la nariz aguileña como la de su madre y sus hermanas. Moisés lo miraba e intentaba olvidar que aquel hombre, su hermano, medio hermano y tío a la vez, era el amante de su madre.

Tomaron la ruta del sur, hacia la ciudad de Sukot, que enlazaba con el camino de Sin. Los primeros días fueron placenteros, pues marchaban a través de pastos y sembrados. Los campesinos se afanaban segando las mieses y los carros tirados por bueyes rodaban por los caminos, llevando el grano a las eras y a los enormes silos del rey. En las aldeas se oían música, canciones y el jolgorio de las fiestas nocturnas. Los niños chapoteaban en los canales y cazaban ánades en las marismas. Se destilaba la primera cerveza y las noches eran templadas. Tras el duro bregar bajo el sol, la suave luna alumbraba las horas del recreo y el placer.

Pero los soldados del rey avanzaban aprisa, sin detenerse. Aunque muchos de ellos eran reclutados entre familias campesinas, su oficio ya no era la tierra sino las armas que defendían aquel paraíso verde, brotado de la savia del Nilo. Y en aquella expedición tampoco iban a

defender la tierra, sino el metal y las piedras. En el corazón del desierto de Sin, las entrañas de los montes eran ricas en gemas preciosas y en minerales. De aquel mar de piedra y peñascales el rey de las Dos Tierras extraía joyas y el rojo metal que alimentaba las forjas y se transformaba en espadas.

Cinco días después de salir de la capital, dejaron atrás las últimas tierras fértiles regadas por las acequias. El desierto, tierra de nadie, se extendía ante ellos, interrumpido por una alargada mancha verde. A medida que se acercaban, Moisés divisó una inmensa extensión de juncos. Tras ellos centelleaban las aguas.

—Es el Gran Lago Amargo —les dijo Merenptah. El príncipe ya había recorrido aquel camino y aleccionaba a sus hermanos, señalando lugares y relatándoles anécdotas ocurridas con la tropa.

—¿Son amargas sus aguas? —preguntó Moisés.

—Como la hiel. Es por las sales de la tierra. Apenas verás animales en sus orillas. La otra vez que estuve aquí unos soldados quisieron pescar y asaron varios peces extraños. ¡Eran tan amargos como el agua!

Seti rió.

—Pero hay gente que vive allá —señaló los tejados de varias cabañas lejanas.

—Riegan con el agua amarga, y cultivan melones y otros frutos. Pero la mayoría viven del pastoreo.

Paraheru ordenó acampar junto al lago, en la ribera occidental. El ejército llevaba agua y provisiones suficientes y no se dirigieron a la aldea, en la otra orilla. Por la noche, Moisés quiso acercarse al agua y caminó hacia los juncales.

—¡Eh, muchacho! Son aguas pantanosas, más te vale no seguir.

Él se volvió. Varios mercenarios libios lo observaban, agrupados en torno a una pequeña fogata. Quemaban hierbas que exhalaban un humo fragante y se pasaban un pequeño odre de bebida.

—Si das un paso más, te meterás en cieno hasta las orejas y no habrá quien te saque —dijo uno de ellos.

Moisés se acercó a la hoguera. De inmediato lo reconocieron por su medallón y la línea negra de kohl alrededor de los ojos.

—¡Señor!

Se pusieron en pie, uno tras otro, e inclinaron la cabeza. Moisés replicó.

—Sois veteranos. Además, me habéis avisado de un peligro que ignoraba. Sentaos de nuevo.

—Mi señor —dijo el mayor de todos ellos—, ¿podemos ofreceros algo?

—Dejadme un sitio a vuestro lado.

Le hicieron lugar y se sentó. Un joven le pasó el odre.

—Es vino especiado, señor. Quizás os agrade.

Le gustaba el vino, más que la cerveza, y aceptó un trago. Pero era rancio y el aroma de las especias no lograba disfrazar su acritud. Tampoco estaba fresco.

—Con miel estaría mejor —dijo, y los hombres se echaron a reír.

—Los jóvenes príncipes siempre gustan de comer dulce —comentó uno.

Moisés sonrió.

—Es cierto.

Callaron y se hizo el silencio. Todos tenían los ojos puestos en él. Y, de pronto, Moisés se sintió extraño. Era más joven que todos ellos, bisoño e ignorante, pero le llamaban señor. También era más alto que todos ellos y su cuerpo erguido y terso, pese a las cicatrices de los entrenamientos, semejaba una estatua pulida al lado de aquellos torsos ajados, de brazos y piernas fibrosos con la piel arrugada y oscura. Pero ellos eran más fuertes, y más sabios. «Es la sangre que corre por nuestras venas la que nos diferencia.» La sangre y la divinidad real. Aunque él, de hecho, era un hijo adoptivo, descendiente de sangre desconocida. Tal vez de una sangre esclava, extranjera y apátrida, como la de aquellos mercenarios. Como la de los habiru.

Deseó compartir con ellos aquella camaradería, aquellos vínculos invisibles que los unían y les daban calor, más que las llamas de la hoguera en el frío nocturno del desierto.

—Contadme cosas —pidió Moisés, y los hombres se miraron entre sí.

—¿Qué queréis saber, señor?

—Habladme de vuestras campañas. De las guerras que habéis visto. De este lago amargo.

El más viejo desvió la vista hacia las aguas. Media luna brillaba alta en el cielo y espejeaba en el medio del cristal sereno del lago.

—Hay otro lago, a continuación de este, más al sur. Es el Pequeño Lago Amargo. Y entre los dos hay un sendero entre los juncos, un sendero que se puede recorrer a pie enjuto, sin hundirse en las marismas. Cuando llueve el sendero queda inundado. En la estación seca emerge y los animales cruzan de uno a otro lado.

—En caso de guerra, este lago puede ser una barrera —comentó Moisés.

—Así es. Si el enemigo viene por el camino del sur y nuestra tropa sale a su encuentro, él puede rodearlo y penetrar en la tierra de

Goshen por el otro lado. Si nuestro ejército quisiera cortarle el paso, tendría que cruzar ese sendero estrecho, o rodearlo por el norte del lago.

—Y para entonces el enemigo ya habría penetrado en nuestra tierra.

—Así es. El lago se convierte en su escudo.

Un escudo de aguas amargas y caminos cenagosos. Moisés meditó, contemplando el reflejo de la luna sobre el lago. Ahora brillaba como una inmensa adarga de plata batida.

—Pero los nómadas del desierto jamás se aventurarán hasta aquí, señor —dijo el libio—. Su terreno propicio son los montes y las quebradas. ¡Nadie puede resistir el embate de nuestra infantería, y menos aún el de nuestros carros!

Tomaron la ruta de Sin, bordeando la costa del Mar Rojo. Era un camino abierto por los reyes de dinastías muy antiguas, quizás mil años atrás. Amenemhopet, el escriba, les había explicado que desde tiempos inmemoriales los señores de las Dos Tierras habían explotado las minas de cobre y turquesa en las faldas del Sinaí. De allí procedían las piedras que adornaban sus joyas y parte de su riqueza, pues reyes y señores de todo el mundo conocido ansiaban adquirirlas.

El camino de Sin se hizo largo, tedioso e interminable. Cada veinte o treinta millas había aldeas que jalonaban la ruta y donde el ejército encontraba manantiales y podía aprovisionarse de carne de los escuálidos rebaños de cabras que pastoreaban sus habitantes. Las jornadas transcurrían en prolongadas marchas bajo un sol abrumador.

Seti provocaba a Moisés.

—¿No te gusta el desierto? ¡Aquí lo tienes!

Moisés respiraba hondo aquel aire ardiente que quemaba los pulmones y la piel. La tierra era amarilla y árida, como harina, y el cielo de un azul más intenso que las turquesas que adornaban el pectoral del rey. Paraheru dirigía con implacable rigor a la tropa, marcando cada mañana un recorrido y una meta. Hasta que no llegaban al lugar previsto no se detenían.

Un día, mientras avanzaban bajo el sol de mediodía, escucharon un silbido lejano. Moisés se cubrió los ojos y vio, sobre el horizonte, un trazo gris, como una nube alargada.

Los caballos se agitaron y las hileras de hombres se rompieron, formándose grupos. Paraheru hizo tocar las trompetas; era la señal para detener la tropa. Después, ordenó tocar el cuerno a su criado libio y los capitanes se reunieron con él. Moisés también acudió, con Seti, junto a los comandantes de carro.

—Es el viento del desierto —dijo uno de ellos—. Una tormenta de arena.

Paraheru profirió una maldición. Después comenzó a dar órdenes y mandó a toda la columna agruparse por secciones.

—¡En orden de combate! —gritó, y los capitanes se apresuraron a reunir a sus hombres—. ¡Cerrad filas y alzad los escudos al frente!

Los carros también se unieron a la columna. Formaron dos semicírculos, uno a cada lado de la tropa. Atrás quedaron los auxiliares con los carretones de víveres y el ganado. El ejército quedó pertrechado tras una muralla de adargas y carros trabados entre sí.

Los conductores de carros taparon las cabezas de los corceles con trapos y ataron sus bridas. Ya sólo quedaba aguardar.

El rumor se acercaba y la nube en el horizonte creció hasta convertirse en una densa niebla rojiza. Pronto la arena comenzó a revolotear ante ellos. Con sus capas se cubrieron la cabeza y se agazaparon. Frente a aquel enemigo la única defensa era la inmovilidad.

Resistir y vencer. De pie sobre su carro, Moisés quería ver aquella iracunda nube cara a cara, tan sólo un instante, pero Nekhebu, su conductor, lo obligó a agacharse.

—¡Cúbrete, insensato! —gritó, tirando de él. No hubo «señor», ni tratamiento de honor. Ante el peligro, sencillamente eran hombres. Y él, de nuevo, no era más que un muchacho curioso e imprudente.

La tempestad azotó la tropa varada en medio del camino. La arena repiqueteaba sobre los escudos y los frontales de bronce de los carros. Se colaba, siseando, entre las capas de los hombres y llenaba bocas y oídos. El viento aullaba sobre sus cabezas. La luz del día se apagó.

Cuando el silbido del viento cesó y el sol brilló de nuevo sobre el camino, Moisés se incorporó. Se descubrió la cabeza y escupió la arena de su boca. Los dos mil hombres del ejército y los caballos emergían poco a poco bajo una capa de tierra, como hormigas saliendo de un nido derrumbado. La nube de la tormenta se alejaba, formando una inmensa columna en espiral, hacia el norte.

—Este es otro enemigo al que nadie puede hacer frente —murmuró.

Nekhebu se levantó a su lado, tosiendo y sacudiéndose la capa.

—Muchacho, un poco más tarde y no lo estarías contando. ¿Qué diablos hacías ahí pasmado, viendo cómo...?

—Quería ver la tormenta acercarse —lo interrumpió él—. Y recuerda: soy tu comandante.

El auriga se echó a reír.

A oriente del camino, el terreno comenzó a elevarse. Llegaron a un lugar donde los montes se partían en un valle que se abría hacia el mar, como la desembocadura de un río. El paso de las aguas había excavado la tierra, dejando sedimentos ocre y rojo, como las líneas de un ágata gigantesca. Pero el cauce estaba seco y el viento alzaba remolinos de polvo entre las piedras y los arbustos espinosos.

Junto al mar, los reyes habían construido un embarcadero. En él atracaban las naves cargueras que iban y venían a lo largo del Mar Rojo, desembarcando sus preciosas mercancías en la bahía cercana al camino de Sin, muy cerca de los lagos salados. Desde allí, tomaban el camino en dirección al Delta o bien se desviaban por la ruta de Menfis, hasta la antigua capital, donde el cobre era fundido en sus armerías.

Al pie de los montes se esparcían varias casas de adobe rodeadas por una cerca de piedra y zarzas. La aldea era un puesto de guardia y una decena de soldados del rey salió al encuentro de la tropa. Paraheru los interrogó y después ordenó hacer un alto y acampar junto al cauce seco del río, aunque todavía no había caído la tarde.

—A partir de aquí el camino sigue el curso del barranco —explicó Nekhebu a Moisés—. Nos llevará hasta las minas. Todas las rutas del Sinaí siguen algún torrente, los nómadas las conocen como la palma de la mano. Aquí comienza el peligro.

Paraheru envío a los primeros espías a reconocer el terreno. Fueron dos hombres a caballo. Moisés quiso acompañarlos, pero el príncipe se negó.

—No quiero exponeros inútilmente, ni a ti ni a Seti. Tendrás tiempo de sobra para recorrer esos montes —dijo, mirándolo con severidad.

La misma severa arrogancia de su padre, pensó Moisés, y se retiró de mala gana, guardándose el enojo para sí. Volvió la vista hacia los jinetes, que emprendían el galope y desaparecían entre las paredes rocosas del uadi.

Los exploradores regresaron entrada la noche, en la hora calma antes de la madrugada. Paraheru y Merenptah salieron a recibirlos. Moisés los oyó llegar y despertó a Seti, que dormía a su lado, en la tienda destinada a los príncipes.

—Todo está despejado, señor —oyeron que decían—. No hemos encontrado rastro de los nómadas.

—¿Ni siquiera huellas? —preguntó el príncipe.

—Hay huellas de nuestros convoyes —contestó uno de los espías—. El último vino y se embarcó hacia el norte hace menos de

media luna. Otro se dirige hacia aquí, desde las minas de turquesas.

Tras escuchar a los espías, Paraheru dio varias órdenes a sus oficiales. Al poco, y con la primera claridad del alba, el campamento se levantó. El sol asomaba por encima de las crestas de la sierra, derramando su luz en el valle, cuando la tropa se puso en camino.

Salvo las paredes rocosas que ceñían al Nilo en la frontera nubia, allí donde el rey había excavado sus templos rupestres, y las quebradas del Valle de las Reinas, Moisés apenas conocía la montaña. Su vida había transcurrido en la ribera, entre campos, llanuras y oasis de exuberante verdor. El río y el cielo eran su horizonte; el mundo era amplio y abierto como una mano pródiga tendida ante él. Pero en el Sinaí la tierra se agitaba como oleaje tempestuoso y los picos de las cumbres se alzaban hacia lo más alto. El horizonte se cerraba, oprimiendo el firmamento en largos jirones de violento azul, y el Sol pugnaba por adentrarse en los desfiladeros. Ra todopoderoso debía entablar combate con las tinieblas de los valles profundos y con las rocas que se encrespaban bajo sus rayos, bañadas en luz sangrienta.

La columna se alargaba, estrechándose en hileras de seis a cuatro hombres. Los carros desfilaban de dos en dos o uno tras otro. La marcha se hizo más lenta a medida que se adentraban en el cauce del río y ascendían. El camino serpenteaba y Paraheru envió rastreadores por delante del ejército. Los hombres avanzaban mirando a su alrededor, alerta. Había momentos de pesado silencio en que Moisés sentía la extraña impresión de ser observado.

—El monte tiene mil ojos ocultos —le dijo Nekhebu, cuando se detuvieron y el joven expresó su inquietud—. No te ocurre a ti solo. Muchos hombres lo sienten... Y los caballos también. ¿Has notado que están inquietos?

Moisés frunció el ceño.

—Esos ojos ocultos son los del enemigo.

—Por supuesto —dijo el conductor—. Nuestro príncipe envía exploradores, pero ellos, a buen seguro, también han enviado los suyos.

—¿Dónde están?

Nekhebu señaló hacia arriba.

—Por las cimas. Los nómadas siempre acechan en las cumbres.

Moisés lanzó una ojeada hacia las peñas que se elevaban junto al camino.

—¿Crees que nos atacarán por sorpresa?

—Pueden hacerlo. Pero somos una tropa muy numerosa. Tal vez se limiten a espiar y a evitarnos.

—Paraheru dijo que una caravana de las minas venía hacia nosotros. Esta vez, no se atreverán a atacarla.

—Oh, muchacho, no conoces bien a esos bandidos. ¿Por qué crees que el rey ha enviado a media división con sus carros?

Llevaban tres días cruzando los montes. En algunos parajes las rocas adoptaban tonalidades azuladas y verdes; en otras, vetas de negro afloraban entre el rojo de la tierra que los envolvía día y noche, y que ya teñía sus capas y las lonas de las tiendas. Merenptah les explicó que las minas estaban muy cerca.

—Ese es el color del cobre —señaló un peñasco oscuro. Y monte adentro están las minas de turquesas y granate.

Encontraron dos puestos de guardia desiertos. Las cabañas aparecían abiertas y desoladas, como si hubieran sufrido un saqueo. No había rastro de hombres ni de animales. Paraheru envió emisarios hasta la caravana que debían encontrar de camino. Eran cinco hombres y, esta vez, permitió que Moisés y Seti fueran con ellos.

Los jóvenes galoparon con los exploradores hasta llegar a un tramo del valle que se ensanchaba y se hacía recto. Medía cerca de una milla de largo y la pista era llana y de fácil recorrido.

—Este es un buen lugar para un combate —observó Moisés, deteniendo su montura.

—No esperes que los nómadas ataquen aquí —repuso Seti, e hizo visera para contemplar la caravana que se acercaba.

Seis carros, tirados por mulos, avanzaban con lentitud. Iban custodiados por soldados armados con lanzas, escudos y arcos pequeños. Vestían túnicas harapientas y lucían el cabello trenzado; todos eran mercenarios.

—¿Son habiru? —preguntó Moisés.

El jefe de los exploradores, un oficial llamado Mahu, lo miró con atención antes de responder.

—Son gente sin nombre y sin patria. Sí, algunos son habiru. Otros son nómadas capturados y reclutados para el rey. Conocen el terreno y son los únicos, con los mineros, que resisten mucho tiempo aquí.

Un funcionario de las minas encabezaba la expedición, montado a lomos de un asno y flanqueado por dos soldados. Era el único que vestía túnica de lino y llevaba peluca. Al ver a los jinetes acercarse ordenó un alto y saludó a los exploradores. Mahu lo escuchó y le transmitió las órdenes del rey.

—Aguardaréis aquí hasta que llegue la tropa. En este tramo será difícil sufrir una emboscada.

—Pero estamos expuestos, señor —objetó el hombre de las

minas—. Somos pocos y si nos atacan con caballos no podremos defendernos.

Mahu meditó unos instantes.

—Nuestra tropa llegará aquí antes del anochecer. Dejaré a dos de mis hombres con vosotros. Si ocurriera algún percance, volverán a avisarnos.

—Yo me quedaré con ellos —dijo Moisés.

Mahu volvió a mirarlo con fijeza y no puso objeciones.

—¿No te quedas conmigo, hermano? —preguntó a Seti.

El muchacho movió la cabeza.

—Esta vez no. Prefiero volver con la tropa. —Y, bajando la voz, susurró—: ¡Esos hombres apestan!

Rió, pero Moisés no le devolvió la sonrisa.

El cielo oscurecía y el lucero de Isis ascendió sobre el valle. Un suave fulgor sobre los montes avisó a Moisés de la próxima salida de la luna. Pronto el desfiladero quedaría inundado de luz, como en pleno día. Pero sería una luz plateada, no ardiente como la del Sol, sino fría y apacible.

Los soldados y los hombres que guiaban los carros se sentaron a cenar alrededor de una fogata. Hablaban un dialecto con palabras mezcladas y expresiones que a Moisés le resultaron extrañas y evocadoras. Antes de dar los primeros bocados a sus hogazas de pan ácimo recitaron una oración.

—¿A qué dios invocáis? —preguntó Moisés, tomando un pedazo de pan que le ofrecían.

—Al dios de las tormentas —repuso el funcionario de las minas.

—No es Osiris, ni Ra, ni Amón.

—Es el dios que rige las montañas —dijo el hombre.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, un grito rasgó la calma de la noche. Los hombres se pusieron en pie de un salto. Se escuchó un relinchar y el golpetear de los cascos, multiplicado por el eco del monte.

—¡Son ellos! —gritó alguien. Y todos buscaron sus armas.

Se agruparon en torno a los carros, empuñando escudos y lanzas. Moisés sostenía su espada. ¿Sería aquella noche la primera en que mancharía su filo de sangre?

Los vio venir a lo lejos, descendiendo como negras sombras de las laderas. A medida que se acercaban comprobó que todos ellos iban montados. El galope retumbaba en las paredes del valle.

No montaban corceles, sino camellos, y esgrimían sables y lanzas que centellearon bajo la luna, cruzando el cielo nocturno y

abatiéndose sin piedad. Los defensores de la caravana opusieron una resistencia muy débil y terminaron escondiéndose bajo los carros.

—¡Mi señor! ¡Id a avisar al ejército! —gritó el oficial de las minas, volviéndose a Moisés—. ¡Corred, señor, corred!

Moisés apenas pudo pensar. Esquivó a un nómada rodando bajo las patas de su montura. Envainó la espada y silbó para llamar a su corcel. Saltó sobre la silla y, tirando de las riendas, espoleó al animal y escapó al galope.

No se detuvo hasta llegar a una pendiente donde el valle se estrechaba. Entonces miró atrás. Varios hombres yacían en el suelo. El funcionario, de bruces, gritaba clamando al cielo. Los nómadas enarbolaron sus látigos y obligaron a los supervivientes a descargar los sacos de los carros. Tomaron cuanto quisieron, montaron de nuevo y se alejaron al galope, aullando bajo la luna como espíritus furibundos de la roca y las arenas.

Consolida los pilares de su trono, desplegando su nube; traza un círculo en la faz de las aguas hasta la frontera entre la luz y las tinieblas. Las columnas del cielo se estremecen y quedan atónitas cuando amenaza.

Job 26, 9-11.

El dios de las montañas

Paraheru montó en cólera cuando, en lugar de Moisés, vio llegar al guardián de la caravana, jadeante y herido, y escuchó el relato del asalto al convoy de las minas. Su furor aumentó al saber, por boca del guardián, que su joven hermano había vuelto grupa para perseguir a los salteadores. Cuando, horas más tarde y con el sol ya alto, llegó Moisés al galope, los soldados se preparaban para iniciar la marcha y el príncipe todavía descargaba su enojo sobre los oficiales.

Fue Nekhebu quien lo vio llegar primero, mientras aparejaba los arreos de su vehículo. Señaló el último recodo visible del camino y se dirigió a su compañero de carro.

—Ahí tenemos al muchacho.

Apenas supo de su llegada, Seti corrió a su encuentro con la angustia pintada en el rostro.

—¡Por fin llegas! ¿Qué ha ocurrido?

Moisés descabalgó de un salto.

—¿Dónde está Paraheru?

Seti lo detuvo y lo abrazó.

—Los dioses son grandes. Te creíamos perdido… ¡o muerto!

Moisés lo apartó con suavidad. En aquel momento supo, con claridad cegadora, que su hermano lo amaba profundamente.

—Vamos.

Paraheru lo escuchó conteniendo la indignación. Los oficiales de carro y los capitanes lo rodeaban y también prestaron oídos al joven. Moisés llegaba sudoroso y cubierto de polvo, pero en sus ojos brillaba una luz oscura e inquieta. Un brillo que los veteranos conocían bien.

—Los he seguido y he descubierto dónde acampan. Confían en su defensa. Si nos apresuramos, podemos acorralarlos.

Paraheru discutió con sus capitanes. Pidieron explicaciones detalladas y Moisés describió el lugar.

—Es un valle alto, cerrado por paredes rocosas. Hay cuevas excavadas en la roca. Y cuando llueve debe caer un salto de agua monte abajo. Hay un sendero que zigzaguea hasta arriba. Allí tienen plantadas sus tiendas.

Los capitanes se miraron y uno de ellos dejó escapar un juramento.

—Están en las minas de granate. Las han tomado.

—Y retienen a los mineros y a nuestros soldados como rehenes.

Por eso encontramos abandonados los puestos de guardia.

Paraheru estalló.

—¡Están explotando nuestras minas para su beneficio! Voto a los dioses, ¿son muchos?

Moisés respondió.

—Calculo unos doscientos hombres, no muchos más.

—¿Y dices que llevan monturas?

—Caballos y unos cincuenta camellos. Pero no todos van montados. De jinetes habrá quizás un centenar… ¡Con nuestros carros los barreremos de un zarpazo!

Mahu intervino.

—Nuestros carros no pueden trepar por senderos zigzagueantes.

—Pero somos dos mil —replicó Moisés—, diez veces su número.

—El número no cuenta en las montañas —observó otro capitán, de nombre Userhat; era el más veterano y todos lo respetaban—. Lo que cuenta es conocer el terreno.

—Entonces, lo único que tenemos que hacer es obligarles a descender al valle. Allí podremos desplegar nuestra tropa.

—El convoy pudo ser un buen cebo —dijo Paraheru, malhumorado—. Pero hemos perdido esa oportunidad… Maldita sea, ¡por unas pocas horas! Y les hemos regalado un buen botín.

Discutieron de nuevo. Los capitanes más jóvenes proponían tomar al asalto el campamento nómada con la infantería. Los oficiales de carros escuchaban con hosco silencio.

Moisés intervino de nuevo.

—¿Por qué no los sitiamos? —preguntó.

Los capitanes se echaron a reír.

—No conoces a los nómadas. Siempre encuentran otro camino para huir.

—No de las minas —replicó Mahu—. El monte termina en precipicios por todas partes salvo en la vertiente del salto de agua, donde se excavó el sendero.

Por fin, Paraheru decidió avanzar hasta el valle, acampar allí e iniciar el asedio de las minas.

Durante una luna, la división Ra acampó al pie de la mole rocosa donde se explotaban las minas de granate. Las cabañas construidas al pie del monte, donde debía alojarse la guarnición de la mina, también estaban desiertas y saqueadas. Un manantial afloraba entre las peñas y formaba una mancha de humedad, bordeada de juncos. Pero los nómadas lo habían sepultado bajo un montón de piedras. Varios soldados se dedicaron a sacarlas y a excavar para encontrar la veta de

agua.

Los días eran invariablemente cálidos, sin rastro de nubes, y las noches frías y silenciosas. Hasta el campamento apenas llegaba rumor alguno de los nómadas, salvo algún relincho y resonar de cascos lejanos. Los centinelas divisaron a sus espías, atisbando por encima de las peñas. Paraheru esperaba rendirlos por hambre en pocos días, pero la espera se prolongó y su intendente no tardó en advertirle:

—Mi señor, la comida se nos acaba y el manantial que excavamos está casi agotado. Será nuestra tropa la que tenga que buscar víveres y agua en dos días, si no hay movimientos.

De mala gana, Paraheru envió un destacamento de cien hombres, acompañados por veinte carros, al primer puesto de guardia del camino, junto al mar, para buscar agua y provisiones. Y ordenó redoblar la guardia sabiendo que el enemigo los vigilaba.

—Estas noches no hay luna —dijo a sus capitanes—. Podrían intentar una salida desesperada.

Moisés, Seti y sus compañeros de la unidad de infantería ascendían hasta medio monte casi a diario, explorando las cañadas áridas, los roquedales y cualquier recodo del sendero donde pudieran obtener alguna ventaja. No renunciaban a la idea de un asalto por la fuerza.

—¿Cómo resisten tanto? Sin agua, sin alimentos...

—Deben coger el agua de algún manantial entre las rocas —dijo Moisés—. Y tienen consigo algo de ganado, ovejas y cabras. Lo debieron robar en los puestos de guardia.

—Cuando desciendan tendrán ventaja sobre nosotros —decía Nehi, el más reflexivo—. ¿Sabes si disponen de arcos?

Moisés negó con la cabeza.

—Si los esperamos en el valle, con los carros, la ventaja será nuestra. De noche los arcos no sirven de mucho.

—¿Se te ocurre alguna estrategia? —preguntó Ipuki, el más impetuoso y dado a la acción.

—La estrategia la ordena nuestro general —repuso Moisés, con una mueca—. Los carros tenemos que cerrar el paso, a levante y a poniente del camino.

—Caerán sobre la infantería —dijo Khamet, frunciendo el ceño—. Los estaremos aguardando.

El joven guerrero, aunque era ducho con la espada y el hacha, no parecía contento. Era consciente de que el enemigo se valdría de sus monturas para aplastar toda resistencia de los hombres a pie.

—Los carros deberían situarse en el centro —dijo Moisés—. Son la única fuerza de choque contra los camellos. Si formamos una barrera

y contraatacamos con las lanzas, pocos habrá que salgan con vida. Se dispersarán, muchos caerán y la infantería podrá perseguir a los que huyan a pie.

Seti sonrió.

—Díselo a nuestro hermano.

Moisés volvió el rostro y miró hacia la cima del monte. Las grutas excavadas de las minas parecían mirarlos como las órbitas oscuras de una inmensa calavera.

—Paraheru nunca me escucha.

La noche era cerrada y el viento comenzó a soplar. Como el gemido de un espíritu recorrió el valle y agitó las tiendas del campamento, levantando remolinos de arena y silbando entre los radios de las ruedas. Los centinelas que hacían guardia, inmóviles junto a las hogueras, se cubrieron con sus capas.

Fueron los caballos quienes dieron la alarma, relinchando. Un centinela gritó, otro repitió su llamada y, en poco tiempo, el campamento se sacudió el sueño. Paraheru ordenó venir a su auxiliar libio y el poderoso cuerno resonó a lo largo del valle.

—¡A las armas! —repetían los oficiales, lanza en mano, recorriendo las tiendas. Los soldados salieron apresuradamente, algunos aún desnudos pero con la espada en mano y el escudo a punto.

Paraheru dio órdenes a los comandantes de carros. Les mandó situarse a ambos extremos del campamento, bloqueando las dos salidas del valle, tal como había previsto. Moisés fue enviado al tramo oriental del camino y se dijo para sí que era el lugar por donde los nómadas querrían huir, con probabilidad, buscando el refugio de los montes. Su hermano le confiaba el lado peligroso y esto lo alentó.

Montó en su carro, con el cuerpo aún entumecido pero vibrante. Nekhebu, a su lado, empuñó las riendas.

—¡Al paso de oriente! —gritó Moisés, alzando el brazo a los carros de su división. Miró hacia el monte, una mancha oscura que borraba las estrellas del firmamento. Lejos del resplandor de las hogueras, aguzando la vista, vio las sombras negras descendiendo por la trocha serpenteante y desplegándose hacia el cauce seco del río. Eran mucho más numerosos que la otra vez. Los cascos de sus monturas atronaban el valle como el rodar de un incesante trueno.

La infantería se agrupó al mando del capitán Userhat, pertrechándose tras los escudos y apuntando con sus lanzas. Seti y el comandante Mahu ya se movían con sus carros, intentando guardar cierto orden, hacia poniente. El vocerío se confundió con los alaridos

de los nómadas.

—Es caótico —murmuró Nekhebu—. Somos muchos más, pero no lograremos formar como es debido. Con esta oscuridad se nos escaparán entre las manos.

—¡Nosotros lo impediremos! —replicó Moisés—. Adelante, ¡avanza!

Nekhebu puso los caballos al trote.

—¿Crees que llegaremos antes que ellos al congosto, por este terreno? —preguntó el conductor de carro.

—¿Qué hemos de hacer, pues? —gritó Moisés, irritado, haciendo restallar el látigo sobre los corceles.

—Lo que siempre hacemos los carros en situaciones como esta. ¡Atacar!

Moisés lo pensó un instante. Y después lanzó otro grito.

—¡Detente!

—¿Con treinta carros rodando detrás de mí?

—¡Maniobra! Da media vuelta, ¡quiero cambiar la orden!

Nekhebu sonrió entre dientes, aceleró los corceles y tensó las bridas. El carro se adelantó, describió una curva y cruzó ante el resto de vehículos. Moisés tocó su cuerno con todas sus fuerzas.

—¡Embestid a los camellos! —voceó—. ¡A por ellos!

Algunos arqueros lanzaron aullidos de salvaje alborozo. Y los carros viraron, en medio de gran polvareda y confusión. Las flechas silbaron en la noche. Lejos de las fogatas del campamento sus ojos se habituaron rápidamente a la oscuridad. Atisbaron a los enemigos y lograron abatir a algunos.

—¡Que no escape ninguno! —gritaba Moisés. Pero los primeros camellos, en su galope imparable, los rebasaron y se alejaron por el camino. También algunos alazanes lograron esquivar la acometida de los carros. Los más rezagados se toparon con una muralla rodante. Los caballos se encabritaron y se convirtieron en blanco fácil de las flechas, aún en la penumbra. Algunos más lograron escapar remontando las pendientes del desfiladero. En el centro del valle, los auxiliares de la infantería, tocando tambores y enarbolando antorchas, asustaron a los animales. El combate a pie fue ensañado, pero breve.

Clareaba el día cuando todo terminó. Caballos y hombres yacían ensangrentados por tierra. El sol se alzó y brilló sobre cientos de flechas sembradas en el suelo y los carros agrupados en torno a las tiendas. Paraheru caminó muy erguido, con su espada desenvainada y su escudo, paseándose entre los cadáveres y los despojos.

—Los hemos exterminado —declaró, y los soldados elevaron un clamor triunfante.

Moisés no se unió a ellos. A su lado, Nekhebu lo observaba.

—No ha sido una batalla gloriosa—dijo—. Y unos cuantos han huido.

—Ha sido una eficaz acción disuasoria —replicó el veterano—. Y hemos recuperado las minas.

Por encima de la carnicería, Moisés tenía impresa otra imagen. Galopaban, en su mente, los jinetes temerarios que habían saltado por encima del enemigo, raudos como águilas, y habían logrado escapar a un ejército diez veces más numeroso que ellos.

Los esclavos

La hija del rey está dulcemente enamorada,
la más hermosa entre todas las mujeres.

La esposa real

—Cuéntame cómo ocurrió —dijo Bint-Anat.

Permanecía sentada en una silla, con las manos entrelazadas en el regazo. No llevaba peluca, estaba pálida y ojerosa e iba vestida con una túnica muy sencilla. Moisés se sentó a sus pies en un escabel y observó los nudillos de sus dedos crispados.

Con voz fría, recitó la historia que su madre ya debía haber escuchado hasta la saciedad.

—Fue al regreso del Mar de Oriente, cuando abandonamos el último fortín de la costa. Entramos en el desfiladero. Estalló una tormenta seca y hubo un desprendimiento de rocas. Los caballos se asustaron. El carro de Paraheru salió disparado… Cayó una piedra sobre ellos.

—Pero el conductor se salvó —lo interrumpió ella.

—Quedó herido.

Bint-Anat movió la cabeza.

—¿Qué viste tú?

—Iba atrás con mi escuadrón. Los que estaban cerca dicen…

—Los que estaban cerca dicen… Dicen, dicen, ¡dicen! ¡Nadie vio en realidad qué sucedió!

Moisés calló, clavando la mirada en el suelo. El mármol le pareció de pronto muy duro y frío bajo los pies descalzos.

—Fue todo muy rápido —murmuró, por fin—. Madre, no quieras ver nada más que eso. Un accidente.

Bint-Anat sonrió con amargura.

—¿Sabes qué se dice en la corte? Que una maldición persigue a los hijos de Nefertari.

Moisés alzó la vista y la miró a los ojos. Más que dolorida, Bint-Anat parecía furiosa. Cuando escuchó la noticia de la muerte del príncipe derramó lágrimas, pero a Moisés le fue imposible descifrar si eran de tristeza o de ira. El llanto de Merit, en cambio, no dejó lugar a dudas. Tampoco el del rey, que confiaba en su tercer hijo tanto como en sus capitanes y en sus viejos compañeros de combate.

—Si la muerte de Paraheru hubiera sido provocada, madre, tú serías la primera en saberlo —dijo él con acidez.

—¡Calla! Nadie puede controlar la fuerza de la tempestad ni las rocas de los montes.

—Nadie —repuso él—. Salvo, quizás, el dios de las montañas.

Ahora Bint-Anat dejó escapar una carcajada agria.

—¿Crees que ese dios ha querido castigar al príncipe? ¿Por perseguir y acabar con un puñado de forajidos montados en camellos?

Moisés no se sintió con ánimos de replicar que la campaña había terminado al otro lado del mar, en la inhóspita frontera entre Edom y Madián, dos reinos que tributaban al señor de Kemet y que, sin embargo, acogían en sus tierras a los salteadores nómadas. La persecución de la banda se convirtió en una campaña de castigo que emprendió Paraheru en la región. Lo bastante disuasoria como para que los reyes de ambos pueblos enviaran delegados cargados de obsequios en señal de obediencia al príncipe. Paraheru, siguiendo el estilo enérgico de su padre, sembró el camino de vuelta con cadáveres empalados en postes.

Se oyeron unos pasos leves. Bint-Anat se volvió con brusquedad. Tras la cortina que cerraba la alcoba apareció Nit, la muda.

—¿Qué ocurre?

La esclava movió las manos con suavidad, bajando el rostro.

—Está bien. Quédate aquí y, cuando mi hijo se vaya, me prepararás el masaje.

Nit se arrodilló cerca de la princesa, con la mirada baja. Moisés la observó unos instantes y después se volvió hacia su madre.

—Si quieres, me voy.

—No, quédate un poco más. El duelo se me hace insoportable y echo de menos mis danzas y los baños en el lago. Tus hermanas también están insufribles, y madre no se encuentra bien. ¿Quieres un poco de vino?

Moisés negó con la cabeza. Ella hizo un gesto a Nit y la esclava le sirvió una copa de una mesilla donde reposaban varias ampollas de cristal, un vaso con flores de loto y una bandeja de dátiles intacta.

—Hablemos. Hablemos de los desaparecidos que añoramos… Me han dicho que no te llevabas muy bien con él.

—Paraheru nunca me escuchaba —dijo Moisés—. Y se enfadó conmigo en varias ocasiones. Pero tenía sus motivos.

—No lo disculpes. Siempre fue arrogante e impulsivo. Como padre cuando era joven. Sólo que padre aprendió a escuchar pronto, sobre todo después de Kadesh. Paraheru siempre fue un mimado por la fortuna y no sabía dónde estaban sus límites.

—Lo conocías bien.

Ella suspiró y bebió un sorbo de vino.

—Quizás mejor que nadie en este palacio.

—Salvo su madre.

—Salvo ella, claro. Aunque muchas veces pienso que la mujer que

abre su cuerpo a un hombre lo llega a conocer mejor que la mujer que lo parió. Eso lo sabrás pronto, Moisés.

Volvió a sonreír, él se ruborizó y apartó la vista para posarla sobre la joven esclava. En aquel momento, Nit alzó el rostro. Fue tan solo un instante. Bint-Anat captó el cruce de miradas.

—¿Te gusta?

—Es muy bonita.

—Recuerda que es muda. ¿Crees que te gustaría besar una lengua cortada?

Él tragó saliva.

—En el lecho hay mucho más que besos con la lengua.

—Ah, mi hermoso. Has aprendido mucho.

—No, no sé casi nada. Pero…

—Pero te gustaría llevártela a tu alcoba, ¿no es así?

Moisés no respondió.

—Mírala. ¿Ves cómo le brillan los ojos? Es por las lágrimas. Desde que oyó la noticia de Paraheru no ha dejado de llorar en secreto. ¡Estaba enamorada de él!

—Madre…

—Sí, lo estaba, ¿crees que algo así no se nota? Lo acompañaba hasta la puerta de mi habitación. Le ungía los pies, y a saber si no le ungía algo más… Esperaba con él hasta que yo lo llamaba. Y se lo comía con los ojos. Estoy segura de que nos escuchaba, y lloraba y se golpeaba el pecho a escondidas. Siempre a escondidas. Nit es así.

—Madre, basta. Esto te hace daño.

Bint-Anat se puso en pie, dejó su copa vacía en la mesita y paseó agitada por la estancia. Alzó una cortina y miró hacia el jardín.

—Sí, me hace daño, como una herida que escuece. Sé que hurgar en ella no me cura, pero no puedo hacer nada más. Los duelos me consumen… Estoy deshecha por dentro y las horas pesan como rocas sobre mi cabeza. Sí, como esa roca que mató a mi hermano amante.

Moisés miró la mesilla con las ampollas de cristal, los lotos y media docena de vasos, algunos vacíos, otros con restos de líquido oscuro.

—Madre, quizás no deberías beber tanto en ayunas.

Ella rió.

—¿Vas a enseñarme tú, hijo, lo que debo o no debo hacer? Tú, un soldado, un guerrero del rey, sabes bien cómo beben los hombres cuando buscan consuelo.

—Pero…

—Las mujeres hacemos igual. De otra manera, quizás, más oculta, menos ruidosa. Nadie puede vivir sin aferrarse a un consuelo. La

muerte hiere, hijo. Y el vino es bueno para curar las heridas.

—No todas.

Bint-Anat agitó la cabeza y volvió a pasear. Cogió una ampolla semivacía y la miró al trasluz.

—Veneno y consuelo… Ah, no quiero. No quiero volver a Tebas.

—Padre querrá que todos vayamos al entierro de Paraheru. Y tú…

—¡Pues yo no quiero volver! Odio esa ciudad. Odio navegar Nilo arriba, odio los campos interminables, odio el desierto y las montañas, y ese valle de tumbas donde el Sol quema y ciega con esa luz blanca y espantosa.

Moisés calló. Nit observaba a su señora. Bint-Anat volvió a su silla y sonrió con suavidad.

—Marchad. Marchad los dos. Nit, llama a las muchachas, ellas me harán el masaje. Tú ve con mi hijo. Ya sabrás qué debes hacer.

Bint-Anat no deseaba regresar a Tebas. Pero el destino había escrito que volvería antes de que pasara otra riada. El rey, con su esposa Merit y los hijos de Nefertari, navegó a la antigua capital acompañando el féretro de su hijo fallecido. Moisés viajó con ellos, ansioso por ver de nuevo a su hermano Jaemuaset, que se les unió en Menfis. Y la comitiva real no regresó hasta después de la crecida del Nilo, con las aguas turbias y rápidas del río henchido. Cuando el rey llegó a su palacio del norte, seis lunas después, salió a recibirlo su hija mayor, delgada y consumida, sin luz en la mirada. Su madre, Isis la Bella, agonizaba en el lecho. En el tercer mes de la siembra, la segunda gran esposa del Señor de las Dos Tierras entregó su espíritu.

Era verano y los campos granaban alrededor de Tebas. El verdor de la ribera se mecía alrededor de los templos, creciendo sobre las aguas remansadas del Nilo. Los campesinos afilaban las hoces para la cosecha y el ejército real se aprovisionaba para iniciar sus campañas de supervisión de las fronteras. La división Amón, al mando de Ramsés, marcharía al norte, por la ruta marítima hacia el Negueb. Mentuher capitanearía la división Ra, que partiría al sur, hasta Nubia, y Merenptah sería el nuevo comandante de la división Seth, que iría al Sinaí para comprobar que los caminos de las minas continuaban seguros y que los nómadas no habían vuelto a arriesgarse en alguna incursión furtiva. La división Ptah permanecería con su soberano al mando del general Suti.

Antes de regresar a la capital, tras los fastuosos funerales de la reina Isis, el rey convocó a su consejo y a sus hijos varones en el salón real de Tebas. También quiso que sus hijas Merit y Bint-Anat

estuvieran presentes.

Ordenó al escriba que anotara cuanto iba a decir y, erguido en su trono, alzó la voz.

—La muerte ha golpeado a nuestra familia una vez más —dijo, e hizo una pausa.

El rey paseó la mirada por sus hijos, uno tras otro. También miró a Moisés, y este percibió la sombra de una vejez airada en las arrugas de su rostro.

—Pero el rey de Kemet, señor de la justicia y amado de los dioses, es también señor de la vida. El mismo destino que me ha arrebatado mis dos esposas, las primeras, y las que más amé… —su voz se quebró levemente y carraspeó—, el mismo destino me ha concedido una vida larga, y sé que aún viviré mucho tiempo. Cuando la estrella Sotis vuelva a ascender en el cielo, antes de la próxima crecida, cumpliré treinta años como soberano de las Dos Tierras. Será mi primer jubileo y ninguna muerte empañará la alegría de esta fiesta.

Los príncipes asintieron y bajaron el rostro. Solo Merit permanecía muy tiesa, observando a su padre y esposo.

—La fiesta Sed es un hito, y es un renacer. Hijos, no soy joven, pero energía no me falta. He conseguido reforzar el poder de nuestro reino; en todo Oriente, en Libia y en Kush respetan mi nombre y tiemblan ante nuestros carros y soldados. ¡El mismo Hatti ha tenido que doblegar la testuz ante nosotros!

Moisés se mordió los labios. Miró de reojo a Seti y este le devolvió la mirada.

—Voy a celebrar mi jubileo como merece la ocasión. Todo el reino se vestirá de fiesta. Desde el virrey de Nubia hasta el aguador más humilde, desde el gran sacerdote de Amón hasta el último soldado, todos se sumarán a los festejos. Todos los dioses saldrán en procesión de los templos. Repartiré grano al pueblo y no faltarán el vino ni la música. Volveré a dar las siete vueltas alrededor del recinto sagrado, aquí en Tebas, y en Pi-Ramsés. Alzaré el pilar de Osiris y ordenaré construir un nuevo palacio, pues un rey que renace necesita una casa nueva, más grande y hermosa. Y, por último, presidiré las ceremonias acompañado de mis grandes esposas reales. La muerte queda atrás para el señor de la vida.

Alargó una mano hacia Merit. Ella se acercó, e inclinándose, se la besó. Entonces el rey se volvió hacia su hija mayor.

—Bint-Anat.

Ella se puso en pie. Moisés observó el temblor y la súbita palidez en su rostro, bajo el espeso maquillaje. Aún muy delgada, avanzó con pasos suaves hasta el trono. Los brazaletes de sus tobillos tintinearon

delicadamente.

—Mi primogénita, sangre de mi sangre, hija de la primera hermana de mi corazón. Y hermosa como ella. Tú serás mi nueva gran esposa.

La miró con aquellos ojos negros y penetrantes mientras Bint-Anat le tomaba la mano. El rey la estrechó y se volvió hacia los príncipes.

—Hijos de mi sangre: vuestra hermana, desde ahora, es vuestra reina.

Todos los presentes guardaron un silencio sepulcral. Los hijos de Isis la Bella contuvieron su satisfacción. Todos salvo Jaemuaset, que permanecía en reflexivo silencio, con el rostro gacho. Moisés tampoco sonrió. «Sangre de mi sangre… Tú serás mi nueva esposa.» Las palabras le golpearon como un mazazo en el corazón.

Un batallón de criadas, doncellas y masajistas rodeaban a la nueva consorte real junto a su tocador. Bint-Anat, agobiada, se puso en pie y gritó.

—¡Dejadme! ¿No podéis hacer vuestras tareas sin cerrar la boca? ¡Nit! ¡Nit!

La esclava muda se acercó.

—Quédate tú. Y Nofret, y Atet. Las demás, esperad afuera hasta que os llame. ¡Y no quiero oíros más! Ah, ¡llamad a Sabu!

Sabu, el arpista ciego de voz profunda, era el músico preferido de Bint-Anat. En particular porque, imposibilitado de ver, podía amenizar sus veladas sin distraerse viendo a su señora y a las doncellas bailar desnudas.

—Canta algo apacible —ordenó Bint-Anat—. Necesito calma.

El músico hizo una reverencia, ocupó un taburete de marfil que le preparó Atet y pulsó las cuerdas. La reina suspiró.

—No me gusta cómo me han maquillado. Quítame toda esa pintura, Nit, y volvamos a empezar.

—¿Cómo queréis pintaros, mi señora? —preguntó Nofret—. Vuestra madre siempre…

—No soy mi madre —la atajó Bint-Anat—. Ella solía aparecer como la diosa Hathor. También lo hacía Nefertari. Yo llevo el nombre de otra diosa, vengadora de su esposo asesinado, amante y terrible. Píntame como ella.

Con paciencia, Nit limpió el rostro de su señora con paños mojados en agua tibia y aceite macerado con pétalos de rosa. Cuando terminó, Bint-Anat se miró al espejo.

—Los años no pasan en balde… Treinta y tres primaveras. Cuando nací padre todavía no era rey.

—Es porque estáis muy delgada, mi señora —dijo Atet—. Veréis cómo cuando ganéis peso esas pequeñas arrugas, esa flaccidez, desaparecerán.

—Hacedlas desaparecer ahora. Vamos.

Bint-Anat se preguntó si también sus pechos y sus curvas generosas volverían a florecer, o aparecerían en su lugar carnes tan alicaídas como su ánimo. Un pensamiento que quería apartar de sí la acosaba. «A padre no le voy a gustar.» A continuación venía otro pensamiento aún más venenoso. «Nefertari también era delgada.»

Durante una hora, mientras Sabu desgranaba melodías con su lira, la princesa se reclinó en su diván y las tres sirvientas se afanaron sobre su rostro. Nit la untó con una loción de aceite fragante y masajeó sus pómulos, su barbilla y su frente. Nofret le cubrió el rostro con fina arcilla coloreada, como tantas veces lo había hecho con la difunta reina Isis. Mientras daba los últimos retoques a las mejillas hundidas de Bint-Anat, suspiró.

—Tenéis el mismo perfil que vuestra madre, la misma piel…

—Calla.

—Perdonad, mi señora. No puedo evitar…

—No puedes evitar recordarla, ni tampoco recordar que me tuviste en brazos cuando era un bebé de teta. Pero ahora soy tu señora, la gran esposa real. Tampoco soy joven. ¡No me hables ni me mires más como a una niña!

Nofret no volvió a pronunciar palabra, aunque sí dejó escapar varios suspiros más. Atet, la experta maquilladora, esparció pigmentos en varias paletas y fue perfilando los ojos, pestañas y cejas de su señora con destreza. Pintó de verde malaquita sus párpados y esparció polvo rojo del Nilo sobre sus mejillas, soplando y acariciándole la piel con una pluma. Por último, aplicó sobre sus labios una mixtura de cera y púrpura.

Bint-Anat abrió los ojos, se incorporó y pidió el espejo.

—¿Os gusta el verde, mi señora? —preguntó Atet—. Vuestra hermana… la otra gran esposa, siempre elige el azul.

Bint-Anat sonrió. Le satisfacía la obra de sus criadas.

—No me importa qué le gusta a mi hermana. Me pintaré de azul cuando quiera. Pero me gusta el verde. Y esos labios sangrientos. Anat es una diosa fogosa… Está bien.

En aquel momento otra sirvienta entró, con gesto sumiso y pasos presurosos.

—Mi señora.

—¿Qué sucede? Os dije que no quería que me molestarais.

—Mi señora, la gran esposa Merit quiere veros.

—¿Ahora? ¡Estamos a punto de salir para la carrera del rey!

—Mi señora, la gran esposa insiste… Está a las puertas de vuestros aposentos.

Bint-Anat frunció el ceño y masculló entre dientes un insulto impropio en labios de una reina.

—De acuerdo, dile que pase. Vosotras, largaos.

Se fueron apresuradamente. Nadie se acordó del músico ciego, que seguía tañendo su lira y recitando la estrofa de una balada amorosa.

Merit entró, desprendiendo una intensa vaharada de mirra. Iba maquillada en tonos azules, con las trenzas esparcidas sobre sus hombros y vestida con una ceñida túnica cubierta de lágrimas de oro y plata que centelleaba, a cada paso, como las aguas bajo el sol.

Bint-Anat se giró, sentada ante su tocador. No se puso en pie para recibirla.

—Merit.

—Hermana —respondió Merit, ignorando el desprecio—. La nueva gran esposa real.

—¿Qué quieres?

—He venido para felicitarte en privado en este día grande para ti y para nuestro esposo.

Bint-Anat hizo una mueca.

—Guárdate las cortesías y no finjas, Merit.

Ella se acercó.

—No estoy fingiendo. ¿Puedo sentarme?

Bint-Anat señaló un lugar junto a su diván y Merit se sentó, un poco apretada, procurando no rozar a su hermana. Ambas quedaron ante el espejo y se miraron a través del azogue de obsidiana. Sabu había comenzado una nueva canción de amor y desamor, cantando a media voz y tañendo la lira a un ritmo ligero.

—Soy sincera, hermana. Las cosas nunca han sido fáciles entre nosotras… Pero ahora somos ambas las esposas de nuestro padre. Y quiero desearte la mayor felicidad, de corazón.

Bint-Anat la miró reprimiendo una mueca de sarcasmo. Merit continuó.

—Sé que no necesitas mi consejo. Pero si alguna vez buscas… alguien con quien hablar, en confianza, quiero que sepas que puedes contar conmigo. Siempre hemos sido rivales. Ahora creo que debemos empezar a ser, al menos, compañeras.

—¿Qué tramas, Merit?

—Nada. —Bajó el rostro y se miró las manos, tatuadas con finos trazos de oro y plata—. No pretendo nada más que intentar ser tu amiga.

Bint-Anat lanzó una carcajada.

—¡A buenas horas!

Pero de repente recordó algo y dejó de reír. Observó a su hermana. Sí, parecía sincera, aunque, ¿quién podía leer las intenciones bajo aquella capa de maquillaje y alhajas? Recordó a su madre, Isis la Bella, a quien había rezado una y otra vez, suplicándole que no la abandonara ni dejara de enviarle sus sabios consejos desde la otra orilla de la vida. ¿Qué hubiera hecho ella en su lugar? Sin duda, se hubiera mostrado cortés y gentil con su gran rival. Y astuta. Porque, estaba segura, Merit ocultaba algo tras aquella aparente amabilidad.

—Disculpa, hermana —dijo Bint-Anat, abandonando su dureza—. Estoy… estoy inquieta. Apenas he dormido. No puedo evitar que los nervios me estallen.

Merit sonrió y le tocó suavemente el hombro.

—Es muy natural. A mí me sucedió igual cuando me desposé. Pasé varios días con el estómago cerrado y la primera noche… Oh, quisiera no recordarla.

Bint-Anat le devolvió una sonrisa comprensiva. Pero no bajó la guardia. Las confidencias, con Merit, podían ser peligrosas. Por otra parte, Merit pudo pasar un mal trago en su primera noche de bodas, pero ante la corte y el reino entero se mostró en todo momento segura y altiva, con una frialdad y una calma que ella estaba muy lejos de sentir.

—No te preocupes por mí. Estoy preparada.

Y, de pronto, la expresión de Merit cambió. Bint-Anat percibió la sutil transformación a través del espejo. «Ahora estás siendo sincera, hermana. Ahora, cuando sientes celos. Temes que te desplace de tu lugar.»

Hubo un silencio embarazoso. Incluso Sabu se había detenido antes de iniciar otra canción. Ambas se espiaron mirando al espejo y apartaron la vista de inmediato. Merit se acercó a Bint-Anat y besó el aire, casi rozando su mejilla.

—Te deseo todo lo mejor —murmuró, y se puso en pie.

Bint-Anat sonrió para sí.

—No estoy celosa de ti, ni tengo motivos —continuó Merit, y esta vez su voz recuperó la dureza de siempre—. Como tampoco tú debes envidiarme.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo sé. —Merit se desprendió de su máscara amable—. Porque lo he experimentado, noche tras noche. Padre se acostará contigo. Un día, dos, durante media luna, quizás. Luego te enviará obsequios y te relegará al harén. Te requerirá para sus desfiles y

procesiones, pero cuando quiera buscar placer reclamará a sus concubinas o a sus bailarinas. Padre nunca ha amado a nadie más… Sólo ha habido una mujer en su corazón.

Bint-Anat sintió un frío helado reptando por su piel. Frío y amargura en la boca.

—Nefertari.

—Así es, hermana. Y ni tú ni yo podremos reemplazarla.

Moisés regresó muy tarde a su alcoba, con la música y el vocerío resonando en sus oídos y el estómago demasiado lleno de manjares y bebida. Necesitaba sentirse limpio y vacío. De manera que fue a la cámara del baño y llamó a su criado, que le preparó un purgante. Tras evacuar, se desnudó y se zambulló en una tina de agua fría. Salió, se secó el cuerpo, dejó que el criado le quitara el maquillaje y lo frotara con aceite. Bebió un brebaje amargo y revitalizante y, por fin, fue a su dormitorio. Allí le esperaba Nit, tendida en el lecho.

Se arrebujó a su lado, abrazándole la cintura y hundiendo el rostro entre sus pechos. La piel de Nit se erizó y él acarició los pezones puntiagudos.

—Nit… Nit, hazme olvidar.

Ella lo meció. Le mesó los cabellos ensortijados y lo estrechó contra su cuerpo.

Moisés cerró los ojos. No era tan fácil olvidar, y su memoria estaba impresa de imágenes gloriosas y a la vez hirientes.

Cerró los ojos y vio de nuevo al rey, que había entrenado duramente en las últimas semanas, corriendo descalzo y ceñido con un faldellín alrededor del recinto sagrado del jubileo, seguido de su guardia y de una multitud que lo aclamaba. En su cuerpo castigado y nervudo había grandeza, pensó Moisés, aunque no fuera más que la gloria de un hombre viejo llevando sobre sus espaldas el peso de la divinidad y resistiéndose al paso del tiempo. Cuando terminó la séptima vuelta, la ciudad entera lo aclamó y los sacerdotes lo revistieron con su corona y sus atributos. Después presidió el ritual del alzamiento del Djed, el pilar de Osiris, la columna que simbolizaba la virilidad del dios y la del rey. El resto del día transcurrió entre procesiones interminables de un templo a otro. Pasaron horas desfilando ante centenares de sacerdotes y sacerdotisas, escuchando salmodias e himnos mientras las estatuas de los dioses avanzaban oscilando sobre los hombros de los porteadores. El humo del incienso empañaba el aire formando una densa neblina que flotaba, como un velo fragante, por encima del rey y su cortejo. Después, mientras el pueblo se entregaba a la bebida y a la danza, la corte llegó al palacio

real y allí comenzó la recepción de los embajadores extranjeros y los gobernadores de los nomos, que traían regalos al monarca renacido y a la nueva esposa real. Merit y Bint-Anat flanqueaban al Señor de las Dos Tierras, la una resplandeciente como una diosa de plata, la otra cubierta de oro y ceñida en una túnica de color sangre. El rostro hierático e inexpresivo de Bint-Anat era otra de las imágenes que se le había grabado en la mente.

Aquella noche, en el banquete, su hermano Jaemuaset había bebido como nunca lo viera beber. Moisés quiso hablar con él y Jaemuaset, el sacerdote austero, abandonó su solemnidad y comenzó a recitar poemas de sabios antiguos, con lengua resbaladiza e ironizando a cada frase. No había un solo verso desprovisto de doble sentido. Finalmente, le recitó una poesía amorosa, que él conocía bien por haberla escuchado a menudo en boca de los músicos.

Estar dulce, dulcemente enamorado,
ante la presencia del rey;
ante todos los hombres;
el amado ante todas las mujeres.
La hija del rey está dulcemente enamorada…

Se detuvo, apretó la copa entre las manos y giró el rostro hacia Bint-Anat, que permanecía en su trono junto al rey sosteniendo otra copa en su regazo, la mirada perdida en el vacío. Jaemuaset continuó:

La más preciosa entre todas las mujeres;
La hija del rey está dulcemente enamorada,
una mujer como jamás se ha visto.
Más negro que la noche es su cabello,
más negro que las zarzamoras…
La hija del rey está dulcemente enamorada…

Calló y apuró su copa.

—Mi hermana del corazón —murmuró, y Moisés captó un abismo de dolor en su mirada.

En aquel momento, pensó Moisés, entre tanto fasto y tanta divinidad habría una mujer llorando, en un lecho de oro y marfil, bajo el peso de un hombre que era su padre. Habría un hermano desesperado, otra hermana celosa y seis príncipes que se acechaban mutuamente, compitiendo por el poder. La corte era una inmensa telaraña, le había dicho su madre tiempo atrás. Y todos ellos, dioses e hijos de dioses, estaban atrapados en sus redes.

—Sólo soy libre cuando estoy cabalgando por el desierto… y cuando estoy contigo —murmuró Moisés, incorporándose y sonriendo a Nit—. ¿Sabes lo que significa eso?

Ella sonrió y asintió. Qué confortable era su silencio, pensó él. Nit escuchaba, siempre atenta, y respondía con el centelleo de sus ojos. Aunque a veces él anhelaba oír su voz.

—Ser dios es un sacrificio —dijo, volviendo a reclinarse en el pecho de ella—. Y ser diosa también. Los dioses soportan el peso del mundo y, al final, están solos.

Nit movió la cabeza. Ah, si pudiera hablar… Moisés intuía una vieja y profunda sabiduría en los esclavos, en los sumisos, en los que carecían de voz. En las mujeres discretas y silenciosas capaces de pasiones ardientes como Nit.

—Ahora, tú eres una diosa —dijo él; se giró y le acarició el vientre, deslizando los dedos muy despacio sobre su piel—. Eres mi Isis, mi Bastet, mi Anat.

Nit se agitó con su sonrisa muda. Moisés se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Tenía media lengua cortada, pero sus labios eran sabrosos como uvas tiernas y su aliento siempre olía a canela. El primer día que la había besado ella derramó una lágrima y él sintió una honda conmoción. Nit no era ávida, ruidosa ni procaz, como la sacerdotisa de Mut en Tebas. Pero había en ella un fuego oscuro, mucho más denso y abrasador.

La joven ahogó un gemido y su rostro se contrajo con doloroso deleite. Era una esclava muda y su amante era el hijo espurio del rey, el muchacho sin padre al que apodaban habiru. Pero, en aquel instante, la gloria palpitaba en su carne y llenaba sus entrañas. Mientras su señora se sometía al yugo del dios soberano, ella, la esclava, se estremecía en una oscura alcoba, exultante y colmada como una reina.

Un hombre de la casa de Leví se casó con una joven de la misma casa, y tuvo un hijo.
Viendo que era hermoso, lo escondió…
Éxodo 2, 1-2

La nodriza

Las obras del nuevo palacio en Pi-Ramsés avanzaban con celeridad. El rey las visitaba a diario, impaciente por inaugurar su nueva mansión, más esplendorosa, más grande y lujosa que la anterior, que con el tiempo sería destinada a usos administrativos y de gobierno, sede del visir y archivo de los escribas reales. La construcción de este palacio y sus dependencias requería gran cantidad de adobe y el visir ordenó incrementar la producción, incorporando a los habiru un contingente de prisioneros varios, traídos por los príncipes tras sus campañas de supervisión. Entre ellos había una cincuentena de nómadas del desierto.

Moisés había regresado de su segunda campaña en el Sinaí, con la división Seth mandada por Merenptah. Y quiso acompañar al oficial Mahu; era el encargado de llevar a los esclavos nómadas hasta su nuevo destino, un campamento levantado junto a la Ciudad de las Cañas, donde vivían confinados los habiru.

Montado en su carro, el joven príncipe encabezó la comitiva por deferencia del oficial. Mahu iba en otro vehículo, pero el resto de soldados avanzaba a pie. Custodiaban a los esclavos, atados al cuello y unidos por una soga que los obligaba a avanzar en una hilera regular. De esta manera ninguno podía huir y tampoco demorarse sin entorpecer el paso de los demás. Mahu bromeaba, haciendo restallar su látigo sobre ellos.

—¡Marchan más firmes que soldados! Maldita sea, lo que jamás pierden es el orgullo.

Sin embargo, poco orgullo podía quedarles, pensó Moisés, tras el hambre y las privaciones. Más que arrogancia, en sus rostros podía leerse el resentimiento de los vencidos. Habían sido despojados de sus túnicas y turbantes. Desnudos y con la cabeza rapada, con los pies descalzos y la piel magullada y cubierta de polvo, los hombres del desierto eran una sombra irreconocible de los audaces jinetes que habían sido.

«Un día admiré a estos hombres», pensó Moisés, volviéndose a contemplarlos, «Pero este es el destino de los perdedores». Ganar o perder una batalla era la diferencia entre la gloria o la miseria. Y Moisés ya había aprendido que la victoria, más que del arrojo y el valor, dependía del número y la estrategia. Ninguna horda enemiga podría competir con las organizadas divisiones del señor de Kemet.

Un prisionero tropezó y cayó. Sus custodios lo apalearon, a gritos, obligándolo a levantarse. Ni él ni sus compañeros profirieron un gemido. Moisés los observó sintiendo una mezcla de repugnancia y otro sentimiento que no quería nombrar. Era un sentimiento que le encogía el pecho y que resultaba vergonzoso para un guerrero del rey.

Cuando llegaron al campamento Mahu llamó al escriba que los acompañaba. Él y sus hombres fueron distribuyendo a los prisioneros, asignándoles una tienda a cada grupo de cinco. Moisés bajó del carro y paseó por el lugar. El viento levantaba remolinos de polvo en la arena. Había un pozo y una alberca en una pequeña explanada, a la sombra de unos tamarindos. Junto a un poyo de piedra vio un caldero y varias ánforas de barro.

—No es un palacio —comentó Nekhebu, a su lado. Moisés se volvió.

—Son esclavos.

—Y los alimentamos a expensas de las arcas reales. Podrían haber acabado clavados en una estaca, pasto de los buitres. Deberían estar agradecidos.

Moisés sacudió la cabeza y sonrió. Nunca sabía cuándo Nekhebu hablaba en serio o con sorna.

—Nekhebu, quiero ir al otro poblado.

—¿A la Ciudad de las Cañas?

—Sí.

El auriga hizo una mueca.

—¿Quieres ver a los habiru?

—Quiero ver cómo viven.

—Ahora solo verás a las mujeres y a los críos.

—Me es igual. Vamos.

Montaron en el carro y partieron por el camino hacia el sur. A unos quinientos pasos del campamento de esclavos se alzaba la empalizada espinosa con su abertura de acceso. Detrás asomaban las cabañas de los habiru y las manchas verdes de las higueras.

Entraron en el poblado. Los chiquillos salieron a ver el lujoso carro con bisagras de oro y la insignia real pintada en su frontal. Luego corrieron, gritando en un idioma que no era el de las Dos Tierras. Se alejaron y los señalaban a distancia. También salieron algunas mujeres a las puertas de las chozas. Otras, que estaban en medio de la calle, se agruparon rápidamente. Moisés ordenó a Nekhebu frenar los corceles y el carro se detuvo.

Descendió a tierra y percibió el silencio súbito que caía sobre las casas. El silencio y el miedo.

Caminó unos pasos. Sintió sobre sí las miradas temerosas de las

mujeres. De pronto, una de ellas avanzó unos pasos hacia él y se arrodilló.

—Mi señor —dijo.

Algunas la imitaron, no todas. Las que permanecían agrupadas no se movieron.

Moisés caminó hacia ellas. Cuando estuvo delante, las mujeres se apartaron e inclinaron la cabeza. Todas menos una.

Se volvió a mirarla. Aún era joven y una frondosa cabellera negra se desparramaba a su espalda. Vestía la túnica de las mujeres habiru, ceñida a la cintura y con un hombro descubierto. Tenía un rostro anguloso, bello y audaz. Y lo miraba fijamente a los ojos.

—Moisés —dijo.

Él dio un paso atrás, al tiempo que el corazón comenzaba a latir aceleradamente en su pecho.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Ella sonrió.

—Te reconocería entre mil.

—¿Quién eres?

—Soy Miriam. ¿No me recuerdas?

—No —dijo él.

No era cierto. La recordaba, y la memoria se despertó en su interior como un oleaje súbito en la mar calma. Sí, la recordaba. A ella y a la mujer que lo amamantó y le cantaba canciones de cuna en aquella otra lengua. *Miriam.* Y el otro nombre… *Jokéved.*

—No sé quién eres. ¿Por qué iba a recordarte?

Ella seguía sonriendo, no con altivez sino con el frescor de la confianza.

—Yo, en cambio, me acuerdo mucho de ti, cuando iba a verte a palacio. Soy la hija de tu nodriza.

Las mujeres se agitaron inquietas. Moisés oyó los susurros. «Calla, Miriam.» «Es un príncipe de sangre real… ¡Insensata!»

—No os recuerdo —dijo Moisés—. Tienes buena memoria.

—Mi madre también te recuerda con cariño —siguió Miriam—. ¿Te gustaría verla?

No, quiso responder Moisés. Pero se sorprendió a sí mismo asintiendo. Miriam alargó una mano hacia él, que no tomó.

—Ven conmigo —dijo, echando a andar con desparpajo—. Algún día dejarás de avergonzarte por dar la mano a tu hermana.

—¡Miriam! —exclamó una de las mujeres, y se volvió de inmediato hacia Moisés, inclinándose ante él—. Mi señor, disculpadla y no la castiguéis… Está loca. No sabe lo que dice.

Moisés la ignoró y siguió a Miriam, ante la mirada perpleja de las

habiru y la mueca sarcástica de su conductor. En pocos instantes las mujeres se dispersaron, murmurando, y los niños corrieron detrás de Miriam y el príncipe. Nekhebu se recostó a la sombra del carro, disponiéndose a esperar.

La cabaña era como las otras, pequeña y muy humilde, con un patio anexo. El sol entraba por la puerta hasta casi la mitad de la estancia. En las sombras Moisés vio un hornillo de adobe, varias esterillas en el suelo de tierra, unos anaqueles con potes y jarras y un pequeño telar.

—¡Madre! —llamó Miriam.

Del fondo de la choza emergió una mujer. Moisés parpadeó, aún deslumbrado por el sol exterior. Vio a una habiru, con el cabello ya canoso y trenzado, vestida como su hija. Había estado amasando y tenía las manos llenas de harina.

La mujer alzó el rostro hacia él. La recordaba más alta, más joven…, menos encorvada. Tenía los mismos ojos penetrantes de su hija. Al verlo se llevó una mano a los labios.

—Oh, Dios Altísimo.

Moisés permaneció inmóvil ante ella, incapaz de pronunciar palabra. De nuevo sintió que el corazón se le desbocaba, tan violentamente como antes de iniciar un combate.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. Tendió las manos hacia él.

—Hijo… ¿Puedo tocarte?

Él no respondió.

—Lo siento. —La mujer cayó de rodillas—. Disculpa, mi señor. Me has traído a la memoria a mi niño…, mi niño hermoso. ¡Lo siento, mi señor! Perdona a tu sierva.

Miriam se acercó con el ceño fruncido.

—Madre, ¡es Moisés!

Él se agachó despacio. Puso una mano en el hombro huesudo de la mujer; ella alzó el rostro.

—¿Eres Jokéved?

—Dios Altísimo, recuerdas mi nombre.

—Sí.

La tomó de las manos y la hizo ponerse en pie. Ella le aferró las muñecas y después, con los dedos enharinados, le acarició los brazos.

Regresó al carro junto a Nekhebu. Los chiquillos y un grupo de vecinas curiosas lo seguían a distancia. Pero Miriam quiso acompañarlo.

—¿Por qué me ha llamado *hijo*?

Ella no respondió. Pero lo que Moisés leyó en sus ojos lo llenó de vértigo.

De un salto montó en el carro y ordenó a Nekhebu con brusquedad:

—¡Nos vamos!

El conductor tiró de las riendas y puso los caballos al trote. Moisés no se volvió a mirar atrás. Miriam se quedó sola, en medio de la calle, viendo cómo se alejaba en medio de una nube de polvo.

…carecen de templos y se atreven a pelear con el rey de los dioses.
El dios que realmente veneran es la libertad.

El mercader

La reina Bint-Anat recibió a su hijo en su nueva sala privada. Moisés se sorprendió al verla ante una mesa llena de papiros. El arquitecto May estaba con ella.

—Ven, hijo —lo llamó ella, con rostro radiante.

Él se sentó a su lado y observó los dibujos trazados en los papiros. El arquitecto lo saludó con respetuosa inclinación de cabeza.

—Nuestro rey quiere ampliar y enriquecer el templo de la diosa Anat —dijo ella—. ¡Este es su regalo de bodas! Y me ha pedido que sea yo quien decida cómo reformarlo. Estamos planeando con May… Y pronto vendrá Jaemuaset desde Menfis para supervisar conmigo el inicio de las obras.

Ahora entendía el brillo en su mirada, pensó Moisés. Pero también él se alegró ante la perspectiva de volver a ver a su hermano predilecto.

—Mira. —La reina señaló uno de los diseños—. Construiremos una columnata nueva dejando un espacio para otro patio, con su altar de pórfido rojo. Y plantaremos ante la puerta un obelisco de mármol rosa, como los de Amón en Tebas. Las columnas tendrán los capiteles recubiertos de oro y estarán pintadas de púrpura, el color de mi diosa. Y adentro —removió varios papiros y extrajo uno, con el dibujo de un santuario—, vamos a cambiar toda la decoración. ¡Quiero que el templo de Anat resplandezca!

Moisés sonrió.

—Desde que eres reina, tu diosa ha ganado muchos devotos.

—Sobre todo entre las damas ricas. Ah, eso nos favorece.

El arquitecto hizo un ademán de levantarse y Bint-Anat asintió. Lo despidió con delicadeza, dándole una mano, y Moisés no dejó de recordar que había sido uno de sus amantes.

Cuando estuvieron solos, la expresión de Bint-Anat cambió.

—Me han dicho que has estado en el poblado habiru.

—¿Quién? ¿Cómo…?

—Ah, hijo. Si antes era hija del rey, ahora soy su esposa. Tengo mis informadores. Nada de lo que hace un príncipe queda oculto.

—Sentía curiosidad.

—Curiosidad, ¿por qué? ¿Por ver un puñado de cabañas miserables y unas mujeres andrajosas?

—Las vi a ellas —dijo Moisés.

Bint-Anat palideció.

—A ellas… ¿a quién?

—A mi nodriza y a la niña. Que ya no es una niña, por supuesto.

La reina calló, deslizó la mirada sobre los papiros y movió la cabeza con amargura.

—Creí que las habías olvidado.

—Madre, tengo buena memoria.

—Bien. Y ¿de qué te ha servido volver a verlas? Esa mujer fue tu nodriza, de acuerdo. ¿Qué importa eso ahora?

—Ella me cuidó cuando era niño.

—Cumplió con su trabajo. Y es una habiru. Regresó a su lugar. ¿De qué sirve hurgar en el pasado?

—¿Por qué, entre todas las amas de cría que hay en esta ciudad, fuiste a buscar a una mujer habiru?

—¡Ella se ofreció! ¿No recuerdas esto? Te lo he contado cientos de veces.

—Bien, quería volver a verla.

—Y ya la has visto. Se terminó. Ahora, olvídala.

Moisés calló. La reina le tomó ambas manos y se las estrechó con fuerza.

—Eres hijo del rey, y ahora también de la gran esposa real, la reina. La sangre que corre por tus venas es real. ¡Es divina! ¡No tienes nada que buscar en ese poblado miserable!

—La sangre real… Tal vez, madre, buscaba mis orígenes.

—¡Tus orígenes están aquí! —Bint-Anat se puso en pie, furiosa—. Aquí, en palacio, junto al rey. Junto a tu madre, que te ha criado y te ha procurado un lugar entre los príncipes. Aunque tu nacimiento quede velado en el misterio, tú perteneces a la familia real, que te ha dado su nombre y su grandeza.

Moisés también se puso en pie y la miró largamente.

—Hijo, no quiero que vuelvas a ese poblado.

—¿Vas a prohibírmelo?

—¡Puedo hacerlo! Lo estoy haciendo.

—¿Y si te desobedezco?

—No. ¡No lo harás!

—Madre, si estoy vivo es porque una mujer habiru desobedeció las órdenes del rey.

Caminó despacio hacia la salida, sin volverse. Bint-Anat replicó al cabo de unos instantes.

—¡No!

Él se volvió a mirarla.

—Si estás vivo, Moisés, es porque *dos* mujeres desobedecieron a su

rey.

Fue al patio donde entrenaba la guardia shardana. Tal vez encontrara allí a Seti; aunque su hermano, en los últimos tiempos, se escabullía cada vez más de los ejercicios militares para escapar con los hijos de los oficiales y entregarse a ruidosas orgías nocturnas. Moisés lo había acompañado un par de noches, de taberna en taberna y hasta los burdeles más afamados de la capital. Acabó aturdido y con el estómago revuelto, añorando a Nit y cavilando que no podía conciliar aquel género de diversiones con su afán por ser un gran guerrero.

Con los shardana estaba Ameneminet, que se mantenía en buena forma peleando con ellos. Al igual que el rey, el Niño del harén, rayando la cincuentena, era un espléndido veterano que desprendía tanta energía como un mozo de quince años.

Lo invitó a entrenar con ellos; Moisés no deseaba otra cosa y se desfogó con la espada y luego con los puños. Después de dos asaltos, y cuando los shardana le hicieron morder el polvo repetidamente, Ameneminet lo ayudó a levantarse del suelo.

—Vamos, habiru, basta por hoy. Si la gran esposa te ve esos moratones alguien se llevará una paliza por tu culpa.

Moisés se sacudió la arena de las trenzas.

—Sabes que no es así. En el campamento, o aquí, soy uno más entre la tropa.

—Nunca eres uno más —replicó Ameneminet—. Eres un comandante del ejército e hijo de sangre real.

Moisés se echó a reír.

—Un habiru de sangre real, ¿eh?

Y los guardias y el Niño del harén rieron con él.

Se enjugaba con una toalla, después de lavarse en la alberca, cuando Ameneminet se le acercó.

—Me han dicho que estuviste de excursión por el poblado habiru, ¿es eso cierto?

Moisés lo miró con recelo.

—¿Eres el espía de mi madre?

Ameneminet volvió a reír.

—¡No, por los dioses! ¿No te basta que sea amigo íntimo del rey? Lo que llega a sus oídos, llega a los de sus amigos.

Moisés no se molestó. Le atraía la camaradería del veterano.

—He pasado años oyéndome llamar habiru. Vosotros en el ejército, mis hermanos cuando me querían hacer rabiar… Rumores que corren e historias de mi madre. Tengo algo que me liga a ellos, aunque sólo sea la leche de la mujer que me crió. Quería conocerlos

un poco mejor.

—Y, ¿qué te parecieron, vistos de cerca?

—No los vi a ellos. Vi a las mujeres y a los niños. Y vi pobreza.

—Son asalariados y comen cuanto quieren. No les falta nada.

—Viven encerrados entre espinos. Y ellas no pueden vender y comprar en el mercado, como cualquier otra mujer. Djemer y sus hombres los vigilan noche y día. No son obreros como los demás.

Ameneminet asintió y meditó unos instantes.

—No pueden serlo. Los habiru siempre han sido un pueblo rebelde y levantisco. Tienen sangre cananea mezclada con sangre nómada y no guardan lealtad a ningún señor durante mucho tiempo. En el pasado, algunos sirvieron a nuestros reyes. Otros se sumaron a los ejércitos enemigos e invadieron nuestra tierra. Conoces nuestra historia: Kemet pasó doscientos años en manos de dinastías extranjeras. El gran Ahmosis los expulsó y desde entonces nuestro reino se ha hecho invencible. Pero muchos habiru se quedaron aquí, campesinos, artesanos, incluso soldados. Y algunos han llegado a ser muy ricos. No todos son esclavos.

—¿Ah, no?

—No, claro que no. ¿Quieres conocer a un habiru rico y poderoso?

—Me gustaría.

—¿Conoces a Elifelet?

—¿El mercader de púrpura? ¿*Él*?

—El mismo. Ve a visitarlo un día y habla con él. Te contará historias interesantes.

Elifelet, el comerciante en púrpura y otros productos de lujo, armador de una flotilla mercante, escriba y antiguo administrador de los graneros del nomo de Bubastis, era un hombre ocupado. Repartía su tiempo entre aquella ciudad y la capital, Pi-Ramsés. Moisés fue a verlo una tarde a su mansión, una de las más grandes y suntuosas, situada al otro lado del canal, en la Ciudad Nueva, muy cerca del puerto.

La casa estaba rodeada por un muro de ladrillo, elevado y austero. Sólo cuando estuvo adentro Moisés percibió el refinamiento del palacio en su pavimento de pórfido de colores, en el jardín con árboles frutales y flores exóticas y en la alberca donde florecían los lotos y nadaba media docena de percas doradas. El mercader incluso había hecho instalar una rocalla en un extremo del estanque, desde donde brotaba una fuente artificial. El cantar del agua, con los trinos de varias aves de plumaje colorido, llenaba el lugar.

Elifelet lo recibió en su despacho, una sala porticada abierta al

jardín y bien provista de sillas y divanes, almohadones de seda y una gran mesa con una pulcra pila de papiros blancos, tinteros y cálamos. Pero lo que más llamó la atención a Moisés fue la inmensa cantidad de rollos que se alineaban, cuidadosamente apilados en hileras, ocupando los anaqueles de toda la pared al fondo de la estancia. Aquel hombre guardaba tantos documentos como los escribas reales.

El mercader lo recibió en pie con una respetuosa reverencia. Llamó a un criado que aguardaba sus órdenes y le ofreció vino y frutos dulces.

Se sentaron los dos en un banco de ébano y marfil, con sendas copas en las manos y mirando hacia el jardín. Durante unos minutos conversaron por pura cortesía. Moisés se interesó por algunas plantas que crecían en el patio y el mercader le habló de sus viajes. De Babilonia había traído manzanos; de Canaán granados y de Creta aquel olivo de tronco nudoso y hojillas plateadas, que cada dos años producía excelentes aceitunas. Mientras hablaba, Moisés lo observaba. Tenía la piel clara y los labios finos, la nariz larga y recta, el cráneo rapado y una línea de kohl alrededor de los ojos. Vestía como cualquier otro egipcio acaudalado vestiría en su casa: un faldellín de lino y cinturón. Aunque el cinturón era de tejido púrpura con hilo de oro y su medallón, un enorme escarabajo de lapislázuli, pendía de una cadena de oro macizo.

Por fin hicieron una pausa. Elifelet bebió, posó su copa en una mesilla y se volvió hacia su huésped.

—¿A qué debo el honor de esta visita, mi señor? ¿En qué puedo serviros?

Moisés pensó unos instantes antes de responder.

—Me han dicho que eres un habiru.

El mercader enarcó las cejas y después sonrió.

—Sí, lo soy por mis raíces. Es algo bien sabido… aunque no suelo divulgarlo. Soy un fiel servidor del rey y de su casa. ¿Habéis venido a verme por esto?

—A mí también me llaman habiru —dijo Moisés.

Elifelet volvió a mostrar sorpresa.

—Es un mote del ejército —explicó el joven—. Pero los motes, ya se sabe, siempre encierran algo de verdad.

—No entiendo, mi señor.

—Te lo explicaré. Tiene que ver con mis orígenes.

—¡Mi señor! Sois hijo del soberano de las Dos Tierras, Justicia Poderosa, Predilecto de Amón. ¡E hijo de su gran esposa real, la reina Bint-Anat!

Moisés sacudió la cabeza.

—Por supuesto. Pero mi padre es el gran Nilo. Es algo bien sabido, también. En la corte y fuera de ella. El Nilo me trajo, y trajo también a mi nodriza, una mujer habiru. Ella me crió, y su hija jugó conmigo cuando era niño. Me hablaba en su lengua y me enseñó algunas de sus canciones.

—Lo ignoraba, señor.

Moisés sonrió con amargura.

—Hay quienes dicen que el seno que da la leche deja un rastro, y quiero seguirlo.

Elifelet asintió despacio.

—Por eso quiero saber más sobre los habiru —continuó Moisés—. Si realmente llevo su sangre en mis venas quiero conocer mejor a este pueblo. Hasta ahora sólo he visto esclavos.

—Y mercenarios en el ejército. Y escribas.

—Y hombres ricos e influyentes, como tú.

—Hay habiru por todas partes, mi señor.

—Pero algunos viven como esclavos y otros nadan en la abundancia.

El mercader movió la cabeza.

—Ah, mi señor. Es una larga historia.

—Cuéntamela.

—Señor, estoy seguro de que no os contaré nada nuevo.

—Quiero oírla de tu boca.

Elifelet suspiró. Tomó la copa e hizo un gesto a su criado. El hombre se acercó, hizo una reverencia y primero llenó la copa de Moisés, después la de su amo.

—Los habiru llevamos siglos viviendo en el Delta —comenzó Elifelet—. Llegamos antes que los reyes hicsos y permanecimos después, cuando el gran Ahmosis los expulsó. Al no poseer tierras, nos dedicamos al pastoreo, al comercio o a la artesanía. Algunos ascendimos y ocupamos altos cargos en el gobierno, otros nos hemos dedicado a la escritura. Escribir se nos da bien, al igual que contar.

Hizo una pausa para beber un sorbo. Moisés lo imitó. El vino era bueno y estaba endulzado. Contuvo el deseo de apurar la copa y pedir más.

—Cuando el rey quiso incautar los bienes de los habiru yo era una presa codiciada —dijo el mercader—. Pero me salvó el hecho de haber sido un buen escriba y un buen contable. Hablé con el visir Rahotep y le ofrecí un préstamo cuantioso para la construcción de esta ciudad. Las columnas del templo de Ra han sido pagadas casi en su totalidad con mi oro. El visir me defendió y el rey me permitió continuar con mis actividades privadas. Eso sí, fui relevado de mi cargo como

administrador de los graneros, en Bubastis.

—Y ahora te dedicas a amasar una fortuna.

—Mi señor, tengo muchos contactos en Siria, Canaán, Micenas y Creta. Comercio con púrpura, pero también con aceite, vino, aromas y otros productos. Tengo agentes en los puertos de Gaza, Tiro y Ezion-Geber, entre otros, y el rey valora bien mis contactos. Facilito el trabajo de sus embajadores en aquellos reinos. Mis barcos están siempre a disposición de la flota real. Soy rico, pero he pagado por cada palmo de terreno que ocupa mi casa.

—Y también has comprado tu libertad.

—Si queréis decirlo así, señor…

—¿Por qué no has hecho nada por el resto de tu gente?

Elifelet se mostró dolido.

—¿Creéis que no he hecho nada? Mi señor, no puedo oponerme a la voluntad real. Lo mío me ha costado salvar la propia vida, la de mi familia y la de cientos de hombres que trabajan para mí. Entre ellos hay algunos habiru. En cuanto a los que trabajan en los campos de adobe, nada puedo hacer, aunque otros mercaderes que me guardan rencor esparcen calumnias sobre mí y afirman que los ayudo.

—¿Cómo?

—¿Conocéis al intendente de los campos?

—No.

—Se llama Meketre, y es un hombre con el que tengo tratos. Le compro tejidos y piezas de cuero. Hay quien dice que los fabrican las mujeres habiru, pero yo no tengo constancia de esto ni lo creo porque, como sabréis, señor, los habitantes de la Ciudad de las Cañas no pueden comerciar afuera.

Moisés permaneció en silencio.

—Mi señor, os he hecho una confidencia importante… Confío que guardaréis discreción.

—Eres muy astuto.

—Un comerciante debe serlo, mi señor. Embaucadores y tramposos los hay por todas partes.

—Háblame de Canaán.

—Ah, Canaán es el sueño de muchos pueblos nómadas. No es tierra llana como Kemet, ni desértica, como Madián o el Sinaí. Hay en ella valles fértiles y montañas protectoras. Un río la recorre de norte a sur, el Jordán. Es tierra de paso y tierra donde el corazón ansía echar raíces… El hombre que pisa esa tierra siempre ansía volver. Y cientos de reyes, durante siglos, han batallado por dominar sus caminos.

—¿Viven allí habiru libres?

—Sí, sobre todo en el norte y en las grandes ciudades: Siquem,

Megiddo, Shiló. Pero los habiru, en realidad, somos una raza mezclada, sin tierra y sin hogar fijo. Nuestros antepasados eran nómadas. Aún hoy muchos viven del pastoreo, del comercio, hasta de la guerra. Pocos soldados encontraréis más bravos que los mercenarios habiru.

—El rey no ha querido tenerlos en la tropa —dijo Moisés—. Los que había fueron enviados a la Ciudad de las Cañas.

—El rey terminó su etapa guerrera y ha iniciado una era de construcción. Necesita mucha mano de obra para sus palacios y sus templos. Y los habiru somos gente dura.

—Háblame de los que viven aquí, en Kemet.

—Procedemos de clanes diferentes que se han ido dispersando con el tiempo. Muchos nos hemos casado con mujeres egipcias, adoramos a los dioses de esta tierra y ahora somos ciudadanos de Kemet. Pero algunas tribus han sido más independientes y no han querido mezclarse. Se casan entre ellos y conservan su lengua, sus dioses y sus creencias. Incluso su manera de contar los días y las estaciones es diferente. Ellos no siguen el ciclo del sol, sino el de la luna.

—¿Son estos los que viven en la Ciudad de las Cañas?

—La mayoría de ellos, señor. Son las tribus que se llaman a sí mismas hijos de Israel. Los *fuertes contra Dios*. ¿Habéis oído alguna vez este apelativo? Aquí, y en todos los reinos de este mundo, los hombres veneramos a los dioses, cuidamos de sus templos, celebramos sus fiestas y los respetamos. Ellos, en cambio, carecen de templos y se atreven a pelear con el rey de los dioses. Por eso no temen a nadie ni guardan devoción ni lealtad a ningún otro dios o señor. El dios que realmente veneran es la libertad.

Moisés guardaba silencio. Elifelet calló y durante largo rato solo se escuchó el murmullo cristalino del manantial sobre el estanque. De pronto, un ibis posado en un granado levantó el vuelo. Su sombra cruzó el jardín con un batir de alas.

—Adoran la libertad y, sin embargo, son esclavos —dijo Moisés.

Elifelet se quedó mirándolo fijamente. Diciendo más, con su ojos sagaces, que con sus elocuentes discursos de mercader.

Los egipcios esclavizaron con aspereza a los israelitas y les amargaban la vida con duros trabajos: preparación de la arcilla y de ladrillos y todas las faenas del campo…

Éxodo 1, 13-14

Los campos de adobe

Al amanecer, Moisés cruzó el canal de Avaris en una balsa que se dirigía a la dársena de los campos de adobe. Saltó a tierra y caminó por la pista que se abría entre los cañaverales. El sol asomaba en el horizonte cuando se cruzó con la hilera de mulas, cargadas con tinajas de agua, que también se dirigían a los campos.

Los aguadores observaron al joven que los adelantaba, erguido y a paso marcial. Por el corte de su faldón y su gesto supieron que era un noble, pero iba completamente solo, sin portaabanico ni criado. Alguien se fijó en la espada corta que pendía de su cinturón.

—Es un soldado del rey —dijeron. Y se extrañaron aún más, pues un soldado rara vez caminaba solo.

Cuando Moisés llegó al campo los obreros ya estaban allí. El capataz daba sus instrucciones al último grupo y el intendente revisaba las anotaciones de un papiro con el escriba.

El campo estaba cercado por un muro y vigilado por soldados. En la entrada, uno de ellos le dio el alto y los centinelas se irguieron, asiendo sus armas. El intendente y el capataz se volvieron hacia el desconocido.

Meketre fue el primero en hacer una profunda reverencia. El capataz lo imitó.

—Mi señor, nos honráis con vuestra visita.

Cuando alzaron sus rostros, Moisés vio el desconcierto en el capataz. No lo reconocía. En cambio, Meketre sonrió levemente e impostó la voz.

—¿A qué debemos el honor de esta visita, mi señor?

—Quiero hablar contigo a solas. Los demás —señaló al capataz y al escriba— pueden volver a su trabajo.

La expresión de Meketre cambió. Despidió con un gesto a los hombres y, sonriendo de nuevo, invitó a Moisés a un cobertizo, junto al muro que cerraba el campo, donde tenía instalado su despacho.

—Mi señor, es un honor. ¿En qué puedo serviros?

—¿Sabes quién soy?

—Por supuesto, mi señor. Os he visto en las ceremonias reales. Sois…

—Yo también sé quién eres tú.

—Soy el intendente del campo, señor. Me ocupo…

—Sé perfectamente de qué te ocupas. También sé que eres agente

de Elifelet. Compras lino a las mujeres habiru y se lo vendes a él.

Meketre palideció y el sudor perló su frente.

—Mi señor, no…

—No lo niegues, porque sé que es cierto. Desobedeces una orden real y te lucras por tu cuenta.

El intendente cayó de rodillas y se inclinó con dificultad, pues su vientre le impedía doblarse mucho. Alargó las manos hacia los pies del príncipe.

—¡Mi señor! Siempre he intentado servir fielmente al rey, nuestro dios poderoso, Justicia de las Dos Tierras. Mis cuentas son intachables, el campo está gestionado con rigor… ¡Podéis comprobarlo!

—¡Levántate!

Meketre vaciló, aún de bruces.

—¡Levántate!

Se puso en pie con torpeza y se sacudió la arena de las rodillas. Moisés lo miró a los ojos.

—No diré nada de ti a cambio de tu silencio.

—¡Mi señor!

—No dirás nada de mi visita, a nadie. Si el capataz o tus hombres preguntan, diles que soy un enviado del tesorero real para supervisar el campo. No des mi nombre ni más explicaciones.

—Mi señor, ¿cómo agradeceros…?

—Si te vas de la lengua lo sabré. —Moisés lo agarró por los hombros con fuerza—. Te aseguro que me enteraré. Y entonces no te perdonaré. Ya sabes cómo terminan los funcionarios corruptos cuando son descubiertos.

—Señor, todo se hará como decís. ¡Nadie sabrá nada!

—Ahora quiero que me enseñes el campo.

—¿Qué queréis ver, mi señor?

—Todo. Quiero ver cómo trabajan los hombres. Qué herramientas usan. Qué comen.

Meketre se atusó la peluca, se recompuso el faldellín, apretándolo bajo la tripa, y llamó a su portaabanico, a quien pidió que diera sombra a Moisés. Pero él lo rechazó. El criado siguió dócilmente a su amo con el parasol, sin atreverse a dar sombra al intendente pero sin osar, tampoco, cubrir a aquel joven supervisor de rostro airado.

Recorrieron todo el recinto. Se dirigieron, primero, al lugar donde se amasaba el fango. El agua salía de varias albercas que se llenaban de un canal desde el río. Se vertía sobre la tierra fina en grandes cavidades, donde un centenar de hombres chapoteaba pisando. Un grupo descargaba sacos de heno de una recua de asnos y arrojaba la paja sobre el fango. Los pisadores recorrían el lodo y, con los pies,

removían la mezcla. Aunque era temprano, todos ellos sudaban por el esfuerzo. Algunos pisaban con metódica furia, observó Moisés. Eran los más jóvenes. Los mayores seguían un ritmo autómata, como por inercia. Dos vigilantes con látigo azuzaban a los más lentos.

Los pisadores comenzaban por un extremo de la fosa y terminaban en el otro. Cuando el barro ya estaba mezclado en una zona, venían los paleadores. Eran los hombres más robustos y entre ellos Moisés vio a los prisioneros nómadas. Cargaban el fango con la paja en carretillas, a paletadas, y los portadores lo llevaban a los moldes.

En otra inmensa explanada se extendían los moldes de madera, perfectamente alineados formando carriles. Las carretillas se distribuían entre las hileras; una brigada de hombres descargaba el adobe y llenaba los moldes. Otra brigada, tras ellos, iba alisando el adobe con raspadores, hasta dejarlo a ras de molde. Estos trabajaban de rodillas o a cuatro patas y debían apresurarse para evitar que el adobe se secara con el sol y se endureciera. Muchos eran adolescentes y niños.

Se afanaban como hormigas sobre el campo cuadriculado. Como no todos seguían el mismo ritmo, los hombres del látigo menudeaban sus castigos.

—¿A qué edad comienzan a trabajar?

—En cuanto pueden. Los niños son ágiles y rápidos. Se cansan antes, pero comen y beben menos. Y se acostumbran al látigo.

Varios chiquillos alzaron la vista cuando vieron al desconocido acercarse. Miraron su espada. Moisés contempló sus rostros desprovistos de inocencia, con ojos de anciano donde se leía el miedo y la desconfianza.

—¡Dejad de mirar! ¡Holgazanes! —gritó Meketre con voz estridente.

Un vigilante hizo restallar el látigo sobre ellos. Los niños se inclinaron de inmediato para continuar su tarea. Iba a descargarlo otra vez cuando Moisés lo detuvo, sujetándole el brazo con energía.

—No azotes a los críos. Ni tú ni tus compañeros. ¿Me oyes?

El hombre bajó el látigo y frunció el ceño. Meketre le hizo un gesto.

—Ya lo has oído.

Continuaron recorriendo el campo. Otro grupo desmoldaba los ladrillos fabricados los días anteriores, ya secos. Entre dos hombres alzaban una sección de doce bloques, los extraían y devolvían los listones a tierra. Los ladrillos se iban apilando en hileras ordenadas a lo largo de la calle y un nuevo grupo los iba cargando en carros. Los carros eran conducidos hacia el camino que había recorrido Moisés

hasta la ribera. Allí, en la dársena, eran embarcados en las balsas y transportados hasta la ciudad, donde los bloques serían descargados y pasarían a acrecentar los muros del nuevo palacio real.

Meketre, más animado, se deshacía en explicaciones. El trabajo en el campo requería celeridad y la tarea estaba muy bien sincronizada. Cada día el jefe de obras del rey pedía no menos de veinte mil bloques, lo cual significaba al menos diez balsas cargadas. Había que cavar tierra y traer paja de los graneros de los alrededores, alimentar a todos aquellos hombres y proporcionarles agua. Los aguadores pasaban dos veces al día con sus recuas de asnos cargados de tinajas. Se hacían tres pausas, dos para beber y una a mediodía para comer. Moisés también vio los cobertizos de caña donde los habiru tomaban su ágape. Cada quince o veinte metros había una fogata donde un cocinero removía una perola de caldo con garbanzos. También vio a varios campesinos descargar grandes capazos de cebollas.

—Son cerca de quinientos hombres trabajando —decía Meketre, con cierto orgullo—. Como dos compañías del ejército produciendo ladrillos para su majestad. Hay que alimentarlos, darles de beber… y darles disciplina. Si se baja la guardia, baja la producción. Los habiru tienden a la rebeldía y a la pereza. ¡Parece que nunca aprenden del látigo!

—Tus hombres son pródigos con él.

—No hay más remedio.

Moisés frunció el ceño. El sol ya estaba alto y regresaron caminando despacio. Meketre iba resoplando, sudoroso y con el rostro encendido. El portaabanico se atrevió a acercarse más y, por fin, a un gesto de su amo, lo protegió con la sombrilla.

Se detuvieron junto a los hombres más robustos, los que cargaban con palas las carretillas de fango. Moisés los observó. En aquel momento llegaban los aguadores; el capataz dio un grito y todos se detuvieron. Un aguador acercó una tinaja y comenzó a escanciar agua en jarras que se iban pasando los hombres.

—Mi señor, hace un calor terrible —dijo Meketre—. ¿No queréis venir a la sombra y beber algo?

Moisés negó con la cabeza. Los habiru que esperaban su agua lo miraban.

Y, de pronto, sus ojos se cruzaron con los de otro hombre. Como le sucediera en el Poblado de las Cañas, dos días atrás, su corazón latió con violencia. El hombre era tan alto como él, robusto y bien parecido, aunque más delgado, más estrecho de hombros y más deteriorado. Con el frío en la sangre, Moisés creyó verse a sí mismo ante un espejo. Un espejo cruel que le devolvía su imagen ajada,

polvorienta y envejecida.

Y aquel hombre lo miraba con muda insistencia, como si también él hubiera reconocido a alguien en el desconocido que lo observaba.

Moisés apartó la vista.

—Vámonos.

—Sí, mi señor. Venid a mi humilde despacho… Tomaréis cerveza fresca antes de iros.

No regresó de inmediato a la ciudad. Por un momento pensó en ir a la Ciudad Nueva, la ciudad de los burdeles y los mercaderes, perderse en una taberna y buscar la compañía de una mujer. Pero sus pasos lo llevaron por otro derrotero y se encontró caminando, bajo el sol del mediodía, hacia la aldea de los habiru.

A la entrada, junto al muro de espinos, como si lo estuviera aguardando, encontró a Miriam.

Estaba rodeada de chiquillos. Cuando vieron a Moisés lo reconocieron y echaron a correr. Miriam se quedó, sonriendo.

—¿Me esperabas? —preguntó él.

Ella movió la cabeza.

—Una voz interior me dijo que debía salir al camino.

Llevaba un ánfora recostada contra la cadera.

—Voy a buscar agua. ¿Quieres acompañarme?

Él la siguió y entró en el pueblo, fascinado de nuevo por su falta de temor y su desenvuelta familiaridad. «Soy un príncipe, debería besar el polvo de mis pies. Y me trata como si fuera…». No se atrevió a pronunciar la palabra, ni siquiera para sus adentros. En la aldea varias mujeres los vieron y no tardaron en agruparse, murmurando. Una de ellas gritó.

—¡Jokéved!

Moisés se detuvo al escuchar aquel nombre.

—Ahí está madre —dijo Miriam—. ¿Quieres saludarla?

No quería. Pero fue hacia las mujeres y avanzó hasta llegar a su lado. Jokéved se acercó, conteniendo la emoción y con ojos radiantes. Se inclinó con respeto, le tomó una mano y se la besó.

—Madre, luego volvemos —dijo Miriam.

Moisés la siguió por un caminito que se bifurcaba de la calle central. Se alejaba del centro del poblado y llegaron a un espacio abierto junto al muro. Una gran higuera crecía y daba su sombra al lugar. Bajo sus ramas había un pozo con un caldero.

—Ayúdame —dijo ella.

Dejó su ánfora en el suelo, deslió la soga que pendía del arco del brocal y ató un extremo al asa del caldero. Moisés, con poca maña,

dejó caer el cubo por el pozo hasta que sintió el chapoteo del agua. Miriam rió cuando vio sus esfuerzos por inclinar el caldero y llenarlo.

—¿No os enseñan esto en el ejército?

Él la miró enojado.

—Soy un guerrero, no un aguador.

—Déjame a mí.

Ella manejó la soga con destreza, llenó el cubo y, tirando de la cuerda, lo subió. Lo depositó en el brocal y acercó la tinaja.

—Sujeta el ánfora, yo la llenaré.

Vertió el agua en la vasija y repitió la operación. Moisés observaba sus movimientos precisos y enérgicos. Movía su brazo desnudo con la agilidad de una bailarina. Pero carecía de coquetería y no había en ella gesto alguno de feminidad insinuante. Y, sin embargo, la encontraba hermosa. Su sonrisa audaz lo desarmaba.

—Miriam, he venido porque quería hablar contigo.

Ella se sentó en un poyo de piedra, a la sombra de la higuera, y lo invitó.

Guardaron silencio largo rato. Miriam no parecía tener prisa y lo miraba con dulzura. Él permanecía con la vista baja, removiendo los pies sobre la tierra seca.

—Hoy he estado en los campos de adobe.

—¿Ah, sí?

—He visto cómo trabajan vuestros hombres.

—Entonces, ya lo sabes.

—Y he visto a un hombre…

La miró y no continuó. Miriam lo escrutó en silencio y asintió.

—Has visto a tu hermano.

—¿Quién es mi hermano?

—Es un hombre como tú. Algo mayor y más delgado. Os parecéis como dos cachorros de la misma leona.

Él tragó saliva.

—¿Cómo se llama?

—Has tenido el valor de preguntarlo… Se llama Aarón.

Volvieron a guardar silencio. Por fin, Moisés lo rompió.

—Cuéntame la historia.

Y Miriam se la contó. Una historia no muy distinta del relato que había oído de labios de su madre una y otra vez. La historia de un niño hallado en las aguas, un niño destinado a morir antes de nacer. Un niño que conmovió el corazón de dos mujeres, que decidieron que debía vivir. Pero la historia de Miriam tenía un comienzo muy diferente.

—Ahora ya lo sabes todo.

Él suspiró, con la mirada perdida en las chozas de adobe amasado que se levantaban alrededor.

—Y ahora, ¿qué? ¿De qué me sirve saberlo?

Miriam se puso en pie y tomó el ánfora de agua.

—Saber te hace responsable —dijo.

Echó a caminar y se alejó. Se volvió atrás a mirarlo, sólo un instante. Fue una mirada oscura y penetrante que se le clavó adentro como la del hombre al que debía llamar hermano. Luego Miriam continuó su camino.

Los israelitas gemían por su esclavitud y clamaban.
Su clamor subió hasta Dios.
Éxodo 2, 23

La profetisa

Bint-Anat llamó a su hijo a su presencia.

—Has vuelto allí —dijo, con severidad.

Moisés cerró los puños.

—Ese canalla se ha ido de la lengua… ¡Maldita sea!

—Nadie se ha ido de la lengua —replicó la reina—. Simplemente te hice seguir. Mi espía no necesitó llegar hasta el final del camino para saber a dónde ibas. Era fácil de averiguar, en vista de lo que estás haciendo estos últimos días.

—Madre, he ido a los campos de adobe por curiosidad. Quería saber cómo trabajan los hombres que construyen nuestras casas.

—Ellos no las construyen. Son los arquitectos y los albañiles quienes lo hacen. Ellos sólo fabrican los bloques.

—Sin adobe nadie podría levantar un solo muro. En estas paredes —Moisés golpeó el muro, cubierto de frescos— hay barro, agua, el sudor y la sangre de muchos hombres.

Bint-Anat miró la pintura. Representaba un río color turquesa y una bandada de pelícanos rosa sobrevolando los papiros.

—Jamás te he oído hablar así. Esos hombres sirven a su rey y a sus príncipes. ¡Te sirven a ti! El rey también entrega su vida y vierte su sangre para proteger a todos los habitantes de su reino, desde el primer nomarca hasta el último de sus súbditos. ¿Qué te ocurre, Moisés?

Él se sentó en un taburete y hundió la cabeza entre las manos.

—No lo sé, madre… No lo sé.

Ella se acercó y le acarició la espalda con suavidad.

—Hijo.

Moisés alzó el rostro hacia ella.

—No sé ni por qué te llamo madre.

—¡Hijo!

—Lo sé todo. Miriam me lo ha contado. Ahora sé quién es Jokéved.

Bint-Anat se alzó, con el rostro contraído por el dolor. Una lágrima asomó a sus ojos.

—Jokéved es la mujer que te dio su leche. ¡Yo te di todo lo demás! ¡Te di tu nombre, tu casa, tu familia! ¡Te di todo mi amor! ¡Y te he dado un destino! ¡Un destino que no vas a perder!

—Madre…

—Sí, ¡llámame madre! Porque soy yo, Bint-Anat, la gran esposa real, la hija de Anat y divina adoratriz del gran dios, la única que puede llamarte hijo. Soy yo, soy yo. ¡Tu madre!

Moisés la miró con tristeza.

—Madre, saber me hace responsable.

Ella agitó las manos.

—¿Qué significa esto?

—Que ya no puedo vivir como antes, ignorante de mi pasado. Ya no puedo olvidar de dónde vine. Y no puedo seguir viendo a… a esa gente como siempre la he visto. No puedo.

—Sí puedes, claro que puedes. Escucha, hijo.

Se sentó a su lado y le tomó las manos, apretándoselas.

—Escucha. Todo cuanto ocurre es inexplicable. Los dioses son caprichosos y su designio, ¿quién puede conocerlo? Pero a ti te regalaron una vida gloriosa, lejos de las desgracias y de la pobreza. ¡No rechaces el regalo de los dioses! ¡No lo rechaces!

—Yo vivo como un príncipe y duermo en una cama de marfil. Ellos duermen sobre tierra en chozas miserables y comen peor que el último soldado de la tropa.

—Hijo, si es eso lo que te preocupa…, si te preocupa tu familia de sangre, podemos solucionarlo pronto. Trae a palacio a tu madre y a tu hermana. Y a tu padre, si aún vive, y a tus otros hermanos. Les daré un lugar con mi servidumbre y los trataré mejor que a ningún criado. No les faltará nada.

Moisés negó con la cabeza.

—No… No es eso lo que quiero para ellos.

—¿No? Ya lo entiendo. No quieres que sean sirvientes. Bien, pues les compraremos una casa en la ciudad. Una casa digna y espaciosa, con todo cuanto necesiten. Les daré un trabajo y mi escriba les proporcionará nombres egipcios. Vivirán como cualquier ciudadano libre de Kemet. Y jamás faltará comida en su mesa ni oro en sus bolsillos.

—Madre, no entiendes. No entiendes nada.

—¿Qué debo entender? ¿Qué más puedo ofrecerte?

—Ellos jamás renunciarán a su nombre, ni a su familia, ni querrán dejar a los suyos en la estacada.

—¿Y tú qué sabes, hijo? Cuando alguien vive en la miseria y le dan la oportunidad de salir, ¿crees que va a rechazarlo? Me hablas de chozas de barro y lechos de paja, pero tú no sabes qué es pasar hambre. Por eso puedes hablar con arrogancia.

Moisés calló, pensativo. Tal vez su madre —la que hasta entonces había llamado madre— tenía razón.

Regresó a la Ciudad de las Cañas a los tres días, como había convenido con la reina. Llevaba su macuto de la tropa a la espalda, repleto de túnicas de lino fino, sandalias y algunos regalos para su familia. Y una bolsa de oro que tintineaba con su brioso caminar.

Los niños fueron los primeros en verlo llegar. Jugaban a las afueras de la aldea. Algunos huyeron corriendo, pero dos de ellos se acercaron y un tercero los siguió, tímidamente.

—¡El tío Moisés! —exclamó el mayor. Era un chiquillo moreno de largos bucles oscuros. No tendría más de siete años. Grácil y de hombros fuertes para su edad, Moisés pensó que no tardaría mucho en terminar con la espalda doblada sobre los moldes de ladrillo en el campo.

—¿Por qué me llamas así?

—Nos lo dijo Miriam —contestó el otro chico—. Que tú eras el hermano de papá.

Y los tres niños se agruparon, ahora con cierto temor. Moisés les sonrió y se descargó el saco del hombro.

—Y tú, ¿quién eres?

—Soy Eleazar, hijo de Aarón.

—¿Y tú?

—Itamar, hijo de Aarón. Soy su hermano.

—¿Y tú? —preguntó Moisés al más rezagado.

—Aser, hijo de Coré. Soy su primo.

Moisés se quedó mirándolos unos instantes. Eran sólo tres chiquillos habiru y recitaban su nombre y su ascendencia con orgullosa firmeza. Apenas hacía unos días que él había conocido el nombre de su verdadero padre.

Los niños lo siguieron al interior de la aldea y lo acompañaron hasta la casa de Amram y Jokéved. Por el camino se les unieron unos cuantos más y algunas mujeres.

Moisés entró en la casa entre el bullicio de los pequeños.

—¡Mamá!

—¡Abuela, está aquí Moisés!

Jokéved, Miriam y otra mujer se levantaron del suelo, donde estaban moliendo harina en un molino de mano. Él dejó el saco ante ellas.

—Hijo —Jokéved volvió a besarle las manos, pero él quiso abrazarla. Miriam le sonrió y la otra mujer lo miró con recelo.

—Esta es Elisabet, la esposa de Aarón —dijo Miriam—. Tu cuñada.

Moisés no supo cómo saludarla, vaciló y, por fin, inclinó levemente la cabeza. Ella hizo una reverencia.

—Os he traído algunas cosas —dijo. Se agachó y abrió el saco. Los niños saltaban a su alrededor.

—No tenías que hacerlo —dijo Jokéved, palpando el lino de las túnicas. Las mostró a su hija y a su nuera. Elisabet cogió una y susurró con admiración.

—Y esto también. —Moisés abrió un cofrecillo y sacó collares de esmalte, ágata y turquesas. No se había atrevido a llevarles alhajas muy suntuosas pero, aún y así, sorprendieron a las mujeres.

—¡Dios altísimo! —exclamó Jokéved—. Pero, hijo…, no podemos lucir estas joyas aquí.

Moisés sonreía. Había descubierto que era gratificante ser rico y dar, dar y recibir a cambio rostros asombrados y miradas radiantes.

—Esto es para vosotros —dijo a los niños, y sacó varios muñecos de terracota esmaltada: guerreros, caballos y carros de combate en miniatura. Los niños chillaron alborozados, cogieron los juguetes y se pusieron a bailar alrededor de las mujeres.

Miriam lo miraba todo con gesto severo. Era la única que no había abierto la boca ni se había apresurado a coger ningún regalo.

Moisés se percató y, tomando un medallón, se acercó a ella.

—Esto es para ti, hermana.

—¿Qué es?

—Un medallón de la diosa Isis. Deja que te lo ponga.

Se lo abrochó al cuello, sobre el hombro desnudo. El oro de la cadena y la figurilla de esmalte brillaron sobre la raída túnica de color tierra. Miriam apretó los labios.

—¿Qué pretendes, Moisés?

Él dejó de sonreír y cogió la bolsa de oro.

—Quiero que salgáis de aquí.

Se volvió hacia Jokéved.

—Madre, toma esto. Quiero que abandonéis este lugar. Voy a buscaros una casa decente en la ciudad. Con esto podréis comprar todo lo que necesitéis. Vais a vivir dignamente a partir de ahora.

Elisabet abrió los ojos como un par de platos. Jokéved tomó la bolsa, temblando.

—Hijo, no sé si…

Y entonces Miriam saltó, furiosa.

—¡Madre!

—Hija…

—¿No sabes? ¡Yo sí lo sé! —Se volvió hacia Moisés—. ¡Nos estás comprando! ¿Qué significa ese oro? ¿Crees que con eso vas a salvar a tu gente?

Agarró el saquito de manos de su madre y lo tendió a Moisés.

—No pretendo salvar a toda vuestra gente —replicó él—. Pero sois mi familia. Quiero salvaros a vosotros.

Miriam lanzó una carcajada.

—¡Quieres salvarnos! ¡Ah, el gran salvador! ¡Mira lo que hago con tu oro! ¡Mira!

Salió a la puerta de la casa y arrojó la bolsa al suelo, en medio de la calle. El cordel se abrió y las piezas doradas se desparramaron por tierra. Jokéved gimió, intentando detener a su hija, Elisabet gritó y los niños salieron corriendo detrás de su tía. Pero, por algún motivo, no se atrevieron a agacharse a recoger las piezas.

—¡Oro! —exclamó Miriam, a voz en grito—. ¡Así nos quieres comprar! ¡A tu familia! ¡A los tuyos! ¿Y qué ocurre con el resto, Moisés? ¿Quiénes crees que son los tuyos?

Moisés no salía de su asombro, pero respondió.

—Vosotros sois los míos. Los dioses me concedieron su favor y quiero ayudaros. ¿Por qué rechazar mi ayuda?

Miriam volvió a lanzar una carcajada.

—¡Ah, los dioses! Tus dioses todopoderosos. ¡Y el gran dios, el rey! ¿Quién entre ellos permitió que tú vivieras en un palacio mientras tus hermanos se arrastran por el fango? ¡Dímelo! ¿Qué dios te ha protegido? ¿Lo sabes?

Se arrancó del cuello el medallón de Isis y se lo tiró a la cara.

—¿Qué dios ha permitido que tú fueras un príncipe mientras tus hermanos son esclavos?

Moisés calló. Miriam hablaba como ebria, con los ojos dilatados, las mejillas encendidas y el cuerpo tenso y vibrante. Jokéved y Elisabet la miraban con temor y los niños contenían el aliento. Poco a poco, las mujeres fueron asomando a las puertas de las casas vecinas, una tras otra. Moisés contempló a su hermana, hechizado. Ceñida en su ajada túnica, con la cabellera flotando a su espalda, la encontró hermosa y terrible como ninguna sacerdotisa de los grandes templos.

—¡Yo te lo diré! —siguió gritando—. Conozco a tus dioses. Dioses con cabeza de perro y de gato, dioses con tripa de hipopótamo y corazón de cocodrilo. Dioses con pico de halcón y alma de escarabajo… ¡Vuestros dioses! ¡Gloriosos dioses!

—¡Miriam! —le reprochó Jokéved. Ella no la escuchó.

—Y vuestro dios más glorioso, el rey. ¡Tú te llamas hijo suyo! —señaló a Moisés—. Tú, sí. ¡Hijo de los dioses! Dioses que un día se mueren, y su cuerpo seco y sin vida acaba en la tierra, bajo una montaña de piedra y envuelto en oro, pero tan seco y tan muerto como el del más infeliz de los mortales. ¡Dioses de barro y de polvo!

Miriam se volvió, mirando a nadie y mirando a todos. Abrió los

brazos y los extendió hacia el cielo.

—Y aún hay otro dios. El Dios que no tiene nombre, porque es tan grande que ningún nombre lo contiene. ¡El Dios que no cabe en el mundo! ¡El Dios Altísimo!

Se giró hacia Moisés. Sus ojos desprendían llamas.

—Ese Dios que está más allá de la vida y de la muerte, más allá del día y de la noche. Ese Dios al que nadie puede comprar ni aplacar. El Dios al que clamamos y que calla. ¡Que calla!

Se detuvo a tomar aliento. Jadeaba y sus manos temblaban, con los dedos tensos como cuerdas de arco. Las mujeres habían formado un amplio círculo alrededor y la observaban con una mezcla de espanto y reverencia.

—¡Calla! —repitió Miriam—. ¡Pero está aquí!

Tomó una mano de Moisés y él dio un respingo. Una fuerza sobrenatural parecía poseer a su hermana.

—¡Está aquí! Latiendo en nuestra sangre, golpeando nuestro corazón, soplando en nuestros labios. ¡Está aquí! Y yo sé que nos oye… ¡Nos oye, nos oye!

Calló y cerró los ojos. Todavía aferraba la mano de Moisés cuando profirió un alarido que hizo estremecerse a las mujeres y romper en llanto a algunos niños.

Miriam soltó a Moisés, abrió de nuevo los brazos y comenzó a girar, mirando al cielo.

—¡Nos oye! ¡Y actuará! Él nos dará la fuerza y nada, nada ni nadie podrá oponerse a su poder.

Continuó girando y cantó a voz en grito.

—Cuando Él despierte el mundo temblará, se sacudirán las montañas de sus cimientos, ¡el cielo tronará! Y el río correrá lleno de sangre, las aves cubrirán el cielo y las bestias saldrán aterradas de sus guaridas. ¡Los hombres temblarán y caerán muertos de espanto! Porque él ve, él ve y escucha, escucha, escucha… ¡Y actuará!

Dio vueltas más aprisa, cerró los ojos y fue bajando los brazos. Cuando se detuvo se hizo un gran silencio. Una nube blanca, gruesa y densa como un gigantesco copo de algodón, cubrió el sol. La luz se atenuó sobre la aldea y una brisa barrió la calle y susurró en las hojas de los sicómoros. Miriam abrió los ojos y respiró hondo. Ya no había fuego en su mirada y sus mejillas estaban pálidas.

—Vete, Moisés —dijo, con voz tenue—. Recoge tu oro y márchate.

Moisés fue a ver a sus hermanos y se percató de sus trabajos.
Éxodo 2, 11

Los hermanos

—Nit, Nit, hazme olvidar.

Dio otra vuelta sobre el lecho, quedó tendido de espaldas y arrojó la sábana lejos de sí. La esclava muda se apretó a su lado y comenzó a acariciarle el torso, muy lentamente.

—Nit. Tú también eres una esclava. ¿Has soñado nunca en la libertad?

Ella lo miró con sus grandes ojos oscuros. Moisés le acarició el contorno del rostro.

—Ah, si pudieras responder… ¿Por qué un príncipe se preocupa por la libertad de los esclavos? ¿Por qué?

Nit lo seguía mirando sin sonreír, con aquella hondura triste que siempre asomaba a sus ojos.

—¿Recuerdas tu infancia, Nit? ¿Recuerdas el nombre de tu padre y de tu madre? ¿Recuerdas cuando jugabas con tus hermanos? Madre dice que viniste a la corte muy joven. Aún eras niña cuando te pusieron a servir. ¿Añoras todavía tu infancia en el campo, junto al río? ¿Añoras dormir sobre tierra?

Nit movió la cabeza. Moisés se incorporó.

—¡Qué dulce sería olvidar! Nit, hazme olvidar.

Ella se levantó del lecho y volvió al poco con una jarra y una copa que le ofreció. Se arrodilló a su lado mientras él bebía. Apuró la copa de un largo trago.

Era vino muy dulce con loto y especias. Pidió más y Nit le llenó de nuevo la copa, sonriendo, erguida ante él. La acarició con una mano mientras bebía.

—Quiero más.

Cuando vació la tercera copa, echó las manos a la cintura de Nit y la atrajo hacia sí.

Al día siguiente, Seti fue a buscarlo a su habitación.

—¡Hermano, andas perdido!

Moisés salía de su baño secándose con un lienzo. Sacudió el cabello húmedo y le espetó:

—Eres tú quien anda perdido. Hace dos noches que no cenas con el rey y tus hermanos. ¿En qué burdel has pernoctado hoy?

Seti rió alegremente y le golpeó el brazo. Moisés le devolvió el golpe. Era su saludo de los tiempos de entrenamiento militar. De

pronto, se dio cuenta de que añoraba el campamento, la vida dura, el ejercicio.

—Hermano, quiero invitarte —dijo Seti.

—¿A otra de tus fiestas?

—A una cacería.

El rostro de Moisés se iluminó.

—¿De leones?

—Ah, ¡no quiero ir al desierto! No, hoy navegaremos un poco. Será de patos.

Moisés arrugó la frente.

—Vamos, hermano, ¿no quieres afinar tu puntería?

—De acuerdo. Voy a buscar mi arco.

Los príncipes partieron con sus criados, dos barqueros y cuatro guardias shardana que les envió el rey. También iba con ellos un experto cazador de patos, conocedor de las riberas y las marismas. Él localizaría los nidos y camadas de los ánades y los espantaría para que los príncipes pudieran alcanzarlos con sus flechas.

Salieron de la ciudad en una de las barcas de la flota real y tomaron el brazo occidental del Nilo. Después, el ribereño les indicó un ramal que discurría entre espesos cañaverales. Anclaron allí la barca y soltaron las amarras de una lancha mucho más ligera y pequeña. Ahora iban sólo los príncipes, un criado y el cazador.

La barca se deslizaba ligera entre los juncales. Varios ibis alzaron el vuelo sobre ellos. Moisés no pudo resistir la tentación de ensayar. Tomó el arco, cargó rápidamente una flecha y apuntó hacia el cielo.

Se oyó un graznido y un remolino de alas rompió la hilera de aves que se desplazaban en diagonal, huyendo de los cazadores. Seti lanzó una exclamación.

—¡Le diste! Has derribado al dios Thot.

Moisés sonrió bajando el arco. Pero el ibis cayó muy lejos de ellos. Oyeron un distante chapoteo en el agua y después nada.

El cazador miró al príncipe con aprensión. Matar un ibis era poco menos que un sacrilegio.

—Mi señor —dijo, volviéndose hacia Seti—. Estamos llegando a los bancales donde los patos tienen sus nidos. Ahora hemos de avanzar muy despacio.

El criado que empuñaba el remo lo posó en su soporte. De pie, Moisés y Seti escrutaron la espesa maraña de juncos, papiros y carrizos. Durante un tiempo hubo silencio y sólo se oyó el murmullo del río, fluyendo mansamente. La balsa se mecía sobre las aguas. Y en aquel momento de tensa espera, Moisés volvió a ser acechado por sus pensamientos. Cerró los ojos y vio, entre los cañaverales, a una niña

semidesnuda de bucles oscuros, escondida y vigilante, mientras una canastilla untada en brea flotaba sobre las aguas. Y oyó una voz. «¡Nos quiere comprar!»

Abrió los ojos y volvió a la realidad. Sentía ira y deseos de alejarse. Cuando el cazador dio un grito y una bandada de patos alzó el vuelo, graznando y batiendo alas, tensó su arco y disparó con furia, una y otra vez.

Regresaron por la tarde. Habían cazado más de treinta patos. Habían comido y bebido en la barca real. Seti se había mostrado jovial y bromista, hablador como nunca. Cuando desembarcaron y le propuso ir a cierto lugar, Moisés tuvo una oscura sospecha.

—No me digas que estás cansado —lo pinchó Seti—. Tú, el jinete inagotable, el guerrero que siempre quiere seguir… ¡Vamos, hermano! Las tardes de primavera son largas.

Moisés frunció el ceño.

—No es mi cuerpo el que está cansado. Es mi cabeza. Y mi corazón.

—¡Piensas demasiado! Y llevas un tiempo muy raro. Eso tiene remedio.

—Pero no el remedio que tú crees.

—¿Qué mejor remedio que un buen vino y los senos de una amante experta?

Moisés rió.

—Eso puede ser para ti.

—¡Ah! Qué arrogante eres, hermano. ¿Te crees diferente al resto de los mortales?

—No. No soy distinto. Pero…

—Pero te sientes diferente a nosotros. Diferente a mí. ¿No es eso?

Seti ya no sonreía y se le acercó, posando una mano en su hombro. Ya no era el Seti frívolo, sino el amigo de la infancia.

—¿Qué te han estado contando? —preguntó Moisés.

Seti apartó la vista.

—Lo que todos saben. Tus paseos por el campo de adobe… Por el poblado habiru.

—Veo que mi madre no es muy discreta. ¿O son sus espías los que hablan demasiado?

—Está preocupada, Moisés. ¡Y yo también lo estoy!

—Déjalo estar, Seti.

—No, no lo dejo estar. Hermano, tú y yo siempre hemos estado unidos. Nunca hemos tenido secretos el uno para el otro. ¿Por qué ahora todo tiene que cambiar?

—Crecemos, Seti. Nos hacemos adultos. Y las cosas cambian.

—¿Qué cambia? Seguimos siendo hermanos. Tu madre es ahora reina. Los viejos mueren, los jóvenes ascendemos. Pero padre sigue siendo el rey, y todo prospera bajo su cetro. Estamos a punto de empezar la mejor etapa de nuestra vida, Moisés. ¡Podemos vivirla juntos! Y compartir los mejores momentos. Padre está planeando una campaña de inspección en Canaán. ¿No te gustaría ir? Tú y yo, comandantes de su ejército, recorriendo esa tierra que siempre has deseado conocer… Vamos, Moisés. ¡Olvídate de los habiru!

Moisés guardó un largo silencio con la mirada perdida en el río. Anochecía y las aguas se tornaban de un azul oscuro veteado de plata. El cielo también se amansaba y la brisa oreaba la tierra, susurrando entre los papiros.

—Seti, no quiero ser diferente de ti, ni del resto de mis hermanos. Pero… lo soy. Ahora lo sé y debo ver cómo puedo vivir con esto.

—No seas estúpido. Vive como siempre has vivido. Como siempre has deseado. Como un príncipe guerrero. ¡Eso es lo que eres! Hasta padre ha llegado a enorgullecerse de ti.

—Eso no es cierto.

—¡Claro que lo es! Lo único que irrita a padre es saber que no eres de su misma sangre. Pero lo he oído elogiarte. Te valora mucho y quiere ascenderte en el ejército.

—¿Me valora? ¡Pues jamás lo ha mostrado!

—Ya sabes cómo es padre. Nunca te halagará abiertamente, si puede evitarlo.

—Me es igual. Soy un príncipe guerrero, Seti. Pero también soy un habiru, hijo de un habiru, y tengo otra familia que es sangre de mi sangre y que vive en chozas de barro. Estoy dividido en dos, hermano… Pero tengo un solo corazón. ¡Es duro vivir así!

—Claro que es duro. ¡Nadie puede vivir mucho tiempo con el corazón partido en dos! Hermano, ¿quieres un consejo?

Moisés lo miró sin responder.

—Elige. Entre tus dos yo, elige uno solo. Y procura elegir el mejor.

Jaemuaset, gran sacerdote de Ptah en Menfis, llegó con todo boato a bordo del *Isis-Nefer*, la barca que llevaba el nombre de su madre. Salieron a recibirlo el rey, el heredero de la corona, el visir y los grandes sacerdotes de Pi-Ramsés. Jaemuaset no quiso abrazar a sus hermanos ni descansar en palacio antes de cumplir con sus deberes sacerdotales.

Ante el palacio, frente a la avenida de los templos, lo esperaban

las dos reinas y el resto de la familia real, flanqueados por decenas de sacerdotes y parte de la guardia shardana. Moisés, de pie junto a Seti, vio a su hermano saludar a las dos esposas reales, primero a Merit, coronada como Isis, luego a Bint-Anat, con los ornamentos de la diosa Neith. El rostro de Jaemuaset era grave y sus gestos pausados y solemnes. Iba pintado con denso maquillaje y no soltaba el cetro y la llave de la vida, sus atributos sagrados.

La familia real y su cortejo iniciaron una procesión por los tres templos. Los sacerdotes de cada dios se alineaban ante los pilonos y acompañaban al monarca y a sus hijos al interior del santuario, quemando incienso y cantando sus himnos. Primero rindieron homenaje a Amón, después a Ra. Finalmente, Jaemuaset encabezó la procesión al templo de Ptah, el más alejado, al final de la avenida. El sacerdote de Ptah en la capital le cedió el puesto de honor y fue él quien tomó el cazo de oro y prendió el incienso que se quemó ante la efigie del dios.

«Dioses con cabeza de perro y gato… o de ibis, o de halcón», pensaba Moisés. Quería apartar aquellas palabras blasfemas de su mente, pero la voz de Miriam lo perseguía. «¿Qué dios permitió que tú fueras príncipe mientras tus hermanos son esclavos?»

Sintió hastío y un cansancio abrumador pesando en cada miembro de su cuerpo. Miró a los sacerdotes, a las mujeres sacerdotisas. Merit y Bint-Anat ocupaban un lugar preferente entre ellas. Las divinas adoratrices. Pero ninguna de ellas tenía fuego en la mirada ni lo había hecho temblar como Miriam, la mujer habiru que era poseída en trance y se atrevía a desafiar a la misma divinidad.

No fue hasta el anochecer que Moisés pudo dar un abrazo rápido a Jaemuaset. Fue antes de la cena en el salón real y el palacio estaba sumido en un ajetreado frenesí, un ir y venir de nobles, damas y criados presurosos.

—Ven a verme esta noche a mis aposentos —dijo Jaemuaset, mirándolo con atención—. No importa cuán tarde sea. Te esperaré.

Y Moisés fue a verlo, muy avanzada la noche, pues Seti le insistió que se quedara en el salón hasta que se levantase el rey y su hermanastra Henuttauy ocupó un lugar a su lado, en el diván, y lo retuvo con todas sus artimañas de seducción, que no eran pocas.

Había comido poco y Henuttauy había llenado su copa una y otra vez; se sentía agotado y con la mente turbia. Pero necesitaba hablar con Jaemuaset. Caminó por el jardín, sumergió la cabeza en el estanque y, en su alcoba, se frotó con rabia el maquillaje y volvió a lavarse. Miró su cabello trenzado y se preguntó qué aspecto tendría si

lo desataba. Pensó en la melena frondosa de Miriam. Otra vez ella.

Nit le tendió una toalla y lo miró. «Ven», decían sus ojos. Pero él la rechazó con suavidad.

—Esta noche no. Espérame por la mañana y nos bañaremos juntos.

Caminó por los pasillos y ascendió al segundo piso, donde estaban las habitaciones de soltero de sus hermanos. Al fondo, mirando al este, se encontraba la de Jaemuaset, con su baño y su balcón. Él solía sentarse a la luz del día para leer y escribir durante largas horas. Allí Moisés había pasado muchas tardes de su infancia, conversando con él o, simplemente, escuchándole.

El silencio reinaba en el palacio de los príncipes, pues la mayoría de ellos aún estaba en el banquete. Tampoco vio a ningún criado. Una luz tenue salía de la puerta de la alcoba. La brisa agitó una cortina púrpura, que ondeó hacia el pasillo desprendiendo una claridad dorada y carmesí.

Moisés sujetó un extremo de la cortina y la apartó con cuidado. Entonces se detuvo.

Y los vio, a los dos. De pie, desnudos y abrazándose, como una sola columna de dos fustes entrelazados. Permanecían inmóviles, los brazos tensos, las manos abiertas y apretadas sobre la piel, aferrándose el uno al otro. Como un solo cuerpo.

Sabía que se amaban, pero jamás los había visto así. Contuvo el aliento y los contempló.

Una voz inquietante habló en su interior. La esposa del rey amando a su propio hermano. Siendo infiel a su esposo, que era a la vez su padre y padre de su amante. Lo que en otros hombres hubiera sido un crimen, aquí era sagrado. Porque ellos no eran como el resto de mortales, no. Eran dioses. Y los dioses se aman y se odian como les place. No hay leyes para ellos. «Dioses con cabeza de halcón y corazón de cocodrilo…». Salvajes y voraces bajo la capa de oro y la bruma de incienso.

Dio un paso y ellos volvieron el rostro hacia él. Lo miraron. Y se apartaron poco a poco uno del otro. Permanecieron desnudos ante él, sin mostrar sorpresa ni sobresalto alguno.

—Me dijiste que viniera —dijo Moisés, con sequedad.

Jaemuaset asintió.

—Pensé que vendrías más tarde.

—Está casi amaneciendo.

Jaemuaset se volvió hacia Bint-Anat y sonrió.

—El tiempo pasa volando a tu lado.

Ella le acarició el cuello.

—La noche debería ser eterna. —Suspiró y, acercándose, lo besó en los labios—. Pero no lo es. Me iré.

Recogió su túnica, él la ayudó a cubrirse. Era muy sencilla, de lino casi transparente, y se la sujetó al pecho con un pequeño ibis de oro.

Se miraron una última vez y la reina salió hacia la penumbra del pasillo, caminando sigilosa y grácil. La cortina púrpura se agitó tras ella.

Jaemuaset se volvió hacia Moisés mientras se ceñía el faldellín.

—Vamos a otro lugar más fresco. Necesito aire. Subamos a las terrazas.

Moisés, sintiendo que también le faltaba aire, siguió a su hermano por las escaleras hasta las azoteas del palacio. Aunque eran magníficos miradores rara vez alguien subía allí, salvo el rey cuando quería contemplar su ciudad y observar con perspectiva el progreso de las obras.

Desde la terraza podía divisarse el palacio del rey, los tejados de los almacenes, la ciudad de los artesanos y, más allá, hacia oriente, el canal de Avaris. La claridad del alba se extendía sobre los campos trazando una pincelada de arrebol en el horizonte. Sobre sus cabezas Moisés vio palidecer las últimas estrellas.

El aire era frío y hasta allí subía la humedad del río. Ambos hermanos se asomaron al muro de la terraza y respiraron hondo.

Callaron durante largo tiempo. La luz se tornó dorada y las aguas del río brillaron como la plata. Una bandada de ibis alzó el vuelo sobre el canal y se perdió en los trigales, que verdeaban hasta donde alcanzaba la vista. Desde allí no podían verse los campos de adobe, ni el desierto. Solo verdor, agua y vida desperezándose y batiendo alas bajo el dios solar. Aquel que, para un rey proscrito y olvidado, había sido el único.

—Este es el momento más sagrado del día —murmuró Jaemuaset, abriendo las manos—. Cuando el sol nace, todo el mundo revive.

Moisés lo observó con atención.

—Y esta es nuestra tierra —continuó—. La tierra amada por los dioses, que le dieron su fuego, su agua, su vida y su fertilidad, la dulzura del seno de Mut y la potencia creadora de sus hijos.

Calló. Después se acercó a Moisés y le posó una mano en la espalda.

—Y nosotros somos sus hijos. Entre todos ellos, los amados y los predilectos. Porque así lo quisieron los dioses.

—Jaemuaset, hay cosas que no entiendo.

Su hermano asintió.

—No es necesario comprenderlo todo. Puedes entender cómo se

construye un palacio o un templo, cómo se cava un canal o cómo se escribe un poema. Pero jamás podremos descubrir el misterio tras el vuelo del ibis, o tras una flor de loto que se abre, o tras el parto de una mujer.

—Tú eres sacerdote. Vosotros poseéis el secreto, la llave de la vida.

—Los sacerdotes no poseemos la llave de nada. Ni siquiera el rey, que es hijo de dioses y dios entre los hombres. Sólo nos adentramos en el misterio, como el hombre que se adentra en el desierto o en las aguas. Lo palpamos y dejamos que nos penetre. Podemos implorar su fuerza y atraerla hacia los hombres. Pero nunca podremos desentrañarlo.

—Conozco a una mujer que sí lo hace.

Jaemuaset mostró sorpresa.

—¿Quién?

—Es una mujer que viste de cáñamo y camina descalza. Vive en una choza y huele a establo. Pero tiene la fuerza de su dios adentro y, cuando habla, el mundo tiembla. Es más grande que todos nuestros sacerdotes y sacerdotisas juntos.

—Moisés…

—Te juro que una sola de sus palabras es más poderosa que todas vuestras salmodias. Hoy me he fijado en los sacerdotes durante las procesiones. Todos solemnes, rígidos y hieráticos. Perfectos como estatuas, ¡pero fríos! Como muertos cantando desde ultratumba. En cambio, ella… Ella vibra. ¡Ella arde! Y no toma pociones mágicas, ni huele la flor de loto, ni agita el sistro hasta caer en trance. Pero hay una vida sobrenatural que la posee. Jamás he visto nada igual en nuestras ceremonias y en nuestros templos.

—¿Es una vidente? ¿Una hechicera?

—Es una mujer habiru.

Esperó su reacción, pero su hermano callaba. Y añadió:

—Es mi hermana.

Jaemuaset suspiró.

—Tu madre me lo ha contado. Sufres por tus parientes de sangre. Estás dividido.

—No es mi madre —dijo Moisés.

—Es tu madre —replicó Jaemuaset—. La otra mujer te engendró. Pero Bint-Anat te ha amado y cuidado como a nadie. No la hieras así.

—Lo sé… Lo sé, pero no puedo, ¡no quiero! ignorar a la otra. A los otros.

—¿Por qué no? La naturaleza sigue un orden, unas leyes, y gracias a esto el mundo mantiene su armonía. Nosotros también seguimos una

ley divina. Cada hombre y cada mujer ocupan su puesto allí donde han sido destinados. Cuando alguien sale de ese lugar, el orden se rompe y cunde el caos. Aunque te parezca doloroso, es así. Y tú, Moisés perteneces a otro mundo diferente al de tus parientes habiru. Los dioses así lo quisieron. Agradécelo y brilla en el lugar que te han otorgado. Ahí encontrarás tu paz y tu plenitud.

El sol emergió del horizonte y bañó la terraza de luz. Moisés replicó a su hermano:

—¡No es cierto! No poseo la paz ni la plenitud porque sé que ese orden puede romperse. Y no es la voluntad de los dioses ni el destino. Es…

—Es la voluntad del dios supremo de las Dos Tierras, a quien tú y yo llamamos padre.

—¡No quiero que mi madre, ni mi padre, ni mis hermanos, sean esclavos!

—*Tu madre*, Bint-Anat, te ofreció ayudarlos. ¿Por qué lo rechazaron?

—Tú tampoco lo entiendes. Ellos no quieren oro, ni una casa. Ellos son más que una familia. Forman parte de un pueblo. Y ese pueblo ansía, como todos, la libertad.

—Ah, la libertad…

Jaemuaset se volvió hacia el sol. El cielo era de un azul radiante y el mundo florecía. Las voces del cambio de guardia llegaron hasta ellos, y los gritos de los barqueros, cruzando el río en sus balsas, y el chillar de los vencejos surcando el aire sobre los jardines del palacio. Allá lejos, pensó Moisés, los habiru estarían pisando barro y cargando los primeros carros de adobe.

—Ah, la libertad —repitió Jaemuaset—. Hermosa palabra para los poetas y para quien vive encadenado. Pero ni siquiera los dioses son libres, Moisés. Hasta ellos están sujetos a una ley superior, la Verdad que gobierna los cielos y la tierra. Nadie puede sustraerse a ella.

Se acercó a él y lo abrazó. Moisés se dejó abrazar, queriendo olvidar. Olvidar que, horas antes, aquellos brazos habían estrechado a su madre, hermana y reina; olvidar los últimos meses vividos y regresar a la amistad confiada, a la avidez por un futuro glorioso, al ardor del combate en el desierto. Olvidar la voz delirante de Miriam: «Es el Dios a quien nadie puede comprar ni aplacar… El Dios que nos oye, ¡nos oye! Y responderá».

¿Quién te ha erigido en jefe y juez de nosotros?
¿Acaso piensas matarme...?
Éxodo 2, 14

La sangre

Regresó a los campos de adobe. Como una llamada insistente, secreta, una voz interna lo atraía allí. Al lugar de penuria y esclavitud que cualquier otro príncipe hubiera evitado.

Había visto a su hermano. Ahora quería ver a su padre. Miriam le había dicho que no lo reconocería. Pero sabía su nombre y quería mirarlo a los ojos.

Meketre lo recibió con engolada cortesía. En aquel momento una recua de mulos se había detenido a las puertas y unos mozos descargaban sacos de verduras y grano en los almacenes del campo. El intendente no dejaba de lanzar miradas furtivas hacia los cargadores, al tiempo que se prodigaba en atenciones hacia el príncipe.

—Mi señor, qué honor recibiros de nuevo. Os lo ruego, venid a la sombra. Os traeré bebida fresca.

—No quiero beber nada, ni he venido para sentarme a charlar contigo.

El intendente palideció y movió los pies con nerviosismo.

—¿Qué deseáis, pues, mi señor? ¿En qué puedo serviros?

—Quiero recorrer el campo de nuevo.

—Oh, por supuesto, mi señor. ¿Hay algo que queráis ver en especial?

Moisés se giró para mirar a los que descargaban la mercancía de las mulas.

—Veamos los almacenes.

Meketre tragó saliva.

—Por supuesto. Sí, señor, vayamos a verlos. Veréis que están muy organizados. Y limpios. Hay que mantener a raya a los ratones… y a otras alimañas.

El intendente le mostró los cobertizos donde se almacenaban, en secciones diferentes, los sacos de harina, las legumbres y grandes cestos de cebollas y ajos. También había una mesa donde yacían dos terneros desollados que un carnicero estaba despiezando.

—¿Cuántas veces comen carne los obreros?

—Dos veces por semana, mi señor. ¡Pocos campesinos pueden preciarse de comer así!

—Ya lo veo. ¿Y eso?

Señaló una zona oscura y fresca donde se apilaban varias espuertas de hortalizas, un montón de sacos y odres de cerveza.

—Eso es… Eso es lo que comerán hoy. Separamos la de ración cada día, señor. Así la verdura se consume según va llegando y no se estropea.

Moisés observó con atención el lugar, observó a los hombres y captó una señal silenciosa y rápida que Meketre hizo a uno de los porteadores. Luego salieron.

—Estoy buscando a un hombre —dijo, mientras caminaban hacia el lugar donde se pisaba el adobe.

—¿Alguien en concreto, mi señor?

—Se llama Amram.

Meketre frunció el ceño. Su criado los seguía, como la otra vez, y cuando vio su gesto lo cubrió con la sombrilla.

—Amram… Habrá unos cuantos que se llamen así.

—Díselo al capataz, o al escriba. Él lleva el censo de todos, ¿no es cierto?

—Por supuesto, mi señor.

Meketre llamó a uno de los vigilantes.

—Busca a Djehuti, dile que venga.

El escriba vino al poco. Meketre se mostraba cada vez más nervioso e intentaba disfrazar su inquietud con sonrisas y comentarios que, a Moisés, lo comenzaron a irritar.

—Djehuti, mi señor, el prín… Quiero decir, el supervisor del tesorero real, desea localizar a un hombre. Quizás puedas ayudarle. ¿Tienes las listas?

El escriba se mostró desconcertado.

—Las tengo, señor. Están en el despacho. Pero…

—Busco a Amram —dijo Moisés—. Si hay varios, el que yo busco es un hombre ya maduro. Tendrá unos cincuenta años.

—Un viejo. Los pocos que hay están ahí. —Señaló un extremo de la cavidad de barro donde los hombres pisoteaban la paja.

Caminaron los tres hacia allá. Moisés pisando fuerte, Djehuti con cautela y Meketre sacudiendo los pies llenos de tierra, con fastidio y resoplando. El escriba dijo algo al hombre del látigo y este señaló a un grupo de obreros. Todos eran flacos y tenían la piel arrugada. Cubiertos de barro aún parecían más viejos, pensó Moisés.

—¿Quién es Amram? —gritó el del látigo—. ¡Que se acerque!

Los hombres del barro se detuvieron. En sus ojos se leía el miedo.

—¡Amram! —gritó de nuevo el vigilante. Uno de los obreros dio un paso.

Era alto, aunque su espalda estaba encorvada y podían contarse todas sus vértebras. Una hirsuta e incipiente barba gris cubría su rostro.

Moisés tembló al verlo. Tembló y no pudo dejar de recordar la imagen de su otro padre, el soberano, corriendo desnudo la carrera de siete vueltas alrededor del recinto sagrado, demostrando al mundo entero que sus fuerzas estaban intactas treinta años después de ser coronado rey.

Este padre, Amram, no ocultaba su vejez ni el deterioro de su cuerpo castigado. Varias cicatrices de látigo cruzaban la piel de su espalda. Pero el fuego latía en sus ojos, oscuros y arrogantes.

—Es él, mi señor —dijo Meketre—. ¿Deseáis…?

—¡Calla!

Moisés se acercó al hombre y descendió al barro.

—¿Eres Amram? ¿El esposo de Jokéved, padre de Aarón y de Miriam?

El habiru lo miró con desconfianza.

—¡Responde!

—Soy Amram, hijo de Kahat, de la casa de Leví —musitó, con voz cascada pero firme—. Mi esposa es Jokéved. Y mis hijos son Aarón y Miriam. Más otro que murió al nacer.

Moisés miró a los ojos del hombre. El hombre que era su padre. Sangre de su sangre. Retrocedió despacio y salió del barrizal, sacudiéndose las sandalias.

—¡A la tarea! —gritó el capataz—. ¿Qué estáis mirando? ¡Gandules! ¡Perros habiru! ¡Pisad!

El vigilante enarboló el látigo y lo soltó sobre los obreros. La fusta restalló sobre sus lomos y se oyeron varios gemidos, rápidamente sofocados. El látigo volvió a alzarse.

Pero no descendió sobre los pisadores. Moisés saltó hacia él y lo detuvo, aferrando su brazo levantado. Forcejearon.

—¿Qué hacéis? ¡Señor!

Encendido en ira, Moisés arrebató el látigo de las manos del hombre y lo arrojó lejos. Luego sujetó al vigilante entre sus brazos y lo zarandeó.

—¡No vuelvas a levantar tu mano contra ellos! ¿Me oyes? ¡No vuelvas a hacerlo!

El vigilante intentó librarse. Era un hombre robusto, pero Moisés le rodeó el cuello con un brazo y apretó con furia. El hombre tosió y agitó las piernas, ante la mirada perpleja del capataz y de Meketre.

—Son ancianos. ¡Están trabajando para su rey! Tú eres el holgazán, que te cebas con su comida y los tratas como a animales. ¡Maldito seas!

—Señor… —cloqueó—. Sí… señor…

Moisés lo soltó y lanzó su puño contra él. Lo golpeó en el cuello

con todas sus fuerzas. El vigilante se tambaleó, puso los ojos en blanco y cayó desplomado al suelo. Los obreros habían dejado de pisar el barro, contemplando la escena. También Meketre y el capataz miraban, petrificados, sin decir palabra.

Moisés sacudió las manos y escupió. Meketre reaccionó por fin.

—¡Mi señor! Oh, mi señor, qué lamentable incidente…

—¡Calla!

El intendente se llevó las manos a la cabeza, consternado. El hombre del látigo permanecía echado en tierra y con los ojos espantosamente abiertos, mirando al vacío.

—¿Tiene familia? —preguntó Moisés, con voz fría.

—No, mi señor… No, que se conozca. Había sido soldado antes de venir aquí.

Moisés lo miró una última vez.

—Enterradlo.

Cuando abandonaba el campo, se detuvo ante el despacho de Meketre y ordenó al portaabanico que se marchara. Una vez solos, se volvió hacia el intendente.

—¿Cuántos hombres mueren cada día en el campo?

Meketre, que se deshacía en disculpas y no había dejado de lamentarse, se quedó mudo durante unos instantes.

—¡Responde! ¿Cuántos mueren?

—Señor… Quizás un hombre, o dos. No siempre, intentamos que sean los menos. De lo contrario, pronto nos quedaríamos sin trabajadores.

—Pues bien, hoy ha muerto uno más. No le busques sustituto. Ahórrate la paga. Seguro que te vendrá muy bien, además de esas verduras y esa carne que te quedas para ti y los tuyos.

Meketre volvió a resoplar.

—¡Señor! No… No es así. Puedo explicároslo, mi señor. No es…

—¿Me crees estúpido? He visto lo que separas en el almacén. ¡Y he visto lo que echáis en las ollas de los obreros! Les dais lo peor, y menos de lo que les toca. Adivino que esa carne tampoco va a parar a sus estómagos. Sin duda tus arcas están bien llenas, Meketre.

El intendente se abanicó, se dejó caer en un taburete y meneó la cabeza.

—Lo comprendo muy bien, señor —dijo, y su voz ya no era estridente, sino ronca—. Lo comprendo.

—Bien —Moisés lo agarró por los hombros y lo miró a los ojos—. Recuérdalo bien. Porque de tu silencio depende mi silencio.

Aquella noche no pudo dormir. Ni siquiera Nit le pudo hacer

olvidar. La poseyó con violencia y ella se quejó. Cuando se quedó dormida, a su lado, una lágrima escapó de sus ojos. Moisés la vio, resbalando como una perla por su mejilla, y sintió más ira.

Tal vez un demonio se había despertado en su interior. La sangre, como el fuego del combate, se esparcía y pedía más alimento para devorar. Más leña, más carne, más sangre. Se levantó y caminó por su alcoba. Subió a la terraza, donde días atrás Jaemuaset le había hablado de la belleza de la tierra y el misterio de los dioses. El gran sacerdote, el sabio mentor en el que siempre había confiado. El hombre que amaba a su propia hermana. Ahora, casi lo odiaba. Contempló el cercano palacio real, aún dormido, los pilonos de los templos, como tres grandes bestias alzando sus lomos sobre la ciudad. Y no encontró, en el fresco amanecer, la ansiada paz.

Pasó el día entrenando en la ciudad castrense y esquivando a sus hermanos, a su madre, a quien no fue a ver como solía, y a los guardias shardana. Por la tarde, Seti fue a buscarlo y no pudo zafarse. Se lo llevó al lago real a nadar y después lo invitó a pasar la noche con él, en la Ciudad Nueva.

Y aceptó. No deseaba volver al palacio, ni encontrarse con el rostro dulcemente acusador de Nit. El demonio aún no se había aplacado en él.

En la taberna los dos príncipes bebieron y bromearon. Se sentaron en el patio, bajo el frescor de una parra, entre muchos otros clientes que ocupaban bancos y mesas en alegre jolgorio. El dueño los conocía bien y se prodigaba con ellos. A media noche hizo venir a un grupo de bailarinas que deleitaron a toda la concurrencia. Seti se las comía con los ojos.

—Mis señores —dijo el tabernero, sirviéndoles más vino—. Puedo reservaros las que queráis... He preparado unas alcobas limpias en el piso alto.

Seti rió. Moisés las observaba sin decir palabra. De pronto, se le fueron la sonrisa y la jovialidad. La sombra que le crecía adentro salía, asomaba a sus ojos y le enfriaba la piel.

—Hermano, ¿has oído? —preguntó Seti.

Moisés se volvió hacia él.

—No quiero a ninguna —dijo—. Sólo quiero a Nit.

—¿A la muda? —Seti se echó a reír—. ¡Estás borracho!

Sí, lo estaba, pero la embriaguez también le daba una oscura lucidez y no disminuía su ira. Posó su copa de golpe y, cuando el tabernero quiso llenársela, le dio un manotazo y la arrojó al suelo.

—¡Basta!

—Mi señor...

Seti lo miró con extrañeza.

—¿Qué te ocurre?

En aquel momento, estalló una disputa en una esquina del patio. En las últimas mesas se sentaban varios hombres de aspecto pobre. Algunos, Moisés los reconoció, eran jóvenes habiru del campo de adobe. Luego era cierto que, como decía Djemer, había quien se bebía su paga antes de regresar a la aldea, con su familia.

Era una pelea de borrachos que comenzó siendo ruidosa y terminó a golpes. Varios clientes de la taberna vocearon, pidiendo que se largaran los alborotadores. Moisés avanzó hacia ellos.

Dos hombres se insultaban en una lengua extraña. Los otros los azuzaban, algunos se burlaban. Eran dos habiru.

Cuando se enzarzaron a puñetazos, Moisés agarró a uno por la espalda.

—¡Basta!

El hombre se volvió. Era casi tan joven como él.

—¿Qué demonios quieres?

—Dejad de golpearos.

El otro escupió y quiso sacudírselo de encima.

—Suéltame y métete en tus asuntos. ¡Esto es algo entre él y yo!

—¡Dejadlo, os digo! Sois hermanos.

El pendenciero soltó una carcajada. Varios lo imitaron y su adversario cerró los puños, dejando escapar un juramento.

—¿Vas a matarme? ¿Como lo hiciste con el vigilante, en el campo de adobe?

—¡Calla!

—Sí, ¡él lo mató! —vociferó el otro—. ¡Y ahora viene de justiciero! Miserables hijos de zorra… No saben lo que es trabajar con las manos. ¡No saben nada!

Se armó un alboroto. Moisés zarandeó al joven habiru, el otro gritaba y todos discutían a voces. El tabernero clamaba.

—¡Paz! ¡Haya paz!

Las bailarinas se asustaron y decidieron que era hora de retirarse. Algunos clientes las retuvieron y ellas se pusieron a chillar.

Moisés sintió una mano firme en su hombro. Se volvió, era Seti.

—Hermano, ¿qué estás haciendo?

Moisés lo miró unos instantes y, abriéndose paso entre los bebedores, salió de allí a toda prisa. Seti lo siguió.

—¿Qué ha ocurrido, hermano?

—Nada. ¡Déjame! Necesito estar solo.

Y huyó, en la oscuridad de las calles. Seti se quedó a la entrada del patio de la taberna, con la mirada fija en él, hasta que desapareció

tras una esquina.

Vagó toda la noche sin descanso. Recorrió las callejas sinuosas de la Ciudad Nueva. Rodeó el templo de Seth, preguntándose si no sería la fiebre de aquel dios iracundo la que lo poseía, incitándolo a herir y a matar. Por fin, salió al puerto y paseó por las dársenas. Los pescadores volvían de sus capturas nocturnas, sus lámparas de aceite iluminando las aguas oscuras. La noche era clara y caminó por la ribera, alejándose de las casas hacia la zona del lago real. Bajo el palmeral se detuvo y escuchó el aliento de la noche susurrando entre los cañaverales. ¿Era la voz de Amón, el alma del viento? Allí, muy cerca de aquel lugar, Bint-Anat había recogido, dieciocho años atrás, una canastilla con un niño dentro.

Decidió que tenía que marchar. Por primera vez sintió que aquella ciudad no era suya. La tierra le era hostil, la sombra de los palacios lo acechaba y necesitaba huir lejos. También, aunque no quería confesárselo, sentía miedo. Conocía las penas que se infligían a los homicidas, más duras aún si el asesinado era un hombre al servicio del rey. Aunque el homicida fuera de sangre real, que no lo era, y sabía que el monarca jamás lo había olvidado.

Tenía que marchar. Y debía hacerlo de inmediato, solo. No lo diría a nadie. Ni siquiera podía fiarse de Seti. Forjó un plan en su mente y regresó al puerto. Mientras iba repasando los pasos a seguir, se acordó de Nit. Sentado en la dársena, esperando que alguna balsa zarpara hacia la otra orilla, ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar.

¡No huyas! Quédate aquí, conmigo.

La huida

Entró en el palacio del rey sin que nadie lo detuviera. La guardia shardana lo dejó pasar y se dirigió al ala de Isis la Bella, que ahora ocupaba su hija. Los pasadizos desiertos estaban tenuemente iluminados por la claridad del alba que entraba desde el jardín.

Nofret, la anciana criada, lo esperaba a la puerta de los aposentos y lo llevó hasta la alcoba de la reina.

Bint-Anat yacía en su lecho y se incorporó rápidamente cuando vio entrar a Moisés.

—¡Hijo!

Saltó del lecho y lo abrazó temblorosa.

—Madre, ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¡Cuéntamelo tú!

Se apartó de él, con el rostro bañado en llanto.

—Lo sé todo, hijo. Lo sé todo…

A él se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué sabes, madre?

—¡Todo! Mataste a un hombre inocente… Y anoche estuviste a punto de matar a otro.

—Anoche tan sólo detuve una pelea. ¿Quién te ha contado todo esto?

Bint-Anat se enjugó las lágrimas con los dedos, sentándose en la cama.

—Yuni tiene ojos y oídos a lo largo y a lo ancho de todo el reino… Cuanto ve y oye se lo comunica al rey. Pero yo conozco a los hombres de Yuni. Hay uno que te sigue y le ofrecí doblar su paga si, antes de ir a su dueño, me lo contaba todo a mí.

Moisés sintió que le faltaba tierra bajo los pies.

—Lo sé todo, Moisés, todo. Y el rey no tardará en saberlo.

—Madre, me voy a ir.

—No… ¡No huyas! Quédate aquí, conmigo. —Le tomó las manos y se las apretó, convulsa—. Intercederé ante padre. ¡Me escuchará! No te sucederá nada malo mientras estés bajo mi protección. Jaemuaset también abogará por ti. ¡No temas!

Él movió la cabeza.

—No tengo miedo, ni quiero huir. Pero necesito estar solo, madre. Hace tiempo que deseo irme. Tengo que pensar y poner orden en mi corazón.

Ella volvió a llorar en silencio.

—Pero ¿a dónde irás, hijo?

—Al desierto. Al oasis de Shedet.

—Espera que Jaemuaset regrese a Menfis. ¡Ve con él!

—No, madre. Tengo que ir solo.

—Te lo ruego, ¡no te vayas!

—¿Temes por mí?

—No… Sí. Sí, temo. Por favor, escucha a tu madre. Escucha…

Bint-Anat le soltó las manos y se dejó caer en el lecho, súbitamente pálida.

—¡Madre!

—Llama a Nofret… No me siento bien.

—¿Qué te ocurre?

—No… No es grave. Llama a Nofret y dile que traiga agua fría.

Moisés se acercó y le tomó una mano. La tenía empapada de sudor y temblaba.

—¿Estás enferma?

Ella sonrió débilmente.

—Estoy embarazada, hijo.

Él dejó caer la mano.

—¿De quién?

La mirada de Bint-Anat se ensombreció.

—De mi esposo, el rey. ¿Acaso lo dudas?

Moisés retrocedió. Ambos se miraron fijamente, sin decir palabra. Como si hubiera escuchado a su señora, Nofret entró en la alcoba con una jofaina y una toalla.

—Espera. —Bint-Anat alargó una mano hacia Moisés—. Ven, hijo.

Él se agachó a su lado y ella susurró.

—Sal por la puerta de los criados, la que está junto a las despensas. Ve al palacio de los príncipes, quédate en tu habitación y no te muevas de allí. Espera mi mensaje.

Moisés asintió. Ella continuaba.

—Por favor… Espera y no huyas. Prométemelo.

La miró sin decir palabra. Y la besó en la frente con suavidad, antes de abandonar la alcoba.

Había pensado ir directamente a la ciudadela militar y allí coger sus armas y su macuto. Pero ahora tenía miedo. Y el tiempo corría en su contra.

Salió por la puerta de servicio, cruzándose tan sólo con una criada de su madre y dos esclavos que llevaban leña a las cocinas. Cuando estuvo fuera vio que el cielo ya era claro. Pronto saldría el sol y cada

paso que diera estaría vigilado. Rodeó el recinto del palacio por el muro del sur, sin acercarse a la entrada, y esperó a una barca de pescadores para cruzar el río y volver a la Ciudad Nueva.

Elifelet lo recibió en el jardín de su casa. Por su aspecto y por el trajín de criados y recaderos en el vestíbulo, Moisés supo que llevaba horas en pie. El mercader era hombre madrugador, pensó.

Lo invitó a su despacho sin dejar de observar su aspecto desaliñado. Él, en cambio, lucía un faldellín impecable y aún olía a la mirra de su baño.

—Mi señor, venís a una hora temprana. ¿En qué puedo serviros?

—Necesito que me hagas un préstamo —dijo Moisés, y el rostro del mercader mostró sorpresa. Pero rápidamente recuperó su compostura.

—Necesito algo de oro. Te lo devolveré.

—Por supuesto, mi señor. Contad con él. ¿Cuánto precisáis?

—Lo suficiente para un hombre que ha de viajar durante una luna.

—Bien… ¿Viajáis solo, señor?

Moisés lo escrutó.

—Sí. También necesitaré un caballo.

—Bien, señor. Puedo proporcionaros uno, excelente. No encontraréis nada mejor en el ejército.

Elifelet debía estar preguntándose por qué un príncipe y comandante de la tropa real pedía una montura y dinero prestado, se dijo Moisés. Y añadió:

—También necesitaré armas.

Elifelet ya no ocultó su perplejidad. Pero tomó uno de sus papiros, mojó el cálamo en un tintero y comenzó a escribir, deteniéndose de tanto en tanto a calcular.

—No quiero documentos —dijo Moisés.

—Señor, es para mi control y administración. Os aseguro que…

—Me basta con tu memoria. Calcula y anota lo que me vayas a prestar. Luego, rompe el papiro.

El mercader obedeció. Trazó varios signos rápidos, revisó lo escrito y rompió el papiro en pedazos.

—Ya está, señor. Os prestaré siete onzas de oro para las provisiones del trayecto. Diez más para cualquier imprevisto que pueda surgir… Y diez en concepto del caballo y las armas. En total, treinta y siete. Es más de lo que necesitaréis, creo, pero vale la pena prevenir.

—Me parece bien. No puedo asegurarte cuándo, pero lo recuperarás con creces.

—Me basta vuestra palabra, señor.

—Ahora me dirás dónde debo ir a buscar el caballo.

—Os acompañará un criado mío.

—No, prefiero ir solo. Indícame el lugar y llegaré. Conozco bien la ciudad y los alrededores.

Elifelet de nuevo enarcó las cejas.

—El tratante de caballos os proporcionará también las armas. Tiene buenas piezas, algunas proceden del ejército. De guerreros muertos. Sus viudas las venden para obtener ingresos. Ya me entendéis, señor.

Moisés asintió. Las armas del ejército pertenecían a la corona, sólo los nobles y sus hijos podían permitirse comprarlas y conservarlas como su propiedad. Pero, finalizada una campaña, siempre había quien sustraía armas del arsenal y traficaba con ellas. Algunos soldados contraían deudas y las pagaban con sus armas. El rey había ordenado perseguir aquellas prácticas, pero seguían siendo habituales entre los oficiales de rango medio y traficantes poco escrupulosos.

—Lo entiendo —dijo Moisés, y escuchó con atención mientras Elifelet le explicaba cómo llegar a la hacienda del ganadero.

Mientras el mercader iba a buscar el oro Moisés lo esperó en pie, junto al estanque del jardín. Elifelet llegó enseguida con un saquito de cuero.

—Mi señor, aquí tenéis lo convenido. Podéis contarlo.

—Me fío de ti.

—Señor, me honráis.

—Hace dos días tuve una conversación con Meketre, en el campo de adobe. Hablamos de ciertos negocios suyos.

Elifelet contrajo el ceño. Moisés continuó.

—No temas, no te pondré en peligro. Pero quiero total discreción sobre mi visita. Nadie debe saber que te he pedido oro prestado, ni que voy a salir de viaje. De tu silencio, Elifelet, depende mi silencio.

Salió de casa del mercader y, apenas llegó junto al templo de Seth, escuchó un vocerío y rodar de carros.

—¡Soldados del rey! —gritó alguien.

En la plaza había ya bastante gente, algunos asnos cargados y dos carretones de mercancías. Moisés retrocedió de inmediato y buscó el refugio de una pared. Alejándose del tumulto creciente, torció por una callejuela y echó a correr.

Por encima del vocerío escuchó el balido de un cuerno. Los soldados estaban a punto de proclamar un bando. El corazón le latió con fuerza y se detuvo. Una mujer venía caminando apresuradamente

hacia él y Moisés dio media vuelta. La mujer alargó un brazo y lo alcanzó.

—Aquí. ¡Entra!

Abrió una puerta, lo hizo pasar y cerró de golpe. Moisés se encontró en un vestíbulo oscuro y fresco tenuemente iluminado por la salida a un patio interior.

—¿Quién eres? —preguntó, reponiéndose del sobresalto.

—Te conozco —dijo ella—. Te he visto en la plaza y he visto cómo huías al oír a los soldados. Y te he seguido.

—¿Sabes quién soy?

—Claro que lo sé.

Moisés la examinó en la penumbra del pasadizo, pero su rostro le resultaba desconocido. La mujer lo hizo entrar en una pequeña habitación que se abría al patio.

—Soy Shefirá. La comadrona que ayuda a las mujeres habiru. Conozco a tu familia.

«Nada de lo que hace un príncipe permanece oculto…». Moisés permaneció en silencio, intentando aquietar los latidos de su corazón.

—Vi nacer a tus hermanos. Y sé lo que hizo tu madre para salvarte. A ti te conozco porque te he visto varias veces, en las fiestas y en los desfiles del rey. Te pareces mucho a tu hermano Aarón.

Moisés tomó aliento.

—¿Puedes ayudarme? Tengo que salir de la ciudad.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el sur. No necesito cruzar el río.

—Bien. No se me ocurre otra cosa que… ¿Serías capaz de vestirte como una mujer, durante unas horas?

Moisés movió la cabeza.

—Haré lo que sea. He de salir de aquí sin ser visto.

Shefirá lo dejó oculto en la habitación, que resultó ser una pequeña alcoba. Moisés la observó desde la ventana. Salió al patio, donde jugaban varios niños, y dio órdenes a dos criadas. La casa era grande y con dos pisos, y Moisés dedujo que la partera debía haber contraído un matrimonio ventajoso. Se respiraba cierta abundancia y una paz limpia entre los muros. Un delgado rayo de esperanza se abrió paso entre sus miedos. Tembló al darse cuenta de que todo su destino pendía de las manos y la astucia de aquella mujer que no conocía. ¿Podía fiarse de ella?

La comadrona le puso una raída túnica encima y lo cubrió de la cabeza a los pies con el velo de una de sus criadas.

—Camina a pasos cortos, nada de zancadas marciales. Y procura ir un poco encorvado. Cargarás esta cesta a tu espalda, eso te ayudará.

Sigue mi ritmo y no levantes la cara. Menos mal que vas bien afeitado.

Poco después, dos mujeres tocadas con velos, la una con un ánfora en la cadera, la otra con una espuerta cargada a la espalda, salieron caminando hacia las afueras de la Ciudad Nueva. Los soldados ya recorrían las calles en brigadas de seis, interrogando a unos y a otros, y entre los corros de vecinas no se comentaba otra cosa. Ellas siguieron su camino y nadie las molestó. No se separaron hasta llegar a los campos, junto a una alberca donde las campesinas iban a lavar ropa. Allí, Shefirá dio algunas indicaciones a su acompañante y se despidió con un gesto familiar, propio entre mujeres que volverán a verse durante el día.

Cuando estuvo lejos de las últimas casas, a una milla de la ciudad, Moisés se quitó el velo y la túnica y los metió en la cesta. No se atrevió a deshacerse de ella y continuó caminando con su carga hasta el lugar que Elifelet le había indicado.

El tratante de caballos y armas se llamaba Khufu y era un oficial de la tropa retirado. Afortunadamente, pensó Moisés, no lo había llegado a conocer. Vivía en una granja a orillas del ramal principal del Nilo. Entre la ribera y la ruta que partía hacia Menfis, un gran cercado de adobe albergaba cientos de reses y un amplio almacén.

Moisés eligió su caballo. Era una yegua libia de piel castaña y patas y crin negra, espléndida y serena, pero veloz y muy resistente, le aseguró su dueño. Se le notaba reticencia a desprenderse de ella, pero cuando Moisés sacó las piezas de oro de su bolsa su mirada cambió.

—Y ahora, enséñame las armas.

Khufu también miró sin disimulo a aquel muchacho de faldellín fino, pero sucio, y de cabellos desaliñados. Algún joven noble con problemas, debió pensar para sus adentros.

Moisés examinó las armas. Todas procedían del ejército y algunas de otros pueblos extranjeros. No añoraré mi arco, se dijo, tomando uno de grandes dimensiones.

—Mi mejor pieza, señor —dijo Khufu—. Y aquí tenéis el carcaj. Con todas sus flechas.

Moisés acarició el arco y lo reconoció por el dibujo pintado en las palas y parcialmente borrado. Era de la división Amón, la que comandaba el rey. Sonrió para sí.

—Ahora quiero una lanza y una espada. Mejor dos. Una corta y una larga.

Khufu le mostró toda su colección y Moisés fue eligiendo. Escogió una espada hitita de hierro, aquel nuevo metal que superaba al bronce y cuyo arte de fraguado los forjadores de la corona se esforzaban por

imitar. También se quedó con una daga de mano y un pequeño escudo. Finalmente pidió una capa, un macuto y provisiones.

Pagó y añadió una última pieza que depositó en manos del antiguo oficial.

—Y esto es por tu silencio.

Tras desembolsar parte de su oro, Moisés partió al galope cuando el sol ascendía hacia el cenit. La esposa de Khufu le había llenado dos sacos con tortas de pan, dátiles, almendras, miel y salazones envueltos en papiro. También le dio un odre de vino y otro de agua. Khufu le preguntó qué ruta planeaba seguir, para indicarle dónde podía descansar y repostar agua.

Moisés, ya montado y con las riendas en mano, la capa anudada a la espalda, señaló hacia el sur.

—Voy al oasis de Shedet.

—Entonces, mi señor, no tendréis dificultades. Basta seguir el río, cruzarlo pasada Iunu y seguir hacia poniente. Es un camino largo para un hombre solo.

—Lo sé. Pero voy bien provisto.

Picó espuelas y partió al galope. Khufu y su mujer se quedaron viendo cómo se alejaba. Moisés cabalgó sin detenerse hasta llegar a una zona aislada entre campos, lejos de cualquier aldea. Una vez se aseguró de que nadie lo veía, volvió grupa.

Galopó toda la tarde hacia oriente, dejando atrás la ciudad de Sukot, hasta llegar a la ruta de Shur, que se adentraba en el desierto.

El desierto

Tu Dios te hizo salir del país de Egipto y te condujo por el desierto, inmenso y terrible.

Deuteronomio 8, 14-15.

La ruta del desierto

Al atardecer, Moisés llegó a un palmeral. Crecía junto a uno de los manantiales que jalonaban la ruta, abrevadero de viajeros y pastores. No muy lejos se levantaba media docena de casas de adobe.

Necesitaba descansar y el caballo tenía que beber. Pero no quería ser visto. Aguardó a que oscureciera y se acercó a la alberca. Desmontó, soltó las riendas de la yegua y dejó que bebiera. También él bebió, volvió a llenar de agua su odre y comió pan y unos dátiles. El cuerpo entero le dolía y ansiaba echarse, pero meditó que no podía quedarse en un lugar habitado.

Durante la larga cabalgata no había dejado de pensar. El éxito de su huida dependía del silencio de Elifelet. Si alguien lo había seguido hasta la casa del mercader y este había hablado, era muy probable que los soldados hubieran llegado hasta la hacienda de Khufu. Allí había dejado una pista falsa. Seguirían la ruta a lo largo del Nilo, hacia Menfis, pero no tardarían en ver que sus huellas desaparecían. El engaño le podía proporcionar un día de ventaja, a lo sumo dos. Pero el rey disponía de puestos de guardia en las rutas principales y un jinete rápido podía transmitir cualquier novedad a los centinelas de otros puestos. Si alguien lo veía, en unas cuantas horas el rey sabría hacia qué dirección debía enviar a sus hombres para capturar al fugitivo.

Un día, la velocidad de un hombre a caballo y no ser visto o reconocido, esas eran sus únicas ventajas. Después de terminar su frugal cena, y aunque sus huesos pedían descanso, decidió ensillar de nuevo a la yegua y cabalgar un par de horas más, con el fresco de la noche.

Divisó a lo lejos las teas encendidas en el muro de Ismaliya, la pequeña ciudad donde la ruta se bifurcaba. De allí partía el camino de Sin, que ya había recorrido dos veces con el ejército. Era un camino conocido, pero Moisés decidió continuar por la ruta del este. Era la menos transitada y la que atravesaba regiones más inhóspitas, pero si seguía siempre hacia oriente terminaría llegando a Canaán, la tierra de sus raíces.

Esquivó la población y buscó refugio en un bosquecillo de acacias que crecía alrededor de un manantial casi seco. Tendido bajo los árboles, envuelto en la capa y en el manto que le diera Shefirá, intentó descansar unas horas. Pese al cansancio, apenas pudo conciliar el sueño.

Lo atenazaba el dolor. Había cabalgado durante más de diez horas casi sin descanso. Y lo asaltaban mil y un pensamientos y recuerdos. Elifelet entregándole el oro; el tumulto y la huida por las calles de la Ciudad Nueva; la inesperada intervención de Shefirá, su escapada furtiva envuelto en el manto de una mujer. Khufu y su esposa despidiéndolo junto al camino. La cabalgata. Siempre se había sentido libre galopando a pleno sol. Siempre hasta aquel día, en que cabalgó espoleado por el miedo.

Dio varias vueltas mientras el frío caía sobre la tierra y le atravesaba la piel. Nit estaría en su alcoba esperándolo en vano, con sus grandes ojos tristes. Pensó en Bint-Anat, pálida en su lecho y angustiada. Encinta y esperando, también, noticias de su primer hijo, el niño de las aguas. Vio a Seti, inquisitivo y perplejo. «Hermano, ¿qué estás haciendo?» Resonaron en su interior las palabras de Jaemuaset. «Ni siquiera los dioses son libres.» Y cuando, ya aturdido, estaba a punto de caer en un sueño agitado, el rostro de Miriam apareció ante él, sonriendo y con llamas en los ojos. «Saber te hace responsable.» ¿De qué? ¿De quién? Saber te hace responsable… Se durmió con aquellas palabras entre los labios.

Se levantó con la primera claridad del alba. Se desperezó y bebió agua. Estaba entumecido y sus piernas flaqueaban, pero se obligó a moverse. Llamó a la yegua, la ensilló y cargó los dos sacos y las armas.

—Te llamaré *Alma del Viento* —dijo, acariciando la crin del animal—. Quiera el poderoso Amón que me lleves tan lejos como el huracán.

Cuando montó, dio un grito y nombró al corcel. Este partió al galope y Moisés se sintió más fuerte. La ruta se extendía ante ellos, solitaria y blanca entre un mar de colinas desérticas. El sol asomó en el horizonte y el mundo quedó inundado de luz.

A mediodía, bajo un calor tórrido, encontró otra fuente. Tan sólo se había cruzado con un carro de bueyes famélicos y un rebaño de cabras, pastoreado por dos nómadas que se dirigían a Ismaliya a primera hora de la mañana. Tanto el conductor del carro como los pastores lo observaron con curiosidad, pero él pasó por su lado sin detenerse, envuelto en una nube de polvo. El resto del tiempo cabalgó en completa soledad. Aunque se había cubierto la cabeza y la espalda con un manto, la piel le quemaba y los ojos le escocían. Decidió descansar en aquel lugar y continuar su trayecto de noche.

Se recostó en el tronco de un tamarindo grueso y achaparrado, con el arco a un lado y la mano sobre su espada. Cerró los ojos y sintió todavía la quemazón del Sol. Ra inclemente, dador de vida, era señor

de la muerte en el desierto, pensó. Su luz, que pintaba de color el mundo, también podía arrebatar el don de la vista. Apretó los párpados y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Intentó dormir.

Los tres días siguientes cabalgó de noche. Durante las horas de más calor descansaba a la sombra de una roca o allí donde encontraba algún matorral de arbustos espinosos, que escaseaban cada vez más. Al atardecer emprendía el camino. En el frío nocturno *Alma del Viento* se reanimaba y también él recobraba bríos. Tras el dolor de los dos primeros días, su cuerpo se endureció y soportó mejor las cabalgatas. La tercera noche comenzó a paladear de nuevo el sabor de la libertad. No había percibido señal alguna de perseguidores y su espíritu se aquietó. Los amaneceres eran gloriosos y durante el día el firmamento lo envolvía con su azul intenso como la púrpura. De noche, la luna creciente se elevaba sobre las dunas. El cielo se tornaba velo transparente y la tierra resplandecía, bañada en plata. Veía la sombra de caballo y jinete surcando aquel mundo desnudo y callado. Tierra, aire y luz. Lejos quedaban los dioses de la vida, la exuberancia del Nilo, sus riberas feraces, sus lotos floridos. Allí sólo habitaba el Sol implacable. La matriz del cielo, hermosa y profunda, quedaba virgen y estéril a su paso. Los dioses de cabeza de halcón y alma de escarabajo, las diosas de vientre de hipopótamo y rostro de gato ya no tenían lugar allí. Tan sólo el señor del viento, Amón, y el Sol reinaban en el país de la muerte.

Y ni siquiera el viento. El viento era él, y era su caballo, surcando el aire abrasador y la noche gélida. Cuando se detenían el silencio pesaba sobre ellos. Tampoco Amón dejaba oír su voz en el desierto.

Cuando amaneció el cuarto día, Moisés divisó las montañas. Rugosas y desnudas, como oleaje de roca sobre el firmamento, se alzaban ante él. El paso de los arroyos, desaparecidos tras las efímeras lluvias, había dibujado en ellas mil arrugas pálidas que se ramificaban como las venas secas de un inmenso cadáver.

El camino bordeaba las montañas; Moisés pasó el día refugiado en un abrigo rocoso. Buscó algún manantial, pues se le estaba agotando el agua, pero no encontró fuente alguna ni rastro de vegetación. Al anochecer llegó a un valle amplio y profundo que corría de norte a sur. Se detuvo ante el cauce seco de un río que, tal vez milenios atrás, debió llevar aguas caudalosas.

Si continuaba hacia el norte llegaría al mar. Encontraría fuentes y podría tomar la ruta marítima hacia Gaza y la costa cananea. Era la más rápida y directa. También la más transitada y, a buen seguro, vigilada. Si seguía el curso del valle hacia el sur se adentraría más en el desierto. Un desierto montuoso, desconocido y hostil. La ruta que

sólo un loco escogería. Un loco o un desesperado.

Decidió subir a un risco y desde allí elegir. Los nómadas seguían los barrancos de los ríos y siempre encontraban agua y refugio. Aquel cauce debía tener un origen, debía llevar a algún lugar. Escaló penosamente la ladera del valle, a pie, llevando a la yegua de las riendas. Cuando llegó arriba, la garganta le ardía y la lengua se le pegaba al paladar. Palpó el último odre de agua, apenas quedaban unos cuantos sorbos. Y *Alma del Viento* mostraba signos de agotamiento y deshidratación.

Haciendo visera con la mano, contempló a su alrededor. Al norte el horizonte se diluía en una planicie arenosa hasta perderse en el azul. Más allá estaba el mar… Su esperanza o quizás su perdición. Al oeste, divisó el camino recorrido aquella noche, serpenteando entre los montes. Al sur se encrespaba una sucesión de ásperas sierras y barrancos de tierras rojizas, surcados por el valle que se abría a sus pies. Al este, se extendía un inmenso campo de dunas.

Volvió a otear el horizonte, girando lentamente sobre sí. Y, de pronto, vio algo que lo sobresaltó.

Muy lejos, hacia occidente, dos penachos de humo, o quizás de polvo, se elevaban sobre el firmamento claro.

Estaban a mucha distancia. Quizás eran remolinos de tierra llevados por el viento. Se frotó los ojos para asegurarse de que no era una ilusión. No lo era, y crecían en altura y tamaño. El corazón lo alertó.

—Han descubierto mi rastro —dijo, volviéndose hacia la yegua—. *Alma*, tenemos que partir.

Descendió por el barranco y optó por seguir el curso del valle hacia el sur. La ruta de un loco desesperado.

A mediodía desmontó y buscó la sombra de una pared rocosa. La yegua resoplaba y tenía los ojos sanguinolentos. Moisés la acarició y le dio unos dátiles, los últimos que le quedaban. Él ya no comía nada dulce desde hacía un par de días.

Alma del viento permaneció con la cabeza gacha, a la sombra. Luego echó a andar. Al poco se detuvo y mordisqueó algo en la tierra.

Eran plantas carnosas y endurecidas. Moisés se despojó del manto y, arrodillándose en tierra junto al animal, comenzó a escarbar frenéticamente.

Cuando logró sacar un puñado de tierra húmeda, se echó al suelo y hundió la cara en la fresca humedad. La yegua relinchó a su lado. Continuó escarbando. Fue a buscar su daga y se ayudó con ella. Mucho más tarde, cuando ya cavaba por inercia, casi con desmayo,

sus manos removieron un pequeño charco de agua fangosa. No esperó que se aclarase. Se inclinó y bebió hasta que su lengua lamió la tierra y sintió el sabor ferruginoso llenando su garganta. Cuando se incorporó, vio que el agua continuaba llenando el hueco excavado. Había dado con una veta subterránea, un manantial que no se agotaba. Dejó que la yegua bebiera y, tumbándose, quedó dormido.

Lo despertó *Alma del Viento* cuando ya el sol se había puesto tras las paredes del valle. Recordando las polvaredas que había visto, se puso en pie con premura.

—Tenemos que marchar. Vamos, *Alma*.

Cogió un pequeño cazo y llenó uno de los odres con agua terrosa. Comió unas almendras, masticando despacio, y dejó que el caballo bebiera hasta apurar el pozuelo. Montó de nuevo y emprendió la marcha hacia el sur.

Aquella noche la luna, casi llena, ascendió por encima de la garganta rocosa. Moisés la contempló largamente. Era la única diosa que permanecía viva en el desierto. Ella y el Sol. Pero ella iluminaba sin herir. Recordó ciertas palabras de Elifelet. Los habiru contaban el tiempo con la luna.

—Tú serás mi diosa protectora. Tú y el dios de las montañas.

Alzó la mirada hacia los montes, ya no rojos ni amarillos, sino bañados de pálida luz argentada. El dios de las cumbres se amansaba de noche. Dormía. O quizás no. Quizás velaba por sus hijos, los audaces que se atrevían a explorar sus senderos.

—Dios de las montañas, protégeme.

Y, en el silencio pétreo del valle desierto, una paz profunda invadió su corazón.

La noche siguiente, Moisés se desvió hacia el este, siguiendo un barranco salpicado de matorrales. Remontó el cauce de aquel otro río desaparecido y, a media noche, cuando ya la luna se ponía en el horizonte y las estrellas lucían más claras, llegó a un lugar donde el valle se ensanchaba. Hasta él llegó el rumor del viento en los árboles y el aroma de la humedad, del agua.

En la penumbra divisó la mancha oscura de un palmeral. Media docena de luces vacilantes, como estrellas caídas del firmamento, parpadeaban en el fondo del valle.

—Es un oasis, *Alma*. Y está habitado.

¿Era seguro quedarse allí? Tan sólo habían transcurrido siete días desde que abandonara la capital. Aún no era lo bastante lejos. Moisés descabalgó y caminó con sigilo hasta llegar al vergel. La brisa soplaba entre las palmeras y los tamarindos. Vio acacias, un campo de vides y

los flecos de un cañaveral. Evitando acercarse a las luces, buscó el agua.

Apenas llegó a la orilla de la laguna, oyó varios ladridos de perro. Aguardó inmóvil. Los ladridos sonaban cada vez más fuertes. Ahora ya es tarde para volver atrás, pensó. Quitó las bridas a la yegua y la dejó beber. Él también se arrodilló, sumergió la cabeza en el agua y bebió cuanto quiso.

Cuando se puso en pie, echó mano a la espada y se volvió aprisa. Los perros seguían ladrando y unas pisadas se acercaban. *Alma* resopló.

Era un hombre seguido de dos canes, con una tea encendida y armado con una jabalina. Moisés distinguió su silueta en la noche que ya palidecía. Decidió salirle al paso sin rodeos y aguardó, con la espada desenvainada.

Los perros llegaron hasta él y lo rodearon, sin cesar de ladrar y gruñir. El hombre plantó su lanza en el suelo y alzó la tea.

—¿Quién eres?

Moisés avanzó un paso, espada en ristre.

—Soy un mensajero del rey de Kemet. Me desplazo en una misión secreta.

El hombre no dijo palabra, pero llamó a los perros a su lado y los apaciguó, levantando su jabalina.

—Estaba bebiendo y repostando agua —continuó Moisés—. No voy a molestaros. Sólo quiero que me respondas a una pregunta. Me he desviado del camino buscando una fuente. ¿Qué lugar es este?

El hombre se acercó y lo alumbró con la antorcha. Moisés también observó su rostro anguloso y curtido. No era un hijo de Kemet, aunque hablaba su lengua.

—Estás en el oasis de Cadesh-Barnes, en tierra de Amalec.

Moisés asintió y pensó aprisa. Amalec era una tierra fronteriza entre Canaán y el desierto del Negueb. Si seguía por esa tierra llegaría a su destino, aunque la travesía de aquel desierto, conocido entre la tropa por su extrema dureza, resultaba temeraria para un hombre solo. Pero aún podía regresar al gran valle rojo que había seguido en los dos últimos días.

—¿Estamos muy lejos del mar? —preguntó.

El hombre se encogió de hombros.

—Estamos lejos de todas partes. Si quieres llegar al mar puedes ir al norte, hacia Gaza. O bien hacia el sur y cruzar el desierto de Parán. Con ese caballo te puede llevar tres o cuatro días.

—¿Hay fuentes por el camino?

—Algunas. No hace mucho llovió, es posible que, siguiendo los

barrancos, encuentres algunas.

Decidió marchar hacia el sur. Se despidió del hombre, llenó los odres de agua y bebió hasta sentir dolor en el estómago. Se acostó y dejó que la yegua paciera durante unas horas.

Despertó cuando el sol ya estaba alto. El verdor de la hierba y el palmeral lo llenaron de nostalgia. Sintió un cansancio abrumador y deseos de seguir durmiendo, durante días seguidos, olvidando y abandonándose. Oyó voces femeninas y de niños y se obligó a ponerse en pie. Un mensajero del rey en misión secreta no podía perder el tiempo reposando en un oasis. Abandonó el lugar al galope, ante la mirada curiosa de una docena de chiquillos que correteaban en medio de un grupo de mujeres, envueltas en velos y cargadas con cestos y ánforas en la cabeza.

En el monte, no muy lejos del oasis, vio una manada de gamos salvajes. Acuciado por el hambre desmontó, tensó el arco y siguió su rastro. Logró matar uno. Lo despedazó como pudo con la daga y comió la carne cruda, sin molestarse en buscar combustible para prender fuego. Mientras comía, los buitres sobrevolaban el valle, chillando y trazando círculos sobre su cabeza. Cuando terminó cortó varios pedazos de muslo y los envolvió en el papiro que la esposa de Khufu había utilizado para proteger las tortas de pan. *Alma del viento* lo aguardaba lejos, en la sombra de un peñascal. El olor de la sangre la había ahuyentado.

Con el agua de Cadesh-Barnes y la carne recién cazada, Moisés recobró fuerzas para enfrentarse a las montañas y al sol. Ya no sentía miedo. Amaba el desierto y el horizonte abierto; ahora comenzó a amar la soledad. Y empezó a hablar consigo mismo, con el príncipe hijo del dios de Kemet y con el habiru rescatado de las aguas y la esclavitud; desenredando, uno a uno, los nudos que ataban su corazón; intentando hilvanar un tapiz coherente con las hebras enmarañadas de su pasado.

Huyó lejos, se fue al país de Madián y se sentó junto a un pozo.
Éxodo 2, 15.

El pozo

Cinco días después de abandonar Cadesh-Barnes llegó al mar. Se acercó a la orilla, una playa arenosa que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El sol centelleaba en las aguas, de un azul puro e intenso que jamás había visto en el Nilo ni en los estanques de los palacios. Moisés dejó descansar a la yegua, se descalzó y se despojó de la polvorienta capa y el faldellín. Desnudo, se adentró en el agua.

El mar era inmenso como la cúpula del cielo. Era la otra matriz del mundo, densa y profunda, que lo envolvía en su fluidez. Las olas lo mecían; se balanceó, extendió los brazos y nadó. El agua era salada y densa, y lo sostenía en su seno opalino. Sumergió la cabeza y abrió los ojos. El sol dibujaba finas serpientes de luz sobre las arenas onduladas del fondo. Varios peces, raudos como flechas de plata, pasaron bajo su cuerpo, rozándole la piel.

Nadó y flotó sobre las olas hasta que la sal le irritó la boca y le hizo saltar las lágrimas. Regresó a la orilla y respiró hondo, sintiéndose renacido. Hacía muchos días que no se bañaba entero y lo había echado en falta. Pero jamás había nadado sumergido en la inmensidad de aquellas aguas primigenias. Recordó una vieja historia de la creación del mundo, tal como se la había explicado Jaemuaset. Del mar nacieron los primeros vivientes, los grandes monstruos, mucho antes que los dioses. Con un estremecimiento, buscó su ropa y se vistió.

Siguió la línea de la costa hacia el norte, donde se avistaba una ciudad al fondo de una gran bahía. Si no se equivocaba, era Ezion-Geber, el puerto desde donde partían las naves para comerciar con los países que vendían incienso, especias y perfumes. También allí confluían las fronteras de Madián, el reino de los pastores nómadas, y del reino de Edom. Recordó su campaña bajo el mando de Paraheru.

Ya no tenía miedo. Una noche dio en pensar que el rey no se molestaría en enviar soldados a perseguirlo tan lejos. ¿Para qué desperdiciar hombres y provisiones? ¿Quién era él, a fin de cuentas? Un hijo bastardo, el capricho de una princesa, uno más entre las decenas de oficiales de la tropa, insignificante y aún peor, rebelde. Innecesario y prescindible. ¿Quién era él? Al lado del gran soberano y de un puñado de príncipes con sangre real, él era nadie.

La bahía de Ezion-Geber estaba surcada por multitud de barcas de pesca y naves mayores, con grandes velas de lino y papiro. Algunas

eran de Kemet. Moisés entró en la ciudad a pleno día, dispuesto a comprar ropa y provisiones. Desde allí tomaría el camino real, cruzando Edom, para alcanzar Canaán desde oriente. Antes de una luna sus ojos contemplarían la tierra de sus antepasados, aquella a la que, según Elifelet, el corazón siempre ansiaba volver.

En la playa preguntó a unos pescadores, que lo examinaron de arriba abajo. Hablaban una lengua distinta a la de Kemet pero pudo entenderlos, pues se había familiarizado con algunos dialectos orientales en sus campañas con la tropa. Le indicaron dónde estaba el mercado y él los dejó murmurando mientras aparejaban las redes.

El centro de Ezion-Geber era animado como las ciudades de Kemet. En el laberinto de callejas se abrían tiendas, pequeñas tabernas, puestos de trueque, talleres artesanales y algún burdel. Al aire libre, en una plaza, los campesinos vendían frutos y verduras y un carnicero despiezaba carne para venderla a trozos, sazonada con especias y ensartada en espetones. También había puestos de pescado asado donde varias mujeres ofrecían peces envueltos en hojas de lechuga y tortas de pan.

Con la boca hecha agua, Moisés compró una torta rellena de cebolla y pescado y la comió allí mismo, mientras curioseaba los puestos de otras mercancías. La mujer que le sirvió ahogó un grito de sorpresa cuando vio su pequeña pieza de oro.

—¡Señor! Por esto podría daros toda la pesca de mi marido en una semana.

—Quédatela —dijo él—. Volveré a pedirte más comida.

El extranjero de aspecto andrajoso, con su hermosa yegua libia de cuya grupa colgaba un enorme arco, que comía como un mendigo muerto de hambre y pagaba en oro, pronto fue el blanco de la atención. Las gentes se apartaban a su paso respetuosamente, pero lo observaban sin disimulo alguno. Él caminó sin prisa por la plaza, comiendo su torta. Después de entretenerse en las paradas de alfarería y cobre se detuvo ante la mesa de un curtidor que ofrecía piezas de cuero y arreos para los animales de carga.

Le compró unas riendas y una funda nueva para su espada hitita. El curtidor, viendo a un cliente con recursos, se apresuró a ofrecerle más cosas.

—¡Señor! Señor, si vais de viaje, puedo ofreceros una silla mejor que esa que lleváis… Y estribos. Mi primo es herrero, ¿necesitáis armas? ¿Qué tal una buena manta para cubriros? Las noches en el desierto son frías… Ah, también puedo aprovisionaros. No miréis a esas mujeres que venden ahí. ¡La mitad de la fruta está podrida! Mi hermano tiene un huerto y puedo ofreceros lo mejor…

Una de las vendedoras, que estaba cerca, se acercó vociferando.

—¿Qué dices, so fullero? ¡Calla y atiende tu negocio! Señor, escuchad. Si es comida lo que necesitáis, venid a mi puesto. ¡Tengo las mejores granadas de toda la ciudad! Todo el mundo lo sabe, no hay huerto como el mío. Y veréis qué manzanas, y qué dátiles… ¡Probad, señor!

Le ofreció un puñado de dátiles que él aceptó, sin saber qué responder. El curtidor comenzó a insultar a la mujer.

—¡Enredona! Sujeta tu lengua, hija de mala madre…

Otra mujer vino en auxilio de la primera.

—¡Señor! Venid, venid, y os llevaréis pan recién amasado. Toda la comida se estropea yendo de viaje. ¡Mi pan no! Y se conserva más tierno que ninguno. Probad, señor, probad.

Le tendió un panecillo esponjoso. Moisés miró a su alrededor y vio que estaba a punto de provocar un alboroto. Se maldijo por no haber sido más discreto y sacudió la cabeza.

—¡Basta! Ya veré qué quiero llevarme. ¡Dejadme en paz!

Le costó librarse del curtidor, de las mujeres y de otros que vinieron. También un grupo de chiquillos corrió tras él, ofreciéndole sus servicios para llevarle la mercancía, las armas o incluso lavarle los pies. Él les dio los dátiles y el panecillo, pero no se los quitó de encima. Caminó a grandes zancadas, queriendo alejarse de allí, y por fin se volvió de repente y gritó.

—Sólo busco un lugar donde pasar la noche. ¡Nada más!

Una docena de manos se alargó hacia él. Al parecer, en Ezion-Geber todo el mundo tenía una posada en su casa.

Por fin, Moisés se dejó llevar por la mujer más anciana que le tiraba del manto. Era una vieja de rostro ávido y sonrisa desdentada. Pensó que sería una viuda pobre y que en su casa estaría a salvo de miradas curiosas.

En efecto, la morada de la anciana era pequeña y muy modesta, poco más que cuatro paredes de adobe y un minúsculo patio interior donde picoteaban las gallinas. Allí dejó a *Alma del Viento*, atada a una correa. En la casa olía a aire limpio, a paja y a pan recién cocido. Moisés agradeció entrar en la penumbra fresca de un hogar después de tantos días a la intemperie. La mujer ahuyentó a los vecinos fisgones, cerró la puerta de golpe y le preparó un potaje de alubias que él encontró delicioso. Le sirvió una bebida de yerbas endulzada con miel y le preparó un jergón, el único que se veía en la casa. El suyo, pensó él, con lástima. Pero el baño en el mar, la comida y el cansancio lo rindieron. Se echó en la paja y cayó dormido.

Cuando despertó, vio un rayo de luz entrando por la puerta que daba al patio. ¿Había dormido unas horas o quizás un día entero? Oyó a la vieja afuera, estaba alimentando a las gallinas y también echaba puñados de heno a la yegua, hablándole con afecto, como si fuera una niña. Cuando entró en la casa, Moisés se incorporó.

—Ah, señor, por fin os despertáis.

—¿Cuánto he dormido?

—Casi dos días, señor —respondió ella. Moisés se echó las manos a la cabeza y se frotó los cabellos.

—Mi señor, necesitabais descanso. Habéis hecho un largo viaje.

—Ah, ¿qué sabes tú, buena mujer?

Ella se agachó a su lado y lo miró.

—Mi señor, en la ciudad se habla de vos… Se habla mucho, sí.

Él se irguió, súbitamente alerta.

—¿Por qué?

—Hace unos días llegó un emisario del rey de las Dos Tierras. Parece que…

—¿Qué? —Moisés agarró un brazo de la mujer y la zarandeó, sin querer—. ¿Qué dice ese emisario?

—El rey busca a un fugitivo. —La vieja bajó la voz—. Y dio orden de vigilar a cualquier extranjero que viniera a la ciudad. Claro que, aquí, siempre llegan muchos extranjeros, y nómadas del desierto, y otras gentes extrañas… Señor, no se referirá a vos.

Moisés negó con la cabeza.

—No. No sufras por mí. ¿Alguien te ha interrogado?

—Oh, los vecinos siempre preguntan y quieren entrometerse. Mucha gente ha circulado ante mi puerta estos días. ¡Ante mí, la pobre viuda a la que nadie hace caso! Ahora, resulta que todos se acuerdan de mí. Pero les he dicho que erais un pariente de mi difunto marido, que os había reconocido y que por eso habíais venido conmigo sin dudar. Y que os dejaran descansar. ¡No he permitido que entrara nadie!

Moisés respiró hondo.

—Te agradezco lo que has hecho por mí. Me iré pronto, cuanto antes mejor. Sólo necesito que me compres algo de comida. Te daré el oro que necesites.

—¡Oh! Oro… Eso es demasiado para esta pobre vieja. Pero, señor, si tenéis que salir de la ciudad con discreción, mejor es que lo hagáis de noche. Yo os indicaré.

Moisés abandonó Ezion-Geber en la hora oscura y serena antes del alba. Cargó la yegua con los sacos repletos de comida y los odres a rebosar de agua. La sacó del patio por una puertecilla trasera que daba

al campo y se despidió de aquella mujer que aún no sabía cómo agradecer su buena fortuna a los dioses. La viuda se quedó en la cancela, vigilando hasta que los cascos del caballo dejaron de oírse. En sus manos nudosas apretaba, sin poderlo creer, tres gruesas piezas de oro.

Quería ir al norte, pero después de saber que el rey aún lo buscaba decidió encaminarse hacia el sur. Bordeando la costa, al otro lado de la bahía, se adentraría en el territorio de Madián, donde el rey de las Dos Tierras exigía tributos, pero ya no tenía jurisdicción. De Madián procedían, lo recordaba bien, los nómadas montados a camello que habían desafiado al ejército de Kemet en medio de las montañas.

De nuevo cabalgó a galope tendido. A su izquierda se levantaban las montañas, áridos bastiones desafiando al sol. A su derecha yacía el mar. Y la franja de la costa se extendía ante él, ora lisa y arenosa, ora abrupta y cubierta de guijarros. Pero siempre había suficiente espacio para cabalgar. Los valles que se abrían sobre la playa le ofrecían refugio, sombra y, casi siempre, manantiales donde abrevar a la yegua y calmar su sed. Pasó de largo por varias aldeas sin detenerse. En las horas más cálidas del día, se bañaba en el mar. Después, comía y dormía al abrigo de alguna peña. Al anochecer, se dejaba deslumbrar por la belleza de los ocasos. Jamás había visto el sol morir sobre el mar. Jamás había visto sangrar el cielo, como allí, y derramar su púrpura sobre las aguas. Permanecía con la vista fija en el horizonte, incapaz de musitar una plegaria o un himno. Descubrió que, al igual que sucedía con el dios de Miriam, aquel dios que no se dejaba atrapar por los nombres ni por las súplicas, también había momentos para los que no existían palabras.

Y así continuó su huida durante tres días más, hasta que llegó a una zona donde los montes devoraban el terreno hasta dejar apenas un sendero rocoso a ras del mar. Tuvo que descabalgar y guiar a la yegua a pie. Cuando creyó que ya no podría continuar y tendría que volver atrás rebasó una gran peña y se encontró ante una playa en forma de media luna, frente a un valle flanqueado por dos sierras moteadas de verde. Las palmeras crecían hasta la misma franja arenosa. También divisó unas cabañas de barro y los muros de varios corrales.

No se acercó a las viviendas, pero avanzó por la costa y luego se adentró en el valle. Ocultándose entre las palmeras, ascendió por la ladera meridional de la montaña y buscó un lugar elevado donde observar.

El valle se abría hacia una llanura, tierra adentro. El río que

desembocaba en la playa estaba seco, pero sus aguas debían correr bajo tierra, pues todo el cauce estaba cubierto de juncos, matorrales y bosquecillos de palmeras. Monte arriba crecían las acacias, el tomillo y la retama. Junto a las chozas de la playa vio diminutas figuras humanas, tal vez pescadores. En los campos divisó las manchas blancas y ondulantes de dos rebaños.

Caminó por el monte, alejándose del mar, hasta que llegó a una hondonada verde donde crecía un palmeral. Bajo las palmeras vio un pozo con su brocal de piedra, su balde y un abrevadero. Le vino a la memoria otro pozo, a la sombra de una higuera, y la voz y la risa de una mujer, burlándose de sus esfuerzos por llenar un cubo de agua.

Decidió esperar al anochecer para acercarse, beber y llenar sus odres. Se apostó tras unas rocas, a la sombra de una acacia, y se quedó dormido.

Lo despertaron las voces. Eran voces femeninas y risueñas que la brisa de la tarde traía hasta él. Se incorporó. El sol bañaba de luz dorada el valle, alargando las sombras. Vio a un grupo de mujeres cubiertas con sus velos, junto al pozo. Una de ellas sacaba agua y llenaba el abrevadero. A su alrededor se apiñaba un enorme rebaño de cabras y ovejas. El tintineo de las esquilas llegó hasta él.

Varios perros ladraron. No lejos se acercaba otro gran rebaño, guiado por cinco pastores. Avanzaban a buen paso, esgrimiendo sus largas varas. Las mujeres se agruparon en torno al pozo cuando los vieron.

Escuchó voces. Gritos de los pastores, una protesta femenina, una amenaza con voz ronca y varonil. Moisés se puso en pie. Los hombres enarbolaron sus cayados y las mujeres se retiraron. Los perros del primer rebaño seguían ladrando hasta que uno de los pastores les arrojó una piedra.

Las ovejas retrocedieron en tropel. Una mujer lanzó una imprecación y uno de los hombres la insultó, dándole un empujón. Se oyeron varias carcajadas. Otros dos se afanaban sacando agua del pozo y llenando el abrevadero. El rebaño de los hombres se acercó para beber.

Moisés saltó de su escondrijo, se ciñó la espada y tomó su arco y la aljaba. Dando un grito y se lanzó monte abajo hasta llegar cerca del pozo. Las mujeres y los pastores se quedaron mirándolo con perplejidad.

—¡Miserables cobardes! ¿Cómo tratáis así a estas mujeres?

Los pastores se agruparon, varas en mano. Moisés vio que todos iban armados y clavó su arco en tierra.

—¡Ellas llegaron antes! Largaos y dejad que abreven su ganado.

Los hombres se envalentonaron.

—¿Y quién eres tú, que te metes donde no te llaman?

—¡Vete, extranjero! No te enfrentes o lo lamentarás.

Moisés se plantó con más firmeza.

—Marchaos, ¡no lo repetiré!

Un pastor soltó una carcajada y desenvainó su espada. Los demás lo imitaron. Del grupo de las mujeres salió un grito.

—Cinco contra uno… ¡Cobardes! —exclamó Moisés—. ¡Aún no conocéis a los guerreros de Kemet!

Tensó el arco, lo cargó con una flecha y la disparó, hiriendo en el muslo a uno de los pastores. El hombre se desplomó, aullando, y los demás se detuvieron.

—¡Tú eres el cobarde! —vociferó el primero que había desenvainado la espada—. Pelea cuerpo a cuerpo y verás cómo me basto yo solo para hacer callar tu boca apestosa, ¡extranjero!

Se lanzó con furia contra Moisés. Él soltó el arco y blandió su espada, contraatacando con ímpetu. La lucha fue breve. El pastor quedó tendido en tierra, con el pecho abierto y sangrando.

Moisés se volvió hacia los tres restantes, que contemplaban a su compañero caído con estupor.

—¡Vamos! Tres sois pocos para mí. ¿A qué esperáis?

Los pastores vacilaron. Echaron un vistazo furtivo al herido, que se retorcía en el suelo intentando sacarse el asta de la pierna.

—¡Atacad ahora, cobardes!

Dieron media vuelta y echaron a correr. Empujaron su rebaño a gritos y a golpe de vara. Las ovejas comenzaron a trotar y se levantó una gran polvareda en el llano; los perros ladraron de nuevo.

—Ni siquiera han recogido a sus compañeros —masculló Moisés, envainando su espada. Se acercó al herido y le quitó la flecha. Un chorro de sangre brotó del muslo. El hombre gimió y Moisés se rasgó un jirón de su capa y le taponó el corte.

—Vete. El otro está muerto.

El hombre se fue, cojeando, gimiendo y llamando a los suyos mientras dejaba un reguero de sangre tras de sí.

Cuando terminó de limpiar su espada alzó la vista. Una de las mujeres estaba a su lado, observándolo.

Se puso en pie. Era tan alta como él, de rostro fino y nariz alargada. Sus ojos brillaban bajo dos cejas negras, espesas y curvas. Su boca grande y bien perfilada se contraía en un gesto audaz que le recordó a Miriam.

—¿Quién eres? —preguntó ella, en la lengua de los nómadas.

Moisés no respondió. Se miraron largamente hasta que él bajó la

vista y fue a recoger su arco.

Las otras mujeres, atemorizadas, no se atrevían a moverse. Una de ellas señaló el cadáver del pastor, otra se tapó los ojos. Moisés vio que eran muy jóvenes, algunas todavía niñas. Y todas se parecían mucho.

La mujer de la mirada oscura regresó con sus compañeras. Cogió el caldero y lo echó al pozo con energía. Era fuerte y rápida y comenzó a llenar el abrevadero. Las ovejas y las cabras bebían. Las otras muchachas observaban al desconocido, murmurando entre sí.

Él se acercó. Dejó su arco en el suelo y, cuando vio que la joven alta regresaba por tercera vez al pozo con el cubo vacío, la detuvo.

—Deja que lo llene yo.

Echó el caldero al pozo. Lo dejó caer, lo manejó con destreza y lo subió a rebosar de agua. Terminó de llenar el abrevadero y se ocupó de alimentarlo hasta que todas las reses hubieron bebido.

Alma del viento llegó trotando, relinchó y esperó junto al pozo. Entonces la joven alta llenó un cubo y lo posó ante la yegua. El animal bebió y resopló, agitando las crines.

Moisés se acercó y acarició el lomo de su montura. De nuevo su mirada se cruzó con la de la mujer.

—Gracias —le dijo.

Ella no respondió y dio media vuelta. No volvió a mirarlo ni a dirigirle la palabra. Dio voces a los perros, enarboló su vara de pastora y, con sus hermanas, guió al ganado alejándose de allí. Cayó la tarde, salió el primer lucero y Moisés permaneció junto al pozo, solo.

El sacerdote de Madián tenía siete hijas…
¿Cómo habéis dejado a este hombre? Invitadlo a comer.
Éxodo 2, 16. 20

El patriarca

Jetró salió de su tienda al anochecer. Había pasado las horas de más calor, como de costumbre, en la sombra fresca, atendiendo asuntos familiares, escuchando a sus parientes y resolviendo litigios. A la caída de la tarde salió, se desperezó y estiró los brazos mirando hacia poniente, mientras el sol descendía como un medallón de oro hasta el fondo del valle. Respiró hondo y elevó una plegaria silenciosa al cielo. La brisa vespertina comenzó a soplar sobre la llanura.

Contempló a su alrededor el campamento, una veintena de grandes tiendas y unas cuantas más pequeñas. Siete familias con una media de siete varones cada una, además de esposas, hijos y nietos. Siete clanes a quienes aconsejar, gobernar y con quienes mediar cuando estallaban conflictos, algo que no era poco frecuente. Medio millar de almas viviendo, trabajando, amando y peleando a brazo partido contra la inclemencia del desierto y el capricho de las aguas celestes. Pese a todo, podían dar gracias al Altísimo, señor de las lluvias y del estío, señor de la vida y de la muerte. Estaban vivos, sus rebaños crecían, su prole medraba y la tierra era generosa con ellos.

Su esposa salió tras él. Otras mujeres también abandonaban la sombra de las tiendas y sus labores de tejido y bordado para reunirse en grupos, encender fogatas y preparar la cena.

—Me voy al camino, hasta el pilar —dijo él—. A ver si vienen las muchachas.

La mujer asintió sonriendo. Era la costumbre de cada tarde cuando acampaban en aquella tierra. Salvo impedimento grave, Jetró siempre salía recibir a sus hijas que regresaban de pastorear el ganado. Y su esposa, Aaliya, siempre le sonreía, con la misma dulzura con que lo había mirado en sus años mozos, cuando era él quien salía con los rebaños y ella pastoreaba las ovejas de otro clan. Había algo en la sonrisa de Aaliya que era joven y eterno como el sol, como el paso de las estaciones. En su rostro moreno y arrugado, en aquellos ojos que ya no eran tan grandes ni tenían las pestañas tan largas ardía una luz que no pertenecía al tiempo.

Jetró tomó su cayado, que no necesitaba para apoyarse pues sus pies aún eran firmes, pero que le confería un aire de patriarca que le gustaban cultivar, además de serle útil para defenderse de cualquier alimaña que pudiera salirle al paso. Caminó sin prisa por el sendero que se alejaba del campamento. Junto al mojón de piedra erigido al

Señor Altísimo, donde pensaba esperar meditando un rato, vio de lejos el rebullir del rebaño acercándose y las siluetas gráciles de las siete jóvenes, con sus varas de pastora y los velos agitándose a sus espaldas.

Las muchachas venían a buen paso, hablando a voces y gesticulando, y Jetró frunció el ceño.

—¡Hola, padre! —exclamaron las más niñas, corriendo a su lado.

Jetró les acarició la cabeza y se dirigió a la mayor.

—Muy temprano llegáis.

La joven arrugó la frente con un gesto casi idéntico al de su padre.

—Los hijos de Akán vinieron al pozo.

Jetró golpeó el suelo con su bastón.

—¡El Altísimo los confunda! Y no habéis podido abrevar el rebaño.

—Nos amenazaron —respondió la hija mayor.

Sus hermanas protestaron y rodearon al padre, hablando todas a la vez.

—¡Un extranjero nos ha defendido, padre! —exclamó otra de las muchachas, delgada y vivaz—. Y hemos podido dar de beber al rebaño.

—¡Mató a Zev! —gritó una de las niñas—. Y los otros se fueron corriendo.

—¿Qué dices? —Jetró no ocultó su alarma—. ¿Lo mató?

—Sí, padre —explicó la segunda hija por edad, una joven de voz serena y dulce—. Y cuando los demás huyeron el extranjero sacó agua del pozo y abrevó el rebaño para nosotras.

—¡Tenía un caballo, y un arco enorme! —gritó la más pequeña.

—Y una espada —añadió otra de las niñas.

Jetró tuvo que alzar la voz para poner orden y concierto en su alborotada prole. A su grito, las muchachas callaron de golpe.

—Vamos a ver si me aclaro. Habéis llegado al pozo. Los hijos de Akán vinieron… ¿o ya estaban allí?

—¡Vinieron después! —contestó la adolescente espigada—. Nosotras ya habíamos empezado a sacar agua.

—Hum… ¿No quedamos que nosotros iríamos al pozo en días impares y ellos en días pares? Han roto el compromiso.

—Siempre lo rompen, padre —repuso la mayor, con voz hosca—. ¿Desde cuándo han respetado un solo pacto?

—Tendremos que hablarlo despacio —dijo Jetró, moviendo la cabeza—. Bien, así pues, ellos llegaron después y os amenazaron.

—Con sus palos y sus armas —repuso una de las niñas.

—Como siempre —añadió otra, casi idéntica a ella.

El padre asintió.

—Y entonces llegó ese hombre… extranjero, según decís.

—Era un egipcio —dijo la adolescente espigada.

—¿Cómo lo sabes, hija?

—Por su aspecto —repuso la segunda—: el pelo, la ropa… Aunque iba muy andrajoso, la verdad sea dicha.

—Tenía toda la pinta de ser un mercenario —dijo la mayor, sin abandonar su gesto huraño—. Un soldado desertor, o algo así.

—Era un guerrero —exclamó la niña más inquieta, que no cesaba de moverse—. Primero disparó el arco. Luego Zev lo atacó con la espada, pero él lo desarmó y lo mató. ¡Los hubiera matado a todos si hubiera querido! ¡Uno contra cinco!

Jetró acarició la cabeza de su pequeña inquieta y volvió a mirar a la mayor.

—¿Es eso cierto?

—Sí, padre. Zev está muerto. Y Zerak salió corriendo tras ellos, herido. No sé si habrá llegado sano y salvo a su campamento.

—Abandonan a sus propios hermanos… Qué miserables.

—¡Son unos cobardes! —exclamó la niña inquieta—. Y el extranjero un valiente. Nos ayudó.

Jetró miró a sus hijas, una tras otra. A la arisca mayor, la templada segunda, la espigada adolescente, las dos bonitas mellizas, la pequeña movida y la menor, una niña de poco más de siete años con el rostro lleno de curiosidad y enormes ojos brillantes.

—Hijas, tendremos problemas con Akán y sus hijos. Ah, esa muerte no quedará impune… Pero hoy un desconocido os ha socorrido, ha espantado a nuestros adversarios y os ha ayudado a abrevar el rebaño. ¿Dónde está ahora?

—Se quedó en el pozo, solo —dijo la adolescente.

—¿Y cómo lo habéis dejado allí? Hijas, ¿no habéis aprendido todavía qué es la hospitalidad?

Las muchachas se miraron entre sí.

—No sabemos quién es, padre —dijo la mayor.

—Séfora, hija, sabemos lo suficiente. Es un hombre que viene de lejos, un extranjero. Sin conoceros, ha salido a defenderos de esos indeseables. Os ha ayudado a abrevar el rebaño. ¿Y habéis tenido la desfachatez de no invitarlo a pasar la noche en el campamento?

Séfora hizo un mohín y se apretó el velo.

—¿Quieres que vayamos a buscarlo?

—Oh, no. Ahora está oscureciendo y no quiero que corráis más peligros. Vosotras os quedáis aquí. Pero voy a enviar a Gamal y a vuestros primos a buscarlo, ¡por supuesto!

—¡Padre, padre! —gritó la niña inquieta—. Déjame ir con ellos.

—No, Jael, es muy tarde para una niña como tú.

—¡Déjame ir, padre! No me pasará nada yendo con los primos. ¡Por favor!

Jetró meneó la cabeza.

—Está bien, mi pequeña cabra. Ve con ellos. Ah, ¡muchacho tenías que haber nacido! Tu nombre ya te cae bien.

—Por eso me llamaste así —repuso ella, mimosa, acercándose a él. Jetró le acarició la mejilla—. Y siempre dices que me parezco al abuelo.

—Sí, al abuelo, sí —suspiró Jetró. Tomó del brazo a Séfora y la empujó con suavidad—. Vamos a casa. Madre os espera.

Moisés envolvió el cadáver en el manto raído de la criada egipcia y colocó tres piedras sobre él. Si sus compañeros regresaban durante la noche a buscarlo, no lo encontrarían a merced de los chacales. Decidió retirarse al monte a pasar la noche y observar. De nuevo había matado a un hombre, quizás a dos. El temor y la lástima se apoderaron de él mientras cubría al muerto con su capa. Era un hombre joven y robusto, no mucho mayor que él. Pastores miserables peleando por el agua, se dijo. ¿Quién me manda meterme en sus disputas?

Luego le vino a la mente el rostro de la joven arisca de ojos profundos y su voz. *¿Quién eres?* No había sido capaz de responderle.

Sin hambre, se recostó contra el tronco de una acacia, no lejos del pozo, y contempló el cielo. A medida que oscurecía se iban encendiendo más estrellas. La luna saldría más tarde. La brisa vespertina barrió el valle y las ramas del árbol susurraron.

A punto de cerrar los ojos, divisó la luz de varias antorchas que venían por el llano, de la misma dirección por la que habían partido las muchachas y su rebaño. Moisés se incorporó y aguzó el oído. No tardó en oír las voces y los ladridos.

No eran los compañeros del pastor muerto. Despacio, tomó de las riendas a *Alma del viento* y descendió hasta el abrevadero.

Había media docena de hombres y parecían llamar a alguien. Pronto distinguió las palabras «forastero» y «egipcio». Entre ellas sonaba una voz aguda e infantil.

—¡Guerreroooo! —gritó la voz aniñada. Moisés la reconoció al punto. Avanzó y les salió al paso.

—¿Quién va? —gritó uno de los hombres.

Moisés se detuvo y abrió las manos ante ellos, dejándose alumbrar.

—¿Me buscáis a mí?

—¿Eres tú el extranjero que estaba junto al pozo esta tarde?

—Sí, soy yo.

—¡Es él! ¡Es él! —gritó la niña, y corrió hasta llegar a su lado.

Los hombres hablaron entre sí y asintieron. Uno de ellos avanzó.

—Soy Gamal, hijo de Gedal. Estos son mis hermanos. Sé bienvenido a esta tierra.

Le tendió una mano y Moisés se la estrechó sin decir palabra.

—Jetró, nuestro jefe, nos ha enviado a buscarte. Eres nuestro huésped. Vamos a guiarte hasta el campamento.

—Agradezco vuestra hospitalidad —dijo Moisés—. Os seguiré, con mi caballo.

Los hombres examinaron con recelo no exento de admiración a la yegua libia. También observaron las armas que pendían de la silla.

—Buen animal.

—Me ha traído desde muy lejos. Sí, es una gran montura.

La niña caminaba al lado de Moisés y le tiraba de la capa.

—¿Has venido por el desierto? ¿Has cruzado el mar?

Moisés tardó un poco en responder.

—He cruzado el desierto —dijo, por fin. Y los hombres volvieron a mirarlo con asombro.

—¿Tú solo? —preguntó uno de ellos.

—Con mi yegua —respondió Moisés— y con la compañía del dios de las montañas, que me ha protegido.

Los hombres se detuvieron unos instantes. No hicieron comentario alguno, pero Moisés percibió que poco a poco iba ganando su respeto.

—Eres muy valiente —decía la niña, trotando a su lado—. ¡Mi padre estará muy contento de verte!

Cuando se acercaron al campamento, Moisés sintió con agudeza su soledad y el hambre de compañía. Varias hogueras ardían iluminando las tiendas. Las voces femeninas, los gritos de los niños y el murmullo de los hombres que se reunían en torno al fuego sonaron como música a sus oídos. Olía a pan y a humanidad. El cielo era claro y estrellado, como en el desierto, pero ahora él ansiaba otra luz que no fuera el frío parpadeo de los astros: la luz cálida y crepitante de un hogar.

Jetró salió a recibirlos. Saludó a los hombres y se plantó ante el extranjero abriendo los brazos.

—¡Así que tú eres el bravo que ha defendido a mis hijas! Soy Jetró, patriarca de esta tribu. ¡Sé bienvenido!

Moisés se vio envuelto en un vigoroso abrazo. Cuando el hombre se apartó, se aclaró la garganta y habló.

—Te agradezco tu bienvenida y tu hospitalidad, y la de tu gente.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el patriarca.

—Mi nombre es Moisés.

—¡Ajá! Egipcio, ¿no es así?

Él no respondió. A su alrededor no menos de veinte rostros lo observaban, expectantes.

—Sí, vengo de Egipto —dijo, por fin.

—Ah, Moisés, ¡llevas un largo viaje a tus espaldas! —exclamó Jetró, sin perder su jovialidad—. Ha llegado el momento de descansar. Ven, ven a sentarte a mi hoguera, con mi familia. Hoy eres mi invitado. Pero, antes, deja que te presente a mi gente.

Tomándolo del brazo, Jetró le fue presentando a los varones que lo habían ido a buscar al pozo y a una docena más, la mayoría de ellos cuñados, hermanos o primos. Después, Jetró se dirigió a un risueño grupo de mujeres, que se cubrieron con sus velos sin dejar de sonreír y murmurar entre sí.

—Y las joyas de mi casa, ¡las perlas que me roban el corazón! Aaliya, mi esposa.

La mujer de Jetró hizo una reverencia a Moisés y le dedicó una sonrisa maternal y comprensiva.

—Y estas son mis hijas. El Altísimo me negó el don de tener hijos varones, pero me regaló siete hermosas doncellas. ¡Siete rosas del desierto! A las que tengo que encontrar siete buenos maridos, por supuesto… Esta es Séfora, la mayor.

Se detuvo un instante mientras Moisés volvía a mirar a la joven de ojos penetrantes. Séfora le devolvió la mirada, hizo una mínima inclinación de cabeza y no sonrió.

—Esta es Nissa, que tiene voz y manos de oro. Esta es Eila, la danzarina. Y aquí están las mellizas, Talía y Jasida. A esta ya la conoces, Jael, mi cervatilla salvaje. Y la pequeña, Nur.

Moisés inclinó la cabeza cortésmente ante ellas. Las mayores le sonrieron, ruborizadas. Las dos mellizas y la pequeña se mostraron vergonzosas, Jael rió abiertamente y, dando un salto, le echó las manos al cuello.

—¡Jael! —la reprendió su madre.

Moisés la tomó en brazos sin saber qué hacer. Ella parecía encantada.

—¿Me subirás a tu caballo? —preguntó.

Él asintió, al tiempo que Aaliya corría a arrebatarla de sus brazos.

—¡Baja, maleducada! No molestes a nuestro invitado.

Jetró reía con buen humor.

—Ya las conoces. Y ahora, ¡vamos a cenar! La noche es fría y un buen asado nos espera.

¿Eran así todas las cenas de los nómadas en el desierto? ¿Habían

preparado un banquete para el recién llegado? Fuera como fuera, pronto se vio inmerso en la alegre algarabía de una cena festiva. Las mujeres servían pan con salsa agria para mojar, queso y vino endulzado con miel. Los hombres repartían espetones con pedazos de cordero asado. Los niños comían agrupados junto a las mujeres, cuando no saltaban a perseguir grillos o jugaban a arrojar ramas y huesos mondados a la hoguera. Algunos alimentaban a los perros pastores, que merodeaban entre sus amos. Todos conversaban animadamente, aunque aquel día el gran tema de discusión fueron los hijos de Akán y la pugna por el agua de los pozos.

Moisés supo que Jetró encabezaba una tribu de siete familias y que esperaba casar a sus hijas con un buen mozo de cada clan. También supo que había otro gran campamento en la región, liderado por Akán y unas cinco familias más, que competía con ellos por el territorio y el agua. Aunque Jetró, su padre y sus antepasados habían establecido acuerdos con las tribus vecinas para repartirse la tierra y el agua, los conflictos siempre volvían a estallar cuando un líder se envalentonaba y decidía romper los pactos. Akán se había enriquecido en su juventud asaltando caravanas y todos sus hombres iban bien provistos de armas. Seguro de su fuerza, acataba de palabra los acuerdos con Jetró, pero sus hijos y parientes los infringían una y otra vez.

Los hombres discutían. Gamal, sobrino de Jetró, y sus hermanos, veían en la muerte del joven Zev un grave problema.

—Habrá guerra, y pronto —dijeron, mirando a Moisés.

Y Moisés se sintió culpable. ¿Quién era él para provocar derramamiento de sangre entre aquellas gentes?

Jetró intentó apaciguarlos.

—Ellos fueron quienes comenzaron —insistió—. Rompieron el pacto del agua y amenazaron a mis hijas.

—Pero no las tocaron —replicó un hermano de Gamal, hombre robusto de cabellos rizados, llamado Arik—. Si hubiera sido así, ya estaríamos en pie de combate.

Moisés se vio obligado a intervenir.

—Soy yo quien he provocado este conflicto. Quise defender a las doncellas y me equivoqué matando a ese hombre. Estoy dispuesto a marchar a la tribu de Akán y presentarme ante él y sus hijos. Si alguien debe pagar por esa muerte, soy yo.

Los varones callaron y lo observaron, atónitos algunos y aprobadores otros, los más ancianos. Pero Jetró no quiso ni oírlo.

—¿Vamos a permitir que un hombre solo se enfrente a una tribu entera?

De nuevo brotaron las discusiones. Hasta que Jetró batió palmas y se puso en pie.

—¡Basta! Hablemos en orden y con sensatez. Cada cual expondrá su parecer por turnos y después decidiremos.

Habló un varón por cada familia, aunque a Gamal y a su hermano Arik les fue concedido un turno a cada uno, por ser sobrinos del jefe. Las opiniones fueron diversas.

—El extranjero ha hablado claro —dijo un anciano llamado Ramá, jefe de una de las siete familias—. Es él quien ha provocado la muerte y es justo que se presente ante Akán y sus hijos. Debe responder por sus actos.

—Pero la ofensa ha sido infligida sobre nuestra tribu —protestó Gamal, y sus hermanos lo apoyaron unánimes—. Por tanto, si el extranjero va ante Akán, nuestros hombres deben acompañarle y negociar con ellos una compensación por la vida de Zev.

—Dadle oro a Akán y veréis cómo se aplaca su ira —añadió su hermano Arik, con malicia—. Ese viejo vendería a sus propios hijos si fuera necesario.

Heber, cabeza de otra familia, la de Aaliya, intervino.

—Creo que somos todos los varones de las siete familias los que debemos presentarnos. Akán nos esperará en pie de guerra. Hemos de permanecer unidos para ser más fuertes. Si peleamos las siete tribus contra Akán, lo derrotaremos y le obligaremos a cumplir los pactos. El viejo tendrá que doblar la testuz.

El siguiente fue un hombre de ojos ávidos y boca astuta, llamado Meshek.

—Hum… Si exterminamos a su clan o lo expulsamos de esta tierra, podríamos hacernos con sus rebaños. Quizás esta sea una oportunidad que no debemos desaprovechar.

Meshek era el más rico de los jefes de familia. Y, aunque muchos desconfiaban de él, casi todos lo envidiaban por su habilidad con los negocios. Jetró movió la cabeza, negando con energía, pero no abrió la boca y dejó que hablara el siguiente patriarca.

—Los pactos son sagrados. —Se llamaba Nadir y era un hombre de escrupulosa honradez—. Juramos ante el Altísimo Yahu. Si Akán los rompe, debe asumir las consecuencias. Hemos de presentarnos ante él, sí, y restañar las infracciones. En cuanto a la muerte de su hijo, podemos pactar un resarcimiento justo.

Varios hombres asintieron ante las palabras mesuradas y firmes de Nadir. Lo siguió Sed, otro anciano.

—Soy partidario de presentarnos ante Akán. Pero opino como Ramá, el extranjero es responsable de lo ocurrido. Él debe ir primero y

dar explicaciones. Que, por cierto, también nos debe a nosotros.

Se produjo un tenso silencio. Moisés bajó el rostro y fijó la mirada en las llamas de la fogata, sintiendo el peso de todas las miradas sobre él. Nadie le había interrogado hasta entonces y le habían acogido como a uno más en la tribu. Pero, al fin, había llegado el momento en que debía justificarse. Sí, les debía una explicación.

Jetró intervino.

—El egipcio es nuestro invitado y esta noche no vamos a importunarlo. Tiempo habrá para todas las explicaciones necesarias.

—Pero, hermano, deja que te discuta —dijo el último patriarca, primo de Jetró; su nombre era Hobab y, como él, era hombre alto y robusto de espesa barba negra—. El extranjero merece nuestra hospitalidad, por supuesto. Pero ha entrado en nuestra tierra cometiendo un homicidio y comprometiendo a toda nuestra familia. Convendrás conmigo que esto pide una aclaración por su parte.

Los varones asintieron a una. Jetró se volvió hacia su invitado.

—Moisés, has oído a los cabezas de nuestra tribu. Han hablado sabiamente, movidos por su deseo de justicia y su afán por defender a los nuestros. No es costumbre entre nosotros interrogar a los invitados, pero esta vez nos hallamos ante una circunstancia excepcional. Habla en tu nombre y di lo que creas oportuno.

Moisés alzó la mirada y se enfrentó a ellos. A los varones de la tribu y a las mujeres que escuchaban aparte, inquietas y temerosas.

—Soy un guerrero —dijo, midiendo despacio sus palabras—. Me crié entre soldados y durante unos años he servido en la tropa del rey de Kemet. Soy fuerte con las armas, pero mi genio es vivo y a veces no puedo refrenarlo cuando veo una injusticia. Me enfurecí cuando vi que los hijos de Akán asustaban a las muchachas. Cargué mi arco y herí a uno de ellos, esperando ahuyentarlos. Pero otro me atacó con la espada y respondí. Estoy acostumbrado a matar y no me costó derribarlo. Los demás se dieron a la fuga.

Jetró hizo un gesto y llamó a su hija mayor.

—Séfora, hija. ¿Es eso cierto?

Ella acudió desde el grupo de las mujeres y permaneció en pie junto a su padre y Moisés.

—Es cierto, padre.

—Bien… Creo que sobran explicaciones —dijo Jetró.

Moisés habló de nuevo.

—Algunos de vosotros habéis hablado de una remuneración por el homicidio. Tengo algo de oro. Si esto puede resarcir a Akán, estoy dispuesto a darlo todo para evitar una guerra entre tribus.

Los varones enarcaron las cejas. Meshek fue el primero en

responder.

—¡Oro! ¿Cuánto exactamente tienes, hijo?

Jetró lanzó una mirada fulminante a su vecino.

—Unas quince piezas —dijo Moisés.

Algunos varones dejaron escapar exclamaciones. El ambiente se caldeaba.

—¡A saber de dónde procede ese oro! —exclamó Ramá—. ¿No será fuente de más problemas para nosotros?

Jetró se indignó.

—¡Basta! ¿Estás diciendo que lo ha robado? ¿Estás insultando a mi huésped?

—¿De dónde lo sacó, pues? —terció Arik—. Que lo explique.

Moisés, violento e incómodo, se irguió y levantó la voz.

—No lo robé. Lo pedí prestado y juré a mi acreedor que se lo devolvería. Si queréis saber de dónde procede, es oro de Kemet, oro ganado con esfuerzo y trabajo honrado. Oro que pedí para emprender un largo viaje, obedeciendo a un voto que me hice a mí mismo. Cuando regrese lo devolveré, aunque tenga que pasar siete años trabajando de sol a sol para recuperarlo. Por tanto, es oro limpio, no manchado en sangre. Puedo ofrecerlo para reparar esa muerte.

De nuevo se hizo el silencio. Pero, esta vez, Moisés percibió una actitud muy diferente por parte de la mayoría de varones.

Jetró se puso en pie y posó su mano en el hombro del joven.

—Mi huésped ha hablado y debemos agradecer sus palabras tan llenas de honestidad. Después de haberos escuchado, esta es mi propuesta: que mañana nos presentemos ante Akán, con nuestro invitado al frente, y le ofrezcamos renovar nuestros pactos, pagando en oro por la muerte de su hijo. ¿Estáis de acuerdo?

Uno tras otro, los cabezas de clan dieron su consentimiento. Entonces Jetró pidió vino a su esposa. Ella y sus hijas mayores trajeron varias jarras y escanciaron la bebida. Todos bebieron y la tensión desapareció. Las conversaciones se alargaron hasta entrada la noche, cuando ya las mujeres y los niños se habían retirado a las tiendas. Las últimas en marchar fueron Aaliya, que permaneció cerca de su esposo, y Séfora, que se quedó recogiendo los restos de la cena y terminó sentándose junto a su madre. Cada vez que se volvía hacia las mujeres, Moisés la sorprendía mirándolo furtivamente.

Muy tarde, cuando los varones de las otras familias se fueron despidiendo y el silencio cayó sobre el campamento, Jetró invitó a Moisés a caminar con él.

—Vamos a desperezarnos bajo las estrellas. Es bueno, antes de ir a dormir, disipar los vapores del vino y la cena.

Se alejaron de las tiendas hasta llegar a un lugar en medio del campo. Los grillos cantaban y las estrellas parecían centellear al ritmo de su chirriar. Moisés respiró el frío nocturno de la intemperie.

—Lamento que tu primera cena entre nosotros haya terminado de forma tan embarazosa —dijo Jetró, cubriéndose con el manto.

—He sido yo quien os ha traído un problema. Vosotros me habéis acogido con esplendidez. No tienes por qué disculparte.

—Ah, pero la hospitalidad es sagrada… ¿Quién puede juzgar las intenciones de otro hombre? ¿Quién, sino el Altísimo, puede ver lo que oculta su corazón?

Callaron ambos. Jetró se acercó y le posó la mano en la espalda.

—Hijo, ahora estamos solos tú y yo. Solos ante Yahu, el espíritu sagrado que anima el mundo. Nos has explicado mucho… y apenas nos has explicado nada. Ahora respóndeme, si puedes, o si deseas hacerlo. ¿Quién eres de verdad?

Moisés aspiró el aire frío de la noche antes de contestar.

—No me es fácil responder.

—Bien, no eres de aquí, eso está claro. Eres un egipcio, ¿verdad?

—En Kemet me llaman habiru. Aquí me llamáis egipcio. Soy un extranjero allí a donde vaya.

—Tu nombre es egipcio.

—Un nombre que significa hijo de... Hijo de nadie. Sin padre conocido, sin patria de origen.

—Pero un padre tendrás, muchacho. Nadie nace de la nada, ¡ni siquiera los dioses!

—Es cierto. Tengo un padre. Mejor dicho, dos. A los dos he podido mirarles a los ojos.

Jetró se quedó pensativo unos instantes.

—¿No te reconocen como hijo?

—Ambos me reconocen.

—Y tú, ¿a quién reconoces?

—A ninguno de los dos. A uno lo veneré y siempre me trató como a un bastardo. El otro me es un desconocido.

—Has dicho que te llamaban habiru, ¿verdad?

—Esa es mi sangre.

—Sangre de hombres sin tierra y sin rey. Hombres libres, ¡como nosotros! Deberías enorgullecerte. Lo que vale en un hombre no es su patria, ni sus títulos, ni sus posesiones. Un hombre vale por sí mismo, por lo que hace, por lo que abriga en su corazón. Tan sólo necesita un nombre y un destino, y tú parece que tienes ambos.

Moisés calló y ambos contemplaron el firmamento estrellado durante largo rato.

—Tus obras hablan por ti —dijo Jetró, con voz suave—. Has hecho justicia a unas mujeres indefensas. Has mostrado tu coraje, solo ante cinco hombres armados. Has protegido a unas niñas. Y has desafiado en soledad la aspereza del desierto. ¿Te parece poco?

Moisés no respondió.

—Además —añadió Jetró— mi hija mayor, que no tiene un pelo de tonta, te ha mirado con ojos dulces.

—¿Qué?

—Sí, ¿no te has dado cuenta? Ah, los hombres de ciudad no observáis nada. Pero a un padre de siete hijas no se le escapa ningún gesto. Séfora te ha mirado, sí. Y reconozco esa forma de mirar.

—No me ha mirado. Y, si lo ha hecho, creo que ha sido más bien hostil.

Jetró se echó a reír.

—Aún no sabes descifrar el lenguaje de las mujeres. Te ha mirado, largo y fijo. Eso basta.

En el desierto la vida es una batalla a brazo partido con la muerte. Una brizna de hierba, una flor que se abre, un hilo de agua que surge de la roca, valen más que todo el oro del mundo.

La danza

Al amanecer siguiente, una columna formada por los cabezas de familia abandonó el campamento. Algunos muchachos y niños los acompañaban, y todos iban armados. Moisés dejó a *Alma del viento* con el ganado de los nómadas y tomó su arco y su espada hitita. Caminó junto a Jetró, flanqueado por Gamal y Hobab. Los madianitas marchaban a buen paso, envueltos en sus túnicas y con sus toscas sandalias.

Pese al cansancio no había dormido bien. Habituado a la intemperie, pernoctar bajo una tienda compartiendo espacio con una veintena de durmientes le resultó asfixiante. Añoró el espacio abierto y dormir al cielo raso, protegido con su capa del frío de la noche en el desierto. Y, entre vuelta y vuelta, los ojos oscuros de Séfora no habían dejado de sondearlo en su imaginación.

La marcha se prolongó durante casi tres horas hasta llegar al territorio de Akán. Cruzaron una zona de colinas y llegaron a otro valle abierto donde crecían pastos escuálidos, casi agostados, y algunos matorrales. Al norte se elevaba una sierra árida y rocosa.

El campamento de Akán se levantaba entre dos salientes de la montaña, avanzados como zarpas sobre la llanura. Allí, en épocas de lluvia, brotaba un arroyo. Aún podía verse la franja oscura de un cañaveral verdeando en el fondo del valle. Pero el cauce estaba seco.

Antes de que pudieran aproximarse al campamento salieron a recibirlos los hijos de Akán y una treintena de hombres. Al igual que los de Jetró, todos iban armados con jabalinas y espadas. Moisés también vio a media docena con arcos rudimentarios.

Jetró alzó las manos y saludó a voz en grito.

—¡Que el Altísimo os proteja! Venimos en son de paz.

El hijo mayor de Akán avanzó, seguido por sus hermanos. Jetró hizo un gesto a Moisés para que se situara a su lado.

—¿Qué se os ha perdido en nuestro territorio? —le espetó el hombre—. ¡No deis un paso más o lamentaréis haber venido!

—Akiva, hijo de Akán, no levantaremos el brazo contra vosotros. Vengo a hablar con tu padre y a resarcir una deuda. Llévanos junto a él.

El primogénito de Akán frunció el ceño y miró a Moisés.

—Tú y el extranjero podéis venir. ¡Nadie más! Si dais un solo paso atacaremos.

—Hijo, no vale la pena derramar más sangre. Déjame pasar con mis sobrinos y con los viejos de nuestra tribu.

—¡Más sangre! —le espetó Akiva—. ¡Sois vosotros quienes habéis derramado la sangre inocente de mi hermano Zev! Y mi otro hermano, Zerak, agoniza en su lecho, herido por ese mercenario que duerme bajo vuestras tiendas.

Moisés quiso hablar, pero Jetró lo cogió de un brazo y le hizo un gesto de silencio. Fue él quien respondió, con voz firme y mesurada.

—Akiva, hijo de Akán, este hombre no es un mercenario. Viajaba para cumplir un voto y se encontró casualmente en el pozo, donde presenció vuestra disputa con mis hijas. Es un soldado e hizo lo que creyó oportuno. Pero está dispuesto a dar explicaciones y a reparar esa muerte ante tu padre. La ofensa atañe a mi familia, por eso vengo acompañado de los míos. Déjanos pasar y te juro por el Altísimo Yahu que nadie levantará la mano contra ti ni contra tus hermanos.

Akiva empuñó la lanza.

—Tú, el extranjero y tus sobrinos pasaréis. ¡Nadie más!

Jetró se volvió hacia los suyos con resignación.

—Ya lo habéis oído. No ofendamos a nuestros vecinos.

Hobab protestó.

—Es una trampa. Os retendrán, ¡quién sabe si no se vengarán con vosotros!

Jetró movió la cabeza.

—Quedaos aquí. Si a la puesta del sol no tenéis noticias nuestras, venid a buscarnos.

Y se volvió hacia Akiva y sus hermanos.

—Haremos tal como dices. Sólo te pido que jures ante mi gente que nos respetaréis, como hombres de honor que sois, y que nos conduciréis sanos y salvos hasta este mismo lugar, al pie del cauce, antes de la puesta del sol. Entonces nos iremos todos.

Akiva lo pensó y consultó con sus hermanos. Los hombres de su tribu se agitaban inquietos. Dos arqueros tensaron sus arcos.

—De acuerdo —dijo por fin Akiva—. Pero recuerda que no tienes autoridad alguna aquí, fuera de tu territorio. Tus hombres serán vigilados por los míos.

Jetró suspiró. Moisés lo oyó murmurar.

—Como dos reses bravas, una frente a otra, a punto para embestirse… Bien, hijo, bien.

Se giró y habló a los suyos, levantando la voz.

—Aguardad aquí hasta nuestro regreso. Y no alcéis un dedo contra nuestros hermanos. Quedaos con la paz del Altísimo. Hobab, te nombro mi delegado durante nuestra ausencia. Tú hablarás en nombre

de todos, si fuera necesario, y tú responderás.

El aludido asintió y se situó ante la tropa de Jetró. Él, Moisés, Gamal y sus hermanos siguieron a los hijos de Akán hasta el campamento.

Akán era un viejo reticente a doblegarse, de rostro astuto y cuerpo enjuto, ligeramente inclinado hacia un lado. Pese a su fragilidad había en él una dureza, una resistencia a caer, que a Moisés le recordó al soberano de las Dos Tierras, a quien había llamado padre.

El patriarca los recibió sentado en su tienda. Era un pabellón alto y espacioso, decorado con suntuosos tapices y pequeños muebles lacados. Jetró se descalzó para pisar las mullidas alfombras que cubrían el suelo. Sus sobrinos lo imitaron y también lo hizo Moisés.

—Akán, hijo de Iyov —dijo Jetró, inclinándose ante él—. Que la paz del Altísimo sea contigo.

Akán asintió con semblante huraño y no se levantó. Con la mano hizo un gesto invitándolos a sentarse ante él y los examinó uno por uno. Por fin habló, con voz áspera pero débil.

—Has venido a turbar mi duelo. Que el Altísimo castigue a ese mercenario que ha derramado sangre inocente.

—Lamento de corazón la muerte de tu hijo —dijo Jetró, mostrándose compungido—. Sabes que ni yo ni mi gente levantamos nunca un arma contra los tuyos. Pero este hombre se encontraba de paso junto al pozo, justo el día en que tocaba abrevar a mis rebaños. Desconoce nuestras costumbres y actuó movido por un impulso, queriendo defender a mis hijas. Ha venido para solicitar tu perdón.

El viejo Akán los miró, el odio latiendo en sus pupilas negras. Sus manos retorcidas por la artritis, de piel tostada y rugosa, se cerraron la una sobre la otra. Moisés habló, inclinando el rostro hacia tierra.

—Señor, todo homicidio merece un castigo o una reparación. Vengo dispuesto a pagar.

Akán replicó.

—¿Crees que se puede reparar la muerte de un hijo? ¿Vas a devolvérmelo con vida? Los egipcios creéis tal vez que embalsamando un cuerpo algún día este volverá a vivir. Nosotros sabemos que la muerte es el fin, y que nada queda cuando la vida se trunca. Sólo polvo, gusanos y llanto en los que siguen vivos.

Jetró intervino.

—Akán, amigo, los hombres del desierto conocemos bien el valor de la vida, por eso evitamos muertes inútiles. Por eso, también, el extranjero viene a ofrecerte todo cuanto tiene para compensar esa valiosa vida que segó ayer.

El viejo patriarca movió levemente el cuello para observarlos a uno y a otro.

—Traigo todo cuanto poseo —dijo Moisés, desatando la bolsa de cuero que llevaba prendida en el cinturón—. Oro de Kemet, de la mayor pureza. Sé que no vale tanto como…

Akán se irguió y alargó la mano de inmediato.

—Déjame ver ese oro.

Jetró detuvo el brazo de Moisés.

—Aguarda, hijo. Respeta la cortesía. Pide a Akán, con humildad, si va a aceptar tu oro como pago por la muerte de su hijo.

Moisés se puso en pie e hincó una rodilla, con la bolsa en las manos. Se oyó a sí mismo, con voz distante y fría:

—Akán, señor de esta tierra, ¿querrás aceptar mi oro por la pérdida de tu hijo?

Akán pensó su respuesta. Se cubrió el rostro con una mano y permaneció inmóvil largo rato. El silencio se hizo tenso y casi irrespirable entre la penumbra y los tapices de la tienda.

—¿Cuánto tienes? —preguntó Akán, por fin.

—Quince piezas de oro puro —respondió Moisés.

—Muéstralas.

Moisés abrió la bolsa y fue sacando las piezas, que dejó extendidas sobre el tapiz. Alzó la vista un instante y vio el centelleo en los ojos del viejo. Jetró suspiró. Gamal contuvo un gesto de asombro. Akiva y sus hermanos cerraron los puños y se movieron con nerviosismo.

El oro, pensó Moisés, lanzando una rápida mirada a su alrededor. Qué extraña y poderosa fascinación ejercía sobre tantos hombres. El oro, que él había pisado desde niño, jugando con él, durmiendo sobre él. El oro que abundaba como la hierba de la ribera en los palacios del señor de Kemet, y que encendía la codicia y la pasión de los hombres que carecían de él. El oro capaz de provocar guerras y asesinatos. Capaz de resarcir la muerte de un hijo.

Akán se inclinó, alargó las manos y fue tomando las piezas, una a una. Las observó, las sopesó y las mordió, y las fue depositando en tres hileras ante sí.

—Está bien —dijo, por fin.

—Entonces —Jetró habló con voz suave—, la deuda queda saldada. El Altísimo sea bendito.

—Quiero algo más —dijo Akán, y señaló a Moisés—. Su arco.

Moisés tensó los brazos. Le dolía desprenderse de su arma. Le dolía, por encima de todo, en su orgullo como guerrero de Kemet. Cambió una mirada con Jetró y este asintió.

—Mi arco será tuyo —dijo Moisés, sintiendo que algo se le rompía

por dentro.

Y depositó el arco y la aljaba sobre el tapiz.

De regreso, los hijos de Akán los custodiaron hasta el cauce seco del arroyo. Allí permanecieron, vigilantes y armas en mano, hasta que la banda de Jetró se alejó por la llanura. Ariel, el segundo hijo de Akán, sostenía el arco de Moisés. Él no quiso mirar atrás.

Los hombres hablaban animadamente y discutían. Algunos rieron cuando escucharon de boca de Gamal el relato de su estancia en la tienda de Akán. Otros insultaron al viejo codicioso. Todos comentaban el interminable regateo de Jetró con su atávico adversario, intentando recuperar el acuerdo sobre el uso de los pozos de agua. Moisés permanecía taciturno y ensimismado.

Jetró percibió su abatimiento y caminó a su lado.

—¿Qué te duele más, muchacho? —le preguntó—. ¿Haber perdido tu arco o contemplar cómo un padre se contenta con un puñado de oro por la vida de su hijo?

Moisés lo miró, abrumado. Cuán pocas preguntas hacía aquel hombre y, sin embargo, cuán hirientes.

—Cada pueblo tiene sus leyes —respondió al fin—. En la mayoría de ellos, un hombre puede reparar su delito pagando con oro, o con animales, o con otros bienes. En Kemet muchos pagan sus multas con trabajos forzados para el rey.

Jetró asintió.

—Así es. Pero, ¿qué valor crees que tiene la vida de un hombre? ¿Vale más la de un príncipe que la de un esclavo? ¿Quién debe pagar más? ¿El rey, el noble o el pastor?

Moisés no respondió.

—Los hombres de la ribera, como tú, estáis acostumbrados a ver la vida surgir cada día. Vivís rodeados de plantas y de animales, la naturaleza es abundante y generosa. La mies crece sola en vuestros campos y vuestras mujeres crían cada primavera, los niños comen pan a placer, y frutos de los árboles, y medran casi sin daros cuenta… En el desierto todo es diferente, hijo.

Se detuvo a tomar aliento y continuó, clavando su bastón con firmeza en el suelo.

—En el desierto la vida, desde el primer momento, es una batalla a brazo partido con la muerte. Una brizna de hierba, una flor que se abre, un hilo de agua que surge de la roca, valen más que todo el oro del mundo. La vida es cara en el desierto, hijo. Las mujeres paren con dolor y luchan para que sus hijos vivan. Y una vez crecen, hay mil peligros que afrontar: bestias salvajes, serpientes, enemigos al

acecho… Y el peor enemigo: la sequía, el Sol implacable, el hambre y la sed. Vosotros os bañáis en los ríos y caváis estanques en vuestros jardines; nosotros peleamos por la última gota de agua.

Posó una mano en el hombro de Moisés y este inclinó la cabeza.

—Cada vida es sagrada. Así lo entendemos los hombres del desierto. Y no se puede pagar con oro ni con animales. Vida por vida, así debiera ser. Ojo por ojo, diente por diente, hombre por hombre.

Moisés alzó la vista hacia Jetró y se estremeció.

—Hombre por hombre. Pero, como ves, los hijos del desierto somos gente de paz y evitamos derramar sangre. Por eso, porque la vida nos es muy cara, negociamos y pactamos. Y Akán, que es hombre práctico y sabio, como viejo que es, ha preferido aceptar el oro.

—¿Tú hubieras hecho lo mismo, en su lugar?

Jetró movió la cabeza.

—No lo sé. Si alguien tocara a una sola de mis hijas… —Cerró la mano con fuerza sobre el bastón—. No sé de qué sería capaz, hijo. Es posible que careciera de la templanza de Akán. ¿Qué hubieras hecho tú?

Otra pregunta difícil y dolorosa. Moisés respiró hondo.

—Tampoco lo sé.

Llegaron al campamento al anochecer. Las noticias corrieron de tienda en tienda y de corro en corro de mujeres. Un pacto renovado sobre los pozos, un delito resarcido, una expedición culminada con éxito. De nuevo reinaba la paz entre las tribus. Y la fiesta estalló cuando Ofra, cuñada de Jetró, tomó un pandero y comenzó a cantar. Muchas otras mujeres la siguieron, batiendo palmas y agitando pequeños címbalos. ¡Fiesta! Los hombres desollaron varios cabritos, se prendieron las hogueras y las familias se unieron en cuatro grupos. El más grande era el presidido por Jetró y los suyos.

Los varones cambiaron su actitud hacia Moisés. Se interesaron por su vida guerrera, admiraron su montura, le invitaron a sus tiendas y lo comprometieron a cenar con sus familias en los días venideros. Las mujeres, en especial las mozas y las niñas, lo examinaban de la cabeza a los pies, murmuraban entre sí y reían, sin duda por su cabello trenzado, su barba medio crecida y aquel atuendo raído que mostraba buena parte de su cuerpo, a diferencia de las largas túnicas de los nómadas, que los cubrían de la cabeza a los pies. Las hijas de Jetró le ofrecieron bebida y Nissa se brindó a peinarlo y bañarle los pies, ante el alborozo de las dos mellizas, Jael y la pequeña Nur.

Él se dejó cuidar. Nissa lo acomodó entre cojines, bajo la tienda de su padre, y sus hermanas trajeron una jofaina con agua, aceite

fragante y lienzos limpios. Jael se sentó a su lado y no cesaba de hacerle preguntas.

—¡Cuéntanos historias de Kemet!

Mientras Nissa le lavaba los pies y se los masajeaba con manos hábiles, él rebuscó en la memoria hasta encontrar un relato que pudiera agradar a las jovencitas. Pero casi a cada frase lo interrumpían, hasta que llegó su madre.

—¡Niñas! Dejad en paz al invitado. Vamos, ¡marchad!

Sonrió a su hija Nissa y esta se ruborizó. Entonces Séfora asomó por la tienda.

—¡Madre! ¿Cuántos panes cocemos?

Moisés alzó la vista. Nissa interrumpió su masaje y Aaliya se volvió.

—Unos treinta… ¿No te lo he dicho ya?

—Ah.

Séfora dio un paso y observó a su hermana y al forastero. Luego dio media vuelta y se fue, la falda revoloteando tras ella.

Nissa terminó su masaje en silencio. Le acarició los pies y se inclinó ante él.

—Eres muy gentil —dijo Moisés—. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Quince, mi señor.

—No me llames señor… Ya no lo soy.

—Sí, lo eres —replicó ella, alzando el rostro hacia él. Era un rostro redondeado y dulce, más delicado que el de su hermana mayor. Sus ojos eran rasgados y sombreados por largas pestañas.

—Tu hermana, Séfora, tiene mucho genio —comentó él, sin saber por qué lo decía.

Nissa sonrió.

—Sí, ¡un genio muy vivo! —y, de pronto, su sonrisa se borró y la tristeza nubló su rostro.

Cuando la cena estaba avanzada, Ofra volvió a agitar el pandero, varias mujeres sacaron sus címbalos y un muchacho, hijo de Gamal, trajo un tambor que comenzó a tocar. Otro joven tocó una flauta tallada en una tibia de carnero. Eila, la tercera hija de Jetró, se puso en pie, se quitó el velo y danzó. Media docena de muchachas se unieron a ella y formaron un corro. Moisés las contempló, fascinado. No danzaban desnudas como las mujeres de Kemet. Cuán diferentes eran de las bailarinas que complacían al rey y a sus cortesanos. Las doncellas del desierto bailaban agitando velos y túnicas, y sus faldas al girar se abrían como pétalos de loto. El ritmo contagió a las mujeres adultas y todas danzaron en un gran círculo. Los hombres jóvenes también se animaron, pero no se unieron a ellas, sino que se enlazaron

en un corro diferente. Eila rompió su círculo y los dos se cruzaron. El vocerío creció y los que permanecían batieron palmas con fervor. Jetró reía y aplaudía con más fuerza que nadie.

—¡Ahí tienes a mis rosas del desierto! —dijo, inclinándose hacia Moisés—. ¡Mira a mi Eila, cómo brilla!

La joven se había separado del resto y giraba, abriendo los brazos como dos alas, en medio del corro de mujeres. Todas terminaron danzando a su alrededor y jaleándola. Los mozos la devoraban con los ojos.

Moisés buscó a Séfora. Bailaba con las demás, su cuerpo esbelto moviéndose con el mismo vigor que cuando caminaba o sacaba agua del pozo. En una vuelta, su falda voló alta, alta hasta su cintura, y él divisó sus tobillos y sus piernas, ágiles como las de una gacela. Su cabellera se había escapado de la cinta que la sujetaba y flotaba, agitándose como las hojas de una palmera en el viento.

Los grilletes pueden atar las manos, hijo.
Pero jamás podrán atar el alma.

La persecución

Moisés se ciñó la túnica que le había dado Jetró. Se ató el cinturón, prendió de él la daga corta y se cubrió con un turbante, como cualquier pastor de la tribu. Jetró le tendió una vara y lo acompañó hasta las afueras del campamento, donde aguardaba el rebaño.

Séfora, que ya había reunido a los perros y estaba a punto de marchar, se volvió con brusquedad al verlos llegar.

—¿Él?

—Sí, hija. Tu madre necesita que tus hermanas la ayuden hoy, y tus primos andan ocupados con el curtido de pieles. Ya te dije que te buscaría buena compañía.

Séfora apretó los labios, ceñuda.

—Él no sabe.

—Ya aprenderá. No es tan difícil.

—Preferiría ir sola.

—Ni hablar. Y menos con los hijos de Akán buscando brega por ahí.

Séfora suspiró, empuñó su bastón y echó a andar.

—Vamos, pues.

Jetró los despidió con media sonrisa. Moisés caminó junto a ella, pero Séfora se apartó y emprendió una marcha rápida, dando voces a los perros. El rebaño avanzó alargándose por la llanura.

Caminaron a paso brioso. Cuando él la alcanzaba, Séfora se desviaba y aceleraba la marcha. Gritaba a los perros, esgrimía su bastón y lo ignoraba.

—Ve por ese lado —le dijo en una ocasión—. Que no se vayan las cabras por ahí.

Fueron las únicas palabras que le dirigió durante horas. Los perros se mostraron más amigables. Uno de ellos de inmediato trotó hacia él, dispuesto a seguir sus órdenes. Moisés le acarició el lomo y pronto aprendió cómo el can custodiaba las ovejas y las obligaba a seguir una ruta. Será él quien me enseñe, pensó, antes que esa mujer huraña.

Pero Séfora lo fascinaba.

Intentó acercarse varias veces a ella, y siempre se escapaba. Una vez lo azotó con su velo, como sacudiéndose de encima su presencia. Cuando gritaba a los perros, parecía reprenderlo a él.

Llegaron a un valle estrecho y abrupto salpicado de matorrales.

Allí se detuvieron y dejaron que el rebaño se esparciera y comenzara a pastar. Séfora buscó un lugar a la sombra para descansar, pero cuando vio que Moisés se acercaba se alejó de nuevo.

—¡Séfora!

—¿Qué?

—¿A dónde vas?

—No te importa. Quédate ahí, vigilando.

Y él se quedó, bajo una acacia, mientras ella ascendía monte arriba. Una docena de cabras comenzó a trepar por aquella ladera.

No, no iba a quedarse.

—¡Espera! —gritó. Séfora no le escuchó, pero Moisés fue tras ella.

Y subieron por la montaña, cada vez más aprisa. Séfora se cogió el borde de la túnica y dejó de apoyarse en la vara. Casi saltaba, de piedra en piedra, con la agilidad de una cierva, hasta llegar a un alto. Se detuvo a tomar aliento y lo vio a él acercándose. Cruzaron miradas. Los ojos de Séfora relampagueaban.

Descendió por una quebrada trotando. Moisés la siguió. Cuando llegaron al llano, Séfora echó a correr hacia el rebaño. Y él corrió tras ella. Las ovejas se alarmaron, comenzaron a balar y se desplazaron en masa hacia un lado del valle. Los perros ladraban alegremente.

Séfora se detuvo y plantó su bastón en tierra.

—¿Se puede saber qué haces?

Él tomó aliento y sonrió.

—Tu padre me dijo que te protegiera.

Séfora soltó una carcajada.

—¿Tú vas a protegerme?

—Ya te defendí una vez.

Ella se volvió de espaldas.

—No me lo recuerdes.

—¿Por qué me evitas? ¿Tan desagradable te resulto?

No respondió y se cruzó de brazos. Moisés caminó hasta su lado y le posó la mano en el hombro. Ella se apartó con brusquedad.

—¡No me toques!

—¿Tienes miedo de mí?

—¿Miedo? ¿De ti?

En el rostro de Séfora se sucedieron, con la rapidez de un relámpago, la sorpresa, la hilaridad y la furia.

—Déjame en paz.

—¿Por qué me detestas?

—No te detesto. ¡Calla!

—Es que… No te entiendo, Séfora. Tus hermanas son amables, tus padres me muestran aprecio, tus parientes me obsequian… ¿En qué te

he ofendido?

Ella no respondió. Cruzó de nuevo los brazos y apretó los labios.

Y Moisés pensó que jamás había anhelado tanto besar una boca, y que jamás las cálidas mujeres de Kemet, tan solícitas para complacerle, habían despertado en él un deseo tan agudo.

Se sentaron bajo la acacia y permanecieron en silencio largo tiempo. Ella, sin despegar la vista del rebaño. Él, contemplándola. Se recostó en el tronco del árbol e intentó imaginarla sin aquella túnica y el velo. Después se imaginó acariciando su cabello. Por debajo del velo asomaban varios bucles oscuros. Se incorporó y recordó unos versos, que intentó traducir al idioma de los nómadas.

—*La hija del rey está dulcemente enamorada, una mujer como jamás se ha visto. Más negro que la noche es su cabello, más negro que las zarzamoras…*

Séfora se volvió a mirarlo con extrañeza.

—¿Qué dices?

—Estoy recitando un poema. Un poema de Kemet. ¿Lo entiendes?

—Algo.

—Más negro que la noche es tu cabello, más negro que las zarzamoras… —murmuró él y, acercándose, tomó un bucle entre sus dedos.

Séfora lo apartó con un codazo.

—Qué sarta de tonterías.

—¿Los madianitas no recitáis poesías?

—No decimos esas cosas.

—Pero diréis otras parecidas. ¿A qué comparáis una cabellera hermosa?

Ella no respondió. Moisés vio sus mejillas encendiéndose de rubor.

A la caída de la tarde, Séfora decidió reunir el rebaño y volver. Cuando todas las ovejas, cabras y carneros estuvieron agrupados en el fondo del valle, ella se detuvo a examinar con atención todas las reses.

Moisés esperó con paciencia hasta que la vio hacer un mohín de disgusto.

—¿Qué haces?

—Las cuento —dijo Séfora—. Y me faltan.

—¿Sabes exactamente cuántas hay?

—¡Claro! Un pastor que se precie sabe cuántas reses tiene, y las conoce a todas.

—¿Una por una?

—Una por una. Y sabe sus nombres. ¿Quieres que te los recite?

Él negó con la cabeza, pero mostró su asombro.

—A mí la mayoría me parecen iguales. Salvo los machos, porque son pocos.

—No hay dos iguales —replicó ella—. Eso es algo que tendrás que aprender, si quieres quedarte con nosotros.

—¿Cuántas faltan?

—Hum… Ah, allí veo a las seis despistadas. Siempre ellas. Aunque, ¡no! No están las seis. Falta una.

—¿Seguro? ¿Quieres contar otra vez?

—¡Esas seis siempre van juntas! Y si Liora no está con ellas, es que falta. Se ha perdido o se ha despeñado por el monte.

Señaló a cinco ovejas jóvenes, que a Moisés se le antojaron idénticas. Séfora caminó hacia el grupo que se incorporaba al rebaño. Un perro ladraba tras ellas.

—Estas seis bobas siempre hacen de las suyas. Saben que las cabras suben a donde hay plantas más tiernas y las siguen.

—¿Vale la pena ir a buscarla? Sólo por una…

—Cada oveja vale la pena. ¡Todas son importantes! Aprende esto también.

El perro ladró hacia el monte y Séfora empuñó el bastón.

—Está por ahí arriba —dijo, señalando unas peñas—. Voy a buscarla.

—Te acompaño.

—No, quédate aquí, con el rebaño.

—Están los perros. Puedes necesitar ayuda.

Séfora no respondió. Moisés la siguió monte arriba sin decir palabra. El perro guía correteó ante ellos hasta que llegó a una quebrada que caía bruscamente sobre un barranco. Enfrente divisaron varios pilares rocosos donde crecían matorrales de tomillo y retama. Y sobre uno de los picones balaba débilmente la oveja descarriada.

Séfora contuvo una exclamación.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí? —preguntó Moisés.

—A veces logran subir, pero luego no saben cómo bajar.

Séfora se acercó al pie del peñasco, dejó su bastón en el suelo y comenzó a trepar, valiéndose de pies y manos. Moisés la contempló con admiración y luego con zozobra, cuando vio que la túnica se le enganchaba en una zarza y le impedía seguir. Ella tiró de la ropa y perdió pie. Resbaló, pero de inmediato se aferró a la roca con ambas manos. Moisés la vio abrazando la piedra, un leve temblor agitando su espalda.

—¡Séfora!

Ella se volvió atrás y apretó los labios.

—Baja con cuidado. ¡Baja!

Por una vez, lo escuchó. Descendió, dejándose deslizar por la roca, y llegó abajo. Se sacudió la túnica y miró hacia arriba con desaliento. La oveja los observaba y baló de nuevo.

—Deja que suba yo.

Séfora tragó saliva y asintió. Moisés se despojó de la túnica y se quedó semidesnudo, tan solo con su faldellín de soldado de Kemet. Liberado del ropaje, se anudó el manto al cuello y escaló con facilidad la roca hasta llegar a la cima. Se puso en pie y respiró hondo. La oveja Liora se frotó contra sus piernas.

Inclinándose, la cogió y le acarició el lomo lanudo. Séfora lo contempló desde abajo, un hombre solitario, erguido sobre el pilar de roca bajo el cielo, con una oveja en sus brazos.

Moisés se deslió el manto del cuello, lo rasgó, formando una larga faja, y ató a la oveja. Luego la descolgó por la roca.

—¿Podrás cogerla?

Séfora asintió. El manto resultó corto, pero a ella le bastó trepar unos metros peña arriba para alcanzar a la oveja. Moisés descendió poco después, descolgándose y saltando con agilidad.

Ella lo recibió con una mirada distinta. Moisés adivinó en su gesto un atisbo de admiración, o quizás de gratitud. Tenía a la oveja en brazos y le quitaba unos zarcillos enganchados en la lana. Las manos de Séfora se movían con suavidad y miraba con ternura a la oveja díscola.

—A veces hacen falta dos para salvar a una —dijo Moisés.

Séfora alzó el rostro hacia él. La luz de la tarde doraba su piel y resplandecía en sus ojos negros.

Regresaron al campamento y de nuevo comenzaron las escaramuzas y aquella insólita persecución. Séfora volvió a escudarse en su ceño, sus gritos y su altivez. Divisaron el pilar de Yahu, pero el patriarca no había salido a esperarlos. Séfora aceleró el paso y, por fin, echó a correr hasta la piedra. Moisés la persiguió hasta alcanzarla y la rodeó por la cintura, riendo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Padre!

Moisés la soltó de golpe. Por el camino se acercaba Jetró, con su larga vara y el manto ondeando a su espalda. El patriarca llegó junto al pilar. Sin duda los había visto, pero no hizo comentarios y sonrió ampliamente.

—Muchachos, ¡ya estáis aquí! Bien puntuales habéis llegado.

Séfora apretó los labios y se estiró el velo.

—Sí, padre.

—¿Todo bien? —Jetró los miró a uno y a otro, sin dejar de

sonreír.

—Sí, todo bien —repitió ella.

Moisés resopló y devolvió la sonrisa al patriarca.

—Creo que aprenderé a ser un buen pastor.

Era de noche. Mientras las mujeres cocían panes en el fuego y los hombres asaban un cordero para la cena, Moisés se sentó junto a la hoguera. Jael corrió a su lado, y las mellizas y la pequeña Nur la siguieron.

Jael se acomodó en su regazo.

—¡Cuéntanos historias de Kemet!

Moisés estrujó su memoria.

—¿Más historias? Veamos. ¿Os expliqué qué le ocurrió al dios Osiris cuando su hermano Set…?

Talía lo interrumpió.

—Madre no quiere que nos cuentes más historias de dioses.

—Pero… ¡sólo son historias!

—Madre dice que esos dioses no son los nuestros —añadió Jasida— y que no tenemos que hablar de ellos.

—Bien, entonces os tendré que contar otra clase de historias.

—Cuéntanos una historia que haya ocurrido de verdad —pidió Jael.

Eila, mientras tanto, se había acercado con un pequeño laúd que iba tañendo muy suavemente. Se sentó cerca y escuchó también.

—Os contaré la historia de un niño… Un niño pequeño, sin padre y sin madre, que un día apareció en una canastilla, flotando en las aguas del Nilo.

—¿Sin padre y sin madre? —lo interrumpió Talía.

—¡Eso no puede ser! —dijo Jasida.

—Bueno… No es que no tuviera padre y madre. Es que nadie sabía quiénes eran.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Jael.

—Aún no tenía nombre. ¿Cómo iba a tenerlo, si no tenía padres?

Las niñas asintieron. Moisés continuó su relato, convirtiendo en una historia fabulosa su propia vida. Eila dejó de tocar el laúd y prestó tanta atención como sus hermanas. Nissa salió de la tienda y también ella se acercó a escuchar.

—Cuando el príncipe, que había vivido toda su vida en un palacio de oro, descubrió que sus verdaderos padres eran esclavos, se sintió mal.

—¿Y qué hizo? —preguntó Jael.

Moisés hizo una pausa. Miró los rostros expectantes de las niñas y

de sus hermanas mayores.

—¿Qué harías tú, si fueras el príncipe? —le preguntó.

Jael respondió en seguida:

—Iría a buscar a mis padres y me los llevaría conmigo al palacio de oro.

—Pero el príncipe no podía hacer eso. Porque el rey no quería a los esclavos en su palacio. El príncipe tenía que elegir: una familia o la otra. Entonces tomó una decisión. Cogió un caballo y sus armas y se marchó al desierto.

—¿Por qué al desierto? —preguntó Talía.

—Porque necesitaba estar solo y pensar qué tenía que hacer.

—¿Y no se murió de hambre? —terció Jasida.

—No, porque era un soldado muy curtido y sabía sobrevivir en medio de las arenas. Había aprendido en las guerras del rey, como ya os he explicado.

—¡Sigue! —lo apremió Jael.

—Los soldados del rey lo persiguieron… Pero él escapaba siempre, porque su caballo era muy rápido.

—¿Como *Alma del viento*?

—Sí. De hecho, se llamaba igual.

—¡*Alma del viento*! —exclamó la pequeña Nur.

—Sí, ese era su nombre. Galopaba veloz, tanto como el huracán del desierto, y nunca pudieron atraparlo.

—¿Y qué pasó luego?

—El príncipe cabalgó más y más lejos, hasta llegar al mar. Y allí, por primera vez, se bañó en las aguas saladas. Entonces le ocurrió una cosa.

—¿Qué? —preguntaron tres voces al mismo tiempo. Eila y Nissa se irguieron, tan intrigadas como sus hermanas menores.

—Le sucedió que, al bañar su cuerpo en aquellas aguas, tan inmensas, tan saladas, tan puras, también quedó lavada su alma. Y decidió que, en aquel momento, empezaría su vida de nuevo.

Las niñas se miraron. Jael preguntó:

—¿Y su familia? ¿Se olvidó de ella?

—¿Cuál de las dos familias?

—La de verdad.

Moisés suspiró.

—No. No la olvidó.

—Y entonces, ¿qué hizo?

Moisés se esforzó por dar un final a su historia.

—El príncipe decidió que visitaría a un hombre, muy anciano y muy sabio, que vivía en la cima de una montaña. Pediría su consejo.

Le dijeron que la montaña estaba al otro lado del mar y allí se dirigió, montado en *Alma del viento*. Entonces…

—Entonces, ¿qué pasó?

—Entonces atravesó el mar en una barca de velas blancas. Cuando llegó a la otra orilla buscó la montaña alta. Y le dijeron que estaba muy lejos, hacia oriente, por donde sale el sol. Él caminó muchos días… Hasta que se encontró con una aldea de pastores. El jefe de la tribu era un hombre no muy viejo, pero sí muy sabio. Tenía siete hijas, preciosas como siete rosas del desierto. Él le explicó al príncipe por dónde se llegaba a la montaña.

Se detuvo. Las hijas de Jetró esperaron a que continuara, pero él callaba. Aaliya se acercó, batiendo palmas.

—¡Hora de cenar! Niñas, ¿qué hacéis ahí, embobadas? No molestéis más a Moisés, dejadle ir con los hombres.

—Nos está contando una historia muy bella, madre —dijo Eila.

Talía se puso en pie con sonrisa maliciosa.

—¡Nos ha estado contando *su* historia!

—Mamá, ¡Moisés ha vivido en un palacio de oro! —dijo Jasida.

—Oh, no… Niñas, niñas, ¿qué estáis diciendo?

Moisés sonrió y se puso en pie. Entonces vio que Séfora estaba junto a Aaliya, con una bandeja llena de dátiles.

—Séfora, tendrías que haber venido antes —le dijo Jael—. Te has perdido la mejor historia de todas.

Séfora sacudió la cabeza con desdén. Moisés se acercó a ella y cogió un dátil de la bandeja.

—¡Majaderías! —dijo—. Les estás llenando la cabeza de sandeces a mis hermanas.

Él la miró y cogió otro dátil. Séfora le dio un manotazo.

—¡Quita!

Eila, las mellizas y Jael se echaron a reír. Nissa y su madre las empujaron.

—Vamos a cenar. ¡Vamos!

Se acercaba la estación de las tormentas. Aunque no había llovido aún, cada día eran más las nubes que se formaban en el cielo. Inmensas como montañas de blanca espuma, crecían y se desplazaban, cubriendo y descubriendo el sol. Jetró le explicó a Moisés que pronto se trasladarían hacia el interior del país, donde habría mejor agua y buenos pastos durante unas lunas. Además, era la época en que las caravanas de oriente llegaban para ganar el mar. Los caravaneros se detenían en los oasis y allí comerciaban con los pastores. Estos les vendían ganado, cuero, quesos y lana, y adquirían herramientas,

tejidos, perfume y otros enseres que necesitarían durante el año.

Los jefes de caravana también buscaban protección contra los bandoleros. Algunos pastores, como los hijos de Akán, se ofrecían a escoltarlos y guiarlos por los lugares más seguros. Moisés no tardó en saber que guías y bandoleros a menudo estaban confabulados y se repartían las ganancias, bien de sus servicios, bien de sus asaltos.

—Este año los rebaños han crecido —dijo Jetró—. Podremos cambiar unas cuantas reses por camellos.

—¡Camellos!

—Sí, camellos. Nuestra tribu nunca los ha poseído, pero va siendo el momento de que comencemos a ampliar nuestras ocupaciones. Hay muchos varones jóvenes en las familias. Algunos mozos pueden dedicarse a custodiar caravanas. Incluso, con el tiempo, podríamos organizar una caravana propia. Akán y los suyos planean lo mismo, no podemos quedarnos atrás.

Moisés asintió. Él ya comenzaba a familiarizarse con el pastoreo y cada día salía con los rebaños, a veces con Séfora y alguna de sus hermanas, a veces con los hermanos de Gamal. Nunca había vuelto a salir con *ella* a solas.

—Cuando combatí en el ejército de Kemet vi los primeros camellos. Iban montados por gente de vuestra tierra y apenas pudimos detenerlos. Los acorralamos en un desfiladero, pero unos cuantos lograron escapar.

Jetró sonrió asintiendo:

—A un buen jinete no lo detiene ni un ejército entero.

—Dices bien.

—Pero esos temerarios se equivocaron. Subestimaron las fuerzas del señor de Kemet y lo pagaron caro. Ninguno regresó para contarlo.

—Los supervivientes terminaron como esclavos —dijo Moisés—. Fabricando adobe para construir el nuevo palacio del rey.

—¿Los viste?

—Acompañé a sus guardianes cuando los llevaron a su destino. Sí, los vi. Y admiré algo en ellos…, algo que también pude ver en los habiru.

—Hum. Ya lo imagino.

—Podían estar heridos y derrotados. Pero no se doblegaban. Los capataces les hacen inclinar el lomo y los soldados los obligan a postrarse. Pero jamás hincan el espíritu. Lo vi en sus ojos.

Jetró asintió, pensativo.

—Y así debe ser. Un hombre libre sólo se inclina ante el Altísimo.

—¿Aunque sea un esclavo?

—Los grilletes pueden atar las manos, hijo. Pero, como bien has

comprobado, jamás podrán atar el alma.

Moisés bajó la vista. ¿Sabía Jetró de su historia, aquel relato que se le había escapado, como agua, de los resquicios de su memoria? Estaba seguro de que sus hijas ya lo habían puesto al corriente de todo.

Jetró le palmeó la espalda y sonrió.

—Cambiando de tema, hijo, ¿qué tal se porta contigo mi Séfora?

Moisés enrojeció de golpe y se sintió torpe y avergonzado como un muchacho de quince años.

—No… No discutimos. Casi.

Jetró se echó a reír.

—Aquí todo se sabe, muchacho. Y lo que se ve, se comenta y corre como las semillas en el viento. ¿Sabes? Voy a tener que cambiar unas palabras con ella.

—¡No! No es necesario. No…

—Mi hija parece haber olvidado ciertas normas de la hospitalidad más básica. ¡Tendré que recordárselas!

Los nómadas nunca se bañaban de cuerpo entero, salvo cuando llovía y podían zambullirse en la poza de un arroyo o en la laguna de un oasis. Pero cuidaban su higiene con arena, aceites y lavatorios, usando paños que mojaban en una jofaina con agua. Con los invitados era un gesto de cortesía ofrecerles un baño de pies y manos. Aunque ya llevaba casi una luna con ellos, a menudo Nissa, Eila o alguna de sus primas se ofrecía para asear los pies de Moisés al anochecer. Pero aquella noche de luna creciente y viento agitado Jetró llamó a su hija mayor.

—Hija, toma agua y perfumes y atiende a nuestro huésped.

—¿Por qué yo? Nissa se muere de ganas de hacerlo.

—Porque lo digo yo, tu padre. Obedece.

Era tarde. Ya habían cenado y cada familia se iba retirando a sus tiendas. Séfora llenó una palangana de agua y tomó un frasco con aceite y una toalla. De mala gana se acercó a Moisés, que descansaba en un extremo de la tienda. Aún no se había acostado y estaba puliendo su espada hitita.

Cuando la vio acercarse envainó el arma y la dejó a un lado.

—Séfora.

—Padre me ha dicho que venga. Descálzate.

Él no hizo comentario alguno y se quitó las sandalias. Se recostó en su silla de montar, cubierta con un almohadón, y dejó que Séfora vertiera agua sobre sus pies. Cerró los ojos.

Ella le tomó el pie con brusquedad y depositó el vaso de cobre de

golpe cuando lo hubo vaciado. Comenzó a ungirlo con prisa, apretando los dedos casi con violencia. Moisés se movió ligeramente y ella lo miró. Se había dormido.

Las manos de Séfora se apaciguaron y se tornaron flexibles. Y sus dedos comenzaron a deslizarse, lentos y firmes, hundiéndose en la planta de los pies, amasando, presionando y acariciando. Envolvió los tobillos con suave firmeza y deslizó las manos, muy despacio, hacia la rodilla. Dejó un pie y tomó el otro. Todos se habían acostado en la tienda, tan sólo una pequeña candela de aceite ardía junto a ella.

Cuando terminó de ungir el otro pie, se inclinó sobre Moisés. Dormía, con la cabeza recostada sobre la almohada. Dormía con la expresión confiada de los niños que se abandonan en el regazo materno. Dos bucles escapados de sus trenzas caían sobre su frente. Y algo brillaba bajo sus pestañas oscuras.

Séfora se acercó más, conteniendo el aliento. Vio una lágrima que caía, resbalando por la mejilla y perdiéndose en la barba oscura y rizada.

Un matrimonio es un pacto de sangre. Quedarás unido a nuestra familia y ese vínculo te atará de por vida.
Eso significa lealtad… en la paz como en la guerra.

Pactos de sangre

Hombres y ganado avanzaban formando una columna que se alargaba por la llanura. El trueno retumbó sobre las nubes y las reses, asustadas, se apiñaron. Los pastores enarbolaron sus varas para obligarlas a seguir mientras los perros corrían de aquí para allá, ladrando a la tormenta que se avecinaba.

Las nubes oscurecieron el firmamento; las colinas arenosas desprendían luz. Cuando el cielo tronaba, la claridad del día se refugiaba en la tierra. Y un silencio tenso, de animal agazapado, preñaba el aire.

Un relámpago rasgó las tinieblas y estalló otro trueno. Gruesas gotas de agua comenzaron a caer. Moisés alzó el rostro. Jamás había visto llover en el desierto. La tierra exhaló una densa fragancia mineral; el aire se enfrió y la lluvia se precipitó sobre el llano.

Estaban a la intemperie, sin una arboleda ni un abrigo rocoso donde guarecerse. De manera que continuaron la marcha. Pronto los pies chapotearon en el barro. Los hombres se quitaron las sandalias. También Moisés se descalzó y sintió la tierra húmeda y blanda bajo sus pies.

El agua era una bendición divina. Jetró enarbolaba su vara, reía y bromeaba con los hombres que caminaban junto a él.

—¡El Altísimo sea alabado! Esta agua es fuente de bendiciones.

Y los hombres avanzaban con ánimo, bajo el peso de las túnicas y los mantos empapados.

—Fuentes, hierba tierna, comida para nuestro rebaño y prosperidad para nuestras familias —dijo Jetró a Moisés, cuando éste llegó a su lado—. Ah, y aún no has visto qué sucede en el desierto cuando llueve.

Moisés se quitó el manto y dejó que la lluvia le mojara la cabeza. Luego sacudió el cabello y respiró hondo.

—Bebe, hijo. Bebe el don del cielo. El Altísimo nos lo envía como bendición para el camino.

Las mujeres no se mostraban tan entusiastas. Avanzaba la tarde y se preguntaban cómo iban a acampar aquella noche, con los bultos mojados y el campo hecho un barrizal. Y, sobre todo, cómo iban a prender fuego.

Los niños, en cambio, chapoteaban y danzaban, cantando y salpicándose. Jael corrió hasta Moisés.

—¡Llévame a hombros! Quiero mojarme bien alto, como tú.

Él la subió a sus espaldas. Jael se quitó el velo y agitó las manos hacia el cielo.

—¡Lluvia! ¡Lluvia, cae sobre mí! —gritó, y comenzó a cantar. Jetró rió al verla.

—Mi pequeña cierva salvaje. Montada como una reina a lomos de un camello. ¡Vas a agotar a nuestro egipcio!

—Dime —preguntó la niña—. ¿Llueve así en Kemet?

—En Kemet llueve muy poco —dijo él—. Pero la riada es abundante, inunda los campos y llena los canales. Nunca nos falta agua.

—¡Quiero ir a Kemet contigo! ¿Me llevarás?

—Hija, me parece que Moisés tardará mucho en volver a Kemet.

Él no respondió. Sacudió la cabeza y continuó avanzando. La lluvia fue amainando y, al atardecer, un rayo de sol se abrió paso entre las nubes y cruzó la llanura.

Jetró se detuvo y, poco a poco, tras él, todos cuantos le seguían se fueron parando. El patriarca se volvió y contempló el cielo iluminado en silencio.

Tras una densa nube los rayos de luz se esparcían como radios de una gigantesca rueda incandescente. Las cimas de las nubes resplandecían; las gotas de llovizna que aún caían centelleaban como minúsculas agujas de plata.

Moisés contempló la nube radiante, la gloria del fuego y del agua abrazándose tras el combate celeste. Si había algún dios todopoderoso, se dijo, debía habitar allí.

—Contempla la gloria del Altísimo —murmuró Jetró, acercándose a él—. No hay dios ni criatura sobre la tierra que pueda compararse. Y él, desde su trono celeste, nos mira.

Volviéndose de espaldas al ocaso, hacia el camino inundado de agua, Moisés alzó la vista y divisó un inmenso arco iris sobre el gris del cielo.

Jael, que lo seguía, exclamó:

—¡El arco de Yahu!

Jetró se giró también y asintió.

—El Altísimo nos mira con benevolencia y nos protege.

Acamparon junto a un bosquecillo de acacias. Moisés ayudó a los hombres a plantar tiendas, tarea dificultosa pues las lonas estaban húmedas y el suelo resbaladizo. Pero los nómadas eran duchos en este menester y lograron tensar los toldos y fijarlos bien en la tierra. Incluso las mujeres habían conseguido encender varias fogatas sobre

unas piedras. Cuando estaban a punto de cenar, el cielo se cerró y la lluvia cayó de nuevo.

Entre gritos y alboroto, todos corrieron a refugiarse bajo las tiendas. Moisés ayudó a las hijas de Jetró a recoger los enseres de cocinar y los tapices que habían tendido junto a la hoguera.

Séfora lo vio levantando una gruesa alfombra.

—¡Espera! —dijo, agarrando un extremo.

Entre los dos la alzaron y la sacudieron. Moisés la agitó con tanto brío que ambos quedaron salpicados de barro.

—¡No tan fuerte! —lo riñó ella. Su velo resbaló y dejó su cabello al descubierto.

Doblaron la alfombra, acercándose y uniendo los cuatro extremos. Cuando estuvieron uno frente al otro, él dio un paso hasta rozarla y cerró sus manos sobre las de Séfora.

—¿Qué haces? ¡Aparta!

—Deja que la coja yo. Pesa mucho.

—Tú no sabes doblarla bien.

—¿Por qué no me dejas intentarlo?

—En realidad, deberíamos enrollarla.

—¿Lo probamos?

Llovía cada vez más. Ella negó con la cabeza, agitando la melena empapada.

—Déjame.

—No, suelta.

Ninguno de los dos soltó la alfombra. Moisés se acercó más a ella, la rodeó con un brazo y, estrechándola, la besó.

Séfora forcejeó. Soltaron el tapiz, que quedó apretado entre sus cuerpos. Por fin ella lo apartó y lo empujó.

La alfombra cayó a tierra y Moisés se echó a reír.

—¡No tiene gracia! —estalló Séfora.

Dio media vuelta y corrió a refugiarse en la tienda. Moisés se agachó, recogió la estera chorreando agua y fango, la arrastró torpemente y la dejó a un lado antes de buscar cobijo.

Ella se fue con las mujeres, él se reunió con Gamal y sus hermanos. Nadie le hizo comentario alguno. ¿Alguien los había visto? Tal vez sólo el dios de la tormenta, pensó Moisés. Cerró los ojos y volvió a saborear aquellos labios mojados y abiertos, prestos a morder. Labios que, durante unos instantes, no lo habían rechazado.

A la mañana siguiente, el cielo amaneció despejado y de la tormenta no quedaba otro rastro que unas nubes blanquísimas y deshilachadas. Moisés salió de la tienda, entumecido y ansiando

respirar aire puro, y se topó con el milagro.

Toda la llanura estaba cubierta de hierba. Y las pequeñas matas, algunas espinosas, otras de hojas tiernas, habían florecido. El sol iluminó la tierra convertida en un inmenso tapiz de flores.

Los viejos reían bajo el sol, las mujeres cantaban en corro y las niñas corrían de mata en mata cogiendo flores amarillas, azules y rojo sangre. A mediodía los hombres levantaron el campamento y todos emprendieron la marcha. Las ovejas y las cabras se dispersaban pastando entre las matas floridas; Jetró y los patriarcas bendecían al Altísimo.

Moisés recogió un manojo de flores, púrpura como la alborada, y fue al encuentro de la mujer por la que latía su corazón. Ella estaba con el rebaño, bastón en mano, y lo miró con aquel gesto desconfiado del primer día que se habían encontrado, junto al pozo.

—Son para ti.

Como ella no se movía, la tomó de una mano, se la abrió y depositó las flores en su palma.

—Pero la verdadera rosa del desierto eres tú.

Él se fue y Séfora apretó los labios, rojos como los pétalos que estrujaban sus dedos.

Jetró plantó el campamento en una gran llanura, junto a un oasis donde las caravanas hacían alto en su camino. Se felicitó, con los cabezas de familia, porque habían sido los primeros en llegar allí. Era un oasis codiciado por Akán y sus hijos. Pero aquel año, Jetró se les había adelantado y se hizo dueño del lugar.

Y, al igual que hiciera al partir del valle de la costa, hizo levantar un altar de piedras y sacrificó un cordero a Yahu, el espíritu de la vida. Los varones de las tribus lo rodearon y elevaron, con él, sus plegarias de gratitud. Moisés los acompañó y participó en el rito, mojando su hisopo en la sangre y trazando una pincelada sobre la roca plana erigida junto al altar. Pero sus labios permanecieron mudos y su corazón silencioso.

Días después, llegó la primera caravana y un mercado improvisado se armó junto al oasis. Las mujeres de las tribus sacaron espuertas llenas de queso curado, rollos de lana y enseres de hueso y cuero curtido. Los hombres apartaban reses y regateaban con los mercaderes. Estos, por su parte, extendieron varias telas en el suelo y, sobre ellas, depositaron jarrones, potería, armas, tejidos finos y frascos de aromas que esperaban vender. Las mujeres fueron en tropel a verlos.

Dos mercaderes hablaron con Jetró y este llamó a Moisés.

—Hijo, han visto tu yegua libia. Me ofrecen comprarla a buen precio.

Moisés frunció el ceño.

—No la vendo.

—Piénsalo bien, hijo. Ofrecen oro. Y tú tienes una vieja deuda que saldar.

Él movió la cabeza.

—Prefiero vender otras cosas.

Jetró miró a los mercaderes con resignación.

—Lo lamento mucho… No quiere venderla. Dejad que hable con él. Puedo convencerlo.

Moisés también examinó las mercancías de los caravaneros. Se detuvo ante un hombre que mostraba piezas de bronce y algunas joyas.

—Me gusta ese —dijo, señalando un collar de piedras verdes.

—Hum… ¿Cuánto ofreces?

Moisés se desató del cinturón la daga.

—¿Va bien esto a cambio?

El hombre puso el grito en el cielo.

—¿Cómo voy a venderte esa filigrana, con piedras de jade auténtico, carísimo jade, por un viejo cuchillo?

Moisés intentó convencerlo en vano de las bondades de una daga del ejército de Kemet. Pensó en su espada hitita… ¿La aceptaría? Por fin se decidió y fue a buscarla.

—Hum, hum… La veo algo deteriorada.

Ahora fue Moisés quien protestó.

—¡La pulo y la engraso cada día! Es imposible que esté oxidada. Mírala bien. Es hierro fundido, fabricada en una forja hitita. Más duro que la piedra. ¡Ni los soldados del rey de Kemet tienen hojas como esta!

El orfebre la miró y remiró.

—¿La vendes con la vaina?

—Por supuesto.

Refunfuñando, el orfebre aceptó la espada, la guardó celosamente en un cofre y metió el collar de jade en un saquito de cáñamo.

—Tu esposa se pondrá muy contenta con este regalo —le dijo, satisfecho—. ¿No querrás regalarle también unos pendientes a juego?

Moisés meneó la cabeza.

—No me quedan más espadas.

—Esa vieja daga que me enseñaste antes puede servir.

Moisés se la entregó y metió los dos pendientes en el saquito. Ahora soy un hombre desarmado, pensó. Y caviló cómo recuperaría su oro y adquiriría nuevas armas. Ningún hombre entre los pastores hubiera cambiado su espada por un collar y un par de pendientes, estaba seguro.

Al anochecer, Jetró se sentó en medio de los varones de su tribu. Aaliya les llevó una jarra de vino dulce y vasos para beber mientras aguardaban la cena. Jetró estaba comentando sus tratos con los caravaneros.

—El jefe de la caravana me ha ofrecido tres camellos por mi hija Nissa. Debo pensarlo bien. No es una mala oferta.

—Pide cinco —dijo Gamal.

—Nissa es una joya —dijo Hobab, su primo—. Si la quiere de verdad, te dará lo que pidas.

—Hum… En realidad, lo que le he dicho es que entre nosotros hay una costumbre. Tengo siete hijas, todas solteras. No es habitual que la segunda se case antes que la primera, así que le he ofrecido a Séfora.

—¡No!

Todos se volvieron a mirar a Moisés.

—¿Qué ocurre, hijo?

—¡No! No puedes… Es decir… ¡no le ofrezcas a Séfora!

—¿Por qué, hijo?

Moisés calló, encendido en rubor. Jetró y sus parientes no apartaban los ojos de él.

—Creo… que hemos de hablar sobre Séfora.

Jetró enarcó las cejas.

—Ah, bien. Creí que no había nada de qué hablar.

—¡Sí! Sí lo hay. Pero en privado.

Jetró suspiró; sus primos sonrieron y murmuraron entre sí.

—De acuerdo. Más tarde tendremos unas palabras tú y yo, en privado, sobre Séfora.

—Por cierto, ¿qué hay de los camellos, primo? —preguntó Hobab, cambiando el giro de la conversación. Y los hombres continuaron departiendo animadamente sobre sus planes.

Aquella noche, tras la cena, Jetró se llevó a Moisés a caminar con él. Se alejaron por el palmeral y se sentaron en dos piedras, junto a la laguna del oasis. Una luna creciente espejeaba sobre las aguas.

—Y bien, hijo. ¿Qué tienes que decirme de mi hija mayor?

Moisés buscó las palabras más adecuadas. Pero la lengua se le entorpecía y, finalmente, lo soltó de golpe.

—La quiero. Quiero a Séfora. Sé que no tengo mucho que ofrecer, pero…

—Aguarda, aguarda, hijo. ¿Me la estás pidiendo en matrimonio?

—Sí.

Jetró posó una mano sobre el hombro de Moisés.

—¿Sabes a lo que te comprometes? Aquí en Madián no tenemos las mismas costumbres que en Kemet.

—Estoy dispuesto a acatarlas.

—Un matrimonio es un pacto de sangre. Quedarás unido a nuestra familia y ese vínculo te atará de por vida.

—Lo sé.

—Eso significa lealtad. Por encima de todo, tanto en la paz como en la guerra. Tampoco podrás repudiarla salvo que te sea infiel, cosa que dudo mucho. Entre los nómadas los matrimonios duran toda la vida.

—Lo sé, y no deseo otra cosa. Amo a Séfora. Y quiero amarla hasta la muerte.

Jetró meditó unos instantes y sonrió para sí.

—Bien, hijo. Por mi parte, no hay inconveniente. No te preocupes por la dote, te la haré ganar a su debido tiempo. Ahora, falta ver qué dice ella.

—Pero ella… te obedecerá.

—Por supuesto. Pero antes de entregártela, quiero asegurarme de que vuestro matrimonio no será una guerra encarnizada. Sería una desgracia, ¿no crees?

Jetró lo tomó de un brazo y caminaron de regreso.

—¿Hablarás con ella ahora?

—Sí, ¿por qué no?

Por primera vez en varias lunas, Moisés volvió a sentir temor.

Séfora salió de la tienda, luciendo su collar de jade y dos ajorcas con piedras verdes. Las joyas resplandecían en su cabellera negra, bajo el velo de seda transparente. Lucía una larga túnica roja adornada con zarcillos de oro. Sus hermanas la rodeaban, bulliciosas. Nissa la cogía de una mano, sonriéndole con triste dulzura. Eila ya marcaba unos pasos de baile, vestida con su mejor túnica y un largo velo azul. Las mellizas reían y la halagaban. Jael andaba celosa e inquieta y la pequeña Nur contemplaba con admiración a su hermana mayor.

Las mujeres formaron un cortejo acompañando a la novia. Desfilaron entre las tiendas cantando, bailando y agitando sus címbalos hasta el altar de piedra, a las afueras del campamento. Allí las esperaba el novio, rodeado de los varones de la tribu.

Jetró avanzó ante el altar e invocó las bendiciones del Altísimo. Prendió fuego en un manojo de ramas y quemó incienso. Hobab y Gamal acercaron un cordero, que fue degollado y depositado sobre las brasas. Jetró mojó su hisopo en la sangre vertida y roció al novio y a la novia.

—Que la vida de Yahu, el aliento divino, se perpetúe en vosotros y en vuestros hijos —dijo Jetró, alzando la voz.

Los novios inclinaron la cabeza.

—Unid vuestras manos.

Ellos las enlazaron.

—Que las bendiciones del Altísimo sean derramadas sobre vosotros —clamó Jetró. Y todos los presentes repitieron sus palabras.

Moisés alzó la vista y miró a Séfora estrechándole las manos. Ella le devolvió la mirada. Sin odio, sin rencor, sin miedo. Profunda e insondable como la noche.

Amarse tras un prolongado banquete, bajo la lona de una tienda atestada de hermanas curiosas y parientes expectantes no era lo que Moisés había soñado para su noche de bodas. Nissa tocaba el laúd y cantaba una balada nostálgica y amorosa. Las jóvenes cuchicheaban entre sí. Y él añoró la intimidad de su alcoba en el palacio de los príncipes, la soledad del desierto, la amplitud de las praderas en el monte.

Séfora lo recibió en medio de un aluvión de velo, túnica y frazada. Pelearon bajo los lienzos que los cubrían y los separaban. Sus cuerpos se enredaron y él buscó su piel, sus cimas y su valle profundo, el bosque oscuro y húmedo donde saciar su sed. Séfora se agitaba y se resistió. Él palpó su vientre, la piel finísima y tensa, la dureza de sus muslos y rodillas, aprisionándolo y frenándolo a la vez. Era su esposa, unida a él por un pacto de sangre, pero estaba muy lejos de ser sumisa. No era complaciente como Nit. Parecía ignorar la sutilidad de las artes amorosas. ¿O tal vez aquella lucha entre velos era una de sus artes? ¿Era así como se amaban los nómadas? Le mordió en el hombro y se quejó. Él se incorporó sobre ella y apartó la frazada; ambos jadeaban. Algunas risitas se dejaron oír en la tienda. Moisés echó el manto sobre ambos para cubrirse de nuevo, enfurecido y anhelante.

—Séfora —susurró, besándola en el cuello.

Y, de pronto, ella cedió. Respiró hondo, relajó su cuerpo y lo dejó entrar. Ahogó un gemido y le arañó la espalda, aferrándolo contra sí. Hasta el último momento él tuvo que luchar por derribar sus defensas. Cuando estuvo dentro de ella, se abandonó. Y pensó que nunca, en su corta vida de príncipe, soldado y amante de sacerdotisas y dóciles


esclavas, había experimentado tal plenitud exultante, ni tan doloroso placer.

Su deuda es nuestra deuda. Y mis hijas son vuestras hijas.

Una caravana a Oriente

Buscando la intimidad, Moisés se ofrecía para marchar con su esposa a apacentar los rebaños. Ansiaba estar con ella a solas y aquellas horas en el monte eran las únicas en que podían estar a salvo de miradas, risas y comentarios. En el campamento todo era comunitario, no había secretos ni soledad. Pero, al mismo tiempo, los velos lo cubrían todo. Velos de ropa, velos de cortinas y mantos, el velo de aquel pudor femenino que en Kemet era desconocido, pero que Séfora tendía entre los dos cada vez que se encontraban en el lecho. Jamás se desprendía de su túnica ligera de dormir. Él la apartaba y la arrugaba, pero nunca lograba quitársela. Tras su resistencia inicial, ella cedía y se mostraba ardiente. Cada noche, para Moisés, se convertía en una conquista.

Un día, alejándose de las ovejas que pastaban, la llevó hasta un prado a la sombra, una insólita mancha de verde bajo dos rocas que se unían como las vertientes de una tienda. La tomó de las manos y le dijo:

—Quítate la ropa.

—¿Qué?

—Me gustaría verte desnuda.

—¿Por qué me tienes que ver desnuda?

—Quiero contemplar tu belleza.

Ella sonrió con desdén.

—Ya vuelves a decir sandeces.

—Por favor.

Séfora obedeció. Se despojó de la túnica despacio. Se agachó y se desató las sandalias. Lo último que hizo fue quitarse el velo y soltarse la melena.

Él la contempló largamente.

—Hermosa como un amanecer sobre el Nilo… Toda la belleza del mundo está en ti.

Le acarició la cintura y rozó con sus labios las mejillas y el cuello de su esposa. Ella se estremeció.

—Estás loco.

—Ahora, desnúdame tú.

—¡No! —Se echó a reír—. ¡Loco!

—Sí, ríe, ¡ríe! Dioses, jamás te he visto reír así. ¡Sigue riendo!

—¿Hacéis estas cosas en Kemet?

—¡No sé qué cosas hacemos en Kemet! —Él reía también—. Vamos, desnúdame.

Ella dejó de reír.

—Lo haré porque eres mi esposo y debo obedecerte.

—Un día lo harás porque lo deseas —susurró él.

Séfora apretó los labios y comenzó a desnudarlo. Él cerró los ojos.

Cuando terminó y se irguió ante él, la tomó de la cintura.

—¿Volverás a recitarme esas tonterías?

Sonreía, ruborizada. Moisés deslizó las manos por el cuerpo de su esposa. Deteniéndose en sus cimas y en su valle, y descendiendo hasta el bosque oscuro. Ahora fue Séfora quien cerró los ojos. Él se acercó más y la besó en los labios.

Jetró llamó a su yerno y se reunió con él y los varones de su tribu.

—Hijo, llegó el momento de subsanar tu deuda.

Moisés meditó unos instantes.

—No he pensado volver a Kemet por ahora. Tengo tiempo.

—Lo sé, hijo, lo sé. Pero viniste con una cierta cantidad de oro que has de devolver, y es bueno que comiences a reunir lo que te hace falta.

Su última propiedad, la yegua *Alma del viento,* la había entregado a su suegro como dote de Séfora. Jetró había aceptado y él continuaba cuidando del caballo como antes. Ahora, Moisés temió que quisiera venderla.

—De acuerdo, padre. ¿Qué debo hacer?

—Hasta ahora te has dedicado a salir con el rebaño. Y, al decir de mi hija, te estás convirtiendo en un experimentado pastor. Pero pronto se nos presentará una buena oportunidad. En los próximos días llegará otra caravana procedente de Ezion-Geber. Quiere viajar lejos, hasta los puertos de oriente, y regresar cargada de especias, perfumes caros y piedras preciosas. Necesitará una escolta y, entre los hombres de la tribu, tú eres uno de los más indicados.

—No tengo armas —dijo Moisés.

—Eso no es un problema. Compraremos las que sean necesarias.

Moisés asintió con desgana. Toda su adolescencia había suspirado por ser un guerrero y verse envuelto en el fragor de una batalla. Ahora, lo único que deseaba era quedarse allí, en el oasis, y salir a apacentar los rebaños con Séfora.

—Sé que te apenará alejarte de tu esposa —le dijo Jetró, cuando salieron de la tienda—. El ardor del recién casado aún te quema… Ella estará bien. Aaliya y sus hermanas cuidarán de ella.

—¿Qué le pasa?

—Hijo, ¿aún no lo has notado? ¡Tu esposa está embarazada!

—¿Tan pronto?

—¿Pronto? Sois muy jóvenes y estáis en la plenitud de vuestras fuerzas. Mi Aaliya en seguida se ha dado cuenta, y nunca se equivoca. Cuando regreses de tu expedición con la caravana quizás ya podrás sostener en brazos a tu primer hijo.

—¿Será varón? ¿Cómo lo sabes?

Jetró se echó a reír.

—¡Muchacho ignorante! ¿No has mirado bien a tu esposa? Jamás ha estado tan bella. Eso es porque ha engendrado a un varón.

Días después, Moisés se despidió de Séfora, con el corazón pesaroso y pocos deseos de partir. La llevó al monte una última vez, al prado que ya se había convertido en su jardín secreto, el lecho bajo el cielo que contemplaba sus amores y escuchaba las risas, los gemidos y los versos recitados al oído.

Toda la tribu celebró una cena para despedir a los hombres que acompañarían a la caravana. Al amanecer, Jetró y los cabezas de clan acudieron al altar de piedras y sacrificaron un cabrito. Tiznaron con su sangre el pilar de piedra y salpicaron a los jóvenes viajeros. Jetró invocó para ellos las bendiciones del Altísimo y, poco después, todos ellos montaron a caballo y partieron. Moisés cabalgó sobre *Alma del viento.* Séfora caminó un trecho a su lado y él se inclinó sobre la silla y le estrechó la mano. Jael corrió tras ellos.

—Adiós, Jael, cervatilla salvaje —dijo él, sonriendo; pero su última mirada fue para Séfora—. Adiós, amada. Pensaré en ti cada día y cada noche.

Ella asintió sin decir palabra. Apretó los labios e intentó sonreír, mientras una lágrima vacilaba entre sus pestañas.

Durante seis lunas, Moisés, Arik, Gamal y los jóvenes más audaces de los clanes nómadas acompañaron a los caravaneros en su ruta hacia oriente. Convertido en mercenario, Moisés recobró el gusto por la lucha. Se entrenaba con sus compañeros, recordando sus ejercicios en las ciudadelas castrenses del rey de Kemet. Pero descubrió que tenía muy poco que enseñarles y bastante que aprender. Los madianitas luchaban con largos sables curvos para entablar combates similares a los que él y Seti practicaban en sus ejercicios a caballo. También luchaban a pie y mostraban gran pericia y habilidad. Pues el objetivo de una buena pelea, le explicó Arik, era vencer sin matar al adversario.

—Lo ideal es cortarle una mano, un pie, la nariz… O bien causarle una herida profunda que lo detenga. Una muerte siempre acarrea más

conflictos. Si se rinde, siempre puedes apoderarte de él y venderlo como esclavo.

—Y un esclavo vivo es más valioso que un enemigo muerto —añadió Gamal.

Moisés no respondió. La palabra esclavo le repugnaba. Pero entre los nómadas, como pudo comprobar, un esclavo era una mercancía apreciada. En la caravana había una veintena, que sus dueños esperaban vender a buen precio en los mercados de oriente. Entre ellos vio algunos nubios y otros procedentes de Edom y Amalec. Aunque todos ofrecían un aspecto depauperado, recibían agua y alimento suficiente para continuar con vida. Y todos, observó Moisés, en su día debieron ser mozos robustos y bien parecidos. Los nubios le llamaron la atención por su gesto orgulloso y su hosquedad. Se preguntó si serían antiguos soldados y si alguno de ellos habría combatido en las filas de Kemet. En las largas horas de cabalgata, siguiendo la marcha pausada de los camellos, los recuerdos del pasado volvieron a acechar a Moisés.

Cruzaban una inmensa llanura de dunas, apenas salpicada por matorrales espinosos o algún árbol solitario y reseco. Pero cada noche llegaban a un lugar donde encontrar agua, un oasis, un pozo. Los caravaneros conocían bien el territorio y sus custodios aprendieron pronto el recorrido con el que esperaban familiarizarse en el futuro.

Atravesaron el desierto en dos lunas y llegaron a otro mar, azul y espumoso como el mar de Madián, en cuyas riberas desembocaba un río inmenso como el Nilo y crecían ciudades populosas. Era la tierra de los caldeos. Moisés admiró sus palacios, rodeados de jardines, y sus templos, tan ricos y monumentales como los de Kemet. En sus mercados conoció a gentes variopintas, del desierto y de otros países. Había asirios, babilonios, amorreos, mittanios y viajeros de tierras mucho más remotas, de piel oscura y ojos negros y almendrados. Escuchó voces y lenguas que jamás había oído. Se dejó sorprender por la alfarería, los tapices, las filigranas de cobre y las joyas. Palpó lienzos de un tejido finísimo, la seda, y recordó a su madre egipcia, Bint-Anat, y a las reinas de Kemet, ataviadas para las ceremonias reales con tejidos similares. Gastó casi todo su salario en comprar unos codos de aquella tela para Séfora.

En el mercado de perfumes y especias aspiró las fragancias embriagadoras que los mercaderes exhibían en saquitos abiertos. Decenas de montículos de polvo multicolor exhalaban sus aromas bajo los toldos. Algunas de aquellas especias eran más caras que el oro.

Durante los días que permanecieron en la ciudad, Moisés y sus compañeros recorrieron los mercados abigarrados entre multitudes de

hombres y mujeres cubiertos en velos y turbantes.

El dueño de la caravana culminó sus tratos. Vendió a los esclavos, canjeó sus productos, regateó con unos y otros y cargó las alforjas de sus camellos de perfumes, especias, gemas y seda. También adquirió marfil y jade. Y por fin, una mañana de caluroso estío, decidió emprender el regreso.

El viaje de vuelta era el más peligroso, pues ya iban cargados con sus mercancías y era entonces cuando los bandidos solían atacar a las caravanas. Para hacerse fuertes, se unieron dos expediciones en una y contrataron a unos cuantos mercenarios más para reforzar a los madianitas.

En dos ocasiones se enfrentaron a los bandoleros del desierto. La primera vez los salteadores fueron inteligentes. Apostados tras una duna alargada, descendieron sobre el centro de la hilera, montados en corceles rápidos y enarbolando sus sables. Los escoltas, que iban en cabeza y en la cola de la caravana, se desplegaron rápidamente para contenerlos. El combate fue breve y violento y cayeron varios hombres de ambos bandos. Visto el resultado, los bandoleros se retiraron a toda velocidad tras la duna, dejando tras de sí dos muertos y un caballo sin dueño. Moisés propuso perseguirlos, pero el jefe de la caravana se negó, alegando que aquel ataque podía ser una simple distracción. Si iban tras ellos y dejaban indefensa a la comitiva otro grupo podía atacarlos.

Tras aquel primer asalto, los escoltas se distribuyeron a ambos lados de la caravana y redoblaron la vigilancia. Moisés entonces propuso enviar exploradores por delante, pero Arik y sus compañeros tampoco quisieron oír hablar de ello. En el desierto, le dijeron, era fácil esconderse para un grupo de hombres duchos en escaramuzas. Y los exploradores se jugaban la piel si se alejaban del grupo. La única estrategia segura era la de la manada: avanzar juntos, en grupo compacto, con la vista y el oído alerta y las armas al alcance de la mano.

En el segundo ataque se enfrentaron a un grupo mucho más numeroso que los atacó por ambos lados. Los bandoleros de nuevo habían estudiado el avance de la caravana y sabían dónde golpear. Esta vez, además, había arqueros, y sus flechas causaron las primeras bajas. Cuando Moisés vio a uno de los jinetes tensando su largo arco, se cubrió con su escudo y espoleó a *Alma* contra él.

Esquivó por menos de un palmo el disparo, tirando de las riendas de la yegua. La flecha rozó la crin del corcel y Moisés cargó contra el arquero.

Era Ariel, el hijo de Akán. Y sus hermanos se contaban entre el

grupo de salteadores. Moisés gritó con rabia, enarboló su sable y se abalanzó contra él. Ariel dominó a su corcel con una mano, pues en la otra sostenía el arco. Se agachó sobre la grupa para evitar el golpe. Arrojó el arco a tierra y desenvainó su espada para lanzar un golpe bajo hacia Moisés, buscando su cintura.

Moisés paró el golpe y los dos sables rechinaron. Se separaron con un gemido metálico y sus dueños volvieron a acometerse. Golpearon con encono una y otra vez hasta hacer saltar chispas de sus filos. Los caballos a duras penas se contenían y, por fin, el de Ariel se encabritó. El jinete perdió el control y se echó hacia atrás. Moisés aprovechó el momento para dejar caer su espada y le sajó el cuello.

Recuperó su arco, el viejo arco de la división Amón con sus insignias aún impresas en las palas. Y la aljaba con una veintena de flechas. El combate terminó con la huida de los bandoleros y media docena de muertos, entre ellos cuatro escoltas y tres hombres de la caravana. También había heridos. Pero algunos bultos valiosos desaparecieron, rapiñados por los bandidos que lograron escapar.

Los dos jefes de la caravana se lamentaron y reprendieron con dureza a los escoltas. Entre los bienes robados había dos alijos de seda y un saco de perlas.

Moisés escuchó la humillante reprimenda y la ira se encendió en su interior.

Habló con Arik y sus más allegados.

—Vamos a perseguir a los bandoleros. Tenemos que recuperar su botín.

Arik frunció el ceño.

—¿No nos basta con proteger la caravana? Ese robo ha sido importante, pero más importante es salvar la caravana entera y a sus hombres.

—El jefe no piensa igual —replicó Moisés.

—Esos bandidos conocen el desierto como la palma de su mano. No tenemos nada que hacer contra ellos, salvo defendernos y rechazarlos —dijo Gamal.

—No podemos enfrentarnos al desierto —añadió un joven ceñudo.

Moisés sacudió la cabeza.

—Si los hijos de Akán pueden, nosotros también podemos.

Los caravaneros contaron durante mucho tiempo la hazaña de los escoltas de Madián que, capitaneados por un mercenario egipcio, irrumpieron una noche en el campamento de los bandoleros más temidos del desierto.

De boca en boca corrió la historia de aquel puñado de hombres osados. Montados de dos en dos en quince camellos, asaltaron a los salteadores. Mientras unos mataban y herían, a golpe de sable, otros corrían a las tiendas a apoderarse del botín robado. Los bandidos, sorprendidos en mitad del sueño, no pudieron oponer gran resistencia. Sus caballos huyeron o fueron apresados. Los camellos de la caravana, espoleados por los madianitas, derribaron las tiendas y arrollaron a los desventurados. Cuando la luna ya declinaba y rayaba el alba en el horizonte, la matanza terminó y los que sobrevivieron se rindieron. Los madianitas regresaron con los quince camellos, una veintena de caballos, doce prisioneros y un cuantioso botín.

Y el egipcio habló alto y claro ante los jefes de la caravana. No le vaciló la voz, como tampoco había temblado su pulso al empuñar las armas. Los bienes robados a la caravana pertenecían a sus dueños. Pero el resto del botín capturado era la recompensa de los escoltas.

Tampoco dudó a la hora de negociar con los prisioneros. Los madianitas los vendieron a todos, salvo a tres. Él los envió, libres, con agua y provisiones, de regreso al campamento de su padre. Eran los tres que habían sobrevivido entre los hijos de Akán.

Jetró y los cabezas de tribu celebraron la hazaña cuando regresaron los escoltas de la caravana. En la tienda del patriarca, sobre un amplio tapiz, Moisés y sus compañeros extendieron el botín conseguido. Ágatas, jade, ónice, sacos de incienso y especias, bolsas llenas de piezas de oro, joyas y armas varias se amontonaron en la alfombra. Meshek contaba las piezas de oro con ojos ávidos. Los demás varones discutían animadamente hasta que Jetró impuso silencio.

—Todo será repartido a partes iguales entre las familias de los hombres que han custodiado la caravana —declaró—. Pero hay una parte que será apartada para Moisés.

De inmediato saltaron las protestas.

—¿Por qué el egipcio tiene que llevarse más?

—No se llevará más de lo que le corresponde por justicia. En primer lugar, él fue quien tuvo la iniciativa y encabezó el ataque. En segundo lugar, debe saldar una vieja deuda, y será con este oro.

Meshek protestó.

—¡Su deuda no es nuestra deuda!

Jetró replicó.

—Su deuda es nuestra deuda. Pues cometió homicidio por defender nuestro derecho al agua. Además, ahora está casado con mi hija mayor. Mis hijas son vuestras hijas, y de mis rebaños todos nos

alimentamos.

Los restantes varones asintieron.

—Que el egipcio se quede con el oro que corresponde a sus quince piezas —declaró Nadir—. El resto, lo repartiremos a partes iguales entre las familias.

Al salir de la tienda, Moisés se vio rodeado por sus cuñadas más jóvenes y algunos chiquillos.

—¡Moisés! ¡Cuéntanos cómo atacaste a los bandidos!

—¿Mataste a muchos?

—¿Ibas en un camello?

Jael le tiraba del manto y se colgó de su brazo. Él se sentó junto a la tienda y las muchachas y los niños formaron un círculo a su alrededor.

—Os lo contaré todo. Pero antes tenéis que guardar silencio.

Los pequeños callaron de golpe. Y Moisés inició su relato.

—Cuando el enemigo es más fuerte que tú, hay que pensar bien cómo atacarle y dónde buscar una ventaja —dijo. Los niños mayores aguzaron sus oídos.

—Y nosotros sólo teníamos una. Mejor dicho, dos. La primera era la misma táctica que utilizan los bandoleros: la sorpresa. Para ello tuvimos que averiguar dónde se escondían, y esto nos llevó varios días de exploración y paciente vigilancia hasta que los descubrimos.

—¿Y la segunda ventaja? —preguntó Jael.

—La segunda ventaja era algo en lo que, curiosamente, nadie había pensado.

—¿Qué? —exclamaron varias voces a coro.

Moisés sonrió.

—Los camellos.

Mientras continuaba su relato, Séfora salió de la tienda y escuchó. Moisés vio a los niños alzando la vista, se volvió y tendió una mano a su esposa. Su embarazo estaba muy avanzado y el vientre sobresalía abultando la túnica. Él sonrió y la invitó a sentarse junto a él.

—¿Qué les andas contando a los niños?

—Mis aventuras como mercenario.

Ella meneó la cabeza; pero los chiquillos protestaron.

—¡Sigue! ¡Vamos!

Moisés siguió contando su historia de muerte y espadas, al tiempo que sentía a su lado el calor de la vida, henchida y vibrante en su esposa, dentro de aquel vientre suave que albergaba a su primer hijo.

Y, mientras observaba a los chicos de ojos negros, brillantes de emoción y curiosidad, recordó las palabras que su suegro le dirigiera tiempo atrás, cuando le habló de las leyes del castigo y la venganza.

En su expedición por el desierto había vuelto a catar el sabor de la sangre y sus manos habían matado de nuevo. Sí, la vida en el desierto era sagrada porque era ¡tan frágil! Pero, al mismo tiempo, era poderosa e implacable, como la fuerza que hacía crecer a los niños y florecer las plantas en la arena tras la lluvia. Y dio en pensar que si había algún lugar donde se ocultaba el Dios Altísimo, el alma del viento o el espíritu sagrado que animaba el mundo debía ser precisamente ahí, en el secreto santuario de piel y de sangre donde palpitaba la vida.

Descálzate, porque el lugar que pisas es tierra sagrada.
Éxodo 3, 5

El fuego

Moisés dio a su hijo el nombre de Gersón, *el forastero.* Porque, dijo sonriendo a su esposa, su padre aún seguía siendo un extranjero sin hogar. El habiru en la corte de Kemet, el egipcio entre los nómadas, el mercenario entre los caravaneros. Séfora lo reprendió mientras estrechaba contra su seno al bebé.

—Tú perteneces a nuestra tribu. Ya tienes un hogar. Y él también.

Un hogar, pensó Moisés, que nunca sería suyo del todo. Aaliya, las hermanas de Séfora y las mujeres de la familia rodeaban a su esposa. La tienda olía a humanidad y a alborozo, a vida salida de las entrañas, a fiesta y también a encierro. De pronto sintió que necesitaba salir al frío de la noche, a la intemperie. Afuera se encontró con los varones de la tribu, que lo esperaban para celebrar el nacimiento de otro miembro del clan.

Le gustara o no a su esposa, pronto todos llamaron Gersón al niño. Un niño hermoso de tez clara y cabello negro que, bien alimentado por los pechos de su madre, crecía cada día.

A veces él se sentaba a la vera de la tienda, observando cómo Séfora amamantaba al pequeño. No se atrevía a tocarla, ni a romper aquel aura de silencio sagrado que rodeaba a la madre y al niño. Era su hijo, sangre de su propia sangre, y sentía que lo amaba con fuerza dolorosa, más que a su propia piel. Pero había algo que lo distanciaba de ellos. En su interior se abrieron de nuevo, como abismos, aquellos interrogantes oscuros que resquebrajaban el terreno bajo sus pies.

Nissa, la segunda hija de Jetró, fue entregada finalmente en matrimonio al mercader que había ofrecido por ella tres camellos. La muchacha derramó pocas lágrimas y se mostró dispuesta a abandonar a su familia para ir a vivir con su marido, a una ciudad próspera al otro lado del desierto. Mucho más lloraron su madre y sus hermanas. Eila y las mellizas le reprochaban su abandono de la familia pero, al mismo tiempo, soñaban despiertas, con ella, en el lujo y las comodidades que disfrutaría en su nuevo hogar.

La boda de Nissa y el caravanero se celebró en medio de grandes festejos que sumieron al campamento en un alegre desorden. Entre bailes, banquetes e intercambios de regalos entre Jetró y su segundo yerno transcurrieron los últimos días de la joven madianita entre los suyos.

Dos días después, Jetró ordenó levantar el campamento. Comenzaba la estación seca, los pastos se agostaban y la laguna era apenas una charca fangosa donde zumbaban nubes de mosquitos. Era el momento de regresar a las tierras bajas, cerca de la costa. Las mujeres empacaron las alfombras y los bártulos, los hombres desarmaron las tiendas y enrollaron cueros y lonas. Cargaron las carretas y los diez camellos que habían adquirido. Reunieron los rebaños y abandonaron el oasis.

Media luna después la tribu de Jetró llegó al valle amplio, donde verdeaban los matorrales y los juncos, cubriendo el hilo de agua que serpenteaba hacia el mar. Acamparon al abrigo de la ladera del monte y se dispusieron a pasar varias lunas allí.

Moisés buscó la soledad. Se ofreció a pastorear los rebaños, él solo, y cada mañana acostumbraba a salir con las ovejas y las cabras de Jetró y de otras familias. A las de Jetró ya las conocía, casi a todas. Liora y sus compañeras habían crecido. En la próxima estación, algunas de ellas comenzarían a criar.

Los perros le acompañaban y obedecían el menor de sus gestos. Había uno que nunca se alejaba de él. Era su amigo en las largas caminatas solitarias, buscando los pastos más tiernos. Aunque tenía otro nombre, Moisés lo llamaba Seti.

Empuñaba su cayado y a menudo recordaba a su otro padre, a quien los nómadas llamaban faraón. También el rey de Kemet empuñaba un cayado de pastor, signo de su realeza. Pero era un bastón de oro, mientras que el suyo era una tosca vara de acacia. Y él pastoreaba ovejas, mientras que el faraón era pastor de millares de habitantes que poblaban las Dos Tierras. Pastor de hombres, protector de almas y proveedor de alimento para los hijos de la tierra que bebían del Nilo generoso. Pastor y defensor.

Y yo, su hijo adoptivo, pensaba Moisés, pastoreo un rebaño de animales que buscan su alimento lejos de las riberas verdes, en la aspereza del desierto. Cuán diferente era esta vida de todos sus sueños pasados. Aún era joven, tan sólo contaba veintiún años, pero en su interior sentía que había vivido mucho. Quizás demasiado, y demasiado aprisa. Si la vida, como decía Jaemuaset, era una candela que ardía hasta agotar su aceite, Moisés sentía que había derramado parte de su aceite sin haberlo llegado a quemar. Pero los dioses, o el dios de las montañas, o quizás aquel espíritu bienhechor del desierto, Yahu, le habían querido proporcionar un hogar, una esposa amante y un lugar al que pertenecer. Se respiraba paz en el campamento de Jetró, y una perenne vitalidad. Y, sin embargo, su espíritu todavía no había encontrado el descanso.

Buscaba la soledad y con ella las respuestas. Había silencio en torno a él, sobre el rebaño desperdigado entre los pastos, bajo el cielo sereno, entre las rocas. Había silencio afuera, pero en su interior se desataba la tormenta.

¿Qué dios permitió que tú fueras un príncipe mientras tus hermanos son esclavos? Aquellas palabras de su hermana de sangre lo acechaban de nuevo. *Saber te hace responsable.* Lo perseguían con encono, asaltándolo en las horas de soledad. Responsable ¿de qué? ¿Y de quién?

Ese Dios que calla, que calla, pero ¡está aquí!..., late en nuestra sangre, golpea nuestro corazón, sopla en nuestros labios. ¡Está aquí! Y nos oye… ¡Nos oye, nos oye!

Si nos oye, se preguntaba él, ¿es posible dirigirle la palabra? ¿Es posible para un hombre hablar con él? Y si responde… ¿cómo escucharemos su respuesta?

Los sacerdotes de Amón hacían preguntas al dios y escuchaban su oráculo. El dios respondía a través de su estatua agitándose, emitiendo algún sonido, incluso desprendiendo un rayo de luz. ¿Cómo sería la voz del dios sin templo, sin nombre, sin imagen? ¿Hablaba a través de una nube, o de los rayos de sol, o en el retronar de la tormenta, como creían Jetró y los nómadas? ¿Le estaba hablando, quizás, en el silencio, en el sisear de los matorrales en el viento, en los balbuceos de su pequeño Gersón, en la luz oscura de los ojos de Séfora?

Un día, Moisés condujo el rebaño a los pastos más altos, monte arriba. Ascendió la montaña y dejó que las reses pacieran por la ladera. Él caminó por las crestas del monte, buscando refugio a la sombra de una peña. El sol caía desde el cenit y las piedras crujían bajo sus pies.

Crepitaban sus pasos en el silencio del monte y, de pronto, oyó otro crepitar. Era un chasquido acompañado de un hondo rumor: el cantar del fuego en la hoguera. Miró a su alrededor, no vio a nadie. Tras una gran roca algo despedía luz.

Caminó hacia la peña y tuvo que cerrar los ojos, cegado por la claridad. Era como si el sol se hubiera posado en la tierra. El fragor creció, pero no sintió calor. Entreabrió los párpados y atisbó un matorral espinoso, ardiendo.

Ardía y no se consumía. Y el fuego se elevaba hasta al cielo, desprendiendo llamaradas de luz cegadora. Moisés soltó el cayado y se cubrió el rostro.

¿Qué luz tan poderosa podía arder en la zarza sin devorarla y convertirla en cenizas? ¿Qué fuego podía arder sin devastar,

resplandecer sin destruir, crecer sin aniquilar?

Moisés echó a temblar, cayó de bruces y posó la frente en la tierra. Sólo había un fuego capaz de incendiar el mundo sin reducirlo a polvo. Sólo uno, y no prendido por manos humanas.

Sintió el corazón muy pequeño, minúsculo y oprimido, como una almendra hueca que, de pronto, estallaba y se abría en dos mitades. Y dentro, en el pavoroso vacío, el peso del infinito se vertió en su interior, cálido y ardiente como una riada de fuego.

—¿Qué eres, luz? ¿Qué eres, que ardes y no consumes; que abrasas y no destruyes? ¿*Quién* eres?

Y, en el crepitar de las llamas, una voz joven y antigua, más profunda que la tierra y más retumbante que el trueno, le respondió.

Al anochecer llegó al campamento. Jael corrió hasta él para saludarlo, como solía.

—¡Moisés!

Él se quitó el pañuelo que le cubría la cabeza. Jael retrocedió un paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

La niña lo miró con desconfianza.

—¿Qué te ocurre a ti?

Moisés sonrió.

—Nada, ¿por qué lo preguntas?

—Estás raro.

Él le tendió una mano, que Jael tomó con reticencia. Saludó a sus primos y caminó con ellos hasta el cercado donde guardaban el rebaño.

Hablaron. De las tareas del día, del calor, del agua, de dos camellas que habían conseguido preñar y de las riñas entre familias que daban sazón al día a día del campamento. Jael soltó la mano de Moisés y corrió hacia Eila y sus hermanas, que preparaban la cena junto a la hoguera.

Más tarde las muchachas oyeron comentar a Gamal y a sus primos.

—¿Habéis visto al egipcio? Algo le sucede hoy.

—Habla como otro hombre… Quizás tiene fiebre.

—El sol hoy calentaba fuerte.

Jael se volvió hacia Eila.

—Yo también lo he notado.

—¿Qué?

—Algo le pasa a Moisés. Y cuando le he cogido de la mano…

—¿Qué? —preguntaron las mellizas, al unísono.

—Casi la tuve que soltar. Quemaba.

—Yo lo veo normal —replicó Eila—. Más guapo, en todo caso. Le queda bien la barba con esos rizos...

Las mellizas rieron, pero Jael frunció el ceño.

—No está normal. Lo sé.

Por la noche, después de amamantar por última vez al pequeño Gersón, Séfora recibió a su esposo. Alzó la manta y, con una mano, esparció su cabello sobre la almohada.

—Como zarzamoras son sus bucles negros… —susurró él, sabiendo que esperaba aquel verso.

Ella sonrió.

—Ven.

Se abrazaron. Séfora lo miró unos instantes, en la penumbra.

—¿Qué te sucede? Estabas muy callado durante la cena.

—He estado pensando. En el monte hay mucho tiempo para pensar.

Ella le acarició la frente y jugueteó con sus bucles.

—Piensas demasiado. Siempre te lo digo. Quizás no deberías ir solo al monte.

—Quiero ir solo. Lo necesito.

—¿No me añoras a mí?

—Contigo es diferente.

—Y, ¿qué has pensado?

—Séfora, si un día decidiera volver…, volver a Kemet, a ver a mi familia de sangre, ¿vendrías conmigo?

Ella se incorporó y lo miró en silencio, largo tiempo. La luz de las candelas que iluminaba la tienda se fue extinguiendo y se quedaron a oscuras. Moisés aguardó la respuesta que temía y también la que deseaba. Por fin, ella alargó una mano y buscó la suya. La apretó y se la llevó al pecho.

—Soy tu esposa. Sabes que te seguiré, no importa a donde vayas. Y allá donde vayamos, nos llevaremos a nuestro hijo.

La salida

He visto el sufrimiento de mi pueblo y he oído su clamor.
Éxodo 3, 7.

El regreso

Moisés habló con su suegro Jetró. Este lo invitó a caminar con él y fueron hasta el pilar de roca, junto al camino, donde el patriarca solía acudir cada tarde a esperar a los rebaños.

El sol declinaba y la sombra del pilar era larga sobre la arena del camino. Jetró se apoyó en la piedra y contempló el cielo que se iba oscureciendo. Por fin, ante el silencio de su yerno, se volvió hacia él.

—Aquí estamos, junto a la piedra sagrada, bajo la mirada del que todo lo ve. Habla, hijo.

—Ayer, en la montaña…

Calló, buscando las palabras. Jetró aguardó con paciencia. El viento agitó los matorrales y levantó el polvo del sendero.

—Ayer, en la montaña, tuve una visión.

Jetró asintió despacio.

—Y hablé con el Altísimo.

—¿Hablaste con… el Altísimo?

—En realidad, fue él quien me habló.

—Hijo. Los hombres invocamos a los dioses. Nuestra tribu invoca a Yahu, el espíritu de la vida. ¿Quieres decir que le elevaste una plegaria y él respondió?

—No puedo explicarlo con palabras.

Jetró no escondió su perplejidad.

—Pero, veamos. ¿Invocaste a Yahu? ¿Fue él quién te habló?

—No sé si era Yahu. Era el Dios Altísimo, no hay nombre tan grande que pueda contenerlo. ¡No se puede nombrar siquiera! Tampoco lo invoqué, fue él quien me salió al encuentro… Y escuché su voz.

—¿Cómo? ¿Te habló en palabras, como un hombre a otro hombre? ¿Te habló a través del trueno, del rayo o del viento? ¿Te dio una señal?

Moisés movió la cabeza y tartamudeó.

—No, no…, no sé cómo describirlo.

Y, de pronto, su voz cobró firmeza, sus ojos centellearon y añadió:

—Me envolvió en su luz, en su fuego. Ardía, sí. Era pura vida ardiendo. Sentí su fuerza, y a la vez su compasión. Me estaba mirando y caí al suelo. No pude resistir su mirada.

—Pero hijo, ¿cómo… cómo te miraba?

Moisés calló. Sus ojos estaban velados por las lágrimas.

—No podré explicarlo nunca. Me envolvió y habló desde mi interior, y entendí perfectamente sus palabras. No fue con voz humana, ni con el retumbar del trueno, ni con el viento. Estaba fuera de mí, y a la vez dentro. ¡Latía en mí!

Jetró respiró hondo y contempló a su yerno largo rato, sin abrir la boca. Moisés se irguió ante él y desvió el rostro hacia poniente, donde el sol se ocultaba en el fondo del valle. La brisa sopló de nuevo sobre el camino.

Por fin Jetró habló.

—Ya decía yo… Y todos lo comentaban. Algo le ha ocurrido a este hombre en el monte. Algo le ha transformado. Tus ojos desprenden otra luz, tu rostro no es el mismo… Bien, ¿y qué te dijo el Altísimo?

—Me dijo que volviera con los míos. Y que los sacara de Kemet.

Moisés, su esposa Séfora y su hijo Gersón partieron de madrugada, dejando atrás el campamento aún dormido. Jetró les proporcionó un asno resistente y Aaliya llenó sus alforjas para un largo viaje. El patriarca también insistió en que se llevaran a alguno de los mozos de Gamal como acompañante, pero Moisés no quiso. Cargó en la grupa del asno su arco y sus armas, aunque no se ciñó espada ni cuchillo, sólo tomó su vara de pastor. Se despidió de sus suegros y sus cuñadas. Jael lloraba con desconsuelo.

—No volverás —decía.

Moisés la besó en la frente sin responder. De pronto, intuyó que la niña estaba en lo cierto. Tal vez volvería a ver a su suegro, o quizás cabalgaría de nuevo con Gamal y sus hermanos. Pero nunca volvería a pisar los campamentos de los nómadas en Madián.

Séfora besó a su madre y a sus hermanas, Moisés la ayudó a montar en el asno y le entregó al niño, que ella recogió entre sus brazos, envolviéndolo en su manto. Y partieron sin mirar atrás, mientras las estrellas se apagaban y la alborada teñía de púrpura el horizonte. El perro Seti salió ladrando del recinto de las ovejas y fue un trecho corriendo tras ellos.

Moisés deshizo el camino que había emprendido desde la capital del Delta. Bordeó la costa del mar de oriente, pasó por Ezion-Geber, donde apenas se detuvo para repostar agua mientras Séfora compraba víveres en el mercado. Emprendieron el camino por el desierto hacia el norte, hasta el oasis de Cadesh-Barnes. Allí descansaron tres días. Acamparon bajo las palmeras y él meditó largo tiempo mientras contemplaba a su esposa bañando al niño en las aguas de la laguna. Gersón reía y chapoteaba, y Séfora reía también, jugando, con el

vestido mojado y la cabellera como zarzamoras esparcida y goteando sobre sus hombros.

—Quiero esto para mis hermanos —murmuró para sí— y para los hijos de mis hermanos y todos sus descendientes. Paz, abundancia, libertad.

La ruta por el desierto de Shur fue penosa. Pero el manso jumento recorría largas distancias sin cansarse y Moisés no vacilaba nunca. Su confianza aliviaba el calor y la sed de Séfora y el niño. Cuando llevaban muchas horas avanzando, agotados, y Gersón lloraba, él se volvía con aquella sonrisa en los ojos y aquella firmeza en la voz que hacía temblar a su esposa.

—No sufras. He recorrido este camino y sé dónde encontrar agua y cobijo. Llegaremos bien a Kemet.

Avanzaban de madrugada hasta media mañana y reemprendían la marcha al atardecer, hasta entrada la noche. Durante el día se refugiaban al abrigo de las rocas o de algún matorral. Cuando no encontraban donde guarecerse, Moisés armaba una pequeña tienda. Allí bebían, comían y descansaban.

—¿No te arrepientes de haber venido? —preguntó él, en una ocasión. El pequeño Gersón dormía, ovillado entre los dos.

Séfora movió la cabeza.

—Te dije que te seguiría siempre.

—El camino es duro, lo sé.

—Y tú no tienes miedo.

—No, no lo tengo.

De nuevo aparecía aquel brillo en sus ojos. Séfora apretó los labios.

—¿A nada?

—A nada y a nadie. El Altísimo está con nosotros. ¿Qué hay que temer?

Séfora calló y acarició la cabecita del niño cubierta de bucles negros; luego preguntó de nuevo, bajando la voz.

—¿Has hablado con él otra vez?

—Cada día hablo con él.

—Y él, ¿te responde?

—Muchas veces calla. Pero sé que está ahí. Nos mira y nos protege. Eso me basta.

—Moisés…

—¿Te cuesta creerlo?

—Mi padre te creyó, y yo también te creo. Lo sé porque te veo, y leo algo en tus ojos…, algo que me asusta, a veces.

Él cerró los ojos y sonrió.

—Mírame ahora, no temas.

Alargó su mano hacia la de ella y la estrechó. Séfora la llevó hasta la mejilla de su esposo y lo acarició.

—Tu Dios es terrible.

—Es mi Dios, y también es tu Dios, y el de Gersón. Es el Dios de mis hermanos y de mis padres. Es nuestro, Séfora.

Abrió los ojos y ella parpadeó.

—Es nuestro. Y nosotros somos suyos. Por eso no hay nada que temer.

Miriam salió a las afueras del poblado, envolviéndose en su velo. Varios niños la siguieron.

—¿A dónde vas, Miriam? —preguntó Eleazar.

—Voy a esperar a alguien.

—¿Quién viene? —preguntó Itamar.

—Alguien… Alguien que hace tiempo tenía que venir.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Aser.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo sé, y basta.

—¿Es el tío Moisés?

Miriam sonrió y nada dijo. En medio del camino esperó mientras los niños se perseguían por el campo.

A lo lejos divisaron la silueta de una montura, un pollino flaco y cubierto de polvo del camino. Una pequeña figura caminaba a su lado. Y sobre el animal apuntaba la silueta de otra persona que lo montaba. Miriam aguzó la vista.

Los niños dejaron sus juegos y se reunieron a su lado.

—¡Viene gente, en un burro! —exclamó Eleazar.

Los tres mayores echaron a correr hasta acercarse unos treinta pasos. Pero vieron al desconocido, con su vara y su manto, y no se atrevieron a seguir. Regresaron trotando junto a Miriam.

—Son nómadas del desierto —dijo Aser.

—Ahora lo veremos —replicó ella.

Aguardaron. Cuando los forasteros estuvieron cerca se detuvieron. Miriam y los niños contemplaron al hombre alto de cabellera rizada y con barba de muchos días. Y a la mujer con el niño, montada en el asno. Sus mantos estaban cubiertos de polvo del camino.

Miriam avanzó.

—¡Hermano!

Él dio un paso sin soltar el bastón, extendió su mano libre y la

abrazó.

Los niños alborotaban. Miriam miró con dulzura a Moisés y tomó su rostro entre las manos.

—Marchaste muy lejos… Pero has vuelto.

—Sí —dijo él, con voz serena y profunda—. He vuelto para buscaros.

Miriam palideció.

—He venido con mi esposa y mi hijo. ¿Quieres conocerlos?

Los ayudó a bajar del pollino. Séfora se acercó con cautela, pero Miriam abrió los brazos y estrechó a madre e hijo.

—La esposa de mi hermano es otra hermana para mí —dijo, y besó al pequeño. Gersón se agitó; venía adormilado y, de pronto, abrió dos grandes ojos, brillantes bajo las rizadas pestañas.

—La hermana de mi esposo es también mi hermana —respondió Séfora, y ambas se sonrieron.

—¡Qué hermoso es vuestro hijo! Moisés era así.

—¿Lo recuerdas?

—Como si fuera ayer.

Se volvió hacia él.

—¡No nos quedemos aquí! Vamos al pueblo. Madre se llevará una alegría inmensa. ¡Ah, los niños ya corren para allá! Todos se enterarán en seguida. ¡Esta noche será de fiesta!

Fue una fiesta entre pobres que pisaban barro y dormían en la tierra, entre niños que correteaban bulliciosos y mujeres afanosas, entre voces de varones cansados y a la luz de la hoguera en un patio, bajo las estrellas. Y aunque los manjares eran sencillos y Moisés sabía que nadie se podía permitir derroches, aquella cena desbordaba de un júbilo profundo y fresco, muy lejos del fasto y la munificencia opresiva de los salones del rey.

Jokéved había convocado a sus hermanos y vecinos. Antes de cenar, Moisés se presentó ante los varones, que regresaron al anochecer de los campos de adobe y, algunos, de las obras en la ciudad. Lo saludaron con gravedad y reserva. Aarón, más duro, más envejecido, le estrechó la mano y lo examinó con mirada penetrante. Miriam le había explicado a Moisés que su padre Amram había muerto y que, ahora, él era el padre de familia.

Jokéved, Elisabet, Tamar y las otras mujeres agasajaban a Séfora y al pequeño Gersón. Séfora se dispuso a ayudarlas con la cena y pronto conquistó el corazón de su suegra. Los hijos de Aarón rodeaban a los varones y no dejaban de observar a su tío venido del desierto.

Cenaron. Miriam sacó unos címbalos y Tamar trajo un pequeño

laúd. Miriam entonó una canción sobre el peregrinar de los patriarcas nómadas, sus antepasados, cruzando montes abruptos y buscando los pastos verdes. Después, las mujeres pidieron una canción más alegre. Miriam tocó un pandero, Séfora se puso en pie, batiendo palmas, y tendió la mano a Jokéved. Moisés contempló a su madre y a su esposa bailando. Séfora reía, su cabellera de negro zarzamora flotando a su espalda, y Jokéved también reía, rejuvenecida y ágil como la doncella que un día fue. Elisabet, las niñas y las otras mujeres se unieron a ellas y formaron un círculo. Eleazar golpeaba un tambor y, con el jolgorio, la entrada del patio se llenó de vecinos curiosos.

Mucho más tarde, cuando el bullicio cesó y todos regresaron a casa, y Jokéved y Elisabet peleaban por acostar a los niños, Aarón y Miriam se quedaron en el patio, solos con Moisés.

La hoguera era un puñado de brasas, las estrellas parpadeaban y caía el rocío de la noche; en el campo cantaban los grillos. Aarón posó una mano firme sobre el hombro de su hermano.

—Padre hubiera deseado estar con nosotros esta noche —dijo.

Moisés asintió.

—¿Dónde está enterrado?

—Bajo la arena, en un yermo rocoso. Todos los nuestros están sepultados ahí.

—Me gustaría ir a ese lugar.

—Mañana te llevaré —dijo Miriam.

Callaron durante un tiempo. Por fin Aarón preguntó.

—Hermano, ¿has venido para quedarte?

—No. He venido para llevaros.

—¿Llevarnos? ¿A dónde?

Moisés respiró hondo antes de proseguir.

—Miriam en una ocasión me habló de nuestro Dios protector. El Dios sin nombre, el Altísimo que todo lo ve y que todo lo puede. Durante mucho tiempo ha permanecido callado. Pero Miriam tenía razón. Nuestro Dios escucha.

Aarón movió la cabeza.

—¿De qué dios hablas?

—Del nuestro, Aarón. Del que adoraban nuestros padres, nuestros abuelos y nuestros antepasados. Del que los protegió en su peregrinar por los montes, como cantaba antes Miriam. Del terror de Isaac y el escudo de Israel. Del que enciende la vida y la mantiene en llamas.

—¿Por qué me hablas, ahora, de este dios?

—Porque él también habla. —Miró a sus hermanos, Aarón tenso y escéptico; Miriam silenciosa en la penumbra—. Y me ha hablado. He

escuchado su voz. Y me ha dicho que viniera.

—¿Y te ha dicho también que nos saques de aquí? ¿Para ir a dónde?

—A nuestra tierra. A nuestro hogar.

Aarón se echó a reír.

—¡Nuestro hogar! Este es nuestro hogar, hermano, ¿no lo ves? Aquí estamos, sometidos al señor de Kemet y comiendo de sus manos. Los habiru no tenemos tierra ni raíces. Cualquier rincón del mundo puede ser nuestro hogar.

Moisés replicó.

—No, no es cierto. Una prisión no es un hogar. Hablo de la tierra de donde vinieron nuestros padres. De un lugar donde poder vivir en libertad, cada cual con su familia, trabajando en su oficio, sin tener que doblar el lomo ante los capataces y el látigo.

—¡Sueñas, hermano! ¿De qué lugar me hablas?

—Hablo de Canaán —insistió él, con vehemencia—. Donde están nuestras raíces y donde podemos ser libres. He venido para llevaros hasta allí.

Aarón volvió a reír.

—Ahora sí veo que el sol del desierto te ha arrebatado la cordura.

Moisés se puso en pie.

—Jamás he estado más seguro de lo que hago —repuso—. Conozco el camino y voy a presentarme ante el rey, en cuya casa viví durante toda mi infancia y mi juventud. Hablaré con él y le pediré que os deje marchar conmigo.

Aarón seguía riendo. Pero Miriam se puso en pie también y tomó a Moisés de un brazo.

—¡Yo te creo! Hermano, has oído la voz del Altísimo, lo sé. Lo sé porque también yo tiemblo ante su presencia cuando me siento mirada por él. Le he suplicado largamente y sé que él te ha enviado. ¡Convenceremos a este hombre descreído de que cuanto dices es cierto!

Aarón se levantó a su vez y miró a sus hermanos.

—No es que no os crea… Pero, para seros franco, vuestra intención es una locura. El Altísimo puede haber hablado con vosotros, de acuerdo. No sería la primera vez. —La voz de Aarón se tiñó de sarcasmo y Miriam frunció el ceño—. Pero sacarnos de Kemet es imposible. Somos obreros del rey, ¡jamás permitirá que nos vayamos! Además, ¿qué nos espera, más allá de los campos y los canales? ¡El desierto! La sed, el hambre y la muerte.

Moisés y Miriam permanecieron en silencio. Aarón añadió:

—Aquí vivimos sometidos, pero comemos cada día, el río nos da

agua y buena pesca, y nuestros hijos ahora pueden crecer en paz. Mejor es esta vida que arriesgarse a buscar una muerte segura.

—¡Esta vida! —estalló Miriam; soltó la mano de Moisés y avanzó hacia Aarón—. ¡Hermosa vida! ¡Y nuestros hijos! ¡Mírate a ti mismo, Aarón hijo de Amram! ¡Mírate, vástago de Leví! Envejecido y con los huesos molidos, sin más esperanza que llegar al día de mañana y llenar tu estómago de mala verdura. ¿Es esto lo que quieres para tus hijos?

—Mujer, ¡calla!

Pero ella lo ignoró y su voz se elevó, briosa y encendida, mientras su cuerpo se agitaba.

—¡Apenas levantan tres palmos del suelo se los llevan a los campos de adobe, a pisar fango y a cargar pesos que doblan sus rodillas antes de hacerse hombres! Aprenden a temer el látigo antes que a jugar, comen sudor y sangre mezclados con sus míseras gachas, aprenden a odiar antes de conocer el amor y se olvidan de mirar al cielo porque sólo ven negrura en el mañana. Vivir para morir sufriendo bajo el sol. ¿Es eso lo que sueñas para tus hijos? ¡Dímelo, hijo de Israel! ¿Es eso?

Séfora salió de la casa. Caminó unos pasos hacia ellos pero se detuvo. Miriam alzó los brazos al firmamento estrellado.

—¡Tu corazón es pequeño! —gritó— ¡Pero nuestro Dios no puede querer esto! ¡No puede, no puede, no puede! Porque su corazón es inmenso y abarca todo el universo. Todo le pertenece y no se olvida de nadie. Nuestro último cabello está contado para él, y nos mira, sí, ¡nos mira! Y nos escucha. Y ahora que viene en nuestro auxilio, ¿vas a ignorar su poder?

Aarón sacudió la cabeza.

—Hermana, yo sólo veo que ha venido Moisés. Y me alegro de verle, sí, pero… ¿qué puede hacer él?

—El Altísimo está con él y le dará fuerzas. Él nos sacará de aquí.

—No veo cómo. ¿Crees que el rey lo escuchará y le hará caso? ¡Ni siquiera se dignará a recibirlo! O tal vez lo mande apresar. Hermano —se volvió hacia Moisés—, ¿no ves que todo es una locura? ¿Es que no tienes miedo?

—No —dijo él—. No temo. Y el rey me escuchará.

Así hablarás a los israelitas: «Yo soy» me ha enviado a vosotros.
Éxodo 4, 14.

La resistencia

Despertó cuando el sol ya estaba alto. Parpadeó y, alargando una mano, sintió el cabello suave al tiempo que atisbaba una sonrisa a contraluz.

—Séfora.

—¿Vas a seguir durmiendo en pleno día? —Su voz era jovial—. Ya no estamos en el desierto.

Él se incorporó. Estaban solos en la choza de adobe; en el patio se oían voces femeninas.

—¿Sabes? Es la primera vez que duermo bajo el techo de mi madre.

Séfora le sonrió con dulzura.

—Ya lo sé.

—Habéis estado hablando.

—Un poco. Tu madre es una gran mujer.

—Sí, lo es.

Se levantó, estirándose, y buscó su túnica. Séfora se la tendió y le ayudó a ceñirse. Después le acercó una jofaina con agua para lavarse.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Lo que he venido a hacer —respondió él. Séfora palideció y dejó de sonreír—. También quiero llevaros a ti y al niño a la ciudad. Quiero que la conozcáis.

—Irás a ver al rey —murmuró ella.

—Sí. Pero, antes, debo pagar una deuda.

Cuando salió al patio para saludar a su madre Moisés se detuvo sorprendido. Sentado en un poyo, junto a la fogata, estaba Aarón. En cuanto vio a su hermano, se puso en pie y fue hacia él. No llevaba el faldón de los esclavos; se había vestido una túnica y llevaba el manto echado al hombro.

—Buenos días, hermano.

—Aarón. Pensaba que habrías ido…

—… a los campos de adobe, con los demás. ¿No es así? Pues no. Posiblemente reciba un castigo, pero no me importa.

Moisés lo miró con gesto interrogante.

—Hermano, tenemos que hablar.

El rostro de Moisés se iluminó.

—Si tú vas a ver al rey, todas nuestras tribus se presentan ante el

rey. ¿Aún no lo entiendes? Nos comprometes a todos. No puedes ir antes de hablar con los cabezas de familia.

Moisés recordó las reuniones de Jetró con los suyos y asintió en silencio.

—Esta noche convocaremos a todos los jefes de familia y hablarás con ellos. Yo defenderé tu posición. Y, una vez decidamos qué hacer, no voy a dejarte solo.

Se estrecharon las manos y cruzaron las miradas. Séfora se estremeció al verlos. A la serena firmeza de Moisés se sumaba la determinación de su hermano mayor.

Jokéved contempló a sus hijos en silencio. Cuando por fin se acercó, Moisés esbozó una sonrisa.

—Madre, ¿dónde está Miriam?

—Ha ido a lavar ropa, con sus primas. ¿Quieres esperarla? No tardará.

Moisés negó con la cabeza.

—La veré esta tarde.

—Antes de marchar, desayuna un poco.

Jokéved le sirvió pan y unos higos rociados con miel. Él comió despacio, saboreando los frutos que había añorado durante sus años de vida en el desierto.

—Madre, siéntate con nosotros.

—Oh, no, hijo. Tengo mucho que hacer.

—Por favor.

Ella obedeció y de nuevo los contempló calladamente, como bebiendo hasta el menor de sus gestos.

—¿Miriam no está casada? —preguntó Moisés.

—No, hijo.

—Pues es muy hermosa.

Jokéved sonrió.

—Hermosa, sí. Y temible. Ella es… especial. No es como las demás mujeres.

—Eso ya lo he visto.

—Nunca fue como las demás, ya de niña era distinta. Sufre esos extraños delirios. Y tiene sueños clarividentes. Ella dice que habla con el Altísimo. Muchas veces predice cosas que luego suceden. Por eso las mujeres la respetan y le piden consejo. Los hombres… —miró de soslayo a Aarón, que arrugaba la frente—, los hombres la temen.

—Y por eso no se ha casado.

—Ella tampoco parece desearlo. Jamás ha perseguido a un varón ni ha suspirado por engendrar hijos. Ese don de profecía parece llenarla. Si es una carga, lo ha aceptado de buen grado.

Moisés asintió, y recordó la zarza ardiendo en el desierto. La llamada del Altísimo era un don y al mismo tiempo una misión. Era liberación y era vínculo sagrado e irrompible. Pero aquella carga, si es que podía llamarla así, lejos de doblegarlo bajo su peso era fuego que le daba alas.

Séfora y Elisabet salieron de la aldea con los niños, caminando y charlando animadamente tras los dos varones. Moisés le había dado unas piezas de plata a su esposa y quería que fueran al mercado y compraran cuanto quisieran. Caminaron hasta la Ciudad Nueva y, rodeando el templo de Seth, llegaron a la plaza donde los mercaderes y los artesanos exhibían sus mercancías. Allí se quedaron las mujeres y los chiquillos. Moisés se dirigió, con su hermano, a la mansión de Elifelet.

Recorriendo las calles recordó las últimas veces que las había pisado, con su hermano Seti, buscando vino y olvido…, y aquella mañana en la que huyó de la ciudad, disfrazado junto a una mujer desconocida.

El mayordomo que atendía la puerta cortó el paso a los dos extranjeros cubiertos con sus raídos mantos. Pero cuando Moisés agitó ante él una bolsa de cuero y dijo que venía a pagar una deuda, el hombre los dejó pasar al jardín y fue a avisar a su amo.

Elifelet salió de su despacho, perfumado e impecable en su atuendo. Los observó con gesto severo y, por fin, reconoció a Moisés.

—Mi señor, ¡bienvenido seáis a mi casa! —Se inclinó ante él—. No… no os esperaba.

Moisés sonrió tras la barba oscura.

—No esperabas que regresara a pagar mi deuda —dijo—. Tal vez me dabas por muerto. Pero no lo estoy, tal como ves. Los hijos de Israel no olvidan sus promesas.

—Mi señor, me honráis. Pasad, vos y vuestro acompañante.

—Es mi hermano Aarón, hijo de Amram y cabeza de mi familia.

—Vuestra familia… Sí, señor —Se inclinó ante Aarón—. Bienvenido.

Aarón observaba todo a su alrededor, entre curioso e incómodo ante el lujo de la casa. Caminaron bordeando la fuente donde nadaban los peces plateados y se sentaron en el pórtico del despacho de Elifelet. El mercader batió palmas y ordenó a un criado traer bebida y dulces.

—Mi señor, espero que vuestro largo viaje haya sido provechoso.

—Lo ha sido —dijo Moisés—. Tanto que puedo devolverte tu préstamo.

Se desató la bolsa del cinturón y se la tendió. Elifelet la tomó con delicadeza.

—Ábrela y compruébalo. No son piezas como las que me diste, pero creo que será suficiente.

Ante la mirada atónita de Aarón, Elifelet extrajo y fue depositando ante sí tres vasos de oro, varios brazaletes y una gruesa cadena de eslabones relucientes.

—Mi señor, es más que suficiente —dijo el mercader—. La deuda queda saldada con creces.

—Quédatelo todo —repuso Moisés—. Estamos en paz.

Llegó el criado y les sirvió vino en copas de alabastro, con una bandeja de dátiles y granadas abiertas con miel. Bebieron en silencio y tomaron algunos frutos. Después de tomar un sorbo Moisés depositó su copa en el suelo y se dirigió al mercader.

—Elifelet, ¿recuerdas mi primera visita? Me hablaste de nuestro pueblo y de nuestros antepasados.

—Así es, señor.

Aarón aguzó los oídos.

—Y dijiste que el nuestro, a diferencia de otros, es un pueblo que pelea con su Dios.

—Los fuertes contra Dios… Así es. Ese es el significado de *Israel.* Aunque también puede significar lo contrario: Dios es su fuerza.

Moisés contempló el rostro suspicaz del mercader.

—Ahora sé bien qué significa ese nombre. Y es tal como dices: porque nadie conoce verdaderamente a Dios hasta que entabla una lucha con él. Y, cuando lo hace, siempre sale victorioso.

Elifelet no supo qué responder. También Aarón miraba a su hermano, desconcertado.

—Ahora soy un verdadero hijo de Israel, y no sólo de sangre —dijo Moisés—. Porque he peleado con mi Dios y él me ha dado su fuerza. Por eso he vuelto.

—Mi señor, no os comprendo.

—Elifelet, volveré a verte un día. No sé cuándo será, pero vendré a pedirte ayuda. Por el Dios de nuestros antepasados, te ruego que ese día me escuches.

—Mi príncipe… —El mercader se mostraba cada vez más confundido—. Haré lo que esté en mis manos, siempre que eso no me obligue a desobedecer a mi señor.

Moisés se puso en pie; Aarón lo imitó.

—¿Quién es tu señor, Elifelet?

El mercader no respondió.

Cuando salieron a la calle, Aarón tenía mil interrogantes en mente

y abordó a su hermano.

—¿Cómo conociste a ese hombre? ¿Es de nuestra raza? ¡Y ese oro! ¿Tenías que devolvérselo todo? ¿Qué le has querido decir, con eso de volver a pedirle ayuda? ¡Puede traicionarnos! ¿Y qué significa eso que ha dicho al final? ¿Se refiere al rey?

Moisés caminaba aprisa y en silencio. Por fin, cuando llegaron ante el canal del río, se volvió hacia él.

—Hermano, te iré respondiendo a todo en su momento. Sí, Elifelet es un habiru. Lleva nuestra sangre, aunque mezclada con la de Kemet, y ha ocultado sus raíces. Pero aún puede ayudarnos.

—Es un usurero y un traficante, ¡nos venderá a la guardia del rey!

—No temas. Elifelet no va a delatarnos.

Aquella noche una multitud se reunió en el patio de Urí, el herrero. Aarón había convocado a los principales cabezas de familia con sus hijos varones. Dinah, la esposa de Urí, Tamar, Jokéved, Miriam y Elisabet acudieron también, aunque permanecieron apartadas en el umbral de la casa, escuchando.

Moisés supo por su hermano que los hijos de Israel se agrupaban en doce clanes. El más numeroso era el de Judá y su jefe, Nahasón, padre de Elisabet, ocupó un lugar preferente en el círculo de varones, a la derecha de Aarón. Moisés se sentó a la izquierda y a su lado se situó otro cabeza de clan, Salamiel, el más anciano, de la familia de Simeón. Una hoguera ardía en el centro del patio, iluminando a los hombres que discutían animadamente entre sí y a los muchachos, que se agrupaban por edades. Por fin Urí, el dueño de la casa, se puso en pie y se hizo el silencio.

—Amigos, nos hemos reunido convocados por Aarón, de la casa de Leví. Su hermano Moisés, a quien podéis ver a su derecha, ha regresado después de pasar largo tiempo en el extranjero. Su intención es ir a visitar al rey en nuestro nombre y elevar ante él una solicitud. Y esto, como nos atañe a todos, pide una discusión.

Aarón se levantó, y también lo hizo Moisés.

—Así es —dijo Aarón—. Este es mi hermano, Moisés. Muchos no lo conocéis, pero es hijo de Amram, como yo, sangre de nuestra sangre, de la casa de Leví. Si me prestáis oído, escucharéis su historia y lo que desea pedir para nosotros ante el rey.

Nahasón, cabeza de Judá, se alzó al punto. Era un hombre enérgico, de espeso cabello canoso y cuerpo robusto.

—Esta historia es algo que sin duda todos deseamos conocer. Nos han llegado muchos rumores de nuestras esposas, ¡pero no conocemos a este hombre! Ha venido del desierto con una mujer extranjera y su

nombre es egipcio. ¿Quién es, y por qué no ha vivido entre nosotros hasta ahora?

Moisés miró a su hermano. Aarón le hizo un gesto con la mano y respondió con calma.

—Nahasón, os explicaré quién es, y por qué hasta ahora no lo hemos conocido.

Y, con voz sonora y mesurada, midiendo mucho sus palabras, Aarón explicó la historia de su hermano, abandonado en el río por no haberlo querido sacrificar su madre, recogido por la princesa Bint-Anat y criado en la corte del rey, hasta que quiso conocer sus orígenes y se encontró con los suyos. Aarón obvió el motivo de su huida y explicó su escapada al desierto como un viaje de exploración, durante el cual Moisés había reconocido varias rutas hacia Canaán. En sus periplos se encontró con una tribu madianita, con la cual se quedó a vivir; en ella contrajo matrimonio y tuvo su primer hijo.

—Pero ha regresado. ¡Porque la sangre lo llama, y porque es leal a los suyos! En el desierto tuvo una revelación de nuestro Dios Altísimo, el Señor de las Montañas, el Más Grande que Todo Nombre, y él le dijo que quería sacarnos a todos de Kemet, para dejar atrás la esclavitud y recobrar la libertad de nuestros padres.

Aarón calló y dejó que los varones murmuraran entre sí. Se sentó y, con él, Moisés, que había permanecido mudo. Entonces alzó la mano y tomó la palabra Eliab, de la casa de Rubén.

—Es una buena historia, Aarón, hijo de Leví. Todos los de vuestra familia sabéis hablar y contar buenos relatos. Pero hay cosas que piden aclaraciones. ¡Que nos explique esa revelación! ¿Cómo sabemos que procede del Altísimo? ¿Qué prueba nos da?

Aarón miró a su hermano. Moisés asintió y respondió.

—Me habló en la montaña, en medio de una gran luz. No era ningún dios de esta tierra, no tenía forma alguna, ni de bestia ni humana. Y me dijo que era el mismo Dios protector de nuestros padres y nuestros abuelos. El que siempre vive. El que es.

—¿Y si fue una visión falsa, fruto de una insolación? —preguntó otro hombre. Era Coré, primo de Aarón, y se sentaba en medio de un grupo de jóvenes de rostro desafiante.

Moisés lo negó.

—Llevaba la cabeza cubierta y estaba bien lúcido, ¡iba pastoreando el rebaño! Jamás esperé una visión ni hubiera osado hablar con el Altísimo. Fue él quien me salió al paso. Y escuché su voz con toda claridad, no tengo la menor duda.

—¿Cómo hablaba? —preguntó otro varón. Era Elisur, de la casa de Zabulón.

—No hablaba como nosotros ahora —respondió Moisés—. Tampoco emitía ruido como si… como si…

Se detuvo, vacilando. Apretó los puños.

—No tengo palabras —murmuró. Aarón acudió en su ayuda.

—¿Cómo describir la voz del Altísimo? Hermanos, ¡no hay palabras suficientes! Es tan grande, tan profunda, tan poderosa, que ni el trueno se le puede comparar. Pero deja en el que escucha una huella imborrable. ¿Cómo dudar de ella? Nadie arriesgaría su vida como Moisés lo ha hecho, presentándose ante el rey y atreviéndose a formular su demanda, si el mensaje del Señor Altísimo no fuera cierto.

Los hombres se pusieron a discutir; algunos asentían, otros protestaban. Coré alzó la voz de nuevo.

—¡Dinos cómo se llama ese dios!

Moisés alzó la voz y, esta vez, no titubeó.

—Se lo pregunté. Y me dijo que su nombre es «Yo soy». Es el que es, el que siempre vive y permanece.

—¡No podemos darle un nombre! —exclamó Aarón—. ¿Acaso queréis llamarlo Amón, Osiris, o Ra, como los dioses de esta tierra? ¿Creéis que nuestro Dios tiene nombre como nuestros hijos, y cabeza de animal, o manos y pies como los mortales? Ah, ¡él es mucho mayor que todo esto! El que creó el mundo y le dio la vida, ¿va a quedar empequeñecido por un nombre y por un rostro de bestia o de persona?

Los varones guardaron silencio durante unos instantes. Entonces intervino Nahasón.

—Bien, convengamos, pues, en que la visión de tu hermano Moisés es auténtica. Veamos ahora el mensaje del Altísimo. ¿Qué te dijo exactamente?

Moisés respondió.

—Me dijo que ha escuchado el clamor y se ha compadecido ante el dolor de su pueblo. Y que quiere daros la libertad. Me pidió que viniera a Kemet, que hablara con el rey y que os sacara de este país para regresar a la tierra de nuestros padres.

Un silencio siguió a estas palabras. Después, de súbito, estalló el alboroto; todos a una alzaron la voz, quién interrogando, quién protestando y quién mostrando abierta mofa. Urí, como anfitrión, se puso en pie exigiendo calma, pero tardó un buen rato en conseguir acallar el vocerío.

—¡Hablemos como hombres cabales! —exclamó Aarón, con su voz clara y bien timbrada—. Que cada cabeza de clan se pronuncie, diga lo que le parezca oportuno y pregunte a Moisés lo que crea conveniente.

Moisés escuchó con atención a los hombres. En el campo de adobe

eran esclavos doblegados bajo el látigo. Allí, en aquel patio, a la luz de la hoguera, cada uno de ellos se convertía en un hombre libre y digno de respeto. Moisés comprendió que no sería fácil llevar adelante su plan, aunque el rey se mostrara indulgente. Los hijos de Israel eran orgullosos y soportaban mal los yugos. Al igual que entre los clanes madianitas, nada se decidía si no se acordaba entre todos. Nadie podía imponerse por encima de los demás. Cuán diferente era el gobierno de un puñado de familias al implacable engranaje del poder real con sus visires y sus centenares de escribas y funcionarios. En el gran reino, todos ocupaban su lugar en estricta jerarquía y se buscaba el orden y la justicia con el auxilio de las leyes escritas. Entre los clanes de Israel cada padre de familia era juez, capitán y consejero. Sólo llegarían a un acuerdo si alguien lograba que todos latieran con un solo corazón.

Y los habiru del poblado no poseían un único sentir. Pronto se hizo evidente que, mientras algunos clanes aceptaban la propuesta de Moisés y ansiaban liberarse, otros oponían una terca resistencia, no carente de argumentos.

—Aun tomando como posibilidad que el rey nos permita salir —dijo Eliab—, ¿qué nos aguarda en el desierto? ¿Cómo vamos a sobrevivir más de tres mil, contando niños, ancianos y animales? ¡Esa expedición es una locura!

—Y aun suponiendo que lleguemos a Canaán —añadió Coré—, ¿qué podemos esperar allá? Canaán, por lo que sabemos, es un conglomerado de reinos con ciudades fortificadas y guerreros bien armados. ¿Creéis que nos recibirán con los brazos abiertos?

—¡Seremos libres como nuestros padres! —exclamó Abidán, de la casa de Benjamín; él era uno de los partidarios de apoyar a Moisés y forzar una salida—. Una tribu libre puede desplazarse y buscar su modo de vida, como sea y donde sea. ¿No lo hicieron así nuestros antepasados? ¿Cuándo nuestra gente ha perecido? ¡Siempre hemos salido adelante!

—Abidán, hablas por ignorancia porque sólo has vivido en Kemet y no conoces el desierto —contestó Eliab—. Es cierto que aquí vivimos sometidos, pero esta es una tierra rica, donde no falta nada. Tenemos comida, el río rebosa de pesca y los campos revientan de frutos tras la crecida. Algún día las obras del palacio real terminarán; la ciudad ya está casi acabada y podremos volver a trabajar como hombres libres. ¡Eso es lo que esperamos todos!

—Me llamas ignorante —replicó Abidán—, pero tú eres ingenuo, hijo de Falú. ¿Crees que el rey va a renunciar a una mano de obra barata y eficiente como nosotros? Todos conocemos la ambición del Señor de las Dos Tierras. Cuando termina un palacio, empieza un

templo. Cuando termina un templo, ¡quiere otro! De los campos de adobe pasaremos a las canteras. Nunca nos sacará la garra de encima.

—Además —dijo Hur, de la casa de Judá—, desde hace años el rey no emprende campañas guerreras ni lo va a hacer ahora, que ya comienza a ser viejo. Por tanto, no traerá más esclavos de afuera. Le interesa conservarnos sujetos y que nos volvamos a multiplicar, pues nuestros hijos ya no conocen otra vida que la esclavitud. ¡Nos cría y nos mantiene como a las bestias de carga!

La casa de Judá, observó Moisés, también comenzaba a inclinarse de su lado. Aunque su líder, Nahasón, se mostraba prudente, Hur y otros de su familia apenas podían contener la inquietud y el deseo de intentar algo nuevo.

Las discusiones se alargaban sin llegar a un acuerdo. Moisés callaba y la duda crecía en su interior. ¿Acaso se equivocaba? ¿Había sido un error venir? ¿Podía equivocarse Dios?

Entonces, en un momento en que las conversaciones se dispersaban, una mujer se alzó en el umbral de la casa y avanzó hacia el círculo de varones. Caminó sin vacilar, tocó el hombro de su hermano Aarón y entró en el círculo hasta llegar junto a la hoguera.

—Mujer, ¿qué haces aquí? ¿Quién te ha llamado? —la reprendió Nahasón.

—Nadie me ha llamado, ni espero que lo hagáis —respondió ella—. Pero tampoco el Altísimo pide permiso para hablar, cuando quiere y a quien quiere. ¡Ojalá escucháramos más su voz!

—¿También ella oye voces y ve visiones? —sonaron varias voces burlonas.

Miriam las ignoró.

—Escuchadme, hijos de Israel, ¡indignos de este nombre! ¡Éramos fuertes ante Dios, y ahora somos cobardes ante los hombres! ¿Quién es el rey de Kemet? Oh, sí, ¡lo llaman dios! Un dios como esos fantoches de oro con cabeza de animal a los que todos llevan ofrendas y queman incienso… ¡Un dios! —Soltó una carcajada—. Pero no es más que un hombre, ¡un hombre como vosotros! Un hombre mortal, aupado al trono por el poder del oro y las armas, ¡nada más!

Todos callaron. Miriam abrió los brazos y se encaró a los jefes de clan, girando despacio sobre sí misma.

—¡Hijos de Israel! Acaba de llegar un hermano nuestro, sangre de nuestra sangre, hijo de Leví. Nos trae la palabra del Señor Altísimo, al que nunca debimos olvidar, ¡pues él no nos ha olvidado! Ah, el hombre común sólo se acuerda de los dioses en la calamidad y en la desgracia. ¡Vosotros ni siquiera esto! Renegáis de vuestro Dios y os revolcáis en vuestra amargura, en vuestro resentimiento, en vuestro

odio sin remedio, porque nunca seréis capaces de levantar la mano contra el látigo que os castiga. ¡Peor que el fango en los campos de adobe, peor que el estiércol es lo que abrigáis en vuestro interior!

La fogata crepitó. Algunos hombres murmuraron; Aarón hizo un gesto a Miriam para detenerla, pero ella elevó todavía más la voz.

—¡El Altísimo ha hablado a nuestro hermano! ¡Y le ha confiado una misión! Una misión noble y arriesgada, que pide todo el coraje. El Altísimo quiere liberarnos. Tantos años habéis vivido ansiando la libertad y, ahora que se os ofrece, ¿tenéis que discutir si la aceptáis? ¡Ah, cómo me hacéis reír, niños de Israel, necios!

—¡Basta! —exclamó Urí—. Aarón, tu hermana está loca y nos está ofendiendo. Detenla y llévatela de aquí.

Aarón se puso en pie pero no se movió. Miriam se echó a reír y su rostro brilló con aquella belleza terrible y estremecedora.

—¡Hermano! ¿Vas a detenerme? ¿Tú, sangre de mi sangre, que has escuchado a Moisés y has hablado en su favor? Déjame, hermano, y diré una sola cosa más, luego me iré.

Se volvió hacia la concurrencia y exclamó.

—¡Sois patéticos, niños de Israel! Desde el rincón de las mujeres os observaba regateando como viejas en el mercado por un codo de lino o una ristra de ajos. ¿Cuál es el precio de la libertad? ¿Cuánto estamos dispuestos a pagar? ¡Corazones mezquinos! ¿Creéis que ser libres tiene un precio? ¿Creéis, de verdad, como los hombres de este país, como los nubios, los hititas o los sirios, que la vida de un hombre puede medirse en oro y comprarse como las reses?

—¡Calla, mujer! —la interrumpió Coré.

—¡Aún no callaré! Yo te daré la respuesta, Coré, hijo de Isaar. ¡Tu vida quizás se mida en ladrillos! ¿No es así como lo cuentan los capataces? ¿Cuántos bloques de adobe valen tus pies y tu espinazo?

Ahora fueron varios los que alzaron la voz contra Miriam; algunos se pusieron en pie. Aarón seguía inmóvil, mirándola hechizado. Ella gritó más alto:

—¡Decidid, hijos de Israel! Decidid de una vez y no discutáis más. Quienes quieran salir de Kemet, ¡que salgan! Habrá quien nos guíe y la mano bondadosa del Altísimo nos conducirá. Quien quiera quedarse, ¡bien libre es de quedarse, atiborrándose de pescado y cebollas! ¡Y de latigazos! ¿Tanto os cuesta llegar hasta aquí?

Dicho esto, Miriam salió del círculo, pasó por en medio del grupo de Coré, pisando el borde de algunos mantos y haciendo caso omiso de las protestas, y regresó con las mujeres.

Nahasón intentó y consiguió, por fin, acallar el tumulto.

—Amigos, la noche avanza y en unas pocas horas tendremos que

volver a trabajar. Hemos escuchado ya muchas opiniones y tenemos dos alternativas. Os propongo regresar a vuestras casas, hablar con los vuestros y volver a reunirnos para decidir qué hacer.

Aarón intervino.

—Moisés está resuelto a presentarse ante el rey. Si él va, yo lo acompañaré.

Los murmullos se elevaron de nuevo. Pero más fuerte que todos sonó la voz de Coré.

—¡Bien, dejemos que vayan! ¿Creéis que el señor de las Dos Tierras se va a dignar a recibir a dos andrajosos habiru? ¡Una buena paliza, eso obtendrán!

Se escucharon algunas risas. Salamiel, el más viejo, habló entonces:

—Que vayan, pues, si tanto lo desean. Pero esta decisión es sólo suya, y no de todos nosotros. Que hablen por sí mismos y que asuman las consecuencias de su osadía.

Los varones estuvieron de acuerdo. Estaban cansados e irritados y el discurso de Miriam había sacado de quicio a más de uno.

—La próxima vez —dijo Coré, alzando la voz mientras la asamblea se dispersaba—, ¡procura tener bien sujeta a tu hermana, Aarón, hijo de Leví! No parece sino que es ella quien ha hablado con el Altísimo. ¡Ejerce como varón de tu casa!

Aarón y su familia regresaron en silencio. Moisés percibió la indignación en su hermano, una calma vivaz y provocativa en Miriam y el miedo y la preocupación en Jokéved. Elisabet murmuraba en voz baja a su marido y este, por fin, la hizo callar.

De madrugada, antes de que los hombres partieran a los campos de adobe, Moisés salió de la choza de su madre, recorrió la calle desierta de la aldea y salió al campo. La claridad ascendía por el cielo hacia oriente. Caminó entre los sembrados crecidos, respiró el olor de la espiga verde y del rocío, el aroma dulce de la higuera, el frescor de la brisa que subía desde el río. Y elevó su pregunta al Dios viviente que le había salido al paso en el desierto. ¿Se equivocaba? ¿Quién era él para capitanear a su gente y sacarla de Kemet hacia un destino incierto? ¿Era esta su misión o todo había sido fruto de una ilusión, de un sueño, de un engaño?

Y, en el silencio fragante del alba, el Dios más ardiente que el sol le respondió.

Deja salir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto.
Éxodo 5, 1.

El cetro y el cayado

El rey todavía habitaba su primer palacio, pues el segundo no estaba terminado. La guardia shardana se cerró en fila ante los dos extranjeros de aspecto rudo que se acercaron al pórtico de la mansión real.

—Queremos ver al rey —dijo Moisés, con sencillez, dirigiéndose al capitán.

Los guardias se miraron con una mueca. Pero el capitán frunció el ceño, como queriendo descifrar algo en aquel rostro barbado de ojos serenos que tenía ante sí.

—¿Quién diablos sois?

Moisés sonrió.

—¿No me reconoces? Hemos peleado juntos unas cuantas veces en el patio de entrenamiento. La última vez me hiciste morder el polvo, pero te llevaste un buen puñetazo a cambio.

El capitán lanzó un juramento en su propio idioma.

—¡Por todos los dioses! —exclamó—. Ni tu madre la reina te reconocería, habiru.

—Tú lo has hecho. Así que espero que tanto ella como el rey me conozcan cuando me vean.

El shardana apuntó a Aarón con su lanza.

—¿Y él?

—Es mi hermano.

—Tu hermano… —Nuevo juramento entre dientes mientras observaba a Aarón de pies a cabeza—. ¿No vais armados?

Moisés abrió los brazos.

—Ya lo ves. Tan sólo llevo mi vara. Puedo dejarla aquí, si me lo ordenas.

—No es necesario. Pasad.

Cuatro guardias los escoltaron al interior del palacio. Aarón caminaba tenso tras los pasos de su hermano. Moisés, en cambio, fue asaltado por la añoranza al pisar aquellos corredores, entre columnatas y jardines, que de niño había explorado con Seti una y otra vez.

Aguardaron tras las puertas de oro del salón del trono mientras un guardia anunciaba su visita. Aarón contempló los relieves, ocultando su asombro a duras penas.

Al cabo de un tiempo las puertas se abrieron lentamente, ambas

hojas al mismo tiempo. Al fondo de la sala Moisés y Aarón divisaron el trono elevado. El rey no llevaba su corona, sino una sencilla peluca y un faldellín, y estaba despachando con el visir Rahotep, el escriba y varios funcionarios reales. A su lado, en otro trono más bajo, se sentaba la reina Merit. Bint-Anat no estaba allí.

Moisés avanzó. En medio de un silencio sepulcral sus pasos resonaron en el pavimento. El rey se irguió y lanzó hacia él aquella mirada suya, negra y penetrante. Su rostro había envejecido, pero su espalda no se encorvaba.

Tomó el cetro y golpeó el estrado. Moisés se detuvo e hizo una reverencia. Tras él, Aarón lo imitó.

Nadie habló durante largo tiempo. La reina observaba a los dos recién llegados con gesto inquisitivo. El visir y los nobles tampoco les quitaban los ojos de encima. Allí estaba, ante ellos, el príncipe rebelde y fugitivo, con el cabello y la barba crecidos, envuelto en un manto raído y con una vara de pastor. Y junto a él, un habiru de semblante orgulloso y pertinaz pese a su gesto de sumisión.

Por fin el rey habló. Sus palabras cayeron como martillazos sobre el suelo de mármol.

—Te recibo porque un día te llamaste hijo mío e hijo de mi segunda gran esposa. Abandonaste tu casa y tu linaje, ofendiste a la reina que te dio un nombre y ofendiste al dios y señor de las Dos Tierras, desafiando la justicia. Mataste a un hombre y huiste como un malhechor. Y ahora te presentas ante nosotros como un extranjero, sin vergüenza y sin temor. ¿A qué has venido?

Moisés alzó el rostro. Miró al rey sin arrogancia y habló con voz temperada.

—Mi señor, y mi padre durante largo tiempo. Durante años busqué mis orígenes y finalmente los he encontrado. He pasado un tiempo lejos, meditando qué debía hacer, y he vuelto a reunirme con mi familia de sangre. Ahora regreso para hablarte, no en mi nombre, sino en nombre del Dios que protege a mi pueblo.

El rey enarcó las cejas. El escriba y los funcionarios mostraron su perplejidad.

—¿Tu pueblo? ¿Tu dios? ¿De qué me hablas?

Moisés respondió.

—Del Altísimo señor de las montañas, que todo lo ve y que se compadece de sus hijos. Y de mi pueblo, al que llamáis habiru, y que se llama a sí mismo hijo de Israel. Un pueblo sin tierra, pero que también pide un espacio para adorar a su Dios.

—Un pueblo que ocupa nuestros campos y come de nuestras manos… Y ahora este pueblo se ha vuelto devoto. ¿Acaso no hay

bastantes templos en esta ciudad?

—Nuestro Dios no posee templos en Kemet, señor.

—¿De qué dios me estás hablando? ¿Cómo se llama?

—Nadie puede darle nombre porque no hay nombre lo bastante grande para designarlo, ni templo que pueda albergar su divinidad. Es el Dios que es, que fue y que será.

El rey se echó a reír y miró a la reina. Merit movió levemente la cabeza con un gesto de altiva conmiseración.

—Un dios que no tiene nombre, que no tiene templo… ¡Buen dios para un pueblo desarraigado! Sin duda el desierto te ha enloquecido y te hace ver visiones. No sólo regresas como un mendigo, sino loco.

Moisés no respondió. Sostuvo la mirada del rey, su hilaridad y su posterior enojo. El escriba y los funcionarios murmuraban entre dientes. Pero Moisés permaneció inmóvil y sereno hasta que el silencio cayó sobre todos ellos, denso como la calima en los días de verano.

—¿Qué tienes que decirme? —exclamó el rey por fin.

Moisés respondió con voz mesurada, sin vacilar.

—Mi Dios me ha hablado y me ha encargado que te pida a ti, señor de las Dos Tierras, que des permiso a mi gente para salir al desierto y rendirle culto en las montañas.

El rey volvió a estallar en carcajadas. Luego empuñó su cetro y se puso en pie.

—No sólo tienes la cabeza llena de desatinos sino que tu lengua habla como la de un necio. ¿Quién eres tú, o quién es ese dios sin nombre, para dar órdenes al soberano de las Dos Tierras, el dios todopoderoso, predilecto de Amón y servidor de la justicia? ¡Debería prenderte por traición a tu padre y a tu rey!

Golpeó el suelo con el cetro. Moisés empuñó su vara y avanzó un paso.

—Mi señor, te respeto como al hombre que un día fue mi padre y soberano. Tú empuñas un cetro, como yo. Eres el pastor de tu pueblo y millares de almas se someten a ti y comen de tu mano providente. El Señor Altísimo también puso un cayado en mis manos. Yo también soy pastor. De cabras y ovejas, durante un tiempo. Ahora tengo otro rebaño al que conducir, mi gente, sangre de mi sangre, y el Altísimo me pide que lo guíe.

El rey se enfureció.

—¡Miserable gusano! ¿Te atreves a compararte a tu rey? ¿Quién eres, hombre insensato, para ponerte al lado de los dioses y usurpar su poder?

Moisés inclinó la cabeza.

—No tengo poder alguno. Sólo obedezco al Señor que me pide que

actúe en su nombre.

El rey guardó silencio. Un silencio iracundo e hiriente que llegó a hacerse insoportable para todos los presentes en la sala. Moisés mantenía la calma.

Por fin el monarca alzó su cetro.

—Vete, Moisés. Vete, hijo indigno de tal nombre. ¡Vete y que tus pies no vuelvan a pisar nuestros umbrales! No te condeno a morir porque un día fuiste el hijo amado de una reina. Por ella, y por su misericordia, te perdono la vida. Pero no quiero verte más en la mansión del rey. —Hizo un gesto a los shardana—. ¡Sacadlos afuera!

Moisés salió caminando, el rostro alto y la mirada limpia y audaz. Los shardana, en cambio, vieron el miedo en el otro hombre, que se cubría con la capa cerrando los puños.

Al atravesar la última columnata el capitán de la guardia les salió al paso.

—Deteneos.

Cambió unas palabras apresuradas con uno de los hombres que custodiaban a los dos hermanos. Moisés no pudo escuchar lo que decían, pues hablaba en voz baja, pero un nombre llegó hasta sus oídos. *Bint-Anat.*

El capitán se volvió hacia ellos.

—La segunda gran esposa real quiere verte —dijo a Moisés—. Seguidme.

Los shardana condujeron a Moisés y Aarón a través del jardín hasta el palacio de los príncipes. Entraron por la puerta de los sirvientes, pasando entre una hilera de carros donde varios porteadores descargaban sacos de grano y espuertas de frutos y verduras. En una carreta mugían los terneros que aquel día serían sacrificados en la cocina real.

Aarón se quedó en la entrada, vigilado por un guardia. El capitán shardana dijo que la reina sólo deseaba ver a Moisés.

Mil recuerdos lo asaltaron mientras cruzaba de nuevo aquellos pasadizos, el jardín del estanque de lotos y el patio porticado que separaba las estancias de los hijos de Nefertari de los vástagos de Isis la Bella. Recuerdos y un interrogante. ¿Qué hacía una gran esposa real en los aposentos de los príncipes? ¿Había ido a visitar a sus hermanos? ¿Lo había citado allí para estar a salvo de los espías de Merit?

Bint-Anat lo recibió en sus estancias de soltera, ahora ocupadas por sus hermanas Isis y Nebettauy. Pero las princesas no estaban allí. Fue la vieja criada, Nofret, quien lo guió hasta la alcoba donde Moisés

había pasado buena parte de su infancia. Y de nuevo el pasado lanzó su sombra hacia él.

La reina estaba sentada en un sillón, erguida, con una larga peluca rizada, diadema y un grueso collar de oro y esmalte. Iba vestida con una túnica de lino plisado. La falda se esparcía hasta cubrir sus pies, como la corola de un inmenso lirio de agua.

Apenas entró Moisés, se puso en pie y batió palmas.

—Marchaos todas —dijo a las sirvientas.

Moisés vio a varias doncellas levantarse de inmediato. Estaban jugando alrededor de una mesilla. Recogieron los tableros y las fichas y se fueron apresuradamente.

—Toca algo dulce, Sabu —ordenó la reina. Y entonces Moisés reparó en el músico ciego, sentado en un taburete al pie de una columna, de espaldas al jardín. Sabu pulsó varias cuerdas de su lira y comenzó a cantar con voz suave.

Cuando la última sirvienta desapareció, Bint-Anat corrió hasta Moisés y lo estrechó entre sus brazos.

Él le devolvió el abrazo, luchando contra las lágrimas y los recuerdos. Ella lo retenía, le acariciaba la espalda, frotaba sus cabellos. Le quitó el manto para palpar su cuerpo, le tomó el rostro entre las manos y lo miró largamente, como sólo una madre mira a su retoño. Como Jokéved lo había mirado, con ojos húmedos y ardientes. Le acarició también el rostro, y la barba, y lo besó.

—Mi hijo, mi hijo, mi hijo… —murmuró, abrazándolo de nuevo—. Has vuelto… Has vuelto. ¡Y ya no volverás a marchar! No, no, no volverás…

Él se apartó con suavidad.

—Madre, he regresado. Pero volveré a marchar, sí. Es mi camino.

—¡Tu camino! No, no, no. Tu camino, tu lugar, tu tierra… ¡están aquí! Nunca debiste marchar, ¡nunca! Por eso has vuelto.

Aún latía en ella la joven veleidosa y apasionada de antaño, pensó él, mirándola con triste ternura. La que ansiaba que el mundo se inclinara ante sus deseos, siempre ambiciosos, siempre prohibidos.

—Madre, he vuelto para encontrarme con los míos. Y partiré con ellos. Para eso he venido.

Bint-Anat lo soltó y se enlazó las manos, apretándolas. Retrocedió y tomó asiento en su silla.

—Hijo, ven aquí. Siéntate a mi lado.

Él ocupó un escabel junto a su falda. Sabu se detuvo y empezó otra canción. Sólo entonces la reina habló de nuevo, bajando la voz.

—Fui la primera en saber que habías vuelto, antes que el mismo rey. Los espías de Yuni te vieron llegar y entrar en el poblado habiru.

Te vigilaron y acudieron a palacio. Mi enlace me avisó antes de dar noticia al rey. Moisés, si sigues con vida ahora es porque he intercedido por ti. Y mi esposo, tu padre, ha decidido ser paciente y mostrar su clemencia.

—Él ya no es mi padre.

—¡Siempre lo fue! Y tú nunca debiste abandonar su protección. Moisés, ¿qué te ocurrió con esa gente? ¿Qué te dijeron, o qué te ofrecieron, que te ha cambiado tanto? Has desdeñado un futuro de gloria por… por la miseria, y por el peligro del desierto, por la vergüenza y la pequeñez. Tú, mi hermoso niño, ¡tú que querías ser tan grande! ¡Un bravo del rey!

Ahora Bint-Anat lloraba y su voz era suplicante. Y él contuvo la emoción, pero su mirada era firme y clara.

—Madre, los habiru…, o los hijos de Israel, me han dado lo que me faltaba. Me han dado un origen, una familia de sangre, una raíz. Y me han dado la respuesta a un deseo que abrigaba muy hondo, dentro de mí. Tan hondo que ni siquiera era consciente de tenerlo. Pero afloró, con toda su fuerza, y sé que eso era lo que buscaba.

—¿Qué? —preguntó ella, entre sollozos—. ¿Qué puede ofrecerte una gente mísera que no pueda darte el rey más poderoso, el más grande, el más justo?

Moisés aguardó antes de responder. Tomó de una mano a Bint-Anat y se la estrechó antes de mirarla de nuevo a los ojos.

—Me han dado su Dios. Y él me ha dado la libertad.

—La libertad… ¿De qué libertad hablas, hijo, si son poco más que esclavos?

—No es sólo la libertad de las cadenas y los yugos, madre. La libertad es abrir un camino, tensarte cada día como una flecha en el arco, tener un destino y lanzarte hacia él con toda tu pasión, sin miedo a nada.

—¿No tenías todo esto aquí, como príncipe?

—Aquí tenía oro, armas, mujeres y cuanto quería. Pero mi destino hubiera sido convertirme en una triste sombra del rey; un valiente de su tropa, un varón de su casa. Una espada más en el ejército y una mano más entre sus servidores. Criado y esclavo, al final. Esclavo cubierto de oro, revestido de vanidad y de un falso poder, pero esclavo de la voluntad de otro.

Bint-Anat guardó un largo silencio.

—Ya lo entiendo —dijo por fin, endureciendo la voz—. Prefieres ser rey en el desierto que servidor en palacio.

—No quiero ser rey de nada, ni de nadie.

—Pero quieres dirigir a los tuyos. Te los quieres llevar lejos, a la

montaña. Llevas tu cayado como un cetro. Oh, no me mires así. Las paredes de los palacios tienen ojos y oídos, ¿recuerdas? Sé lo que ha ocurrido en el salón real, lo he sabido poco antes de que llegaras.

—Entonces ya conoces mis intenciones. Quiero sacar a mi gente de aquí.

—¿Para adorar a vuestro dios…? ¿O para huir de Kemet y no regresar?

Moisés no respondió.

—Hijo, te diré lo que puedo hacer por ti. Puedo interceder por tu vida de nuevo y ordenar que los soldados del rey no te molesten. Puedo hablar en tu favor y pedirle al rey que os deje ir a adorar a ese dios sin nombre. No sé si querrá escucharme pero, al menos, puedo impedir que tu vida corra peligro.

—No temo nada, madre.

—Pues deberías. En cuanto a tu familia…

—Mi familia está bien. —Fue entonces cuando su voz vaciló y Bint-Anat esbozó una sonrisa.

—Ahora sí percibo miedo en ti. No temes por ti, ¡mi muchacho temerario! Pero temes por los tuyos, por los que amas. Has venido con tu esposa y tu hijo. ¿Por qué no los traes a palacio?

—Madre, no es su lugar.

—¡Yo buscaré lugar para ellos! Los acogeré y nadie se atreverá a tocarles un solo cabello. Oh, Moisés, ¡tráelos aquí! Quiero conocerlos. Quiero ver a tu hijo, y a tu esposa. Los cuidaré y no les faltará nada. ¿Vas a privarme del gozo de ver a mi nieto?

—Madre…

—No, no digas que no es mi nieto, cuando me acabas de llamar madre.

—Está bien. Los traeré un día para que los veas.

—¡Sí! Tráelos aquí, a este palacio, y mis escoltas me avisarán. Ah, tus hermanas Isis y Nebettauy están conmigo y lo saben todo. Ellas os protegerán también. ¿Quieres esperar un poco y verlas? Han ido a bañarse al lago, pero regresarán pronto.

—No, madre. Tengo que marchar. Mi hermano me espera afuera y mi familia está en la aldea.

Bint-Anat le acarició los bucles.

—Vas a comer gachas de escanda y dormirás sobre tierra cuando podrías paladear vino con miel y descansar en un lecho confortable.

Él sonrió.

—Madre, hace mucho que me acostumbré a la tierra. Y la comida no me preocupa. Cuando hay hambre todo sabe bueno.

—Oh, dioses.

Moisés se puso en pie.

—Debo marchar.

—Hijo, espera. ¿Cuándo volverás?

—Volveré a ver al rey pronto. Quiero reiterar mi petición.

Bint-Anat palideció.

—Espera que hable con él... Espera mi aviso.

—¿Crees que vas a convencerlo?

—Oh, tú ya sabes que aprendí a ser una buena amante. Mi esposo aprecia mis artes amorosas en el lecho.

Moisés enrojeció y frunció el ceño.

—Siempre te enojó esto —dijo ella—. Ah, nunca pensaste como un príncipe, ni como un hombre de Kemet. Te escandaliza que sea la esposa de mi padre y la madre de su última hija… Sí, Moisés, he tenido una niña. Cuando regreses la verás.

—Madre, me voy.

—¡Espera! Espera… ¿No te gustaría ver a Nit?

Moisés bajó la mirada y tardó en responder. Luego alzó el rostro de nuevo.

—No, madre. Ahora tengo una esposa y me debo a ella.

—¿Y qué importa eso? A Nit la harías feliz. No sabes cómo te espera, desde que ayer los guardias trajeron noticias de tu regreso. Puedo leerlo en sus ojos, en el menor de sus gestos. Ah…

—Madre, no quiero verla.

—Oh.

—Pero dile —Moisés se acercó a la reina y la tomó de las manos—, dile, madre, que durante un tiempo fue la mujer que dio su amor y toda su ternura a un joven que andaba perdido y sediento. Y que nunca la olvidaré.

¿Quién es Yahvé para que tenga que escuchar su voz y deje marchar a Israel? No lo conozco.

Éxodo 5, 2.

El dueño del mundo

Los varones habiru se volvieron a reunir en el patio de Urí a la noche siguiente. Aarón les explicó, con tacto y dando rodeos, el resultado de su conversación con el monarca.

—En definitiva —dijo el anciano Salamiel—, el rey os ha escuchado, pero se niega a responder a vuestra petición.

—¡Eso es lo que dice! —exclamó Coré—. Pero conozco a mi primo. Sé bien cómo sabe disfrazar los hechos. Apostaría mi pellejo a que los despidió con cajas destempladas.

Aarón replicó.

—No fue así. En todo momento fuimos tratados con respeto.

Miró a Moisés, que permanecía pensativo.

—¿Qué dices tú, Moisés? —inquirió Hur, del clan de Judá—. Queremos oír tu opinión.

Moisés observó los rostros adustos que lo rodeaban. Y de nuevo percibió aquella inquietud esperanzada en algunos.

—La reina Bint-Anat quiere favorecernos —dijo— e intercederá por nosotros ante el rey. Si volvemos a elevar nuestra petición, en unos pocos días, es posible que cambie de parecer.

Los hombres murmuraron y comentaron estas palabras en grupos. Por fin Nahasón alzó la voz.

—¿Tanta influencia tiene esta reina?

—Así es —dijo Moisés—. Es la segunda gran esposa del rey, y él la escucha.

Tras largas discusiones, los jefes de familia llegaron a un acuerdo.

—En un plazo de tres días podréis volver a solicitar audiencia con el rey —dijo Salamiel—. Pero recordad: habláis en nombre propio, no de toda la comunidad.

—No hablamos en nombre propio —replicó Aarón, que había recobrado su aplomo—. Hablamos en nombre del Altísimo. ¡Él es quien nos abre las puertas del palacio, y él es quien allanará el camino!

Moisés volvió a presentarse ante el palacio real al cabo de tres días, aunque esta vez acudió solo. Era por la mañana, temprano, y los guardias shardana le impidieron el paso. Él se sentó en la escalinata ante el pórtico, apoyándose en su bastón, y esperó.

El capitán shardana descendió hasta llegar a su lado.

—El rey no quiere verte. ¿Vas a pasar todo el día aquí?

Moisés miró a su antiguo compañero de entrenamientos. Pese a su porte marcial y al ejercicio que esculpía su cuerpo, había envejecido.

—Esperaré hasta que me reciba.

—¿No me has oído?

—Tal vez cambie de opinión. Tengo tiempo.

El capitán sacudió la cabeza.

—Eres terco. ¿Sabes que podemos echarte a punta de lanza?

Moisés sonrió.

—Pero no lo haréis.

—Podríamos hacerlo.

—Cumplid con vuestro deber.

El shardana masculló un juramento. Pero estaba de buen humor y bajó un escalón para acercarse a Moisés.

—Muchacho, tenemos orden de no tocarte. Pero el rey no quiere saber nada de ti. No pongas a prueba su paciencia.

—También él está poniendo a prueba la paciencia de mi Dios —repuso Moisés.

—¡Tu Dios! Algo he oído decir… El que no deseaba otra cosa que ser un bravo del rey ahora resulta que se nos ha vuelto sacerdote. Un sacerdote un tanto andrajoso, a decir verdad.

—No soy un sacerdote. Tan sólo hablo con el Altísimo.

—¿Desde cuándo los simples mortales charlan con los dioses?

—Desde el momento en que pierden su miedo.

El shardana volvió a mascullar algo entre dientes.

—¿Sabes, habiru? Ese coraje que antes ponías en tus manos, en tu espada, ahora lo tienes en la lengua. ¡Vigila con ella! Porque es arma de doble filo y puede traicionarte.

—Lo sé. Pero, ahora, es mi única arma.

El capitán se percató de las miradas llenas de curiosidad de sus guardianes y de los transeúntes que pasaban ante el palacio. Se irguió, enderezó su lanza y volvió a ocupar su puesto ante la puerta, llamando a los demás al orden.

La guardia cambió un par de veces y Moisés permanecía en los escalones. Vio entrar y salir a escribas, funcionarios y mensajeros. Se hizo a un lado para dejar pasar al sumo sacerdote de Ra con su comitiva de asistentes y portaabanicos. Más tarde llegó el de Amón, con un cortejo similar.

Vio circular por la plaza a albañiles y carpinteros que iban y venían de las obras del palacio nuevo, sacerdotes con sus túnicas inmaculadas que servían en los templos, porteadores con carros de grano y mercancías, mujeres que venían del mercado de la Ciudad

Nueva y se dirigían a sus casas o al templo de Anat a quemar incienso; grupos de soldados que regresaban de sus entrenamientos para pernoctar en la ciudad castrense. Aquel mundo en el que había crecido, tan familiar para él en otro tiempo, hormigueaba a su alrededor y lo sumergía en su trajín. Pero ahora le resultaba ajeno y distante. Ya no pertenecía a él. Ya no podía mirar la ciudad desde la altura de los príncipes. Ahora lo veía desde abajo, a ras de tierra, con los ojos del esclavo, el campesino y el obrero.

El sol iba siguiendo su curso en el firmamento y la luz dorada del atardecer bañó los pilonos del templo de Ptah, al otro lado de la avenida, frente al palacio. Entonces recordó a Jaemuaset.

Antes de ponerse el sol llegó otro cortejo escoltado por guardias. En un palanquín cubierto venía Ramsés, el heredero de la corona, seguido por un carro del ejército donde Moisés divisó a los príncipes Meriatum y Merenptah. Se puso en pie y vio cómo descendían y se dirigían hacia el palacio, mientras los guardias formaban dos hileras a ambos lados.

Ramsés se detuvo al ver al hombre barbudo en las escaleras. Moisés avanzó unos pasos hacia él.

—Te saludo, hermano.

Todos guardaron silencio. Ramsés frunció el ceño con el mismo gesto iracundo de su padre y volvió el rostro hacia un lado, continuando su ascenso por la escalinata e ignorando a Moisés. Sus hermanos lo miraron con desdén e hicieron lo mismo.

Los escoltas siguieron a los príncipes al interior del palacio. Uno de los shardana se acercó a Moisés.

—Más vale que te largues.

—No, aún no ha caído la noche. Esperaré.

Poco después, el capitán de la guardia vino a su lado.

—Levántate, habiru. El rey dice que pases.

Esta vez el monarca lo recibió flanqueado por las dos grandes esposas, Merit y Bint-Anat, por Ramsés y los cuatro príncipes, Mentuher, Meriatum, Merenptah y Seti. Cuando Moisés reconoció a su hermano menor el corazón le dio un vuelco. También vio allí a Yuni y a Ameneminet, los amigos íntimos del rey, al visir Rahotep, al escriba y a los sumos sacerdotes de Amón y Ra.

Moisés se inclinó ante el rey y después elevó el rostro hacia él.

—Te he vuelto a recibir porque mi gran esposa, Bint-Anat, ha intercedido por ti —dijo el rey, con voz áspera—. Si vienes a reiterar tu petición, mi voluntad no ha cambiado. Si vienes a pedir otra cosa, habla.

Moisés respondió.

—Señor, el Dios Altísimo me ha encargado que te suplique que dejes salir a su gente, los hijos de Israel, para adorarle en el desierto.

El rey movió la cabeza.

—Veo que te obstinas en tu absurda petición. Pero, ya que hablas de dioses, aquí están presentes nuestros sumos sacerdotes. Que hablen ellos.

El sacerdote de Amón se puso en pie, hizo una reverencia ante el rey y se volvió hacia Moisés. Era un hombre corpulento de mirada astuta y voz suave.

—Moisés, tú que fuiste príncipe en esta casa real y adoraste a nuestros dioses, y al todopoderoso Señor de las Dos Tierras, ¿acaso has renegado de tu tierra y de sus dioses sagrados? ¿De qué dios nos hablas ahora?

—Del Dios viviente, el Dios de mis padres y mis abuelos. El Dios de mi familia de sangre.

Los dos sacerdotes cambiaron miradas.

—¿Y cómo sabes que te ha hablado, Moisés? —preguntó el sacerdote de Amón—. ¿Acaso has oído su voz? ¿Lo has visto?

—No lo he visto con imagen humana, como os veo a vosotros, ni en una imagen de oro o de piedra, como a vuestros dioses. Pero he visto su gloria.

—Ah, su gloria… ¿Nos puedes describir cómo es?

Moisés reflexionó antes de responder.

—Su gloria es terrible como el fuego ardiente. Pero es un fuego que no destruye.

Los sacerdotes bisbisearon entre sí; el de Ra habló a continuación.

—Y su voz, ¿qué nos dices de su voz? ¿Habla como un hombre? ¿Se manifiesta como nuestros dioses?

—Su voz es más fuerte y profunda que el trueno —dijo Moisés—. No habla con voz humana, ni con golpes y traqueteos, como vuestras estatuas. Habla directa al alma y sus palabras quedan grabadas para siempre.

De nuevo los sacerdotes se consultaron mutuamente, en voz baja.

—¿Cómo puedes demostrar que ese dios tuyo te habló y que lo que dices son sus palabras, y no una ilusión tuya, un sueño o… una falacia?

Moisés paseó su mirada por los rostros expectantes que pedían de él una respuesta. Vio la impaciencia en la faz del monarca, copiada en los rostros adustos de sus hijos, el desprecio en el rostro maquillado de Merit, la ansiedad en el rostro de Bint-Anat. Y, por último, leyó la incredulidad y el desdén en los ojos de los sacerdotes, hombres cultos

y versados en la divinidad, ataviados con sus pelucas y sus medallones de oro, ante aquel pastor desaliñado que venía del desierto a elevar una petición insólita ante su rey.

—Estoy aquí —dijo, con voz firme y clara— para cumplir la misión que el Señor Altísimo me ha encomendado. No tengo otra prueba.

—Mi señor… —comenzó Bint-Anat, tomando de un brazo a su esposo.

Él la rechazó con un movimiento brusco y le ordenó callar. El silencio se hizo tenso hasta que el sacerdote de Amón lo rompió, dirigiéndose a Moisés.

—Bien. Supongamos que dices la verdad y que no abrigas mentira en tu corazón. ¿Qué te ha pedido, exactamente, tu Dios?

—Que lo adoremos —dijo Moisés—. Todo dios tiene asignados unos días para su culto, días de fiesta y descanso para el pueblo. También el nuestro pide un tiempo para él y debemos dárselo.

—¿No os sirven los muchos templos de nuestra ciudad? —preguntó el sacerdote de Ra; era un hombre maduro de temperamento severo, que imitaba las formas ásperas y autoritarias del rey.

—Nuestro Dios no tiene templos —dijo Moisés—. Por eso lo adoramos en la montaña, lejos de las ciudades y las aldeas.

—Curioso dios el que no tiene nombre ni morada —comentó el sacerdote de Amón, dirigiéndose al soberano.

Moisés replicó.

—Ningún templo es lo bastante grande para albergarlo. El mundo entero es su morada, pues es el dueño de todo cuanto existe. Los astros, el cielo y la tierra, el río con sus aguas, y los mares, todo le pertenece.

El sacerdote de Ra intervino.

—¡Muy ambicioso es tu dios, hijo de habiru! ¿Cómo pretende ser el dueño de todo? En esta tierra hay un amo y señor, y en los cielos hay otros dioses que gobiernan las fuerzas naturales y sobrenaturales. Y nadie puede dominar el curso de Ra, el sol invicto.

—Ni los caminos inescrutables de Amón, el alma del viento —añadió el sacerdote de Amón.

—Por tanto —dijo el rey, impaciente—, si este hombre ingrato, que comió de mi mano y creció bajo mi techo, pretende adorar a otro dios que se erige por encima de todo ser viviente, ¡es un traidor a su rey, a su casa y a su familia!

Se hizo un silencio frío. Moisés sostuvo la mirada del rey sin perder la calma. Merit permanecía impávida. Pero Bint-Anat se agitó

en su trono y alargó su mano hacia el monarca, con la angustia asomando a su rostro.

—Mi señor.

—¿Qué quieres, esposa?

—Os lo suplico, mi dueño y señor, no os enojéis con él. Vuestra misericordia alcanza también a los hijos insensatos que no recuerdan los favores que han recibido… Permitidle marchar, a él y a los suyos. Son vuestros siervos; escoltadlos hasta el desierto, que adoren allí a su dios y regresen en paz.

El rey meditó unos instantes. Entonces intervino el visir.

—Señor, si unos cuantos habiru se van, el resto querrá seguirlos. Pueden incitar a la holgazanería y a la rebelión. Y su ejemplo puede ser imitado por los nómadas esclavos y por otros obreros extranjeros. Las obras del nuevo palacio están avanzando aprisa y no podemos prescindir de ninguna mano.

—Entonces, mi señor —dijo Bint-Anat—, dejad que acaben las obras y permitid que marchen después.

Moisés contempló a la reina, la primera a la que había llamado madre. Después miró a Seti. En el rostro de su hermano se mezclaban el desconcierto y, quizás, una brizna de compasión. Pero, al igual que sus hermanos, fruncía el ceño con el mismo gesto hosco del soberano.

Por fin el rey habló.

—Nadie da órdenes al Señor de las Dos Tierras. Ni él se inclina ante un dios extranjero sin nombre. No dejaré marchar a tu gente. Esta es mi última palabra.

—Entonces, volveré —dijo Moisés—. Porque tú, señor de las Dos Tierras, eres el dueño de millares de brazos que trabajan para ti, pero mi Señor es el dueño de todo ser viviente y mi pueblo sabe que le pertenece a él. Nos reclama, y su deseo se cumplirá.

El rey se puso en pie y golpeó el podio con su cetro.

—¡Calla! ¡Y vete!

Moisés hizo una leve reverencia. Miró por última vez a Bint-Anat y a Seti, cruzó una mirada rápida con Ameneminet, que no apartaba los ojos de él, y abandonó el salón. Dos guardias lo custodiaron, empujándolo, pero él se irguió y continuó andando con calma.

Llegó de noche al poblado habiru, bajo una luna creciente que bañaba los trigales de luz. Séfora salió a recibirle, ansiosa y a la vez alborozada. Vestía una ceñida túnica de colores mostrando un hombro desnudo, como las mujeres habiru, y el cabello esparcido a la espalda sujeto con una diadema. Le echó los brazos al cuello y lo besó.

—Cuánto has tardado.

—El rey me ha hecho esperar… Deja que te vea. Estás hermosa.

Ella sonrió.

—Ha llegado un carro lleno de cosas. De parte de la reina.

—¿Qué dices?

Moisés entró en la casa, donde Jokéved, Elisabet y los hijos de Aarón desplegaban y admiraban largos lienzos de lino, vasos de bronce y plata, tapices, un cofrecillo con joyas y algunas piezas de marfil. Los niños comían galletas de higo y almendra de una gran cesta repleta de pan tierno y dulces.

—¿Qué es todo esto? —preguntó él.

—Hijo, lo han traído unos hombres. También han traído sacos de grano y dos terneros. Han dicho que venían enviados por la gran esposa real…

—Bint-Anat.

—Sí, hijo. Ha sido generosa con nosotros.

Madre e hijo se miraron en silencio.

—¿Dónde está Aarón? —preguntó él.

—Con los varones, en casa de su suegro.

—¿Y Miriam?

—Supongo que estará con él. Cuando vio todo lo que traían en el carro salió corriendo de casa.

Moisés suspiró.

—Tengo hambre. ¿Habéis cenado ya?

—Tío, ¡mira cuánta comida! —exclamó Eleazar—. Puedes escoger…

Pero Moisés no tocó los pasteles de la cocina real y, en cambio, aceptó un tazón de lentejas que había cocinado Jokéved. Comió despacio y en silencio, mientras Séfora se sentaba a su lado con el pequeño Gersón en el regazo. Tiró de la túnica bajo el hombro desnudo y lo amamantó.

—¿Qué te ha dicho el rey? —preguntó Séfora.

Moisés acarició la cabeza de su hijo.

—Tendré que volver otro día.

Ah, Señor, ¿por qué maltratáis a este pueblo?
Éxodo 5, 22.

Aguas de sangre

Moisés llevó el asno que los había traído desde Madián a la hacienda de Khufu. El veterano oficial convertido en traficante de ganado y armas no tardó en reconocerlo; se guardó sus impresiones para sí y se mostró discreto y bien dispuesto a custodiar el animal a cambio de poderlo alquilar como bestia de carga durante un tiempo.

Tras despedirse de Khufu, Moisés regresó a la aldea habiru caminando entre los campos. Los sembrados se mecían bajo la brisa y las palmeras agitaban sus penachos. Varias nubes blancas, escarpadas como montañas, se agolpaban en el cielo.

Divisó a lo lejos el poblado de chozas, cercado con su tapia y sus espinos entre los trigales y las matas de sicómoros. Un pequeño lugar de pobreza en medio de la tierra más rica del mundo. Un lugar donde, pese a todo, los niños podían comer frutos tiernos y jugar en la ribera de un río generoso.

Rodeó la aldea hasta llegar al tramo de muro donde se abría el acceso. Y allí, junto al camino, vio un carro del ejército con un símbolo de oro y esmalte en su lateral. Era de la división Amón. Y no un carro cualquiera; pertenecía a un príncipe.

Moisés se acercó. También los niños de la aldea observaban, a distancia, el hermoso vehículo de la tropa del rey.

Dos hombres aguardaban en pie junto al carro. En cuanto lo vieron, uno de ellos caminó resueltamente hacia él.

—¡Seti!

El joven príncipe abrió los brazos.

—Hermano.

Se abrazaron. Y, durante un tiempo, permanecieron unidos sin decir palabra.

Seti fue el primero en moverse y hablar.

—Hermano, he venido a buscarte. Vamos a dar un paseo. Como solíamos hacer antes. ¿No lo echas de menos?

Moisés sonrió y asintió. Entonces reparó en el conductor que había acompañado a Seti.

—¿Te acuerdas de él?

—Nekhebu.

—El mismo —dijo el auriga, acercándose—. ¿Debo llamaros señor?

Moisés negó con la cabeza.

—Ahora somos iguales.

Seti protestó.

—Llámalo señor. Es un príncipe de Kemet y ha sido tu comandante. Ni la sangre podrá borrar eso.

Moisés subió al carro de un salto.

—Déjame tomar las riendas.

Seti rió.

—¿A dónde nos piensas llevar? ¿Al desierto?

—No tan lejos.

Tensó los arreos y los sacudió. Los caballos se pusieron al trote y se alejaron de la aldea. Los niños fueron corriendo tras ellos un trecho, en medio de una nube de polvo.

Moisés condujo el carro por el camino del sur, que seguía el curso del Nilo a lo largo de la ribera oriental hacia Iunu, la ciudad del sol. Aceleró el ritmo del galope y dejaron atrás la Ciudad Nueva, las últimas granjas y la hacienda de Khufu. Por aquella ruta había iniciado su huida.

Seti le dejó guiar el carro sin decir palabra. Por fin llegaron a un gran palmeral donde Moisés frenó a los caballos. Cada vez más nubes cubrían el cielo y ensombrecían la tierra, ocultando el sol.

—Se avecina la tormenta —dijo, pensativo.

Seti le puso una mano en el hombro.

—Hermano, tenemos que hablar.

Bajaron del carro, dejando a Nekhebu al cuidado de los caballos, y caminaron hacia la ribera. Un viento templado agitó las palmeras y el susurro de los carrizos los envolvió.

—¿No echas de menos tu tierra, Moisés?

—Ya no es mi tierra, Seti.

—Sí, lo es. Te he observado. La miras con amor. Sé que la has añorado.

—¿Quién no suspira por una tierra fértil y abundante, que mana leche y miel?

—Y también añoras el ejército, lo sé. He notado cómo cogías las riendas, cómo dominabas a los caballos. Hermano, ¿por qué te fuiste?

—Necesitaba hacerlo.

—¿Por qué? Ni padre ni madre se lo explican, tampoco nuestros hermanos. ¡Ni yo! ¿Qué fuiste a buscar en el desierto, Moisés?

Moisés miró a su hermano, el que había crecido con él, el que se había iniciado con él en las artes del amor y de la guerra, el que había compartido sus sueños tantas noches bajo las estrellas, en el campamento militar y en los atardeceres junto al Nilo, oyendo el murmullo de las aguas. Lo miró con afecto profundo y con tristeza.

—Me fui a buscar a mí mismo.

—Y… ¿te encontraste?

—Encontré mucho más. Por eso he vuelto.

—Para pedirle a padre que deje salir a los habiru y celebrar una fiesta a su dios en el desierto. Hermano, ¿qué te ha ocurrido? ¿Vale la pena perder todo lo que tuviste, todo lo que aún podrías recuperar, sólo por un puñado de esclavos?

—Son los míos, Seti. Mis raíces, mi familia de sangre.

—¡Te abandonaron! ¡Te arrojaron al río! Y tu familia adoptiva, la familia del rey, la más poderosa de la tierra, te recogió y te hizo parte de ella. No lo entiendo, Moisés. ¿Y si fue esa la voluntad de tu dios? Te quiso apartar de la miseria, te sacó de ella y te hizo príncipe entre los hombres. ¿No has pensado que quizás es ahora cuando te estás rebelando contra él, contra su voluntad divina, embarcándote en esta aventura absurda?

Moisés guardó un largo silencio. Una bandada de ibis alzó el vuelo ante ellos. A lo lejos estalló un trueno.

—Seti, si mi Dios quiso preservar mi vida y que me criara como un príncipe fue tal vez porque un día tenía que regresar y hacer algo por mi gente.

—¡Eso es una manera de interpretar la realidad! Podrías elegir otra. ¿Recuerdas, Moisés, lo que te dije en una ocasión, antes de tu huida?

—Sí, lo recuerdo.

—Te sentías dividido en dos. Y te dije que escogieras, entre los dos, el mejor. Me parece, hermano, que te has equivocado en tu elección.

Moisés negó con la cabeza.

—No me he equivocado, Seti. Y lo sé porque no he sido yo quien ha elegido. Tampoco leo la realidad como me apetece, sino a partir de lo que me ha sucedido, sin yo decidirlo.

—No te entiendo.

—El rey, los sacerdotes, y estoy seguro de que también tú y tus hermanos pensáis que estoy loco. Y que este Dios sin nombre del que os hablo es un delirio mío. Puedo comprenderlo. Pero te aseguro, Seti, que jamás elegí hablar con él. Fue él quien se me mostró, él quien me habló, él quien me eligió. Puedo dudar muchas cosas, Seti. Pero si hay una certeza en mi vida, la primera, la más grande, es esta.

—Quizás Jaemuaset podría comprenderte…

—Quizás. —Sonrió con nostalgia—. ¿Recuerdas el día que padre inauguró el templo en la montaña nubia, el día de su aniversario de nacimiento?

—Éramos unos críos.

—Jaemuaset nos dijo que veríamos la gloria del dios llenar el santuario. ¿No lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. —Seti rió—. Estábamos allí, a oscuras, apretados entre los sacerdotes y medio asfixiados por el incienso.

—Un rayo de sol, calculado por los arquitectos. Nubes de incienso y nuestro padre allí, plantado ante los dioses de piedra. Ah, Seti. La gloria de mi Dios es otra cosa, y no cabe en un templo.

—Hermano, cuando hablas así asustas. No se te ocurra desafiar a padre otra vez.

—Volveré a palacio.

—¿A pedirle que os deje marchar?

—Sí.

—Terco como una mula.

Sonrieron. Seti le golpeó el brazo con el puño, Moisés le devolvió el golpe.

—Sigues estando fuerte.

—El desierto no está hecho para hombres blandos.

—¿Y has manejado la espada?

—Más de lo que te imaginas.

—Ah, hermano. Tu lugar está aquí. En palacio, y en el ejército. Conmigo, con tu familia real. ¿Por qué no olvidas todas esas historias de voces, dioses y desiertos?

Moisés no respondió. El viento trajo otro retumbar de trueno; las nubes cubrían el cielo y las aguas del Nilo corrían grises, como una inmensa cabellera de plata.

Regresaron caminando en silencio. Cuando llegaron al carro, Nekhebu unció a los corceles, que había dejado pastar por el campo. Seti subió primero.

—Ahora conduciré yo.

Llevó el carro por el camino hasta la Ciudad Nueva y, desde allí, soltando el látigo sobre los caballos y abriéndose paso en las calles, hasta los muelles del canal.

—¿A dónde vamos? —preguntó Moisés.

—A ver a tu madre.

Las primeras gotas de agua cayeron cuando llegaron a la otra orilla, en una barca que Nekhebu ya había acordado. Seti condujo el carro hasta el palacio de los príncipes. Descendieron bajo una cortina de lluvia y cruzaron el jardín.

—¡Qué lluvia tan inoportuna! —bufó el príncipe, sacudiendo la

cabeza.

Moisés alzó el rostro al cielo y dejó que el agua corriera por su rostro y su barba.

—Es una bendición del Altísimo.

—Ah, ya hablas como los nómadas.

—Soy un nómada, hermano.

Seti rió.

—¡Vamos! ¿No te apetece un baño?

—¿No has dicho que madre nos espera?

—Madre puede esperar un poco.

Moisés se sintió atrapado. Atrapado en la alcoba de Seti, entre las manos de la esclava que, dulcemente, bañó su cuerpo, lo vistió de nuevo con su túnica y le peinó cuidadosamente el cabello. No quiso que lo ungieran con aceite y se impacientó.

—Dime dónde está madre e iré a verla —dijo, mientras Seti se tendía en su lecho para recibir un masaje.

—Ah, hermano, ¿no puedes esperar?

—No. Esta noche quiero regresar a mi casa.

—Tu casa… Está bien. Vete. Está donde siempre, en las habitaciones de mis hermanas. En las que fueron suyas. Ya conoces el camino.

Moisés se alejó por el pasillo. Estaba oscuro y habían encendido candelas de aceite. Palpó las paredes lisas, cubiertas de frescos, y aspiró la fragancia de mirra que desprendían las cortinas de lino en la entrada; aquella fragancia que lo devolvía al pasado.

Bint-Anat estaba sentada en un diván, rodeada por sus dos hermanas menores y varias sirvientas. Tenía una niña pequeña en brazos.

Cuando Moisés entró todas volvieron el rostro hacia él.

—¡Moisés! —exclamó la princesa más joven, Nebettauy.

El rostro de Bint-Anat se iluminó.

—¡Acércate! Ven a ver a mi hija.

Moisés caminó hasta el diván. Las sirvientas se apartaron a su paso.

—Ven, hijo, siéntate a mi lado. Nebettauy, hazle un sitio.

La princesa obedeció y miró largamente a Moisés, al tiempo que alisaba el lienzo de lino que cubría el diván.

Él contempló a la niña. Era menuda, tenía el cabello rizado y un par de ojos negrísimos y brillantes.

—Tu hermana —dijo Bint-Anat, alzándola hacia él.

Moisés le acarició la cabecita.

—Es preciosa.

—¿Verdad que sí? Dice Nofret que se parece muchísimo a mí cuando era pequeña.

—¿Cómo se llama?

—Bint-Anat, como su madre.

La niña comenzó a balbucear. La reina la estrechó contra su seno y la meció, besándola. Entonces llamó a la nodriza.

—Neith, llévatela y dale de mamar. Está inquieta con la tormenta.

La nodriza, una mujer joven de piel blanca y enormes pechos y caderas, se acercó. Moisés observó que no era egipcia, pero no hizo preguntas.

—Y ahora —dijo la reina—, por favor, marchad todas. Quiero hablar a solas con mi hijo.

—¿Nosotras también? —preguntó Nebettauy.

—Sí, hermanas. Ya os contaré luego.

Isis-Nefert y Nebettauy abandonaron la estancia las últimas. Se despidieron de Moisés besándole las mejillas y se fueron, cubriendo sus hombros desnudos con sendos velos transparentes. Desde el jardín entraba un aire frío que agitaba las cortinas y la lluvia no había cesado.

Cuando estuvieron solos, Bint-Anat tomó las manos de Moisés y las retuvo entre las suyas.

—Hijo.

—Madre… ¿Por qué me has llamado?

—¿Tan extraño es que quiera verte de nuevo? No me has traído a tu mujer, ni a tu hijo. —Suspiró, perdiendo la mirada en el jardín—. Ah, temo que ya no podré verte por mucho tiempo. Temo… que te voy a perder para siempre.

Él no respondió.

—He intentado hablar con el rey a tu favor —dijo ella—. En privado. Pero no puedo insistir mucho más. Le heriría en su orgullo, y bastante le has irritado ya con tus palabras. ¡Y con esa seguridad! Hijo, admiro tu valor. Nadie osa hablar como tú lo haces al señor de las Dos Tierras.

—Madre, ahora tengo un solo señor y sólo ante él me arrodillo. Los demás son mortales, como yo.

—Eres orgulloso como él… Ah, qué buen hijo, qué buen capitán y qué buen ministro de su casa hubieras sido.

Callaron. Aún tenían las manos unidas. La lluvia seguía cayendo y repiqueteaba en las hojas de los lotos, en los papiros temblorosos y en las aguas del estanque. Moisés estrechó las manos de su madre, frías.

—Manos ardientes —murmuró ella—. Todo tú ardes, hijo. Quien quiera que sea ese dios, o ese espíritu que te posee, es poderoso.

—Lo es, madre. Por eso persistiré hasta cumplir lo que me ha pedido.

—¿Hasta la muerte?

—Hasta la muerte.

Bint-Anat suspiró.

—He estado pensando. Cuando termine la cosecha nuestro rey celebrará su segundo jubileo. Tres años hace del primero, ¿recuerdas? En este segundo inaugurará el nuevo palacio real y va a decretar grandes festejos por todo el reino. Quizás sea el momento de apelar a su indulgencia y pedir que, como un gesto de magnanimidad, os deje celebrar a ti y a los tuyos esa fiesta en el desierto.

Moisés frunció el ceño.

—Es mucho tiempo.

—Son poco más de tres lunas, hijo. No es tanto tiempo, y más si consideras cuántos años ha permanecido tu gente entre nosotros.

Moisés asintió en silencio.

—Además, Jaemuaset vendrá a la fiesta. Él me apoyará y, juntos, abogaremos por ti. Ya sabes que muy pocos hombres resisten la fuerza persuasiva de sus palabras.

—Padre es uno de ellos —replicó Moisés.

Bint-Anat rió.

—¡Lo has llamado padre!

Moisés sonrió también.

—Han sido muchos años bajo su techo. Y, sin embargo…

—¿Sin embargo…?

—Ahora me parece que han pasado siglos, y que durante este tiempo que he vivido afuera ha transcurrido toda una vida.

Bint-Anat se enjugó una lágrima.

—Madre, el tiempo corre inexorable, como el sol que surca el cielo. Y nunca retrocede.

—Lo sé, hijo.

—Nuestros reyes borran el recuerdo de algunos de sus antepasados. ¡Hasta de la piedra se puede borrar la memoria! Pero de lo que está vivo nunca se borra nada. Con las palabras podemos desdecirnos, renegar, o mentir. Pero jamás podremos deshacernos de nuestros actos.

—Podemos rectificar, y corregir —musitó la reina.

—Y podemos tensarnos y entregarnos a una causa, como la flecha que busca su diana. Entonces, madre, no hay vuelta atrás.

La lluvia cayó durante tres días. Torrencial e ininterrumpida, asoló los campos, desbordó las acequias y azotó sin piedad los trigales.

Las riberas del río quedaron anegadas y los campesinos que vivían cerca tuvieron que abandonar sus chozas. El pueblo murmuraba, atemorizado ante la pérdida de la cosecha. Los sacerdotes, desafiando los chubascos, desfilaron ante los templos para ofrecer sacrificios y rogativas a los dioses. La segunda fiesta Sed del monarca no podía verse empañada por la amenaza del hambre. Las obras del palacio tuvieron que ser interrumpidas y los campos de adobe se convirtieron en un inmenso barrizal.

—Es la ira del Altísimo —dijo Miriam, asomada a la puerta de su casa.

Los niños se apelotonaban a su lado para ver los relámpagos ramificándose en el cielo. Jamás habían visto una tormenta tan furiosa y prolongada.

—¿Los rayos son las espadas del Altísimo? —preguntó Eleazar.

Ella sonrió.

—Sí, son sus espadas. Y los truenos sus tambores de guerra. Y la lluvia es su sangre. ¡La sangre que riega la tierra!

—¿Por qué está enfadado el Señor Altísimo? —preguntó Isaar.

—Porque el rey de los hombres no le hace caso.

—¿Y nos va a destruir?

Miriam se volvió hacia los niños.

—No, no nos va a destruir. La sangre del Altísimo siempre acaba trayendo más vida.

Dentro de la casa, Jokéved y Elisabet tejían en silencio. Los varones se habían reunido en las casas de los cabezas de clan y pasaban largas horas discutiendo. Moisés observaba, sentado, a Séfora y a su hijo, que jugaban sobre una estera. Gersón aprendía a hablar y mezclaba palabras madianitas con otras habiru. De tanto en tanto, gateaba hacia su abuela y le enseñaba un juguete para llamar su atención. Jokéved dejaba su labor y acariciaba al pequeño. Lo amaba entrañablemente y el niño percibía su amor y la seguía con la mirada a todas partes. También estaba comenzando a caminar. Sus primos se empeñaban en enseñarle y rivalizaban por acompañarlo en sus primeros pasos.

—¿Qué piensas? —preguntó Séfora, volviéndose hacia él.

—Os miraba. Pensaba que, cuando nuestro hijo ya sepa caminar solo, lo hará como un hombre libre.

—Siempre ha sido libre —replicó ella—. Los hijos de Madián lo somos.

—Pero los hijos de Israel todavía no.

Séfora calló. Habían discutido los últimos días. Ella quería

regresar a su tierra. Moisés había decidido esperar hasta la fiesta Sed para volver a elevar su petición al rey.

Cuando las lluvias cesaron y los habiru volvieron a los campos de adobe, se encontraron con un pelotón de capataces ceñudos y un intendente aún más malhumorado. La tormenta había causado destrozos en su despacho y en los almacenes de comida y herramientas, además de haber inundado las balsas donde se pisaba el barro y la explanada de los moldes.

—Os espera doble trabajo —anunció Meketre—. Primero hay que limpiar y reparar los desperfectos. ¡Y hay que desenterrar todos los moldes! Barro no faltará, ni agua.

Organizó las brigadas de trabajo con el escriba, que fue llamando a los hombres y distribuyéndolos en grupos. Cuando nombró a Aarón, Meketre lo detuvo con un gesto.

—¡Alto ahí! ¡Tú!

Aarón se volvió hacia el intendente.

—Tú eres Aarón, hijo de Amram, ¿verdad?

—Sí, lo soy.

—Bien, hijo de Amram… Faltaste un día a tu trabajo. Lo tengo anotado.

Aarón frunció el ceño.

—Tuve que resolver un problema con mi familia.

—¿Qué clase de problema?

—De justicia.

—De justicia… ¿Qué justicia? No me engañes, canalla. Si hay problemas entre vosotros está decretado que debéis avisarme a mí o al juez de la Ciudad Nueva, ¡y nada de esto ha llegado a mis oídos! Por mentir y por haraganería, recibirás un castigo.

Aquella noche los varones hebreos se reunieron en casa de Nahasón y reclamaron a Moisés. Cuando él se presentó en el patio se encontró con medio centenar de rostros hostiles y la mirada lúgubre de su hermano Aarón, que mostraba la espalda llena de latigazos.

—¡Esto es lo que hemos ganado con tus conversaciones en el palacio real! —exclamó Coré—. Más trabajo, más penalidades y tu hermano castigado y cruzado a azotes por faltar un solo día.

Moisés se acercó a Aarón.

—Hermano.

—Calla.

—Te hemos llamado —dijo Nahasón— porque hemos tomado una decisión. No queremos que sigas hablando en nuestro nombre ante el

rey, poniendo nuestras vidas en peligro y acarreándonos males aún mayores que los que venimos soportando.

—El rey acabará escuchándome —dijo Moisés, con la garganta seca. Pero su voz se quebró y los hombres percibieron su inseguridad.

—¿Te escuchará? —le espetó Coré—. ¿Cuándo? ¿Esperas ir a sus puertas hasta que te salgan canas en la barba?

—Nuestro pueblo no nació para doblar el lomo —dijo Eliab—. Pero tampoco para suplicar y pedir favores.

—Un día se terminarán los trabajos forzados y podremos vivir mejor —añadió Salamiel.

—Pero tu intervención ante el rey lo ha enfurecido y nos está castigando —continuó Nahasón—. De manera, Moisés, que te pedimos, en nombre de toda la comunidad, que dejes de ir a palacio y te vayas por donde has venido.

Varias voces se alzaron asintiendo a estas palabras. Pero Moisés también percibió algunos murmullos inquietos. Cuando se hizo el silencio, todos los varones los rodeaban, a él y a Aarón, aguardando una respuesta. Entonces Moisés alzó la vista, los miró a uno tras otro y habló con firmeza.

—No quiero más castigos para vosotros. Voy a resarcir a mi hermano Aarón, presentándome en el campo de adobe y explicando su ausencia. Trabajaré con vosotros y aguardaré el momento propicio. Pero volveré a presentarme ante el rey. Cuando celebre su próximo jubileo será una buena ocasión.

Un coro de protestas estalló.

—¡Necio recalcitrante!

—¿Quieres perdernos?

—¡Traerás la desgracia sobre todos nosotros!

—¿No has visto a tu hermano?

Entonces Aarón alzó la voz, reclamando silencio.

—¡Basta, hijos de Israel! ¡Ya está bien! ¡Oídme! Si hoy hemos sido castigados con más trabajo no ha sido por otra cosa que por la tormenta. ¡Y la tormenta es una señal del Altísimo! Tal vez está enojado con nosotros por nuestra incredulidad, ¿no lo habéis pensado? En cuanto a mi castigo, a mí solo me corresponde y sólo yo debo cargar con él. Fui yo quien, libremente, decidí acompañar a mi hermano. Por tanto, no acuséis a Moisés de las culpas ajenas.

Se detuvo un instante, en medio del silencio sepulcral, y se volvió hacia su hermano.

—Moisés habla en nombre del Altísimo, señor de la tormenta y de la lluvia. Y yo estaré con él.

—¡Bien dicho, hijo de Leví! —exclamó Abidán.

—He aquí un hombre valiente —dijo Hur.

Y de nuevo Moisés percibió la grieta entre dos bandos. Coré empezó a vociferar.

—¿Estáis locos? ¡Insensatos! Antes de que llegue la fiesta Sed el rey nos hará exterminar a todos, ¡a todos! No podemos permitir que sigan poniendo en peligro nuestras vidas.

Un grupo de jóvenes se apelotonó y rodeó a Moisés y Aarón. Los arrastraron fuera de la casa, seguidos de otros adultos. En la calle se les unieron unos cuantos más y salieron apresuradamente de la aldea. Aarón no dijo palabra y Moisés se vio arrastrado por la turba, a su lado, recibiendo empujones e insultos.

Intentó desasirse, pero varios jóvenes fornidos lo sujetaron por los brazos. Otros tantos asieron a Aarón. Y caminaron, gritando y atropellándose, hasta la orilla del canal. La luna brillaba entre las nubes y las aguas turbias y crecidas fluían bajo jirones de luz.

Se detuvieron y Moisés quiso hablar, pero tenía la lengua trabada y la garganta se le cerró. Se volvió hacia Aarón, que permanecía sin doblegarse, impávido. Miraba el río con rostro desafiante.

Y, de pronto, Aarón se giró y alzó su voz potente:

—¿Vais a arrojarnos a las aguas, hijos de Israel? ¿Vais a matar a dos de vuestros hermanos porque han querido liberar a vuestras familias? ¿Vais a mancharos las manos con sangre inocente?

—¡No derramaremos sangre! —gritó alguien—. Los cocodrilos se encargarán de eso.

—¡Nuestra sangre clamará al cielo! —replicó Aarón—. ¡Clamará al Altísimo! ¡Teñirá las aguas del Nilo y caerá sobre vuestras cabezas!

De pronto, alguien lanzó un grito de horror.

—¡El agua!

Todos miraron al río. Bajo la faz del astro lunar el mundo siempre era negro y argentado. Pero aquella noche las aguas fluyeron rojas como la púrpura, y los destellos de la luna flotaron como lenguas de fuego sobre el seno profundo y caudaloso del Nilo.

Así habló Moisés a los israelitas, pero no lo escuchaban pues estaban llenos de angustia por la dura esclavitud.

Éxodo 6, 9.

El castigo

Miriam los esperaba a la puerta de la casa. Un halo de tenue luz dorada nimbaba su silueta en el umbral.

Moisés y Aarón entraron en silencio. Fuera se escuchaban las voces de los hombres, que aún discutían en grupos antes de retirarse a sus casas. Aarón se dirigió a su hermana.

—Esta vez no has venido. No presagiaste lo que iba a ocurrir.

Ella lo miró sin sonreír.

—Sabía que no os sucedería nada.

Se volvió de espaldas a ellos y tomó la pequeña candela entre sus manos. Alguien se movió en los jergones y vieron una silueta levantándose. Era Jokéved.

—Hijos —murmuró.

—Están bien, madre —dijo Miriam—. Vamos a acostarnos.

Moisés se tendió junto a Séfora, que dormía abrazando a Gersón. Ella se movió entre sueños pero no llegó a despertarse.

En cambio, él no pudo conciliar el sueño. Al amanecer abandonó la yacija, se cubrió con el manto y salió de la casa sin hacer ruido. Todos dormían salvo Eleazar, que se había desvelado y se incorporó en el jergón que compartía con sus hermanos. El niño permaneció inmóvil en la penumbra de la choza de adobe, sin apartar los ojos de su tío, y lo vio salir.

Caminó por la calle donde aún había barro fresco, hollado por cientos de pisadas. Todavía escuchaba las voces airadas y sentía el empuje irrefrenable, el tumulto, la violencia de los suyos. Se repetía a sí mismo las palabras de Aarón. «¡La tormenta es una señal del Altísimo! Tal vez está enojado con nosotros por nuestra incredulidad…» Aquella noche, un lazo invisible se había estrechado entre ambos hermanos. «Fui yo quien, libremente, decidí acompañar a mi hermano y hablar en nombre de todos.» A su regreso nadie los tocó y nadie les dirigió la palabra. Se encontraron solos entre la multitud, tan solos como el rey todopoderoso alzando su cayado sobre los miles de habitantes que le rendían culto y obediencia; tan solos como el pastor, en el desierto, en medio de su rebaño.

Sus propios congéneres los temían y a la vez los odiaban. Pero en aquel odio se entremezclaban una latente admiración y un deseo, demasiado hermoso, demasiado audaz, demasiado alto para soportar su frustración. Moisés había leído ese anhelo en los rostros de Abidán,

de Hur, de algunos jóvenes. Era el deseo que animaba el discurso de Miriam. Era el suyo propio. Y aquel deseo era, también, el del Dios Altísimo que lo había llamado en el desierto.

Él no temía el riesgo. Pero, ¿era lícito empujar a todo el pueblo a correr peligro? ¿Podía siquiera pretenderlo?

—Señor, ¿debo seguir encendiendo sus ánimos con mis palabras? ¿Debo seguir retando al rey? Temen el riesgo, temen la muerte… Han sufrido demasiado. ¿Puedo reprobarlos por sus miedos?

Caminó hasta el pozo donde un día Miriam se había reído de él. Se sentó en el brocal y permaneció allí largo tiempo, mientras la noche palidecía y una claridad rosada ascendía sobre los campos por oriente.

«¿Vais a matar a dos de vuestros hermanos porque han querido liberar a vuestras familias?», había gritado Aarón, junto a las aguas de color sangre.

Moisés cerró los ojos.

—Señor, ¿acaso puedo obligar a un hombre a ser libre?

Y, en el silencio frío del alba, el Dios todopoderoso le respondió.

Al día siguiente, Moisés se ciñó con un faldón, como el resto de los obreros, y acompañó a su hermano a los campos de adobe. Los hombres del poblado lo miraron con incredulidad, pero nadie le dirigió la palabra.

El administrador del campo estaba en pie, junto a la entrada, con el escriba que iba contando a los obreros. Cuando Moisés pasó por delante de él se detuvo.

—¡Eh, tú!

Moisés se volvió hacia el intendente. Meketre había engordado y envejecido, pero su voz chillona y sus gestos eran tan vivaces como siempre. Ahora observó con atención al recién llegado. A diferencia de sus compañeros, Moisés sólo tenía curtidos el rostro y los brazos. Su torso, más claro y sin cicatrices, destacaba entre los cuerpos magros y requemados.

—Tú eres nuevo —dijo Meketre—. ¿Quién te envía?

—Nadie. Vengo por mi propia voluntad.

Meketre sacudió la cabeza.

—¡No estás en el registro! Ni me consta ningún envío de nuevos presos, ni de condenados a trabajos forzados. ¡Dime tu nombre!

—Me llaman Moisés. Soy hijo de Amram, de la casa de Leví.

Meketre dio un respingo. El escriba y todos cuantos estaban cerca observaban la escena, expectantes.

—Señor… ¡Señor! ¿Vos?

—Ahora ya no tienes por qué llamarme señor.

El intendente se sobrepuso y carraspeó.

—Ya lo veo. Djehuti —se dirigió al escriba—. Anótalo en la lista. Luego nos ocuparemos de hacer averiguaciones.

Moisés hizo ademán de seguir, pero Meketre lo llamó.

—Se… ¡Moisés! ¿A qué sección te han destinado?

—Te he dicho que nadie me ha enviado. Mándame con los paleadores.

Aquel día Moisés dobló la espalda bajo el sol, cavó en el barro hasta sentir el dolor aguijoneando sus músculos, compartió una escudilla de alubias con su hermano y cató el sabor del fango, la fatiga y la sed. Aquel día, sin embargo, ninguno de los paleadores sufrió el rigor del látigo. Meketre se paseaba por el campo, inquieto y sin dejar de vigilar al nuevo obrero, y dio una orden al capataz y a sus hombres.

Por la noche Séfora ungió con aceite a su esposo, frotándole la espalda y los brazos tensos y doloridos. Aarón estaba taciturno y sus hijos no osaban levantar la voz. Sólo Miriam parecía tranquila, canturreando mientras amasaba tortas de pan junto al hornillo.

Jokéved se acercó a su hijo menor.

—¿Vas a ir a los campos cada día?

—Sí, madre. Salvo el día en que vuelva a ver al rey.

Aarón rezongaba por lo bajo.

—Hijo, es duro.

—Si todos los hombres lo resisten yo no soy más, ni menos, que ellos.

Jokéved asintió en silencio y fue a remover el puchero que se calentaba al fuego. Séfora terminó de masajear a Moisés y suspiró.

—Quiero catar el sabor de la esclavitud para comprender vuestro sufrimiento —dijo él.

Miriam dejó de amasar y alzó la voz.

—¿Crees que eso te hará igual a nosotros?

Moisés no respondió. Aarón y sus hijos clavaron en él sus miradas.

—¡No te hará igual! —exclamó Miriam—. ¡Y nunca lo serás! Te criaste como un príncipe de Kemet, has crecido como un guerrero y te has casado entre los nómadas de Madián.

Siguió un silencio violento. Pero Miriam sonreía. Se levantó y se acercó a su hermano con las manos llenas de harina.

—No necesitas ser igual a nosotros —dijo ella—. Sólo tienes que estar a nuestro lado. El Señor te dirá qué hacer.

Moisés bajó los ojos. Luego sintió la mano de Séfora en la suya.

Un extranjero. Siempre sería extranjero, allá a donde fuera. Incluso bajo el techo de su madre, entre sus hermanos de sangre. Séfora le apretó la mano.

Tras las copiosas lluvias y la tormenta, el sol volvió a lucir sobre los campos arrasados, donde las maltrechas espigas pugnaban por madurar. Nubes de mosquitos cubrieron el cielo, sobrevolando la ribera, los canales y las charcas. Del este llegó una plaga de langosta que asoló los campos de varios nomos de la zona oriental del Delta. Una sombra estridente y fragorosa se alargó sobre los sembrados y devoró la cosecha en pocas horas. Los campesinos prendieron hogueras y arrojaron estiércol y juncos para provocar humo y espantar la marabunta de insectos. Al día siguiente, millares de cadáveres crujientes sembraban los huertos y los caminos. Cuando la plaga desapareció, alimentadas por el calor y la humedad llegaron la fiebre y la peste.

La partera Shefirá acudió al poblado habiru una mañana de sol, para asistir a una prima de Elisabet que dio a luz a mellizos. Shefirá habló con las mujeres habiru junto al pozo.

—La Ciudad Nueva está de duelo. Además de las cosechas arruinadas, una plaga está atacando a muchas familias. En pocos días he visto morir y llevar a enterrar a varios niños, y a no pocos adultos.

Las mujeres habiru se miraron entre sí.

—Hacía décadas que no sufríamos una racha de tormentas como esta —continuó Shefirá—. Las calles están encharcadas, todo está húmedo y se pudre, los insectos y los gusanos nos invaden… Pero aquí veo que estáis bien.

—El Altísimo ha sido misericordioso con nosotros —suspiró Tamar—. Nuestros huertos se han salvado de la piedra del cielo.

—Tampoco sufrimos las plagas de mosquitos, ni las langostas —añadió Dinah.

—¡Quiera el Señor protegernos de la peste! —exclamó otra mujer.

Shefirá se volvió hacia Miriam.

—Vuestro Dios os guarda.

—Sí —respondió ella—. Pero está enojado con la tierra de Kemet, por su rey.

—¿Acaso estas desgracias son un castigo? —preguntó la comadrona.

Miriam respondió, elevando la voz para que todas las mujeres pudieran oírla.

—¡Son una muestra del poder del Altísimo! Y sólo serán el

comienzo si vuestro rey no permite que vayamos a adorarlo.

Shefirá se envolvió en su manto, rodeada de las habiru que contemplaban a Miriam con cierto temor.

—Tu hermano ha regresado para sacudir los cimientos de este reino —dijo.

Miriam replicó.

—Mi hermano ha venido para cumplir una misión. Y lo hará.

Shefirá asintió, pensativa.

—Díselo a todas las mujeres que conozcas —continuó Miriam—. Explícalo en el mercado. Que las mujeres lo cuenten a sus maridos. Y que el pueblo de Kemet ruegue a su señor: ¡deja marchar a los hijos de Israel!

La partera guardó silencio durante unos instantes. Luego respondió a Miriam.

—Así lo haré. Y hablaré, también, con el mercader Elifelet. Sus agentes esparcirán la voz. El señor de Kemet tendrá que escuchar a su pueblo.

Os arrancaré de la esclavitud y os liberaré con fuerza
y castigando duramente.
Éxodo 6, 6.

El señor de la vida y de la muerte

El rey recibió a los funcionarios y al jefe de los graneros reales. Los escribas no dejaban de anotar listas de pérdidas y el monarca se enfureció al escuchar un lamento tras otro.

Reunido con el visir, organizó caravanas de carros para comprar grano en los nomos del Delta occidental y en aquellas regiones que se habían librado de la tempestad y las plagas. También envió una expedición a Canaán y a Siria para cobrar tributos extraordinarios, y una flota a Creta para comprar trigo y vino. El pueblo no debía pasar hambre y su segunda fiesta Sed no podía ser menos brillante que la primera.

—Nos salvará el oro —dijo el visir Rahotep—. Este año las explotaciones de Nubia han sido muy productivas, señor.

El rey fruncía el ceño repasando las listas de los papiros y la contabilidad real.

—¿Y qué hay de mi palacio?

El arquitecto May, también presente, respondió.

—Señor, se terminará a tiempo si contamos con suficientes obreros. Quizás nos vendría bien un refuerzo.

—No voy a gastar una pieza más de oro en esclavos —dijo el rey—. Y quiero mi palacio a punto siete días antes del jubileo. Tenemos hombres suficientes y, con la pérdida de la cosecha, habrá unos cuantos campesinos dispuestos a enrolarse en las obras a cambio de grano y cerveza. Que los capataces apuren a sus brigadas. ¡Que ganen lo que comen!

—Señor —intervino Yuni—. ¿Qué hay del ejército? Hay muchos soldados que pueden sumarse a las obras.

Pero los soldados eran sagrados para el rey.

—Son guerreros. No los rebajaré, salvo que los más pobres lo pidan, a cambio de grano. En todo caso, podemos enviar algún batallón a supervisar las obras.

—Padre —intervino Ramsés, el heredero—, si lo que necesitas son esclavos, puedo armar una división e ir a buscarlos.

—¿A Nubia otra vez? Demasiado lejos, la expedición será costosa.

—Puedo ir a Libia —repuso el príncipe—. O volver a Canaán. Podríamos engrosar el número de habiru a nuestro servicio.

El rey hizo un gesto malhumorado.

—No quiero oír hablar de esos desgraciados.

—También puedo buscarlos en el desierto —insistió Ramsés.

El monarca posó la mirada en su hijo, impaciente por ganar méritos, por marchar, por capitanear tropas y jugar a ser rey en ausencia de su padre.

—He dicho que no gastaré ni una onza más de oro en esclavos. Tampoco la gastaré en armar una tropa. No hasta que celebre la fiesta Sed.

Una tarde, el rey y su comitiva se desplazaron a los tres grandes templos a ofrecer sacrificios a los dioses. Una multitud del pueblo, avisada por los pregoneros reales, cruzó el canal en barcas desde la Ciudad Nueva, sumándose a los habitantes de la isla, y fueron miles quienes acompañaron la procesión de sacerdotes que flanqueaba el cortejo real, con gritos y súplicas. El rey esperaba exhibir su poder ante las masas, pero soportó mal el clamor del pueblo que confiaba en él.

Lo acompañaban las tres grandes esposas reales, Merit, Bint-Anat y Maat-ho-nefru, la hitita. También a ellas se dirigían las súplicas de la muchedumbre. La mayoría de las mujeres clamaba a Bint-Anat y a su diosa protectora.

—¡Protégenos, Anat, de la furia del cielo!

—¡Mira a tus fieles devotos, diosa guerrera!

—¡Ten clemencia!

A diferencia de su padre, frío e impávido, Bint-Anat volvió su rostro al gentío, extendió sus manos en un gesto de bendición y sonrió tras el maquillaje que disfrazaba su edad. Era la más hermosa de las reinas y la más querida, y disfrutaba íntimamente de aquellas muestras de fervor popular en detrimento de la altiva Merit.

La procesión se inició en el templo de Amón, siguiendo por el de Ra. Por último, la comitiva real giró para emprender el camino hasta el final de la avenida del palacio, donde se erigía el templo de Ptah. A poca distancia, hacia el norte, se levantaba el nuevo palacio, bajo una jaula de andamiajes donde pululaban los albañiles y vociferaban los capataces. Una hilera de carros cargados con ladrillos de adobe había tenido que detenerse para dejar paso a la procesión.

Cuando el rey estuvo ante el pilono del templo, dos hombres salieron de entre la fila de sacerdotes, zafándose a la vigilancia de la guardia shardana. Caminaron resueltamente hacia el soberano y se plantaron ante él. Vestían túnicas largas y uno de ellos sostenía una vara. Sus cabellos oscuros y su barba se agitaban con la brisa de la tarde.

La procesión se detuvo, los cánticos de las sacerdotisas cesaron y

la multitud contuvo el aliento. Un guardia dio una orden y varios hombres armados rodearon de inmediato a los intrusos.

El rey apretó el puño sobre su cetro, sin girar la cabeza, duro e inconmovible como una estatua. Tampoco quiso posar la mirada ante los dos inoportunos. En cambio, la reina Bint-Anat no apartaba los ojos de uno de ellos.

—Mi señor, vengo a elevaros una súplica en nombre de mi Dios —dijo el de mayor edad.

—Prendedlos —ordenó el rey.

—¡No! —gritó Bint-Anat.

Los guardias se acercaron más a ellos, pero tampoco esta vez llegaron a tocarlos.

Y el rey giró lentamente el rostro hacia su segunda gran esposa, sin decir palabra. Ella inclinó la cabeza.

—Mi señor —exclamó el mayor de los dos hombres—. Ante los dioses que tú adoras, ante el pueblo que te adora a ti, venimos a pedirte que dejes, también, que nuestra gente vaya a dar culto a nuestro Dios en las montañas.

Como el soberano guardaba silencio, el hombre continuó. Su voz era potente y su dicción nítida y rotunda.

—Este Dios, al que no conoces, se ha irritado. ¡Y ha dejado oír su voz! ¿Acaso no la habéis escuchado en los truenos, en la tormenta y en el rugir de la riada? ¿No habéis visto su sangre teñir las aguas? Su ira se ha convertido en plaga, y su enojo castiga la tierra más fértil y la convierte en yermo. Es el Señor de la vida y de la muerte, y el mundo entero es su templo. ¡Deja partir a nuestra gente y su furor se aplacará, el pueblo podrá comer en paz los frutos de la tierra y no llorará más a los muertos por la peste y el hambre!

Un murmullo se elevó entre la multitud. El pueblo había oído, y el pueblo se agitaba. El rey apretó la mandíbula, la ira centelleando en sus ojos.

—¡Ningún dios extranjero y ningún esclavo da órdenes al Señor todopoderoso de las Dos Tierras! —gritó, por fin.

De nuevo hizo una señal a los guardias.

—Prendedlos y lleváoslos al calabozo. Al amanecer serán ejecutados.

—¡No! —gritó de nuevo Bint-Anat.

Y, ante el asombro de todos, se arrojó a los pies del soberano dejando caer su diadema, con el globo solar ceñido por los cuernos dorados de la diosa Hathor, y prorrumpió en alaridos y llanto.

—¡Perdónales la vida, señor todopoderoso y clemente! Perdona sus vidas y sé magnánimo con tus esclavos, como lo eres con tus

servidores, con tus esposas, con tus hijos y con todos los vivientes de esta tierra. Tú…. ¡tú eres el señor de la vida! ¡Muestra tu compasión y los dioses mostrarán la suya! Señor, ¡aplaca tu ira! Y los dioses sonreirán de nuevo a nuestra tierra.

El murmurar del pueblo se convirtió en clamor. Las mujeres, llevadas por su simpatía hacia Bint-Anat, y muchos hombres tras ellas, corearon las palabras de la reina.

—¡Escúchala, señor! ¡Escúchala!

—¡Muestra tu compasión y los dioses nos darán la suya!

—¡Misericordia! ¡Escucha a la reina!

—¡Si el rey es compasivo, los dioses serán compasivos! —se alzó una voz de mujer, por encima del resto.

Y su grito se convirtió en ensalmo.

—¡Si el rey es compasivo, los dioses serán compasivos!

El rey ordenó a los shardana empujar fuera de la avenida a los dos habiru. El cortejo logró seguir su trayecto hasta el templo y la multitud se apiñó para aclamarlo y suplicar. Los habiru y la mujer que había alzado la voz desaparecieron entre la turba.

Sin corona, sin cetro ni cayado, sin estrado bajo sus pies, aquella noche el rey se encerró en su cámara particular, anexa a su alcoba, con sus amigos íntimos y sus hombres más fieles.

—No negarás —dijo Yuni—, que han sido inteligentes. Ante todo el pueblo congregado han apelado a la gracia y a la misericordia real. No podías desairarlos.

—Y menos aún en medio de la hambruna y la peste. La Ciudad Nueva es un hervidero de malestar —añadió Rahotep, el visir.

El rey estalló.

—¡Ha sido una farsa ante el pueblo! Debería haberlos mandado ejecutar allí mismo. Eso hubiera sido un castigo ejemplar y hubiera acallado a los descontentos de raíz.

—Hubiera sido un gesto impopular y blasfemo ante las puertas del templo y sus sacerdotes —replicó Amenemhotep, el escriba.

—Además —añadió Yuni—, tu esposa ha sabido intervenir oportunamente.

—¡Oportunamente! —El rey cerró los puños—. Maldita sea, a ella nunca puedo controlarla del todo.

—El pueblo la quiere —le recordó Ameneminet—; escucharla ha sido un gesto que te ha engrandecido ante la multitud.

—Dioses compasivos, rey compasivo —masculló él—. ¡Odio esa sensiblería!

—Esa sensiblería nos ha librado de un amotinamiento —dijo

Rahotep—. Mientras las gentes lloren y clamen al cielo no estarán empuñando un palo ni dedicándose al saqueo.

—¿No basta mi ejército para contener los tumultos? ¿No basta mi guardia?

—Bastan, señor —dijo el escriba—, pero el rey más poderoso es aquel que no necesita desenvainar la espada.

—Lo ocurrido no te perjudica, viejo —dijo Yuni, palmeándole el hombro—. Por lo demás, ¿quiénes son esos habiru? Cuatro desgraciados. ¿Quieres saber lo que opino de ellos?

El rey se volvió hacia su amigo, «los oídos y la vista del rey», y arrugó la frente, pero escuchó.

—Deja que se larguen. Son un puñado de gente insidiosa y sólo nos traerán problemas. ¡No los necesitamos! Podemos conseguir esclavos y obreros en cualquier lugar. Tu hijo Ramsés tiene razón; envíalo a Nubia o a Libia a detectar focos rebeldes. Traerá esclavos frescos y reafirmará tu presencia y tu poder. Olvídate de los habiru.

—Hum. Son los productores de ladrillos. Nos cuestan poco y mi palacio aún no está terminado.

—Entonces, espera a que se acaben las obras —dijo Ameneminet—. En cuanto celebres el jubileo, échalos del reino. Que se vayan al desierto, si tanto lo desean. La mitad morirán allí, y la otra mitad regresará con el rabo entre las piernas.

El rey rió entre dientes. Pero había amargura en su gesto.

—Señor, no es mala idea —intervino el visir—. Y, por los informes que me llegan de la ciudad, el pueblo está comenzando a odiarlos. Hay un hecho patente: en el poblado habiru no se ha registrado un solo caso de peste. Tampoco las langostas llegaron hasta sus huertos. Se corre la voz de que su presencia es la causa de la tempestad y las plagas. Muchos creen que cuando se vayan cesará la peste, el hambre desaparecerá y las aguas del río volverán a fluir transparentes.

—¿Eso dicen?

—Así es, señor. Los sacerdotes de Amón incluso han oído rogativas de los fieles, suplicando que los habiru puedan partir y la tierra se libere de su maldición.

El rey meditó en silencio. Miró a sus amigos.

—Me revienta que un puñado de miserables tenga que ocupar una sola hora de mi precioso tiempo. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Quién es Moisés, ese bastardo que en mala hora acogí bajo mi techo, para que me quite el sueño? ¡Maldita sea!

Ameneminet sonrió, moviendo la cabeza.

—Cuando los dejes marchar y desaparezcan de tu vista ya no te quitarán el sueño. Y tu esposa Bint-Anat estará en paz, y tu casa

también. No manches tus manos en su sangre y olvida a Moisés.

El rey respiró hondo. Una sombra de tristeza nubló su rostro.

—Echo de menos a Nefertari —dijo, inesperadamente; rara vez expresaba con tanta desnudez sus sentimientos—. La echo de menos, cada día más. Me falta su consejo y su apoyo. Mis hijas… nunca serán como ella. Nunca.

El visir, el escriba y los veteranos lo contemplaron en silencio. El rey se hacía viejo, aunque todavía se propusiera correr como un gamo, dando siete vueltas al recinto sagrado, cuando llegara el día de su segunda fiesta Sed.

Noche de vigilia fue aquella en que Yahvé los hizo salir del país de Egipto.

Éxodo 12, 42.

El jubileo

En el primer día del cuarto mes de la cosecha, Djemer, jefe de los guardianes del poblado habiru, se presentó ante la columna de obreros que regresaban de los campos de adobe.

—¡Traigo un aviso de la casa del rey!

De entre las filas de obreros salieron cinco hombres. Eran Elisur, Nahasón, Salamiel, Eliab y Aarón.

Djemer se dirigió hacia Aarón.

—¿Eres tú el jefe de esta gente?

Nahasón intervino.

—Yo soy el cabeza de la familia más grande.

El capitán de los guardias movió la cabeza con una mueca.

—En todo caso, el aviso os concierne a todos.

Desenrolló un papiro que llevaba atado al cinturón y leyó, con voz impostada y solemne.

—Esta es la orden del Señor de las Dos Tierras, Toro Poderoso, Predilecto de Amón, Señor de la Justicia. Por su misericordia y magnanimidad decreta que, con motivo de su segundo jubileo, todos los varones de raza habiru sean dispensados de siete días de trabajo para poder venerar a su dios en el desierto. Los varones podrán partir y alejarse hasta tres jornadas de distancia, adorar al dios y regresar a la ciudad en otros tres días, finalizados los cuales se reincorporarán a su trabajo.

Djemer enrolló el papiro e hizo una señal a sus hombres.

—Este es el comunicado real —dijo—. Ya podéis regresar a vuestras casas.

Los hombres se miraron entre sí. Guardaron silencio hasta que los soldados estuvieron lejos. Pero, cuando estuvieron cerca del poblado, rompieron a hablar en grupos.

Los nómadas esclavos, que regresaban con ellos, también habían escuchado la proclama con atención pero no dijeron palabra.

Aquella noche hubo gran agitación en el poblado. En todos los patios y casas se hablaba y se discutía. Urí acogió en su patio a los cabezas de tribu y a sus hijos. Moisés y Miriam fueron los últimos en llegar a la asamblea y fueron recibidos tanto con protestas como con saludos de bienvenida.

—¡Lo han conseguido! —exclamó Abidán, de la casa de

Benjamín—. El rey ha escuchado a Moisés y Aarón. ¡El Altísimo no nos abandona!

Pero las voces críticas no tardaron en alzarse.

—¿Qué han conseguido? —replicó Coré—. ¡Un descanso de siete días! A cambio, estos últimos meses hemos trabajado más duramente que nunca y nuestras pagas no han aumentado. Nos hemos deslomado sobre el barro y hemos tenido que ir a espigar paja y heno por los campos, algo que antes no nos obligaban a hacer. Los capataces han gastado sus látigos sobre nosotros, ¡varios viejos y tres niños han muerto! ¿Todo para qué? Para siete miserables días en los que no van a pagarnos. Al regreso, será peor.

—Además —añadió Eliab—, ha dicho bien claro que sólo saldrán los varones. Ni las mujeres ni los niños.

Moisés frunció el ceño cuando lo oyó y se volvió hacia Miriam.

—¿Qué tienes que decir a esto, Moisés? —inquirió Nahasón. Y se hizo un silencio.

Moisés pensó su respuesta. Fue Aarón quien contestó antes que él.

—¡Hermanos! ¿Os parece poco haber conseguido que el rey ceda a nuestras peticiones? ¿Cuándo se ha visto que un rey escuche la súplica de un grupo de obreros? ¡Es insólito! Aunque yo diría: ¡es milagroso! Y es porque el Altísimo está con nosotros, sin duda. En cuanto a las mujeres y los niños…

—Hablaré de nuevo con el rey —dijo Moisés— y le pediré que nos deje partir a todos.

Su calma desconcertó a los varones.

—Estás loco —dijo Coré—. El rey se enojará porque osas desafiar su paciencia. Y revocará su orden.

—El Altísimo ha tenido ya mucha paciencia con él —replicó Moisés—. Y nosotros también.

Algunos jóvenes prorrumpieron en risas al oírlo.

—¡Eres temerario, hijo de Leví!

—¡Así se habla!

—No, no acudas al rey otra vez.

—¿Quieres perdernos?

Moisés los miró, a un patriarca tras otro. También posó la vista sobre los más jóvenes, en cuyos ojos brillaba otra luz, una luz osada, limpia y ansiosa de retar al destino.

—No quiero perderos. Quiero que salgamos de aquí y vivamos en libertad. Lo quiero porque nuestro Dios lo quiere. ¡Somos suyos, y no esclavos de ningún señor mortal! Pero nadie está obligado a seguirme. Quien quiera venir, que venga. Quien no, es muy libre de quedarse y seguir comiendo de la mano del rey.

Los varones murmuraron entre sí. Discutieron. Gritaron. Nahasón impuso orden. Aarón intentó razonar… Moisés callaba y, a su lado, Miriam permanecía también silenciosa y atenta.

Por fin habló Eliab.

—Si consigues que el rey deje partir también a nuestras familias y te vas, Moisés, no pienses que vamos a quedarnos atrás. Iremos contigo.

La cosecha de aquel año fue escasa, pero la capital era un hervidero de caravanas, mercaderes y tratantes de ganado y cereal de las zonas más ricas del Delta. Aunque la pobreza se cernía sobre muchos hogares, a causa de las tormentas y las plagas, la segunda fiesta Sed del soberano prometía ser aún más espléndida que la primera. Los emisarios reales habían anunciado repartos de trigo, legumbres, cerveza e incluso carne entre el pueblo, amén de grandes festejos patrocinados por los templos y por la corona en todas las capitales de los nomos. En la ciudad las obras del nuevo palacio se aceleraban, junto con la preparación del escenario para la carrera de siete vueltas del rey y la ornamentación de templos y avenidas. Numerosos bajeles anclaban y zarpaban de los muelles. En el canal, las barcas de los pescadores se deslizaban entre grandes cargueros procedentes del Alto Nilo y del mar.

En medio del tumulto y el vocerío del mercado de la Ciudad Nueva, Moisés se abrió paso entre la muchedumbre y llegó a la casa de Elifelet, acompañado de su hermano. El acaudalado mercader los recibió tras una larga espera en el jardín, pues se encontraba atareado supervisando la descarga de un alijo de tejidos y púrpura en sus almacenes.

Como en sus anteriores visitas, los recibió en su despacho, bajo los porches que daban al patio. Sudaba y resoplaba, aunque su portaabanico no cesaba de darle aire. Pidió disculpas y llamó a un criado.

—Tráenos cerveza fresca y frutas, y agua para lavarnos manos y pies. Ah, señor —se dirigió a Moisés—, debéis disculparme. Estos días apenas tengo tiempo para dormir. Llegan barcos de Tiro y de Creta; debo organizar los repartos y el mayordomo real exige celeridad… ¡Hay tanto que hacer antes de la fiesta!

Moisés asintió en silencio. Elifelet lo miró con atención.

—En cambio vos respiráis tranquilidad. Sé que los capataces también han exigido redoblar el esfuerzo de los vuestros.

—De *nuestra* gente —dijo Moisés—. Así es. Pero no perdemos la calma. Confiamos en el Altísimo.

El mercader suspiró.

—¿Recuerdas, Elifelet, que un día te dije que volvería?

—Sí, señor, lo recuerdo.

—Y te dije, también, que te pediría algo.

—Así es, señor. —El mercader achicó los ojos.

—Pues bien, ese día ha llegado.

—Y… señor, ¿en qué puedo ayudaros?

—Hace tres años vine a pedirte oro prestado —dijo Moisés— y te lo devolví con creces. Ahora quiero pedirte que ayudes a tu gente. Vamos a partir durante la fiesta Sed para adorar a nuestro Dios en el desierto. Necesitaremos víveres, carros y ganado para alimentarnos y para los sacrificios. También perfumes y oro para las ofrendas. Tejidos para que nuestros cabezas de tribu y nuestras mujeres puedan vestir dignamente. Mantos para protegernos del sol. Y lonas para las tiendas. Somos doscientas familias.

Elifelet no ocultó su estupor.

—Pero, señor…

—También necesitaremos armas —añadió Moisés. Y, esta vez, fue espanto lo que asomó al rostro del mercader—. Para defendernos de las alimañas del desierto y de los bandidos. Al menos una espada y un escudo por cada cabeza de familia. Lanzas, una por varón. Arcos y flechas.

Elifelet sacudió la cabeza. Aarón tampoco disimuló su desconcierto, pero no pudo articular palabra. Su hermano hablaba con aplomo y firmeza.

—Sé que puedes proporcionarnos todo esto, Elifelet —continuó Moisés—. Eres un hombre rico. Y no se trata de un préstamo. Te lo pido en el nombre del Dios Altísimo, por él y por su pueblo. Por tu pueblo.

—Señor, tengo que… considerarlo.

Moisés se puso en pie.

—Los hombres tenemos el corazón duro y el Altísimo lo sabe. Podemos pelear con él, si queremos. Pero nunca regatear, Elifelet. Piénsalo cuanto quieras. Nuestro Dios no es un mercader.

Al día siguiente, Moisés regresó a la ciudad. Cruzó el río en una balsa de pescadores y se dirigió al palacio real. Iba solo y los shardana lo dejaron pasar tras hacerlo esperar durante horas. Lo condujeron a un salón privado en los jardines de la reina Bint-Anat. Salió de allí al atardecer, empuñando con firmeza su vara y con la certeza de la victoria iluminando su rostro.

La víspera de la fiesta Sed una recua de mulos cargados con alforjas y doce carros tirados por bueyes llegaron al poblado habiru. También llegó un rebaño de ovejas y decenas de vacas, cabras y

cabritos. Cada carro iba repleto de grano, cerveza, provisiones y tejidos. Ocultos entre los mantos de lino, las mujeres descubrieron espadas, arcos y aljabas con sus flechas, jabalinas y dagas de hierro y bronce.

Al anochecer, cuando los hombres llegaron de los campos de adobe, se acercaron al poblado tres carros más custodiados por soldados del palacio real. El que los dirigía pidió ver a Moisés.

Este salió a su encuentro y reconoció al guardia.

—La gran esposa real Bint-Anat os envía sus obsequios para honrar a vuestro dios —dijo el soldado.

Moisés asintió y pidió a sus sobrinos mayores, Nadab y Abiú, que se ocuparan de los carros y los condujeran al interior de la aldea. Los muchachos obedecieron prontamente, ayudados por varios mozos que los acompañaban.

—Decidle a la reina que agradecemos su donación —dijo Moisés—. Y que invocaremos las bendiciones de nuestro Dios para ella.

Regresó siguiendo los carros y caminando en silencio. Aarón lo acompañó, con Abidán y Hur. Los tres rebosaban entusiasmo.

—¡El Altísimo es grande! —exclamó Aarón, riendo y rodeando los hombros de su hermano.

—Jamás pudimos imaginar abandonar Kemet con tanta riqueza —decía Abidán—. ¡El Todopoderoso está con nosotros!

—¡Ni el rey se ha resistido a su poder! —añadió Hur.

Moisés se detuvo y los miró.

—¿Creéis en el poder de Dios porque habéis visto los regalos de los hombres? Ah, todavía no habéis visto nada… ¡Nada!

—Hermano, ¿qué más hemos de ver?

—Aún no hemos puesto un pie fuera de este país. Tenéis que ver cosas más grandes. Aunque quizás no os deslumbren tanto como el brillo del oro o de las armas.

Aarón, Hur y Abidán callaron. Moisés habló de nuevo.

—Esta noche nos reuniremos de nuevo en asamblea, todos los cabezas de tribu. Quiero organizar bien nuestra salida. Que la embriaguez no nos haga delirar antes de tiempo.

Cuando llegaron ante la casa de Jokéved, Moisés ordenó a los muchachos que desuncieran a los bueyes y descargaran los carros. Había tejidos finos, sacos de frutos secos, ánforas de vino dulce, miel y enseres para el hogar. Nadab y su amigo Caleb descargaron un cofre de madera taraceada con nácar y lo depositaron sobre un poyo del patio.

—¡Este pesa! —exclamaron.

Moisés los hizo apartarse. Ante las miradas curiosas de los jóvenes, de su hermano y de las mujeres, abrió el cofre.

Elisabet ahogó un grito. Jokéved y Séfora abrieron mucho los ojos. Moisés reconoció las joyas que un día habían adornado la frente, el cuello y los brazos de la princesa Bint-Anat. Diademas con sus cobras doradas, brazaletes, cinturones, ajorcas esmaltadas, collares de perlas y granate. Tomó una diadema entre las manos, adornada por dos ristras de hojillas de oro que pendían abriéndose como las plumas del buitre solar, y la sostuvo largo tiempo, refrenando los recuerdos y el llanto.

En la plaza donde se cruzaban las avenidas de los templos, en el centro de la capital, un batallón de obreros izaba el pilar Djed, pintado de azul y púrpura y adornado con guirnaldas entretejidas de hilo y hojas de oro. Una multitud del pueblo celebraba anticipadamente la fiesta. Bebían, cantaban y bailaban, lanzando vítores al rey en la cálida noche iluminada por las antorchas que jalonaban las avenidas.

Desde la terraza del palacio, la esposa real Bint-Anat contempló la ciudad, sumida en la penumbra dorada de las teas. Los tres grandes templos velaban como guardianes, descollando por encima del conglomerado de casas, los barracones de la ciudad castrense, los almacenes y las plazas. Hacia el norte, junto al templo de Ptah, se levantaba el nuevo palacio, con sus galerías y sus terrazas ajardinadas, a punto de abrir sus puertas para ser habitado.

Escuchó las músicas y el vocerío lejano desde la altura de la azotea y divisó el pilar Djed, plantado en medio del jolgorio de los danzarines y los obreros, como un dedo enjoyado apuntando al cielo. La noche era clara y las estrellas lucían gruesas y parpadeantes.

Se volvió al oír unos leves pasos. En la sombra reconoció su silueta. Después oyó su voz.

—Mi reina.

—Jaemuaset.

Él la abrazó por la espalda, reclinando la cabeza sobre su hombro desnudo, fragante de mirra y canela.

—¿Qué miras?

—La gloria de nuestro soberano —murmuró ella—. Su ciudad, su casa, sus templos… Su pilar, imbatible.

Él la estrechó.

—Estás cansada. Ven conmigo.

Bint-Anat se volvió y se enjugó una lágrima con los dedos.

—¿Recuerdas, hace… cuánto? ¿Veinte, veintidós años? Tú eras un joven a punto de convertirte en sacerdote. Yo era poco más que una

niña. Y quise jugar a ser madre.

—No llores.

—¿Recuerdas qué me dijiste cuando recogí a Moisés? ¿Lo recuerdas?

—Te dije que traería problemas.

—Y no te equivocaste.

—Pero ahora él se irá. Hemos conseguido que padre lo deje marchar y no volverá. No quiero que pienses más en él.

—¿Cómo olvidarlo, Jaemuaset? Ha sido mi hijo durante todos estos años… ¡Tú también lo has amado! No, no podré olvidarlo. Ni quiero hacerlo.

Él suspiró.

—Guarda su recuerdo en tu corazón. Pero no hables más de él. Deja que se vaya.

Bint-Anat contuvo un sollozo.

—Deja que se vaya. —Jaemuaset la abrazó de nuevo—. Escucha… ¿Sabes de qué hablamos, él y yo, antes de su huida? Fue aquí, en esta terraza. En este mismo lugar, de noche, antes de que rompiera el alba.

Ella continuó llorando en silencio.

—Moisés me habló de la libertad. Es una quimera, amor. Es una quimera… Pero para quien cree en ella es un arma terrible.

Bint-Anat se apartó un poco, tomando aliento.

—¿Una quimera?

—Sí. Pero para Moisés es una fuerza inquebrantable. Lo sostiene y lo anima, y no lo abandonará nunca. Lo quema por dentro y no habrá quien apague ese fuego. Por eso, amor, es mejor dejar que se vaya. Si se quedara, todos acabaríamos ardiendo. Padre es sabio, al fin y al cabo. El fuego en el desierto no puede hacer mucho daño.

Bint-Anat permaneció en silencio largo tiempo, escrutando el rostro de su hermano en la penumbra. Los gritos de la avenida se iban apagando y se oyó el toque de un cuerno de la guardia.

—A veces —musitó—…, a veces pienso que ese fuego ya nos ha quemado.

—No, no. Deja que se apague. ¡No dejes que te destruya!

—Aunque se apague —dijo Bint-Anat, estremeciéndose— ya ha dejado su señal. Y la cicatriz del fuego nunca se borra.

En el poblado habiru, Moisés habló ante los cabezas de tribu. Aquella noche no hubo incredulidad, ni dudas, ni ironías mordaces.

—Saldremos en columnas, como el ejército. Cada tribu marchará alrededor de su carro, con su porción de ganado y su bagaje. Seguiremos el orden fijado y nos comunicaremos a toque de cuerno.

Por la noche acamparemos formando un cuadrado, en tres hileras de cuatro grupos. Y cada tribu designará centinelas armados para vigilar. Partimos con la venia del rey, pero nuestro viaje no está exento de peligros.

Con su vara trazó varias líneas en la tierra mostrando el orden de la expedición y un esbozo del campamento.

—Nos pondremos en marcha al amanecer y sólo nos detendremos a mediodía, para comer y beber, y para que los más débiles puedan descansar durante las horas de más calor. Continuaremos a la caída de la tarde hasta entrada la noche. Hemos de avanzar al menos doce mil pasos cada día para alejarnos lo bastante.

Nahasón intervino.

—¿Hasta dónde piensas llevarnos?

—¿No ha dicho el rey tres días?

—¿Qué ruta piensas tomar?

Moisés aguardó a que se hiciera el silencio de nuevo.

—Tomaremos la ruta de Sin, hasta el Mar Rojo. Allí repostaremos agua en un lugar donde hay fuentes. Después giraremos hacia el este y buscaremos la ruta de Shur.

—¿Hacia el desierto? —preguntó Eliab.

—Hacia Canaán —contestó Moisés.

Los murmullos rompieron el momentáneo silencio. Moisés oyó lo que decían; las dudas y el miedo regresaban. Alzó la voz.

—¡Sois libres, hijos de Israel! Libres para marchar, libres para quedaros. Pero, a aquellos que me sigan, os prometo que no descansaré hasta llegar ante la tierra de nuestros padres.

Al amanecer, los sacerdotes y las sacerdotisas salieron en procesión de los tres grandes templos. Los soldados del rey desfilaron y rodearon el palacio. La multitud comenzó a agruparse para ver salir al soberano, radiante como el sol asomándose sobre los palmerales del Nilo.

Moisés, en medio de los cabezas de tribu, tomó un cuchillo. Los varones formaban un círculo en torno a una laja de piedra, sobre la que habían atado un cordero. El resto del poblado se apiñaba en las calles de la aldea. Todos iban cubiertos con mantos y llevaban bastones para el viaje. En las afueras se alineaban los carros y varios muchachos custodiaban el ganado.

Con la primera claridad del alba, Moisés invocó al Señor de las montañas, de la tempestad y del fuego. Alzó los brazos, cuchillo en mano, y descargó un golpe certero sobre la yugular del animal. La

sangre saltó como un surtidor y se derramó sobre la piedra.

Aarón y Eliab despedazaron rápidamente el cordero en doce trozos, que entregaron a cada cabeza de clan. Moisés mojó su mano en la sangre fresca y se llevó dos dedos a la frente, trazando una pincelada oscura sobre su tez.

—Esta es la señal del Señor de la Vida. Estamos marcados por él. A él solo pertenecemos. Sólo a él.

Un muchacho tomó un hisopo y, empapándolo en sangre, roció a todos cuantos le rodeaban. Miriam rompió a cantar. Y hombres y mujeres la corearon.

Con los primeros rayos de sol, el Señor de las Dos Tierras salió de su viejo palacio, flanqueado por sus esposas e hijos. Resplandecían, cubiertos de oro, como el sol con un cortejo de estrellas. El rey alzó su cetro y la multitud lo aclamó. Sonaron dos trompetas y las sacerdotisas alzaron los sistros. El aire tembló y el cascabeleo recorrió toda la avenida como viento agitando los juncos.

Los habiru abandonaron la aldea apenas el sol despuntó en el horizonte. Se pusieron en camino en doce grupos, tal como Moisés había dispuesto. Cada tribu rodeaba un carro y detrás iba el rebaño, conducido por varios mozos. Delante marchaban los varones y los jóvenes, armados y con bastones. En medio, las mujeres, los niños y los más ancianos, que eran pocos. Todos caminaban con ánimo y pies ligeros. A la cabeza de la expedición, Moisés avanzaba junto a Aarón. Los seguían Séfora montada con su hijo Gersón en el asno, las mujeres y los muchachos de la familia, y los restantes miembros de la casa de Leví. Poco a poco la columna se fue alargando por el sendero y se desplazó hacia la encrucijada donde enlazaría con la ruta de Sin.

El rey llegó ante el pilar Djed, columna de Osiris, falo sagrado que apuntaba al cielo inmaculado de los dioses. El clamor de la multitud se sumó a los cánticos de los sacerdotes. Tras el soberano llegaron las reinas y el heredero de la corona. La segunda gran esposa volvió su mirada al gran sacerdote de Ptah, el príncipe Jaemuaset. El rostro de Bint-Anat era una máscara bellísima bajo la negra peluca y la tiara donde serpenteaba una cobra enhiesta con ojos de esmeralda. Sólo Jaemuaset vio la lágrima, temblando entre sus pestañas y deslizándose por la mejilla cubierta de polvo de oro. Solo él vio la palidez oculta y el desconsuelo en el rostro de la reina más hermosa, la amada del pueblo.

Cuando el último grupo de habiru, la casa de Benjamín, dejó atrás la tapia espinosa del poblado, un pelotón de hombres salió a su encuentro.

Eran los nómadas esclavos que vivían cerca de la aldea. Se presentaron ante Moisés y este alzó la vara para detener la marcha.

—Nosotros venimos también —dijo el que los encabezaba. Se llamaba Maquir y era un hombre enérgico y robusto, al que todos sus compañeros escuchaban y seguían.

Aarón contestó de inmediato.

—No sois de los nuestros. El rey nos ha concedido un permiso extraordinario para ir a adorar a nuestro Dios.

—Nosotros también adoramos al Dios de las montañas —replicó Maquir— y tenemos unos días de permiso, igual que vosotros. ¿Quiénes sois para impedirnos dar culto al Altísimo?

Moisés contuvo a su hermano y respondió con calma.

—Nadie puede impediros adorar al Altísimo. Pero nuestro camino es largo y lleno de peligros. Es un camino de ida, pero no de vuelta.

Hubo un silencio prolongado y tenso. Moisés y el jefe de los nómadas se miraron a los ojos. Este, por fin, asintió.

—Estamos dispuestos a seguir ese camino.

Alargó una mano y Moisés se la estrechó.

—Somos hijos del desierto, como vosotros.

—Somos hermanos —dijo Moisés—. Sea así.

Los cincuenta nómadas se unieron al grupo de Leví y las doce columnas se pusieron en marcha de nuevo.

Miriam tomó un pandero y comenzó a cantar; Tamar y las demás mujeres la corearon, los mozos golpeaban tambores y los niños danzaban. Elevaron los ojos al cielo y cantaron bajo la luz del sol, en medio de los campos agostados tras la cosecha, donde reverdecían las hierbas salvajes y las zarzamoras salpicadas de bayas rojas. Nadie miró atrás.

La alianza

Yahvé es el triunfo que canto, él ha sido mi libertador.
Éxodo 15, 2.

El Mar de los Juncos

A los cinco días de haber salido de Pi-Ramsés, la expedición llegó a orillas del Gran Lago Amargo. Acamparon en la ribera occidental del mar, formando ordenados cuadriláteros de tiendas separados por calles, tal como Moisés había dispuesto. Al anochecer recorrió montado en un caballo el perímetro del campamento, como un general supervisando su tropa acuartelada. Se alejó un trecho y lo contempló desde un pequeño altozano. Hasta él llegaba el murmullo de las voces y el tintinear de las esquilas del ganado. Las hogueras comenzaron a arder iluminando las tiendas y las familias se agrupaban para cenar.

Caía la noche y el rubor del ocaso se desvanecía en el azul oscuro. Brilló en lo alto el lucero de la tarde. Moisés respiró hondo y murmuró:

—Este es tu pueblo, que has confiado a mis manos. Hazlas fuertes, Señor. Y haz fuerte mi corazón. Porque apenas hemos iniciado el camino y las dudas me asaltan.

Sólo le respondió el rumor de los juncos que crecían junto al lago. Pero el silencio, a veces, era suficiente.

A la mañana siguiente, los muchachos de la tribu de Benjamín, que acampaba en retaguardia, dieron la voz de alarma. Una nube de polvo se alzaba en el horizonte, hacia el norte.

El pánico cundió en el campamento. Los cabezas de familia no tardaron en presentarse ante Moisés.

—¡Nos persiguen!

—Esa nube es el polvo que levanta la caballería. ¡El rey envía su ejército tras nuestros pasos!

Aarón intentó razonar con ellos. La nube podía ser un rebaño desplazándose o una tempestad de arena. Pero los hombres replicaron que la nube no era un remolino que se elevaba, como las tormentas, sino una mancha rojiza y horizontal sobre el llano. Un rebaño tampoco levantaría tal polvareda. Moisés mantuvo la calma, aunque en su interior se abría un abismo vertiginoso. Un abismo ante el cual sólo cabían dos opciones: huir o arrojarse. Acalló el vocerío y alzó su vara para llamar la atención.

—¡Hoy no levantaremos el campamento! Permaneced en vuestras

tiendas, guardad vuestras pertenencias y vigilad el ganado. Que cada hombre tome sus armas y espere. Iré a ver qué sucede.

La euforia de los pasados días se esfumó. Moisés aparejó un caballo, montó en él y se despidió de su familia.

Séfora lloraba; Jokéved le suplicó que no fuera solo. Aarón y los varones de la familia lo rodearon, indecisos.

—No tengo miedo —dijo él—. Si es una tropa del rey, parlamentaré con su capitán.

—¡Un hombre solo contra un ejército! —exclamó Nahasón—. ¿Has perdido el juicio?

Maquir, el jefe de los nómadas, se ofreció a acompañarlo con los suyos. Pero Moisés se negó.

—No voy a luchar —replicó—. Será el Altísimo quien luche por mí, si es necesario.

Tiró de las riendas y partió a toda velocidad. Séfora estrechó al pequeño Gersón entre sus brazos.

—¿A dónde va papá? —preguntó.

Ella tragó saliva y contuvo las lágrimas.

—Volverá pronto.

Miriam se acercó y acarició la cabeza del niño. Era la única que no mostraba espanto. En su rostro se leía la misma audacia delirante que animaba a Moisés.

—Sí, volverá pronto. No temáis.

Moisés no tardó en ver qué provocaba la bruma polvorienta. Era un escuadrón doble de al menos cincuenta carros. Cuando se acercó a la vanguardia distinguió los emblemas pintados en los frontales. Un guerrero con escudo y su conductor galopaban al frente, seguidos por el resto en columnas de a cuatro.

Reconoció al comandante cuando aún los separaban cien pasos de distancia. Frenó al corcel y lo puso al trote. En la columna de carros sonó una trompeta y poco a poco se detuvieron, abriéndose y formando un arco de ocho carros de amplitud. Sólo el que encabezaba el escuadrón continuó rodando hasta llegar junto a Moisés.

El comandante se quitó el casco, Moisés detuvo su montura y ambos se miraron a los ojos.

—Seti.

—Hermano —respondió él.

También reconoció al conductor; era Nekhebu. Moisés apretó las riendas entre los puños.

—¿Venís en nuestra busca? —preguntó Moisés.

Seti sonrió.

—Venimos a escoltaros. El desierto es peligroso… Y padre pensó que quizás necesitaríais ayuda para encontrar el camino de regreso.

Moisés asintió en silencio. El rey sabía bien lo que hacía. Entre todos sus capitanes había elegido a su hermano amado, el más próximo a su corazón, para capturarlo y traerlo de regreso. ¿Cómo alzar las armas contra él?

—Hermano, este es mi camino, no el tuyo.

—No te entiendo, ¿qué quieres decir?

—Que no necesitamos escolta.

—Entonces, tal vez necesitéis protección.

—El Señor Altísimo nos protege.

Seti rió.

—¡Confías demasiado en tu dios sin nombre! Te miro y te oigo, Moisés, y no te reconozco.

—Soy otro hombre, Seti.

—Estás loco. ¿Y vienes solo ante un ejército?

Moisés asintió.

—Mira a tu alrededor. Nadie me sigue.

El joven príncipe hizo una mueca.

—En algo no has cambiado. Tienes tantas agallas como antes, o más.

Moisés miró a los guerreros que montaban los primeros carros, unos pasos más atrás. Reconoció al oficial Mahu, al capitán Userhat, a sus viejos compañeros, Ipuki y Khamet.

—Seti, he venido a decirte algo.

—¿Tú, a mí?

—Sí. No te acerques a nuestro campamento. Di a tus hombres que vuelvan grupas y regresad a Kemet.

La expresión del príncipe cambió de pronto.

—¡Insensato! ¿Me estás dando órdenes? ¿Me estás amenazando?

Moisés movió la cabeza. Los ademanes de Seti eran cada vez más parecidos a los de su padre cuando estallaba en ira.

—No te doy órdenes ni te amenazo. Te estoy avisando. El Altísimo es un guerrero indomable y nos protege. No intentes enfrentarte a él. Regresa.

—¡No lo haré! —replicó Seti—. Tengo una misión del rey, y pienso cumplirla. Tú y tu gente no avanzaréis un solo paso más sin que mi escuadrón os vigile. Mañana mismo seréis vosotros quienes levantaréis el campamento para regresar con nuestra escolta. De lo contrario…

—Seti —lo interrumpió Moisés. Había tal autoridad y firmeza en su voz que el príncipe calló.

—Seti —volvió a decir Moisés—. Te lo ruego, vuelve con tu

unidad.

El joven príncipe se enfureció.

—¡No voy a escucharte! ¿Qué pretendes? Vengo con cien carros y doscientos hombres armados. ¡Puedo lanzarlos contra vuestro campamento y aplastaros antes de que el día decline! ¿Acaso vais a enfrentaros a nosotros?

Moisés miró a los ojos del que había llamado hermano. Después, miró a Nekhebu. El veterano conductor arrugó la frente.

—No será necesario.

—¡Imbécil! —masculló Seti, tomando el látigo—. ¡Sabrás lo que es enfrentarte a tu rey!

Moisés habló, dirigiéndose a Nekhebu.

—Por lo que más quieras, condúcelo lejos de aquí.

No dijo más. Dio media vuelta, sacudió las bridas y regresó al trote. Escuchó a Seti vocear y dar órdenes a sus hombres. Los caballos del ejército piafaban y relinchaban, golpeando sus cascos en tierra con nerviosismo.

Moisés se alejó dejando un rastro de polvo tras de sí. Casi al mismo tiempo se oyó el silbido del viento y una columna de arena se elevó sobre el camino. Giró como un remolino y, ante la mirada atónita de Seti y los guerreros del rey, se elevó más y más, ensanchándose hasta formar una inmensa torre en espiral que ocultó a Moisés y el cercano lago de su vista.

El oficial Mahu gritó.

—¡Atrás! ¡Es una tormenta!

El escuadrón del rey retrocedió hasta llegar a un lugar seguro y aguardó. El torbellino de arena rodó por el camino durante horas, ascendiendo hasta el cielo y abriéndose como la copa de un gigantesco loto. Durante todo el día, los habiru y los nómadas permanecieron refugiados en el campamento, sin osar moverse, observando sobrecogidos la columna de polvo que oscurecía el cielo.

Cayó la noche. Una noche sin luna ni estrellas, agitada por el aullido del viento. Los cabezas de tribu se reunieron en la plaza central del campamento, convocados por Moisés y Aarón. Una multitud los siguió y se apelotonó entre las tiendas para escucharlos. Había miedo entre las familias y se escucharon varias protestas.

—Al sur de este lago hay otro, más pequeño. Y entre ambos hay un paso que atraviesa las marismas. Vamos a cruzar este paso formando una hilera estrecha; los animales irán delante y nosotros los seguiremos —anunció Moisés—. Y lo haremos antes de que salga el sol. Cuando la caballería del rey se ponga en marcha estaremos al otro

lado y las aguas nos servirán de escudo.

Era el séptimo día desde su partida de la ciudad real. Cuando la noche aún era oscura, acallado el rumor de los pasos por el silbar del viento entre los juncos, la columna de los hijos de Israel bordeó la ribera del lago hacia el sur y pasó al otro lado para situarse en la ribera oriental del Pequeño Lago Amargo. Caminaron sin desviarse tras el rebaño, que pisaba allí donde había tierra firme, y a nadie le flaquearon los pies, ni a los niños ni a los ancianos. El miedo los espoleaba y salvaron doce mil pasos en pocas horas, antes de que despuntara el alba.

Amaneció y el sol se abrió paso entre espesas nubes. La luz cenicienta del día descubrió ante los carros del rey una llanura desolada, con restos de hogueras y las pisadas de miles de hombres y animales.

Seti lanzó a sus carros siguiendo las huellas impresas en la tierra. Circundaban el Lago Amargo, cuidando de evitar las marismas pantanosas. Pero cuando se adentraron en el sendero entre los dos lagos varios carros quedaron atrapados en el cieno. Los conductores descendieron para intentar desencallar las ruedas, en vano. Luego intentaron salvar a los caballos. A mediodía los oficiales comunicaron a Seti que se habían perdido diez vehículos con sus monturas, y seis hombres habían perecido engullidos por las ciénagas.

El príncipe se enojó y maldijo la incompetencia de sus hombres.

—¡La furia de Seth os parta como un rayo! ¿No sois todos guerreros curtidos, hartos de recorrer este desierto? ¡Pagaréis por esos carros y esos caballos!

Nekhebu observó a su señor con preocupación.

—Estamos pisando sobre terreno traicionero —dijo.

—¡Estamos siguiendo sus huellas, maldita sea! Si ellos no se han hundido en el fango, ¿por qué van a hacerlo nuestros hombres?

Nekhebu se encogió de hombros. Seti estaba tan enojado que ordenó continuar la marcha, aunque aquel día todavía no habían comido nada.

—¡No perderemos más tiempo en estos pantanos apestosos! —gritó.

—Mi señor, los habiru no pueden avanzar muy deprisa —alegó unos de los oficiales—. Van a pie y llevan a mujeres, viejos y niños. ¿Por qué no rodear el lago y sorprenderlos al otro lado?

Seti enarboló su fusta.

—Ya hemos avanzado medio camino. ¡Seguiremos adelante!

El viento continuaba soplando fuerte, rizando las aguas del Lago

Amargo y siseando entre los juncales. El cielo volvió a cubrirse de nubes y el sol desapareció. Los caballos se inquietaron y los conductores tuvieron que tensar las bridas y los cabestros para poder dominarlos.

—¿Qué demonios ocurre con los animales? —preguntó Seti, cuando vio que también Nekhebu tenía dificultades con las yeguas de su carro.

—Huelen el peligro —respondió el auriga—. Posiblemente una tormenta de arena.

—Ayer ya tuvimos que retroceder ante un torbellino de tierra —dijo Seti—. ¡Los dioses no querrán enviarnos otro hoy!

En aquel momento retumbó un trueno sobre sus cabezas. Seti alzó la mirada hacia el firmamento borrascoso.

—Nadie puede dominar a los cielos, señor —murmuró Nekhebu, y calló, pues de pronto dos carros los adelantaron y se plantaron ante el del príncipe. Iban conducidos por Mahu y Userhat.

—Mi señor —dijo Mahu—. No podemos continuar. ¡Se avecina una tormenta y los animales no responden! Hemos perdido ya a varios hombres, no es prudente seguir. Mejor será volver atrás y acampar hasta que amaine el temporal.

Seti los contempló con ojos airados.

—¡Está tronando, eso es todo! Mirad a vuestro alrededor. ¿Dónde veis la tormenta?

Los hombres avizoraron la llanura que se extendía más allá de los lagos, gris y desierta bajo la luz plomiza del firmamento. El viento soplaba sobre los juncos. No se veía un alma viva alrededor. Entonces alguien gritó, señalando hacia las aguas.

—¡Allí!

No vieron una columna de arena, sino un pilar de agua encrespada, girando sobre sí y elevándose hacia las nubes. Se desplazaba sobre el lago, rugiendo y aspirando las olas de su seno, y se acercaba a la orilla, creciendo y ensanchándose. Un remolino de viento helado y gotas de lluvia envolvió al escuadrón del rey. Los caballos relincharon y se encabritaron. Los juncos se agitaron violentamente, como abatidos por una gigantesca hoz. Y la columna de agua se desplegó, abriéndose como una muralla de cristal y espuma, y se derrumbó sobre ellos con un gran fragor.

Al día siguiente, los niños habiru corrieron a la orilla del lago seguidos de varios mozos. Vieron, flotando en las aguas, restos de carros, escudos y lanzas de madera. Eleazar, el hijo de Aarón, encontró una rueda con radios cubiertos de bronce y el eje partido,

prendida entre los juncos.

Regresó corriendo con su hermano Aser, alzando la rueda en sus brazos. Cientos de hombres y mujeres vieron llegar a los chiquillos. Los hijos de Hur esgrimían un par de jabalinas y un escudo, y gritaban como soldados victoriosos.

—¡Se han ahogado! ¡Todos!

—¡No ha quedado ni uno solo!

—¡Se los tragó el mar!

Los varones aún no podían dar crédito a sus ojos y guardaban un silencio temeroso. Llegaron Moisés y Aarón y todos les abrieron paso. Moisés se plantó ante los niños que venían con su botín.

—¡Tu Dios nos ha salvado! —exclamó Eleazar, posando la rueda de carro en tierra.

—Mi Dios es vuestro Dios. Todos somos suyos —dijo Moisés.

Entonces salió Miriam de entre un grupo de mujeres. La seguían Tamar, Elisabet, Séfora y muchas otras, viejas y mozas. Miriam tocó un tamboril y se puso a cantar, con voz vibrante.

—¡Nuestro Señor Altísimo es un gran guerrero!
¡Cantad, cantad, cantad su gloria!
¡Que tiemblen ante él los reyes de la tierra!

Giró, sin dejar de tocar y cantar. Un grupo de jovencitas formó un corro a su alrededor y comenzaron a bailar.

—¡Cantad al Señor de la tormenta,
Señor de las aguas, Señor del fuego!
¡Suya es la gloria! Y de sus hijos la victoria.
¡Cantad, cantad, cantad!

Los hombres más jóvenes se unieron al cántico y batieron palmas.

—¡Él es mi triunfo, él es mi libertad!
Venció al ejército del rey de reyes,
¡no hay guerrero como él!
Su diestra aplasta al enemigo y lo hunde en el oleaje.
¿Quién como tú, Señor, entre todos los dioses?
¿Quién como tú, terrible y glorioso,
capaz de las mayores gestas?

Mujeres y hombres coreaban su cántico. «¿Quién como tú, Señor Altísimo? ¿Quién como tú, Señor de la tormenta?» Miriam avanzó, bailando y repicando con frenesí su tambor, hasta las orillas del lago. Las mozas la seguían, arrebatadas por su canto.

—Engulló al soberbio en las olas, ¡no dejó a uno vivo!
¡Cantad al Señor todopoderoso,
que arrojó al mar caballos y caballeros!

Las mujeres tocaban címbalos y panderos, y muchas más se

unieron a la danza de las doncellas. Sobre el mar en calma resplandecía el sol de la mañana.

Os he llevado sobre alas de águila y os he conducido hasta mí.
Éxodo 19, 4.

El monte alto

Varios mozos encontraron los restos de un carro casi completo. Las aguas lo habían arrojado lejos de la orilla y conservaba el eje y una de las dos ruedas intactos. Oholiab, un hombre hábil trabajando la madera, y Beseleel, el hijo mayor de Urí, decidieron reconstruirlo. Trabajaron durante todo el día mientras hombres y niños se afanaban buscando despojos del ejército y las mujeres alimentaban las hogueras, amasaban pan y preparaban un banquete junto a las tiendas. Sacrificaron los mejores corderos lechales y celebraron con música y alborozo aquel primer día de completa libertad.

Al día siguiente, Moisés hizo tocar los cuernos a los muchachos guías de cada tribu. Los cabezas de familia y muchas mujeres acudieron al centro del campamento para escucharlo.

—Partiremos de inmediato —anunció Moisés— y nos desviaremos hacia el este para tomar la ruta de Shur. Cruza un desierto árido, pero nos conducirá hasta el oasis de Cadesh-Barnes antes de llegar a Canaán. Después de la ruta del mar esta es la vía más corta.

Nadie rechistó. No se oyeron protestas, y sí voces aprobadoras e incluso entusiastas. Moisés contempló los rostros que lo rodeaban y sintió que la fuerza crecía en su interior. Ya no lo miraban como a un paria o un loco exaltado, sino como a un jefe. Casi como a un rey. Él sostuvo firme su vara. En aquel momento, las tribus pendencieras habían olvidado temores y rencillas. Ahora sí, todos latían con un mismo corazón.

El campamento se levantó y poco a poco cada clan fue agrupándose para marchar. Oholiab y Beseleel uncieron un caballo al carro recién fabricado y lo trajeron ante Moisés.

—Este es tu carro —dijo Oholiab—. Para que subas en él y nos guíes a la cabeza de las tribus. A este no podrán destrozarlo ni tormentas ni huracanes.

Moisés admiró la hechura del vehículo y contuvo su tristeza al ver los signos egipcios que aún se podían ver pintados en sus laterales. Pero Beseleel había fundido los adornos de cobre y había engastado en la madera nuevas filigranas en forma de soles, ondulaciones y alas.

Cuando todos estuvieron preparados para partir y Moisés se dispuso a subir al carro, vio que un joven había saltado al vehículo y empuñaba las riendas.

—¿Quién eres?

—Soy Josué, hijo de Nun —contestó el muchacho—. Déjame ser tu conductor de carro.

No tendría más de catorce o quince años. Su rostro era despejado, bajo una mata de rizos negros, y tenía los ojos grandes y bellos.

—Está bien —dijo Moisés—. ¿Sabes conducirlo?

—He conducido carretas tiradas por mulos y asnos. Llevar este carro, con este caballo, ¡será todavía más fácil!

Rebosaba vigor y alegría, y Moisés sonrió al joven. Otros muchachos de la tribu de Judá se acercaron, entre celosos y admirados.

—¡El carro de nuestro libertador! —exclamó uno de ellos. Era Caleb, hijo de Jefonné y líder entre sus iguales.

Moisés se volvió hacia los jóvenes.

—Nuestro liberador es el Señor Altísimo, que nos ha arrancado de la esclavitud y nos guía. Él es nuestro triunfo y él es nuestra libertad. Lo seguimos a él. Yo sólo soy un sirviente suyo.

La euforia y los cánticos de los fugitivos liberados se prolongaron durante el trayecto del sol en un día. Después, la aspereza del desierto, el calor inclemente y la sed comenzaron a hacer mella en los ánimos. El agua que llevaban escaseaba y en la ruta de Shur, que tomaron al segundo día después de su partida desde el Lago Amargo, no había fuentes ni oasis. Al cuarto día, sin haber encontrado población ni manantial alguno, la marcha se hizo lenta y penosa. Los lamentos y las murmuraciones no cesaban de crecer. Por fin, Moisés detuvo la marcha y las familias se esparcieron por el valle desértico, sin orden ni concierto. Acamparon a su albur olvidando las indicaciones que les había dado Moisés. Y los jefes de tribu acudieron ante su tienda con ánimo beligerante.

—¡Nos has traído a este desierto para matarnos! —lo acusó Salamiel, de la casa de Simeón—. ¿Dónde están las fuentes, dónde están los oasis? ¿Para esto salimos de Kemet?

—Si seguimos así un día más, nuestros hijos morirán de sed. Y el ganado perecerá —añadió Elisur, de Zabulón—. Hay familias que han comenzado a matar animales para beber su sangre. ¿A dónde pretendes llevarnos?

Moisés aguantó la lluvia de improperios. Aarón, a su derecha, callaba. El joven Josué, a su izquierda, no se apartaba de él y lo miró interrogante. En sus ojos no había reproche, sino lealtad indignada.

—¡Volvamos a Kemet! —gritó Coré, y varias voces aprobaron sus palabras—. Allí, al menos, teníamos agua abundante y comida siempre que queríamos. ¡Aquí en el desierto sólo encontraremos la muerte!

—¡Calla, hijo de Isaar! —lo atajó de inmediato Abidán, de la casa de Benjamín—. ¿Crees que el rey de las Dos Tierras nos perdonará la vida? ¡Ve tú a comer de su mano, si quieres!

De nuevo se abrió la grieta y surgieron los dos bandos. Los partidarios de seguir a toda costa y los partidarios de volver.

Cuando los cabezas de tribu se cansaron de discutir y lanzarse mutuas acusaciones Moisés alzó la vara pidiendo la palabra. No esperaba obediencia, pero poco a poco se fue haciendo el silencio.

—Nos desviaremos hacia el sur —dijo—. Tomaremos la ruta de Sin. Allí hay fuentes y zonas de pasto. Será un recorrido más largo, pero menos penoso.

Maquir y los nómadas acudieron junto a Moisés.

—Nosotros estamos contigo. Conocemos bien las rutas que cruzan el desierto de Sin y sus manantiales. Aunque te quedes solo, ¡te seguiremos hasta la muerte!

Josué apretó los puños y se irguió ante el robusto nómada.

—¡Nunca se quedará solo! Al menos, tendrá a un hombre a su lado.

Maquir sonrió con suficiencia.

—Muchacho, aún no te ha crecido la barba y no sabes lo que es empuñar un arma.

—Sí lo sé —replicó Josué—. Pero si quieres adiestrarme, estoy dispuesto a aprender más.

Aquella noche, en la tienda de Moisés, también brotó la discordia. Nahasón y la familia de Elisabet reprochaban la falta de previsión de su guía.

—No es lo mismo hacer esta ruta solo, a caballo o en camello, o con un ejército, que con todo un pueblo detrás, con viejos, con niños y mujeres —gruñía Nahasón—. Y con animales, por ende.

—¡Las mujeres aguantamos tanto o más que los hombres! —replicó Miriam—. ¿Nos habéis oído quejarnos una sola vez? Bebemos menos agua y comemos menos pan, pero caminamos tanto como vosotros. Y los niños también nos siguen.

—Pero mira en qué condiciones —se lamentó Elisabet—. ¿No tienes compasión? Mira a mis hijos, ¡mira al pequeño Gersón!

El hijo de Moisés descansaba en brazos de su madre, dormido. Había crecido, pero también había adelgazado. Nadab y Abiú, los mayores de Aarón, casi adultos, miraban a sus padres y parientes con hosquedad; Eleazar y los pequeños comían un puñado de dátiles con avidez. Estaban flacos y legañosos.

Moisés contempló a su hijo y luego a su esposa. Séfora le devolvió

la mirada, triste.

—Por eso cambiaremos de ruta —dijo—. Será un camino mucho más largo, pues bordearemos el desierto del Sinaí y después la ribera del mar de oriente. Pero desde allí también llegaremos a Cadesh-Barnes y, después, a Canaán.

—¿Cuánto más largo? —preguntó Fares, uno de los hijos de Nahasón. Era el hermano mayor de Elisabet y el futuro cabeza de familia. Igual que su padre, tenía el temperamento vivo y dominante.

—Quizás el doble de largo —dijo Moisés—. Yendo al ritmo que llevamos ahora, unas dos lunas de marcha.

Los varones protestaron. Miriam saltó de nuevo.

—¿Y qué queréis? Moisés ya quiso emprender una ruta más corta, pero todo atajo requiere sacrificio. ¿Dónde está vuestra fe? ¿A dónde fue a parar vuestro entusiasmo? ¿Habéis olvidado ya el Mar de los Juncos? ¡El Altísimo está con nosotros y nos protege!

—Yo no veo que el Altísimo nos dé de comer, ni de beber —repuso Nahasón—. Quizás envió la tormenta para acabar con los soldados y los carros. Pero ahora se ha ausentado. Mujer, echa un vistazo a tu alrededor y dime dónde lo ves.

Aquella noche Moisés se alejó del campamento. Josué lo vio salir de su tienda y lo siguió a distancia, sin osar acercarse.

Caminó hasta llegar a las quebradas del monte y ascendió por la ladera del valle, a buen paso, hasta llegar a la cima. Allí, se arrodilló bajo el cielo tachonado de estrellas.

—El pueblo clama contra mí. Y tienen razón, Señor. ¿Qué hacer? La libertad es hermosa y tu brazo nos ha sacado del país donde éramos esclavos. Nos perseguía un ejército y lo has devorado ante nuestros ojos. Pero ¿de qué sirve ser libres, si hemos de morir en este desierto? ¿Qué hacer, Señor de la vida, qué hacer?

Calló, y dejó que las razones y los reproches salieran de sus labios, vaciándole el corazón.

Y entonces, en el silencio luminoso de la noche, el Altísimo respondió.

Al día siguiente emprendieron la marcha. Al anochecer una nube de pájaros cubrió el firmamento. Eran codornices que migraban hacia el sur. Los hombres sacaron las redes de pesca y aprestaron sus arcos y jabalinas. Todas las familias capturaron un buen puñado de aves y, aquella noche, las cenas alrededor de las fogatas fueron más alegres.

Dos días después alcanzaron la ruta de Sin, que Moisés había recorrido con el ejército. Desde entonces no les faltó el agua, pues el

camino estaba jalonado de manantiales junto a los que se levantaban pequeñas aldeas. Media luna después del jubileo se adentraron en el cauce seco que debía llevarlos a la ribera del otro mar, hacia oriente. Los nómadas de Maquir avanzaban siempre junto al carro de Moisés, guiando la columna. Rebasaron las minas de granate y turquesa sin encontrar rastro de las tropas de Kemet. Tan sólo vieron a algunos mineros, que contemplaron con estupor cómo una riada de hombres, ganado y carretas invadía el valle entre montañas. La columna se alargaba durante un par de millas y la marcha se ralentizó. Aconsejado por los nómadas, Moisés decidió hacer un alto en el oasis del Sinaí, al pie de una sierra montuosa y abrupta.

Una fuente de agua dulce brotaba de una grieta entre las rocas. A sus pies crecía la vegetación. La llanura frente a los montes estaba salpicada de matorrales, algunas palmeras y sotos dispersos de acacias. Era un buen lugar para que el ganado se recuperase y las familias pudieran descansar. Esta vez siguieron las instrucciones de Moisés y acamparon en doce áreas, cuatro filas de tres, dejando calles entre los grupos de tiendas, como en una ciudad. En el centro se situaron las tiendas de la casa de Leví y el carro de Moisés.

El verdor de los juncos y el agua fresca devolvieron la esperanza a muchos. Los rumores y las quejas se acallaron. A los dos días, los mozos se ocupaban en llevar a pastorear los rebaños, las mujeres fabricaban queso, los hombres curtían pieles, recogían leña y se entretenían en los quehaceres habituales de un pueblo nómada en su campamento. Los niños volvieron a reír y a jugar. Moisés contempló de nuevo la sonrisa de su esposa. Y la escuchó cantar mientras llenaba un cántaro de agua en la fuente y Gersón jugaba en una charca, asustando a las ranas.

La esperanza volvía, pero Moisés sabía que era efímera como la lluvia en el desierto. Algún día tendrían que abandonar el oasis. Y el camino bordeando el otro mar, hasta Cadesh-Barnes, era largo y duro. Había hablado con los nómadas y sabía qué podían esperar.

Con su hermano Aarón, cada día visitaba un sector del campamento y hablaba con los cabezas de familia. Se sentaba con los ancianos y los escuchaba. En varias ocasiones le expusieron algunos dilemas entre parientes y le pidieron que actuara como juez. Moisés intentó ser ecuánime. Conocía las leyes de Kemet y conocía las de las tribus nómadas. También sabía que, entre los hijos de Israel, no había nobles ni esclavos. Por tanto, la ley tenía que ser única, justa y rigurosa para todos. Tampoco olvidaba sus conversaciones con Jetró, en Madián. Habló con serenidad, sopesó los argumentos de los litigantes y arbitró en los conflictos. Entre las familias comenzó a

correr la voz y poco a poco acudieron hombres y mujeres a la tienda de Moisés, suplicando que dirimiera sus disputas. Robos de animales, altercados por el agua y el pasto, pérdidas y desperfectos, heridas por peleas o viejas rencillas de familia. Las querellas de los hijos de Israel pronto ocuparon su tiempo.

Josué nunca se alejaba de él y lo seguía a todas partes. El muchacho escuchaba con atención y aprendía. Cuando se quedaban solos, preguntaba. Únicamente dejaba a Moisés cuando Maquir lo llamaba para entrenar con él. O cuando Jokéved le sugería, con dulzura, que era la hora de ir a cenar con los suyos.

—Parece tu hijo —dijo una noche, sonriendo, mientras el joven se alejaba.

—Casi podría ser mi hijo —respondió Moisés, pensando sin querer en Jaemuaset—. Lo quiero igual que si lo fuera.

Séfora se acercó. También sonreía, seductora, con sus cabellos como zarzamora sueltos sobre los hombros.

—Pues tendrás que reservar un poco de tu amor para otro más.

Moisés enarcó las cejas; Jokéved y Elisabet se echaron a reír.

—Siempre eres el último en enterarte de que tu esposa está embarazada —dijo Séfora, alargando una mano hacia él. Pero Moisés no le tomó la mano, sino que la abrazó.

—Será un hijo del desierto —susurró ella.

—Será un hijo nacido en la libertad —respondió él.

Al día siguiente, de madrugada, decidió subir al monte. Josué quiso acompañarlo. Tomó consigo un odre de agua y dos panes y, armándose con una jabalina, lo siguió. El sol aún no había salido y el valle estaba a oscuras, pero el cielo clareaba sobre las cumbres.

Moisés caminaba a buen paso, ayudándose con la vara. Josué aún hubiera ido más aprisa, pero lo seguía atrás. Las moles rocosas se cernían sobre ellos como los pilonos de un gigantesco templo de piedra.

—¿Qué vamos a hacer allá arriba? —preguntó Josué, cuando se detuvieron unos instantes a tomar aliento.

Moisés contempló el valle a sus pies, las tiendas del campamento junto al oasis, los rebaños hormigueando, la mancha verde de los juncos esparciéndose desde la roca del manantial.

—Vamos a adorar al Señor de las montañas.

—¿El Altísimo?

—Sí. El que nos ha sacado de Kemet. El que nos guía.

Calló y no dijo más. Tampoco Josué hizo más preguntas. Bebieron un sorbo de agua y continuaron el ascenso.

Llegaron a una meseta rocosa cerca de la cumbre. A partir de allí el terreno se hacía cada vez más abrupto e impracticable.

—Quédate aquí —dijo Moisés—. Espera hasta que regrese.

—¿Por qué no puedo acompañarte?

—He de subir solo.

Miró a los ojos bellos del muchacho, llenos de interrogantes, y posó una mano en su hombro.

—Déjame ir.

Josué asintió de mala gana. Escondió el odre y los panes en una hendidura de la roca y se sentó en una piedra al borde de la meseta, sosteniendo su lanza. Moisés empuñó el cayado y comenzó a trepar entre las peñas. Josué lo siguió con la mirada hasta que lo vio desaparecer tras una cresta rocosa.

Cuando Moisés alcanzó la cumbre, el sol emergió sobre los montes. Su luz bañó las cimas y sembró de oro los repliegues de los valles. Tras aquel monte, muchos otros se encrespaban, rojos como las entrañas desnudas del mundo bajo el firmamento limpio, de un ardiente azul. El sol resplandecía en su seno, prendido como un diamante que hería la vista al mirar.

Moisés cerró los ojos. Respiró el aire calmo y transparente de la cima y escuchó el silencio. Un silencio profundo y pétreo, silencio de santuario sacratísimo y vedado.

Aquel era el santuario del Altísimo. No construido por mano humana, no aprisionado entre paredes ni techos; no decorado con hábiles cálamos ni esculpido por el cincel, sino por el esplendor de la naturaleza indomable. Y aquel silencio que lo envolvía no era el de la gruta y la piedra, sino el peso densísimo y palpitante de una presencia que todo lo llenaba.

Se descalzó. Se postró y besó la tierra. Después alzó el rostro al cielo y escuchó.

Veo que este es un pueblo es rebelde. Deja que mi indignación se encienda contra ellos.

Éxodo 32, 10.

La rebeldía

Transcurrieron tres días. El pueblo acampado avizoraba el monte esperando el regreso de Moisés. Pero sólo veían enormes nubes blancas agolpándose sobre la cima. De noche estalló una tormenta seca y los relámpagos iluminaron el firmamento. Parecían brotar de la montaña, como rayos fulgurantes de su corona.

Al cuarto día, los cabezas de familia acudieron a la tienda de Aarón y, sentados, hablaron largamente con él. Jokéved y Elisabet los escucharon, retiradas tras una cortina. Séfora estaba con ellas y lloró en silencio.

Al día siguiente, Aarón hizo tocar los cuernos a sus hijos mayores, Nadab y Abiú, y convocó asamblea del pueblo. Todos los varones acudieron y ocuparon la explanada a las afueras del campamento, junto al manantial. Aquella mañana el sol se ocultaba bajo espesas nubes grises.

—Hijos de Israel —dijo Aarón—. Me habéis expuesto vuestros temores y vuestras dudas. Moisés, mi hermano, que nos sacó de Kemet inspirado por el Altísimo, lleva cinco días retirado en el monte. Pero el resto de nosotros también ha de cumplir el voto prometido al Señor de las montañas. Hemos de ofrecerle un sacrificio y rendirle culto para asegurar que nuestro viaje llegará a buen fin. Y habéis confiado en mí para ello. Pues bien, ¡esto es lo que vamos a hacer!

Miriam escuchaba con ira creciente. Jokéved la sujetó por un brazo.

—No, hija, no.

—¡Madre! No puedo callar. ¡No puedo!

—Lo harás. ¿Quieres que todos se nos echen encima? Tú sabes cuán difícil es contener el descontento de la multitud. Tu hermano sabe apaciguar los ánimos y los guiará.

Aarón terminó su discurso y dio instrucciones a varios hombres. Enseguida se inició la colecta de objetos de bronce y oro, que fue insólitamente generosa. Los mozos recogieron leña y la apilaron. Urí y su hijo Beseleel montaron la fragua. Oholiab, el artesano, salió a cortar un tronco de acacia con sus parientes y comenzó a esculpir una imagen.

Al anochecer, la hoguera de la fragua crepitaba y desprendía grandes llamaradas. Nadab y Abiú se turnaban pisando un fuelle. En una cazuela de barro borboteaba el metal, ya fundido. La escultura de

madera, un becerro tallado con destreza y con dos afilados cuernos, reposaba sobre un montón de piedras. Una cincuentena de hombres y muchachos, también algunos niños, se habían reunido alrededor del fuego y observaban con curiosidad.

Miriam se acercó a Aarón, que conversaba con Oholiab.

—¡Hermano!

—¿Qué quieres?

—¿Qué estás haciendo? Por el Dios Altísimo, ¿qué estás haciendo?

—Estamos preparando el culto a nuestro Dios. ¿No vinimos para esto al desierto?

Miriam lanzó un grito.

—¡No! ¿Qué significa esa imagen? ¿Qué es todo ese metal fundido?

—Esa imagen, cubierta con el oro que entre todos hemos reunido, representará a nuestro Dios y será la que nos una y nos recuerde su presencia. Lo adoraremos ante ella y recibiremos su bendición. Como cualquier otro pueblo de la tierra.

—Un toro… Toro potente. ¿No es así como llaman al rey de las Dos Tierras?

—Es un animal que encarna la fuerza celeste, y basta —dijo Aarón, molesto.

Miriam se revolvió.

—Es una bestia. No, aún menos, ¡es un fantoche fabricado por mano humana! ¿Ese es el dios al que pretendes adorar?

—Calla, mujer. Esa estatua será nuestro emblema. Nos acompañará y nos protegerá. ¿No te das cuenta de que necesitamos una imagen, un ritual, una fiesta?

Ella miró a su hermano con ojos llameantes y alzó los puños.

—¡Traidor! ¿Tan pronto has podido dar la espalda a tu propio hermano?

—No le doy la espalda. ¡Se la estoy cubriendo! ¿No has escuchado los murmullos que han corrido contra él, los últimos días? Las familias se sienten desamparadas. Necesitan un líder cercano, y necesitan ver para creer. Moisés olvida que a un pueblo hay que gobernarlo cada día. Estaba a punto de estallar una rebelión y, con esta imagen, y con la fiesta que vamos a celebrar, habremos tomado las riendas. El ritual nos unirá como a un solo hombre.

—¡Maldito seas, Aarón, hijo de Leví! ¡Maldita sea esa imagen! ¡Maldito…!

Aarón la agarró de un brazo y la zarandeó.

—¡Basta, mujer loca! ¿Estás maldiciendo a tu propia sangre?

—¡Te estoy maldiciendo a ti! Dices que has tomado las riendas…

¡Que caiga sobre ti el castigo del Altísimo!

Se alejó corriendo y nadie se molestó en detenerla. Aarón se enfrentó a los varones que lo rodeaban y que habían presenciado la disputa.

—No la escuchéis —dijo—. No es dueña de sus palabras.

En lo alto del monte, Josué vio amanecer un día más. Había casi terminado el agua del odre y también el pan. El hambre y la sed lo habían vencido y apenas guardó un mendrugo para Moisés, muy a su pesar. También había explorado los alrededores, por si podía cazar alguna presa, pero no se alejaba de allí, esperando ver descender a Moisés de un momento a otro. En la tarde del segundo día había querido llegar a la cumbre cuando un trueno ensordecedor y un rodar de piedras lo detuvieron a medio camino. Sintió de pronto que una presencia poderosa alzaba su mano invisible ante él y dio media vuelta, con el corazón desbocado. No se atrevió a intentarlo otra vez.

Pasó largas horas contemplando el campamento, diminuto en la distancia, las quebradas que se alzaban a su alrededor, las peñas y el azul inmaculado del cielo. Veía el Sol recorrer su curso, vio crecer las nubes sobre su cabeza y, por la noche, escuchó los truenos y parpadeó bajo el fulgor de los relámpagos. Fue entonces cuando sintió de nuevo que el monte entero estaba transido de una presencia, inmensa y sobrecogedora, que hacía palpitar las mismas piedras. Al amanecer del sexto día, Josué se arrodilló ante una roca, abrió las manos y bajó el rostro, mientras el Sol escalaba las cimas y su luz se derramaba sobre la ladera.

Al séptimo día escuchó pasos y el crujir de piedras. Salió de su refugio bajo la roca, donde dormía, y vio llegar a Moisés.

Corrió a su encuentro y se detuvo sin osar pronunciar palabra. Moisés lo miró. En su rostro sereno no había huellas de polvo, hambre o sueño. Su piel era lozana y sus ojos reverberaban de luz.

Josué se inclinó ante él.

—Te he esperado mucho tiempo —murmuró, con voz quebrada. Tenía la garganta seca y la lengua terrosa.

Moisés posó una mano en su hombro.

—Bajemos.

Descendieron en silencio. A medida que avanzaban, aquella vivacidad que animaba a Moisés se fue apoderando de Josué. Su boca dejó de estar seca, pese a no haber catado un sorbo de agua, y recuperó la agilidad. En la planicie donde se habían detenido al subir descansaron un rato. Fue entonces cuando llegó hasta ellos el rumor.

—Hay ruido en el campamento. Y gritos, y tambores —dijo

Josué—. ¿Será una batalla?

Moisés aguzó la vista, pero nada dijo.

Llegaron al manantial. Desde hacía un buen trecho ya podían escuchar la música, los cánticos y el jolgorio.

—No es una batalla, sino una fiesta. ¿Qué están celebrando? —preguntó Josué.

—Pronto lo veremos.

El campamento hervía y en la explanada se celebraba un gran banquete. Olía a carne asada, a incienso y a bebida fermentada. La fiesta se hallaba en su apogeo, como una boda donde todos los comensales dan rienda suelta a sus apetitos y a su alborozo. Las mesas rebosaban de viandas y jarras de cerveza que corrían de mano en mano. Las mujeres lucían sus joyas y sus mejores túnicas. Las jóvenes danzaban sin velo y reían ante los voraces muchachos que las perseguían. Los viejos comían con glotonería y los niños, exaltados, correteaban y se arrojaban huesos y restos de comida. En medio del desenfreno, reluciente sobre un altar de piedras, se erigía la estatua del dios ternero, con sus astas apuntando al cielo adornadas con collares y cintas.

Moisés empuñó la vara con fuerza y caminó resueltamente hasta la imagen. Josué lo siguió, pisándole los talones.

Alguien hizo correr el aviso y, poco a poco, el vocerío comenzó a apagarse. Un corro se abrió para dejar paso al recién llegado y la danza se deshizo. Los músicos soltaron sus instrumentos, los tambores dejaron de tocar. Los últimos en callar fueron los beodos, y había muchos, hombres y mujeres. Pero, poco a poco, el silencio cundió en la llanura hasta que sólo se oyó el silbar del viento y el crepitar de las brasas que aún ardían ante el becerro, con restos de huesos y ofrendas quemadas.

Moisés se detuvo ante el ídolo dorado. Aarón se levantó de uno de los círculos que banqueteaban. Lucía una hermosa túnica de lino, con cenefas bordadas, y una cinta de púrpura ceñía su frente, tal como la llevaban algunos sacerdotes de Kemet. Varios cabezas de familia lo secundaron, un tanto vacilantes por la bebida. Los dos hermanos avanzaron y quedaron frente a frente.

—Bienvenido, hermano —saludó Aarón—. Sufríamos por tu ausencia. Hemos temido por tu vida, pero ya veo que el Altísimo te ha devuelto sano y salvo.

—El Altísimo… —murmuró Moisés, y su voz tembló de ira—. ¡No menciones su nombre con labios vanos! El Altísimo… ¿Qué es esto?

Señaló con la vara la estatua. Aarón se volvió y sonrió.

—Hermano, era necesario. El pueblo desbocado necesita bridas.

—Bridas… Mira a tu alrededor. ¡Eres tú quien ha desbocado al pueblo!

Aarón y los varones se apartaron. En el rostro de Moisés, en sus ojos claros y relampagueantes, ardía la cólera.

—¡El Altísimo nos sacó de la esclavitud! ¡El Altísimo nos ha protegido, día y noche! ¡Él derrotó al ejército y los carros de Kemet! ¡Ha amado a un pueblo sin tierra, sin nombre, sin templos…! ¡Un pueblo que, ahora, rechaza a su Dios!

Golpeó el becerro con la vara y un clamor de espanto se elevó en la multitud.

—¡Rechazáis a vuestro Dios por un ídolo vacuo! —continuó Moisés, golpeando la estatua sin piedad—. ¡Por una figura hecha por manos humanas! ¿Es este el dios en quien queréis creer? ¿Es este?

Trepó al altar de piedras y empujó la imagen con furia. El becerro se inclinó y cayó con estrépito sobre las brasas.

—¿Quién está con el Señor Altísimo? —gritó Moisés—. ¿Quién está conmigo?

Al punto se oyeron unas voces recias. Las mujeres chillaron. De un extremo de la explanada salieron, corriendo y armas en mano, los nómadas del desierto, encabezados por Maquir.

—¡Nosotros estamos contigo!

Rodearon a Moisés. Josué se plantó junto a ellos.

—¡Yo estoy contigo! —gritó el joven, y alzó su jabalina.

Una mujer silenciosa se acercó a Moisés; era Miriam. Y entonces los hijos de Aarón, los varones de Benjamín y buena parte de la casa de Judá acudieron junto a Moisés y a su hermano.

—¡Destruid ese becerro! —ordenó Moisés—. Fundidlo y verted el metal en la fuente. ¿No os habéis postrado ante él? ¡Bebed ahora su oro! ¡Alimentaos de sus cenizas!

Por la noche, en la tienda, Séfora no cesaba de llorar. Meció a Gersón hasta que se quedó dormido y se arrebujó en un rincón. Moisés se tendió a su lado.

—No llores más.

Ella contuvo sus sollozos.

—Te dimos por muerto… Aarón ordenó fundir la estatua sagrada y celebramos la fiesta… Ahora apareces, ¡de esta manera! El campamento está en duelo y han muerto varios hombres en las reyertas. Has vuelto y bebemos las cenizas del toro… Has vuelto, ¡y las viudas maldicen a tu Dios!

Moisés la abrazó.

—No es Dios quien trae la muerte, sino el desvarío de los hombres —murmuró—. Él siempre es leal.

—Te temen —musitó Séfora—. Y a veces yo también te temo… ¿Cómo has podido sobrevivir, sin agua y sin víveres, tantos días en el monte? Hay quien dice que has regresado de la muerte.

Se apartó de él y lo miró a los ojos, en la penumbra rasgada por un rayo de luna que se deslizaba entre las lonas. Moisés le tomó una mano y la apoyó sobre su rostro.

—Estoy vivo. Más que nunca. Ante la presencia del Señor no transcurre el tiempo.

Séfora tembló.

—Su voz es mi comida, y su aliento calma mi sed —dijo Moisés—. Pero hay algo que sólo tú puedes darme.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Séfora. Moisés acarició su vientre, donde crecía el hijo de la libertad.

—Dios derramó la dulzura en tu cuerpo. Y sólo en tu cáliz puedo beberla. Ven.

Tras los días de duelo en el campamento, Moisés volvió a subir al monte. Pero, esta vez, su hermano Aarón y los cabezas de tribu lo acompañaron. Nadab y Abiú, los hijos mayores de Aarón, y Josué, el hijo de Nun, iban también con ellos.

Entonces una nube cubrió la montaña y la gloria del Señor se posó sobre el monte… La gloria del Señor parecía a los hijos de Israel como un fuego devorador sobre la cumbre de la montaña.

Éxodo 24, 15-18.

La tienda sagrada

Moisés condujo a los jefes de familia y a los muchachos hasta la meseta bajo las cumbres, donde Josué lo había esperado durante seis días. Llevaban agua y provisiones, lonas y mantas para cubrirse y pasar allí la noche. A mediodía hicieron fuego, se sentaron en círculo y comieron. Entonces Moisés tomó la palabra.

—El Señor Altísimo nos ha liberado. Bajo el yugo de Kemet obedecíamos a su rey, recibíamos el alimento de sus manos y no teníamos otra misión que cumplir con nuestro trabajo y velar por nuestras familias. Ahora somos libres. Nos enfrentamos al desierto, y quizás a la hostilidad de otros pueblos. Para ellos hemos sido la gente sin tierra, sin nombre y sin ley, siempre a merced de poderes ajenos. Si queremos sobrevivir hemos de ser un pueblo unido, adoptar un nombre y escribir nuestra propia ley.

—Ya tenemos un nombre —dijo Elisur—. Nos llaman de mil maneras. Pero nuestros padres recuerdan bien su ascendencia. Somos los hijos de Israel.

—Los fuertes de Dios —corroboró Abidán.

—Y nos une la adversidad —terció Nahasón—. Aunque la misma adversidad es también la que nos divide y nos enfrenta.

—En cuanto a la ley —intervino Eliab—, ¿qué ley adoptaremos? ¿Seguiremos las leyes de Kemet? ¿Las de los pueblos nómadas? ¿Las de Canaán, cuando lleguemos allí?

Intervino Elisamá, de la tribu de Efraín:

—Hasta ahora nos ha bastado el sentido común y la intervención de un hombre imparcial y justo para resolver nuestros litigios. La costumbre y la razón nos bastan. ¿Por qué adoptar la ley de otros pueblos extraños?

Se produjo un silencio y los hombres se volvieron hacia Moisés y Aarón. Este iba a responder, pero Moisés alzó la mano y habló primero.

—No adoptaremos las leyes de otros pueblos, ni imitaremos la justicia de los reyes que nos han esclavizado. Seguiremos la justicia del Dios Altísimo, que nos liberó.

—Y, ¿cuál es esa justicia? —preguntó Nahasón.

Moisés se puso en pie, sosteniendo su vara.

—El Señor Altísimo nos la revelará si nuestro espíritu es humilde y sabemos escuchar su voz.

Los varones se miraron y murmuraron entre sí.

—Somos el pueblo más insignificante de la tierra —dijo Moisés—. ¡Mirad abajo! ¿Qué veis? Un campamento de fugitivos, pobres, sin tierra y sin riquezas. ¡Pero nos hemos sacudido el yugo del rey más poderoso! Hemos escapado a su ejército y ahora caminamos en libertad. Somos pequeños, sí, pero el Señor que nos sostiene y nos protege es el más grande. ¡Con él somos fuertes! Con él podemos vencerlo todo. Somos polvo, pero en sus manos somos tormenta. Somos juncos frágiles, pero en sus manos seremos bastón poderoso. Nos corroen la mezquindad y las disputas, pero su fuego templa nuestro corazón y lo hará fuerte. En Kemet éramos esclavos, para él somos libres como príncipes. Aguardad en su santuario, en su monte. Esperadme aquí.

No dijo más y emprendió el ascenso hacia la cumbre. Los varones se agruparon alrededor de Aarón y él los instó a guardar silencio y a orar.

Una nube inmensa, de seno blanco y crestas plateadas, cubrió la cima del monte. El trueno retumbó y abajo, en el campamento, los hijos de Israel temblaron sobrecogidos. Los hombres reunidos en la montaña se postraron en tierra. De pronto, Josué elevó la mirada y lanzó un grito. De la cumbre del monte salía una claridad intensa. Aarón y los cabezas de tribu miraron y se cubrieron los rostros con espanto. La luz se elevaba hacia la nube como llama de un fuego devorador. El monte entero crepitaba, estremecido por una presencia que penetraba y sacudía el mundo.

Al atardecer, el sol bañó de oro la tez purpúrea del monte. Las sombras ya se adueñaban de los valles y cubrían el campamento. Aarón y sus compañeros vieron descender a Moisés, a cabeza descubierta y el manto ondeando a su espalda. Lo miraron y quedaron paralizados. Nadie pudo sostenerle la mirada. Su rostro resplandecía.

—Cúbrete el rostro, hermano —le dijo Aarón—. Porque no podemos soportar tu mirada.

Moisés inclinó la cabeza y, tomando el manto, se cubrió y se sentó entre ellos.

—Cenemos juntos —dijo— y no temáis nada. Celebremos que el Señor Altísimo nos ama como leona que protege a sus cachorros y quiere sellar un pacto con nosotros.

Pasaron la noche en el monte y descendieron al día siguiente. Desde el campamento los vieron regresar, caminando con firmeza y brío. Moisés iba tapado con su manto y nadie le vio el rostro hasta que llegó a su tienda y, ante su madre y su hermana, se descubrió.

Jokéved lo abrazó y lo miró con miedo y alegría a la vez.

—Hijo, has contemplado la gloria del Altísimo.

—Madre, nadie puede contemplar al Altísimo cara a cara sin morir.

—Pero tú has visto su rostro —dijo Miriam— y su luz ha quedado impresa en ti.

Se alzó el toldo de la tienda y entró Gersón, corriendo y llamando a su padre. Detrás venía Séfora.

—¡Papá!

Él lo tomó en brazos. El niño reía y puso sus manos en la mejilla del padre, sin rastro de temor. Séfora se acercó a él y, sin decir palabra, lo besó.

Al día siguiente, Aarón llamó a los artesanos, Beseleel y Oholiab, y a los mozos que los ayudaban. También acudieron a él los jefes de tribu con sus hijos mayores. Moisés salió de la tienda con la cabeza cubierta y acompañado de Josué. Aarón tomó la palabra.

—Aunque nuestro Dios es el Señor de la tierra y del cielo y no necesita morada construida con manos humanas, vamos a levantar para él un pabellón, un lugar entre nosotros donde pueda habitar su presencia.

—Nos parece oportuno —dijo Nahasón—. Todo pueblo sobre la tierra posee templos e imágenes visibles de sus dioses.

—Pero nuestro Dios no puede ser representado en imagen alguna —repuso Aarón lanzando una mirada rápida a Moisés, que permanecía callado—. Por tanto, le construiremos un trono. Será su sede, porque él y no otro será nuestro rey, desde ahora y por siempre. No doblaremos la rodilla ante ningún otro señor.

—¿Y qué hay del pacto que quiere sellar con nosotros? —preguntó Eliab—. ¿Dónde quedará plasmado? ¿Alzaremos una estela?

—Mientras seamos errantes no podemos erigir monumento alguno —dijo Aarón—. Pero su palabra quedará grabada en piedra.

Entonces intervino Moisés.

—Su alianza será escrita. Pero antes quedará grabada en nuestra memoria y en nuestro corazón. Sus palabras son pocas, pero irrevocables. Y cada hombre, cada anciano y cada niño las aprenderá y las guardará como un tesoro. Pues no es una ley humana, inventada por hombres, que pueda cambiarse al albur de reyes y señores. Es una alianza que viene del Altísimo y su justicia es verdad para todos, y no para unos pocos.

El carpintero y el orfebre se pusieron manos a la obra con sus ayudantes. Cortaron y pulieron tablones de madera de acacia y

Oholiab construyó un arca en forma de trono. Beseleel fundió el oro que había cubierto la efigie del becerro y más metal que aportaron las familias. Las joyas de la reina Bint-Anat fueron fundidas con los collares que un día Moisés regalara a su esposa, a su madre y a su hermana. Las filigranas, los lotos entrelazados y las efigies de los dioses perecieron bajo el fuego. Con el oro, Beseleel trabajó finas láminas y recubrió el arca. Además, esculpió soportes y dos imágenes de querubines alados que colocó a ambos lados, como defensores del trono.

Oholiab tomó mazo y cincel y buscó dos lajas grandes de piedra. Las pulió y, siguiendo las instrucciones de Moisés, grabó en ellas las palabras del Altísimo. No lo hizo en la escritura de Kemet, sino utilizando los caracteres que los nómadas y los obreros del Sinaí empleaban en las minas.

Josué las recitaba en voz baja, memorizándolas, mientras observaba al artesano golpear la piedra y rasparla con un manojo de estopa.

—Antes era una roca muerta —le dijo Moisés—. Ahora esta piedra tiene alma, porque encierra una sabiduría. Ha cobrado vida y hablará a todo hombre que la contemple, mucho después que nosotros hayamos muerto.

—¿Son las palabras las que dan el alma a la piedra? —preguntó Josué.

—Así es. Pero recuerda que, antes, alguien dio alma a las palabras. Y estas proceden de nuestro Dios.

Mientras se fabricaban el arca y las tablas otros hombres hábiles y un grupo de mujeres tejieron paños de lino y los tiñeron con la púrpura que había donado Elifelet. Los mozos cortaron ramas de acacia y pulieron largos postes para montar el armazón de la tienda sagrada. Un grupo se dedicó a coser lienzos de pelo de cabra y a curtir tapices de cuero para recubrir el pabellón. La noche que se terminó de levantar la tienda hombres y mujeres acudieron cantando y bailando. Miriam tocó el tamboril y elevó un himno al Señor de las montañas.

Cuando el trono de oro y las tablas inscritas estuvieron terminados, Aarón y sus hijos los colocaron en la tienda sagrada. Entonces amontonaron leña y prepararon una pira y doce corderos para los sacrificios rituales, como hicieran al partir de Kemet. Aarón ordenó a sus hijos mayores tocar las trompetas y todo el pueblo se congregó ante el pabellón. Allí Aarón les dirigió la palabra, ataviado con su vestido de lino bordado y con la frente ceñida en cinta púrpura. A su lado, Moisés vestía una modesta túnica de hilo y se cubría con su manto de lana parda. Desde que había descendido del monte las

gentes temían su mirada y muchos aseguraban que su rostro desprendía una sobrecogedora luz.

—¡El Señor Altísimo está con nosotros! —exclamó Aarón—. Esta es su tienda sagrada, el lugar donde habitará, en su gloria. Y dentro de ella se encuentra su sede de oro, el trono donde reposará su presencia. A partir de ahora marchará ante nosotros, como el rey que marcha con su ejército. Él nos quiso libres y nos condujo lejos de la esclavitud, protegiéndonos con su poder. ¡Él ha sido leal! Y nosotros, ahora, seremos fieles a su pacto y guardaremos su ley, amándola como el don más precioso y grabándola en el corazón.

Nadab y Abiú tomaron las dos lajas de piedra grabada y las alzaron, mostrándolas al pueblo. Entonces fue Moisés quien habló.

—Estas son las palabras del Señor Altísimo, el Dios todopoderoso, el Señor de las montañas que nos sacó de la tierra de la esclavitud y ha velado por nosotros como águila que protege a sus polluelos. Escuchad, hijos de Israel, pues habla el que os ama, no como a esclavos, sino como a hijos.

> Yo soy vuestro Dios, el único, el que os sacó de la esclavitud, y no tendréis otro Dios fuera de mí.
>
> Me amaréis por encima de todo, con todas vuestras fuerzas, con toda vuestra mente y con todo vuestro corazón. Pues así os amo yo, y soy celoso de vuestro amor.
>
> Yo soy el Señor de la tierra y del tiempo, el que está por encima y por debajo del mundo y de las criaturas. Por eso, no haréis imágenes de hombre, animal o forma alguna que me representen.
>
> No invocaréis mi nombre con labios falsos y vacíos.
>
> Cada séptimo día me daréis culto, celebrando el día que os liberé.
>
> Honraréis a vuestro padre y a vuestra madre.
>
> No cometeréis homicidio. Pues la vida de todo hombre es sagrada y sólo pertenece al Señor de la vida.
>
> No cometeréis adulterio.
>
> No robaréis.
>
> No testificaréis en falso contra el otro.
>
> No codiciaréis los bienes de vuestro vecino, ni su casa, ni su mujer, ni sus animales ni sus riquezas.

Escuchad y grabad estas palabras en vuestro corazón. Así gozaréis de paz y cumpliréis vuestra parte en la alianza que el Señor sella con vosotros. Desde ahora y para siempre.

El pueblo clamó a una voz:

—¡Desde ahora y para siempre! ¡Cumpliremos la alianza!

Aarón y sus hijos sacrificaron los corderos, uno por cada tribu, y quemaron sus entrañas sobre la pira. Después todas las familias se repartieron la carne y celebraron banquetes y cantaron hasta el atardecer. Un gozo exultante recorría el campamento tras los días de temor y duelo, como el fuego que se reaviva sobre las cenizas de una hoguera. Cuando el sol se ocultó, las nubes cubrieron de nuevo la montaña y el cielo retumbó con los truenos. Temiendo la tormenta, muchos corrieron a guarecerse en las tiendas. Miriam tomó en brazos a su sobrino Gersón y le mostró la cumbre iluminada por los relámpagos. Eleazar y sus primos acudieron a su lado.

—No tengas miedo. Es el Señor Altísimo.

—¿Nos hará daño?

—No. Está con nosotros y nos protege.

—El trueno es su tambor —dijo Eleazar—. Y los rayos, sus espadas.

—¿Pero Dios no está en la tienda? —preguntó Aser.

Miriam asintió.

—También estará allí, siempre que nosotros seamos fieles al pacto.

Moisés se acercó a ellos y se descubrió el rostro.

—Hermano, los niños temen a nuestro Dios, igual que los hombres temen mirarte a ti.

Él sonrió.

—Tú no tienes miedo.

—Madre tampoco te teme, ni tu esposa.

—¿Cómo vais a temerme las mujeres que me habéis mecido en vuestros brazos?

Miriam depositó a Gersón en el suelo y se irguió.

—Alguna vez yo también tengo miedo. Porque veo que el espíritu que te posee no conoce límites. Pero los planes del Altísimo son inescrutables. Lo que para los hombres es locura puede ser sabiduría a sus ojos.

—Miriam, ¿fue sabio el Señor cuando nos modeló a los hombres, hechos de barro y pasiones, libres para alzar la mano y la voz contra él? ¿Fue sabio o cometió una locura? Si nos hizo capaces de pelear con él, también nos ha hecho capaces de amarle. Contra él siempre seremos frágiles; con él somos invencibles. Pero nos ha otorgado la libertad para que elijamos. Vida o muerte. Libertad o esclavitud.

Cuando el arca partía, Moisés decía: Álzate, Yahvé, y que tus enemigos se dispersen.
Que huyan los que te aborrecen, ante nosotros.
Números 10, 35

El oasis

Tras los banquetes de la alianza con el Señor Altísimo, Moisés y Aarón discutieron con los cabezas de familia la ruta a seguir. A los pocos días todos emprendieron la ruta por la costa del otro mar, a oriente del Sinaí. Iban bordeando la ribera y buscando las fuentes de agua dulce.

El camino por el desierto fue largo y sazonado de amargura. Más de una luna tardaron en llegar al oasis de Cadesh-Barnes, donde Moisés esperaba dar un respiro a las tribus antes de continuar el camino hacia Canaán. La sed y el sol ardiente se cobraron sus víctimas. Algunos niños y ancianos murieron deshidratados. Las mujeres lloraban en silencio y los varones comenzaron a protestar. Sólo los nómadas parecían inmunes a las inclemencias del desierto y se mantenían fieles a Moisés, cerrando filas a su alrededor cuando los descontentos acudían a protestar. Ante la escasez de alimento y la necesidad de preservar el ganado, los muchachos cazaban saltamontes y serpientes, que despellejaban y asaban al fuego. Las mujeres y los niños terminaron recogiendo semillas algodonosas llevadas por el viento y copos de resina de tamarisco que, con su sabor dulce, mitigaban el hambre durante algún tiempo.

Cuando por fin avistaron el oasis en el valle de Cadesh-Barnes, la mancha verde del palmeral y las acacias moteando las laderas, un grito jubiloso escapó de muchas gargantas. Miriam entonó un cántico. No esperaba que nadie lo corease, pero los niños y las mozas cantaron con ella. Josué detuvo el carro que conducía, donde ya no iba montado Moisés. Desde que abandonaran el Sinaí el carro fue destinado a transportar el arca con las tablas de la ley. «Es el Señor, en su trono, quien nos dirige y nos guía», había dicho Moisés. Él se reunió con los hombres de su tribu y marchaba a pie, como uno más.

—El Señor es mi escudo y mi guía —cantaba Miriam—. Su amor llena mi corazón, hasta rebosar, ¡y dura por siempre!

Junto al oasis había una docena de tiendas. Los habitantes del lugar contemplaron, atónitos y alarmados, cómo una avalancha de nómadas errantes, cubiertos de polvo y con aspecto depauperado, tomaba la llanura y plantaba allí sus tiendas mientras su famélico ganado se esparcía pastando por los alrededores.

Moisés habló con los hombres de Cadesh-Barnes. Su jefe lo recibió a él y a los cabezas de tribu con semblante hostil, rodeado de

muchachos armados con palos y espadas. Pero detrás de Moisés y los varones avanzaban Maquir y sus cincuenta secuaces, con sus lanzas y algunos arcos, y nadie osó alzar la voz.

—Somos nómadas, como vosotros —dijo Moisés—. Venimos en son de paz. El oasis es lo bastante grande para todos.

Su interlocutor movió la cabeza.

—Esperamos a más familias de nuestro pueblo. Este oasis fue un lugar de paso, pero ahora pertenece a los hijos de Amalec. Lo mejor para todos es que no os demoréis y marchéis enseguida.

—No pretendemos establecernos aquí —respondió Moisés—. Venimos tras una larga marcha por el desierto. Tan sólo nos quedaremos unos días para recuperarnos y abrevar nuestro ganado, luego partiremos.

Tal era la intención de Moisés. Pero, en cuanto se despidieron de los hombres de Cadesh y regresaron al campamento, a orillas de la laguna, todos comenzaron a discutir. Moisés comprendió que su gente no sólo tenía sed de agua. Acostumbrados a la ribera fértil del Nilo, los hijos de Israel ansiaban oler la tierra húmeda y descansar bajo el verde de las hojas. Tenían sed de agua y sed de un lugar donde arraigar. Cadesh-Barnes no era su destino, pero las familias acamparon allí y su estancia se prolongó. Los mozos levantaron el pabellón del Señor Altísimo y Aarón ofició una ceremonia de gratitud y sacrificó animales sobre un altar de piedras, ante el trono dorado que custodiaba la ley.

Cuando terminó el ritual y las familias se reunieron para comer Moisés permaneció en la tienda sagrada. Se descubrió la cabeza y, descalzándose, se arrodilló. Allí, envuelto en el murmullo del viento que silbaba entre los toldos púrpura, elevó una plegaria. Esperaba respuestas. Durante el trayecto por el desierto había librado una larga contienda con el Dios que incendiaba su espíritu. Pero aquella tarde, en la penumbra de la tienda sagrada, sólo el silencio le respondió.

Una mañana, los pastores echaron un vistazo hacia las tiendas de los amalecitas y vieron que habían desaparecido.

—¡El oasis es nuestro! —gritaron los mozos. Y, en su insensata euforia, el pueblo errante se libró a los festejos.

Moisés contempló con tristeza a los hombres y a las mujeres bebiendo y bailando bajo las palmeras, y a los niños chapoteando en la orilla del oasis, desnudos y jugando con el agua preciosa que habían añorado en las arenas del desierto. Aarón se acercó.

—Hermano, ¿por qué no te alegras? ¡Hemos conquistado un valle rico en agua sin tener que levantar un arma! ¡Nuestro Dios es grande!

Hay quienes dicen que deberíamos quedarnos aquí. ¿Por qué esa cara sombría?

Moisés se volvió hacia Aarón, quien cada vez se complacía más en lucir sus galas, como los sacerdotes de Kemet. Se quitó el manto de la cabeza y lo miró a los ojos. Aarón parpadeó.

—El Señor Altísimo nos acompaña. Pero este lugar no es nuestra tierra. Y los hijos de Amalec no se resignarán a perder lo que era suyo.

Un mediodía caluroso, los muchachos que cortaban leña en el bosque de acacias, a las afueras del campamento, vieron una hilera de sombras acercarse por el camino al sur del valle. Eran camellos y algunos hombres a pie.

Moisés, Aarón y los cabezas de tribu salieron a recibir a los desconocidos que venían por el desierto. Cuando estuvieron a unos veinte pasos, los que cabalgaban sobre los camellos desmontaron y se acercaron. Delante de todos iba un hombre corpulento de barba canosa. Moisés lo reconoció al instante y caminó hacia él.

—¡Padre! —exclamó.

Se quitó el manto de la cabeza y abrió los brazos. Jetró, el madianita, esbozó una amplia sonrisa.

—¡Hijo! Bendito sea Yahu, que me ha permitido encontrarte.

Tras el vigoroso abrazo de su suegro, Moisés lo presentó a su hermano y a los jefes de tribu. Jetró, a su vez, introdujo a sus acompañantes. Moisés se alegró al ver a Gamal, Arik y algunos de sus parientes. Los conocía a todos.

Cuando terminaron los saludos, Jetró tomó a Moisés de los hombros.

—¿Dónde está mi rosa del desierto? ¿Y mis nietos? Espero que ya tengas alguno más.

Moisés sonrió.

—Uno más. Pero aún no ha nacido. Ven a mi tienda y allí los verás.

La presencia de Jetró y los madianitas animó el campamento. Maquir y los nómadas de inmediato congeniaron con ellos, pues eran de tribus emparentadas. No faltaron quienes propusieron dirigirse hacia Madián y afincarse en las tierras de los pastores. Moisés afirmó, ante los varones de las tribus, que Jetró y sus parientes podían orientarlos en su ruta hacia Canaán. Celebraron su llegada preparando un banquete.

Séfora dio un salto cuando oyó las voces de los recién llegados, salió de la tienda y corrió a echarse en brazos de su padre. El pequeño

Gersón primero tuvo miedo; poco después ya no se apartaba del abuelo. Más tarde, Moisés sorprendió a su esposa y a su suegro hablando en la sombra de la tienda, mientras se preparaba el ágape. Se detuvo a escuchar sin atreverse a intervenir ni mostrarse ante ellos. Sentados de espaldas a él, Jetró sostenía la mano de su hija y le hablaba con dulzura, observándola con atención. Tras la marcha por el desierto, Séfora había adelgazado pese a su embarazo. El hombro que su vestido habiru dejaba al desnudo marcaba el hueso bajo la piel; su rostro estaba ajado y tenía una sombra bajo los ojos.

—Hija, ¿te encuentras bien? ¿Eres feliz?

—Sí, padre. La vida en el desierto no es fácil, bien lo sabes. Pero gracias al Altísimo hemos sobrevivido.

Él le tomó la barbilla con delicadeza.

—Tu esposo es un hombre audaz y temerario. Aunque, ciertamente, el Altísimo lo protege. Dime, ¿eres feliz con él?

Ella bajó la vista.

—Sí.

Él insistió.

—¿Te ama?

Moisés contuvo el aliento durante los breves instantes que Séfora tardó en contestar.

—Mucho.

—Pero…

—Pero hay otro amor que arde en él. Tú lo sabes, padre.

Jetró suspiró.

—Hija, es duro rivalizar con el Altísimo por el corazón de un hombre.

—Nunca podré rivalizar con él —dijo ella—. Es una hoguera que arde en su interior, terrible e incesante. Pero ese fuego es generoso, padre. Puedo arrimarme a él y compartir su calor. No sólo es fuerza y coraje lo que le infunde. Hay algo más…

—Algo más… ¿qué, hija?

—Es como una alegría profunda, inagotable. Es esa luz que sale de sus ojos. Es una certeza… Moisés es una roca que resiste todas las tormentas. Y yo, padre, también bebo de esa alegría, aunque a veces siento miedo.

Jetró se quedó pensativo antes de hablar de nuevo.

—¿No deseas regresar a tu tierra, con los tuyos?

Séfora miró a su padre y se le llenaron los ojos de lágrimas. A Moisés le dolió captar aquella mirada.

—Padre, esta es mi tierra y estos son los míos —murmuró.

Jetró asintió.

—Sabes que, si quieres, puedes regresar conmigo. Al menos por un tiempo.

Ella se puso en pie y le soltó la mano con suavidad.

—No, padre. Os amo a ti, a madre y a mis hermanas. Mi corazón late por vosotros muchas veces. Pero este es mi camino y quiero seguirlo hasta el final.

Ante la tienda sagrada, a donde Moisés iba a orar a diario y donde Aarón y sus hijos sacrificaban un cordero cada séptimo día, se congregaban los hombres que tenían disputas a dirimir o precisaban consejo. Moisés, sentado en una piedra, pasaba largas horas escuchando e intentando poner paz y cordura, puliendo asperezas e intentando salvar las grietas que, día tras día, se abrían entre algunas familias. Jetró acompañó a su yerno a la mañana siguiente de su llegada, escuchó y observó con atención cuanto ocurría. A mediodía, cuando todos fueron a sus tiendas a comer y descansar, Jetró se puso en pie y se estiró.

—Hijo, vamos a caminar un rato.

Salieron los dos del campamento y se alejaron del oasis por el camino del sur. El sol caía a plomo y sus pies crujían sobre la tierra seca. Las cigarras cantaban a la sombra de los tamarindos.

—Has aprendido de nuestra gente el arte de escuchar, conversar y negociar —comentó Jetró, con aprecio—. Y veo que los tuyos te respetan y te obedecen.

Moisés sonrió y, retirando el manto, se descubrió el rostro.

—No lo sé, padre. A veces creo que me temen, más que otra cosa. Los hijos de Israel no son un pueblo dócil ni apacible.

—Bien lo veo. Tú eres un digno representante de los tuyos.

Sonrieron ambos.

—Hijo, tenéis una ley grabada en piedra. Sois una comunidad unida por el infortunio y por la dureza del desierto. Y por vuestro Dios que os protege. No necesitas estar al frente de todo, tú solo.

—No lo estoy. Mi hermano…

—Ah, tu hermano. ¡Ya lo he visto! Se pavonea como un sacerdote de Kemet o de Canaán, agitando sus túnicas y sus cintas. Y sus hijos siguen el mismo camino. Tiene labia, capacidad de persuasión y sabe actuar con solemnidad cuando se requiere. Un buen portavoz de su pueblo.

—Hablas como si lo conocieras desde hace muchos años.

—Un viejo que ha pasado años al frente de una tribu no necesita mucho tiempo para conocer a los hombres.

—Es cierto. Aarón es así.

—Es un buen portavoz, y tal vez será un buen sacerdote… Pero el pueblo necesita algo más que buenos oradores. El pastor de esta gente eres tú.

Moisés bajó la vista.

—Eres tú a quien siguen. Eres tú quien habla con el Altísimo cara a cara. No él.

—Ser guía de un pueblo es una carga muy pesada —murmuró Moisés—. Aunque este pueblo sea un puñado de esclavos fugitivos, errante por el desierto. Muchos días me rebelo ante Dios y le suplico que me libre de esta carga.

—Pero no lo hará, precisamente porque tú no elegiste cargar con ella. No ambicionas el poder, Moisés, y eso te hace libre y capaz de dirigir con espíritu desprendido. Tu gente lo percibe. El pueblo es sabio, hijo. En tu hermano hay afán de poder y reconocimiento, en ti no. Por eso te seguirán.

—Muchas veces temo, y dudo. ¿Seré capaz de cumplir mi cometido?

Jetró posó su mano en la espalda de Moisés y miró hacia el cielo, intenso y limpio sobre los montes desnudos.

—No estás solo. Y debes aprender a no actuar solo.

—¿Cómo?

—Pide ayuda. Y confía en tus semejantes. Te pasas cada día llenando tu corazón de piedras y espinas: esas peleas por una cabra, por una oveja, por un burro accidentado, un diente roto, un marido engañado o dos hermanos reñidos. ¿Eres tú el único que tienes buen juicio en este pueblo? ¿Dónde están los viejos, los sabios, los cabezas de tribu? Que cada grupo de familias elija un hombre de paz y que él actúe como juez. Y tú, hijo, queda libre. Libre para hablar con tu Dios, para salir con tu rebaño o cabalgar lejos del campamento con tu esposa. ¿Has olvidado lo que antes te llenaba el corazón?

Moisés movió la cabeza. Caminaron en silencio unos pasos.

—No, no lo he olvidado. Pero mi corazón nunca está vacío. *Él* lo llena todo.

Moisés escuchó el consejo de Jetró y al día siguiente convocó a todos los cabezas de familia. Su propuesta agradó sobremanera y los hombres no tardaron en designar a sus jueces. Eligieron a doce y acordaron que las disputas se resolverían entre ellos, en la tienda de cada hombre de paz. En caso de litigios irresolubles, recurrirían a Aarón y, si aún no era suficiente, podrían llamar a Moisés.

Cuando suegro y yerno se quedaron solos, ante la tienda sagrada,

Moisés se descubrió el rostro.

—Parece que lo hubieran estado esperando.

—Recuerda, hijo. El pueblo no es una manada de cachorros. Cada hombre posee criterio y razón. Confía en ellos y se harán dignos de confianza.

Aquella noche la cena fue alegre alrededor de la hoguera, en la tienda de los hijos de Leví. Jokéved, deseando obsequiar a su consuegro y a sus parientes, preparó un asado de cordero aliñado con hierbas aromáticas que crecían en torno al oasis. Elisabet y Miriam habían destilado cerveza y amasado pan con dátiles. El rostro de Séfora volvía a iluminarse, observó Moisés, contemplando a su esposa. Los niños habían ganado peso y, desde que estaban en Cadesh-Barnes, crecían a ojos vista. Gersón hablaba y correteaba por todas partes, jugando con sus primos. Tal vez sí, debían quedarse allí y recomenzar una vida muy similar a la de Jetró y sus tribus madianitas. La vida libre, arriesgada y hermosa que él había amado durante su destierro de Kemet. Tal vez… Moisés intentó ahuyentar sus temores. Pero cuando estaba solo, bajo la sombra purpúrea de la tienda sagrada, la certeza lo asaltaba. «Este no es nuestro lugar. Aún no hemos llegado.»

Enviaré ante ti mi terror, llevaré la confusión a todo el pueblo por donde pases y haré retroceder ante ti a todos tus enemigos.

Éxodo 23, 27.

Los hijos de Amalec

Moisés había designado a dos grupos de muchachos que enviaba regularmente a patrullar fuera del valle de Cadesh-Barnes. Les encomendó rastrear los alrededores y vigilar cualquier movimiento amenazador. El temor a la revancha de Amalec no dejaba de pesar en su ánimo.

Un día, al anochecer, el grupo encabezado por Caleb regresó con los pastores que apacentaban los rebaños al norte del oasis. Volvían alarmados y avisaron a Aarón. Este hizo sonar los cuernos y convocó una asamblea.

—Un ejército viene contra nosotros. Lo hemos visto a media jornada de distancia, cientos de hombres, levantando una gran polvareda.

Los varones se miraron entre sí con desazón. No tardaron en oírse gritos, lamentos y juramentos lanzados al cielo. Aarón tuvo que levantar la voz una y otra vez y, por último, ordenó a sus hijos que tocaran las trompetas para acallar el vocerío.

—¿Dónde está Moisés? —exigieron los cabezas de tribu—. Que se presente y que nos diga qué hacer ahora.

Nadab, enviado por su padre, corrió a la tienda sagrada y regresó al poco tiempo con Moisés, que se acercó con su vara y cubierto con el manto. Con él iba Josué. Jetró y los madianitas se acercaron a él, secundados por Maquir y una veintena de nómadas.

—¿Qué nos ordena hacer el Altísimo ante un ejército que marcha contra nosotros? —gritó Elisur.

—¿Hemos recorrido este largo camino para encontrar la muerte lejos de nuestro hogar? —inquirió Salamiel.

—¡Responde, Moisés! —lo instó Coré—. ¿Vamos a plantar cara a esa tropa? ¡Mira a tu alrededor! Cuenta a los hombres útiles y cuenta a nuestras mujeres y niños. ¡No somos un ejército!

Moisés escuchó sin responder y sólo cuando se hizo el silencio alzó la vara y habló.

—No somos un ejército. Pero nuestro Señor, que marcha con nosotros, es más poderoso que todos los ejércitos del mundo. ¿Qué vale más, la espada o el brazo que empuña la hoja? ¡Responded, hijos de Israel!

Nadie contestó. Una ráfaga de viento agitó las palmeras, barrió el campamento y levantó un torbellino de arena que se alzó, como una

columna en espiral, ante la tienda sagrada.

—¿Acaso no nos proveímos de armas al salir de Kemet? —continuó Moisés—. En cada familia hay varias espadas y una lanza. ¿Cuántos de vosotros rapiñasteis arcos y jabalinas de la caballería del rey, cuando perecieron todos a orillas del Lago Amargo? Saldremos ante esa tropa y venceremos.

—¡Venceremos! —gritó Josué, sin poder contenerse—. ¡Somos el brazo armado del Dios Altísimo! ¡Que tiemble el enemigo!

—¡Que tiemble! —repitió Maquir, con su voz más bronca.

Los nómadas lo corearon, golpeando el suelo con sus pies.

—¡Que tiemble!

Las mujeres contemplaron desde lejos al bello adolescente alzando el puño y los oscuros semblantes de los guerreros del desierto. Y también temblaron.

Jetró y sus sobrinos rodearon a Moisés.

—Hay que trazar una estrategia —lo apremió Arik—. Los amalecitas vienen a pie. Nosotros tenemos carros… y camellos.

Moisés asintió. Pidió a Josué que fuera a buscar el carro del arca y unciera dos caballos. Ordenó a los cabezas de tribu que trajeran también sus carros. Para cada uno de ellos designó tres hombres: un conductor, un arquero y otro con escudo y lanza. Arik, Gamal y sus hermanos montarían los camellos. Luego congregó a todos los hombres hábiles para luchar y les pidió que trajeran sus armas.

Se reunieron cerca de mil, y entre ellos había muchachos y niños de diez y doce años. Moisés les ordenó situarse tras los adultos más fuertes, como asistentes. Explicó su estrategia y cómo debían situarse los carros. Entonces los envió a sus tiendas a descansar convocándolos a todos al amanecer.

Antes de romper el alba, el improvisado ejército estaba congregado y dispuesto a partir. Todos llevaban las armas ceñidas, mantos y escudos. Los carros se agruparon y los madianitas montaron en sus camellos. Entonces Moisés llamó a los hijos de Aarón para que subieran el arca sagrada a su carro.

—Y tú, ¿no vas a luchar con nosotros? —preguntó Caleb.

Moisés miró a los varones más jóvenes, armados y con rostros ceñudos.

—Cabalgaré al frente, junto al trono del Señor, y os conduciré en el combate. Pero no empuñaré otra arma que mi bastón. Me basta su presencia.

Las mujeres que se habían agrupado ante la tropa contuvieron el llanto y entonaron un himno al Dios de la Tormenta. Miriam las

dirigía.

Cuando Séfora vio a Moisés, de pie en el carro y sin escudo ni armas, lanzó un grito y corrió hacia él.

—¡No! ¡No puedes ir así!

Miriam fue tras ella y la sujetó entre sus brazos.

—Déjalo ir. No lo detengas.

—¡No puedes ir! ¡No así! —sollozaba Séfora.

—Confía en el Altísimo —dijo Miriam con firmeza—. ¿Has visto que lo haya abandonado jamás?

—¡Tú no eres su esposa! —replicó Séfora, golpeándola e intentando librarse de ella—. ¡Tú no llevas su hijo en tu vientre!

Moisés permaneció inmóvil, el borde de su manto arrojando una sombra sobre su rostro. Nadie pudo verle los ojos.

Fue Jetró quien, impaciente, acudió junto a su hija y la tranquilizó. Elisabet, que también lloraba por la partida de su esposo, intentó consolarla. Séfora se mordió los puños hasta hacerlos sangrar y guardó silencio, con la mirada perdida en tierra. Jokéved miró con tristeza a su consuegro.

—Mi hijo está poseído de una fe devoradora. Todo cuanto ha hecho desde que regresó a Kemet ha sido una locura.

—Pero vosotros le habéis seguido —repuso Jetró, tomando una mano de la mujer—. Y, hasta ahora, el Altísimo os ha sostenido.

Aarón y Hur se ofrecieron a montar en el carro del arca sagrada, con Moisés. Hur se proveyó de lanza y escudo y Aarón tomó una espada. Cuando todos estuvieron a punto escucharon a Moisés.

—Partiremos tal como os expliqué anoche: los carros delante, los camellos a los flancos y los hombres detrás. En cuanto abandonemos el valle, observaremos al enemigo. Si se despliega en el llano, lanzaremos los carros al frente, con una primera andanada de flechas. Bajo su embate, los amalecitas se dispersarán y empezarán a caer; entonces los camellos los acosarán por ambos lados. Finalmente, los hombres a pie caeréis sobre ellos.

Los nómadas lanzaron un clamoreo de combate. Y la columna se puso en camino.

Caleb guiaba a los carros, tomando las riendas del suyo tras el carro del Moisés. Sumando el del arca sagrada tan sólo eran trece, medio escuadrón del ejército de Kemet. A ambos lados se desplegaron los camellos, diez por banda. Detrás marchaban los hombres a pie. Josué trotaba junto al carro del arca sin perder el ritmo. Al otro lado caminaban los dos hijos mayores de Aarón, recelosos del muchacho y compitiendo entre sí para no quedarse atrás.

Al norte del valle el paso se estrechaba durante una milla antes de

abrirse hacia la llanura exterior. Moisés envió exploradores y, con ellos, fue Josué. Cuando regresaron, pasado el mediodía, explicaron que los amalecitas estaban acampados y preparándose para el combate al pie de la sierra que rodeaba el oasis, en la vertiente oeste.

—¡Son más que nosotros! —exclamó Josué—. Pero no tienen carros ni caballos… ¡Podemos barrerlos!

Sonaba a bravuconada de joven arrogante. Pero sus palabras se repitieron de boca en boca y tuvieron la virtud de inflamar los ánimos como el viento que reaviva las brasas.

Los camellos y los carros pasaron en fila por la garganta árida mientras los hombres se agrupaban en hileras compactas. En el llano, Moisés ordenó detenerse a la tropa y reorganizó las filas. Cuando el ejército estuvo dispuesto avanzó. El sol declinaba y bañaba de luz sangrienta la tierra cuando vieron a lo lejos cómo el horizonte hormigueaba, erizado de lanzas, y se escuchó el griterío de los hijos de Amalec.

—¡Avanzad a paso firme! Pero no corráis —ordenó Moisés, alzando su vara—. Dejad que ellos carguen y se cansen antes. Los carros, ¡al trote! Sólo saldréis al galope cuando dé la señal.

La tropa de Amalec se acercó como una marea. Venían a contrasol y su vanguardia proyectaba una sombra alargada, hombres agigantados con larguísimas picas y espadas. Cuando Moisés alzó la vara, los arqueros dispararon sus flechas. Cayeron los primeros enemigos, pero no tardaron en responder. Tras la lluvia cruzada de astas, Moisés volvió a alzar su vara y los conductores de carro pusieron al galope sus monturas, levantando espesas columnas de arena roja. Cuando se precipitaron contra la tropa amalecita, el griterío aumentó y, entre el rodar de carros, la polvareda y el relinchar de los caballos, se escucharon los primeros aullidos de pánico.

Moisés alzó la vara una tercera vez. Los hijos del desierto, espoleando sus camellos, se desplegaron por los flancos, derribando hombres y pisoteándolos bajo las pezuñas. Una nube de polvo dorado envolvió los dos ejércitos y el terror cundió entre los amalecitas, la mayoría de ellos pastores tan jóvenes como los mozos de Israel. El desorden se adueñó de sus filas y muchos, acosados por los carros y los camellos, soltaron sus armas y emprendieron la huida.

Desde los carros, los arqueros vaciaban sus aljabas y empujaban a los hombres a pie. En medio de los que peleaban a pie, Moisés seguía plantado en el carro del arca, protegido por el escudo de Hur y la pica de Aarón. Cada vez que enarbolaba su cayado los jóvenes israelitas lanzaban gritos de triunfo y redoblaban su furor.

Cuando la luna ascendió sobre el llano los supervivientes de Amalec imploraron clemencia. Los que se habían desperdigado por el llano para huir de la muerte acechaban ocultos tras las colinas cercanas. Jetró advirtió a Moisés que no dejara escapar a uno solo vivo.

—De lo contrario, se reunirán con otras tribus y prepararán su venganza. Amalec debe aprender a temeros.

Moisés contempló a su suegro, el hombre que le había enseñado que la vida era sagrada, con su lanza goteando sangre a lomos de su camello. No dijo palabra, pero asintió, y el aviso de Jetró pronto halló eco. Los carros recorrieron la llanura y dieron alcance a los desertores. En el campo de combate, los más jóvenes se abalanzaron contra los derrotados y los heridos y los remataron sin piedad. Josué fue uno de los primeros en encabezar la matanza. La sangre los había embriagado y la victoria enturbiaba su corazón. Los hijos de Aarón, que no se habían distinguido por su arrojo en el combate, ahora golpeaban con entusiasmo, cortando cuellos con la misma destreza con que degollaban los corderos sacrificados en el altar, ante la tienda sagrada.

Subido a su carro, Moisés contempló la carnicería. *Todo estaba sembrado de cadáveres, la sangre formaba barro.* La sangre era negra y los rostros se veían espantosamente pálidos, máscaras cadavéricas bajo la claridad de la luna. A su lado, el arca que custodiaba la ley desprendía un brillo pálido y tenue. Intentó elevar una plegaria silenciosa, un cántico mudo de acción de gracias por aquella victoria inesperada de un puñado de fugitivos contra los amos del desierto. Pero en medio del griterío de los hombres ahítos de sangre sólo halló silencio, un silencio negro de mausoleo, cayendo como una losa sobre su corazón.

Se apoderaron de todo cuanto encontraron en el campamento amalecita. Tiendas, animales, víveres y bebida; armas y enseres, todo cuanto tenía valor fue a parar a los carros y las alforjas de los hijos de Israel. Cargados con el botín, al amanecer regresaron al oasis. Los primeros rayos de sol asomaron en el horizonte cuando avistaron el valle de Cadesh-Barnes.

Moisés caminaba tras el carro del arca sagrada. No había querido volver a montar y era Hur quien lo conducía. Aarón, que se había preocupado de llevar una túnica de repuesto para ceñirse después del combate, iba bien erguido a su lado. Sus hijos avanzaban delante, vociferando entre otros jóvenes ebrios y lanzando baladronadas contra el enemigo. De tanto en tanto, Josué les replicaba y la disputa verbal entre los mozos se hacía interminable.

Cuando llegaron a la vista del campamento, los niños y las mujeres salieron a su encuentro. Delante de todas ellas iba Miriam. Agitaba unos sistros y varias mujeres comenzaron a cantar cuando vieron a sus hombres y escucharon el vocerío victorioso. Pero entonces Miriam alzó las manos, sacudió los sistros que cantaban como una serpiente y elevó la voz hasta un tono agudísimo, como un largo lamento. Su cántico se deslizó, hiriente y afilado, y los panderos y los tamboriles enmudecieron. Las mujeres se estremecieron; algunos niños rompieron a llorar. En la tropa vencedora cesaron los gritos. El himno de Miriam, aquel día, no invitaba a la danza ni al jolgorio, sino a un callado y reverente pavor.

Josué se acercó a Moisés. El silencio se había adueñado de los hombres.

—¿Por qué canta así? ¡Hemos vencido! Las mujeres deberían reír, y bailar.

Moisés posó una mano sobre el hombro del muchacho y lo miró a los ojos. Leyó en él aquel fuego del combate, aquella pasión y la ciega violencia que conocía tan bien. Josué era él, apenas cinco años antes. Era él en sus sueños de mocedad y en sus delirios de proezas bélicas. Era él en sus primeras campañas con los príncipes de las Dos Tierras. Era él cuando todavía se llamaba a sí mismo príncipe de Kemet y soñaba con abatir a sus enemigos y arrastrarlos bajo la rueda de su carro, como había visto en los relieves de los templos que inmortalizaban las hazañas de su rey.

Era él cuando todavía no había sido mirado por el Altísimo.

—Escucha su cántico, Josué, y deja que el temor penetre en ti —respondió Moisés—. Porque Miriam no canta nuestras gestas humanas, sino el poder inconmensurable de Dios.

—¡Su poder está con nosotros! —exclamó el joven.

Sus brazos tenían rasguños y sus manos aún estaban teñidas de sangre. También había sangre en sus bucles enmarañados. Y había sangre en el fondo de sus hermosas pupilas, grandes como dos lunas de obsidiana.

—Su poder es el que nos sostiene y nos da la victoria. Pero no somos nosotros, sino él quien nos posee. Él es el Señor, él es el fuerte, el indomable, el guerrero. Nosotros somos polvo a sus pies. Y, aún y así, nos ha mirado y nos ha elevado. Sólo porque así lo ha querido. No lo olvides nunca, Josué.

Miriam había terminado su canto. Los hombres soltaban sus armas, los jinetes desmontaban y los jóvenes descargaban los carros de botín. Las mujeres corrieron a abrazar a sus esposos, hijos y hermanos.

El llanto por los muertos se unió a los gritos alborozados por los que regresaban vivos. Y aquella noche el duelo y la fiesta reverberaron sobre las arenas del oasis.

Hemos llegado al país donde nos enviaste, y realmente mana leche y miel; mirad los frutos.
Números 13, 27-28

La exploración

Jetró y los madianitas permanecieron en Cadesh-Barnes hasta el nacimiento del segundo hijo de Moisés. Séfora dio a luz un amanecer despejado y sereno. El horizonte alboreaba y el campamento se despertó con el llanto de otro bebé.

Mientras Jokéved y las mujeres atendían a la madre recién parida, Moisés tomó al pequeño en brazos, salió de la tienda y lo mostró a su suegro y al resto de la familia.

—¡Otro varón! —exclamó Jetró, con amplia sonrisa, y tendió sus manos hacia el bebé, que lloraba envuelto en un pañal.

—Un hijo de la libertad —respondió Moisés, entregándoselo. Al igual que su hermano Gersón al nacer, el pequeño tenía la tez pálida y su cabecita estaba cubierta de rizos negros.

Moisés dio a su segundo hijo el nombre de Eliezer, *Dios ayuda*. Y la tribu de Leví celebró el nacimiento de aquel niño nacido libre del cautiverio.

Pasados los festejos Jetró decidió regresar a su tierra. Séfora le suplicó que se quedara más tiempo y el mismo Moisés le pidió que no se fuera.

—Podrías acompañarnos hasta Canaán —le dijo una tarde, cuando caminaban por el palmeral, alejándose del campamento.

Jetró suspiró y lo pensó un tiempo.

—Tú y Gamal conocéis las mejores rutas —añadió Moisés—. Y con los camellos mi gente se siente protegida.

—Lo sé. Pero tengo una familia que me espera y ya me he demorado mucho. Mi Aaliya estará triste, y las tribus andarán a la brega… Además, mi otro yerno, el esposo de Nissa, espera a Gamal y a sus hermanos para custodiar su próxima caravana. ¡Hemos de ganar nuestro sustento!

Moisés se quitó el manto que le cubría la cabeza. Habían dejado atrás la sombra de las palmeras y el sol poniente bañó su rostro, las líneas puras y audaces de su perfil, los ojos oscuros, la cabellera negra y ondulada. Miró a su suegro y él no parpadeó.

—Eres como un padre para mí —dijo Moisés.

—Pero tú eres un hombre adulto que dejó atrás su mocedad —repuso Jetró—. Ya no necesitas a un padre junto a ti. Además, tienes un apoyo mucho más poderoso que todos los padres y reyes del mundo.

Llegaron al límite del oasis caminando en silencio. Entonces Jetró se volvió a mirar hacia el norte, más allá del abigarrado campamento, hacia los montes que rodeaban el valle. El cielo oscurecía y por oriente ascendió el lucero del atardecer.

—La ruta del Negueb es dura —murmuró Jetró—. El desierto es árido y montuoso. Además, los hijos de Amalec estarán en sus guaridas incubando su venganza. Tal vez sería mejor que tomarais la ruta de oriente.

—¿Por Edom?

—Por Edom y Moab, bordeando el Mar Salado hasta la ribera este del Jordán. Si conseguís que sus reyes os dejen pasar por su territorio será un camino mucho más seguro.

El miedo a la revancha de Amalec se cernió como una sombra durante semanas en el campamento de los hijos de Israel. Pero no hubo respuesta y los rastreadores que Moisés seguía enviando más allá del oasis no avistaron señal de presencia enemiga. Con el paso del tiempo el temor se fue desvaneciendo como las nubes en el desierto.

Así transcurrieron las lunas y pasó un año entero. Los hijos de Israel celebraron el aniversario de su salida de Kemet, el paso entre las aguas de los dos lagos amargos y la derrota de la caballería egipcia a manos del Dios poderoso. El oasis les ofrecía casi todo cuanto necesitaban, cavaron huertos y las caravanas que pasaban por allí de tanto en tanto les permitían canjear los productos del ganado por otros enseres. Los rebaños y las familias se multiplicaban, los niños crecían y los jóvenes se dedicaban al pastoreo y a la caza, al tiempo que se ejercitaban con Maquir y sus hombres. Ya no eran esclavos, pero tampoco se conformaban con ser pastores. Josué, Caleb y sus amigos querían convertirse en afamados guerreros. De noche, en las tiendas, los cayados de pastor reposaban junto a las lanzas y las espadas. También los niños aprendían a manejarlas.

La tienda sagrada se erigía en medio del campamento, en un espacio despejado que hacía las veces de plaza y lugar de reunión. Allí, día y noche, ardía el fuego perfumado con incienso o con las cenizas del último animal sacrificado. Aarón y sus hijos mayores eran los sacerdotes, reconocidos y cada vez más respetados por todas las familias. Sólo ellos entraban en la tienda, ante el trono del Señor, para quemar incienso. Pero el único que permanecía adentro, orando en silencio durante horas, era Moisés.

Llegó otro verano y Moisés convocó la asamblea de ancianos y cabezas de tribu. Los varones más jóvenes también acudieron,

deseosos de escuchar a sus líderes, y las mujeres no se quedaron atrás.

Se sentaron en un amplio círculo ante la tienda sagrada. Moisés se puso en pie, ceñido con su manto y con la cabeza cubierta, y los observó despacio. Doce cabezas de tribu, una treintena de hombres ancianos, algunos de ellos jueces entre los suyos, y los gallardos mozos que jamás abandonaban su cayado o su jabalina, de pie, tras el corro de los varones principales. Los adolescentes y los niños sumaban más de seiscientos. Las mujeres formaban una multitud silenciosa. Entre todas ellas destacaba Miriam, sin velo, con sus negras trenzas cayendo a su espalda.

—El Señor Altísimo nos ha guiado y nos ha protegido en nuestra marcha por el desierto —dijo Moisés—. Y nos ha conducido hasta aquí, donde hemos podido recuperarnos de la hambruna y los padecimientos. No sólo ha saciado nuestra sed, sino que nos ha librado del enemigo y nos ha concedido un año de paz.

Los varones asintieron y murmuraron entre sí. Los más jóvenes se miraron con inquietud y empuñaron con fuerza las jabalinas.

—Pero ha llegado el momento de volver a ponernos en marcha —continuó Moisés—. Este oasis no es nuestro destino. Hay una tierra que nos espera y el camino es largo.

Los murmullos crecieron y dieron paso a algunas protestas.

—Vencimos a los hijos de Amalec, pero algún día pueden regresar con un ejército mucho mayor y expulsarnos del oasis. ¡Esta no es nuestra tierra! Hemos de llegar hasta el país de nuestros padres, que el Altísimo nos ha prometido.

Varias manos se alzaron. Aarón hizo un gesto y dio la palabra a los varones.

—¡Canaán! —exclamó Eliab—. La tierra prometida que mana leche y miel. ¡Hermosa tierra! Pero está lejos, más allá de un desierto plagado de serpientes y escorpiones, donde el enemigo acecha. Hemos sufrido mucho antes de llegar aquí y hemos derramado sangre para apoderarnos de este lugar. ¿Qué necesidad tenemos de ir más lejos?

—Aquí tenemos agua y alimento —añadió Coré—. Los caravaneros ya nos conocen y comerciamos con ellos. ¿Qué nos espera fuera de estos montes? Pueblos hostiles, reinos extranjeros que no nos conocen y que nos despreciarán o querrán esclavizarnos. ¿Es esa la tierra que nos prometió el Altísimo?

El rumor crecía y los jóvenes se impacientaban. Reclamó la palabra Abidán.

—¡El Altísimo nos acompaña y lucha con nosotros! El oasis se nos hará pequeño muy pronto. Si hemos vencido a Amalec, ¿por qué temer a otros pueblos?

Hur continuó.

—Si la voluntad del Señor es que vayamos a Canaán, ¡pongámonos en camino! Moisés nos sacó de Kemet y nos ha conducido hasta aquí. Ha cumplido las promesas del Altísimo. ¿Por qué no seguir confiando en él?

Las discusiones volvieron a desatarse. Moisés aguardó en silencio mientras Aarón intentaba, en vano, que los varones hablaran por turnos, uno cada vez. Por fin una voz juvenil se elevó por encima de todas. Era Josué. A diferencia de los otros muchachos, había ocupado un lugar junto a Moisés, entre los ancianos.

El hijo de Nun se puso en pie y enarboló su lanza, apuntando al cielo.

—¡Somos el brazo armado del Señor! ¡Él lucha con nosotros y por nosotros! ¿Por qué temer? ¡Nuestro miedo es una ofensa al Altísimo!

Los jóvenes aullaron y lo jalearon. El tumulto creció y pasó mucho tiempo antes de que Moisés pudiera hablar de nuevo.

—He aquí lo que he pensado con mi hermano Aarón, nuestro sacerdote. Enviaremos a un grupo de hombres, uno por cada tribu, para explorar el terreno por delante. Reconocerán la ruta y los caminos, verán cómo son los pueblos y las ciudades, cuán fértil es la tierra y con qué disposición nos recibirán los cananeos. Cuando regresen podremos decidir qué es mejor hacer.

Ante esta proposición inesperada los ancianos mostraron de inmediato su aprobación. Los cabezas de familia también estuvieron de acuerdo y la siguiente discusión se centró en la elección de los exploradores.

Moisés pidió que cada cabeza de tribu designara al hombre indicado, aunque entre las filas de los jóvenes en seguida se alzaron voces de voluntarios.

Al anochecer quedó elegido el grupo de exploradores. Además de los doce miembros de las tribus, fueron también Maquir y siete nómadas, en total, una veintena de hombres. Entre ellos se contaban Caleb, hijo de Jefonné, de la tribu de Judá, y el mismo Josué.

La mañana de su partida Aarón y sus hijos sacrificaron un cordero, cuyas entrañas quemaron ante la tienda del Altísimo. La carne fue despiezada en porciones, asada y envuelta en hojas de higuera. La repartieron entre los exploradores.

Moisés bendijo a los hombres que iban a partir, uno por uno. Ellos se arrodillaron y les impuso las manos sobre la cabeza, invocando la fuerza del Altísimo para que hiciera firmes sus brazos y llenara de fe su corazón. Josué fue el último en pasar ante él. Cuando hincó la rodilla, Moisés le rodeó los hombros y lo hizo ponerse en pie.

Mirándolo a los ojos, murmuró:

—Guarda tus palabras y contén tu ímpetu. Pero alimenta tu valor y reafirma el de tus compañeros, porque el Altísimo te ama.

Josué bajó el rostro; Moisés lo abrazó.

—Ve con su paz y regresa con ella.

Los exploradores partieron cargados con sus morrales, cubiertos con los mantos y lanza en mano. Caminaban como pastores sin rebaño, avanzando hacia la yerma inmensidad del desierto. El sol ascendió en el cielo y sus familias los contemplaron mientras se alejaban por el norte del valle. Miriam los siguió un trecho y se detuvo. Agitó el sistro que llevaba y entonó un cántico de bendición y despedida.

Los días se deslizaron con lentitud aquel verano en que doce madres añoraron a sus hijos y algunas esposas lloraron la ausencia de sus maridos. La espera alargaba el tiempo y tensaba las almas, ansiosas por ver llegar el día del regreso, de la buena nueva, del reencuentro. El miedo también estiraba los días y pesaba en las horas de silencio, cuando el campamento reposaba bajo el sol de mediodía o en las noches breves y luminosas. Las rutinas cotidianas, la risa de los niños y el cantar de las mujeres mientras trabajaban aligeraban la pesadez del tiempo y hacían más soportable una vida que volvía a convertirse en paso, en travesía peligrosa, en lucha.

Eliezer, el hijo de Moisés, crecía a la vera de su hermano. Gersón tan pronto jugaba con él como disputaba, celoso de las atenciones que acaparaba el pequeño entre sus primos y las mujeres de la familia. Séfora a menudo tenía que separarlos. Un día, mientras las mujeres batían leche para hacer queso, Moisés tomó a su hijo mayor y lo llevó a caminar con él.

—¿A dónde vamos? —protestó Gersón, pues Eliezer se quedaba junto a su madre, sorbiendo leche cremosa de un cuenco.

—Vamos a la tienda sagrada.

El niño calló y su rostro cambió. Se irguió y tomó de la mano a su padre.

Tan solo tenía cinco años. La edad en la que Moisés y su medio hermano, Seti, jugaban a ser dioses y luchaban con espadas de madera dorada en los jardines del palacio real de Kemet. Su hijo pronto empuñaría una daga de bronce o una jabalina que no serviría para jugar, sino para matar. Su hijo no jugaba a ser dios y no conocía más que el nombre de uno al que temía, como todos los niños. Gersón y los chiquillos de su edad recorrían los eriales junto al oasis y jugaban a ser guerrilleros, o simulaban persecuciones de leones atacando

rebaños indefensos.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Gersón cuando pasaron junto al altar, donde todavía humeaban las cenizas.

—Ya te lo he contado muchas veces —respondió Moisés—. Está el trono del Señor Altísimo, y su ley.

Se quedaron en el umbral de la tienda, en pie, padre e hijo. El recinto a su alrededor estaba desierto y el silencio envolvía la penumbra purpúrea que se abría ante ellos.

Moisés se arrodilló y su hijo lo imitó.

—¿Por qué no podemos entrar?

—No podemos acercarnos demasiado al Altísimo. Es como el fuego. Sólo puedes estar cerca, pero nunca tocarlo.

—¿Está aquí, ahora?

Moisés asintió.

—¿Cómo lo sabes, si no lo ves?

—Está ahí. Al Señor no se le ve con los ojos ni se le oye con los oídos, ni puedes tocarlo con las manos. Sólo puedes sentirlo con el corazón.

Gersón aguzó la vista y vislumbró el brillo del oro en las alas de los querubines que cubrían el arca.

—Pero tú entras —dijo el niño—. Y estás ahí mucho tiempo. ¿Por qué no te quemas?

Moisés se volvió hacia su hijo, se descubrió el rostro y le tomó una mano.

—Gersón, vamos a recordar la alianza con Señor. Es la ley que nos hace hombres justos, la que le agrada y le da alegría. Tú ya eres mayor y tienes un hermano al que cuidar y enseñar; ha llegado el momento de aprenderla.

Con voz sosegada, Moisés fue recitando las palabras de la ley no decretada por los hombres, sino salida de la voluntad de Dios. Y Gersón, con su voz infantil más grave de lo habitual, esforzándose por vocalizar cada palabra, aun las que no comprendía del todo, fue repitiendo cada frase.

—¿Debo aprenderlas de memoria?

—Debes grabarlas en tu corazón. Porque lo que se graba en el corazón, como lo que más amas, se conserva siempre en la memoria.

—¿Eso le gusta a Dios?

—Sí. Más que todos los sacrificios, más que los corderos y el incienso. Más que todas las ofrendas, el Señor desea nuestro amor. Y lo que se ama siempre se recuerda.

Dos lunas después, cuando los días volvían a acortarse, los

exploradores regresaron.

Las mujeres los contaron desde lejos. Veinte habían partido y veinte regresaban, enflaquecidos y harapientos, pero caminando con buen garbo, lanza en mano tal como partieran. Dos de los nómadas llevaban una larga vara a hombros, de la que pendían enormes racimos de uvas rojas. Al regocijo de las familias se sumó la admiración. ¿Eran aquellos los frutos de la tierra prometida, la tierra ubérrima que rezumaba leche y miel?

Las familias se congregaron en la plaza. Atrás quedó el silencio estival; el aire se llenó de algarabía, gritos de mujer y alborozo de chiquillos recibiendo a sus padres, hermanos y parientes. Moisés, Aarón, los ancianos y los cabezas de tribu se sentaron en círculo, dejando un espacio para que los exploradores pudieran ser vistos y oídos por todos.

Moisés pidió que hablara Sammué, de la tribu de Rubén, que era hombre casado y el mayor en edad de todos los exploradores.

Sammué se volvió hacia la concurrencia.

—La tierra de Canaán, en efecto, es rica. Sus montes son frondosos y buenos para el rebaño, los valles son fértiles y las viñas crecen en sus laderas como jamás lo hemos visto. ¡Aquí tenéis la muestra!

Murmullos admirados brotaron de la multitud. En el suelo, sobre una estera, yacían los gigantescos racimos que habían traído.

—No sólo es una tierra rica en vino, sino en trigo, en olivos, en toda clase de frutales. Sus habitantes comercian con todo el mundo y viven en ciudades grandes y bien fortificadas.

Se detuvo y se hizo el silencio. A un gesto de Aarón, Sammué continuó.

—Hemos estado en Beersheva, una gran población, allí donde acaba el desierto. Y continuamos hacia el norte, hasta Hebrón, que es una ciudad muy grande y rica. Sus habitantes son fornidos y altos como los nubios del ejército de Kemet. ¡Nosotros parecíamos enanos famélicos a su lado!

Eliab levantó la mano y preguntó:

—¿Dices que las ciudades están bien defendidas?

—Están amuralladas y cada una cuenta con una tropa de guerreros armados.

—¿Y sus gentes? —preguntó Abidán—. ¿Son hermanos nuestros?

—Hablan lenguas parecidas y pudimos entendernos; sin duda procedemos de los mismos antepasados. Pero ellos poseen sus propias costumbres, tienen sus dioses y sus templos y desconfían de los extranjeros. En las montañas habitan los amorreos y otros pueblos muy antiguos. En la llanura viven los cananeos. La verdad sea dicha:

nos miraron con mala cara y sólo cuando les aseguramos que éramos pastores del Negueb se tranquilizaron y nos dejaron pasar.

—¿Y qué hay de los hijos de Amalec? —preguntó Coré.

—Los amalecitas ocupan el Negueb —dijo Sammué—. Pero esquivamos sus aldeas y hemos podido atravesar el desierto sin contratiempo.

De nuevo hubo un silencio. Roto, al fin, por la voz potente de Eliab.

—¡Todos lo habéis oído! Canaán es una tierra próspera, sí, ¡pero no va a recibirnos con los brazos abiertos! ¿Qué hemos de hacer ahora?

Los exploradores comenzaron a hablar a la vez.

—¡No podremos hacer frente a esos pueblos —exclamaban algunos—. Son fornidos y están bien pertrechados. ¡Nos aplastarán como a langostas del desierto!

Los ancianos meneaban la cabeza y los cabezas de tribu más críticos comenzaron a lamentarse.

—¿De qué nos ha servido llegar hasta aquí?

Puesto que Moisés nada decía, y nadie podía leer su expresión bajo el manto que le cubría el rostro, Aarón creyó llegado el momento de intervenir. Pero entonces alguien reclamó silencio, a grandes voces, y logró que el pueblo le escuchara.

Era Caleb. Y Josué, a su lado, esgrimía su lanza y pedía silencio por él.

—¡Es cierto que los cananeos son fuertes, y que sus ciudades se muestran hostiles a los extranjeros! Pero si hemos llegado hasta aquí, dejando atrás el desierto y dos ejércitos exterminados, también podremos hacernos con un lugar en esa tierra. ¡El Altísimo cumple sus promesas! ¡Iremos y venceremos!

Josué lo coreó, pero sus gritos entusiastas se mezclaron con un clamor de zozobra.

—¡No! ¡No venceremos! ¡Nos devorarán como lobos!

—¿Para esto salimos de Kemet, donde teníamos todo cuanto nos hacía falta?

—¿Hemos recorrido el desierto para morir a golpe de espada?

—¿Acaso el Altísimo no lucha con nosotros? —replicó Josué, enarbolando su pica—. ¡Incrédulos, faltos de coraje y de fe! ¡El país que hemos explorado es extraordinario! Hay lugar y riqueza para todos. ¡Nosotros seremos los leones! ¡Nosotros devoraremos a quienes se opongan a nuestro paso!

Sólo un puñado de mozos apoyó a Josué y a Caleb. Y aquella noche, que debía haber sido de fiesta, se convirtió en una noche de

amargura. Las familias se dispersaron y los lamentos se escucharon en todas las tiendas. Las mujeres y los ancianos lloraban, los niños se peleaban y los hombres no cesaban de discutir y quejarse, despotricando contra aquel visionario y su hermano que los habían sacado de un país fértil para conducirlos a la locura y a la muerte.

En el centro de la plaza, Maquir y los nómadas espantaron a los pájaros que venían a picotear los racimos abandonados. Nadie entre los hijos de Israel quiso probar sus frutos. De manera que se los llevaron a sus tiendas.

A media noche, Moisés se levantó y abandonó su tienda. Se dirigió al pabellón sagrado, donde permaneció largo tiempo entre el altar y el negro umbral que cobijaba el arca de oro. Pero el Dios que solía hablarle en las tardes soledosas había huido de aquel lugar.

Tomó el manto y la vara y se alejó caminando hacia el monte. Era una noche estrellada, sin luna, y los grillos cantaban en los matorrales.

Dejó muy atrás el campamento con sus murmullos, las esquilas de las ovejas y el crepitar de las hogueras. Ascendió por la ladera y no se detuvo hasta llegar a la cima. Desde allí contempló el valle, la tierra de un gris blanquecino moteada por las sombras de las acacias y los penachos oscuros de las palmeras. Las fogatas parpadeaban como estrellas de oro caídas del firmamento. Moisés recordó la primera noche que había llegado al oasis, años atrás, cuando huía de su pasado en Kemet.

Empuñó con fuerza la vara y volvió la vista al cielo.

—Si estás ahí, ¡respóndeme! Respóndeme y háblame, tú que me llamaste.

Aguardó en silencio, tenso, el puño tembloroso cerrado sobre el cayado.

—¿Qué debo hacer? ¡Tú los has escuchado! ¿Por qué me hiciste saber mi origen? ¿Por qué me has hecho responsable de este pueblo rebelde, maldiciente, cobarde? ¿Por qué debo guiar a estas gentes de corazón mezquino, que añoran la esclavitud? ¿Por qué tuve que ser yo? ¿Por qué me diste esa carga?

Golpeó el suelo con el bastón.

—¡No soy pastor de nadie! ¡No quiero ser un jefe! ¡No soy capitán de un ejército! ¡Ni lo deseo! Me pesa, Señor, ¡me pesa!

Alzó las manos y su voz se quebró.

—Me pesa su odio, su terquedad, su dureza de corazón. ¡Sus voces me apedrean! No me creen, Señor. Pero no es contra mí contra quien claman. ¡Claman contra ti! No creen en ti, ¡no creen! ¿Por qué tengo que soportarlos? ¿Por qué los soportas tú?

Moisés se despojó del manto. La noche era fría pero su piel ardía. Elevó de nuevo el rostro al cielo, febril.

—Aman la esclavitud y añoran las cebollas que comían en Kemet… Añoran el látigo y las ollas repletas de gachas. ¡Desprecian la libertad que les has regalado! ¡No la quieren!

Volvió a golpear la tierra con el cayado.

—Son capaces de exterminar a una horda de pastores del desierto, degollando a sus muchachos por conservar un terruño con agua… ¡Y no son capaces de marchar hacia la tierra fértil que les prometes!

Caminó errático por la cima del monte; una brisa fría agitó su túnica.

—¿Por qué, Señor, por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué? ¿Por qué?

Se detuvo y contempló el campamento iluminado por las pequeñas fogatas al pie de las colinas.

—Te equivocaste de hombre… ¡No soy yo quien debe guiar a este pueblo! ¡No soy apto para esta misión! ¿Por qué no acabas ya conmigo? ¡No puedo seguir!

Asiendo la vara, la estrelló contra el suelo. Se partió en dos pedazos con un chasquido. Cayendo de bruces, Moisés se cubrió el rostro y prorrumpió en llanto.

Una tenue claridad lo fue envolviendo. Enjugándose el rostro, alzó la mirada y vio que la luna, casi llena, ascendía por el otro lado del valle.

Contempló los pedazos rotos del cayado. La luz bañó la superficie pulida de la madera.

No, el Señor no quería destruirlo ni acabar con él. Tampoco guardaba rencor hacia el pueblo que lo rechazaba. Bajo la faz misericordiosa de la luna, Moisés vio el oasis inundado de luz. Una luz suave, no violenta como la del sol. Una luz que convertía el mundo en un santuario silencioso de aire cristalino y muros de plata.

Dios callaba. O quizás le estaba hablando ya, en la pálida claridad, en la dulzura de la noche fría en el desierto. Quizás, únicamente, lo estaba mirando.

Tomó la vara rota en su regazo y derramó lágrimas ardientes. Lágrimas por el pasado que aún no había muerto, por el futuro incierto, por sus hijos y por su esposa. Por su madre Jokéved, que lo había salvado de la muerte, y por la princesa de sangre real que lo había amado como una madre. Por el hermano muerto bajo las aguas amargas, en un carro de combate, y por el hermano que se envanecía imitando a los sacerdotes de Kemet. Por las dulces riberas del Nilo y por la tierra de la promesa que añoraba aún sin conocerla. Por el

pueblo de dura cerviz que tan pronto cantaba como maldecía a su Dios y por sí mismo, inhábil e incapaz de levantar el espíritu de los suyos.

—¿Por qué me elegiste, Señor? Ya no sirvo… De nada te sirvo. Acaba conmigo y déjame morir.

Cuando sus sollozos cesaron la calma invadió su corazón. Y entonces, en el silencio diáfano de la noche, el Señor del tiempo y de la historia le respondió.

Al día siguiente hubo una nueva asamblea de los hijos de Israel. Pero no fueron Aarón ni Moisés quienes la convocaron. Nadie faltó a la convocatoria. Los hijos de Amram también se presentaron y no les fue reservado un sitio de honor, como las otras veces. En su lugar, Coré, Eliab y sus hijos permanecieron en pie, rodeados por el círculo de ancianos y jefes de clan.

—No vamos a arriesgar nuestras vidas ni las de nuestros hijos lanzándonos a una aventura incierta —comenzó Eliab—. Por tanto, nuestra tribu, y tres más, hemos decidido que no marcharemos a Canaán. Quien quiera seguirnos, será bienvenido entre nosotros.

—¿Qué proponéis, entonces? —preguntó Salamiel, impostando la voz como si repitiera una frase previamente ensayada.

—Volveremos a Kemet —dijo Coré—. Ahora tenemos agua y provisiones, estamos armados, nuestros rebaños han crecido y podemos afrontar un largo camino. Regresaremos a la tierra que verdaderamente mana leche y miel, a las riberas fértiles del Nilo. No tenemos por qué ir a la capital. Podemos establecernos en cualquier zona junto al Delta y vivir pacíficamente como pastores, intercambiando nuestros bienes con los campesinos. ¡Tal como lo hicieron nuestros antepasados!

Moisés se alzó y pidió la palabra. Coré sonrió con suficiencia y se la otorgó.

—¡Insensatos! ¿Cómo pretendéis volver a una tierra de la que hemos marchado como fugitivos? Los soldados del rey os prenderán y volveréis a la esclavitud. ¿Tan pronto habéis olvidado los trabajos forzados, los muros de espinos, el látigo de los capataces?

—No lo hemos olvidado, hijo de Amram —replicó Eliab—. Pero tampoco olvidamos que en Kemet jamás pasamos hambre y nadie arrojó a un ejército sobre nosotros para exterminarnos. Éramos obreros, sí, pero estábamos bien alimentados y nuestra vida era apacible y segura.

—¿Habéis olvidado todo cuanto hemos pasado este tiempo en el desierto? —exclamó Moisés—. El Altísimo nos ha liberado del yugo de

Kemet y hemos vivido como hombres libres, formando una gran familia. ¡Tenemos una ley dictada por el mismo Dios que nos protege!

—Una ley que sirve lo mismo aquí que en el Sinaí o en Kemet —repuso Coré— y que acordamos entre todos. ¡Todos fuimos inspirados por el Altísimo!

—¡Pero él nos quiere libres! —insistió Moisés—. ¿No lo comprendéis? Si nos sacó de Kemet y nos ha protegido hasta ahora es porque desea nuestra libertad.

Coré replicó, sin contener una risa mordaz.

—¡Nuestra libertad! —Se volvió hacia el resto de varones, abriendo los brazos y parodiando los gestos ampulosos de Aarón—. ¡Libertad! ¿Para qué? ¿Para qué, me pregunto, si hemos de morir de hambre o bajo la espada enemiga? ¿De qué nos sirve ser libres si estamos condenados? ¡Se acabaron las bellas palabras, Moisés! Ahora ya no creemos en ellas. ¡Creemos en los hechos!

Moisés no se arredró. Sin perder la calma se descubrió el rostro y alzó la voz. Los varones observaron que ya no llevaba la vara y su semblante parecía de nuevo el de un hombre ordinario. Pero una calma profunda y extraña vibraba en sus palabras.

—¡Creéis en los hechos! Pues bien, hijos de Israel. Recordad una tras otra todas las proezas que el Señor ha hecho por nosotros. No creáis en mí, no escuchéis mis palabras, pero abrid vuestro corazón y que sean vuestros recuerdos los que hablen.

Varios abucheos brotaron entre la muchedumbre. Pero Moisés continuó sin inmutarse, paseando su mirada sobre todos ellos.

—¿Quién nos sacó de Kemet? ¿Quién envió la tormenta de arena y quién levantó las aguas del Lago Amargo sobre la caballería del rey? ¿Quién hace brotar manantiales en el desierto, quién envía bandadas de codornices y quién hace crecer los matorrales que alimentan a nuestros rebaños? ¿Quién insufla fuerza a nuestros brazos a la hora de empuñar las armas? ¿Quién nos infunde coraje? ¿Quién pelea por nosotros cuando la batalla está perdida?

Poco a poco se hizo el silencio.

—¿Quién, hijos de Israel? Recordad y veréis que no ha sido por mérito nuestro, ni por nuestra sabiduría ni por nuestro poder que hemos llegado hasta aquí. ¡Todo ha sido puro don del Altísimo! En vuestras manos está aceptarlo y seguir recibiéndolo, o renegar de él y volver a la vieja esclavitud, a los viejos dioses, a las ollas de carne y a los grilletes. Entonces lloraréis… Y no, no será el Señor quien os abandona, ¡sino vosotros quienes le abandonáis a él!

La desazón comenzó a cundir entre los grupos. Algunos de los amotinados, que se habían mostrado arrogantes y envalentonados,

agacharon la cabeza.

—Ahí está su tienda sagrada —dijo Moisés, señalando el pabellón púrpura—. Volved a Kemet, sí. ¿Creéis que él os acompañará como hasta ahora?

Coré no se dio por vencido. Plantándose en el centro del círculo de ancianos, retó a Moisés.

—¿Por qué no se lo preguntamos? ¡Ofrezcamos un sacrificio al Altísimo y aguardemos su oráculo! Tu hermano Aarón sabe bien cómo hacerlo. ¡Preguntémosle! Tal vez el Señor está dispuesto a acompañarnos de regreso a Kemet. Tal vez su deseo no es que perezcamos a manos de esos hombres feroces que habitan los fortines de Canaán.

Moisés miró a su hermano. Aarón había palidecido y sus hijos, que lo flanqueaban, también parecían confundidos y temerosos.

—De acuerdo —dijo Moisés—. Si todos los ancianos así lo aprueban, interroguemos a nuestro Dios.

Los ancianos, no menos desconcertados que Aarón, pero incapaces de reconducir la asamblea, acordaron que se sacrificara una res y se invocara el oráculo.

—¿Quién aportará la res del sacrificio? —preguntó alguien.

Josué respondió de inmediato.

—¡Yo la traeré!

Y el joven regresó al poco, con un cordero lechal del rebaño de su familia. Era un animal de lana blanquísima y reposaba plácidamente en los brazos del que lo llevaba a la muerte. Moisés miró con atención a Josué, que entregó el animal a Nadab, el hijo mayor de Aarón. Entonces el cordero comenzó a balar.

El cuchillo de Aarón descendió con firmeza; la sangre del cordero salpicó el vellón y se derramó sobre las piedras del altar. El pueblo contenía el aliento, apiñado alrededor de la tienda sagrada.

Nadab y Abiú trajeron incienso y lo esparcieron sobre el animal. Prendieron el fuego y las llamas crepitaron, desprendiendo una densa humareda. Entonces Aarón alzó los brazos e invocó al Altísimo.

La ceremonia terminó en silencio y las familias se dispersaron. Nadie transmitió oráculo alguno. Ni Moisés ni Aarón dijeron palabra. Algunos se volvieron hacia Miriam, que había contemplado el sacrificio muy cerca de los varones. Pero tampoco ella abrió la boca.

Séfora la tomó de un brazo sosteniendo en el otro a su pequeño Eliezer.

—Miriam, ¿qué va a ocurrir? Moisés vuelve a tener esa calma que asusta… ¿Por qué el Altísimo no habla?

—El Altísimo siempre responde. Y su voz, te lo aseguro, se dejará oír.

Aquella noche la tierra tembló. Muchos salieron de las tiendas, alarmados. Las palmeras se agitaban como sacudidas por un huracán y el agua del oasis se rizó formando un oleaje tempestuoso. Desde el monte rodaron las piedras y un enorme crujido, como de rocas partiéndose, se pudo escuchar en todo el valle. Dos enormes grietas se abrieron en la tierra y todo cuanto había en la superficie del suelo se hundió. Se oyeron alaridos desgarrados, chillar de niños, balidos de oveja y ladridos, seguidos de un crepitar de rocas. Después la tierra volvió a unirse con estrépito y una nube de polvo cubrió el campamento. Cientos de hombres y mujeres salieron a ver qué había ocurrido. A la luz pálida del amanecer, vieron que varias tiendas habían desaparecido, engullidas por las fauces de la tierra. Eran las tiendas de Coré, Eliab y sus hijos.

Mirad, un pueblo se alza como una leona, se yergue como un león. Yahvé, su Dios, está con él.

Números 23, 24. 21

La promesa

Moisés subió a la montaña acompañado por Josué. Era un monte alto y abrupto, no como las suaves colinas de Cadesh-Barnes ni como las quebradas del Negueb. Abajo el pueblo plantaba sus tiendas, a la sombra de la montaña y junto al torrente de Arabá, que aún llevaba un hilo de agua festoneado por los juncos. Hacía siete días que habían abandonado el oasis de Amalec y otro valle árido se extendía ante ellos, en la frontera de Edom.

Desde las cumbres de Arabá contemplaron la mancha azul del Mar Salado, a mucha distancia, hacia el norte. Frente a ellos se alzaban los montes de Seir, salpicados de encinares y de pequeñas aldeas habitadas por los edomitas.

—¿Nos dejarán pasar por Edom? —preguntó Josué.

Moisés se apoyó en su cayado nuevo, otra vara de acacia que le había tallado Otoniel, el artesano.

—No tardaremos en saberlo. Si no nos permiten utilizar sus rutas, tendremos que dar un rodeo.

—Dicen que esas aguas son tan saladas que no hay pez ni animal que pueda vivir en ellas —comentó Josué, señalando el mar—. Nos lo explicaron los hombres de Beersheva.

—Pero más allá del mar está el río Jordán. Y su ribera es fértil.

—¿Como la del Nilo? —preguntó Josué.

Moisés sonrió.

—Nunca he pisado esa tierra.

—¿No ansías llegar a ella?

—Con todo mi corazón. Pero…

—Pero, ¿qué?

—Una voz me dice, en mi interior, que no llegaré a verla.

Josué frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices? Tú eres nuestro guía.

Moisés respiró hondo y bajó la vista hacia el campamento.

—Josué, cuando se te encomienda una misión difícil e importante, una misión que tú no has buscado, pero que abrazas con toda tu voluntad, hay que aceptar que quizás no podrás culminarla.

El rostro del muchacho se ensombreció y Moisés vio temblar una lágrima en sus ojos.

—No lo entiendo. Tú jamás nos has fallado. Y el Señor está a tu lado.

—En ocasiones un hombre empieza la misión y otro hombre la termina. El Señor me llamó para sacar a nuestra gente de Kemet. Pero tal vez será otro quien la haga entrar en esa tierra de promesas.

—Aún eres joven y estás lleno de vigor —protestó Josué.

—Pero no sé cuántos años más vagaremos por el desierto y por estas tierras hasta llegar a nuestro destino.

—¿Por qué? ¿Es que el Altísimo va a castigarnos?

Moisés calló. Y ambos miraron de nuevo el valle que se extendía hasta el lejano mar.

—Coré y los suyos fueron castigados —murmuró Josué, al cabo de un rato.

—Y, desde aquel día, el pueblo teme más al Señor y no se atreven a levantar voces de protesta. Pero no es ese el temor que quiere el Altísimo, Josué. Porque quien teme de esa manera no puede amar. Y quien no ama, nunca será leal de verdad.

—Coré y Eliab no dejaron de protestar desde que salimos de Kemet —replicó Josué—. ¡Ellos merecían el castigo!

Moisés no respondió. El joven continuó.

—Pero tú no mereces ningún castigo. Eres tú quien ha de guiar a las tribus hasta Canaán, y entrar en la tierra, y pisarla con tus pies, y coger sus frutos con tus manos.

—Josué, tú no puedes saberlo… Quizás yo también he sido desleal al Señor.

—¡Eso no es cierto!

—He luchado con él. Conoce mi espíritu quebrantado, mi flaqueza y mis temores. Y aún y así me ha elegido y confía en mí. En mí, que soy una caña rota… Ha escogido esa caña y la ha convertido en su cetro.

Josué lo miró a los ojos; la lágrima resbaló por su rostro, donde ya crecía la barba juvenil.

—¡Yo confío en ti!

Moisés apoyó una mano en el hombro del muchacho.

—Y yo en ti. Pero no es en los hombres en quien debemos depositar nuestra fe, sino en él.

—¡Creemos en el Señor! Y merecemos entrar en esa tierra.

—Ah. Merecemos la tierra… ¿Acaso la merecen más que los nativos quienes la conquistan y la poseen tras una batalla? ¿La merecen más los reyes de Kemet, los hititas, o los cananeos? Si llegamos a poseerla, Josué, no será porque la merezcamos, sino porque el Señor nos la ha querido dar. No será tanto una conquista, sino un don.

—Pero él nos ha dado la victoria sobre Amalec. Si quiere que la

poseamos, ¡también nos hará triunfar sobre otros pueblos!

—Y lo hará a su manera. No porque nosotros seamos mejores que esas gentes. Recuérdalo bien, Josué. El Altísimo nos escucha porque quiere y nos concede sus dones, porque así es su corazón, magnánimo con los pobres y los insignificantes. A sus ojos no hay diferencias entre los hombres, no hay grandes ni pequeños. Todos, desde el señor de las Dos Tierras hasta el último esclavo, somos hormigas, polvo del camino.

—Pero nosotros somos importantes para él —protestó Josué.

—Hasta el último grano de arena es importante cuando se ve animado por su presencia. Somos polvo precioso para él, Josué. La confianza en él nos hace grandes.

Guardaron silencio. Una brisa barrió la cumbre y los envolvió en su frescor. Agitó el manto de Moisés, que no se cubría ante Josué, y los bucles negros del muchacho, que devoraba con la vista el valle que se extendía a sus pies.

—Llegará el día, Josué, en que tú tomarás el cayado y llevarás al pueblo. Ese día recuerda y repite en tu corazón estas palabras: no eres tú, sino el Señor, quien guía. Tu fuerza no es mérito tuyo, sino don suyo. Y tu misión no te será encomendada para tu grandeza, sino para la del Altísimo.

—¿Y cuál es la grandeza del Altísimo? ¿Qué podemos hacer por él, que todo lo puede y nada necesita de nosotros?

Moisés alzó la vista al cielo; después la posó en el joven. Josué sintió aquella mirada, limpia y penetrante, e inclinó la cabeza hacia tierra.

—Nosotros somos la grandeza del Altísimo: un pueblo que no obedece a leyes humanas ni a reyes de carne y hueso; un pueblo cuyo único señor es el que rige el tiempo y escribe la historia; un pueblo que toma como estandarte la libertad y que sólo hinca la rodilla ante su único Dios. Un pueblo libre que crece, como las palmeras en el desierto, como los cedros del Líbano. Y esparce su semilla hasta muy lejos.

Josué sintió la mano de Moisés posarse sobre su hombro y levantó los ojos hacia él.

—Esta es la grandeza del Altísimo: que no nos hace esclavos, sino hijos de sus entrañas. Su grandeza es nuestra libertad. Y es libre quien ama y acoge la voluntad del Señor, con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas. Porque su voluntad nos engrandece. Tan sólo nos hace falta el coraje de aceptarla.

Siguió otro largo silencio. El sol declinaba a sus espaldas y la

sombra del monte crecía sobre el valle.

—¿Cómo puede un hombre conocer la voluntad de Dios?

—Ámala, Josué. Ámala aún antes de conocerla, y él te la revelará.

—¿Me hablará el Altísimo como lo hace contigo? ¿Llegaré a verlo cara a cara?

Moisés contempló el mar lejano y movió levemente la cabeza.

—Nadie puede contemplar cara a cara al Señor. Pero si tu corazón está atento oirás su palabra. Te hablará de mil maneras, pero siempre sabrás que es él.

—¿Y si me engaña el corazón? ¿Y si mi deseo es uno y lo que oigo es diferente? ¿Cómo sabré que me habla él?

—¿Cómo sabes que tu madre te ama? ¿Cómo sabes que tu amada te abre el corazón? ¿Cómo lees la verdad en una mirada limpia? Con la misma certeza sabrás que es la voz del Señor.

Josué respiró hondo y contempló el amplio valle y el arroyo que serpenteaba en su cauce de tierra roja.

—¿Y si el Altísimo me pide algo que excede mis fuerzas?

—Entonces recuerda que no eres tú, sino él quien actuará por tus manos. Sé humilde, Josué, y cree aunque no veas el fruto de la promesa.

—Cuesta creer sin ver.

—Pero tú has creído. Y tu padre y tus hermanos, y Caleb, y Miriam, y muchos otros. Es fácil creer con la promesa a la vista, casi al alcance de la mano. Pero allí donde el Señor obra prodigios es en la noche: cuando el hombre osa caminar a ciegas, sin certezas, sin pruebas, y aún y así sigue adelante.

—¡Con valor! —exclamó Josué.

Moisés asintió.

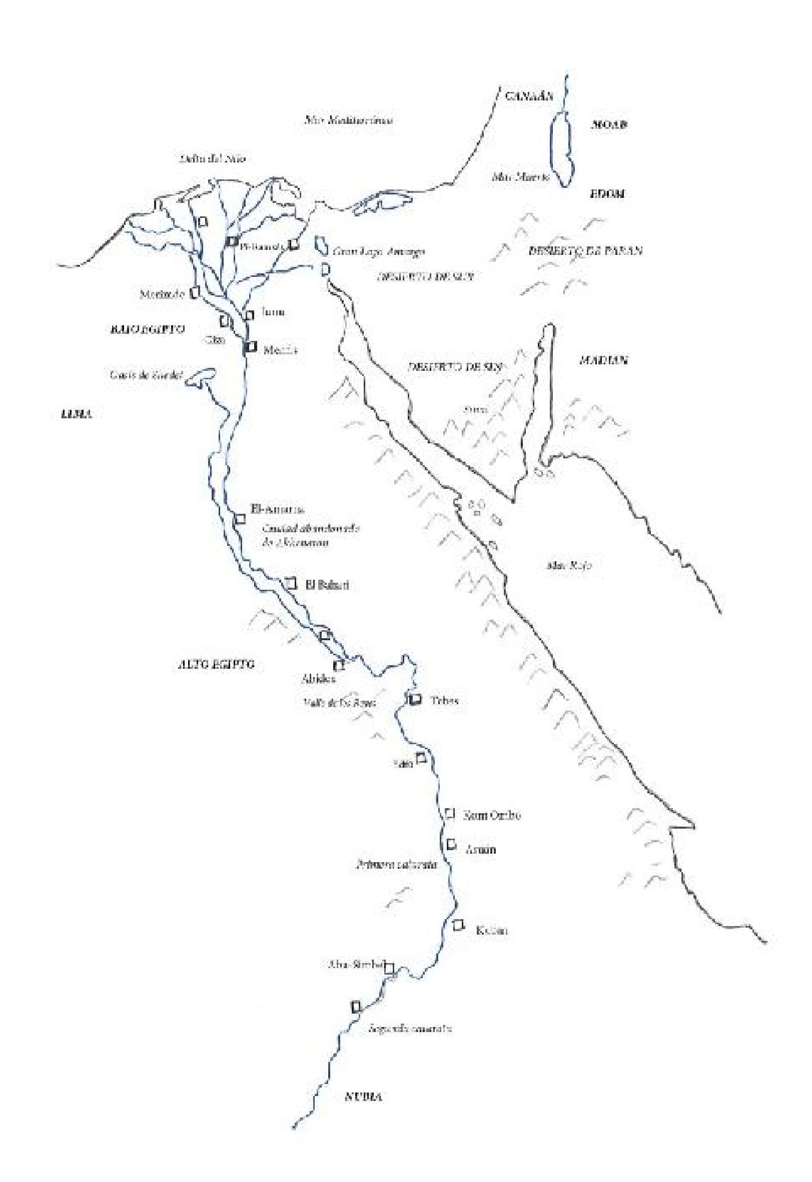
—Y con fe. Caminar a oscuras: esto es la fe.

—Para muchos caminar a tientas es demasiado duro.

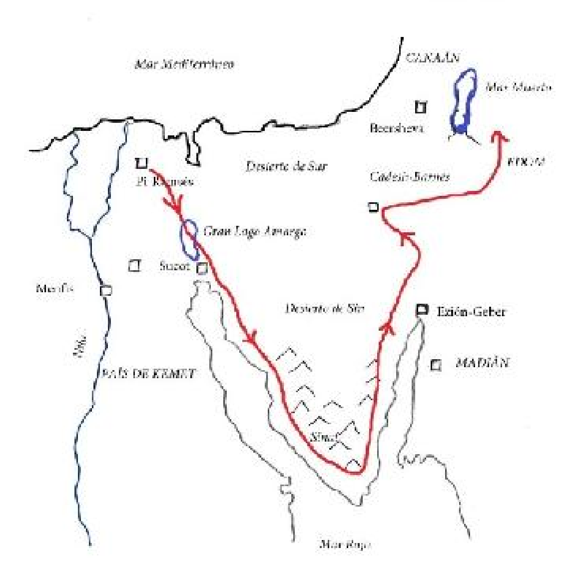
—Así es. Porque la libertad es una cima escarpada que conquistar, y nunca es fácil. El Altísimo no promete un camino llano, sino estar a nuestro lado. Siempre tendremos la opción de romper el pacto y volver atrás, al viejo camino, al pan de Kemet, a la seguridad de los grilletes. Pero siempre habrá un sendero sin hollar que él abrirá ante nuestros pasos.

Mapas

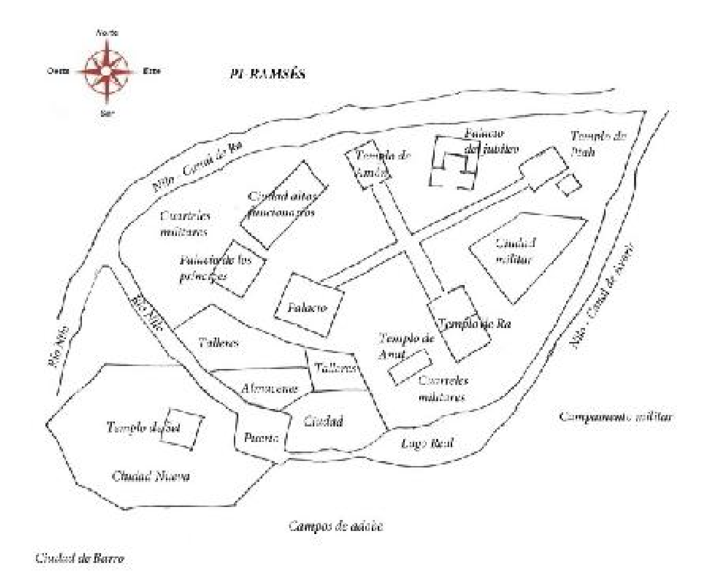
Mapa del antiguo Egipto en tiempos del Éxodo



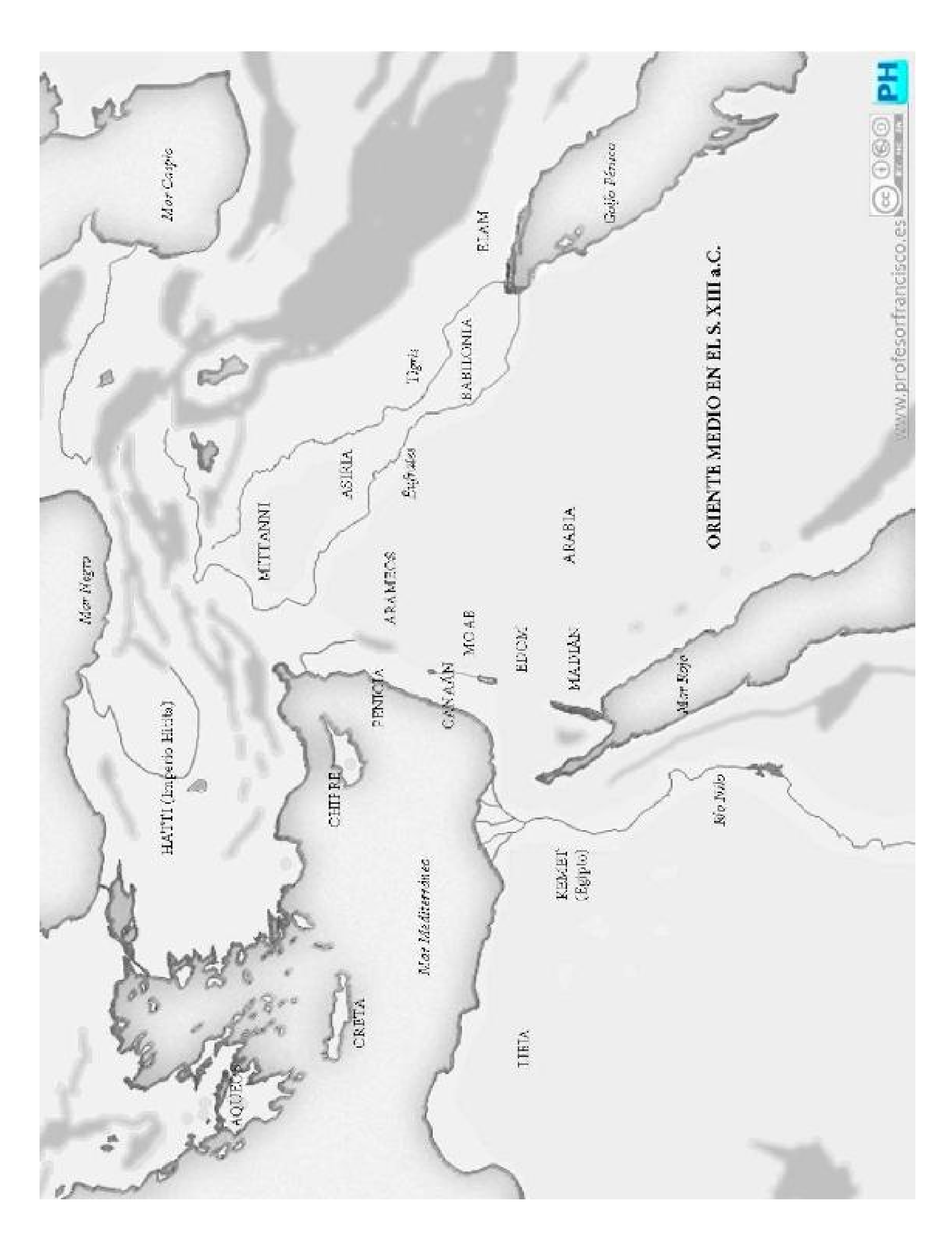
Posible ruta del Éxodo



Pi-Ramsés y sus alrededores



Mapa del antiguo Oriente Medio



Fuente del mapa por gentileza de: www.profesorfrancisco.es.

Los personajes

Por orden alfabético.

Aaliya, esposa de Jetró.

Aarón, hijo de Amram y Jokéved, de la tribu de Leví, hermano de Moisés.

Abidán, patriarca de la tribu de Benjamín.

Abiú, hijo de Aarón.

Akán, patriarca nómada del desierto.

Akiva, hijo de Akán.

Amenemhotep, gran escriba real de Egipto.

Ameneminet, *el Niño del Harén,* amigo íntimo del faraón Ramsés II.

Amenhir, hijo primogénito de Ramsés II y su esposa Nefertari.

Amram, hebreo de la tribu de Leví, padre de Moisés.

Arik, sobrino de Jetró, nómada del desierto.

Aser, hijo de Coré, joven hebreo.

Beseleel, hebreo artesano de la madera.

Bint-Anat, hija mayor del faraón Ramsés y su esposa Isis *la Bella*.

Caleb, joven hijo de Jefonné, de la tribu de Judá.

Capitán de los shardana, jefe de la guardia personal de Ramsés.

Coré, patriarca de la tribu de Judá.

Dinah, mujer hebrea, esposa de Urí.

Djemer, capitán de la guardia egipcia, responsable de los esclavos.

Eila, hija de Jetró, joven bailarina.

Eleazar, hijo de Aarón.

Eliab, patriarca de la tribu de Zabulón.

Elifelet, rico mercader de origen hebreo.

Elisabet, esposa de Aarón.

Elisur, patriarca de la tribu de Rubén.

Fuá, partera que atiende a las mujeres hebreas.

Gamal, sobrino de Jetró.

Gersón, hijo mayor de Moisés.

Gran sacerdote de Amón.

Gran sacerdote de Ra.

Heber, patriarca del desierto, de la tribu de Jetró.

Henuttauy, hija de Ramsés y su esposa Nefertari.

Hobab, pariente de Jetró.

Ipuki, compañero de armas de Moisés.

Isis *la Bella*, reina y primera esposa de Ramsés II.

Isis-Nefert, princesa, hija de Ramsés.

Itamar, hijo de Aarón.

Jael, hija de Jetró.

Jaemuaset, hijo de Ramsés y su esposa Isis la Bella, gran sacerdote de Ptah.

Jasida, hija de Jetró.

Jetró, patriarca del desierto, de las tribus de Madián.

Jokéved, madre de Moisés.

Josué, hijo de Nun, joven hebreo.

Khamet, compañero de armas de Moisés.

Khufu, veterano del ejército egipcio, convertido en traficante.

Mahu, comandante de carros del ejército de Ramsés.

Meketre, intendente de los campos de adobe.

Mentuher, príncipe, hijo de Ramsés.

Merenptah, príncipe, hijo de Ramsés (su futuro sucesor al trono).

Meriatum, príncipe, hijo de Ramsés.

Merira, príncipe, hijo de Ramsés.

Merit, princesa, hija mayor de Ramsés y la reina Nefertari.

Meshek, patriarca madianita.

Miriam, profetisa, hermana de Moisés.

Moisés, hijo de Amram y Jokéved, adoptado por la princesa Bint-Anat.

Nadab, hijo de Aarón.

Nadir, patriarca madianita.

Nahasón, padre de Elisabet, patriarca hebreo de la tribu de Judá.

Nefertari, reina. Segunda esposa del faraón Ramsés, su favorita y más amada.

Nefertari, hija de la anterior y el faraón.

Nehi, compañero de armas de Moisés.

Nekhebu, conductor de carro de Moisés.

Nissa, segunda hija de Jetró.

Nit, esclava de la princesa Bint-Anat.

Nofret, sirvienta de confianza de la reina Isis y de su hija.

Nun, hebreo de la tribu de Judá.

Nur, hija menor de Jetró.

Oholiab, artesano orfebre.

Paher, gran visir del sur de Egipto.

Paraheru, príncipe, hijo del rey Ramsés y su esposa Nefertari.

Rahotep, gran visir del norte de Egipto.

Ramá, patriarca madianita.

Ramsés II, rey de Egipto.

Ramsés joven, su primer hijo con la reina Isis *La Bella*, heredero al trono.

Rubén, patriarca hebreo.

Sabu, arpista ciego de la corte egipcia.

Salamiel, patriarca hebreo.

Séfora, hija de Jetró, esposa de Moisés.

Seti, príncipe hijo de Ramsés e Isis *la Bella*, hermano y amigo íntimo de Moisés.

Shefirá, partera egipcia que ayuda a las hebreas.

Talía, hija de Jetró.

Tamar, mujer hebrea.

Urí, artesano hebreo, herrero.

Userhat, capitán del ejército de Ramsés.

Viuda de Ezion-Geber.

Yuni, amigo de Ramsés II, *los ojos y los oídos del rey*.

Zev, hijo de Akán, madianita.

Sobre la novela y sus fuentes

Mucho se ha escrito sobre Moisés y su aventura, y también han sido varias las versiones cinematográficas del Éxodo. Intentar recrear una historia tan conocida no deja de ser un desafío. ¿Qué puedo decir que no se haya dicho? ¿Qué enfoque dar a la novela, que marque una diferencia? ¿Deseo ser fiel al texto bíblico? ¿O al *mensaje* bíblico? ¿Deseo actualizarlo, modificarlo o utilizar ese relato para transmitir otro mensaje diferente?

He escrito esta novela inspirándome en dos libros de la Biblia, el Éxodo y el libro de los Números, aunque he tomado elementos y contenidos de algunos más, como el Deuteronomio, el libro de los Jueces, Job e incluso alusiones evangélicas. Podía haber elegido otras fuentes, como la biografía de Moisés que relata Flavio Josefo en sus *Antigüedades*, pero la descarté porque me pareció más inverosímil que el relato del Éxodo.

Hace varios años que el germen de esta novela me daba vueltas en la cabeza. Un curso de Antiguo Testamento, una conferencia, diversas lecturas y conversaciones… todo me espoleaba. Quería escribir mi peculiar versión de la historia y el personaje sobre los que se construye la épica fundacional del pueblo de Israel. El tema me atraía porque se trataba de explorar los orígenes de un pueblo que está en la raíz de nuestra cultura occidental y que ha dejado una huella profunda en la historia de la humanidad.

De manera que he optado por seguir el hilo narrativo del Pentateuco sabiendo que en el relato bíblico confluyen diversas fuentes, de varias épocas, y que reflejan formas de pensar y de sentir diferentes.

El texto bíblico se basa en una serie de tradiciones orales, recopiladas por cronistas de los tiempos de la monarquía de David y Salomón —hacia el año 1000 a.C. Estas tradiciones fueron elaboradas y completadas siglos más tarde, durante el exilio en Babilonia, y finalmente pulidas, retocadas y editadas por los últimos redactores del texto bíblico, una escuela sacerdotal en tiempos de la restauración, bajo el imperio persa —siglos VI y V a.C.—. Pero, ¿hay una base real en estos relatos?

Soy consciente de que estoy haciendo ficción sobre ficción. Y utilizo la palabra *ficción* con cautela, pues nuestros conceptos actuales de verdad y ficción no son los mismos que en el contexto bíblico.

Verdad, para los redactores de la Biblia, no equivale al sentido occidental moderno de verdad científica, histórica y comprobable. Las ficciones bíblicas, como los antiguos mitos, son el ropaje literario de una experiencia auténtica y compartida por una comunidad. Es decir, no son historia en sentido estricto, sino el relato de una vivencia. Al igual que otros relatos bíblicos, el Éxodo está escrito desde un presente mirando hacia atrás: la situación de ese momento concreto ilumina, interpreta y da un sentido a los hechos pasados, que son amoldados, embellecidos y engrandecidos para servir a la intención presente.

Un personaje y un acontecimiento

En la actualidad no faltan críticos y estudiosos de la Biblia que dudan que Moisés fuera un personaje real y hay quienes incluso cuestionan que ocurriera algo similar al éxodo, entre otros motivos porque, fuera de la Biblia, no existen otras fuentes escritas ni restos arqueológicos que lo puedan confirmar. Moisés encarna un prototipo ideal de líder de su pueblo y posiblemente da voz y cuerpo a una serie de caudillos de las antiguas tribus, en una época primitiva de formación de la comunidad israelita como tal. Es un personaje fascinante pues aúna en sí las facetas de jefe militar, líder carismático —*juez*, en sentido bíblico— y profeta.

Otros autores sostienen que Moisés existió realmente y que debió ser un personaje notable, lo bastante como para dejar huella en la memoria colectiva del pueblo. Uno de los argumentos a favor de esta postura es su mismo nombre y su origen. Moisés es un término egipcio que significa *hijo de*. Equivale a la desinencia tan común de los nombres acabados en *–msés*, como Ramsés, o *–mosis*, como Tutmosis. ¿Por qué el gran héroe fundador del pueblo lleva un nombre egipcio, si es un personaje inventado? ¿No hubiera sido más lógico darle un nombre de pura cepa semita? Ahora bien, este personaje, como tantos otros de la antigüedad, ha sido adornado y enaltecido. Su origen se explica mediante una leyenda popular en otros pueblos, la del niño encontrado en las aguas —leyenda que también se contaba del rey Sargón de Acadia—. Y se le han atribuido hazañas y obras que quizás no fueron suyas. Hoy, dicen los expertos, es tarea imposible y casi inútil intentar distinguir entre el Moisés histórico y el Moisés bíblico.

En cuanto al éxodo, o salida de Egipto, es el acontecimiento sobre el que se fundamenta toda una cultura. Con el éxodo nace un pueblo. El corazón del Pentateuco, afirman los estudiosos de la Biblia, es una pequeña oración ritual que los antiguos israelitas, ya establecidos en Canaán, recitaban durante la fiesta de la cosecha: «Mi padre era un

arameo errante que bajó a Egipto y fue a refugiarse allí siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, poderosa y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron una dura servidumbre. Clamamos entonces a Yahvé, Dios de nuestros padres, y Yahvé escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yahvé nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel» (Dt 26, 5-10).

Sobre esta oración, que recoge una tradición antiquísima y casi con certeza basada en un hecho real, se levantó una épica, que nutre la Torá y los libros que la suceden. Lo que Homero y sus héroes son a los antiguos griegos, el Éxodo y Moisés lo son a los israelitas. Los textos bíblicos no sólo relatan hazañas, sino que contienen los valores fundamentales de un pueblo que no quiere perder su memoria.

Recrear de forma literaria ese momento, los valores y el espíritu que laten en las páginas del Pentateuco, fue mi primera intención. Después, inevitablemente, llegaron los personajes y reclamaron su lugar.

Cronologías y contexto histórico

En mi novela he querido dar vida a Moisés como hombre de carne y hueso, intentando recrear su infancia y su juventud previas a la experiencia mística que lo lanza a su misión. Pero el libro del Éxodo, como podemos comprobar, tan sólo dedica unas pocas líneas a esta etapa de su vida. De manera que tenía que llenar ese espacio dotándolo de un contenido lo más verosímil posible, con algunos detalles ficticios y dramáticos que aportaran sabor al relato.

Por un lado, he tenido que adentrarme en la historia del antiguo Egipto y los pueblos de su entorno. He intentado recrear con algunas pinceladas el ambiente de la corte del faraón, los personajes, sus intrigas y sus intereses, así como las alusiones a ciertos acontecimientos bien documentados, como el tratado de Kadesh entre Ramsés II y el rey hitita Hattusili, que dio lugar a un periodo de paz y prosperidad en el Oriente Próximo, durante medio siglo. En este contexto sitúo la historia de Moisés y el éxodo sabiendo que, aunque para los israelitas fue un acontecimiento fundamental, para Egipto y el resto de pueblos no tuvo relevancia alguna. Que un puñado de esclavos se fugara y se lanzara al desierto debía ser algo bastante habitual y poco digno de mención.

He seguido la hipótesis más difundida: la que sitúa el éxodo en tiempos del faraón Ramsés II. Es verdad que no hay fuentes históricas ni otros datos que nos puedan confirmar los hechos, pero la Biblia da

una cronología que, aun si la consideramos simbólica, lleva a coincidencias muy sugerentes.

Se nos dice que entre la llegada de José y sus hermanos —los hijos de Jacob-Israel— a Egipto y la salida del pueblo acaudillado por Moisés transcurrieron unos cuatrocientos treinta años (Éxodo 12, 40). Este es el intervalo de tiempo aproximado que se da entre el inicio del Segundo Periodo Intermedio del antiguo Egipto (hacia el 1700 a.C.) y el apogeo del Imperio Nuevo (1 270 a.C.), en pleno reinado de Ramsés II. En este lapso de tiempo se suceden las invasiones de los pueblos hicsos —semitas—, fundadores de las dinastías de los «reyes extranjeros», que bien pudieran corresponder al tiempo en que las tribus hebreas se instalaron en Egipto, atraídas por la fertilidad de la tierra y un gobierno afín. Después surge una nueva dinastía real, la XVIII, iniciada por el rey Ahmosis, que expulsa a los reyes semitas y da comienzo a una época de expansión militar y esplendor de Egipto. Sigue el advenimiento de la XIX dinastía con los faraones Seti I y Ramsés II. Este último, como es bien sabido, después de sus campañas guerreras se entregó a una fiebre constructora. En el Delta, donde se había ubicado la antigua capital hicsa, Avaris, decidió levantar una nueva capital del reino, Pi-Ramsés —nombre que aparece en el Éxodo —. Sembró el país de templos y palacios, además de embellecer, reconstruir y restaurar muchos otros templos y tumbas antiguas. Las grandes obras que emprendió ocuparon a numerosa mano de obra, a menudo extranjera: esclavos traídos de las campañas bélicas o aportados por los reinos tributarios. Las fuentes egipcias hablan de esclavos de origen semita y de albañiles sirios, muy apreciados por su habilidad. Por tanto, el relato sobre las tribus israelitas afincadas en Egipto, su progresiva esclavización y empleo como mano de obra y su ansia de libertad encajan bien en este contexto.

Otro dato muy interesante es la primera mención del pueblo de Israel en fuentes no hebreas. Se trata de la estela de Merenptah, hijo y sucesor de Ramsés II, que emprendió una campaña de castigo en Canaán hacia el 1204 a.C. para sojuzgar a los reyezuelos y tribus rebeldes que, de tanto en tanto, se levantaban contra el yugo egipcio.

La estela, en un lenguaje solemne y repitiendo las típicas fórmulas que se empleaban para ensalzar los méritos de los faraones, ofrece una lista de pueblos derrotados y vencidos. Entre ellos aparece un nombre: «*Yisrael* está derribado y yermo, no tiene semilla». Israel, por tanto, ya existe como pueblo a finales del siglo XIII, es reconocido por su nombre y está afincado en territorio cananeo. No debía ser una potencia fuerte, como en tiempos de la monarquía davídica, sino una más de las etnias semitas que poblaban y se disputaban la tierra

cananea. Pese a su debilidad, como se ve, la historia ha demostrado que Merenptah se equivocaba.

Merenptah subió al trono a la muerte de su casi centenario padre, Ramsés. Si emprendió su campaña en el 1204 y los israelitas ya estaban instalados en Canaán, tras cuarenta años de vagar por el desierto, entonces una fecha posible para la salida de Egipto sería hacia el 1265. Ahora bien, cuarenta años son una cifra simbólica, que puede significar el paso de una generación. Los estudiosos de la Biblia afirman que con esa cifra los autores quieren reflejar un lapso prolongado de tiempo. Se quiere precisar que la generación que entró en la tierra prometida era otra diferente de la que partió de Egipto, por lo cual tuvieron que transcurrir al menos dos o tres décadas. Contemos, pues, que el peregrinaje por el desierto se prolongara unos veinte años y la instalación en Canaán otros veinte. De nuevo, aunque la cronología bíblica sea ficticia, he seguido esta referencia para situar el éxodo hacia el 1245 a.C., aproximadamente. Una época de auténtica *pax egipcia* en la que no hay grandes acontecimientos históricos que narrar y en la que una fuga de esclavos rebeldes sería posible.

Así pues, no debemos tomar la cifra de cuarenta años literalmente, como tampoco la edad de los personajes. Según el Éxodo, Moisés tenía ochenta años cuando acaudilló a su pueblo para sacarlo de Egipto. En mi novela Moisés es un hombre joven y audaz, en la plenitud de las fuerzas. En cuanto a los años del peregrinaje, si miramos el mapa veremos que, aun marchando a pie y a ritmo pausado, la península del Sinaí se puede cruzar perfectamente en menos de treinta días. Incluso si asumimos que el itinerario seguido por los israelitas fuera el más prolongado posible, bordeando el Mar Rojo hacia el sur, deteniéndose en el Sinaí y bordeando luego el golfo de Aqaba hacia el norte, no pudo llevarles más de dos o tres meses. Otra cuestión es que se detuvieran y pasaran periodos prolongados en los oasis, algo bastante probable si tenemos en cuenta de que eran tribus en marcha, con mujeres, niños, ancianos y ganado que necesitaba pastar. Así lo reflejo en la novela, cuando el pueblo decide permanecer en Cadesh-Barnes un tiempo largo.

Los habiru

Respecto al número de israelitas, que en la Biblia asciende a seiscientos mil, de nuevo estamos ante una cifra simbólica y apenas verosímil. Si la población total de Egipto, según calculan los expertos, era de unos tres o cuatro millones de habitantes, un desplazamiento en masa de tal cantidad de gente tuvo que suponer una auténtica

debacle que desestabilizaría no sólo a Egipto, sino los territorios por donde pasaran los fugitivos. No existe prueba de un hecho similar en las fuentes históricas egipcias ni de otros pueblos. En la novela he trabajado sobre la hipótesis de que se trataba de unos pocos cientos de familias; como mucho, dos o tres mil personas.

Sobre el origen de los israelitas, he asumido como cierta la identificación de los hebreos con los llamados *habiru*, bien documentados por varias fuentes de la antigüedad. *Habiru* es un término que, más que designar una etnia concreta, designa un grupo social. Significa extranjero, nómada, sin tierra. Posiblemente los habiru eran tribus de origen semita, aunque mezcladas con otros pueblos, tal como los relatos bíblicos de los patriarcas parecen sugerir. Vivían diseminados por todo el Creciente Fértil y se dedicaban al pastoreo, al comercio y también a la guerra. Muchos de ellos fueron mercenarios de otros ejércitos, incluidas las tropas egipcias. Por qué algunas de estas tribus nómadas pudieron forjar un pueblo con una identidad tan poderosa que ha sobrevivido a lo largo de los siglos, pese a haber sido desposeído de toda su cultura material, y cuya influencia ha permeado nuestra civilización y continúa viva a día de hoy, es un hecho fascinante cuyas claves hay que buscar en la Biblia.

En cuanto a la denominación *israelita*, o hijo de Israel, me baso en la explicación que la misma Biblia da sobre este nombre. Israel es el segundo nombre del patriarca Jacob y, según el relato del Génesis, significa «fuerte contra Dios», o «fuerte ante Dios». La leyenda que explica el origen de este nombre es la lucha de Jacob con el ángel antes de cruzar el torrente Yabbok (Génesis 32, 25-30). Tras la pelea, Jacob será un hombre nuevo —y, como su abuelo Abraham, recibirá un nombre nuevo, *Israel*— e iniciará otra vida, convirtiéndose en el gran patriarca de su gente.

He recogido el significado de este nombre para dar un sentido al carácter originariamente rebelde e independiente de las tribus. En la novela utilizo las dos acepciones: habiru, como el nombre que reciben por parte de los otros pueblos, e israelita o hijo de Israel como el nombre que ellos se dan a sí mismos.

Los personajes

A parte del hecho fundamental de la novela, el éxodo o salida de Egipto, he intentado recrear de forma imaginativa el carácter de Moisés, su drama personal y su evolución, la búsqueda y el descubrimiento de sus orígenes, su conflicto interior. La identidad del pueblo de Israel se va forjando en un proceso de toma de conciencia y liberación personal que vive Moisés en su propia carne.

Entre los personajes que lo rodean podemos distinguir varios grupos. Por un lado están los egipcios. El rey, las reinas, los príncipes, los altos dignatarios y otros personajes de la corte están casi todos inspirados en personas auténticas, con sus nombres y sus atribuciones. Algunos son ficticios, como la esclava Nit, los oficiales del ejército, el intendente Meketre y el conductor de carro Nekhebu. También los hechos narrados son reales, por la parte que toca a Egipto, y he intentado seguir la cronología establecida por los historiadores.

Son ficticios el carácter, el físico y algunas de las relaciones que establezco entre los personajes, aunque sí se puede afirmar el gran amor y la predilección de Ramsés por su esposa Nefertari, a pesar de que Isis-Nefert fue la primera. Los vestigios arqueológicos parecen sugerir una rivalidad entre ambas esposas y sus familias, por el hecho de que cuando en un monumento aparece el nombre o la imagen de una de ellas la otra jamás aparece.

En cuanto al tema del incesto, proscrito en la mayoría de culturas, era habitual en las familias reales egipcias, donde se quería mantener el linaje por vía materna. Sin embargo, cada faraón seguía esta tradición a su manera. Ramsés II no eligió como primeras esposas a mujeres de su familia, pero está documentado que, avanzado su reinado, se casó al menos con tres de sus hijas (entre ellas las dos mayores), con las que tuvo descendencia.

Bint-Anat, un personaje clave en el relato, fue la hija mayor de Ramsés, habida con la reina Isis-Nefert, de la que se dice que poseía una gran belleza. He elegido a Bint-Anat como madre adoptiva de Moisés por su nombre, *hija de Anat,* la diosa guerrera del panteón cananeo, por esa conexión con la futura tierra prometida de los israelitas.

Jaemuaset, el gran sacerdote de Ptah, fue un personaje célebre y admirado por su sabiduría y sus conocimientos en el campo de las artes, la medicina y la religión. Según las fuentes históricas egipcias, su padre le encomendó la restauración de numerosos templos a lo largo del Nilo, hecho que recojo en la novela. Su relación peculiar con Bint-Anat es invento mío, pero he elegido a este personaje para colocar en la vida de Moisés una figura paternal cercana a su madre adoptiva, un mentor que despertara en él la inquietud y la sensibilidad religiosa.

En cuanto a los israelitas, muchos de los personajes de la novela también están tomados de las páginas de la Biblia, desde los miembros de la familia de Moisés hasta los cabezas de tribu: Josué, Caleb, Coré y otros, todos son caracteres bíblicos. En cambio, a la hora de recrear a los miembros de la tribu de Jetró, sus hijas, sobrinos y allegados, así

como los clanes rivales, he echado mano de la imaginación, teniendo como base el texto bíblico y el contexto histórico y cultural. El episodio de la expedición de la caravana y el enfrentamiento con los bandidos son inventados. Los coloqué ahí para ilustrar la relación de las antiguas tribus israelitas con los pueblos nómadas del desierto y sus conexiones e influencias mutuas durante toda la antigüedad.

Aspectos teológicos y culturales

A la hora de escribir esta novela se me planteaban dos desafíos. Uno, recrear una ficción épica en un marco realista, compaginando los datos históricos fiables con el relato bíblico y la parte imaginaria de la novela.

El otro desafío era intentar transmitir el meollo de la historia: es decir, el mensaje o los valores que de esta épica se desprenden. Y el reto no sólo era transmitirlo, sino respetar su fuerza y su intención original y a la vez poder expresarlo de forma que pudiera tener sentido y valor para el lector contemporáneo. Evidentemente, hay aspectos de la antigua fe israelita que chocan de frente con nuestra mentalidad actual. La lucha por la tierra es una constante en la historia de muchos pueblos. Pero la idea de un Dios belicoso y el concepto de guerra santa, que en otras épocas y contextos no son tan extraños ni denostados, repugnan al ciudadano occidental de hoy.

En cambio, hay dos principios que no han perdido su valor con el paso de los siglos: el afán de justicia y la libertad.

Tal como lo expresa Moisés en un momento dado de la novela, la libertad es concebida más como una misión que como una desvinculación. Es libre el hombre que tiene un propósito, se entrega y se mantiene fiel a él. La libertad otorga identidad, significado y motivaciones tanto a la vida de una persona como a un pueblo entero. Libertad, en términos religiosos, equivale a *salvación*.

La libertad es un poderoso detonante a la hora de provocar cambios. Rompe con el determinismo de las religiones antiguas y la creencia en el destino. Es la meta a conseguir y es el principio de una realidad nueva. Pero, al mismo tiempo, es incómoda y desafiante: siempre termina surgiendo la dialéctica entre libertad y seguridad.

El pueblo de Israel vive dos grandes hitos: la salida de Egipto, liberándose de la esclavitud, y la formación de una comunidad con identidad propia, aglutinándose en torno a la Ley. Una ley *no dictada por hombres*, sino dada por Dios, con lo cual se convierte en algo sagrado e inviolable. Una ley que, a diferencia de los códigos legislativos de otros pueblos, similares a esta sólo en la forma, establece unos principios absolutos, aplicables a todos y cada uno de

los miembros de la comunidad, en igualdad de condiciones.

No he dedicado mucho espacio en la novela a la ley de Moisés, pero sí he ido trazando hilos narrativos que ofrecen posibles explicaciones a sus orígenes. Si algo distingue la ley mosaica de las de otras culturas de su tiempo es, en primer lugar, el dador. La ley israelita es el sello de una alianza, no entre un rey y sus súbditos, sino entre Dios y su pueblo. Otros rasgos distintivos de la ley mosaica son la sacralidad de la vida humana —el homicidio es uno de los peores crímenes y recibe como castigo la pena máxima—, a diferencia de lo que vemos en otras leyes, el rechazo de la esclavitud, la posibilidad de redimir a toda persona esclavizada por deudas —el año del jubileo— y la protección de los más pobres, los débiles, los indefensos y muy especialmente los extranjeros. Creo que no se necesita mucha erudición para atisbar, en el fundamento de esta ley, la reacción de un grupo humano que en determinados momentos de su historia fue sometido a la esclavitud, al desprecio y al maltrato por parte de otros pueblos. También se puede atisbar la ética de una comunidad que debe ser solidaria para sobrevivir en condiciones muy precarias.

El **Decálogo** que he escogido para la novela ha sido el de Éxodo 20, 2-17, que corresponde a la versión más familiar para el lector contemporáneo. Este decálogo combina teología y moral, preceptos relativos a Dios y a las relaciones humanas. Y le añado una coletilla más propia del Deuteronomio, recalcando el amor de Dios hacia su pueblo.

La ley hebrea aúna en sí dos conceptos que nuestra cultura moderna ha separado: moralidad y legalidad. En el mundo antiguo los límites entre ambas no eran claros, pero entre los israelitas no había límite alguno: lo bueno era lo legal, hasta el punto en que se formularon leyes tales como «No tendrás odio a tu hermano en tu corazón», o «Amarás a tu vecino como a ti mismo» (Lev 19, 17-18). Hoy consideramos éticamente loable amar a los demás como a nosotros mismos, pero nos resultaría insólito que por ley se nos obligara a hacerlo. Esta identificación entre moral y ley tiene una raíz claramente teológica. ¿Por qué un buen israelita tenía que cumplir estos preceptos? Por una sencilla razón, que a lo largo de todo el Levítico se repite como un estribillo: porque «Yo soy Yahvé, tu Dios». Porque Dios es bueno, misericordioso y justo, el israelita debe serlo. La imitación de Dios es un principio inspirador de la ley mosaica. Religión y derecho son inseparables.

¿Qué imagen de Dios se desprende de todo esto?

El Dios sin nombre

El concepto de un dios liberador era tan revolucionario hace tres mil años como hoy. En las culturas del antiguo Oriente, la religión y su rica mitología solían justificar el *statu quo* de la sociedad de la época, es decir: legitimaban la jerarquía y el poder de reyes y sacerdotes y, por tanto, la sumisión del pueblo. Hoy, la noción de libertad no suele asociarse precisamente con la de religión o creencia.

Y, sin embargo, para Israel, creer en un dios que encarnaba la libertad fue la piedra angular que sostuvo su identidad y que permitió su supervivencia como pueblo cuando parecía condenado a desaparecer.

La redacción final de la Torá, muy posterior a los acontecimientos descritos en el Éxodo, parte de una experiencia de liberación del cautiverio en Babilonia, liberación que se atribuye no tanto a líderes humanos sino a la intervención divina. A partir de ahí se compone una historia del pueblo hebreo retrocediendo hasta sus orígenes —los relatos de los patriarcas— y, yendo hacia atrás, hasta el origen de la humanidad y la creación del mundo. De esta historia se desprende una cosmovisión y una interpretación del sentido último de la vida humana.

El monoteísmo, sin duda, es una de las peculiaridades del antiguo Israel y ha marcado con una impronta indeleble nuestra cultura occidental. En un mundo politeísta y animista, que identificaba las fuerzas de la naturaleza con la divinidad, los hebreos dieron por creer en un dios único de nombre impronunciable, sin forma humana ni zoomórfica, sin representaciones y sin un lugar fijo de culto —en un principio—. Es un dios trascendente, situado por encima del mundo, y todopoderoso: señor de la naturaleza y de la historia. En definitiva, un dios que es libre y que obra sin estar sujeto al destino ni a las leyes naturales. Este Dios, además, no es ajeno al sufrimiento y a los conflictos humanos. Se preocupa por ellos y decide intervenir. De esta concepción de Dios se deriva una concepción del hombre: si Dios es libre, el ser humano está llamado, a imitación suya, a ser también libre.

El «que es»

El origen de esta creencia es un enigma que ha suscitado muchísimos debates e hipótesis. Hay que entender que la fe de Israel evolucionó y fue elaborada durante siglos, marcada sucesivamente por los sacerdotes al servicio de la monarquía davídica, por el profetismo de los siglos VIII y VII, cuando Israel se derrumbaba como reino y sucumbía ante Asiria y Babilonia, y por los profetas del exilio y el post-exilio. Pero suponer que todo fue un invento de los sacerdotes

para mantener unido al pueblo y preservar su identidad es quedarse en una visión muy superficial e inexacta.

Como en toda religión tradicional, en sus orígenes hay algo más que la invención y el programa político de un grupo o de una élite del pueblo. Hay una vivencia colectiva, compartida y transmitida de padres a hijos. Esta tradición comunitaria puede surgir de la vivencia de una sola persona, o de unas pocas personas, que en un momento dado de su vida experimentan un *contacto con lo sagrado* que los lleva a una intuición genial y rompedora. Una experiencia que sólo puedo calificar con un adjetivo: mística.

¿Por qué un Dios único? ¿Por qué un Dios personal, que interviene en los asuntos terrenales? ¿Por qué un Dios, en tantos aspectos, tan descaradamente *humano*, que se pone a dialogar y a discutir con su criatura? Creo que la respuesta, si es que podemos aspirar a encontrar una respuesta clara y convincente, permanecerá en el misterio y sólo puede atisbarse leyendo entre líneas, buceando más allá de la literalidad de los textos.

En la novela intento expresar esta experiencia, que se inicia con el episodio de la zarza ardiente, un pasaje bíblico que temía y deseaba recrear, porque siempre me ha interpelado por su fuerza y su belleza. ¿Cómo transmitir lo inenarrable? Los autores bíblicos son mucho más osados que yo y no vacilan en poner en boca de Yahvé llamadas, frases y discursos enteros. Es algo que no me he atrevido a hacer, como podrá comprobar el lector de la novela. Así que he dejado que fueran los personajes quienes transmitieran las palabras del Dios de nombre impronunciable.

En cuanto al nombre de Dios, otro tema que ha suscitado muchos debates, he optado por las denominaciones indirectas más comunes: el Altísimo, el Señor de la tormenta, el Señor de la montaña, el Todopoderoso, el Señor o, simplemente, Dios, dejando abierta una posible explicación para el controvertido nombre de Yahvé, cuyo significado sigue siendo discutido. Se sabe que los nómadas de Arabia en ciertas regiones veneraban a un dios local llamado Yahu, algo así como el espíritu de la vida, y una teoría muy atractiva explica que de ese nombre pudo derivarse Yahvé. Dada la conexión entre los nómadas de Madián y las tribus de Israel, bien pudiera ser. Según esta teoría, los autores bíblicos, muy dados a los juegos de palabras, utilizaron las letras de *Yahu* para identificarlas con la expresión *Yahwe asher yahwe*, «él es el que es» o «el que resulta ser» y así darle un sentido ontológico y profundo al nombre.

El nombre de Yahvé sigue siendo un enigma. En muchas traducciones modernas de la Biblia, como la de la Centro de Estudios

Hebreos, ni siquiera aparece este nombre, sino que se traduce directamente por «el Señor», ya que la instrucción de los rabinos era que, allí donde estaba escrito *Yahvé* —que no debía pronunciarse—, se tenía que leer *Adonai* —Señor—. En mi novela tampoco lo utilizo, prefiriendo las formas tradicionales que los cananeos y otros pueblos asignaban a los dioses cabeza de sus panteones, El y Baal. De hecho, muchos calificativos de Dios en el Antiguo Testamento son compuestos de estos dos nombres: *El-Elyon, El-Shaddai, El-Roí, El-Olam*…

La presencia de Dios en la novela era ineludible. He intentado evitar al máximo los elementos sobrenaturales y prodigiosos, algo que es habitual en mí. De ahí que me haya saltado casi por entero los episodios de las plagas y el enfrentamiento de Moisés y Aarón con los magos y sacerdotes de Egipto, aspectos que en la Biblia reciben un tratamiento importante y ocupan una considerable extensión. Pero si quería ser fiel a la esencia del relato no podía desterrar al verdadero protagonista de la historia. Pues este es su papel en la Biblia, sin lugar a dudas. Moisés es el héroe humano, pero el auténtico instigador de la epopeya es otro. Los dos grandes antagonistas no son Moisés y su padre adoptivo, sino Dios y el faraón. Y esto es algo que también quería transmitir: en la raíz de la fe israelita hay un elemento subversivo contra el poder humano que no se puede obviar. En el corazón de los antiguos hebreos, mucho antes de consolidarse la monarquía davídica, no existía otro rey que Dios. Por tanto, los monarcas con pretensiones de divinidad eran adversarios, enemigos del Dios único, hombres prepotentes cuya arrogancia acabaría siendo castigada. En la novela he querido reflejar este conflicto de base teológica. El momento culminante del enfrentamiento no se da en palacio, sino en las aguas del Mar Rojo —o Mar de los Juncos—, cuando la potencia de Dios derrota al ejército del faraón. El cántico de Miriam, uno de los fragmentos más antiguos de la Biblia, tomado de una viejísima tradición oral, expresa como pocos el triunfo de Yahvé ante los poderes del mundo.

Ese Dios poderoso, lejos de oprimir a sus fieles creyentes, los hace temerarios. La fe en él y en su protección les da alas y les permite afrontar lo que, a ojos puramente humanos, parecería una misión imposible. La experiencia más íntima y honda de relación con este Dios es el sentido de pertenencia. Si algo cohesionó a las tribus de Israel en los primeros tiempos fue este saberse *propiedad,* heredad del Señor, posesión amada con amor celoso de dueño, esposo y padre. Esta certeza, probablemente, fue el fundamento espiritual que dio fuerza y permitió sobrevivir a la primitiva comunidad.

La ruta del éxodo

A la hora de relatar el periplo de los israelitas hacia la tierra prometida, me volví a encontrar ante una disyuntiva. Hay por lo menos cinco itinerarios que los estudiosos barajan como posibles rutas del éxodo. ¡Y no menos de quince montañas candidatas a ser el famoso monte de la alianza! Para no hablar de la polémica entre Mar Rojo y Mar de los Juncos…

La Biblia, ciertamente, da nombres, describe la ruta con cierto detalle y explica las características de los lugares por donde pasaron los israelitas. Pero, de nuevo, nos encontramos con que no hay evidencias, ni arqueológicas ni de otras fuentes escritas, que puedan verificar estos datos. Por supuesto, hay alusiones a lugares reales y a naciones reales, como Cadesh-Barnes, Amalec, Edom, Madián… Pero la ubicación de algunos puntos es problemática. Por otra parte, tampoco es de esperar que se encuentren restos materiales de un peregrinar por el desierto. Podemos excavar ciudades y edificios de piedra o adobe, pero un campamento errante no suele dejar muchos restos a la posteridad.

Después de leer y cotejar textos, opiniones y argumentos, he optado por elegir la ruta más clásica y aceptada, aunque no por ello la más probable desde un punto de vista lógico, pues da un gran rodeo. Es la que desciende desde el Delta del Nilo hacia el sur, por la llamada ruta de Sin, bordeando el Mar Rojo en su ribera oriental. En el sur de la península del Sinaí se desvía hacia oriente, pasando por las faldas del actual Jebel Musa —montaña de Moisés— o Sinaí moderno. Allí es donde santa Helena, en sus peregrinajes, decidió que debía estar el monte bíblico, donde se levanta el monasterio de Santa Catalina y a donde van los turistas a contemplar la salida del sol sobre las montañas. Es un paraje impresionante y me pareció idóneo como escenario donde se culmina la alianza de Dios con su pueblo y la dación de la ley.

La ruta continúa hacia el norte, bordeando el golfo de Aqaba, y de nuevo se adentra en el desierto hasta el oasis de Cadesh-Barnes, un lugar donde los israelitas, según la Biblia, pasaron mucho tiempo. Es muy razonable, dadas las necesidades y el afán de asentarse en algún lugar con agua donde poder sobrevivir. Pero Cadesh-Barnes ya estaba ocupado por los amalecitas, pueblo del Negueb, de manera que un choque era inevitable. El Éxodo relata la batalla contra Amalec con tintes épicos y triunfales. Más bien pienso que debió ser una escaramuza entre tribus, rivalizando por el terreno y el agua. En la novela no renuncio al aspecto épico —colocando los carros egipcios y los camellos de Madián estratégicamente— pero tampoco al carácter

de conflicto entre pastores. De todos modos, si esta batalla ocurrió o el relato está basado en algún hecho real, debió tener un efecto psicológico importante para la autoestima los hebreos: el pueblo humillado y oprimido se sentía capaz de pelear en una batalla y ganarla, con ayuda de Dios, por supuesto. El ánimo colectivo se encendió y, desde aquel momento, cuando no fue posible entrar en un territorio pacíficamente, Israel ya no renunció a presentar combate.

El paso del Mar Rojo es otro episodio fascinante y controvertido. También aquí he tenido que hacer mi elección, y esta vez he optado por escoger como escenario el Mar de los Juncos, o Gran Lago Amargo, una extensión de agua salada entre marismas que se encuentra junto a la ruta de Sin. Las traducciones de la Biblia, aseguran muchos expertos, son erróneas cuando transcriben el término hebreo, *Yam Suf*, por Mar Rojo, cuando en realidad quiere decir Mar de los Juncos. La versión griega de la Biblia de los Setenta lo tradujo por *Mar Eritreo,* es decir, Mar Rojo, y de ahí han venido las versiones posteriores. No todos los estudiosos están de acuerdo con esta explicación y algunos, con argumentos bastante razonados, siguen creyendo que *Yam Suf* se refiere efectivamente al Mar Rojo. En todo caso, buen número de teólogos y biblistas de hoy avalan la versión del Mar de los Juncos. Y como es coherente y encaja bien en la ruta del Éxodo de la que he hablado, me decidí por las marismas y no por el oleaje del mar. La explicación del paso entre las aguas y la ola devastadora que engulle al ejército del faraón la dejo envuelta en la bruma: que el lector decida si prefiere verlo como un fenómeno puramente natural, una intervención divina… o ambas cosas.

Sobre los nombres

A la hora de nombrar a los personajes he elegido las versiones más clásicas y conocidas de los nombres egipcios y hebreos. En algunos casos, cuando el nombre no es tan conocido, he optado por una transcripción casi fonética que suene y se lea fácilmente en castellano, lo más simple posible. Por ejemplo con el nombre de Jokéved, la madre de Moisés, que en algunos textos se transcribe como Jocabeth, o con Jaemuaset, que en algunos lugares he visto escrito Khaemwaset.

También he simplificado algunos nombres. Los hijos mayores de Ramsés tenían nombres larguísimos y casi impronunciables, así que opté por acortarlos: Amenhir es, en realidad, Amenhirjopshef. Paraheru es Paraheruenemef. Mentuher es Mentuherhepesheph. Como tampoco son personajes principales en la novela, me permití esta licencia.

El lector observará que casi nunca utilizo la palabra *faraón* para

designar al rey de Egipto. Era una denominación que le daban los extranjeros, y por eso sólo empleo la palabra en dos o tres ocasiones, cuando personajes no egipcios se refieren al monarca. Para los egipcios el soberano era simplemente el rey, o el señor de las Dos Tierras —el Alto y Bajo Egipto—. Además, en la novela recojo varios títulos y atributos con que se solía nombrar al monarca. Había muchos y muy pomposos, me he limitado a elegir unos pocos. Quizás uno que llame la atención es «toro potente»; este sobrenombre me interesaba en especial porque el toro en el mundo mediterráneo antiguo simbolizaba la fuerza divina y la virilidad celestial, y por la vinculación que establezco entre este concepto y el becerro de oro.

Tampoco utilizo el nombre Egipto más que en boca de personajes no egipcios. En su lugar, empleo el nombre Kemet, que era la denominación que los propios egipcios daban a su país.

Con otros toponímicos he intentado seguir la misma línea y emplear la versión más habitual, conocida o simple.

Otras elecciones

Finalmente, debo avisar al lector, sobre todo si está familiarizado con los textos bíblicos, que he tomado otras decisiones a la hora de redactar esta historia, seleccionando y eliminando episodios a mi criterio.

Todo lector asiduo de la Biblia sabe que en la Torá, especialmente, se dan contradicciones y duplicidades. Por ejemplo, centrándonos en el Éxodo, hay dos versiones del decálogo, dos versiones de la culminación de la alianza entre Dios y su pueblo y explicaciones contradictorias sobre la relación personal de Moisés con Yahvé. En unos pasajes leemos que Moisés era el hombre que hablaba con Dios cara a cara; en otros se afirma que Moisés jamás pudo verle el rostro a Dios, sólo su *espalda*, porque nadie puede contemplar a Dios a la cara sin morir.

La explicación a estas divergencias se ha ido formulando a lo largo de muchos años de estudio, y actualmente se acepta que el Pentateuco recoge los escritos de varias tradiciones o escuelas diferentes que se combinan, se complementan y se enriquecen mutuamente, pero a veces también se solapan y se contradicen.

Para redactar la novela opté, entre las diversas tradiciones, por seguir la llamada fuente J o yahvista, que es la más antigua y, según parece, más cercana a los hechos que relata. La versión del decálogo que he escogido es la primera que aparece en el Éxodo porque posiblemente es la que más se ajusta a la ley de las tribus seminómadas (Éxodo 20, 2-17). A la hora de relatar cómo el pueblo

sella su alianza con Dios he optado por hacer una fusión de la fuente J y la versión más reciente de la llamada fuente P o sacerdotal, porque me pareció razonable que todos los ancianos del pueblo, como cabezas de tribu, pudieran participar en la experiencia de diálogo interior con la divinidad. Por tanto, aunque sigue siendo Moisés solo quien habla con Dios en la cumbre del Sinaí, los ancianos también suben a la montaña y, reunidos, orando, reciben la inspiración divina.

Recojo otra tradición distinta, cercana al profetismo, en el polémico episodio del becerro de oro, un hito importante que, curiosamente, Flavio Josefo no relata en su prolija biografía de Moisés. En cuanto a la cuestión de si Moisés llegó a ver cara a cara a Dios o no, la dejo en manos del propio personaje. Todo parece indicar que sí —su rostro radiante, la fuerza que emana de él, sus palabras— pero la respuesta que da Moisés cuando es preguntado es elusiva: nadie puede ver el rostro de Dios… Queda el interrogante abierto.

Otro episodio que he obviado deliberadamente, y que Flavio Josefo también omite por completo, es la disputa entre Moisés y sus hermanos a causa de una mujer que tomó por esposa entre las tribus cusitas. El episodio se sitúa muy avanzado el peregrinar por el desierto y, de hecho, se sale del marco de acción de la novela. En un momento dado pensé incluirlo, pero después me pareció que, literariamente hablando, no encajaba con el resto de la obra, especialmente porque supondría eliminar a Séfora de la escena y arrojar un enfoque distinto sobre el personaje de Miriam.

Las mujeres

Finalmente, una nota sobre las mujeres de esta historia. La primera parte de la novela me vino inspirada, en gran medida, a raíz de una conferencia a la que asistí hace unos años, a cargo de la biblista Marisa Melero. Habló de la importancia de las mujeres en el relato del Éxodo y su papel decisivo en la liberación del pueblo. Y subrayó la rebeldía de Jokéved, la madre de Moisés, y la de las comadronas, que se negaron a cumplir las órdenes del faraón.

Las reflexiones que me suscitó esta conferencia y mis lecturas posteriores de la Biblia me llevaron a plantear el inicio de este relato a partir de varias mujeres clave, las «mujeres rebeldes» cuya desobediencia posibilita que Moisés, el liberador, nazca, sobreviva y pueda, un día, emprender su misión. Son la madre, las parteras, la hermana de Moisés y, por último, en un golpe de ironía del destino, la propia hija del faraón.

El papel de estas mujeres crecerá o disminuirá en relevancia a lo largo de la novela, pero todas ellas serán cruciales. En particular, me

interesaba dar relieve a Miriam, una figura discreta en los textos bíblicos, pero que debió ser de gran importancia, pues es llamada profetisa y esto la sitúa al mismo nivel que sus hermanos Aarón y Moisés. He querido dotar de voz propia a Miriam, poniendo en su boca las palabras audaces e inspiradas que, a su debido tiempo, espolearán a sus hermanos a la acción.

También he querido dar cuerpo y alma a la madre adoptiva de Moisés, y es en este personaje donde quizás he volcado más imaginación. Bint-Anat es un arquetipo complejo, no sólo de madre, sino de esposa y reina; es la mujer intrigante y ambiciosa capaz de hacer cualquier cosa por los suyos. Pero Bint-Anat representa algo más que la maternidad salvaje; encarna también una visión del mundo, de los hombres y de los dioses. Representa el viejo orden de las civilizaciones agrarias: la divinidad que rige los ciclos de la naturaleza, la jerarquía de los dioses reflejada en la jerarquía humana, la apoteosis de los reyes como puentes entre la tierra y el más allá. Es esta la cosmología en la que Moisés crece y es educado, y contra la que tendrá que luchar para encontrar su propio camino, aun a costa de romper el vínculo entrañable que lo une con su madre egipcia.

Me queda decir alguna palabra sobre Séfora, la pastora esquiva y arisca que debe ser conquistada para convertirse en esposa y amante fiel. Para describirla, y para relatar su romance con Moisés, me he inspirado en varios pasajes del Cantar de los Cantares, haciendo algún guiño a otras imágenes bíblicas posteriores. Estoy segura de que el lector avisado podrá detectarlas, y espero que igualmente pueda saborearlas y descubrir algunas de las connotaciones y ecos que he sugerido en su retrato.

Nota sobre el Pentateuco y la teoría de las fuentes

Durante siglos los creyentes, judíos y cristianos, atribuyeron la autoría del Pentateuco o la Torá a Moisés. Pero de hecho, ni la misma Biblia afirma esta autoría. Como mucho, el Pentateuco atribuye a Moisés la redacción del Decálogo y del llamado Código de la Alianza.

Esta atribución, que muchos aceptaron sin discusión, fue cuestionada desde épocas antiguas. San Jerónimo, estudioso de la Biblia en el s. IV, ya observó que era imposible que Moisés hubiera escrito el Deuteronomio y parte del libro de los Números, si los datos consignados sobre la historia de Israel eran ciertos.

Otros autores, casi siempre religiosos del ámbito monástico, fueron constatando las múltiples contradicciones y desajustes de los textos bíblicos, que poco a poco llevarían a la conclusión de que la Biblia no podía considerarse «historia» en sentido literal.

Con el desarrollo de la hermenéutica en la Edad Moderna los estudios bíblicos experimentan un apogeo y comienzan a surgir hipótesis variadas sobre cómo fueron redactadas las Escrituras.

Una de las teorías más brillantes y aceptadas durante mucho tiempo fue la que propusieron Graff y Wellhausen en el s. XIX. Para explicar las duplicidades, las contradicciones y los solapamientos en el Pentateuco propusieron la llamada hipótesis de las fuentes. El Pentateuco, según esta teoría, fue escrito a partir de cuatro fuentes principales, por orden de antigüedad:

—**La fuente J o yahvista**, caracterizada porque en ella Dios es llamado Yahvé. Se ubica hacia el año 1000, durante la monarquía de David y Salomón, y los años posteriores. Esta fuente recopila tradiciones muy antiguas y nos ofrece una imagen de Dios antropomorfo, cercano, que dialoga con el hombre, discute con él, regatea y cambia de planes. La teología de fondo es: Dios hace un pacto con su pueblo; mientras el pueblo lo respete, Dios lo protegerá y guiará sus pasos.

—**La fuente E o elohista**, caracterizada porque en ella Dios es llamado Elohim. Contemporánea o un poco posterior a la J, se sitúa en el Reino del Norte —cuando Israel se dividió en dos, a la muerte de Salomón— y tiene un talante afín al profetismo.

—**La fuente D o deuteronomista**. Se atribuye a este autor o escuela el libro del Deuteronomio y fragmentos dispersos en el resto del Pentateuco. La teología del deuteronomista está vinculada al reinado del rey Josías, que en el s. VIII emprendió una ambiciosa reforma para unificar la religión y el culto alrededor del templo de Jerusalén. Su principal interés es subrayar la divinidad y la unicidad de Dios, la importancia de la ley y del santuario y la predilección de Dios hacia su pueblo elegido.

—**La fuente P o sacerdotal** es posterior al exilio en Babilonia: tras la caída del reino, se buscan explicaciones a la catástrofe y se intenta dar un sentido a todo lo ocurrido, además de aportar esperanza. La teología de P afirma que Dios elige a su pueblo y hace un pacto con él, este lo traiciona, es infiel a la Ley y cae en manos de sus enemigos. Pero Dios sigue amando a su pueblo y busca su redención. El amor de Dios ya no dependerá de la lealtad del pueblo, sino que será incondicional, aunque los actos humanos tendrán sus consecuencias.

Esta teoría de las cuatro fuentes ayuda a explicar muchos aspectos de los textos pero también ha sido discutida y, hoy, para muchos estudiosos de la Biblia, está superada.

Intención y actualidad del relato bíblico

Actualmente, la hipótesis más aceptada es que el grueso de la Biblia fue recopilado en la época de la restauración (siglos VI y V a.C.), cuando el emperador persa Ciro permitió que muchos hebreos exiliados regresaran a su tierra y reconstruyeran su templo. La tarea de los sacerdotes en aquel tiempo fue la de aglutinar al pueblo bajo una misma Ley, unificando el culto y subrayando la importancia del santuario de Jerusalén. De ahí que las antiguas tradiciones se recojan, se adapten y se reelaboren desde esta perspectiva. Se busca, por un lado, la unidad étnica por los vínculos de sangre y, por otro, la unidad religiosa a través del cumplimiento de la Ley.

Para explicar las catástrofes sufridas por el pueblo se desarrolla una teología del castigo pero a la vez del perdón. Israel es un pueblo mirado, amado y escogido por Dios. Este sella un pacto con el pueblo, donde tan sólo le pide fidelidad a cambio de otorgarle paz, abundancia y la posesión de la tierra. Pero el pueblo falla, infringe las leyes y se aleja del Señor. Dios deja que el pueblo sufra por su infidelidad y lo entrega en manos de potencias extranjeras, pero no permitirá que perezca y, finalmente, mostrará su misericordia. El mensaje de los redactores finales de la Biblia es una llamada a la fe, a la fidelidad y a la esperanza.

Por otro lado, la Biblia contiene un discurso político contracultural. La crítica al poder de reyes y emperadores es constante. Mediante su pacto con Dios, el pueblo de Israel está rechazando la arrogancia humana y todas las tiranías a las que se ha visto sometido. Si no puede hacer otra cosa, al menos tendrá libertad de espíritu: su corazón no se arrodillará ante otro soberano que no sea su Dios.

En estos tiempos que vivimos, cuando movimientos cívicos de gente indignada alzan su voz contra las élites de poder que oprimen a la ciudadanía, económica y fiscalmente, el discurso bíblico no nos resulta tan ajeno ni tan distante. Podemos reconocer, en su rebeldía y en su afán de justicia y libertad, un tono acorde con las protestas actuales, que denuncian otro tipo de esclavitud, no por menos cruenta menos real.

La actualidad del mensaje bíblico también se hace patente en la necesidad de superar el individualismo y los intereses privados para forjar una comunidad —hoy hablamos del *networking* y de las redes sociales—. Sólo en comunidad se dan los vínculos y el apoyo que permiten a las personas crecer y madurar. El valor de la familia, el grupo y la asociación son manifiestos: un hombre con un propósito vital no puede llevarlo adelante solo, necesita del apoyo y la colaboración de los suyos. La misión debe ser compartida.

Finalmente, otro tema notable en la novela es el papel de Dios en la vida humana. Hoy está ampliamente difundida una espiritualidad panteísta y ecuménica, que enlaza con las antiguas tradiciones paganas y politeístas. Se extiende una visión mágica de la realidad y un naturalismo místico, donde ciencia, ecología y espiritualidad se dan la mano. La figura de Dios queda diluida: o es el todo, o queda reducido a una energía del universo, o bien es una dimensión de nuestra conciencia. El Dios bíblico que se atisba en la historia del Éxodo es un Dios personal, que interviene en la historia y se interesa por los asuntos humanos. Es un Dios que habla, se compadece, se enfada y se alegra con su gente. Un Dios con sentimientos familiares. Está más allá de todo y, a la vez, muy cercano. Siendo todopoderoso, elige actuar, no directamente, sino mediante personas de carne y hueso. Al mismo tiempo, da un enorme poder a su criatura: la capacidad de ser libre y elegir. Me parece que rescatar esta dimensión personal de Dios y las implicaciones éticas y sociales de su relación con los hombres es una aportación valiosa a la sociedad de hoy.

Esta novela fue escrita durante el año 2012 y ha sido
publicada el 24 de julio de 2018
en Kindle Direct Publishing.
Si has leído este libro, te invito a publicar tu comentario en Amazon.
La interacción con los lectores ayuda y anima extraordinariamente a los escritores.
¡Gracias!